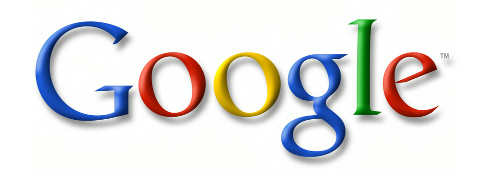
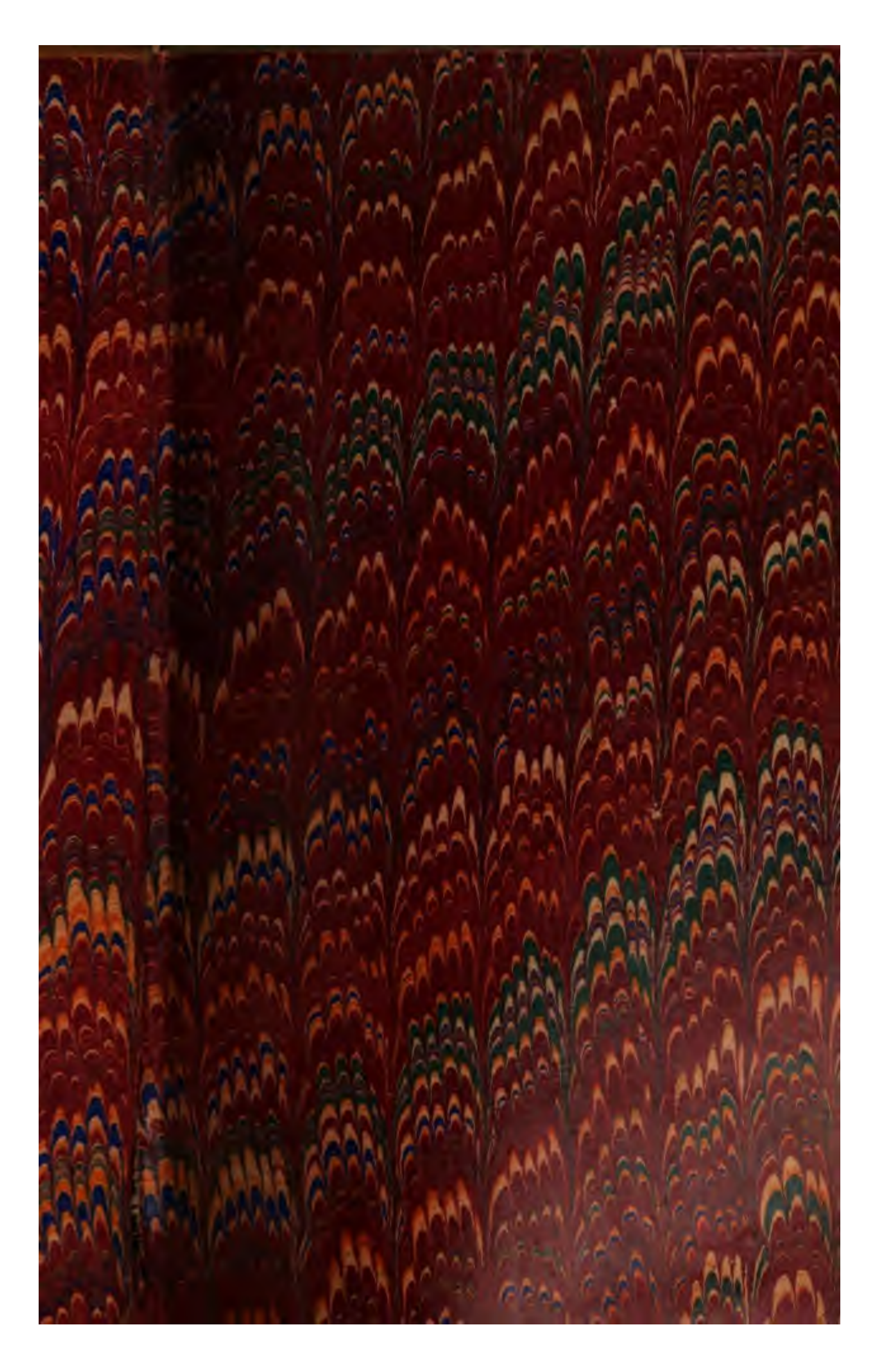
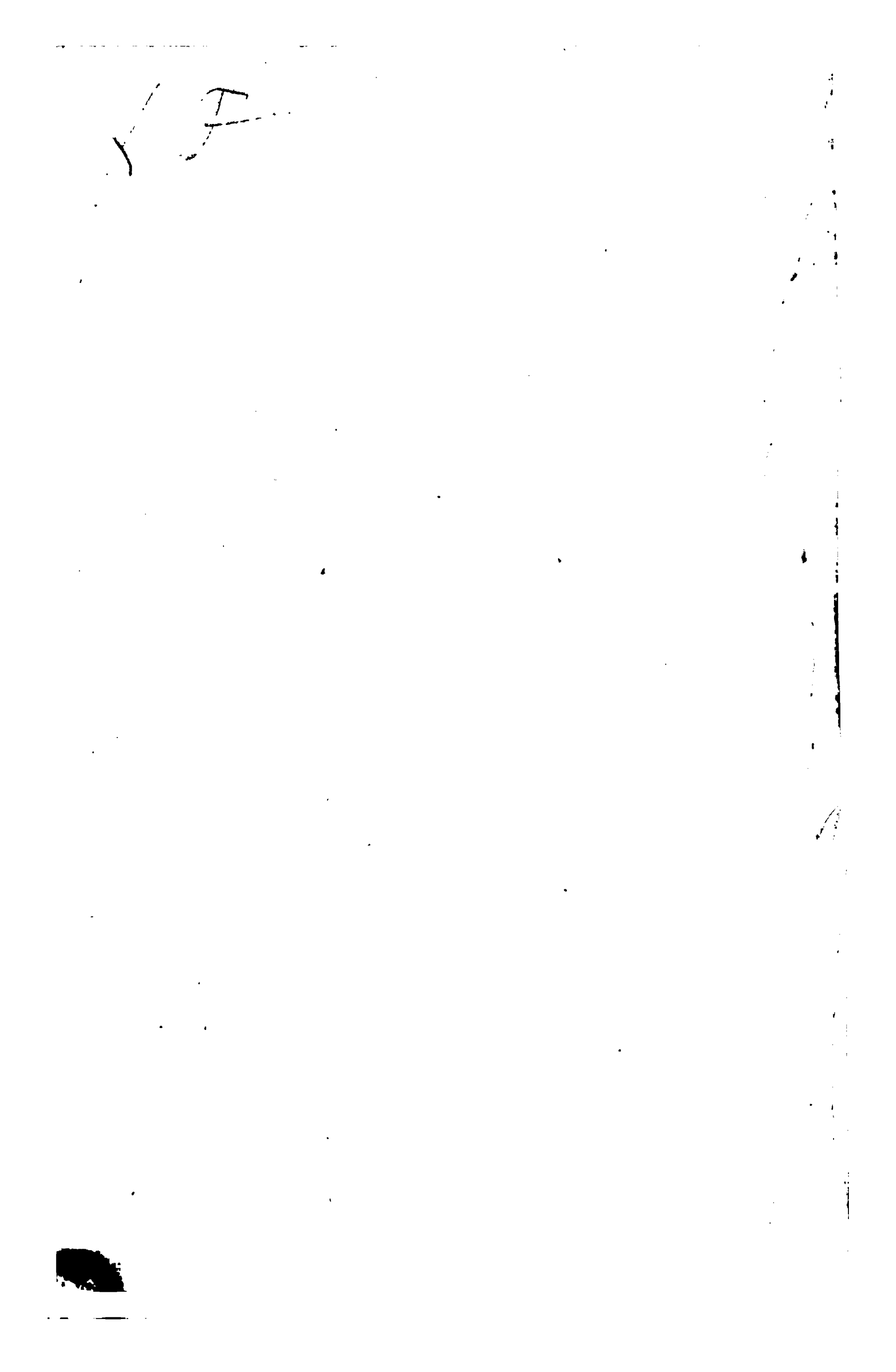






HISTORIA

DE LA

CONQUISTA DE MÉJICO

CHATILLON-SUR-SEINE. — EN LA IMPRENTA DE A. PICHAT.

HISTORIA

DE LA

CONQUISTA DE MÉJICO

POBLACION Y PROGRESOS

DE LA AMÉRICA SEPTENTRIONAL

CONOCIDA POR EL NOMBRE

DE NUEVA ESPAÑA

POR

DON ANTONIO DE SOLIS

SECRETARIO DE SU MAJESTAD, Y SU CRONISTA MAYOR DE LAS INDIAS

NUEVA EDICION

Aumentada con un resúmen histórico, desde la rendicion de Méjico hasta el fallecimiento de Hernan Cortés, é ilustrada con notas.

PARÍS

LIBRERÍA ESPAÑOLA DE GARNIER HERMANOS

6, CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6.

1884

VIDA

DE DON ANTONIO DE SOLÍS

ESCRITA

POR DON GREGORIO MAYANS Y SISCAR

Uno de los varones más esclarecidos que han ilustrado la nobilísima ciudad de Alcalá de Henáres fué don Antonio de Solís y Rivadeneira. Nació en ella, y fué bautizado en la iglesia magistral dia veinte y ocho de Octubre del año de Jesucristo Señor nuestro mil seiscientos y diez. Debió esta dicha Alcalá al licenciado Juan Jerónimo de Solís Ordóñez, y á doña Ana María de Rivadeneira, sus padres; natural aquél de Albalate de las Noguéras, y ésta de Toledo.

Luégo que don Antonio pudo dar algunas muestras de su gran ingenio, llenó de firmes esperanzas el corazon de sus padres, y de expectacion á todos los que le lograron tratar.

Concluyó los cursos de las ciencias mayores; pero no dejó de estudiar : dejó unas ciencias por otras; pero no la vereda de la sabiduría cristiana. Luégo que se vió en edad de veinte y seis años, y consideró la importancia de la filosofía moral, sin cuyo conocimiento nadie debe pensar que sabe, se dedicó á ella con mucho estudio.

De los estudios de don Antonio resultó en él un sencillo trato como de verdadero filósofo, y un agrado suavísimo digno de tan agudo poeta.

Á un tan insigne varon, en uno y otro estilo, faltaba solamente un buen Mecénas : hallóle digno de sí en el conde de Oropesa don Duarte de Toledo y Portugal, de quien fué secretario siendo virey de Navarra, y despues de Valencia.

El rey don Felipe IV le hizo merced de oficial de la secretaría de Estado y de su secretario : agradeció y admitió tan grande honra; pero la trasladó luégo á un allegado suyo sin disgustar al rey. Despues la reina madre le repitió la misma merced en el año de mil seiscientos y sesenta y uno; le añadió la de ser cronista mayor de las Indias por muerte de Antonio de Leon Pinelo, escritor docto y de amenísimo ingenio.

Tuvo muchas ocasiones de parecer feliz; mas no logró alguna, ó por el genio filosófico, que naturalmente desestima lo que el mundo aprecia, ó por aquella casi general desgracia de estar condenados los poetas á una miserable vida : de suerte que aquella ciencia parece ser antípoda de la dicha humana.

Con esta estrechez vivia don Antonio de Solís, cuando cumplidos ya cincuenta y siete años, conociendo bien los engaños de este mundo, determinó consagrar enteramente á Dios sus postreros dias : recibió pues todas las órdenes sagradas : dijo su primera misa con grande piedad y devocion en el noviciado de la Compañía de Jesus de Madrid. Dijo en adelante las demas, como si fuese la primera : preveníase ántes con oracion diligente : daba despues las gracias con rendimiento humilde. En lo demas guardaba una decente compostura, escusando inútiles visitas, hablillas necias y conversaciones ilícitas; procurando sólo la comunicacion agradable de pocos amigos buenos, y de sencillo y discreto trato. Era muy amigo del retiro y sosiego, y de la oracion á Dios. Fué devotísimo de María Santísima, y uno de los más ejemplares congregantes de Nuestra Señora del Destierro, en cuyos piadosos obsequios procuraba ser el primero, sin rehusar el trabajo. No se acordaba de sí sino para representar en su memoria su pasada vida, y arrepentirse de ella. Mejor que yo lo dirá este su elegantísimo soneto, donde cada palabra es un afecto ternísimo de pecador arrepentido.

¿Hasta cuándo mi torpe desvarío
Abusará, Señor, de tu clemencia?
Que parece que aprendo en tu paciencia
Más libertad que diste á mi albedrío.
Juzga, corrige, enmienda el error mio
Ántes que se pronuncie la sentencia,
No llegue en mi postrera negligencia
La primera señal de tu desvío.
Tú me diste tu imágen : mi pecado
La borró. Mas, ¡ ay triste ! no perezca
Tu retrato en mi ciega destemplanza.
Vuelva á imprimir tu sangre lo borrado :
Y para que la imágen permanezca.
Defiéndame de mí tu semejanza.

En semejantes afectos empleaba su talento ; y para no distraerse con el dulce encanto de la poesía, la abandonó del todo; dedicando á Dios hasta su genio mismo, que fué el sacrificio más fino que supo y pudo hacer de sí. Estuvo en este propósito tan firmemente constante, que habiendo muerto en el año mil seiscientos ochenta y uno don Pedro Calderon de la Barca, cómico célebre, no hubo instancias que pudiesen recabar con él que continuase la composicion de los autos sacramentales ; áun decentemente no quiso autorizar el teatro. ¿ Qué mucho? si hubiera querido borrar con sus lágrimas todas sus representaciones cómicas y poesías profanas, aunque decorosas y honestas. Por esta misma causa déjó por acabar la artificiosa comedia de *Amor es arte de amar*, que no habiendo llegado á concluirse, aspira á ser la primera de las suyas por más ajustada al arte.

Habiendo corrido don Antonio tan lucida carrera, llegó por último al necesario ocaso en que llegando al horizonte de la vida humana, tramonte el alma al descanso de más dichosa vida : para conseguir ésta se preparó como debia : purgó su alma de las heces mundanas con la suludabilísima y necesaria medicina de una verdadera penitencia : recibió el Viático divino y Extremauncion : dejó dispuestas sus cosas, nombrando á don Alonso Carnero por testamentario suyo, en quien dignamente depositó toda su confianza, como quien habia sido el archivo de sus secretos más íntimos. Asistióle muy puntual su director doctísimo el padre

Diego Jacinto de Tebar, de la Compañía de Jesus, aquel que asistió á la muerte de don Francisco de Quevedo, de don Nicolas Antonio, de don José de Pellicer, y otros varones grandes. Alternaba don Antonio el dulce lamentar de sus pasadas culpas con los coloquios tiernos de la esperanza en Dios. Entónces con mayores afectos repetiria devoto aquellas fervorosísimas súplicas que no se pueden leer sin gran ternura.

Vuestra sangre, Seoñr, por mi pecado,
Tan repetidas veces malograda,
Clamando está por mí, por mí aplicada.
Precio infinito, y precio derramado.
Vuestra Madre, aunque, al veros injuriado,
Me mire con desvíos de irritada,
Se queda en el oficio de abogada,
Y abogada mayor del más culpado.
Mi alma en vuestro juicio riguroso
No hallará otra razon, pues hoy la ignora,
Con que aplacar á vuestro Eterno Padre.
Y así confuso, humilde y temeroso,
Os digo para entónces desde agora :
Vuestra sangre, Señor, y vuestra Madre.

Entre tan dulces coloquios envió su espíritu al Señor, como piadosamente se cree, dia diez y nueve de abril del año mil seiscientos ochenta y seis, despues de haber vivido setenta y ocho años, ocho meses y un dia. Fué enterrado en la capilla de la Congregacion de Nuestra Señora del Destierro, procurando en su muerte la proteccion, á que habia siempre anhelado.

Lo que granjeó á don Antonio los mayores aplausos fué la *Historia de la conquista de Méjico.* Es tan dulce su estilo, que tiene hidrópicos á muchos discretos. Frecuentemente es poética, y siempre brillante. Remedó á Quinto Curcio sin procurarlo, especialmente en las oraciones, haciendo á los bárbaros ménos bárbaros. Toda la contextura de esta preciosa obra es una tela finísima de oro puro, ricamente adornada de cristianas y políticas sentencias, que lucen como diamantes finísimos. Tuvo por aprobadores de su historia á dos insignes varones, el marqués de Mondéjar,

y don Nicolas Antonio : á aquél en una carta respondiendo al autor que solicitó su censura ; á éste en la que hizo por órden del real consejo de Castilla, de la cual quedó mucho más satisfecho. Tan cierto es aquel dicho de Temístocles, que el cantor que más agrada es el que mejor alaba. Se tradujo esta historia en frances, en inglés y en italiano.

HISTORIA

DE LA

CONQUISTA DE MÉJICO

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

Motivos que obligan á tener por necesario que se divida en diferentes partes la historia de las Indias para que pueda comprenderse.

Duró algunos dias en nuestra inclinacion el intento de continuar la historia general de las Indias Occidentales que déjó el cronista Antonio de Herrera en el año de 1554[1] de la reparacion humana. Y perseverando en este animoso dictámen, lo que tardó en descubrirse la dificultad, hemos leido con diligente observacion lo que ántes y despues de sus Décadas escribieron de aquellos descubrimientos y conquistas diferentes plumas naturales y extranjeras; pero como las regiones de aquel nuevo mundo son tan distantes de nuestro emisferio, hallamos en los autores extranjeros

1. Esta fecha está equivocada. Hasta el año 1596 no le mandó Felipe II escribir aquella historia : Felipe III dió el privilegio de impresion en 1600 : la dedicatoria del autor al rey, es de 1601 ; y en igual año se imprimió la obra.

grande osadía y no menor malignidad para inventar lo que quisieron contra nuestra nacion, gastando libros enteros en culpar lo que erraron algunos para deslucir lo que acertaron todos; y en los naturales poca uniformidad y concordia en la narracion de los sucesos : conociéndose en esta diversidad de noticias aquel peligro ordinario de la verdad, que suele desfigurarse cuando viene de léjos. degenerando de su ingenuidad todo aquello que se aparta de su orígen.

La obligacion de redargüir á los primeros, y el deseo de conciliar á los segundos, nos ha detenido en buscar papeles y esperar relaciones que den fundamento y razon á nuestros escritos.

Pero llegando á lo estrecho de la pluma con mejores noticias, hallamos en la historia general tanta multitud de cabos pendientes, que no pareció poco ménos que imposible (culpa serà de nuestra comprension) el atarlos sin confundirlos. Consta la historia de las Indias de tres acciones grandes que pueden competir con las mayores que han visto los siglos: porque los hechos de Cristóbal Colon en su admirable navegacion y en las primeras empresas de aquel nuevo mundo : lo que obró Hernan Cortés con el consejo y con las armas en la conquista de Nueva España, cuyas vastas regiones duran todavía en la incertidumbre de sus términos; y lo que se debió á Francisco Pizarro, y trabajaron los que le sucedieron en sojuzgar aquel dilatadísimo imperio de la América meridional, teatro de várias tragedias y extraordinarias novedades, son tres argumentos de historias grandes, compuestas de aquellas ilustres hazañas y admirables accidentes de ambas fortunas que dan materia digna á los anales, agradable alimento á la memoria, y útiles ejemplos al entendimiento y al valor de los hombres. Pero en la historia general de las Indias, como se hallan mezclados entre sí los tres argumentos, y cualquiera de ellos con infinidad de empresas menores, no es fácil reducirlos al contexto de una sola narracion, ni guardar la serie de los tiempos sin interrumpir y despedazar muchas veces lo principal con lo accesorio.

No negamos que Antonio de Herrera, escritor diligente (á quien no sólo procuraremos seguir, pero querríamos imitar), trabajó con acierto una vez elegido el empeño de la historia general; pero no hallamos en sus Décadas todo aquel desahogo y claridad de que necesitan para comprenderse; ni podria dársele mayor habiendo de acudir con la pluma á tanta muchedumbre de acaecimientos, déjándolos y volviendo á ellos segun el arbitrio del tiempo y sin pisar alguna vez la línea de los años.

Nuestro intento es sacar de este laberinto y poner fuera de esta oscuridad á la historia de Nueva España para poder escribirla separadamente, franqueándola (si cupiere tanto en nuestra cortedad) de modo que en lo admirable de ella se deje hallar sin violencia la suspension, y en lo útil se logre sin desabrimiento la enseñanza. Y nos hallamos obligados á elegir éste de los tres argumentos que propusimos; porque les hechos de Cristóbal Colon, y las primeras conquistas de las islas y el Darien, como no tuvieron otros sucesos en que mezclarse, están escritas con felicidad y bastante distincion en la primera y segunda Década de Antonio de Herrera; y la historia del Perú anda separada en los dos tomos que escribió Garcilaso Inga, tan puntual en las noticias y tan suave y ameno en el estilo (segun la elegancia de su tiempo) que culparíamos de ambicioso al que intentase mejorarle, alabando mucho al que supiese imitarle para proseguirle. Pero la Nueva España, ó está sin historia que merezca este nombre, ó necesita de ponerse en defensa contra las plumas que se encargaron de su posteridad.

Escribióla primero Francisco López de Gomara con poco exámen y puntualidad, porque dice lo que oyó, y lo afirma con sobrada credulidad, fiándose tanto de sus oídos como pudiera de sus ojos, sin hallar dificultad en lo inverisímil, ni resistencia en lo imposible.

Siguióle en el tiempo y en alguna parte de sus noticias Antonio de Herrera, y á éste, Bartolomé Leonardo de Argensola, incurriendo en la misma desunion y con menor disculpa; porque nos dejó los primeros sucesos de esta conquista entretejidos y mezclados en sus Anales de Aragon,

tratándolos como accesorios, y traidos de léjos al propósito de su argumento. Escribió lo mismo que halló en Antonio de Herrera con mejor carácter, pero tan interrumpido y ofuscado con la mezcla de otros acaecimientos, que se disminuye en las digresiones lo heroico del asunto, ó no se conoce su grandeza como se mira de muchas veces.

Salió despues una historia particular de Nueva España, obra póstuma de Bernal Diaz del Castillo, que sacó á luz un religioso de la órden de Nuestra Señora de la Merced, habiéndola hallado manuscrita en la librería de un ministro grande y erudito, donde estuvo muchos años retirada, quizá por los inconvénientes que al tiempo que se imprimió se perdonaron ó no se conocieron. Pasa hoy por historia verdadera ayudándose del mismo désaliño y poco adorno de su estilo para parecerse á la verdad y acreditar con algunos la sinceridad del escritor ; pero aunque le asiste la circunstancia de haber visto lo que escribió, se conoce de su misma obra que no tuvo la vista libre de pasiones, para que fuese bien gobernada la pluma : muéstrase tan satisfecho de su ingenuidad, como quejoso de su fortuna : andan entre sus renglones muy descubiertas la envidia y la ambicion; y paran muchas veces estos afectos destemplados en quejas contra Hernan Cortés, principal héroe de esta historia, procurando penetrar sus designios para deslucir y enmendar sus consejos, y diciendo muchas veces como infalible no lo que ordenaba y disponia su capitan, sino lo que murmuraban los soldados ; en cuya república hay tanto vulgo como en las demas ; siendo en todas de igual peligro, que se permita el discurrir á los que nacieron para obedecer.

Por cuyos motivos nos hallamos obligados á entrar en este argumento, procurando desagraviarlo de los embarazos que se encuentran en su contexto, y de las ofensas que ha padecido su verdad. Valdrémonos de los mismos autores que déjamos referidos en todo aquello que no hubiere fundamento para desviarnos de lo que escribieron ; y nos serviremos de otras relaciones y papeles particulares que hemos juntado para ir formando, con eleccion des-

apasionada, de lo más fidedigno nuestra narracion. Pero ántes de llegar á lo inmediato de nuestro empeño, será bien que digamos en qué postura se hallaban las cosas de España cuando se dió principio á la conquista de aquel nuevo mundo, para que se vea su principio primero que su aumento; y sirva esta noticia de fundamento al edificie que emprendemos.

CAPÍTULO II

Refiérense las calamidades que se padecian en España cuando se puso la mano en la conquista de Nueva España.

Corria el año de mil y quinientos y diez y siete, digno de particular memoria en esta monarquía, no ménos por sus turbaciones, que por sus felicidades.

Murió en los principio del año antecedente el rey don Fernando el Católico; y desvaneciendo con la falta de su ártífice las líneas que tenia tiradas para la conservacion y acrecentamiento de sus Estados, se fué conociendo poco á poco en la turbacion, y desconcierto de las cosas públicas la gran pérdida que hicieron estos reinos; al modo que suele rastrearse por el tamaño de los efectos la grandeza de las causas.

Quedó la suma del gobierno á cargo del cardenal arzobispo de Toledo, don fray Francisco Jimenez de Cisneros, varon de espiritu resuelto, de superior capacidad, de corazon magnánimo, y en el mismo grado religioso, prudente y sufrido: juntándose en él sin embarazarse con su diversidad, estas virtudes morales y aquellos atributos heroicos; pero tan amigo de los aciertos, y tan activo en la justificacion de sus dictámenes, que perdia muchas veces lo conveniente por esforzar lo mejor; y no bastaba su celo á corrregir los ánimos inquietos tanto como á irritarlos su integridad.

La reina doña Juana, hija de los reyes don Fernando y doña Isabel, á quien tocaba légítimamente la sucesion del reino, se hallaba en Tordesíllas, retirada de la comu-

nicacion humana, por aquel accidente lastimoso que destempló la armonía de su entendimiento : y del sobrado aprender, la trujo á no discurrir, ó á discurrir desconcertadamente en lo que aprendia.

El príncipe don Cárlos, primero de este nombre en España, y quinto en el imperio de Alemania, á quien anticipó la corona el impedimento de su madre, residia en Flándes; y su poca edad, que no llegaba á los diez y siete años, el no haberse criado en estos reinos, y las noticias que en ellos habia de cuán apoderados estaban los ministros flamencos de la primera inclinacion de su adolescencia, eran unas circunstancias melancólicas que le hacian poco deseado áun de los que le esperaban como necesario.

El infante don Fernando, su hermano, se hallaba, aunque de ménos años, no sin alguna madurez, desabrido de que el rey don Fernando su abuelo no le dejase en su último testamento nombrado por principal gobernador de estos reinos, como lo estuvo en el antecedente que se otorgó en Búrgos; y aunque se esforzaba á contenerse dentro de su propia obligacion, ponderaba muchas veces y oia ponderar lo mismo à los que el no nombrarle pudiera pasar por disfavor hecho á su poca edad, pero que el escluirle despues de nombrado, era otro género de inconfidencia que tocaba en ofensa de su personna y dignidad : con que se vino á declarar por mal satisfecho del nuevo gobierno; siendo sumamente peligroso para descontento, porque andaban los ánimos inquietos, y por su afabilidad, y ser nacido y criado en Castilla, tenía de su parte la inclinacion del pueblo, que, dado el caso de la turbacion, como se recelaba, la habia de seguir, sirviéndose para sus violencias del movimiento natural.

Sobrevino á este embarazo otro de no menor cuerpo en la estimacion del cardenal; porque el dean de Lobaina Adriano Florencio, que fué despues Sumo Pontífice, sexto de este nombre, habia venido desde Flándes con título y apariencias de embajador al rey don Fernando ; y luégo que sucedió su muerte, manifestó los poderes que tenía ocultos del príncipe don Cárlos, para que en llegando este caso tomase posesion del reino en su nombre, y se encar-

gase de su gobierno; de que resultó una controversia muy reñida, sobre si este poder habia de prevalecer y ser de mejor calidad que el que tenía el cardenal. En cuyo punto discurrian los políticos de aquel tiempo con poco recato, y no sin alguna irreverencia, vistiéndose en todos el discurso de el color de la intencion.

Pero reconociendo los dos gobernadores que estas disputas se iban encendiendo con ofensa de la majestad y de su misma jurisdiccion, trataron de unirse en el gobierno: sana determinacion si se conformaran los genios; pero discordaban ó se compadecian mal la entereza del cardenal con la mansedumbre de Adriano: inclinado el uno á no sufrir compañero en sus resoluciones, y acompañándolas el otro con poca actividad y sin noticia de las leyes y costumbres de la nacion. Produjo este imperio dividido la misma division en los súbditos.

Conociéronse muy presto los efectos de esta mala constitucion, destemplándose enteramente los humores mal corregidos de que abundaba la república. Mandó el cardenal (y necesitó de poca persuasion para que viniese en ello su compañero) que se armasen las ciudades y villas del reino, y que cada una tuviese alistada su milicia, ejercitando la gente en el manejo de las armas y en la obediencia de sus cabos; para cuyo fin señaló sueldos á los capitanes, y concedió exenciones á los soldados. Dicen unos que miró á su propia seguridad, y otros que á tener un nervio de gente con que reprimir el orgullo de los Grandes; pero la experiencia mostró brevemente que en aquella sazon no era conveniente este movimiento, porque los Grandes y señores heredados (brazo dificultoso de moderar en tiempos tan revueltos) se dieron por ofendidos de que se armasen los pueblos. Y en los mismos pueblos se experimentaron diferentes efectos, porque algunas ciudades alistaron su gente, hicieron sus alardes, y formaron su escuela militar; pero en otras se miraron estos remedos de la guerra como pension de la libertad y como peligros de la paz, siendo en unas y otras igual el inconveniente de la novedad; porque las ciudades que se dispusieron á obedecer, supieron la fuerza que tenian para resistir; y las que resistieron se ha-

llaron con la que habian menester, para llevarse tras sí á las obedientes y ponerlo todo en confusion.

CAPÍTULO III

Estado en que se hallaban los reinos distantes y las islas de la América que ya llamaban Indias Occidentales.

No padecian á este tiempo ménos que Castilla los demas dominios de la corona de España, donde apénas hubo piedra que no se moviese, ni parte donde no se temiese con alguna razon el desconcierto de todo el edificio.

Andalucía se hallaba oprimida y asustada con la guerra civil que ocasionó don Pedro Giron, hijo del conde de Ureña, para ocupar los estados del duque de Medina Sidonia, cuya sucesion pretendia por doña Mencía de Guzman su mujer; poniendo en el juicio de las armas la interpretacion de su derecho, y autorizando la violencia con el nombre de la justicia.

En Navarra se volvieron á encender impetuosamente aquellas dos parcialidades beamontesa y agramontesa, que hicieron insigne su nombre á costa de su patria. Los beamonteses, que seguian la voz del rey de Castilla, trataban como defensa de la razon la ofensa de sus enemigos. Y los agramonteses, que, muerto Juan de Labrit y la reina doña Catalina, aclamaban al príncipe de Bearne su hijo, fundaban su atrevimiento en las amenazas de Francia; siendo unos y otros dificultosos de reducir, porque andaba en ambos partidos el odio envuelto en apariencias de fidelidad; y mal colocado el nombre del rey, servia de pretexto á la venganza y á la sedicion.

En Aragon se movieron cuestiones poco seguras sobre el gobierno de la corona, que por el testamento del rey don Fernando quedó encargado al arzobispo de Zaragoza don Alfonso de Aragon su hijo, á quien se opuso, no sin alguna tenacidad, el justicia don Juan de Lanuza, con dictámen, ó verdadero ó afectado, de que no convenia para la

quietud de aquel reino que residiese la potestad absoluta, en persona de tan altos pensamientos.

Cataluña y Valencia se abrasaban en la natural inclemencia de sus bandos; que no contentos con la jurisdiccion de la campaña, se apoderaban de los pueblos menores, y se hacian temer de las ciudades, con tal insolencia y seguridad, que turbado el órden de la república se escondian los magistrados, y se celebraba la atrocidad tratándose como hazañas los delitos, y como fama la miserable posteridad de los delincuentes,

En Nápoles se oyeron con aplauso las primeras aclamaciones de la reina doña Juana y el príncipe don Cárlos; pero entre ellas mismas se esparció una voz sediciosa de incierto orígen, aunque de conocida malignidad.

Decíase que el rey don Fernando dejaba nombrado por heredero de aquel reino al duque de Calabria, detenido entónces en el castillo de Játiva. Y esta voz que se desestimó dignamente á los principios, bajó como despreciada á los oídos del vulgo, donde corrió algunos dias con recato de murmuracion, hasta que tomando cuerpo en el misterio con que se fomentaba, vino á romper en alarido popular y en tumulto declarado, que puso en congoja más que vulgar á la nobleza, y á todos los que tenian la parte de la razon y de la verdad.

En Sicilia tambien tomó el pueblo las armas contra el virey don Hugo de Moncada con tanto arrojamiento, que le obligó á dejar el reino en manos de la plebe.

No por distantes se libraron las Indias de la mala constitucion del tiempo, que á fuer de influencia universal alcanzó tambien á las partes más remotas de la monarquía. Reducíase entónces todo lo conquistado de aquel nuevo mundo á las cuatro islas de Santo Domingo, Cuba, San Juan de Puerto Rico y Jamaica, y á una pequeña parte de tierra firme que se habia poblado en el Darien, á la entrada del golfo de Uraba, de cuyos términos constaba lo que se comprendia en este nombre de las Indias occidentales. Llamáronlas así los primeros conquistadores, sólo porque se parecian aquellas regiones en la riqueza y en la distancia á las orientales que tomaron este nombre

del rio Indo que las baña. Ya sólo venian de aquellas partes lamentos y querellas de lo que allí se padecia : el celo de la religion y la causa pública cedian enteramente su lugar al interes y al antojo de los purticulares [1],

1. Es muy notable lo que sobre el particular escribia Hernan Cortés á Cárlos V despues de la conquista; y en verdad que sus palabras, sobre hacer mucho honor á la rectitud de su juicio, demuestran de un modo indudable que fué sin disputa el capitan más noble, discreto y justo de cuantos tuvieron parte en la conquista de las vastas regiones americanas. Hé aquí como se expresa. « ... E porque con los dichos procuradores Antonio » de Quiñones, y Alonso Dávila, los concejos de las villas de » esta Nueva España, y yó, embiamos á suplicar á Vuestra » Magestad mandasse proveer de Obispos, ó otros prelados, » para la administracion de los Oficios y Culto divino; y en» tónces pareciónos, que asi convenia : y agora mirándolo bien, » hame parecido, que Vuestra Sacra Magestad los debe mandar » proveer de otra manera, para que los Naturales de estas partes » mas aina se conviertan, y puedan ser instruidos en las cosas de » nuestra Santa Fé Católica : y la manera, que á mí, en este caso » me parece que se debe tener : es, que Vuestra Sacra Magestad » mande que vengan á estas partes muchas Personas Relijiosas como » ya he dicho, y muy celosas de este fin de la conversions de estas » Gentes: y que de estos se hagan Casas y Monasterios, por las Pro» vincias, que acá nos pareciere, que convienen, y que á estas se les » dé de los Diezmos para hacer sus Casas, y sostener sus vidas, y lo » demas que restare de ellos, sea para las Iglesias, y Ornamen» tos de los pueblos, donde estuvieren los Españoles, y para Clé» rigos, que las sirvan; y que estos Diezmos los cobren los Oficia» les de Vuestra Magestad, y tengan cuenta, y razon de ellos, y » provean de ellos á los dichos Monasterios, y Iglesias, que bastará » para todo, y aun sobra harto, de que Vuestra Magestad se puede » servir. Y que Vuestra Alteza suplique á su Santidad, conceda » á Vuestra Magestad los Diezmos de estas partes, para este efecto, » haciéndole entender el Servicio, que á Dios Nuestro Señor se » hace, en que esta Gente se convierta, y que esto no se podria » hacer, sino por esta via; porque habiendo Obispos, y otros Pre» lados, no dejarian de seguir la costumbre, que por nuestros pe» cados hoy tienen, en disponer de los bienes de la Iglesia, que es » gastarlos en pompas, y en otros vicios: en dejar Mayorazgos á » sus Hijos ó Parientes : ó aun seria otro mayor mal, que como » los Naturales de estas partes tenian en sus tiempos Personas Re» lijiosas, que entendian en sus Ritos, y Ceremonias, y estos eran » tan recogidos, así en honestidad, como en castidad, que si alguna » cosa fuera de esto, á alguno se le sentia, era punido con pena de » muerte. E si agora viessen las cosas de la Iglesia, y servicio de » Dios, en poder de los Canónigos ó otras Dignidades; y supiesen

y al mismo paso se iban acabando aquellos pobres indios que gemian debajo del peso, anhelando por el oro para la avaricia ajena, obligados á buscar con el sudor de su rostro lo misno que despreciaban, y á pagar con su esclavitud la ingrata fertilidad de su patria.

Este estado tenian las cosas de la monarquía cuando entró en la posesion de ella el rey don Cárlos, que llegó á España por Setiembre de este año : con cuya venida empezó á serenar la tempestad y se fué poco á poco introduciendo el sosiego, como influido de la presencia del rey, sea por virtud oculta de la corona, ó porque asiste Dios con igual providencia tanto á la majestad del que gobierna, como á la obligacion ó al temor natural del que obedece. Sintiéronse los primeros efectos de esta felicidad en Castilta, cuya quietud se fué comunicando á los demas reinos de España, y pasó á los dominos de afuera. Llegaron brevemente á las islas de la América las influencias del nuevo rey, obrando en ellas su nombre tanto como en España su presencia. Dispusiéronse los ánimos á mayores empresas, creció el esfuerzo en los soldados, y se puso la mano en las primeras operaciones que precedieron á la conquista de Nueva España, cuyo imperio tenía el cielo destinado para engrandecer los principios de este augusto monarca.

Gobernaba entónces la isla de Cuba el capitan Diego Velázquez, que pasó á ella como teniente del segundo almirante de las Indias don Diego Colon, con tan buena fortuna qne se le debió toda su conquista y la mayor parte de su poblacion. Habia en aquella isla grandes noticias de otras tierras no muy distantes, que se dudaba si eran islas.

Creció por este tiempo la noticia y la opinion de aquella tierra con lo que referian de ella los soldados que acom-

» que aquellos eran Ministro de Dios, y los viesen usar de los vi-
» cios, y profanidades, que agora en nuestros tiempos en esos Rei-
» nos usan, seria menospreciar nuestra Fé, y tenerla por cosa de
» burla : y seria tan gran daño, que no creo aprovecharia ninguna
» otra predicacion, que se les hiciese : » etc.

Este párrafo no sólo corrobora lo dicho por Solís, sino que hace formar tristísima idea de la relajacion de la disciplina eclesiástica en aquella época.

pañaron á Francisco Fernández de Córdoba en el descubrimiento de Yucatan, península síituade en los confines de Nueva España, y los soldados que iban llegando á esta sazon, aunque heridos y derrotados, traian tan poco escarmentado el valor, que entre los mismos encarecimientos de lo que habian padecido se les conocia el ánimo de volver á la empresa, y le infundian en los demas Españoles de la isla.

Viendo pues Diego Velázquez tan bien acreditado con todos el nombre Yucatan, empezó á entrar en pensamientos de mayor jerarquía.

Trató con este fin de que se volviese á intentar aquel descubrimiento; y concibiendo nuevas esperanzas del fervor con que se le ofrecian los soldados, se publicó la jornada, se alistó la gente, y se previnieron tres bajeles y un bergantin con todo lo necesario para la faccion y para el sustento de la gente. Nombró por cabo principal de la empresa á Juan de Grijalva, pariente suyo, y por capitanes á Pedro de Alvarado, Francisco Montejo y Alonso Dávila, sugetos de calidad conocida, y más conocidos en aquellas islas por su valor y proceder : segunda y mayor nobleza de los hombres. Pero aunque se juntaron con facilidad hasta doscientos y cincuenta soldados incluyéndose en este número los pilotos y marineros, y andaban todos solícitos contra la dilacion, procurando tener parte en adelantar el viaje, tardaron finalmente en hacerse á la mar hasta los ocho de Abril del año siguiente de mil y quinientos y diez y ocho.

Nevegaron de comun acuerdo la vuelta del Poniente sin apartarse de la tierra más de lo que hubieron menester para no peligrar en ella, y fueron descubriendo en una costa muy dilatada y al parecer deliciosa, diferentes poblaciones con edificios de piedra, que hicieron novenad, y que á vista del alborozo con que se iban observando parecian grandes ciudades. Señalábanse con la mano las torres y capiteles que se fingian con el deseo, creciendo esta vez los objetos en la distancia; y porque alguno de los soldados dijo entónces que aquella tierra era semejante á la de España, agradó tanto á los oyentes esta comparacion, y

quedó tan impresa en la memoria de todos, que no se halla otro principio de haber quedado aquella regiones con el nombre de Nueva España : palabras dichas casualmente con fortuna de repetidas, sin que se halle la propiedad ó la gracia de que se valieron para cautivar la memoria de los hombres[1].

CAPÍTULO IV

Entrada que hizo Juan de Grijalva en el rio de Tabasco, sucesos de ella.

Siguieron la costa nuestros bajeles hasta llegar al paraje donde se derrama por dos bocas en el mar el rio Tabasco, uno de los navegables que dan el tributo de sus aguas al golfo mejicano. Llamóse desde aquel descubrimiento rio de Grijalva; pero dejó su nombre á la provincia que baña su corriente, situada en el principio de Nueva España, entre Yucatan y Guazacoalco. Descubríanse por aquella parte grandes arboledas y tantas poblaciones en las dos riberas, que no sin esperanza de algun progreso considerable resolvió Juan de Grijalva, con aplauso de los suyos, entrar por el rio á reconocer la tierra, y hallando con la sonda en la mano, que sólo podia servirse para este intento de los dos navíos menores, embarcó en ellos la gente de guerra, y dejó sobre las áncoras con parte de la marinería los otros dos bajeles.

Empezaban á vencer no sin dificultad el impulso de la corriente, cuando reconocieron á poca distancia considerable número de canoas guarnecidas de indios armados, y en la tierra algunas cuadrillas inquietas que al parecer intimaban la guerra, y con las voces y los movimientos que ya se distinguian, daban á entender la dificultad de la entrada : ademanes que suele producir el temor en los que desean apartar el peligro con la amenaza. Pero los nues-

1. Hernan Cortés en su carta de 30 de Octubre de 1520, dirigida al rey, supone ser él quien puso á aquel país el nombre de Nueva España; y pide al monarca apruebe esa denominacion.

tros, enseñados á mayores intentos, se fueron acercando en buen órden hasta ponerse en paraje de ofender y ser ofendidos. Mandó el general que ninguno disparase ni hiciese demostracion que no fuese pacífica; y á ellos les debió de ordenar lo mismo su admiracion, porque extrañando la fábrica de las naves, y la diferencia de los hombres y de los trajes, quedaron sin movimiento, impedidas violentamente las manos en la suspension natural de los ojos. Sirvióse Juan de Grijalva de esta oportuna y casual diversion del enemigo para saltar en tierra: siguióle parte de su gente con más diligencia que peligro: púsola en escuadron, arbolóse la bandera real, y hechas aquellas ordinarias solemnidades, que siendo poco más que ceremonias se llamaban actos de posesion, trató de que entendiesen aquellos indios que venía de paz y sin ánimo de ofenderlos. Llevaron este mensaje dos indios muchachos que se hicieron prisioneros en la primera entrada de Yucatan, y tomaron en el bautismo los nombres de Julian y Melchor. Entendian aquella lengua de Tabasco por ser semejante á la de su patria, y habian aprendido la nuestra, de manera que se daban á entender con alguna dificultad; pero donde se hablaba por señas se tenía por elocuencia su corta explicacion.

Resultó de esta embajada el acercarse con recatada osadía hasta treinta indios en cuatro canoas. Eran las canoas unas embarcaciones que formaban de los troncos de sus árboles, labrando en ellos el vaso y la quilla con tal disposicion, que cada tronco era un bajel, y los habia capaces de quince y de veinte hombres: tal es la corpulencia de aquellos árboles, y tal la fecundidad de la tierra que los produce. Saludáronse unos y otros cortesmente, y Juan de Grijalva, despues de asegurarlos con algunas dádivas, les hizo un breve razonamiento, dándoles á entender por medio de sus intérpretes como él y todos aquellas soldados eran vasallos de un poderoso monarca, que tenía su imperio donde sale el sol, en cuyo nombre venian á ofrecerles la paz y grandes felicidades si trataban de reducirse á su obediencia. Oyeron esta proposicion con señales de atencion desabrida; y no es de omitir la natural discre-

cion de uno de aquellos bárbaros que poniendo silencio á los demas, respondió á Grijalva con entereza y resolucion: « que no le parecia buen género de paz la que se queria » introducir, envuelta en la sujecion y en el vasallaje; ni » podia dejar de extrañar como cosa intempestiva el ha- » blarles de nuevo señor hasta saber si estaban desconten- » tos con el que tenian; pero que en el punto de la paz » ó la guerra, pues allí no habia otro en que discurrir, » hablarian con sus mayores y volverian con la res- » puesta. »

Despidiéronse con esta resolucion, y quedaron los nuestros igualmente admirados que cuidadosos; mezclándose el gusto de haber hallado indios de más razon y mejor discurso con la imaginacion de que serian más dificultosos de vencer, pues sabrian pelear los que sabian discurrir; ó por lo ménos se debia temer otro género de valor en otro género de entendimiento : siendo cierto que en la guerra pelea más la cabeza que las manos. Pero estas consideraciones del peligro en que discurrian variamente los capitanes y los soldados, pasaban como avisos de la prudencia que ó no tocaban ó tocaban poco en la region del ánimo. Desengañáronse brevemente, porque volvieron los mismos indios con señales de paz, diciendo : « que sus caciques la » admitian, no porque temiesen la guerra, ni porque fue- » sen tan fáciles de vencer como los de Yucatan [1] (cuyo » suceso habia llegado ya á su noticia), sino porque de- » jando los nuestros en su arbitrio la paz ó la guerra, se » hallaban obligados á elegir lo mejor. » Y en señas de la nueva amistad que venian á establecer, trajeron un regalo abundante de bastimentos y frutos de la tierra. Llegó poco despues el cacique principal con moderado acompañamiento de gente desarmada, dando á entender la confianza que hacía de sus huéspedes, y que venía seguro en

1. Cuando los Españoles llegaron por primera vez á la península que lleva ese nombre, preguntaron á los indios como se llamaba aquella tierra, y los naturales contestaron *Matan cauyi athán*, que significa, *no entiendo lo que dices :* los Españoles contrayendo esa frase pronunciaron *Yucatan;* y creyendo que ese era el nombre de apuella península, se lo han conservado hasta el dia.

su propia sinceridad. Recibióle Grivalja con demostraciones de agrado y cortesía; y él correspondió con otro género de sumisiones á su modo en que no dejaba de reconocerse alguna gravedad afectada ó verdadera; y despues de los primeros cumplimientos, mandó que llegasen sus criados con otro presente que traian de diversas alhajas de más artificio que valor, plumajes de varios colores, ropas sutiles de algodon, y algunas figuras de animales para su adorno, hechas de oro sencillo y ligero, ó formadas de madera primorosamente con engastes y láminas de oro sobrepuesto. Y sin esperar et agradecimiento de Grijalva, le dió á entender el cacique por medio de los intérpretes : « que su fin era la paz, y el intento de aquel » regalo despedir á los huéspedes para poder mantenerla. » Respondióle; « que hacía toda estimacion de su liberali- » dad, y que su ánimo era pasar adelante sin detenerse ni » hacerles disgusto : » y así se despidió y volvió á embarcar, regalando primero al cacique y á sus criados con algunas bujerías de Castilla, que siendo de cortísimo valor llevaban el precio en la novedad.

CAPÍTULO V

Prosigue Juan de Grijalva su navegacion, y entra en el rio de Bandéras, donde se halló la primer noticia del rey de Méjico Motezuma.

Prosiguieron su viaje Grijalva y sus compañeros por la misma derrota, descubriendo nuevas tierras y poblaciones sin suceso memorable, hasta que llegaron á un rio que llamaron de Bandéras, porque en su márgen y por la costa vecina á él andaban muchos indios con banderas blancas pendientes de sus astas; y en el modo de tremolarlas, acompañada con las señas, voces y movimientos que se distinguian, daban á entender que estaban de paz, y que llamaban al parecer más que despedian á los pasajeros. Ordenó Grijalva que el capitan Francisco de Montejo se adelantase con alguna gente repartida en dos

bajeles, para reconocer la entrada y examinar el intento de aquellos indios; el cual, hallando buen surgidero, y poco que recelar en el modo de la gente, avisó à los demas que podian acercarse. Desembarcaron todos, y fueron recibidos con grande admiracion y agasajo de los indios; entre cuyo numeroso concurso se adelantaron tres, que en el adorno parecian los principales de la tierra; y deteniéndose lo que hubieron menester para observar en el respeto de los otros cuál era el superior, se fueron derechos á Grijalva haciéndole grandes reverencias, y él los recibió con igual demostracion. No entendian aquella lengua nuestros intérpretes, y así se redujeron los cumplimientos á señas de urbanidad, ayudadas con algunas palabras de más sonido que significacion.

Ofrecióse luégo á la vista un banquete que tenian prevenido de mucha diferencia de manjares, puestos ó arrojados sobre algunas esteras de palma que ocupaban las sombras de los árboles : rústica y desaliñada opulencia; pero nada ingrata al apetito de los soldados: despues de cuyo refresco mandaron los tres indios á su gente que manifestasen algunas piezas de oro que tenian reservadas; y en el modo de mostrarlas y de tenerlas se conoció que no trataban de presentarlas, sino de comprar con ellas la mercadería de nuestras naves, cuya fama habia llegado ya á su noticia. Pusiéronse luégo en feria aquellas sartas de vidrio, peines, cuchillos y otros instrumentos de hierro y de alquimia, que en aquella tierra podian llamarse joyas de mucho precio; pues el engaño con que se codiciaban era ya verdad en lo que valian. Fuéronse trocando estas bujerías á diferentes alhajas y preseas de oro no de muchos quilates, pero en tanta abundancia, que en seis dias que se detuvieron aquí los Españoles, importaron los rescates más de quince mil pesos.

Viendo pues Juan de Grijalva que habian cesado ya los rescates, y que las naves estaban con algun peligro descubiertas á la travesía de los nortes, se despidió de aquella gente, dejándola gustosa y agradecida; y trató de volver á su descubrimiento, llevando entendido, á fuerza de preguntas y señas, que aquellos tres indios prin-

cipales eran súbditos de un monarca que llamaban Motezuma.

Prosiguieron su navegacion sin perder la tierra de vista; y dejando atras dos ó tres islas de poco nombre, hicieron pié en una que llamaron de Sacrificios; porque entrando á reconocer unos edificios de cal y canto que sobresalian á los demas, hallaron en ellos diferentes ídolos de horrible figura y más horrible culto; pues cerca de las gradas donde estaban colocados habia seis ó siete cadáveres de hombres recien sacrificados hechos pedazos y abiertas las entrañas.

Y así pasaron á otra que estaba poco apartada de la tierra firme, y en tal disposicion, que entre ella y la costa se halló paraje capaz y abrigado para la seguridad de las naves. Llamáronla isla de San Juan por haber llegado á ella el dia del Bautista, y por tener su nombre el general, en que andaria la devocion mezclada con la lisonja; y un indio que señalando con la mano hácia la tierra firme, y dando á entender que la nombraba, repetia mal pronunciada la voz *culúa, culúa* [1], dió la ocasion del sobrenombre con que la diferenciaron de San Juan de Puerto-Rico, llamándola San Juan de Ulúa, isla pequeña de más arena que terreno; cuya campaña tenía sobre las aguas tan moderada superioridad, que algunas veces se dejaba dominar de las inundaciones del mar; pero de estos humildes principios pasó despues á ser el puerto más frecuentado y más insigne de la Nueva España en todo lo que mira al mar del Norte.

Aquí se detuvieron algunos dias. Y viendo Juan de Grijalva que su instruccion era limitada, para que sólo descubriese y rescatase sin hacer poblacion, cuyo intento se le prohibia expresamente, trató de dar cuenta á Diego Velázquez de las grandes tierras que habia descubierto, para que en caso de resolver que se poblase en ellas le enviase la

1. Los indios querian dar á entender con esa palabra que aquella era una provincia de *Culhúa*, ó sea dependiente del imperio mejicano, llamado entónces de *Culhuacán;* por ser éste el nombre del primer pueblo que conquistaron los mejicanos cuando se establecieron en aquel vasto territorio.

órden, y le socorriese con alguna gente y otros pertrechos de que necesitaba. Despachó con esta noticia al capitan Pedro de Alvarado en uno de los cuatro navíos, entregándole todo el oro y las demas alhajas que hasta entónces se habian adquirido, para que con la muestra de aquellas riquezas fuese mejor recibida su embajada, y se facilitase la proposicion de poblar á que estuvo siempre inclinado por más que lo niegue Francisco López de Gomara que le culpa en esto de pusilánime.

CAPITULO VI

Prosigue Juan de Grijalva su descubrimiento hasta costear la provincia de Panuco. Sucesos del rio de Canoas, y resolucion de volverse á la isla de Cuba.

Apénas tomó Pedro de Alvarado la vuelta de Cuba, cuando partieron los demas navíos de San Juan de Ulúa en seguimiento de su derrota; y dejándose guiar de la tierra, fueron volviendo con ella hácia la parte del Septentrion, llevando en la vista las dos sierras de Tuspa y de Tusta, que corren largo trecho entre el mar y la provincia de Tlascala, despues de cuya travesía entraron en la ribera de Panuco, última region de Nueva España, por la parte que mira al golfo mejicano, y surgieron en el rio de Canoas, que tomó entónces este nombre, porque á poco rato que se detuvieron en reconocerlo, fueron asaltados por diez y seis canoas armadas y guarnecidas de indios guerreros, que ayudados de la corriente embistieron al navío que gobernaba Alfonso Dávila; y disparando sobre él la lluvia impetuosa de sus flechas, intentaron llevárselo, y tuvieron cortada una de las amarras: bárbara resolucion, que si la hubiera favorecido el suceso, pudiera merecer el nombre de hazaña; pero acudieron luégo al socorro los otros dos navíos, y la gente que se arrojó apresuradamente en los bateles, cargando sobre las canoas con tanto ardor, que sin que se conociese el tiempo que hubo entre el embestir y el vencer, quedaron algunas de ellas echadas á

pique, muertos muchos indios y puestos en fuga los que fueron más avisados en conocer el peligro ó más diligentes en apartarse de él.

No pareció conveniente seguir esta victoria por el poco fruto que se podia esperar de gente fugitiva y escarmentada; y así levantaron las áncoras y prosiguieron su viaje hasta que llegaron á un promontorio ó punta de tierra introducida en la jurisdiccion del mar. Grandes diligencias se hicieron para doblar este cabo; pero siempre retrocedian las naves al arbitrio del agua no sin peligro de zozobrar ó embestir con la tierra; cuyo accidente dió ocasion á los pilotos para que hiciesen sus protestas, y á la gente para que las prosiguiese con repetidos clamores: melancólica ya de tan prolija navegacion, y más discursiva en la aprension de los riesgos. Pero Juan de Grijalva, hombre en quien se daban las manos la prudencia y el valor, convocó á los pilotos y á los capitanes para que se discurriese en lo que se debia obrar segun el estado en que se hallaban. Consideróse en esta junta la dificultad de pasar adelante y la incertidumbre de la vuelta: que una de las naves venía maltratada y necesitaba de repararse: que los bastimentos empezaban á padecer corrupcion: que la gente venía desabrida y fatigada: y que el intento de poblar tenía contra sí la instruccion de Diego Velázquez, y la poca seguridad de poderlo conseguir sin el socorro que habian pedido: y últimamente se resolvió, sin controversia, que se tomase la vuelta de Cuba, para rehacerse de los medios con que se debia emprender tercera vez aquella grande faccion que dejaban imperfecta. Ejecutóse luégo ésta resolucion, y volviendo las naves á desandar los rumbos que habian traido, y á reconocer otros parajes de la misma costa con poca detencion y alguna utilidad en los rescates, arribaron últimamente al puerto de Santiago de Cuba en quince de Noviembre de mil y quintentos y diez y ocho.

Habia llegado pocos dias ántes al mismo puerto Pedro de Alvarado, y fué muy bien recibido del gobernador Diego Velázquez, que celebró con increíble alborozo la noticia de aquellas grandes tierras que se habian descubierto; y so-

bre todo los quince mil pesos de oro que apoyaban su relacion sin necesitar de su encarecimiento.

Miraba el gobernador aquellas riquezas, y no acertando á creer á sus ojos, volvia á socorrerse de los oídos, preguntando segunda y tercera vez á Pedro de Alvarado lo que le habia referido, y hallando novedad en lo mismo que acababa de oir, como el músico que se deleita en las cláusulas repetidas. No tardó mucho este alborozo en descubrir sus quilates, mezclándose con el desabrimiento; porque luégo empezó á sentir con impaciencia que Juan de Grijalva no hubiese fundado alguna poblacion en aquellas tierras donde le hicieron buena acogida : y aunque Pedro de Alvarado intentaba disculparle, fué de los que sintieron que se debia poblar en el rio de Bandéras; y siempre se dice flojamente lo que se procura esforzar contra el propio dictámen. Acusábale Diego Velázquez de poco resuelto; y enojándose con su eleccion, confesaba la culpa de haberle enviado, proponiendo encargar aquella faccion á persona de mayor actividad, sin reparar en el desaire de su pariente, á quien debia aquella misma felicidad que ponderaba; pero lo primero que hace la fortuna en los ambiciosos, es cautivar la razon para que no se ponga de parte del agradecimiento. Ya nada le hacía fuerza, sino el conseguir apriesa y á cualquiera costa toda la prosperidad que se prometia de aquel descubrimiento, elevando á grandes cosas la imaginacion, y llegando con las esperanzas adonde ántes no llegaba con los deseos.

Trató luégo de prevenir los medios para la nueva conquista, acreditándola con el nombre de Nueva España, que daba grande recomendacion y sonido á la empresa. Y envió persona á la corte con larga relacion y encarecidas señas de lo descubierto, y un memorial en que no iban oscurecidos de mal ponderados sus servicios; por cuya recompensa pedia algunas mercedes, y el título de adelantado de las tierras que conquistase [1].

1. Velázquez tuvo maña para arrancar á Cárlos V una capitulacion fecha ec Barcelona á 13 de Noviembre de 1518, por la cual se le nombraba adelantado y capitan por el rey, de todo lo hasta entónces descubierto y que en adelante se descubriese á costa

CAPÍTULO VII

Dificultades que se ofrecieron en la eleccion de cabo para la nueva armada; y quién era Hernan Cortés, que últimamente la llevó á su cargo.

Pero conociendo entónces Diego Velázquez cuánto importa la celeridad en las resoluciones, y que si se deja perder el tiempo suele desazonarse la ocasion, ordenó luégo que se diese carena á los cuatro bajeles que sirvieron en la jornada de Grijalva; con los cuales, y con los que se habian comprado, se juntaron diez de ochenta hasta cien toneladas: y caminando al mismo paso en el cuidado de armarlos, pertrecharlos y bastecerlos, se halló brevemente indeciso y receloso en la dificultad de nombrar cabo que los gobernase.

Salieron á la pretension Antonio y Bernardino Velázquez, parientes más cercanos del gobernador, Baltasar Bermúdez, Vasco Porcallo, y otros caballeros que habia en aquella isla capaces de aspirar á mayores empleos; y cada uno discurria en éste como si estuviera sola su razon: que ordinariamente quien dilata la provision de los cargos, convida pretendientes, y parece que trata de atesorar quejosos.

Pero Diego Velázquez duraba en su irresolucion, hallando en unos que temer, y en otros qué desear; hasta que aconsejándose con Amador de Lariz, contador del rey, y con Andres de Duero, su secretario, que eran toda su confianza, y conocian su condicion, le propusieron á Hernan Cortés, grande amigo de los dos, alabándole con moderacion por no hacer sospechoso el consejo: y dando á entender que hablaban por el acierto de la eleccion más que por la conveniencia de su amigo. Fué bien oida la proposicion, y ellos se contentaron con verle inclinado, dándole

suya; concediéndole ademas várias mercedes y privilegios. (*Coleccion de documentos inéditos de los señores Navarrete, Salvá, y Baranda.*)

tiempo para que lo meditase y volviese persuadido á la plática, ó mejor dispuesto para dejarse persuadir.

Pero ántes que pasemos adelante, será bien que digamos quién era Hernan Cortés, y por cuantos rodeos vino á ser de su valor y de su entendimiento aquella grande obra de la conquista de Nueva España, que puso en sus manos la felicidad de su destino : llamamos destino, hablando cristianamente, aquella soberana y altísima disposicion de la primera causa que deja obrar á las segundas, como dependientes suyas y medianeras de la naturaleza, en órden á que suceda con la eleccion del hombre, lo que permite ó lo que ordena Dios. Nació en Medellin, villa de Extremadura, hijo de Martin Cortés de Monroy y doña Catalina Pizarro Altamirano, cuyos apellidos no sólo dicen, sino encarecen lo ilustre de su sangre. Dióse á las letras en su primera edad, y cursó en Salamanca dos años, que le bastaron para conocer que iba contra su natural, y que no convenia con la viveza de su espíritu aquella diligencia perezosa de los estudios. Volvió á su casa resuelto á seguir la guerra ; y sus padres le encaminaron á la de Italia, que entónces era la de más pundonor, por estar calificada con el nombre del Gran Capitan ; pero al tiempo de embarcarse le sobrevino una enfermedad que le duró muchos dias, de cuyo accidente resultó el hallarse obligado á mudar de intento aunque no de profesion. Inclinóse á pasar á las Indias, que como entónces duraba su conquista, se apetecian con el valor más que con la codicia. Ejecutó su pasaje con gusto de sus padres el año de mil quinientos y cuatro, y llevó cartas de recomendacion para don Nicolas de Obando, comendador mayor de la órden de Alcántara, que era su deudo y gobernaba en esta sazon la isla de Santo Domingo. Luégo que llegó á ella y se dió á conocer, halló grande agasajo y estimacion en todos, y tan agradable acogida en el gobernador, que le admitió desde luégo entre los suyos, y ofreció cuidar de sus aumentos con particular aplicacion. Pero no bastaron estos favores para divertir su inclinacion, porque se hallaba tan violento en la ociosidad de aquella isla, ya pacificada y poseida sin contradiccion de sus natu-

rales, que pidió licencia para empezar á servir en la de Cuba, donde se traian por entónces las armas en las manos : y haciendo este viaje con beneplácito de su pariente, trató de acreditar en las ocasiones de aquella guerra su valor y su obediencia, que son los primeros rudimentos de esta facultad. Consiguió brevemente la opinion de valeroso, y tardó poco más en darse á conocer su entendimiento ; porque, sabiendo adelantarse entre los soldados, sabía tambien dificultar y resolver entre los capitanes.

Era mozo de gentil presencia y agradable rostro [1] ; y sobre estas recomendaciones comunes de la naturaleza, tenía otras de su propio natural que le hacian amable porque hablaba bien de los ausentes : era festivo y discreto en las conversaciones, y partia con sus compañeros cuanto adquiria con tal generosidad, que sabía ganar amigos sin buscar agradecidos. Casó en aquella isla con doña Catalina Suárez Pacheco, doncella noble y recatada, sobre cuyo galanteo tuvo muchos embarazos, en que se mezcló Diego Velázquez, y le tuvo preso hasta que ajustado el casamiento fué su padrino, y quedaron tan amigos que se trataban con familiaridad ; y le dió brevemente repartimiento de indios y la vara de alcalde en la misma villa de Santiago ; ocupacion que servian entónces las personas de más cuenta, y que solia andar entre los conquistadores más calificados.

En este paraje se hallaba Hernan Cortés, cuando Amador de Lariz y Andres de Duero le propusieron para la conquista de Nueva España ; y fué con tanta destreza, que

1. Segun Bernal Diaz del Castillo : « Fué de buena estatura y cuerpo, y bien proporcionado, y membrudo, y la color de la cara tiraba algo á cenicienta, é no muy alegre ; y si tuviera el rostro más largo mejor le pareciera : los ojos en el mirar amorosos, y por otra graves : lás barbas tenía algo prietas, y pocas y ralas, y el cabello qne en aquel tiempo se usaba, era de la misma manera que las barbas, y tenia el pecho alto, y la espalda de buena manera, y era cenceño, y de poca barriga, y algo estevado, y las piernas y los muslos bien sacados, y era buen jinete, y diestro de todas armas, ansí á pié como á caballo, y sabía muy bien menearlas, y sobre todo corazon, y ánimo, que es lo que hace al caso. »

cuando volvieron á verse con Diego Velázquez, prevenidos de nuevas razones para esforzar su intento, le hallaron declarado por Hernan Cortés, y tan discursivo en las conveniencias de fiarle aquella empresa, que se les convirtió en lisonja la persuasion que llevaban meditada, y trataron sólo de obligarle con asentir á lo mismo que deseaban. Discurrióse en la conveniencia de que se hiciese luégo el nombramiento para desarmar de una vez á los pretendientes ; yno se descuidó Andres de Duero en pasar por diligencia de su profesion la brevedad del despacho, cuya sustancia fué « que Diego Velázquez, como gobernador de » la isla de Cuba, y promovedor de los descubrimientos de » Yucatan y Nueva España, nombraba á Hernan Cortés » por capitan general de la armanda, y tierras descubier» tas y que se descubriesen, » con todas aquellas extensiones de jurisdiccion, y cláusulas honoríficas que la amistad del secretario puede ingerir, como primores de la formalidad.

CAPÍTULO VIII

Tratan los émulos de Cortés vivamente de descomponerle con Diego Velázquez : no lo consiguen, y sale con la armada del puerto de Santiago.

Aceptó Cortés el nuevò cargo con todo rendimiento y estimacion, agradeciendo entónces la confianza que se hacía de su persona, con las mismas véras que sintió despues la desconfianza. Publicóse la resolucion, y fué bien recibida entre los que deseaban el acierto; pero murmurada de los que deseaban el cargo : entre los cuales sacaron la cara con mayor osadía los parientes de Diego Velázquez, que hicieron grandes esfuerzos para desconfiarle de Hernan Cortés.

Cuentan que saliendo un dia á pasearse Diego Velázquez con Hernan Cortés y con sus parientes y amigos, le dijo un loco gracioso, de cuyos delirios gustaba : « Buena la » has hecho, amigo Diego, presto será menester otra » armada para salir á caza de Cortés. »

Pero Diego Velázquez mantuvo á rostro firme su resolucion, y Hernan Cortés trató de ganar el tiempo en sus prevenciones. Fué la primera arbolar su estandarte, poniendo en él por empresa la señal de la cruz con una letra latina, cuya version era : *sigamos la cruz, que en esta señal venceremos*. Dejóse ver con galas de soldado que parecian bien en su talle, y venian mejor á su inclinacion : empezó á gastar liberalmente el caudal con que se hallaba, y el dinero que pudo juntar entre sus amigos en comprar vituallas y prevenirse de armas y municiones para ayudar al apresto de la armada, cuidando al mismo tiempo de atraer y ganar la gente que le hábia de seguir; en que fué menester poca diligencia, porque el ruido de las cajas tenía sus ecos en el nombre de la empresa y en la fama del capitan. Alistáronse en pocos dias trescientos soldados, y entre ellos sentaron plaza Diego de Ordaz, criado principal del gobernador, Francisco de Morla, Bernal Diaz del Castillo, escritor de nuestra historia, y otros hidalgos que se irán nombrando en su lugar.

Llegó el tiempo de la partida, y se ordenó á la gente con bando público que se embarcase; lo cual se ejecutó de dia concurriendo todo el pueblo : y aquella misma noche fué Hernan Cortés acompañado de sus amigos á la casa del gobernador, donde se despidieron los dos dándose los brazos y las manos con amigable sinceridad ; la mañana siguiente le acompañó Diego Velázquez hasta la marina, y asistió á la embarcacion : circunstancias menores que hacen poco en la narracion, y se pudieran omitir si no fueran necesarias para borrar la temprana ingratitud con que manchan à Cortés los que dicen que salió del puerto alzado con la armada. No negaremos que Hernan Cortés se apartó de la obediencia de Diego Velázquez, pero fué despues, y con la causa que veremos.

CAPÍTULO IX

Pasa Cortés con la armada á la villa de la Trinidad, donde la refuerza con número considerable de gente : consiguen sus émulos la desconfianza de Velazquez, que hace vivas diligencias para detenerle.

Partió la armada del puerto de Santiago de Cuba en diez y ocho de Noviembre del año de mil quinientos y diez y ocho; y costeando la isla por la banda del Norte hácia el Oriente, llegó en pocos dias á la villa de la Trinidad, donde tenía Cortés algunos amigos que le hicieron grata acogida. Publicó luégo su jornada, y se ofrecieron á seguirle en ella Juan de Escalante, Pedro Sánchez Farfan, Gonzalo Mejía, y otras personas principales de aquella poblacion. Llegaron poco despues en su seguimiento Pedro de Alvarado y Alonso Dávila, que fueron capitanes en la entrada de Juan de Grijalva, y cuatro hermanos de Pedro de Alvarado, que se llamaban Gonzalo, Jorje, Gómez y Juan de Alvarado. Pasó la noticia á la villa de Sancti Spíritus, que estaba poco distante de la Trinidad, y de ella vinieron con el mismo intento de seguir á Cortés, Alonso Hernández Portocarrero, Gonzalo de Sandoval, Rodrigo Rangel, Juan Velázquez de Leon, pariente del gobernador, y otras personas de calidad, cuyos nombres tendrán mejor lugar cuando se refieran sus hazañas.

Pero apénas volvió las espaldas al puerto de Santiago, cuando sus émulos empezaron á levantar la voz contra él. Oyólos Diego Velázquez, y aunque fué con desagrado, reconocieron en su ánimo una seguridad inclinada al recelo, y fácil de llevar hácia la desconfianza para cuyo fin se ayudaron de un viejo que llamaban Juan Millan, hombre que sin dejar de ser ignorante profesaba la astrología; loco de otro género, y locura de otra especie. Éste, inducido de los demas, le dijo con grandes prevenciones del secreto algunas palabras misteriosas de la incierta inseguridad de aquella armada, dándole á entender que hablaban en su

lengua las estrellas; y aunque Diego Velázquez tenía entendimiento para conocer la vanidad de estos pronósticos, pudo tanto el hablarle á propósito de lo que temia, que el despreciar al astrólogo fué principio de creer á los demas.

De tan débiles principios como éstos nació la primera resolucion que tomó Diego Velázquez de romper con Hernan Cortés, quitàndole el gobierno de la armada. Despachó luégo dos correos á la villa de la Trinidad, con cartas para todos sus confidentes. y una órden expresa para que Francisco Verdugo su cuñado, que entónces era su alcalde mayor en aquella villa, le desposeyese judicialmente de la capitanía general. Llegó brevemente á noticia de Cortés este contratiempo, y sin rendir el ánimo á la dificultad del remedio, se dejó ver de sus amigos y soldados para saber cómo tomaban el agravio de su capitan, y conocer si podia fiarse de su razon en el juicio que hacian de ella los demas. Hallólos á todos no sólo de su parte, sino resueltos á defenderle de semejante injuria, sin negarse al último empeño de las armas. Y aunque Diego de Ordaz y Juan Velázquez de Leon estuvieron algo remisos, como más dependientes del gobernador, se redujeron fácilmente á lo que no pudieran resistir; con cuya seguridad pasó despues à verse con el alcalde mayor, sabiendo ya lo que llevaba en su queja. Conoció Francisco Verdugo la razon que le asistia, y poco inclinado por su misma generosidad á ser instrumento de semejante violencia,. le ofreció no solamente suspender la órden, sino replicar á ella y escribir á Diego Velázquez para que desistiese de aquella resolucion, que ya no era practicable por el disgusto de los soldados, ni se podria ejecutar sin graves inconvenientes. Ofrecieron lo mismo Diego de Ordaz, y los demas que tenian con él alguna autoridad, cuyo medio se ejecutó luégo, y Hernan Cortés le escribió tambien, doliéndose amigablemente de su desconfianza, sin ponderar su desaire ni olvidar el rendimiento, como quien se hallaba obligado á quejarse, y deseaba no tener razon de parecer quejoso, ni ponerse en términos de agraviado.

Hecha esta diligencia, que pareció entónces bastante para sosegar el ánimo de Diego Velázquez, trató Hernan

Cortés de proseguir su navegacion; y enviando por tierra á Pedro de Alvarado con parte de los soldados, para que cuidase de conducir los caballos y hacer alguna gente en las estancias del camino, partió con la armada al puerto de la Habana, último paraje de aquella isla, por donde empieza lo más occidental de ella á dejarse ver del Septentrion. Salieron los navíos de la Trinidad con viento favorable; pero sobreviniendo la noche se desviaron de la capitana donde iba Cortés, sin observar como debian su derrota, ni echarle ménos, hasta que la luz del dia les puso á la vista el error de sus pilotos; y empeñados ya en proseguirle continuaron su viaje, y llegaron al puerto donde saltó la gente en tierra. Hospedóla con agasajo y liberalidad Pedro de Barba, que á la sazon era gobernador de la Habana por Diego Velázquez; y andaban todos pesarosos de no haber esperado á su capitan ó vuelto en su demanda; sin pasar entónces con el discurso á más que prevenir sus disculpas para cuando llegase; pero despues de siete dias que duraron estas diferencias, llegó á salvamento Hernan Cortés con su capitana.

Alojóle Pedro de Barba en su misma casa, y fué notable la aclamacion con que le recibió la gente; cuyo número empezó luégo á crecer, alistándose por sus soldados algunos vecinos de la Habana. Gastáronse en estas prevenciones algunos dias; pero no sabía Cortés perder el tiempo que se detenia: y así ordenó que se sacase á tierra la artillería, que se limpiasen y probasen las piezas, observando los artilleros el alcance de las balas: y por haber en aquella tierra copia de algodon, mandó hacer cantidad de armas defensivas de unos colchados en forma de casacas, que llamaban escaupiles; invencion de la necesidad, que aprobó despues la experiencia, dando á conocer que un poco de algodon flojamente punteado y sujeto entre dos lienzos, era mejor defensa que el acero para resistir á las flechas y dardos arrojadizos de que usaban los indios; porque perdian la fuerza entre la misma flojedad del reparo, y quedaban sin actividad para ofender á otro con la resulta del golpe.

Al mismo tiempo hacía que los soldados se habilitasen

en el uso de los arcabuces y las ballestas, y se enseñasen á manejar la pica, á formar y desfilar un escuadron, á dar una carga y á ocupar un puesto, adiestrándolos él mismo con la voz y con el ejemplo en estos ensayos ó rudimentos del arte militar, como lo observaban los antiguos capitanes, que fingian las batallas y los asaltos para enseñar á los visoños la verdad de la guerra; cuya disciplina, practicada cuidadosamente en el tiempo de la paz, tuvo tanta estimacion entre los Romanos, que de este ejercicio tomaron el nombre los ejércitos.

CAPÍTULO X

Distribuye Cortés los cargos de su armada: parte de la Habana, y llega á la isla de Cozumel[1] donde pasa muestra, y anima sus soldados á la empresa.

Habíase agregado un bergantin de mediano porte á los diez bajeles que estaban prevenidos, y así formó Cortés de su gente once compañías, dando una á cada bajel; para cuyo gobierno nombró por capitanes á Juan Velázquez de Leon, Alonso Hernández Portocarrero, Francisco de Montejo, Cristóbal de Olid, Juan de Escalante, Francisco de Morla, Pedro de Alvarado, Francisco Saucedo y Diego de Ordaz, que no le apartó para olvidarle, ni se resolvió á tenerle ocioso dejándole desobligado: y reservando para sí el gobierno de la capitana, encargó el bergantin á Ginés de Nortes. Dió tambien el cuidado de la artillería á Francisco de Orozco, soldado de reputacion en las guerras de Italia; y el cargo de piloto mayor á Anton de Alamínos, diestro en aquellos mares, por haber tenido esta misma ocupacion en los dos viajes de Francisco Fernández de Córdoba y Juan de Grijalva. Formó sus instrucciones, previniendo con cuidadosa prolijidad las contingencias, y llegado el dia de la embarcacion, se dijo con so-

1. Santa Cruz suelen llamarla tambien: y con ese nombre la designa Diego Velázquez en sus instrucciones á Cortés.

lemnidad una misa del Espíritu Santo, que oyeron todos con devocion, poniendo á Dios en el principio para asegurar los progresos de la obra que emprendian ; y Hernan Cortés, en el primer acto de su jurisdiccion, dió para el regimiento de la armada el nombre de San Pedro, que fué lo mismo que invocarle y reconocerle por patron de aquella empresa, como lo habia sido de todas sus acciones desde sus primeros años. Ordenó luégo á Pedro de Alvarado que, adelantándose por la banda del Norte, buscase en Guanicanico á Diego de Ordaz, para que juntos le esperasen en el cabo de San Anton, y á los demas que siguiesen la capitana ; y en caso que el viento ó algun accidente los apartase, tomasen el rumbo de la isla de Cozumel, que descubrió Juan de Grijalva, poco distante de la tierra que buscaban, donde se habia de tratar y resolver lo que conviniese para entrar en ella y proseguir ei intento de su jornada.

Partieron últimamente del puerto de la Habana en diez de Febrero del año de mil quinientos y diez y nueve, favorecidos al principio del viento ; pero tardó poco en declararles su inconstancia, porque al caer del sol se levantó un recio temporal que los puso en grande turbacion, y al cerrar de la noche fué necesario que los bajeles se apartasen para no ofenderse, y corriesen impetuosamente dejándose llevar del viento, y eligiendo como voluntaria la velocidad que no podian resistir.

En este tiempo Pedro de Alvarado, qne como vimos se adelantó en busca de Diego de Ordaz, se halló con el dia arrojado de la tempestad más dentro del golfo de lo que pensaba, porque el mismo cuidado de apartarse de la tierra que iba costeando le obligó á correr sin reserva, tomando como seguridad el peligro menor. Reconoció el piloto por la brújula y carta de marear que habian decaido tanto del rumbo que traian, y se hallaban ya tan distantes del cabo de San Anton, que sería temeridad el volver atras ; y propuso como conveniente el pasar de una vez á la isla de Cozumel. Dejólo á su arbitrio Pedro de Alvarado, acordándole con flojedad la órden que traia de Hernan Cortés, que fué lo mismo que dispensarla ; y así continuaron su

viaje y surgieron en la isla dos dias ántes que la armada. Saltaron en tierra con ánimo de alojarse eu un pueblo vecino á la costa, que el capitan y algunos de los soldados conocian ya desde el viaje de Juan de Grijalva; pero le hallaron despoblado, porque los indios que le habitaban al reconocer el desembarco de los extranjeros dejaron sus casas, retirándose la tierra adentro con sus pobres alhajas, pequeño estorbo de la fuga.

Era Pedro de Alvarado mozo de espíritu y valor, hecho á obedecer con resolucion, pero nuevo en el mandar para tomarla por sí [1]. Engañóse creyendo que miéntras llegase la armada sería virtud en un soldado todo lo que no fuese ociosidad, y así ordenó que marchase la gente á reconocer lo interior de la isla; y á poco más de una legua hallaron otro lugar despoblado tambien, pero no tan desproveido como el primero, porque habia en él alguna ropa, gallinas, y otros bastimentos que se aplicaron los soldados como bienes sin dueño, ó como despojos de la guerra que no habia; y entrando en un adoratorio de aquellos sus ídolos abominables, hallaron algunas joyuelas ó pendientes que servian á su adorno, y algunos instrumentos del sacrificio hechos de oro con mezcla de cobre, que áun siendo valadí se les hacía ligero: jornada sin utilidad ni consejo, que sólo sirvió de escarmentar á los naturales de la isla y embarazar el intento que se llevaba de pacificarlos. Conoció, aunque tarde, Pedro de Alvarado que era licencia lo que tuvo por actividad, y se retiró con su gente al primer alojamiento, haciendo en el camino dos Indios y una India prisioneros que se entregaron sin resislencia.

Llegó la armada el dia siguiente, habiendo recogido el bajel de Diego de Ordaz, porque Hernan Cortés le avisó desde el cabo de San Anton que viniese á incorporarse con ella, temiendo la contingencia de que se hubiese descami-

1. Fué de muy buen cuerpo é bien proporcionado, é tenía el rostro y cara muy alegre, y en el mirar muy amoroso : é por ser tan agraciado, le pusieron por nombre los indios mejicanos *Tonatio*, que quiere decir el Sol. Era muy suelto, é buen jinete, y sobre todo ser franco é de buena conversacion..... (Bernal Diaz, cap. 205, pág. 245 vuelta.)

nado con la tempestad Pedro de Alvarado, que le traia cuidadoso; y aunque se alegró interiormente de hallarle ya en salvamento, mandó prender al piloto y reprendió ásperamente al capitan porque no habia guardado ni hecho guardar su órden, y por el atrevimiento de hacer entrada en la isla y permitir á sus soldados que saqueasen el lugar donde llegaron: sobre lo cual le dijo algunos pesares en público, y con toda la voz, como quien deseaba que su reprension fuese doctrina para los demas. Llamó luégo á los tres prisioneros, y por medio de Melchor el intérprete (que venia sólo en esta jornada porque habia muerto su compañero) les dió á entender lo que sentia el mal pasaje que hicieron á su pueblo aquellos soldados, y mandando que se les restituyese el oro y la ropa que ellos mismos eligieron, los puso en libertad y les dió algunas bujerias que llevasen de presente á sus caciques, para que á vista de estas señales de paz perdiesen el miedo que habian concebido.

Alojóse la gente en el puerto más vecino á la costa, y descansó tres dias sin pasar adelante por no aumentar la turbacion de los isleños. Pasó muestra en escuadron el ejército, y se hallaron quinientos y ocho soldados, diez y seis caballos, y ciento y nueve entre maestres, pilotos y marineros, sin los dos capellanes el licenciado Juan Diaz y el padre fray Bartolomé de Olmedo, religioso de la órden de nuestra Señora de la Merced, que asistieron á Cortés hasta el fin de la conquista.

Pasada la muestra volvió á su alojamiento acompañado de los capitanes y soldados más principales, y tomando entre ellos lugar poco diferente les habló en esta sustancia: « Cuando considero, amigos y compañeros mios, » cómo nos ha juntado en esta isla nuestra felicidad, » cuántos estorbos y persecuciones dejamos atras, y cómo » se nos han deshecho las dificultades, conozco la mano de » Dios en esta obra que emprendemos, y entiendo que en » su altísima providencia es lo mismo favorecer los prin- » cipios que prometer los sucesos. Su causa nos lleva y la » de nuestro rey, que tambien es suya, à conquistar re- » giones no conocidas, y ella misma volverá por sí mirando » por nosotros. No es mi ánimo facilitaros la empresa que

» acometemos: combates nos esperan sangrientos, fac-
» ciones increíbles, batallas desiguales en que habréis me-
» nester socorreros de todo vuestro valor; miserias de la
» necesidad, inclemencias del tiempo y asperezas de la
» tierra, en que os será necesario el sufrimiento, que es el
» segundo valor de los hombres, y tan hijo del corazon
» como el primero: que en la guerra más veces sirve la pa-
» ciencia que las manos, y quizá por esta razon tuvo Hér-
» cules el nombre de invencible, y se llamaron trabajos
» sus hazañas. Hechos estáis á padecer y hechos á pelear
» en estas islas que dejáis conquistadas: mayor es nuestra
» empresa, y debemos ir prevenidos de mayor osadía, que
» siempre son las dificultades del tamaño de los intentos.
» La antigüedad pintó en lo más alto de los móntes el
» templo de la fama, y su simulacro en lo más alto del
» templo; dando á entender que para hallarla, áun despues
» de vencida la cumbre, era menester el trabajo de los ojos.
» Pocos somos, pero la union multiplica los ejércitos, y en
» nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza: uno,
» amigos, ha de ser el consejo en cuanto se resolviere:
» una la mano en la ejecucion; comun la utilidad, y comun
» la gloria en lo que se conquistare. Del valor de cual-
» quiera de nosotros se ha de fabricar y componer la se-
» guridad de todos. Vuestro caudillo soy, y seré el primero
» en aventurar la vida por el menor de los soldados: más
» tendréis que obedecer en mi ejemplo que en mis ór-
» denes; y puedo aseguraros de mí que me basta el
» ánimo á conquistar un mundo entero, y áun me lo pro-
» mete el corazon con no sé qué movimiento extraordina-
» rio, que suele ser el mejor de los presagios. Alto, pues, á
» convertir en obras las palabras; y no os parezca temeridad
» esta confianza mia, pues se funda en que os tengo á mi
» lado, y dejo de fiar de mí todo lo que espero de vosotros.»

Así los persuadia y animaba, cuando llegó noticia de que se habian dejado ver algunos indios á pequeña distancia, y aunque al parecer venian desunidos y sin aparato de guerra, mandó Cortés que se previniese la gente sin ruido de cajas, y que estuviese encubierta al abrigo del mismo alojamiento, hasta ver si se acercaban y con qué determinacion.

CAPÍTULO XI

Pacifica Hernan Cortés los isleños de Cozumel : hace amistad con el cacique : derriba los ídolos : da principio á la introduccion del Evangelio ; y prócura cobrar unos Españoles que estaban prisioneros en Yucatan.

Estaban los indios en pequeñas tropas discurriendo al parecer entre sí, como quien observaba el movimiento, y se animaba en la quietud de nuestra gente. Íbanse acercando los más atrevidos; y como éstos no recibian daño se atrevian los cobardes : conque en breve rato llegaron algunos al cuartel, y hallaron en Cortés y en los demas tan favorable acogida, que convocaron á sus compañeros. Vinieron muchos aquel dia, y andaban entre los soldados con alegre familiaridad, tan hallados con sus huéspedes, que apénas se les conocia la admiracion; ántes se portaban como gente enseñada á tratar con forasteros. Habia en esta isla un ídolo muy venerado entre aquellos bárbaros, cuyo nombre tenía inficionada la devocion de diferentes provincias de la tierra firme, que frecuentaban su templo en contínuas peregrinaciones : y así estaban los isleños de Cozumel hechos á comerciar con naciones extranjeras de diversos trajes y lenguas ; por cuya causa, ó no extrañarian la novedad de nuestra gente, ó la extrañarian sin encogimiento.

Aquella noche se retiraron todos á sus casas ; y el dia siguiente vino el cacique principal de la isla á visitar á Cortés con grande aunque deslucido acompañamiento, trayendo él mismo su embajada y su regalo. Recibióle con agasajo y cortesía, y por medio del intérprete le aseguró de su benevolencia, y le ofreció su amistad y la de su gente ; á que respondió que la admitia, y que era hombre que la sabria mantener. Oyóse entre los indios que le acompañaban uno, que al parecer repetia mal pronunciado el nombre de Castilla ; y Hernan Cortés, en quien nunca el divertimiento llegaba á ser descuido, reparó

en ello y mandó al intérprete que averiguase la significacion de aquella palabra; cuya advertencia, aunque pareció entónces casual, fué de tanta consideracion para facilitar la conquista de Nueva España como veremos despues.

Decia el indio que nuestra gente se parecia mucho á unos prisioneros que estaban en Yucatan, naturales de una tierra que se llamaba Castilla; y apénas lo oyó Cortés, cuando resolvió ponerlos en libertad y traerlos á su compañía [1]. Informóse mejor, y hallando que estaban en poder de unos indios principales que residian dos jornadas la tierra adentro de Yucatan, comunicó su intento al cacique para que le dijese si eran indios guerreros los que tenian en su dominio aquellos cristianos, y con qué fuerza se podria conseguir el sacarlos de la esclavitud. Respondióle con pronta y notable advertencia que sería lo más seguro tratar de rescatarlos á trueque de algunas dádivas; porque entrando de guerra se expondria á que matasen los esclavos, y á no quedar airoso con el castigo de sus dueños. Abrazó Hernan Cortés su consejo, admirándose de hallar tan buena política en el cacique, à quien debió de enseñar algo de la razon que llaman de estado aquello poco que tenía de príncipe.

Dispuso luégo que Diego de Ordaz pasase con su bajel y con la gente de su cargo á la costa de Yucatan por la parte más vecina á Cozumel, que serian cuatro leguas de travesía, y que echase en tierra los indios que señaló el mismo cacique, para esta diligencia: los cuales llevaron carta de Cortés para los prisioneros, con algunas bujerías que sirviesen de precio á su rescate; y á Diego de Ordaz dió órden para esperarlos ocho dias, en cuyo término ofrecieron los indios volver con la respuesta.

Entretanto Cortés marchó con su gente unida á reconocer la isla.

1. Solis estaba mal informado de este asunto. En las instrucciones que dió Velázquez á Cortés cuando éste se hizo á la vela, le encargó mucho el rescate de los seis españoles prisioneros que estaban en Yucatan; por consiguiente Cortés lo sabia ántes que se lo dijesen los indios.

Á poco trecho de la costa se hallaron en el templo [1] de aquel ídolo tan venerado, fábrica de piedra en forma cuadrada, y de no despreciable arquitectura. Era el ídolo de figura humana ; pero de horrible aspecto y espantosa fiereza, en que se dejaba conocer la semejanza de su original.

Dicen que se llamaba este ídolo Cozumel, y que dió á la isla el nombre que se conserva hoy en ella : mal conservado, si es el mismo que el demonio tomó para sí : falta de advertencia que se ha vinculado en los mapas contra toda razon. Habia gran concurso de indios cuando llegaron los españoles; y en medio de ellos estaba un sacerdote que se diferenciaba de los demas en no sé qué ornamento ó média vestidura, de que tenía mal cubiertas las carnes: y al parecer les predicaba ó inducia con voces y ademanes dignos de risa; porque desvariaba en tono de sermon, y con toda aquella gravedad y ponderacion que cabe en un hombre desnudo. Interrumpióle Cortés, y vuelto al cacique le dijo : « que para mantener la amistad que entre los » dos tenian asentada, era necesario que dejase la falsa » adoracion de sus ídolos, y que á su ejemplo hiciesen » lo mismo sus vasallos. » Y apartándose con él y con el intérprete, le dió á entender su engaño, y la verdad de nuestra religion, con argumentos manuables acomodados á la rudeza de sus oídos; pero tan eficaces, que el indio quedó asombrado sin acertar á responder, como quien tenía entendimiento para conocer su ignorancia. Cobróse y pidió licencia para comunicar aquel negocio á los sacerdotes : porque en puntos de religion les dejaba ó les cedia la suprema autoridad. De cuya conferencia resultó el venir aquel venerable predicador acompañado de otros de su profesion, y el dar todos grandes voces que, descifradas por el intérprete, contenian diferentes protestas de parte del cielo contra cualquiera que se atreviese á turbar el culto de sus dioses, intimando que

1. Los indios daban á sus templos el nombre de *Teucalli*, palabra compuesta de *Teult*, *Dios* ; y *calli*, *casa* : esto es, casa de Dios : significacion semejante á la que dan los cristianos á los suyos.

se veria el castigo al mismo instante que se intentase el atrevimiento. Irritóse Cortés de oir semejante amenaza, y los soldados, hechos á observar su semblante, conocieron su determinacion y embistieron con el ídolo, arrojándolo del altar hecho pedazos, y ejecutando lo mismo con otros ídolos menores que ocupaban diferentes nichos. Quedaron atónitos los indios de ver posible aquel destrozo : y como el cielo se estuvo quedo, y tardó la vengauza que esperaban, se fué convirtiendo en desprecio la adoracion, y empezaron á correrse de tener dioses tan sufridos : siendo esta vergüenza el primer esfuerzo que hizo la verdad en sus corazones. Corrieron la misma fortuna otros adoratorios; y en el principal de ellos, limpio ya de aquellos fragmentos inmundos, se fabricó un altar y se colocó una imágen de nuestra Señora, fijando á la entrada una cruz grande que labraron con piadosa diligencia los carpinteros de la armada. Díjose misa en aquel altar el dia siguiente, y asistieron á ella, mezclados con los españoles, el cacique y mucho número de indios con un silencio que parecia devocion; y pudo ser efecto natural del respeto que infunden aquellas santas ceremonias, ó sobrenatural del mismo inefable misterio.

CAPÍTULO XII

Prosigue Hernan Cortés su viaje, y se halla obligado de un accidente á volver á la misma isla : recoge con esta detencion á Jerónimo de Aguilar, que estaba cautivo en Yucatan, y se da cuenta de su cautiverio.

Volvió Cortés á su navegacion con ánimo de seguir el mismo rumbo que abrió Juan de Grijalva, y buscar aquellas tierras de donde le retiró su demasiada obediencia. Iba la armada viento en popa, y todos alegres de verse ya en viaje; pero á pocas horas de prosperidad se hallaron en un accidente que los puso en cuidado. Disparó una pieza el navío de Juan de Escalante ; y volviendo todos á mirarle, repararon al principio en que seguia con dificultad, y des-

pues en que tomaba la vuelta de la isla. Conoció Hernan Cortés lo que aquellas señas daban á entender; y sin detener en el discurso la resolucion, mandó que toda la armada volviese en su seguimiento. Fué bien necesaria la diligencia de Juan de Escalante para escapar el bajel; porque se iba llenando de agua tan irremediablemente, que llegó á la isla en términos de anegarse, aunque tardaron poco los que venian en su socorro. Desembarcó la gente; y acudieron luégo á la costa el cacique y algunos de sus indios, que al parecer no dejaban de extrañar con algun recelo la brevedad de la vuelta; pero luégo que entendieron la causa ayudaron con alegre solicitud á la descarga del bajel, y asistieron despues á los reparos y á la carena de que necesitaba; siendo en uno y en otro de mucho servicio sus canoas, y la destreza con que las manejaban.

Entre tanto que esto se disponia, fué Hernan Cortés acompañado del cacique y de algunos de sus soldados, á visitar y reconocer el templo; y halló la cruz y la imágen de nuestra Señora en el mismo lugar donde quedaron colocadas: notando con gran consuelo suyo algunas señales de veneracion que se reconocian en la limpieza y perfumes del templo, y en diferentes flores y ramos con que tenian adornado el altar. Dió las gracias al cacique de que se hubiese tenido en su ausencia aquel cuidado; y él las admitia, y se congratulaba con todos, encareciendo como hazaña de su buen proceder aquellas dos ó tres horas de constancia.

Cuatro dias tardaron en el aderezo del bajel; y el último de ellos, cuando ya se trataba de la embarcacion, se dejó ver á larga distancia una canoa que venía atravesando el golfo de Yucatan en derechura de la isla. Conocióse á breve rato que traia indios armados, y pareció novedad la diligencia con que se aprovechaban de los remos, y se iban acercando á la isla sin recelarse de nuestra armada. Llegó esta novedad á noticia de Hernan Cortés, y ordenó que Andres de Tapia se alargase con algunos soldados hácia el paraje donde se encamiaba la canoa, y procurase examinar el intento de aquellos indios. Tomó Andres de Tapia puesto acomodado para no ser descubierto; pero al reconocer que s taban en tierra con prevencion de arcos

y flechas, los dejó que se apartasen de la costa, y los embistió con la mar á las espaldas, porque no se le pudiesen escapar. Quisieron huir luégo que le descubrieron; pero uno de ellos, sosegando á los demas, se detuvo á tres ó cuatro pasos, y dijo en voz alta algunas palabras castellanas, dándose á conocer por el nombre de cristiano. Recibióle Andres de Tapia con los brazos; y gustoso de su buena suerte le llevó á la presencia de Hernan Cortés acompañado de aquellos indios que, segun lo que se conoció despues, eran los mensajeros que dejó Diego de Ordaz en la costa de Yucatan. Venía desnudo el cristiano, aunque no sin algun género de ropa que hacía decente la desnudez : ocupado el un hombro con el arco y el carcaj, y terciada sobre el otro una manta á menera de capa, en cuyo extremo traia atacadas unas horas de nuestra Señora, que manifestó luégo, enseñándolas á todos los españoles, y atribuyendo á su devocion la dicha de verse con los cristianos: tan bozal en las cortesías, que no acertaba á desasirse de la costumbre, ni á formar cláusulas enteras, sin que tropezase la lengua en palabras que no se dejaban entender. Agasajóle mucho Hernan Cortés; y cubriéndole entónces con su mismo capote, se informó por mayor de quién era, y ordenó que le vistiesen y regalasen; celebrando entre todos sus soldados como felicidad suya y de su jornada el haber redimido de aquella esclavitud á un cristiano: que por entónces sólo se habian descubierto los motivos de la piedad.

Llamábase Jerónimo de Aguilar, natural de Écija : estaba ordenado de Evangelio; y segun lo que despues refirió de su fortuna y sucesos, habia estado cerca de ocho años en aquel miserable cautiverio. Padeció naufragio en los bajos que llaman de los Alacranes una carabela en que pasaba del Darien á la isla de Santo Domininingo; y escapando en el esquife con otros veinte compañeros, se hallaron todos arrojados del mar en la costa de Yucatan, donde los prendieron y llevaron á una tierra de indios caribes : cuyo cacique mandó apartar luégo á los que venian mejor tratados para sacrificarlos á sus ídolos, y celebrar despues un banquete con los miserables despojos del sacri-

ficio. Uno de los que se reservaron para otra ocasion (defendidos entónces de su misma flaqueza) fué Jerónimo de Aguilar; pero le prendieron rigurosamente, y le regalaban con igual ínhumanidad, pues le iban disponiendo para el segundo banquete. ¡ Rara bestialidad, horrible á la naturaleza y á la pluma! Escapó como pudo de una jaula de madera en que le tenian, no tanto porque le pareciese posible salvar la vida, como para buscar otro género de muerte : y caminando algunos dias apartado de las poblaciones, sin otro alimento que el que le daban las yerbas del campo, cayó despues en manos de unos indios que le presentaron á otro cacique enemigo del primero, á quien hizo ménos inhumano la oposicion á su contrário, y el deseo de afectar mejores costumbres. Sirvióle algunos años, experímentando en esta nueva esclavitud diferentes fortunas; porque al principio le obligó á trabajar más de lo que alcanzaban sus fuerzas; pero despues le hizo mejor tratamiento, pagado al parecer de su obediencia, y particularmente de su honestidad; para cuya experiencia le puso en algunas ocasiones ménos decentes en la narracion, que admirables en su continencia ; que no hay tan bárbaro entendimiento donde no se deje conocer alguna inclinacion á las virtudes. Dióle ocupacion cerca de su persona, y en breves dias tuvo estimacion y su confianza.

Muerto este cacique, le dejó recomendado á un hijo suyo, con quien se hizo el mismo lugar, y le favorecieron más las ocasiones de acreditarse; porque le movieron guerra los caciques comarcanos y en ella se debieron á su valor y consejo diferentes victorias : con que ya tenía el valimiento de su amo y la veneracion de todos, hallándose con tanta autoridad, que cuando llegó la carta de Cortés pudo fácilmente disponer su libertad, tratándola como recompensa de sus servicios, y ofrecer como dádiva suya las preseas que se le enviaron para su rescate.

Así lo referia él : y que de los otros españoles que estaban cautivos en aquella tierra, sólo vivia un marinero natural de Pálos de Moguer, que se llamaba Gonzalo Guerrero; pero que habiéndole manifestado la carta de Her-

nan Cortés, y procurado traerle consígo, no lo pudo conseguir porque se hallaba casado con una india bien acomodada, y tenía de ella tres ó cuatro hijos, á cuyo amor atribuía su ceguedad: fingiendo estos afectos naturales para no dejar aquella lastimosa comodidad que en sus cortas obligaciones pesaba más que la honra y que la religion[1],

CAPÍTULO XIII

Prosigue Hernan Cortès su navegacion, y llega al rio de Grijalva, donde halla resistencia en los indios, y pelea con ellos en el mismo rio, y en la desembarcacion.

Partieron segunda vez de aquella ista en cuatro de Marzo del mismo año de mil quinientos diez y nueve; y sin que se les ofreciese acaecimiento digno de memoria, doblaron la punta de Cotoche, que, como vimos, está en lo más oriental de Yucatan; y siguiendo la costa llegaron al paraje de Champoton, donde se disputó si convenia salir á tierra: opinion á que se inclinaba Hernan Cortés por castigar en aquellos indios la resistencia que hicieron á Juan de Grijalva, y ántes á Francisco Fernández de Córboba: y algunos soldados de los que se hallaron en ambas ocasiones, fomentaban con espíritu de venganza esta resolucion; pero el piloto mayor y los demas de su profesion se opusieron á ella con evidente demostracion, porque el viento que favorecia para pasar adelante era contrário para acercarse por aquella parte á la tierra; y así continuaron su viaje y llegaron al rio de Grijalva, donde hubo ménos que discurrir, porque el buen pasaje que hicieron á su armada los indios de Tabasco, y el oro que entónces se llevó de aquella provincia eran dos incentivos poderosos que

1. En tiempo de Solís podia mirarse como una maldad el que un hombre no abandonase á su mujer y sus hijos por irse con los cristianos. En el siglo presente no puede reputarse así. Guerrreo obedeció en aquel acto á la naturaleza y á la religion: ni se desentendió de ésta, puesto que la guardó en su alma, que es el verdadero templo de Dios.

llamaban los ánimos á la tierra. Y Hernan Cortés condescendió con el voto comun de sus soldados, mirando á la conveniencia de conservar aquellos amigos, aunque no pensaba detenerse muchos dias en Tabasco, y siempre llevaba la mira en los dominíos del príncipe Motezuma, cuyas noticias tuvo Juan de Grijalva en aquella provincia: siendo su dictámen que en este género de conquistas se debió ir primero á la cabeza que á los miembros, para llegar con las fuerzas á lo más dificultoso.

Sirvióse de la experiencia que ya sé tenía de aquel paraje para disponer la entrada : y déjando aferrados los navíos de mayor porte, hizo pasar á los que podian navegar por el rio, y á los esquifes, y toda la gente prevenida de sus armas, y empezó á caminar contra la corriente, observando el órden con que gobernó su faccion Juan de Grijalva. Reconocieron á breve rato considerable número de canoas de indios armados, que ocupaban las dos riberas al abrigo de diferentes tropas que se descubrian en la tierra. Fuése acercando Hernan Cortés con su fuerza uñida, y ordenó que ninguno disparase ni diese á entender que se trataba de ofenderlos : imitando tambien en esto á Grijalva, como quien deseaba sin vanidad el acierto, y sabía cuánto se aventuraban los que se precian de abrir sendas, y tiran sólo á diferenciarse de sus antecesores. Eran grandes las voces con que los indios procuraban detener á los forasteros: y luégo que se pudieron distinguir, se conoció que Jerónimo de Aguilar entendia la lengua de aquella nacion, por ser la misma ó muy semejante á la que se hablaba en Yucatan : y Hernan Cortés tuvo por obra del cielo el hallarse con intérprete de tanta satisfaccion. Dijo Aguilar que las voces que se percibian eran amenazas, y que aquellos indios estaban de guerra ; por cuya causa se fué deteniendo Cortés, y le ordenó que se adelantase en uno de los esquifes y los requiriese con la paz, procurando ponerlos en razon. Ejecutólo así, y volvió brevemente con noticia de que era grande el número de indios que estaban prevenidos para defender la entrada del rio ; tan obstinados en su résolucion, que negaron con insolencia los oídos á su embajada. No quisiera Hernan Cortés dar principio

en aquella tierra á su conquista, ni embarazar el curso de su navegacion; pero considerando que se hallaba ya en empeño, no le pareció conveniente volver atras, ni de buena consecuencia el dejar consentido aquel atrevimiento.

Íbase acerando la noche, que en tierra no conocida trae sobre los soldados segunda oscuridad; y así determinó hacer alto para esperar el dia: y dando al mayor acierto de la faccion aquel tiempo que la dilataba, dispuso que se trajese la artillería de los bajeles mayores, y que se armase toda la gente con aquellos escaupiles ó capotes de algodon que resistian á las flechas; y dió las demas órdenes que tuvo por necesarias sin encarecer el riesgo ni desestimarlo. Puso gran cuidado en esta primera empresa de su armada, conociendo lo que importa siempre el empezar bien; y particularmente en la guerra donde los buenos principios sirven al crédito de las armas y al mismo valor de los soldados: siendo como propiedad de la primera ocasion el influir en las que vienen despues, ó el tener no sé qué fuerza oculta sobre los demas sucesos.

Luégo que llegó la mañana se dispusieron los bajeles en forma de média luna que se iba disminuyendo en su mismo tamaño y remataba en los esquifes: para cuya ordenanza daba sobrado término la grandeza del rio, y se prosiguió la entrada con un género de sosiego que iba convidando con en la paz; pero á breve rato se descubrieron las canoas de los indios que esperaban en la misma disposicion, y con las mismas amenazas que la tarde ántes. Ordenó Cortés que ninguno de los suyos se moviese hasta que diesen la carga: diciendo á todos que allí se debia usar primero de la rodela que de la espada, por ser aquella una guerra cuya justicia consistia en la provocacion: y deseoso de hacer algo más por la razon para tenerla de su parte, dispuso que se adelantase Aguilar segunda vez, y los volviese à requerir con la paz, dándoles á entender que aquella armada era de amigos que sólo entraban á tratar de su bien en fe de la confederacion que tenian hecha con Juan de Grijalva; y que el no admitirlos sería faltar á ella, y ocasionarlos á que se abriesen el paso con las armas, quedando por su cuenta el daño que recibiesen.

Respondieron á este segundo requerimiento con hacer la seña de embestir, y se fueron mejorando ayudados de la corriente, hasta que puestos en distancia proporcionada con el alcance de sus flechas, dispararon á un tiempo tanta multitud de ellas desde las canoas, y desde la márgen más vecina del rio, que anduvo algo apresurada en los españoles la necesidad de cubrirse y cuidar de su defensa; pero recibida la primera carga, conforme á la órden que llevaban, usaron luégo de sus armas y de sus esfuerzos con tanta diligencia, que los indios de las canoas desembarazaron el paso puestos en confusion, arrojándose muchos al agua con el espanto que concibieron del mismo daño que conocian en los suyos. Prosiguieron nuestros bajeles su entrada sin otra oposicion : y acostandose á la ribera soóre el lado izquierdo, trataron de salir á tierra; pero en paraje tan pantanoso y cubierto de maleza, que se vieron en segundo conflicto; porque los indios que estaban emboscados, y los que escaparon del rio, se unieron á repetir sus cargas con nueva obstinacion; cuyas flechas, dardos y piedras hacian mayor la dificultad del pantano. Pero Hernan Cortés fué doblando su gente sin dejar de pelear, en tal disposicion, que las hileras que formaba detenian el ímpetu de los indios, y cubrian á los ménos diligentes en la desembarcacion.

Formado su escuadron á vista de los enemigos, cuyo número crecia por instantes, ordenó al capitan Alonso Dávila que con cien soldados se adelantase por el bosque á ocupar la villa principal de aquella provincia, que tambien se llamaba Tabasco, y distaba poco de aquel paraje, segun las noticias que se tenian de la primera entrada. Cerró luégo con la multitud enemiga, y la fué retirando con igual ardimiento que dificultad ; porque se peleaba muchas veces con el lodo á la rodilla: y se refiere de Hernan Cortés, que forcejando para vencer aquel impedimento, perdió en el lodo uno de los zapatos, y peleó mucho rato con el pié descalzo sin conocer la falta ni el desabrigo : generoso divertimiento, dejar de estar en sí para estar mejor en lo que hacía.

Vencido el pantano se conoció flaqueza en los indios,

que en un instante desaparecieron entre la maleza, parte atemorizados de verse ya sin las ventajas del terreno, y parte cuidadosos de acudir á Tabasco : de cuyo riesgo tuvieron noticia por haberse descubierto la marcha de Alonso Dávila ; como se verificó despues en la multitud de gente que acudió á la defensa de aquella poblacion.

Teníanla fortificada con un género de muralla que usaban casi en todas las Indias, hecha de troncos robustos de árboles fijos en la tierra, al modo de nuestras estacadas ; pero apretados entre sí con tal disposicion, que las junturas les servian de troneras para despedir sus flechas. Era el recinto de figura redonda, sin traveses ni otras defensas ; y al cerrarse el círculo dejaba hecha la entrada cruzando por algun espacio las dos líneas que componian una calle angosta en forma de caracol, donde acomodaban dos ó tres garitas ó castillejos de madera que estrechaban el paso, y servian de ordinario á sus centinelas : bastante fortaleza para las armas de aquel nuevo mundo, donde no se entendian, con feliz ignorancia, las artes de la guerra, ni aquellas ofensas y reparos que enseñó la malicia y aprendió la necesidad de los hombres.

CAPÍTULO XIV

Ganan los Españoles á Tabasco: salen despues doscientes hombres á reconocer la tierra, los cuales vuelven rechazados de los indios, mostrando su valor en la resistencia y en la retirada.

Á esta villa, corte de aquella provincia, y de esta suerte fortificada, llegó Hernan Cortés algo ántes que Alonso Dávila, á quien detuvieron otros pantanos y lagunas, donde le llevó engañosamente el camino ; y sin dar tiempo á los indios para que se reparasen, ni á los suyos para que discurriesen en la dificultad, incorporó con su gente los cien hombres que venian de refresco : y repartiendo algunos instrumentos que parecieron necesarios para deshacer la estacada, dió la señal de acometer, deteniéndose á decir solamente : « Aquel pueblo, amigos, ha de ser esta noche

» nuestro alojamiento : en él se han retraido los mismos » que acabáis de vencer en la campaña. Esa frágil muralla » que los defiende, sirve más á su temor que á su seguri» dad. Vamos pues á seguir la victoria comenzada, ántes » que pierdan estos bárbaros la costumbre de huir, ó sirva » nuestra detencion á su atrevimiento. » Esto acabó de pronunciar con la espada en la mano; y diciendo lo demas con el ejemplo, se adelantó á todos, infundiendo en todos el deseo de adelantarse.

Embistieron á un tiempo con igual resolucion; y desviando con las rodelas y con las espadas la lluvia de flechas que cegaba el camino, se hallaron brevemente al pié de aquella rústica fortificacion que cercaba el lugar. Sirvieron entónces sus mismas troneras á los arcábuces y ballestas de nuestra gente, con que se apartó el enemigo, y tuvieron lugar los que no peleaban de echar en tierra parte de la estacada. No hubo dificultad en la entrada, porque los indios se retiraron á lo interior de la villa; pero á pocos pasos se reconoció que tenian atajadas las calles con otras estacadas del mismo género, donde iban haciendo rostro y dando sus cargas, aunque con poco efecto, porque se embarazaban en su muchedumbre; y los que se retiraban huyendo de un reparo en otro, desordenaban á los que acometian,

Habia en el centro de la villa una gran plaza donde los indios hicieron el último esfuerzo; pero á breve resistencia volvieron las espaldas, desamparando el lugar, y corriendo atrepelladamente á los bosques. No quiso Hernan Cortés seguir el alcance, por dar tiempo á sus soldados para que descansasen, y á los fugitivos para que se inclinasen á la paz, dejándose aconsejar de su escarmiento.

Quedó entónces Tabasco por los Españoles; poblacion grande y con todas las prevenciones de puesta en defensa, porque habian retirado sus familias y haciendas, y tenian hecha su provision de bastimentos, con que faltó el pillaje á la codicia; pero se halló lo que pedia la necesidad. Quedaron heridos catorce ó quince de nuestros soldados, y con ellos nuestro historiador Bernal Diaz del Castillo : sigámosle tambien en lo que dice de sí, pues no se puede

negar que fué valiente soldado, y en el estilo de su historia se conoce que se explicaba mejor con la espada. Murieron de los indios considerable número, y no se averiguó el de sus heridos porque cuidaban mucho de retirarlos; teniendo á gran primor en su milicia que el enemigo no se alegrase de ver el daño que recibian.

Aquella noche se alojó nuestro ejército en tres adoratorios [1] que estaban dentro de la misma plaza donde sucedió el último combate; y Hernan Cortés echó su ronda y distribuyó sus centinelas, tan cuidadoso y tan desvelado como si estuviera al frente de un ejército enemigo y veterano : que nunca sobran en la guerra estas prevenciones, donde suelen nacer de la seguridad los mayores peligros, y sirve tanto el recelo como el valor de los capitanes.

Hallóse con el dia la campaña desierta, y al parecer segura, porque en todo lo que alcanzaban la vista y el oído, ni habia señal, ni se percibia rumor del enemigo : reconociéronse, y se hallaron con la misma soledad los bosques vecinos al cuartel; pero no se resolvió Hernan Cortés á desampararlo, ni dejó de tener por sospechosa tanta quietud; entrando en mayor cuidado cuando supo que el intérprete Melchor, que vino de la isla de Cuba, se habia escapado aquella misma noche, dejando pendientes de un árbol los vestidos de cristiano : cuyos informes podian hacer daño entre aquellos bárbaros, como se verificó despues, siendo él quien los indujo á que prosiguiesen la guerra, dándoles á entender el corto número de nuestros soldados, y que no eran inmortales como creian, ni rayos las armas de fuego que manejaban; cuya aprension los tenía en términos de rogar con la paz. Pero no tardó mucho en pagar su delito; pues aquellos mismos que tomaron las armas á su persuasion, hallándose vencidos segunda vez, se vengaron de su consejo, sacrificándole miserablemente á sus ídolos.

Resolvió Hernan Cortés en esta incertidumbre de indicios, que Pedro de Alvarado y Francisco de Lugo, cada uno con cien hombres, marchasen por dos sendas que se

1. Los adoratorios y los altares tenian entre los indios el nombre comun de *Cues* ó *Zues* : de ambos modos suelen llamarlos nuestros historiadores.

descubrian algo distantes á reconocer la tierra; y que si hallasen gente de guerra, procurasen retirarse al cuartel, sin entrar en empeño superior á sus fuerzas. Ejecutóse luégo esta resolucion; y Francisco de Lugo, á poco más de una hora de marcha, dió en una emboscada de innumerables indios que le acometieron por todas partes, cargándole con tanta ferocidad, que se halló necesitado á formar de sus cien hombres un escuadroncillo pequeño con cuatro frentes, donde peleaban todos á un tiempo, y no habia parte que no fuese vanguardia. Crecia el número de los enemigos y la fatiga de los Españoles, cuando permitió Dios que Pedro de Alvarado, á quien iba apartando de su compañero la misma senda que seguia, encontrase con unos pantanos que le obligaron á torcer el camino, poniéndole este accidente en paraje donde pudo oir las respuestas de los arcabuces: con cuyo aviso aceleró la marcha, dejándose llevar del rumor de la batalla, y llegó á descubrir los escuadrones del enemigo á tiempo que los nuestros andaban forcejeando con la última necesidad. Acercóse cuanto pudo, amparado entre la maleza de un bosque, y avisando á Cortés de aquella novedad, con un indio de Cuba que venía en su compañía, puso en órden su gente, cerró con el escuadron de su banda tan determinadamente, que los indios, atemorizados del repentino asalto, le abrieron la entrada, huyendo á diversas partes, sin darle lugar para que los rompiese.

Respiraron con este socorro los soldados de Francisco de Lugo; y luégo que los dos capitanes tuvieron unida su gente y dobladas sus hileras, embistieron con otro escuadron que cerraba el camino del cuartel, para ponerse en disposicion de ejecutar la órden que tenian de retirarse.

Hallaron resistencia; pero últimamente se abrieron el paso con la espada, y empezaron su marcha, siempre combatidos y alguna vez atropellados. Peleaban los unos miéntras los otros se mejoraban: y siempre que alargaban el paso para ganar algun pedazo de tierra, cargaba sobre todos el grueso de los enemigos, sin hallar á quien ofender cuando volvian el rostro: porque se retiraban con la misma velocidad que acometian, moviéndose á una

parte y otra estas avenidas de gente, con aquel ímpetu al parecer que obedecen las olas del mar á la oposicion de los vientos.

Tres cuartos de legua habrian caminado los Españoles, teniendo siempre en ejercicio las armas y el cuidado, cuando se déjó ver á poca distancia Hernan Cortés, que con el aviso que tuvo de Pedro de Alvarado, venía marchando al socorro de estas dos compañías con todo el resto de la gente; y luégo que le descubrieron los indios se detuvieron, dejando alejar á los que perseguian, y estuvieron un rato á la vista, dando á entender que amenazaban ó que no temian; aunque despues se fueron deshaciendo en várias tropas, y dejaron á sus enemigos la campaña. Pero Hernan Cortés se volvió á su cuartel sin entrar en mayor empeño; porque instaba la necesidad de que curasen los que venian heridos, que fueron once de ambas compañías, de los cuales murieron dos; que en esta guerra era número de mayor sonido, y se ponderó entre todos como pérdida que hizo costosa la jornada.

CAPÍTULO XV

Pelean los Españoles con un ejército poderoso de los indios de Tabasco y su comarca; descríbese su modo de guerrear, y como quedó por Hernan Cortés la victoria.

Hiciéronse en esta ocasion algunos prisioneros: y Hernan Cortés ordenó que Jerónimo de Aguilar los fuese examinando separadamente, para saber en qué fundaban su obstinacion aquellos indios, y con qué fuerza se hallaban para mantenerla. Respondieron con alguna variedad de las circunstancias; pero concordaron en decir que estaban convocados todos los caciques de la comarca para asistir á los de Tabasco; y que el dia siguiente se habia de juntar un ejército poderoso para acabar con los Españoles, de cuya prevencion era un pequeño trozo el que peleó con Francisco de Lugo y Pedro de Alvarado. Pusieron en algun cuidado á Hernan Cortés estas noticias; y sin dudar en lo

que convenia, resolvió preguntarlo á sus capitanes, y obrar con su consejo lo que se habia de ejecutar con sus manos. Propúsoles « la dificultad en que se hallaban, el corto número » de su gente, y la prevencion grande que tenian hecha los » indios para deshacerlos, » sin encubrirles circunstancia alguna de lo que decian los prisioneros. Y pasó despues á considerar por otra parte « el empeño de sus armas, « po- » niédnoles delante de su mismo valor la desnudez y fla- » queza de sus contrarios, y la facilidad con que los habian » vencido en Tabasco y en la desembarcacion. » Y sobre todo cargó la consideracion « en la mala consecuéncia de » volver las espaldas á la amenaza de aquellos bárbaros, » cuya jactancia podria llevar la voz á la misma tierra » donde caminaban : siendo de tanto peso este descrédito, » que en su modo de entender, ó se debia dejar entera- » mente la empresa de Nueva España, ó no pasar de allí » sin que se consiguiese la paz ó la sujecion de aquella » provincia; pero que este dictámen suyo se quedaba en » términos de proposicion, porque su ánimo era ejecutar » lo que tuviesen por mejor. »

Bien sabian todos que no era afectada en él esta docilidad, porque se preciaba mucho de amigo del consejo, y de conocer el acierto aunque le hallase en opinion ajena: siendo esta una de sus mejores propiedades, y bastante argumento de su prudencia; pues no sobresale tanto el entendimiento en la razon que forma como en la que reconoce. Votaron con esta seguridad, y concordaron todos en que ya no era practicable el salir de aquella tierra, sin que sus habitadores quedasen reducidos ó castigados; conque pasó Cortés á las prevenciones de su empresa. Hizo luégo que se llevasen los heridos á los bajeles, que se sacasen á tierra los caballos, y que se previniese la artillería, y estuviese todo á punto para la mañana siguiente, que fué dia de la Anunciacion de Nuestra Señora: memorable hasta hoy en aquella tierra por el suceso de esta batalla.

Luégo que amaneció dispuso que oyese misa toda la gente : y encargando el gobierno de la infantería á Diego de Ordaz, montaron á caballo él y los demas capitanes, y empezaron su marcha al paso de la artillería que cami-

naba con dificultad por ser la tierra pantanosa y quebrada. Fuéronse acercando al paraje donde, segun las noticias de los prisioneros, se habia de juntar la gente del enemigo; y no hallaron persona de quien poder informarse, hasta que llegando cerca de un lugar que llamaban Cinthla, poco ménos de una legua del cuartel, descubrieron á larga distancia un ejército de indios tan numeroso y tan dilatado que no se le hallaba el término con lo que alcanzaba la vista.

Describiremos cómo venian, y su modo de guerrear, cuya noticia servirá para las demas ocasiones de esta conquista, por ser uno en casi todas las naciones de Nueva España el arte de la guerra. Eran arcos y flechas la mayor parte de sus armas: sujetaban el arco con nervios de animales, ó correas torcidas de piel de venado; y en las flechas suplian la falta del hierro con puntas de hueso y espinas de pescados. Usaban tambien un género de dardos, que jugaban ó despedian segun la necesidad, y unas espadas largas, que esgrimian á dos manos, al modo que se manejan nuestros montantes, hechas de madera, en que ingerian, para formar et corte, algunos pedernales. Servíanse de algunas mazas de pesado golpe, con puntas de pedernal en los extremos, que encargaban á los más robustos: y habia indios pedreros, que revolvian y disparaban sus hondas con igual pujanza que destreza. Las armas defensivas, de que usaban solamente los capitanes y personas de cuenta eran colchados de algodon mal aplicados al pecho; petos y rodelas de tabla ó conchas de tortuga, guarnecidas con láminas del metal que alcanzaban; y en algunos era el oro lo que en nosotros el hierro. Los demas venian desnudos, y todos afeados con várias tintas y colores, de que se pintaban el cuerpo y el rostro: gala militar de que usaban, creyendo que se hacian horribles á sus enemigos, y sirviéndose de la fealdad para la fiereza, como se cuenta de los Arios de la Germania: por cuya costumbre, semejante á la de estos indios, dice Tácito que son los ojos los primeros que se han de vencer en las batallas. Ceñian las cabezas con unas como coronas, hechas de diversas plumas levantadas en alto; persuadidos tambien á

que el penacho los hacía mayores y daba cuerpo á sus ejércitos. Tenian sus instrumentos y toques de guerra, con que se entendian y animaban en las ocasiones : flautas de gruesas cañas, caracoles marítimos, y un género de cajas que labraban de troncos huecos y adelgazados por el cóncavo, hasta que respondiesen á la baqueta con el sonido : desapacible música, que debia de ajustarse con la desproporcion de sus ánimos.

Formaban sus escuadrones amontonando más que distribuyendo la gente; y dejaban algunas tropas de reten que socorriesen á los que peligraban. Embestian con ferocidad, espantosos en el estruendo con que peleaban, porque daban grandes alaridos y voces para amedrentar al enemigo : costumbre que refieren algunos entre las barbaridades y rudezas de aquellos indios, sin reparar en que la tuvieron diferentes naciones de la antigüedad, y no la despreciaron los Romanos; pues Julio César alaba los clamores de sus soldados, culpando el silencio en los de Pompeyo; y Caton el mayor solia decir que debia más victorias á las voces que á las espadas : creyendo unos y otros que se formaba el grito del soldado en el aliento del corazon. No disputamos sobre el acierto de esta costumbre; sólo decimos que no era tan bárbara en los indios que no tuviese algunos ejemplares. Componíanse aquellos ejércitos de la gente natural, y diferentes tropas auxiliares de las provincias comarcanas, que acudian á sus confederados, conducidas por sus caciques, ó por algun indio principal de su parentela, y se dividian en compañías, cuyos capitanes guiaban ; pero apénas gobernaban su gente, porque en llegando la ocasion mandaba la ira, y á veces el miedo : batallas de muchedumbre, donde se llegaba con igual ímpetu al acometimiento que á la fuga.

De este género era la milicia de los indios ; y con este género de aparato se iba acercando poco á poco á nuestros Españoles aquel ejército, ó aquella inundacion de gente, que venía al parecer, anegando la campaña. Reconoció Hernan Cortés la dificultad en que se hallaba, pero no desconfió del suceso, ántes animó con alegre semblante á sus soldados; y poniéndolos al abrigo de una eminencia que

les guardaba las espaldas, y la artillería en sitio que pudiese hacer operacion, se emboscó con sus quince caballos, alargándose entre la maleza, para salir de traves cuando lo dictase la ocasion. Llegó el ejército de los indios á distancia proporcionada, y dando primero la carga de sus flechas, embistieron con el escuadron de los Españoles tan impetuosamente y tan de tropel, que no bastando los arcabuces y las ballestas á detenerlos, se llegó brevemente á las espadas. Era grande el estrago que se hacía en ellos : y la artillería, como venian tan cerrados, derribaba tropas enteras; pero estaban tan obstinados y tan en sí, que en pasando la bala se volvian á cerrar, y encubrian á su modo el daño que padecian, levantando el grito, y arrojando al aire puñados de tierra, para que no se viesen los que caian, ni se pudiesen percibir sus lamentos.

Acudia Diego de Ordaz á todas partes, haciendo el oficio de capitan sin olvidar el de soldado : pero como eran tantos los enemigos, no se hacía poco en resistir : y ya se empezaba á conocer la desigualdad de las fuerzas, cuando Hernan Cortés, que no pudo acudir ántes al socorro de los suyos por haber dado en unas acequias, salió á la campaña, y embistió con todo aquel ejército, rompiendo por lo más denso de los escuadrone, y haciéndose tanto lugar con sus caballos, que los indios heridos y atropellados cuidaban sólo de apartarse de ellos, y arrojaban las armas para huir, tratándolas ya como impedimiento de su ligereza.

Conoció Diego de Ordaz que habia llegado el socorro que esperaba, por la flaqueza de la vanguardia enemiga, que empezó á remolinar con la turbacion que tenía á las espaldas; y sin perder tiempo avanzó con su infantería, cargando á los que le oprimian con tanta resolucion que los obligó á ceder, y fué ganando la tierra que perdian, hasta que llegó al paraje que tenian despejado Hernan Cortés y sus capitanes. Uniéronse todos para hacer el último esfuerzo, y fué necesario alargar el paso, porque los indios se iban retirando con diligencia, aunque caminaban haciendo cara, y no dejaban de pelear á lo largo con las armas arrojadizas : en cuya forma de apartarse, y excusar concertadamente el combate, perseveraron hasta que es-

trechándose el alcance, y viéndose otra vez acometidos, volvieron las espaldas, y se declaró en fuga la retirada.

Mandó Hernan Cortés que hiciese alto su gente, sin permitir que se ensangrentase más la victoria : sólo dispuso que se trajesen algunos prisioneros, porque pensaba servirse de ellos para volver á las pláticas de la paz, único fin de aquella guerra, que se miraba sólo como circunstancia del intento principal. Quedaron muertos en la campaña más de ochocientos indios, y fué grande el número de los heridos. De los nuestros murieron dos soldados, y salieron heridos setenta.

Constaba el ejército enemigo de cuarenta mil hombres , segun lo que hallamos escrito; que aunque bárbaros y desnudos, como ponderan algunos extranjeros, tenian manos para ofender; y cnando les faltase el valor, que es propio de los hombres, no les faltaria la ferocidad de que son capaces los brutos.

Fué la faccion de Tabasco, diga lo que quisiere la envidia, verdaderamente digna de la demostracion que se hizo despues, edificando en memoria de ella y del dia en que sucedió, un templo con la advocacion de nuestra Señora de la Victoria, y dando el mismo nombre á la primera villa que se pobló de españoles en esta provincia. Débese atribuir al valor de los soldados la mayor parte del suceso, pues suplieron la desigualdad del número con la constancia y con la resolucion; aunque tuvieron de su parte la ventaja de pelear bien ordenados contra un ejército sin disciplina. Hizo Hernan Cortés posible la victoria rompiendo con sus caballos la batalla del ejército enemigo: accion en que lucieron igualmente las manos y el consejo del capitan, siendo tanto el discurrirlo ántes, como el ejecutarlo despues; y no se puede negar que tuvieron su parte los mismos caballos, cuya novedad atemorizó totalmente á los indios, porque no los habian visto hasta entónces, y aprendieron con el primer asombro que eran monstruos feroces, compuestos de hombre y bruto, al

1. El mismo número escribe Cortés, y de él lo tomaron los demas historiadores; pero está evidentemente exagerado.

modo que, con menor disculpa, creyó la otra gentilidad sus centauros.

CAPITULO XVI

Efectúase la paz con el cacique de Tabasco: y celebrándose en esta provincia la festividad del Domingo de Ramos, se vuelven á embarcar los españoles para continuar su viaje.

El dia siguiente mandó Hernan Cortés que se trajesen á su presencia los prisioneros, entre los cuales habia dos ó tres capitanes. Venian temerosos, creyendo hallar en el vencedor la misma crueldad que usaban ellos con sus rendidos; pero Hernan Cortés los recibió con gran benignidad: y animándolos con el semblante y con los brazos, los puso en libertad, dándoles algunas bujerías, y diciéndoles solamente : « que él sabía vencer, y sabía perdonar. »

Pudo tanto esta piadosa demostracion, que dentro de pocas horas vinieron al cuartel algunos indios cargados de maíz, gallinas y otros bastimentos para facilitar con este regalo la paz, que venian á proponer de parte del cacique principal de Tabasco. Era gente vulgar y deslucida la que traia esta embajada; reparo que hizo Jerónimo de Aguilar, por ser estilo de aquella tierra el enviar á semejantes funciones indios principales con el mejor adorno de sus galas. Y aunque Hernan Cortés deseaba la paz, no quiso admitirla sin que viniese la proposicion como debia; ántes mandó que los despidiesen, y sin dejarse ver respondió al cacique por medio del intérprete : « que si deseaba su amistad, enviase personnas de más razon » y más decentes á solicitarla.

Enmendó el cacique su falta de reparo, enviando el dia despues treinta indios de mayor porte, con aquellos adornos de plumas y pendientes, á que se reducia toda su ostentacion. Traian éstos su acompañamiento de indios cargados con otro regalo del mismo género, pero más abundante. Admitiólos Hernan Cortés á su presencia asistido de todos sus capitanes, afectando alguna gravedad y entereza; por-

que le pareció conveniente suspender en aquel acto su agrado natural. Llegaron con grandes sumisiones; y hecha la ceremonia de incensarle con unos braserillos en que se administraba el humo del aníme copal y otros perfumes, obsequio de que usaban en las ocasiones de su mayor veneracion, propusieron su embajada, que empezó en disculpas frívolas de la guerra pasada, y paró en pedir rendidamente la paz. Respondió Hernan Cortés ponderando su irritacion, para que se hiciese más estimable lo que concedia á vista de las ofensas que olvidaba; y últimamente se asentó la paz con grande aplauso de los embajadores, que se retiraron muy contentos, y fácilmente enriquecidos con aquellas preseas valadíes de que hacian tanta estimacion.

Vino despues el cacique á visitar á Cortés con todo el séquito de sus capitanes y aliados, y con un presente de ropas de algodon, plumas de varios colores, y algunas piezas de oro bajo de más artificio que valor. Manifestó luégo su regalo como quien obligaba para ser admitido, y ponia la liberalidad al principio del rendimiento. Agasajóle mucho Hernan Cortés; y la visita fué toda cumpliuientos y seguridades de la nueva amistad, dadas y recibidas por medio del intérprete con igual correspondencia. Hacian el mismo agasajo los capitanes españoles á los indios principales del acompañamiento; y andaba entre unos y otros la paz alegrando los semblantes, y supliendo con los brazos los defectos de la lengua.

Despidióse el cacique, dejando aplazada sesion para otro dia; y dió á entender su confianza y sinceridad con mandar á sus vasallos que volviesen luégo á poblar el lugar de Tabasco, y llevasen consígo sus familias para que asistieten al servicio de los Españoles.

El dia siguiente volvió al cuartel con el mismo acompañamiento, y con veinte indias bien adornadas á la usanza de su tierra, las cuales dijo traia de presente á Cortés para que en el viaje cuidasen de su regalo y el de sus compañeros, por ser diestras en acomodar al apetito la variedad de sus manjares, y en hacer el pan de maíz, cuya fábrica era desde su principio ministerio de mujeres.

Molian éstas èl grano entre dos piedras, al modo de las que nos dió á conocer el uso del chocolate : y hecho harina lo reducian á masa, sin necesitar de levadura, y lo tendian ó amoldaban sobre unos instrumentos como tarteras de barro, de que se valian para darle en el fuego la última sazon : siendo éste el pan, de cuya abundancia proveyó Dios aquel nuevo mundo para suplir la falta del trigo, y un género de mantenimiento agradable al paladar sin ofensa del estómago. Venía con estas mujeres una india princpial de buen talle y más que ordinaria hermosura, que recibió despues con el bautismo el nombre de Marina, y fué tan necesaria en la conquista como veremos en su lugar.

Apartóse Hernan Cortés con el cacique con los principales de su séquito, y les hizo un razonamiento con la voz de su intérprete, dándoles á entender : « como era vasallo » y ministro de un poderoso monarca, y que su intento » era hacerlos felices poniéndolos en la obediencia de su » príncipe; reducirlos á la verdadera religion, y destruir » los erroresde su idolatría. » Esforzó estas dos proposiciones con su natural elocuencia y con su autoridad, de modo que los indios quedaron persuadidos, ó por lo ménos inclinados á la razon. Su respuesta fué « que tendrian á gran » conveniencia suya el obedecer á un monarca, cuyo poder » y grandeza se dejaba conocer en el valor de tales vasa» llos. » Pero en el punto de la religion anduvieron más detenidos.

Hacíales fuerza el ver deshecho su ejército por tan pocos Españoles, para dudar si estaban asistidos de algun Dios superior á los suyos; pero no se resolvian á confesarlo, ni en admitir entónces la duda hicieron poco por la verdad.

Instaban los pilotos en que se abreviase la partida, porque, segun sus observaciones, se aventuraba la armada en la detencion. Y aunque Hernan Cortés sentia el apartarse de aquella gente hasta dejarla mejor instruida, se halló obligado á tratar del viaje. Y por venir cerca el Domingo de Ramos, señaló este dia para la embarcacion, disponiendo que se celebrase primero su festividad, segun el rito

de la Iglesia, observantísimo siempre en estas piedades religiosas; para cuyo efecto se fabricó un altar en el campo, y se cubrió de una enramada en forma de capilla: rústico, pero decente edificio, que tuvo la felicidad de segundo templo en Nueva España; y al mismo tiempo se iban embarcando bastimentos, y caminando en las demas prevenciones del viaje. Ayudaban á todo los indios con oficiosa actividad, y el cacique asistia á Cortés con sus capitanes; durando todos en su veneracion, y convidando siempre con su obediencia : de cuya ocasion se valieron algunas veces el padre fray Bartolomé de Olmedo y el licenciado Juan Diaz, para intentar reducirlos al camino de la verdad, prosiguiendo los buenos principios que dió Cortés á esta plática, y aprovechándose de los deseos de acertar que manifestaron en su respuesta : pero sólo se encontraba en ellos una docilidad de rendidos, más inclinada á recibir otro Dios, que á dejar alguno de los suyos. Oian con agrado, y deseaban al parecer hacerse capaces de lo que oian; pero apénas se hallaba la razon admitida de la voluntad, cuando volvia arrojada del entendimiento. Lo más que pudieron conseguir entónces los dos sacerdotes fué dejarlos bien dispuestos, y conocer que pedia más tiempo la obra de habilitar su rudeza, para entenderse mejor con su ceguedad.

El domingo por la mañana acudieron innumerables indios de toda aquella comarca á ver la fiesta de los cristianos, y hecha la bendicion de los ramos con la solemnidad que se acostumbra, se distribuyerou entre los soldados, y se ordenó la procesion, á que asistieron todos con igual modestia y devocion : digno espectáculo de mejor concurso, y que tendria algo de mayor realce á vista de aquella infidelidad, como sobresale ó resalta la luz en la oposicion de las sombras : pero no dejó de influir algun género de edificacion en los mismos infieles, pues decian á voces, segun lo refirió despues Aguilar : « Gran Dios debe de ser » este á quien se rinden tanto unos hombres tan valerosos. » Erraban el motivo, y sentian la verdad.

Acabada la misa, se despidió Cortés del cacique y de todos los indios principales; y volviendo á renovar la paz con

mayores ofertas y demostraciones de amistad, ejecutó su embarcacion, dejando aquella gente, en cuanto al rey, más obediente que sujeta; y en cuanto á la religion, con aquella parte de salud, que consiste en desear ó no resistir el remedio.

CAPÍTULO XVII

Prosigue Hernan Cortés su viaje: llegan los bajeles á San Juan de Ulúa: salta la gente en tierra, y reciben embajada de los gobernadores de Motezuma: dase noticia de quién era doña Marina.

El lúnes siguiente al Domingo de Ramos se hicieron á la vela nuestros Españoles; y siguiendo la costa con las proas al Poniente, dieron vista á la provincia de Guazacoalco, y reconocieron, sin detenerse en el rio de Bandéras, la isla de Sacrificios y los demas parajes que descubrió y desamparó Juan de Grijalva, cuyos sucesos iban refiriendo con presuncion de noticiosos los soldados que le acompañaron; y Cortés aprendiendo en la infelicidad de aquella jornada lo que debia enmendar en la suya; con aquel género de prudencia que se aprovecha del error ajeno. Llegaron finalmente á San Juan de Ulúa el Juéves Santo á mediodía : y apénas aferraron las naves entre la isla y la tierra buscando el resguardo de los nortes, cuando vieron salir de la costa más vecina dos canoas grandes que en aquella tierra se llamaban piraguas, y en ellas algunos indios que se fueron acercando con poco recelo á la armada, y daban á entender con esta seguridad y con algunos ademanes, que venian de paz y con necesidad de ser oidos.

Puestos á poca distancia de la capitana empezaron á hablar en otro idioma diferente, que no entendió Jerónimo de Aguilar; y fué grande la confusion en que se halló Hernan Cortés, sintiendo comó estorbo capital de sus intentos el hallarse sin intérprete cuando más le habia menester : pero no tardó el cielo en socorrer esta necesidad. Hallábase cerca de los dos aquella india que llamaremos ya

doña Marina, y conociendo en los semblantes de entrambos lo que discurrian ó lo que ignoraban, dijo en lengua de Yucatan á Jerónimo de Aguilar, que aquellos indios hablaban la mejicana, y pedian audiencia al capitan de parte del gobernador de aquella provincia. Mandó con esta noticia Hernan Cortés que subiesen á su navío, y cobrándose del cuidado antecedente volvió el corazon á Dios, conociendo que venía de su mano la felicidad de hallarse ya con instrumento, tan fuera de su esperanza, para darse á entender en aquella tierra tan deseada.

Era doña Marina, segun Bernal Diaz del Castillo, hija de un cacique de Guazacoalco, una de las provincias sujetas al rey de Méjico, que partia sus términos con la de Tabasco; y por ciertos accidentes de su fortuna, que refieren con variedad los autores, fué trasportada en sus primeros años á Xicalango, plaza fuerte que se conservaba entónces en los confines de Yucatan, con presidio mejicano. Aquí se crió pobremente, desmentida en paños vulgares su nobleza, hasta que declinando más su fortuna vino á ser, por venta ó por despojo de guerra, esclava del cacique de Tabasco cuya liberalidad la puso en el dominio de Cortés. Hablábase en Guazacoalco y en Xicalango el idioma general de Méjico, y en Tabasco el de Yucatan, que sabía Jerónimo de Aguilar; con que se hallaba doña Marina capaz de ambas lenguas, y decia á los indios en la mejicana lo que Aguilar á ella en la de Yucatan, durando Hernan Cortés en este rodeo de hablar con dos intérpretes hasta que doña Marina aprendió la castellana, en que tardó pocos dias, porque tenía rara viveza de espíritu y algunos dotes naturales que acordaban la calidad de su nacimiento. Antonio de Herrera dice que fué natural de Xalisco, trayéndola desde muy léjos á Tabasco, pues está Xalisco sobre el otro mar, en lo último de la Nueva Galicia. Pudo hallarlo así en Francisco López de Gomara; pero no sabemos por qué se aparta en esto y en otras noticias más sustanciales de Bernal Diaz del Castillo, cuya obra mauuscrita tuvo á la mano, pues le sigue y le cita en muchas partes de su historia. Fué siempre doña Marina fidelísima intérprete de Hernan Cortés, y él la estrechó en esta

confidenciapor términos ménos decentes que debiera, pues tuvo de ella un hijo que se llamó don Martin Cortés, y se puso el hábito de Santiago, calificando la nobleza de su madre : reprensible medio de asegurarla en su fidelidad, que dicen algunos tuvo parte de política.

Lo que dijeron aquellos indioscuando llegaron á la presencia de Cortés fué : « que Pilpatoe y Teutile, goberna- » dor el uno, y el otro capitan general de aquella provin- » cia por el grande emperador Motezuma, los enviaban á » saber del capitan de aquella armada con qué intento » habia surgido en sus costas, y á ofrecerle el socorro y la » asistencia de que necesitase para continuar su viaje. » Hernan Cortés los agasajó mucho, dióles algunas bujerías, hizo que los regalasen con manjares y vino de Castilla; y teniéndolos ántes obligados que atentos les respondió : « que su venida era á tratar, sín género de hostilidad, ma- » terias muy importantes á su príncipe y á toda su monar- » quía; para cuyo efecto se veria con sus gobernadores, » y esperaba hallar en ellos la buena acogida que el año » ántes esperimentaron los de su nacion. » Y tomando algunas noticias por mayor de la grandeza de Motezuma, de sus riquezas y forma de gobierno, los despidió contentos y asegurados.

El dia siguiente Viérnes Santo por la mañana, desembarcaron todos en la playa más vecina, y mandó Cortés que se sacasen á tierra los caballos y la artillería, y que los soldados repartidos en tropas hiciesen fagina sin descuidarse con las avenidas, y fabricasen número suficiente de barracas en que defenderse del sol, que ardia con bastante fuerza. Plantóse la artillería en parte que mandase la campaña, y tardaron poco en hallarse todos debajo de cubierto, porque acudieron al trabajo muchos indios que envió Teutile con bastimentos y órden para que ayudasen en aquella obra; los cuales fueron de grande alivio, porque traian sus instrumentos de pedernal con que cortaban las estacas, y fijándolas en tierra, entretejian con ellas ramos y hojas de palma, formando las paredes y el techo con presteza y facilidad. Traian tambien algunas mantas de algodon que acomodaron sobre las barracas principales para que

estuviesen más defendidas del sol; y en la mejor de ellas ordenó Hernan Cortés que se levantase un altar, sobre cuyos adornos se colocó una imágen de nuestra Señora, y se puso una cruz grande á la entrada.

Súpose de aquellos indios que el general Teutile se hallaba con número considerable de gente militar, y andaba introduciendo con las armas el dominio de Motezuma en unos lugares recien conquistados de aquel paraje, cuyo gobierno político estaba á cargo de Pilpatoe ; y la demostracion de enviar bastimentos, y aquellos paisanos que ayudasen en la obra de las barracas, tuvo, segun lo que se pudo colegir, algo de artificio, porque se hallaban asombrados y recelosos de haber entendido el suceso de Tabasco cuya noticia se habia divulgado ya por todo el contorno; y considerándose con menores fuerzas, se valieron de aquellos presentes y socorros para obligar á los que no podian resistir : diligencias del temor que suele hacer liberales á los que no se atreven á ser enemigos.

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

Vienen el general Teutile y el gobernador Pilpatoe á visitar á Cortés en nombre de Motezuma. Dase cuenta de lo que pasó con ellos y con los pintores que andaban dibujando el ejército de los Españoles.

Pasáronse aquella noche y el dia siguiente éon más sosiego que descuido, acudiendo siempre algunos indios al trabajo del alojamiento, y á traer víveres á trueco de bujerías; sin que hubiese novedad, hasta que el primer dia de la Pascua por la mañana vinieron Teutile y Pilpatoe con grande acompañamiento á visitar á Cortés, que los recibió con igual aparato, adornándose del respeto de sus capitanes y soldados, porque le pareció conveniente crecer en la autoridad para tratar con ministros de mayor príncipe. Pasadas las primeras cortesías y cumplimientos, en que cedieron los indios, y Cortés procuró templar la severidad con el agrado, los llevó consigo á la barraca mayor, que tenía veces de templo, por ser ya hora de los divinos oficios, haciendo que Aguilar y doña Marina les dijesen, que ántes de proponerles el fin de su jornada queria cumplir con su religion, y encomendar al Dios de sus dioses el acierto de su proposicion.

Celebróse luégo la misa con toda la solemnidad que fué posible: cantóla fray Bartolomé de Olmedo, y la oficiaron el licenciado Juan Diaz, Jerónimo de Aguilar y algunos soldados que entendian el canto de la Iglesia; asistiendo á todo aquellos indios con un género de asombro que, siendo efecto de la novedad, imitaba la devocion. Volvieron luégo á la barraca de Cortés y comieron con

él los dos gobernadores, poniéndose igual cuidado en el regalo y en la ostentacion.

Acabado el banquete llamó Hernan Cortés á sus intérpretes, y no sin alguna entereza dijo : « que su venida era » á tratar con el emperador Motezuma de parte de don » Cárlos de Austria, monarca del Oriente, materias de gran » consideracion, convenientes no sólo á su persona y Es» tados, sino al bien de todos sus vasallos ; para cuya intro» duccion necesitaba de llegar á su real presencia, y espe» raba ser admitido á ella con toda la benignidad y aten» cion que se debia á la misma grandeza del rey que le » enviaba. » Torcieron el semblante ambos gobernadores á esta proposicion, oyéndola al parecer con desagrado, y ántes de responder á ella mandó Teutile que trajesen á la barraca un regalo que tenía prevenido, y fueron entrando en ella hasta veinte ó treinta indios cargados de bastimentos, ropas sutiles de algodon, plumas de varios colores, y una caja grande en que venian diferentes piezas de oro primorosamente labradas. Hizo su presente con despejo y urbanidad ; y despues de verle admitido y celebrado, se volvió á Cortés, y por medio de los mismos intérpretes le dijo : » que recibiese aquella pequeña demostracion con que le » agasajaban dos esclavos de Motezuma, que tenian órden » para regalar á los extranjeros que llegasen á sus costas ; » pero que tratase luégo de proseguir su viaje, llevando » entendido que el hablar á su príncipe era negocio muy ar» duo, y que no andaban ménos liberales en darle de pre» sente aquel desengaño, ántes que experimentase la difi» cultad de su pretension. »

Replicóle Cortés con algun enfado : « que los reyes nunca » negaban los oídos á las embajadas de otros reyes : ni » sus ministros podian, sin consulta suya, tomar sobre sí » tan atrevida resolucion : que lo que en este caso les to» caba era avisar á Motezuma de su venida para cuya dili» gencia les daria tiempo ; pero gue le avisasen tambien » de que venía resuelto á verle ; y con ánimo determinado » de no salir de su tierra llevando desairada la represen» tacion de su rey. » Puso en tanto cuidado á los indios esta animosa determiuacion de Cortés, que no se atrevieron á

replicarle, ántes le pidieron encarecidamente que no se moviese de aquel alojamiento hasta que llegase la respuesta de Motezuma, ofreciendo asistirle con todo lo que hubiese menester para el sustento de sus soldados.

Andaban á este tiempo algunos pintores mejicanos, que vinieron en el acompañamiento de los dos gobernadores, copiando con gran diligencia sobre lienzos de algodon, que traian prevenidos y emprimados para este ministerio, las naves, los soldados, las armas, la artillería y los caballos, con todo lo demas que se hacía reparable á sus ojos; de cuya variedad de objetos formaban diferentes países de no despreciable dibujo y colorido.

Hacíanse estas pinturas de órden de Teutile para avisar con ellas á Motezuma de aquella novedad: y á fin de facilitar su inteligencia iban poniendo á trechos algunos caractéres, con que al parecer explicaban y daban significacion á lo pintado. Era éste su modo de escribir, porque no alcanzaron el uso de las letras, ni supieron fingir aquellas señales ó elementos que inventaron otras naciones para retratar las sílabas y hacer visibles las palabras; pero se daban á entender con los pinceles, significando las cosas materiales con sus propias imágenes, y lo demas con números y señales significativas; en tal disposicion, que el número, la letra y la figura formaban concepto, y daban entera la razon[1].

Llegó á noticia de Cortés la obra en que se ocupaban estos pintores, y salió á verlos no sin alguna admiracion de su habilidad; pero advertido de que se iba dibujando en aquellos lienzos la consulta que Teutile formaba para que supiese Motezuma su proposicion y las fuerzas con que se hallaba para mantenerla, reparó con la viveza de su ingenio, en que estaban con poca accion y movimiento aquellas imágenes mudas para que se entendiese por ellas el valor de sus soldados, y así resolvió ponerlos en ejercicio para dar mayor actividad ó representacion á la pintura.

Mandó con este fin que se tomasen las armas; puso en

1. Las provincias tributarias de Méjico se distinguian por atributos que les eran peculiares: sólo al lenguaje oral estaba encomendado su verdadero nombre.

escuadron toda su gente : hizo que se previniese la artillería y diciendo á Teutile y á Pilpatoe que los queria festejar á la usanza de su tierra, montó á caballo con sus capitanes. Corriéronse primero algunas parejas, y despues se formó una escaramuza con sus ademanes de guerra; en cuya novedad estuvieron los indios como embelesados y fuera de sí, porque reparando en la ferocidad obediente de aquellos brutos, pasaban á considerar algo más que natural en los hombres que los manejaban. Respondieron luégo á una seña de Cortés los arcabuces, y poco despues la artillería ; creciendo al paso que se repetia y se aumentaba el estruendo, la turbacion y el asombro de aquella gente, con tan varios efectos que unos se dejaron caer en tierra, otros empezaron á huir, y los más advertidos afectaban la admiracion para disimular el miedo.

Asegurólos Hernan Cortés, dándoles á entender que entre los Españoles eran así las fiestas militares, como quien deseaba hacer formidables las véras con el horror de los entretenimientos ; y se reconoció luégo que los pintores andaban inventando nuevas efigies y caractéres con que suplir lo que faltaba en sus lienzos. Dibujaban unos la gente armada y puesta en escuadron : otros los caballos en su ejercicio y movimiento : figuraban con la llama y el humo el oficio de la artillería ; y pintaban hasta el estruendo con la semejanza del rayo, sin omitir alguna de aquellas circunstancias espantosas que hablaban más derechamente con el cuidado de su rey.

Entre tanto Cortés se volvió á su barraca con los gobernadores ; y despues de agasajarlos con algunas joyuelas de Castilla, dispuso un presente de várias preseas que remitiesen de su parte á Motezuma ; para cuyo regalo se escogieron diferentes curiosidades del vidrio ménos valadí ó más resplandeciente, á que se añadió una camisa de holanda, una gorra de terciopelo carmesí, adornada con una medalla de oro en que estaba la imágen de San Jorge, y una silla labrada de taracea, en que debieron de hacer tanto reparo los indios que se tuvo por alhaja de emperador. Con esta corta demostracion de su liberalidad, que entre aquella gente pareció magnificencia, suavizó Hernan

Cortés la dureza de su pretension, y despidió á los dos gobernadores igualmente agradecidos y cuidadosos.

CAPÍTULO II

Vuelve la respuesta de Motezuma con un presente de mucha riqueza; pero negada la licencia que se pedia para ir á Méjico.

Hicieron alto los indios á poca distancia del cuartel, y entraron al parecer en consulta sobre loque debian obrar; porque resultó de esta detencion el quedarse Pilpatoe á la mira de lo que obraban los Españoles; para cuyo efecto, determinado el sitio, se formaron diferentes barracas, y en breves horas amaneció fundado un lugar en la campaña de considerable poblacion. Previnose luégo Pilpatoe contra el reparo que podia causar esta novedad, avisando á Hernan Cortés que se quedaba en aquel paraje para cuidar de su regalo, y asistir mejor á las provisiones de su ejército; y aunque se conoció el artificio de este mensaje, porque su fin principal era estar á la vista del ejéreito y velar sobre sus movimientos, se les dejó el uso de su disimulacion, sacando fruto del mismo pretexto; porque acudian con todo lo necesario, y los traia más puntuales y cuidadosos el recelo de que se llegase á entender su desconfianza.

Teutile pasó al lugar de su alojamiento, y despachó á Motezuma el aviso de lo que pasaba en aquella costa, remitiéndole con toda diligencia los lienzos que se pintaron de su órden y el regalo de Cortés. Tenian para este efecto los reyes de Méjico grande prevencion de correos distribuidos por todos los caminos principales del reino; á cuyo ministerio aplicaban los indios más veloces, y los criaban cuidadosamente desde niños, señalando premios del erario público á favor de los que llegasen primero al sitio : y el padre José de Acosta, fiel observador de las costumbres de aquella gente, dice que la escuela principal donde se agilitaban estos indios corredores, era el primer adoratorio de Méjico, donde estaba el ídolo sobre ciento y veinte

gradas de piedra, y ganaban el premio los que llegaban primero á sus piés. Mudábanse estos correos de lugar en lugar, como los caballos de nuestras postas; y hacian mayor diligencia, porque se iban sucediendo unos á otros ántes de fatigarse : con que duraba sin cesar el primer ímpetu de la carrera. La respuesta llegó en siete dias, número en que concuerdan todos, y Teutile vino con ella al cuartel de los Españoles. Traia delante de sí un presente de Motezuma, que ocupaba los hombros de cien indios de carga; y ántes de dar su embajada, hizo que se tendiesen sobre la tierra unas esteras de palma, que llamaban petates, y que sobre ellas se fuesen acomodando y poniendo, como en aparador, las alhajas de que se componia el presente.

Venian diferentes ropas de algodon tan delgadas y bien tejidas, que necesitaban del tacto para diferenciarse de la seda; cantidad de penachos, y otras curiosidades de pluma, cuya hermosa y natural variedad de colores, buscados en las aves exquisitas que produce aquella tierra, sobreponian y mezclaban con admirable prolijidad, distribuyendo los matices, sirviéndose del claro y oscuro tan acertadamente que, sin necesitar de los colores artificiales ni valerse del pincel, llegaban á formar pintura, y se atrevian á la imitacion del natural. Sacaron despues muchas armas, arcos, flechas y rodelas de maderas extraordinarias. Dos láminas muy grandes de hechura circular, la una de oro, que mostraba entre sus relieves la imágen del sol, y la otra de plata, en que venía figurada la luna; y últimamente cantidad considerable de joyas y piezas de oro con alguna pedrería, collares, sortijas, y pendientes á su modo, y otros adornos de mayor peso en figuras de aves y animales, tan primorosamente labrados, que á vista del precio se dejaba reparar del artificio.

Luégo que Teutile puso á la vista de los Españoles toda esta riqueza, se volvió á Cortés, y haciendo seña á los intérpretes, le dijo : « que el grande emperador Motezuma le » enviaba aquellas alhajas enagradecimiento de su regalo, » y en fe de lo que estimaba la amistad de su rey; pero » que no tenía por conveniente, ni entónces era posible » segun el estado presente de sus cosas, el conceder su be-

» neplácito á la permision que pedia para pasar ásu corte. » Cuya repulsa procuró Teutile honestar, fingiendo asperezas en el camino, indios indómitos, que tomarian las armas para embarazar el paso, y otras dificultades que traian muy descubierta la intencion, y daban á entender con algun misterio, que habia razon particular, y era ésta la que veremos despues, para que Motezuma no se dejase ver de los Españoles.

Agradeció Cortés el presente con palabras de toda veneracion, y respondió á Teutile : « que no era su intento » faltar á la obediencia de Motezuma; pero que tampoco le » sería posible retroceder contra el decoro de su rey, ni » dejar de persistir en su demanda con todo el empeño á » que obligaba la reputacion de una corona venerada y » atendida entre los mayores príncipes de la tierra. » Discurriendo en este punto con tanta viveza y resolucion, que los indios no se atrevieron á replicarle ; ántes le ofrecieron hacer segunda instancia á Motezuma : y él los despidió con otro regalo como el primero, dándoles á entender que esperaria sin moverse de aquel lugar la respuesta de su rey; pero que sentiria mucho que tardase, y hallarse obligado á solicitarla desde más cerca.

Admiró á todos los Españoles el presente de Motezuma, pero no todos hicieron igual concepto de aquellas opulencias : ántes discurrian con variedad, y porfiaban entre sí, no sin presuncion de lo que discurrian. Unos entraban en esperanzas de mejor fortuna, prometiéndose grandes progresos de tan favorables principios : otros ponderaban la grandeza del presente, para colegir de ella el poder de Motezuma, y pasar con el discurso á la dificultad de la empresa ; muchos acusaban absolutamente como temeridad el intentar con tan poca gente obra tan grande; y los más defendian el valor y la constancia de su capitan, dando por hecha la conquista, y entendiendo cada uno aquella prosperidad, segun el afecto que predominaba en su ánimo : porfías y corrillos de soldados, donde se conoce mejor que en otras partes lo que puede el corazon con el entendimiento. Pero Hernan Cortés los dejaba discurrir sin manifestar su dictámen, hasta aconsejarse con el tiempo :

y para no tener ociosa la gente, que es el mejor camino de tenerla ménos discursiva, ordenó que saliesen dos bajeles á reconocer la costa, y á buscar algun puerto ó ensenada de mejor abrigo para la armada, que en aquel paraje estaba con poco resguardo contra los vientos septentrionales, y algun pedazo de tierra ménos estéril donde acomodar el alojamiento, entre tanto que llegase la respuesta de Motezuma; tomando pretexto de lo que padecia la gente en aquellos arenales, donde heria y reverberaba el sol con doblada fuerza, y habia otra persecucion de mosquitos que hacian ménos tolerables las horas del descanso. Nombró por cabo de esta jornada al capitan Francisco de Montejo, y eligió los soldados que le habian de acompañar, entresacando los que se inclinaban ménos á su opinion. Ordenóle que se alargase cuanto pudiese por el mismo rumbo que llevó el año ántes en compañía de Grijalva, y que trajese observadas las poblaciones que se descubriesen desde la costa, sin salir á reconocerlas, señalándole diez dias de término para la vuelta, por cuyo medio dispuso lo que parecia conveniente :

CAPÍTULO III

Dase cuenta de lo mal que se recibió en Méjico la porfía de Cortés, de quién era Motezuma, la grandeza de su imperio, y el estado en que se hallaba su monarquía cuando llegaron los Españoles.

Causó grande turbacion en Méjico la segunda instancia de Cortés. Enojóse Motezuma, y propuso con el primer ímpetu acabar de una vez con aquellos extranjeros que se atrevian á porfiar contra su resolucion ; pero entrando despues en mayor consideracion se cayó de ánimo, y ocupó el lugar de la ira la tristeza y la confusion. Llamó luégo á sus ministros y parientes; hiciéronse misteriosas juntas ; acudióse á los templos con públicos sacrificios ; y el pueblo empezó á desconsolarse de ver tan cuidadoso á su rey, y tan asustados á los que tenian por su cuenta el gobierno ; de que resultó el hablarse con poca reserva en

la ruina de aquel imperio, y en las señales y presagios de que estaba, segun sus tradiciones, amenazado. Pero ya parece necesario que averigüemos quién era Motezuma; qué estado tenía en esta sazon su monarquía; y por qué razon se asustaron tanto él y sus vasallos con la venida de los Españoles.

Hallábase entónces en su mayor aumento el imperio de Méjico, cuyo dominio reconocian casi todas las provincias y regiones que se habian descubierto en la América septentrional, gobernadas entónces por él y por otros régulos ó caciques tributarios suyos. Corria su longitud de Oriente á Poniente más de quinientas leguas; y su latitud de Norte á Sur llegaba por algunas partes á doscientas: tierra poblada, rica y abundante. Por el Oriente partia sus límites con el mar Altlántico, que hoy se llama del Norte, y discurria sobre sus aguas aquel largo espacio que hay desde Panuco á Yucatan. Por el Occidente tocaba con el otro mar, registrando el Océano Asiático, ó sea el golfo de Anian, desde el cabo de Mendocino hasta los extremos de la Nueva Galicia. Por la parte del Mediodía se dilataba más, corriendo sobre el mar del Sur desde Acapulco á Guatemala, y llegaba á introducirse por Nicaragua en aquel istmo ó estrecho de tierra que divide y engarza las dos Américas. Por la banda del Norte se alargaba hácia la parte de Panuco hasta comprender aquella provincia; pero se dejaba estrechar considerablemente de los móntes ó serranías que ocupan los Chichimecas y Otomíes, gente bárbara sin república ni policía, que habitaba en las cavernas de la tierra, ó en las quiebras de los peñascos, sustentándose de la caza y frutas de árboles silvestres; pero tan diestros en el uso de sus flechas, y en servirse de las asperezas y ventajas de la montaña, que resistieron várias veces á todo el poder mejicano, enemigos de la sujecion, que se contentaban con no dejarse vencer, y aspiraban sólo á conservar entre las fieras su libertad.

Creció este imperio de humildes principios á tan desmesurada grandeza en poco más de ciento y treinta años: porque los mejicanos, nacion belicosa por naturaleza, se fueron haciendo lugar con las armas entre las demas na-

ciones que poblaban aquella parte del mundo. Obedecieron primero á un capitan valeroso que los hizo soldados, y les dió á conocer la gloria militar: despues eligieron rey, dando el supremo dominio al que tenía mayor crédito de valiente, porque no conocian otra virtud que la fortaleza, y si conocian otras, eran inferiores en su estimacion. Observaron siempre esta costumbre de elegir por su rey al mayor soldado, sin atender á la sucesion, aunque en igualdad de hazañas preferian la sangre real; y la guerra que hacian los reyes, iba poco á poco ensanchando la monarquía.

Fué el undécimo de ellos, segun lo pintaban sus anales, Motezuma, segundo de este nombre, varon señalado y venerable entre los mejicanos aún ántes de reinar.

Era de la sangre real, y en su juventud siguió la guerra, donde se acreditó de valeroso y esforzado capitan con diferentes hazañas que le dieron grande opinion. Volvió á la corte algo elevado con estas lisonjas de la fama; y viéndose aplaudido y estimado como el primero de su nacion, entró en esperanzas de empuñar el cetro en la primera eleccion: tratándose en lo interior de su ánimo como quien empezaba á coronarse con los pensamientos de la corona.

Puso luégo toda su felicidad en ir ganando voluntades, á cuyo fin se sirvió de algunas artes de política. Afectaba grande obediencia y veneracion á su rey, y extraordinaria modestia y compostura en sus acciones y palabras: cuidando tanto de la gravedad y entereza del semblante, que solian decir los indios qne le venía bien el nombre de Motezuma, que en su lengua significa *príncipe sañudo,* aunque procuraba templar esta severidad forzando el agrado con la liberalidad.

Acreditábase tambien de muy observante en el culto de su religion: poderoso medio para cautivar á los que se gobiernan por lo exterior; y con este fin labró en el templo más frecuentado un apartamiento á manera de tribuna, donde se recogia muy á la vista de todos, y se estaba muchas horas entregado á la devocion del aura popular, ó colocando entre sus dioses el ídolo de su ambicion.

Hízose tan venerable con este género de exterioridades,

que cuando llegó el caso de morir el rey su antecesor, le dieron su voto sin controversia todos los electores, y le admitió el pueblo con grande aclamacion. Tuvo sus ademanes de resistencia, dejándose buscar para lo que deseaba, y dió su aceptacion con especies de repugnancia : pero apénas ocupó la silla imperial cuando cesó aquel artificio en que traia violentado su natural, y se fueron conociendo los vicios que andaban encubiertos con nombre de virtudes.

La primera accion en que manifestó su altivez fué despedir toda la familia real, que hasta él se componia de gente mediana y plebeya; y con pretexto de mayor decencia, se hizo servir de los nobles hasta en los ministerios ménos decentes de su casa. Dejábase ver pocas veces de sus vasallos, y solamente lo muy necesario de sus ministros y criados, tomando el retiro y la melancolía como parte de la majestad. Para los que conseguian el llegar á su presencia inventó nuevas reverencias y ceremonias, extendiendo el respeto hasta los confines de la adoracion. Persuadióse á que podia mandar en la libertad y en la vida de sus vasallos, y ejecutó grandes crueldades para persuadirlo á los demas.

Impuso nuevos tributos sin pública necesidad, que se repartian por cabezas entre aquella inmensidad de súbditos; y con tanto rigor, que hasta los pobres mendígos reconocian miserablemente el vasallage, trayendo á sus erarios algunas cosas viles, que se recibian, y se arrojaban en su presencia [1].

Consiguió con estas violencias que le temiesen sus pueblos; pero como suelen andar juntos el temor y el aborrecimiento, se le rebelaron algunas provincias, á cuya sujecion salió personalmente, por ser tan celoso de su auto-

1. Á esta clase pertenecian los sacos ó zurrones del piojillo y de hormigas con que obligaba á contribuir semanalmente á las personas pobres de Méjico. Aunque semejante exigencia lleve todos los visos de tiránica, tenia sin embargo un objeto laudable, cual era la extincion de aquellos insectos que allí se reproducian prodigiosamente y aniquilaban las sementeras. Solís, al censurarlo, no descubrió en ello una providencia de buen gobierno.

ridad, que se ajustaba mal á que mandase otro en sus ejércitos; aunque no se le puede negar que tenía inclinacion y espíritu militar. Sólo resistieron á su poder y se mantuvieron en su rebeldía las provincias de Mechoacan, Tlascala y Tepeaca; y solia decir él, que no las sojuzgaba porque habia menester aquellos enemigos para proveerse de cautivos que aplicar á los sacrificios de sus dioses: tirano hasta en lo que sufria, ó en lo que dejaba de castigar.

Habia reinado catorce años cuando llegó á sus costas Hernan Cortés, y el último de ellos fué todo presagios y portentos de grande horror y admiracion, ordenados ó permitidos por el cielo para quebrantar aquellos ánimos feroces, y hacer ménos imposible á los Españoles aquella grande obra que con medios tan desiguales iba disponiendo y encaminando su Providencia.

CAPÍTULO IV

Refiérense diferentes prodigios y señales que se vieron en Méjico ántes que llegase Cortés, de que aprendieron los indios que se acercaba la ruina de aquel imperio.

Sabido quién era Motezuma y el estado y grandeza de su imperio, resta inquírir los motivos en que se fundaron este príncipe y sus ministros para resistir porfiadamente á la instancia de Hernan Cortés: primera diligencia del demonio, y primera dificultad de la empresa. Luégo que se tuvo en Méjico noticia de los Españoles, cuando el año ántes arribó á sus costas Juan de Grijalva, empezaron á verse en aquella tierra diferentes prodigios y señales de grande asombro, que pusieron á Motezuma en una como certidumbre de que se acercaba la ruina de su imperio, y á todos sus vasallos en igual confusion y desaliento.

Duró muchos dias un cometa espantoso, de forma piramidal, que descubriéndose á la média noche, caminaba lentamente hasta lo más alto del cielo donde se deshacia con la presencia del sol.

Vióse despues en medio del dia salir por el Poniente otro

cometa ó exhalacion á manera de una serpiente de fuego con tres cabezas, que corria velocísimamente hasta desaparecer por el horizonte contrapuesto, arrojando infinidad de centellas que se desvanecian en el aire.

La gran laguna de Méjico rompió sus márgeues, y salió impetuosamente á inundar la tierra, llevándose tras sí algunos edificios con un género de ondas que parecian herbores, sin que hubiese avenida ó temporal á que atribuir este movimiento de las aguas. Encendióse de sí mismo uno de sus templos; y sin que se hallase el orígen ó la causa del incendio, ni medio con que apagarlo, se vieron arder hasta las piedras, y quedó todo reducido á poco más que ceniza. Oyéronse en el aire por diferentes partes voces lastimosas que pronosticaban el fin de aquella monarquía; y sonaba repetidamente el mismo vaticinio en las respuestas de los ídolos, pronunciando en ellos el demonio lo que pudo conjeturar de las causas naturales que andaban movidas; ó lo que entenderia quizá del autor de la naturaleza, que algunas veces le atormenta con hacerle instrumento de la verdad. Trajéronse á la presencia del rey diferentes monstruos de horrible y nunca vista deformidad, y denotaban grandes infortunios; que á su parecer contenian significacion, y si se llamaron monstruos de lo que demuestran, como lo creyó la antigüedad que les puso este nombre, no era mucho que se tuviesen por presagios entre aquella gente bárbara, donde andaban juntas la ignorancia y la supersticion.

Dos casos muy notables refieren las historias que acabaron de turbar el ánimo de Motezuma, y no son para omitidos, puesto que no los desestiman el padre José de Acosta, Juan Botero y otros escritores de juicio y autoridad. Cogieron unos pescadores cerca de la laguna de Méjico un pájaro monstruoso de extraordinaria hechura y tamaño, y dando estimacion á la novedad, se lo presentaron al rey. Era horrible su deformidad, y tenía sobre la cabeza una lámina resplandeciente á manera de espejo, donde reverberaba el sol con un género de luz maligna y melancólica. Reparó en ella Motezuma, y acercándose á reconocerla mejor, vió dentro una representacion de la noche,

entre cuya oscuridad se descubrian algunos espacios de cielo estrellado, tan distintamente figurados, que volvió los ojos al sol como quien no acababa de creer el dia; y al ponerlos segunda vez en el espejo, halló en lugar de la noche otro mayor asombro, porque se le ofreció á la vista un ejército de gente armada que venía de la parte del Oriente haciendo grande estrago en los de su nacion. Llamó á sus agoreros y sacerdotes para consultarles este prodigio, y el ave estuvo inmóvil hasta que muchos de ellos hicieron la misma experiencia; pero luégo se les fué, ó se les deshizo entre las manos, dejándoles otro agüero en el asombro de la fuga.

Pocos dias despues vino al palacio un labrador, tenido en opinion de hombre sencillo, que solicitó con porfiadas y misteriosas instancias la audiencia del rey. Fué introducido á su presencia despues de várias consultas; y hechas sus humillaciones sin género de turbacion ni encogimiento, le dijo en su idioma rústico, pero con un género de libertad y elocuencia que daba á entender algun furor más que natural, ó que no eran suyas sus palabras: « Ayer tarde, » señor, estando en mi heredad ocupado en el beneficio » de la tierra, vi un águila de extraordinaria grandeza que » se abatió impetuosamente sobre mí, y arrebatándome » entre sus garras, me llevó largo trecho por el aire hasta » ponerme cerca de una gruta espaciosa, donde estaba » un hombre con vestiduras reales durmiendo entre diver- » sas flores y perfumes, con un pebete encendido en la » mano. Acerquéme algo más y vi una imágen tuya, ó fuese » tu misma persona, que no sabré afirmarlo, aunque á » mi parecer tenía libres los sentidos. Quise retirarme ate- » morizado y respetivo; pero una voz impetuosa me de- » tuvo y me sobresaltó de nuevo, mandándome que te qui- » tase el pebete de la mano, y le aplicase á una parte del » muslo que tenías descubierta: rehusé cuanto pude el » cometer semejante maldad; pero la misma voz, con » horrible superioridad, me violentó á que obedeciese. Yo » mismo, señor, sin poder resistir, hecho entónces del te- » mor el atrevimiento, te apliqué el pebete encendido » sobre el muslo, y tú sufriste el cauterio sin dispertar ni

» hacer movimiento. Creyera que estabas muerto, si no se » diera á conocer la vida en la misma quietud de tu res» piracion, declarándose el sosiego en falta de sentido; y » luégo me dijo aquella voz que al parecer se formaba en » el viento: así duerme tu rey, entregado á sus delicias y » vanidades, cuando tiene sobre sí el enojo de los dioses, » y tantos enemigos que vienen de la otra parte del mundo » á destruir su monarquía y su religion. Dirásle que des» pierte á remediar si puede las miserias y calamidades » que le amenazan: y apénas pronunció esta razon que » traigo impresa en la memoria, cuando me prendió el » águila entre sus garras y me puso en mi heredad sin » ofenderme. Yo cumplo así lo que me ordenan los dioses: » despierta, señor, que los tiene irritados tu soberbia y tu » crueldad. Despierta, digo otra vez, ó mira cómo duer» mes, pues no te recuerdan los cauterios de tu conciencia; » ni ya puedes ignorar que los clamores de tus pueblos » llegaron al cielo primero que á tus oídos. »

Estas ó semejantes palabras dijo el villano, ó el espiritu que hablaba en él, y volvió las espaldas con tanto denuedo, que nadie se atrevió á detenerle, Iba Motezuma con el primer movimiénto de su ferocidad á mandar que le matasen, y le detuvo un nuevo dolor qué sintió en el muslo, donde halló y reconocieron todos estampada la señal del fuego, cuya pavorosa demostracion le dejó atemorizado, y discursivo: pero con resolucion de castigar al villano, sacrificándole á la aplacacion de sus dioses; avisos ó amonestaciones motivadas por el demonio que traian consigo el vicio de su orígen, sirviendo más á la ira y á la obstinacion, que al conocimiento de la culpa.

En ambos acontecimientos pudo tener alguna parte la credulidad de aquellos bárbaros, de cuya relacion lo entendieron así los Españoles. Dejamos su recurso á la verdad; pero no tenemos por inverosímil que el demonio se valiese de semejantes artificios para irritar á Motezuma contra los Españoles, y poner estorbos á la introduccion del Evangelio: pues es cierto que pudo (suponiendo la permision divina en el uso de su ciencia) fingir ó fabricar estos fantasmas y apariciones monstruosas, ó bien formarse

aquellos cuerpos visibles, condensando el aire con la mezcla de otros elementos, ó lo que más veces sucede, viciando los sentidos y engañando la imaginacion, de que tenemos algunos ejemplos en las sagradas letras, que hacen creíbles los que se hallan del mismo género en las historias profanas,

Éstas y otras señales portentosas que se vieron en Mèjico y en diferentes partes del imperio, tenian tan abatido el ánimo de Motezuma, y tan asustados á los prudentes de su consejo, que cuando llegó la segunda embajada de Cortés, creyeron que tenian sobre sí toda la calamidad y ruina de que estaban amenazados.

Fueron largas las conferencias, y varios los pareceres. Unos se inclinaban á que viniendo aquella gente armada y forastera en tiempo de tantos prodigios, debia ser tratada como enemiga ; porque el admitirla ó el fiarse de ella, sería oponerse á la voluntad de sus dioses, que enviaban delante del golpe aquellos avisos para que procurasen evitarlo. Otros andaban más detenidos ó temerosos, y procuraban excusar el rompimiento, encareciendo el valor de los extranjeros, el rigor de sus armas y la ferocidad de los caballos ; y trayendo á la memoria el estrago y mortandad que hicieron en Tabasco, de cuya guerra tuvieron luègo noticia : y aunque no se persuadian á que fuesen inmortales, como lo publicaba el temor de aquellos vencidos, no acertaban á considerarlos como animales de su especie, ni dejaban de hallar en ellos alguna semejanza de sus dioses, por el predominio con que se hacian obedecer de aquellos brutos que entendian sus órdenes y militaban de su parte.

Oyólos Motezuma ; y mediando entre ambas opiniones, determinó que se negase á Cortés con toda resolucion la licencia que pedia para venir á su córte, mandándole que desembarazase luégo aquellas costas, y enviándole otro regalo como el antecedente para obligarle á obedecer. Pero que si esto no bastase á detenerle, se discurriria en los medios violentos, juntando un ejército poderoso, de tal calidad, que no se pudiese temer otro suceso como el de Tabasco ; pues no se debia desestimar el corto número

de aquellos extranjeros, en cuyas armas prodigiosas y valor extraordinario se conocian tantas ventajas, particularmente cuando llegaban á sus costas en tiempo tan calamitoso, y de tantas señales espantosas, que al parecer encareeian sus fuerzas, pues llegaban á merecer el cuidado y la prevencion de sus dioses.

CAPÍTULO V

Vuelve Francisco de Montejo con noticia del lugar de Quiabislan: llegan los embajadores de Motezuma y se despiden con desabrimiento: muévense algunos rumores entre los soldados, y Hernan Cortés usa de artificio para sosegarlos.

Miéntras duraban en la corte de Motezuma estos discursos melancólicos, trataba Hernan Cortès de adquirir noticias de la tierra, de ganar las voluntades de los indios que acudian al cuartel y de animar á sus soldados, procurando infundir en ellos aquellas grandes esperanzas que le anunciaba su corazon. Volvió de su viaje Francisco de Montejo, habiendo seguido la costa por espacio de algunas leguas la vuelta del Norte, descubierto una poblacion que se llamaba Quiabislan, situada en tierra fértil y cultivada, cerca de un paraje ó ensenada bastantemente capaz, donde al parecer de los pilotos podian surgir los navíos, y mantenerse al abrigo de unos grandes peñascos en que desarmaba la fuerza de los vientos. Distaba este lugar de San Juan de Ulúa como doce leguas, y Hernan Cortés empezó á mirarle como sitio acomodado para mudar á él su alojamiento; pero ántes que lo resolviese llégó la respuesta de Motezuma.

Vinieron Teutile y los cabos principales de sus tropas con aquellos braserillos de copal, y despues de andar un rato envueltas en humo las cortesías, hizo demostracion del presente, que fué algo menor; pero del mismo género de alhajas y piezas de oro que vinieron con la primera embajada; sólo traia de particular cuatro piedras verdes, al modo de esmeraldas, que llamaban chalcuítes; y dijo Teu-

tile á Cortés con gran ponderacion, que las enviaba Motezuma señaladamente para el rey de los Españoles, por ser joyas de inestimable valor: encarecimiento de que se pudo hacer poco aprecio donde tenía el vidrio tanta estimacion.

La embajada fué resuelta y desabrida, y el fin de ella despedir á los huéspedes, sin dejarles arbitrio para replicar. Era cerca de la noche, y al empezar su respuesta Hernan Cortés, hicieron en la barraca que servia de iglesia la señal del Ave María. Púsose de rodillas á rezarla, y á su imitacion todos los que le asistian, de cuyo silencio y devocion quedaron admirados los indios; y Teutile preguntó á doña Marina la significacion de aquella ceremonia. Entendiólo Cortés, y tuvo por conveniente que con ocasion de satisfacer á su curiosidad se les hablase algo de la religion. Tomó la mano el padre fray Bartolomé de Olmedo, y procuró ajustarse á su ceguedad, dándoles alguna escasa luz de los misterios de nuestra fe. Hizo lo que pudo su elocuencia para que entendiesen que sólo habia un Dios, principio y fin de todas las cosas, y que en sus ídolos adoraban al demonio, enemigo mortal del género humano, vistiendo esta proposicion con algunas razones fáciles de comprender, que escuchaban los indios con un género de atencion, como que sentian la fuerza de la verdad. Y Hernan Cortés se valió de este principio para volver á su respuesta, diciendo á Teutile: « que uno de » los puntos de su embajada, y el príncipal motivo que » tenía su rey para proponer su amistad á Motezuma, era » la obligacion con que deben los prtncipes cristianos opo» nerse á los errores de la idolatría, y lo que descaba ins» truirle para que conociese la verdad, y ayudarle á salir » de aquella esclavitud del demonio, tirano invisible de » todos sus reinos, que en lo esencial le tenía sujeto y » avasallado, aunque en lo exterior fuese tan poderoso » monarca. Y que viniendo él de tierras tan distantes á » negocios de semejante calidad, y en nombre de otro rey » más poderoso, no podria dejar de hacer nuevos esfuer» zos, y perseverar en sus instancias hasta conseguir que » se le oyese, pues venía de paz como lo daba á entender

« el corto número de su gente, de cuya limitada prevencion » no se podian recelar mayores intentos. »

Apénas oyó Teutile esta resolucion de Cortés, cuando se levantó apresuradamente, y con un género de impaciencia entre cólera y turbacion, lé dijo : « que el gran » Motezuma habia usado hasta entónces de sn benignidad, » tratándole como á huésped ; pero que determinándose á » replicarle, sería suya la culpa si se hallase tratado como » enemigo. » Y sin esperar otra razon ni despedirse, volvió las espaldas, y partió de su presencia con paso acelcrado, siguiéndole Pilpatoe y los demas que le acompañaban. Quedó Hernan Cortés algo embarazado al ver semejante resolucion ; pero tan en sí que volviendo á los suyos más inclinado á la risa que á la suspension, les dijo: « Veremos en qué pára este desafío ; que ya sabenos có- » mo pelean sus ejércitos, y las más veces son diligen- » cias del temor las amenazas. » Y entre tanto que se recogia el presente, prosiguió dando á entender : « que no » conseguirian aquellos bárbaros el comprar á tan corto » precio la retirada de un ejército español, porque aque- » llas riquezas se debian mirar como dádivas fuera de tiem- » po, que traian más de flaqueza que de liberalidad. » Asi procuraba lograr las ocasiones de alentar á los suyos, y aquella noche, aunque no parecia verosímil que los Mejicanos tuviesen prevenido ejército con que asaltar el cuartel, se doblaron las guardias, y se miró como contingente lo posible : que nunca sobra el cuidado en los capitanes, y muchas veces suele parecer ocioso, y salir necesario.

Luégo que llegó el dia se ofreció novedad considerable que ocasionó alguna turbacion ; porque se habian retirado la tierra adentro los indios que poblaban las barracas de Pilpatoe, y no parecia un hombre por toda la campiña. Faltaron tambien los que solian acudir con bastimentos de las poblaciones comarcanas ; y estos principios de necesidad, temida más que tolerada, bastaron para que se empezasen á desazonar algunos soldados, mirando como desacierto el detenerse á poblar en aquella tierra ; de cuya murmuracion se valieron para levantar la voz algu-

nos parciales de Diego Velázquez, diciendo con ménos recato en las conversaciones : « que Hernan Cortés quería perderlos, y pasar con su ambicion adonde no alcanzaban sus fuerzas; que nadie podria excusar de temeridad el intento de mantenerse con tan poca gente en los dominios de un príncipe tan poderoso; que ya era necesario que clamasen todos sobre volver á la isla de Cuba, para que se rehiciesen la armada y el ejército, y se tomase aquella empresa con mayor fundamento. »

Entendiólo Hernan Cortés, y valiéndose de sus amigos y confidentes, procuró examinar de qué opinion estaba el resto principal de su gente, y halló que tenía de su parte á los más y á los mejores, sobre cuya seguridad se dejó hallar de los malcontentos. Hablóle en nombre de todos Diego de Ordaz, y no sin alguna destemplanza, en que se dejaba conocer su pasion, le dijo : « que la gente del ejército estaba sumamente desconsolada, y en términos de romper el freno de la obediencia porque habia llegado á entender que se trataba de proséguir aquella empresa ; y que no se le podia negar la razon porque ni el número de los soldados ni el estado de los bajeles, ni los bastimentos de reserva, ni las demas prevenciones tenian proporcion con el intento de conquistar un imperio tan dilatado y tan poderoso ; que nadie estaba mal consígo que se quisiese perder por capricho ajeno ; y que ya era menester que tratase de dar la vuelta á la isla de Cuba, para que Diego Velázquez reforzase su armada, y tomase aquel empeño con mejor acuerdo y con mayores fuerzas. »

Oyóle Hernan Cortés sin darse por ofendido, como pudiera de la proposicion y del estilo de ella; ántes le respondió, sosegada la voz y el semblante : « que estimaba su advertencia, porque no sabia la desazon de los soldados; ántes creia que estaban contentos y animosos, porque en aquella jornada no se podian quejar de la fortuna si no los tenía cansados la felicidad; pues un viaje tan sin zozobras, lisonjeado del mar y de los vientos; unos sucesos como los pudo fingir el deseo; tan conocidos favores del cielo en Cozumel; una victoria en Tabasco, y en aquella tierra tanto regalo y prosperidad, no eran

» antecedentes de que se debia inferir semejante desaliento, » ni era de mucho garbo el desistir ántes de ver la cara » del peligro; particularmente cuando las dificultades so- » lian parecer mayores desde léjos, y deshacerse luégo en » las manos los encarecimientos de la imaginacion; pero » que si la gente estaba ya tan desconfiada y temerosa » como decia, sería locura fiarse de ella para una empresa » tan dificultuosa, y que así trataría luégo de tomar la » vuelta de la isla de Cuba, como se lo proponian; confe- » sando que no le hacía tanta fuerza el ver esta opinion en » el vulgo de los soldados, como el hallarla asegurada en » el consejo de sus amigos. » Con estas y otras palabras de este género, desarmó por entónces la intencion de aquellos parciales inquietos, sin dejarles que desear hasta que llegase el tiempo de su desengaño; y con esta disimulacion artificiosa, primor algunas veces permitido á la prudencia, dió á entender que cedia para dar mayores fuerzas á su resolucion.

CAPÍTULO VII

Publícase la jornada para la isla de Cuba : claman los soldados que tenía provenidos Cortés : solicita su amistad el cacique de Zempoala [1]; y últimamente hace la poblacion.

Poco rato despues que se apartaron de Hernan Cortés Diego de Ordaz y los demas de su séquito, hizo que se publicase la jornada para la isla de Cuba, distribuyendo las órdenes para que se embarcasen los capitanes con sus compañías en los mismos bajeles de su cargo, y estuviesen á punto de partir el dia siguiente al amanecer; pero no se divulgó bien entre los soldados esta resolucion, cuando se conmovieron los que estaban prevenidos, diciendo á voces : « que Hernan Cortés los habia llevado engañados, dán- » doles á entender que iban á poblar en aquella tierra, y

1. Este nombre viene de *Zempoalli*, que significa *veinte :* tal vez aludiendo á un mercado que allí se celebraba de veinte en veinte dias.

» que no querian salir de ella, ni volver á la isla de Cuba; » á que añadian, que si él estaba en dictámen de retirarse, » podria ejecutarlo con los que se ajustasen á seguirle; » que á ellos no les faltaria alguno de aquellos caballeros » que se encargase de su gobierno. » Creció tanto y tan bien adornado este clamor, que se llevó tras sí á muchos de los que entraron violentos ó persuadidos en la contrária faccion; y fué menester que los mismos amigos de Cortés que movieron á los unos, apaciguasen á los otros. Alabaron su determinacion, ofrecieron que hablarian á Cortés para que suspendiese la ejecucion del viaje; y ántes que se entibiase aquel reciente fervor de los ánimos, partieron á buscarle asistidos de mucha gente, en cuya presencia le dijeron, levantando la voz: « que el ejército estaba en » términos de amotinarse sobre aquella novedad: que» járonse, ó hicieron que se quejaban, de que hubiese to» mado semejante resolucion sin el coneejo de sus capi» tanes: ponderábanle, como desaire indigno de Españoles, » el dejar aquella empresa en los primeros rumores de la » dificultad, y el volver las espaldas ántes de sacar la es» pada. Traíanle á la memoria lo que sucedió á Juan de » Grijalva; pues todo el enojo de Diego Velázquez fué » porque no hizo alguna poblacion en la tierra que des» cubrió y se mantuvo en ella, por cuya resolucion le trató » de pusilánime y le quitó el gobierno de la armada. » Y últimamente le dijeron lo que él mismo habia dictado; y él lo escuchó como noticia en que hallaba novedad, y dejándose rogar y persuadir, hizo lo que deseaba, y dió á entender que se reducia. Respondióles: « que estaba mal » informado, porque algunos de los más interesados en el » acierto de aquella faccion (y no los nombró por dar » mayor misterio á su razon) le habian asegurado que toda » la gente clamaba desconsoladamente sobre dejar aquella » tierra y volverse á la isla de Cuba; y que de la misma » suerte que tomó aquella resolucion contra su dictámen, » por complacer á sus soldados, se quedaria con mayor » satisfaccion suya, cuando los hallaba en opinion más con» veniente al servicio de su rey, y á la obligacion de buenos » Españoles; pero que tuviesen entendido que no queria

» soldados sin voluntad, ni era la guerra ejercicio de for» zados; que cualquiera que tuviese por bien el retirarse » á la isla de Cuba, podria ejecutarlo sin embarazo: y que » desde luégo mandaria prevenir embarcacion y basti» mentos para el viaje de todos los que no se ajustasen á » seguir voluntariamente su fortuna. » Tuvo grande aplauso esta resolucion: oyóse aclamado el nombre de Cortés: llenóse el aire de voces y de sombreros, al modo que suelen explicar su contento los soldados; unos se alegraban porque lo sentian asi; y otros por no diferenciarse de los que sentian lo mejor. Ninguno se atrevió por entónces á contradecir la poblacion, ni los mismos que tomaron la voz de los malcontentos, acertaban á volver por sí; pero Hernan Cortés oyó sus disculpas sin apurarlas, y guardó su queja para mejor ocasion.

Sucedió á este tiempo, que estando de centinela en una de las avenidas Bernal Diaz del Castillo y otro soldado, vieron asomar por el paraje más vecino á la playa cinco indios que venian caminando hácia el cuartel; y pareciéndoles poco número para poner en arma al ejército, los dejaron acercar. Detuviéronse á poca distancia, y dieron á entender con las señas, que venian de paz, y que traian embajada para el general de aquel ejército. Llevólos consígo Bernal Diaz, dejando á su compañero en el mismo sitio, para que cuidase de observar si los seguian algunas tropas. Recibiólos Hernan Cortés con toda gratitud, y mandando que los regalasen ántes de oirlos, reparó en que parecian de otra nacion, porque se diferanciaban de los Mejicanos en el traje, aunque traian como ellos penetradas las orejas y el labio inferior de gruesos zarcillos y pendientes, que áun siendo de oro los afeaban. La lengua tambien sonaba con otro género de pronunciacion, hasta que viniendo Aguilar y doña Marina, se conoció que hablaban en idioma diferente, y se tuvo á dicha que uno de ellos entendiese y pronunciase dificultosamente la lengua mejicana [1], por cuyo medio, no sin algun embarazo, se averiguó que los enviaba el señor de Zempoala, provincia

1. Designábanla los indios con el nombre de *nahualt*.

poco distante, para que visitasen de su parte al caudillo de aquella gente valerosa; porque habian llegado á sus oídos las maravillas que obraron sus armas en la provincia de Tabasco; y por ser príncipe guerrero y amigo de hombres valerosos, deseaba su amistad, ponderando mucho la estimacion que hacía su dueño de los grandes soldados, como quien procuraba que no se atribuyese al miedo lo que tenía mejor sonido en la inclinacion.

Admitió Hernan Cortés con toda estimacion la buena correspondencia y amistad que le proponian de parte de su cacique, teniendo á favor del cielo el recibir esta embajada en tiempo que estaba despedido y receloso de los Mejicanos: celebrándola más cuando entendió que la provincia de Zempoala estaba en el paso de aquel lugar que descubrió desde la costa Francisco de Montejo, donde pensaba entónces mudar su alojamiento. Hizo algunas preguntas á los indios para informarse de la intencion y fuerzas de aquel cacique; y una de ellas fué ¿cómo estando tan vecinos habian tardado tanto en venir con aquella proposicion? á que respondieron, que no podian concurrir los de Zempoala donde asistian los Mejicanos, cuyas crueldades se sufrian mal entre los de su nacion.

No le sonó mal esta noticia á Hernan Cortés, y apurándola con alguna curiosidad, vino á enteeder que Motezuma era príncipe violento, y aborrecible por su soberbia y tiranías, que tenía muchos de sus pueblos más atemorizados que sujetos, y que habia por aquel paraje algunas provincias que deseaban sacudir el yugo de su dominio; con que se le hizo ménos formidable su poder, y ocurrieron á su imaginacion várias especies de ardides y caminos de aumentar su éjército, que le animaban confusamente. Lo primero que se le ofreció fué ponerse de parte de aquellos afligidos, y que no sería dificultoso ni fuera de razon el formar partido contra un tirano entre sus mismos rebeldes. Así lo discurrió entónces, y así le sucedió despues, verificándose con otro ejemplo en la ruina de aquel imperio tan poderoso, que la mayor fuerza de los reyes consiste en el amor de sus vasallos. Despachó luégo á los indios con algunas dádivas en señal de benevolencia, y les

ofreció que iría brevemente á visitar á su dueño para establecer su amistad, y estar á su lado en cuanto necesitase de su asistencia.

Era su intento pasar por aquella provincia, y reconocer á Quiabislan, donde pensaba fundar su primera poblacion, por los buenos informes que tenía de su fertilidad; pero le importaba para otros fines que iba madurando, adelantar la formacion de su república en aquellas mismas barracas, suponiendo que se habia de mudar la situacion del pueblo á parte ménos desacomodada. Comunicó su resolucion á los capitanes de su confidencia; y suavizada por este medio la proposicion, se convocó la gente para nombrar los ministros del gobierno, en cuya breve conferencia prévalecieron los que sabian el ánimo de Cortés, y salieron por alcaldes Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo : por regidores Aionso Dávila, Pedro y Alonso de Alvarado, y Gonzalo de Sandoval; y por alguacil mayor y procurador general Juan de Escalante y Francisco Alvarez Chico. Nombróse tambien el escribano de ayuntamiento, con otros ministros inferiores; y hecho el juramento ordinario de guardar razon y justicia segun su obligacion, al mayor servicio de Dios y del rey, tomaron su posesion con la solemnidad que se acostumbra, y comenzaron á ejercer sus oficios dando á la nueva poblacion el nombre de la *Villa Rica de la Vera-Cruz,* cuyo título conservó despues en la parte dondé quedó situada: llamándose *Villa Rica,* en memoria del oro que se vió en aquella tierra ; y de la *Vera-Cruz,* en reconocimiento de haber saltado en ella el viérnes de la Cruz.

Asistió Hernan Cortés á estas funciones como uno de aquella república. haciendo por entónces persona de particular entre los demas vecinos; y aunque no podia fácilmente apartar de sí aquel género de superioridad, que suele consistir en la veneracion ajena, procuraba autorizar con su respeto aquellos nuevos ministros, para introducir la obediencia en los demas cuya modestia tenía en el fondo alguna razon de estado, porque le importaba la autoridad de aquel ayuntamiento, y la dependencia de aquellos súbditos, para que el brazo de la justicia y la voz

del pueblo llenasen los vacíos de la jurisdiccion militar, que residia en él por delegacion de Diego Velázquez, y á la verdad estaba revocada, y se mantenia sobre flacos cimientos para entrar con ella en una empresa tan dificultosu : defecto que le traia cuidadoso, porque andaba disimulado entre los que le obedecian, y le embarazaba en su misma resolucion para hacerse obedecer.

CAPÍTULO VII

Renuncia Hernan Cortés, en el primer ayuntamiento que se hizo en la Vera-Cruz, el titulo de capitan general que tenía por Diego Velázquez : vuélvenle á elegir la villa y el pueblo.

El dia siguiente por la mañana se juntó el ayuntamiento, con pretexto de tratar algunos puntos concernientes á la conservacion y aumento de aquella poblacion; y poco despues pidió licencia Hernan Cortés para entrar en él á proponer un negocio del mismo intento. Pusiéronse en pié los capitulares para recibirle, y él haciendo reverencia á la villa, pasó á tomar el asiento inmediato al primer regidor, y habló en esta sustancia, ó poco diferente.

« Ya, señores, por la misericordia de Dios, tenemos en » este consistorio representada la persona de nuestro rey, » á quien debemos descubrir nuestros corazones, y decir » sin artificio la verdad, que es el vasallaje en que más le » reconocemos los hombres de bien. Yo vengo á vuestra » presencia, como si llegara á la suya, sin otro fin que el » de su servicio, en cuyo celo me permitiréis la ambicion » de no confesarme vuestro inferior. Discurriendo estáis » en los medios de establecer esta nueva república ; di- » chosa ya de estar pendiente de vuestra direccion. No » será fuera de propósito que oigáis de mí lo que tengo » premeditado y resuelto, para que no caminéis sobre al- » gun presupuesto ménos seguro, cuya falta os obligue á » nuevo discurso y nueva resolucion. Esta villa, que em- » pieza hoy á crecer al abrigo de vuestro gobierno, se ha » fundado en tierra no conocida y de grande poblacion, » donde se han visto ya señales de resistencia, bastantes

» para creer que nos hallamos en una empresa dificultosa, » donde necesitaremos igualmente del consejo y de las » manos; y donde muchas veces habrá de proseguir la » fuerza lo que empezare y no consiguiere la prudencia. » No es tiempo de máximas políticas, de consejos desarma- » dos. Vuestro primer cuidado debe atender á la conserva- » cion de este ejército que os sirve de muralla : y mi pri- » mera obligacion es advertiros que no está hoy como » debe, para fiarle nuestra seguridad y nuestras esperan- » zas. Bien sabéis que yo gobierno el ejército, sin otro tí- » tulo que un nombramiento de Diego Velázquez, que » fué con poca intermision escrito y revocado. Dejo aparte » la sinrazon de su desconfianza, por ser de otro propósito ; » pero no puedo negar que la jurisdiccion militar, de que » tanto necesitamos, se conserva hoy en mí contra la vo- » luntad de su dueño, y se funda en un título violento, » que trae consígo mal disimulada la flaqueza de su orí- » gen. No ignoran este defecto los soldados, ni yo tengo » tan humilde el espíritu, que quiera mandarlos con au- » toridad escrupulosa; ni es el empeño en que nos halla- » mos para entrar en él con un ejército que se mantiene » más en la costumbre de obedecer, que en la razon de la » obediencia. Á vosotros, señores, toca el remedio de este » inconveniente; y el ayuntamiento, en quien reside hoy » la representacion de nuestro rey, puede en su real nom- » bre proveer el gobierno de sus armas, eligiendo persona » en quien no concurran estas nulidades. Muchos sujetos » hay en el ejército capaces de esta ocupacion, y en cual- » quiera que tenga otro género de autoridad, ó que la re- » ciba de vuestra mano, estará mejor empleada. Yo de- » sisto desde luégo del derecho que pudo comunicarme » la posesion, y renuncio en vuestras manos el título que » me puso en ella, para que discurráis con todo el arbitrio » en vuestra eleccion, y puedo aseguraros, que toda mi » ambicion se reduce al acierto de nuestra empresa ; y que » sabré sin violentarme acomodar la pica en la mano que » deja el baston; que si en la guerra se aprende el man- » dar obedeciendo, tambien hay casos en que el haber » mandado enseña á obedecer. »

Dicho esto, arrojó sobre la mesa el título de Diego Velázquez, besó el baston, y dejándolo entregado á los alcaldes, se retiró á su barraca. No debia de llevar inquieto el ánimo con la incertidumbre del suceso, porque tenía dispuestas las cosas de manera, que aventuró poco en esta resolucion; pero no carece de alabanza la hidalguía del reparo, y el arte con que apartó de sí la debilidad ó ménos decencia de su autoridad. Los capitulares se detuvieron poco en su eleccion, porque algunos tendrian meditado lo que habian de proponer, y otros no hallarian que replicar. Votaron todos que se admitiese la dejacion de Cortés; pero que se le debia obligar á que tomase de nuevo á su cargo el gobierno del ejército, dándole su título la villa en nombre del rey, por el tiempo y en el ínterin que Su Majestad otra cosa ordenase; y resolvieron que se comunicase al pueblo la nueva eleccion, para ver como se recibia, ó porque nose duduba de su beneplácito.Convocóse la gente á voz de pregonero; y publicada la renunciacion de Cortés y el acuerdo del ayuntamiento, se oyó el aplauso que se esperaba ó el que se habia prevenido. Fueron grandes las aclamaciones y el regocijo de la gente: unos victoreaban al ayuntamiento por su buena eleccion; otros pedian á Cortés, como si se le negaran; y si algunos eran de contrário sentir, ó fingian el contento á voces, ó cuidaban de que no se hiciese reparar el silencio. Hecha esta diligencia partieron los alcaldes y regidores, llevando tras sí la mayor parte de aquellos soldados, que ya representaban el pueblo, á la barraca de Hernan Cortés, y le dijeron ó notificaron que la Villa Rica de la Vera-Cruz, en nombre del rey don Cárlos, y con sabiduría y aprobacion de sus vecinos en consejo abierto, le habia eligido y nombrado por gobernador del ejército de Nueva España; y en caso necesario le requeria y ordenaba que se encargase de esta ocupacion, por ser así conveniente al bien público de la villa, y al mayor servicio de Su Majestad.

Aceptó Hernan Cortés con grande urbanidad y estimacion el nuevo cargo, que así le llamaba, para diferenciarle hasta en el nombre del que habia renunciado; y empezó á gobernar la malicia con otro género de seguridad inte-

rior, que hacía sus efectos en la obediencia de los soldados.

Sintieron esta novedad con grande imprudencia los dependientes de Diego Velázquez, porque no se ajustaron á disimular su pasion, ni supieron ceder á la corriente cuando no la podian contrastar. Procuraban desautorizar al ayuntamiento, y desacreditar á Cortés, culpando su ambicion, y hablando con desprecio de los engañados que no la conocian. Y como la murmuracion tiene oculto el veneno, y no sé qué dominio sobre la inclinacion de los oídos, se hacía lugar en las conversaciones; y no faltaba quien la escuchase y procurase adelantar. Hizo lo que pudo Hernan Cortès para remediar en los principios este inconveniente, no sin recelo de que se llevase tras sí á los inquietos, ó perturbase á los fáciles de inquietar. Tenía ya esperimentado el poco fruto de su paciencia, y que los medios suaves le producian contrários efectos, poniendo el daño de peor calidad; y así determinó valerse del rigor, que suele ser más poderoso con los atrevidos. Mandó que se hiciesen algunas prisiones, que públicamente fuesen llevados á la armada y puestos en cadena Diego de Ordaz, Pedro Escudero y Juan Velázquez de Leon. Puso gran terror en el ejército esta demostracion, y él trataba de aumentarlo, diciendo con entereza y resolucion, que los prendia por sediciosos y turbadores de la quietud pública; y que habia de proceder contra ellos hasta que pagasen con la cabeza su obstinacion : en cuya severidad, verdadera ó afectada, se mantuvo algunos dias, sin llegar á lo estrecho de la justicia; porque deseaba más su enmienda que su castigo. Estuvieron al principio sin comunicacion, pero despues se la concedió dando á entender que la toleraba; y se valió mañosamente de esta permision para introducir algunos de sus confidentes, que procurasen reducirlos y ponerlos en razon, como lo consiguió con el tiempo, dejándose desenojar tan autorizadamente, que los hizo sus amigos, y estuvieron á su lado en todos los accidentes que se le ofrecieron despues.

CAPÍTULO VIII

Marchan los Españoles, y parte la armada la vuelta de Quiabislan entran de paso en Zempoala, donde les hace buena acogida el cacique, y se toma nueva noticia de las tiranías de Motezuma.

Luégo que se ejecutaron estas prisiones, salió Pedro de Alvarado con cien hombres á reconocer la tierra y traer algunas vituallas, porque ya se hacía sentir la falta de lôs indios que proveian el ejército. Ordenósele que no hiciese hostilidad, ni llegase á las armas sin necesidad, en que le pusiesen la defensa ó la provocacion; y tuvo suerte de ejecutarlo así con poca diligencia, porque á breve distancia se halló en unos pueblos ó caserías, cuyos moradores le dejaron libre la entrada huyendo á los bosques. Reconociéronse las casas, que estaban desiertas de gente, pero bien proveidas de maíz, gallinas y otros bastimentos; y sin hacer daño en los edificios ni en las alhajas, tomaron los soldados lo que habian menester, como adquirido con el derecho de la necesidad, y volvieron al cuartel cargados y contentos.

Dispuso luégo su marcha Hernan Cortés como lo tenía resuelto, y partieron los bajeles á la ensenada de Quiabislan, y él siguió por tierra el camino de Zempoala, dando el costado derecho á la costa · y echó sus batidores delante que reconociesen la campaña, previniendo advertidamente los accidentes que se podian ofrecer, en tierra donde fuera descuido la seguridad.

Halláronse á pocas horas sobre el rio de Zempoala, en cuya vecindad se situó despues la villa de la Vera-Cruz [1]; y porque iba profundo, fué necesario recoger algunas canoas y embarcaciones de pescadores que hallaron en la orilla, donde pasó la gente, dejando nadar á los caballos. Vencida esta dificultad, llegaron á unos pueblos del dis-

1. Distinta de la que fundó Hernan Cortés, segun lo refiere le autor en el cap. VII.

trito de Zempoala, segun se averiguó despues, y no se tuvo á buena señal el hallarlos desamparados, no sólo de los indios, sino de sus alhajas y mantenimientos, con indicios de fuga prevenida y cuidadosa : sólo dejaron en sus adoratorios diferentes ídolos, varios instrumentos ó cuchillos de pedernal, y arrojados por el suelo algunos despojos miserables de víctimas humanas, que hicieron á un tiempo lástima y horror.

Aquí fué donde se vieron la primera vez, no sin admiracion, los libros mejicanos, de que dejamos hecha mencion. Habia tres ó cuatro en los adoratorios, qne debian de contener los ritos de su religion, y eran de una membrana larga ó lienzo barnizado, que plegaban en iguales dobleces, de modo que cada doblez formaba una hoja, y todos juntos componian el volúmen; parecidos á los nuestros por la vista exterior, y por el texto escritos ó dibujados con aquel género de imágenes y cifras que dieron á conocer los pintores de Teutile [1].

Alojóse luégo el ejercito en las mejores casas, y se pasó la noche no sín alguna incomodidad, prevenidas las armas, y con centinelas á lo largo, en cuyo desvelo sosegasen los demas.

El dia siguiente se volvió á la marcha en la misma ordenanza por el camino más hollado que declinaba la vuelta del Poniente, con algun desvío de la costa ; y en toda la mañana no se halló persona de quien tomar lengua, ni más que una soledad sospechosa, cuyo silencio les hacía ruido en la imaginacion y en el cuidado, hasta que entrando en unos prados de grande amenidad, se descubrieron doce indios, que venian en busca de Hernan Cortès con un regalo de gallinas y pan de maíz que le enviaba el cacique de Zempoala, pidiéndole con encarecimiento que no

1. Los indios, con particularidad los mejicanos, tenian dos clases de papel; una llamada *melt* que se hacía de las pencas del *maguei*, que nosotros llamamos pita, pudriéndola para sacar, lavar y unir sus fibras por medio de goma: éste le bruñian para pintar en él. La otra clase se hacía de las hojas de la palmera; por un método semejante al anterior: era muy blando y blanco, y en la suavidad parecia de seda, porque tambien le bruñian.

dejase de llegar á su pueblo, donde tenía prevenido alojamiento para su gente, y sería regalado con mayor liberalidad. Súpose de estos indios, que el lugar donde residia su cacique distaba un sol de aquel paraje, que en su lengua era lo mismo que un dia de marcha; porque no conocian la division de las leguas, y medían la distancia con los soles, contando el tiempo, y no los pasos del camino. Despachó Cortés á los seis indios con grande estimacion del regalo y de la oferta, quedándose con los otros seis para que le guiasen, y para hacerles algunas preguntas; porque no acababa de reducirse á la sinceridad de este agasajo, que, no esperado, parecia poco seguro.

Aquella noche se hizo alto en un pueblo de corta vecindad, cuyos moradores anduvieron solícitos en el hospedaje de los Españoles, y al parecer poco recelosos; de cuya quietud se conjeturaba que estarian de paz los de su nacion, y no se engañó la esperenza, aunque suele consolarse con facilidad. Á la mañana se movió el ejército con la cautela y prevencion conveniente. Y al declinar el dia, estando ya cerca del pueblo, vinieron veinte indios al recibimiento de Cortés, galanes á su modo; y hechas sus ceremonias, dijeron: « que no salia con ellos » su cacique por estar impedido; y así los enviaba para » que cumpliesen por èl con aquella demostracion, que» dando con mucho deseo de conocer á tan valerosos hués» pedes, y recibir con su amistad á los que ya tenía en su » inclinacion. »

Era lugar de grande poblacion y de hermosa vista, situado entre dos rios que fertilizaban la campíña, bajando de lo alto de unas sierras poco distantes, de frondosa y apacible aspereza: los edificios eran de piedra, cubiertos ó adornados con un género de cal muy blanca y resplandeciente, de agradables y suntuosos léjos, tanto que uno de los batidores que iban delante volvió aceleradamente, diciendo á voces que las paredes eran de plata, de cuyo engaño se hizo grande fiesta en el ejército; y pudo ser que lo creyesen entónces los que despues se burlaban de su credulidad.

Estaban las plazas y las calles ocupadas de innumera-

ble pueblo, que concurrió á ver la entrada, sin armas que pudiesen dar cuidado, ni otro rumor que el de la muchedumbre. Salió el cacique á la puerta de su palacio; y era su impedimento una gordura monstruosa que le oprimia y le desfiguraba. Fuése acercando con dificultad, apoyado en los brazos de algunos indios nobles, que al parecer le daban todo el movimiento. Su traje, sobre cuerpo desnudo, una manta de fino algodon, enriquecida con várias joyas y pendientes, de que traia tambien empedradas las orejas y los labios: príncipe de rara hechura, en quien hacian notable consonancia el peso y la gravedad. Fué necesario que Cortés detuviese la risa de los soldados; y porque tenía que reprimír en sí, dió la órden con forzada severidad; pero luégo que empezó el cacique su razonamiento, recibiendo con los brazos á Cortés, y agasajando á los demas capitanes, dió á conocer su buena razon, y ganó por el oído la estimacion de los ojos. Habló concertadamente, y cortó la plática de los cumplimientos con despejo y discrecion, diciendo á Cortés que se retirase á descansar del camino y alojar su gente, que despues le visitaria en su cuartel, para que hablasen más despacio en los intereses comunes.

Tenian prevenido ei alojamiento en unos patios de grandes aposentos, donde pudieron acomodarse todos con bastante desahogo, y fueron asistidos con abundancia de cuanto hubieron menester. Envió despues el cacique á prevenir su visita con un regalo de alhajas de oro y otras curiosidades, que valdrian hasta dos mil pesos, y vino á poco rato con lucido acompañamiento en unas andas que traian sobre sus hombros los más principales de su familia, y tendrian entónces esta dignidad los más robustos. Salió Cortés á recibirle asistido de sus capitanes; y dándole la puerta y el lugar, se retiró con él y con sus intérpretes, porque le pareció conveniente hablarle sin testigos. Y despues de hacerle aquella oracion acostumbrada sobre el intento de su venida, la grandeza de su rey y los errores de la idolatría, pasó á decirle: « que uno de los fines de aquel » ejército valeroso era deshacer agravios, castigar vio- » lencias y ponerse de parte de la justicia y de la razon: »

tocando este punto advertidamente, porque deseaba introducirle poco á poco en la queja de Motezuma, y ver, segun las premisas que traía, lo que podia fiar de su indignacion. Conocióse luégo en la variacion del semblante que se le habia tocado en la herida, y ántes de resolverse á la respuesta empezó á suspirar como quien sentia la dificultad de quejarse ; pero despues venció la pasion, y prorumpiendo en lamentos de su infelicidad le dijo : « que todos » los caciques de aquella comarca se hallaban en misera» ble y vergonzosa esclavitud, gimiendo entre las violen» cias y tiranías de Motezuma, sin fuerzas para volver por » sí, ní espíritu para discurrir en el remedio : que se hacía » servir y adorar de sus vasallos como uno de sus dioses, » y queria que se venerasen sus violencias y sinrazones » como decretos celestiales ; pero que no era su ánimo » proponerle que se aventurase á favorecerlos, porque » Motezuma tenía mucho poder y muchas fuerzas para que » se resolviese, con tan poca obligacion, á declararse por » su enemigo ; ni sería en él buena urbanidad pretender su » benevolencia, vendiendo á tan costoso precio tan corto » servicio. »

Procuró Hernan Cortés consolarle, dándole á entender : « que temeria poco las fuerzas de Motezuma, por» que las suyas tenian al cielo de su parte y natural pre» dominio contra los tiranos ; pero que necesítaba de pa» sar luégo á Quiabislan, donde le hallarían los oprimidos » y menesterosos, que teniendo la razon de su parte ne» cesitasen de sus armas ; cuya noticia podria comuni» car á sus amigos y confederados, asegurando á todos » que Motezuma dejaria de ofenderlos, ó no lo podria con» seguir miéntras él asistiese á su defensa. » Con esto se despidieron los dos, y Hernan Cortés trató luégo de su marcha, dejando ganada la voluntad de este cacique, y celebrando para consigo la mejoría de sus intentos, que por aquellos léjos ó espacios de la imaginacion iban pareciendo posibles.

CAPÍTULO IX

Prosiguen los Españoles su marcha desde Zempoala á Quiabislan: refiérese lo que pasó en la entrada de esta villa, donde se halla nueva noticia de la inquietud de aquellas provincias, y se prenden seis ministros de Motezuma.

Al tiempo de partir el ejército se hallaron prevenidos cuatrocientos indios de carga para que llevasen las balijas y los bastimentos, y ayudasen á conducir la artillería, que fué grande alivio para los soldados; y se ponderaba como atencion extraordinaria del cacique, hasta que se supo de doña Marina que entre aquellos señores de vasallos era estilo corriente asistir á los ejércitos de sus aliados con este género de bagajes humanos, que en su lengua se llamaban tamenes, y tenian por oficio el caminar de cinco á seis leguas con dos ó tres arrobas de peso. Era la tierra que se iba descubriendo amena y deliciosa, parte ocupada con la poblacion natural de grandes arboledas, y parte fertilizada con el beneficio de las semillas, á cuya vista caminaban nuestros Españoles alegres y divertidos, celebrando la dicha de pasar una campiña tan abundante. Halláronse al caer del sol cerca de un lugarcillo despoblado, donde se hizo mansion por excusar el inconveniente de entrar de noche en Quiabislan, adonde llegaron el dia siguiente á las diez de la mañana.

Descubríanse á largo trecho sus edificios sobre una eminencia de peñascos, que al parecer servian de muralla: sitio fuerte por naturaleza, de surtidas estrechas y pendientes, que se hallaron sin resistencia y se penetraron con dificultad. Habíanse retirado el cacique y los vecinos para averiguar desde léjos la intencion de nuestra gente, y el ejército fué ocupando la villa sin hallar persona de quien informarse, hasta que llegando á una plaza donde tenian sus adoratorios, le salieron al encuentro catorce ó quince indios de traje más que plebeyo, coa grande prevencion de reverencias y perfumes, y anduvieron un rato afec-

tando cortesía y seguridad, ó procurando esconder el temor en el respeto : afectos parecidos y fáciles de equivocar. Animólos Hernan Cortès, tratándolos con mucho agrado, y les dió algunas cuentas de vidrio azules y verdes moneda que por sus efectos se estimaba ya entre los mismos que la conocian, con cuyo agasajo se cobraron del susto que disimulaban, y dieron á entender : « que su ca» cique se habia retirado advertidamente por no llamar » la guerra con ponerse en defensa, ni aventurar su per» sona, fiándose de gente armada que no conocia ; y que » con este ejemplo no fué posible impedir la fuga de los » vecinos ménos obligados á esperar el riesgo, accion á » que se habian ofrecido ellos como personas de más porte » y mayor osadía; pero que en sabiendo todos la benig» nidad de tan honrados huéspedes volverian á poblar » sus casas, y tendrian á mucha felicidad el servirlos y » obedecerlos. » Asegurólos de nuévo Hernan Cortés ; y luégo que partieron con esta noticia, encargó mucho á sus soldados el buen pasaje de los indios, cuya confianza se conoció tan presto, que aquella misma noche vinieron algunas familias, y en breve tiempo estuvo el lugar con todos sus moradores.

Entró despues el cacique, trayendo al de Zempoala por su padrino, ambos en sus andas ó literas sobre hombros humanos. Disculpó el de Zempoala, no sin alguna discrecion, á su vecino, y á pocos lances se introdujeron ellos mismos en las quejas de Motezuma, refiriendo con impaciencia, y algunas veces con lágrimas, sus tiranías y crueldades, la congoja de sus pueblos y la desesperacion de sus nobles, á que añadió el de Zempoala por última ponderacion : « es tan soberbio y tan feroz este monstruo, » que sobre apurarnos y empobrecernos con sus tributos, » formando sns riquezas de nuestras calamidades, quiere » tambien mandar en la honra de sus vasallos, quitándo» nos violentamente las hijas y las mujeres para manchar » con nuestra sangre las aras de sus dioses, despues de » sacrificarlas á otros usos más crueles y ménos honestos. »

Procuró Hernan Cortés alentarlos y disponerlos para entrar en su confederacion ; pero al mismo tiempo que tra-

taba de inquirir sus fuerzas y el número de gente que tomaria las armas en defensa de la libertad, llegaron dos ó tres indios muy sobresaltados, y hablando con ellos al oído, los pusieron en tanta confusion que se levantaron perdido el ánimo y el color, y se fueron á paso largo sin despedirse ni acabar la razon. Súpose luégo la causa de su turbacion, porque se vieron pasar por el mismo cuartel de los Españoles seis ministros ó comisarios reales de aquellos que andaban por el reino cobrando y recogiendo los tributos de Motezuma. Venian adornados con mucha pompa de plumas y pendientes de oro, sobre delgado y limpio algodon, y con bastante número de criados ó ministros inferiores, que moviendo segun la necesidad unos abanicos grandes hechos de la misma pluma, les comunicaban el aire ó la sombra con oficiosa inquietud. Salió Cortés á la puerta con sus capitanes, y ellos pasaron sin hacerle cortesía, vário el semblante entre la indignacion y el desprecio, de cuya soberbia quedaron con algun remordimiento los soldados, y partieran á castigarla si él no los reprimiera, contentándose por entónces con enviar á doña Marina con guardia suficiente para que se informase de lo que obraban.

Entendióse por este medio asentada su audiencia en la casa de la villa, hicieron llamar á los caciques, y los reprendieron públicamente con grande aspereza el atrevimiento de haber admitido en sus pueblos una gente forastera enemiga de su rey; y que ademas del servicio ordinario á que estaban obligados, les pedian veinte indios que sacrificar á sus dioses en satisfaccion y enmienda de semejante delito.

Llamó Hernan Cortés á los dos caciques, enviando algunos soldados que sin hacer ruido los trajesen á su presencia, y dándoles á entender que penetraba lo más oculto de sus intentos, para autorizar con este misterio su proposicion, les dijo: « que ya sabía la violencia de aquellos » comisarios, y que sin otra culpa que haber admitido su » ejército trataban de imponerles nuevos tributos de sangre » humana: que ya no era tiempo de semejantes abomi» naciones, ni él permitiria que á sus ojos se ejecutase tan

» horrible precepto; ántes les ordenaba precisamente que, » juntando su gente, fuesen luégo á prenderlos, y dejasen » á cuenta de sus armas la defensa de lo que obrasen por » su consejo. »

Deteníanse los caciques, rehusando entrar en ejecucion tan violenta, como envilecidos con la costumbre de sufrir el dolor y respetar el azote; pero Hernan Cortés repitió su órded con tanta resolucion, que pasaron luégo á ejecutarla, y con grande aplauso de los indios fueron puestos aquellos bárbaros en un género de cepos que usaban en sus cárceles muy desacomodados, porque prendian el delincuente por la garganta, obligando los hombros á forcejear con el peso para el desahogo de la respiracion. Eran dignas de risa las demostraciones de entereza y rectitud con que volvieron los caciques á dar cuenta de su hazaña, porque trataban de ajusticiarlos aquel mismo dia, segun la pena que señalaban sus leyes contra los traidores; y viendo que no se les permitia tanto, pedian licencia para sacrificarlos á sus dioses como por via de menor atrocidad.

Asegurada la prision con guardia bastante de soldados españoles, se retiró Hernan Cortés á su alojamiento, y entró en consulta consígo sobre lo que debia obrar para salir del empeño en que se hallaba de amparar y defender aquellos caciques del daño que les amenazaba por haberle obedecido; pero no quisiera desconfiar enteramente á Motezuma, ni dejar de tenerle pendiente y cuidadoso. Lo que resultó de esta conferencia interior, que le tuvo algunas horas desvelado, fué mandar á la média noche que le trajesen dos de los prisioneros con todo recato, y recibiéndolos benignamente les dijo, como quien no queria que le atribuyesen lo que habian padecido, que los llamaba para ponerlos en libertad, y que en fe de que la recibian únicamente de su mano, podrian asegurar á su príncipe: « que con toda brevedad procuraria enviarle los » otros compañeros suyos que quedaban en poder de los » caciques: para cuya enmienda y reduccion obraria lo » que fuese de su mayor servicio, porque deseaba la paz, » y merecerle con su respeto y atenciones toda la gra-

» titud que se le debia por embajador y ministro de mayor » príncipe. » No se atrevian los indios á ponerse en camino, temiendo que los matasen ó volviesen á prender en el paso, y fué menester asegurarlos con alguna escolta de soldados españoles que los guiasen á la vecina ensenada donde se hallaban los bajeles; con órden para que en uno de los esquifes los sacasen de los términos de Zempoala.

Vinieron á la mañana los caciques muy sobresaltados y pesarosos de que se hubiesen escapado los dos prisioneros; y Hernan Cortés recibió la noticia con señas de novedad y sentimiento, culpándolos de poco vigilantes, y con este motivo mandó en su presencia que los otros fuesen llevados á la armada, como quien tomaba por suya la importancia de aquella prision, y secretamente ordenó á los cabos marítimos que los tratasen bien, teniéndolos contentos y seguros ; con lo cual dejó confiados á los caciques sin olvidar la satisfaccion de Motezuma, cuyo poder, tan ponderado y temido entre aquellos indios, le tenía cuidadoso.

CAPÍTULO X

Vienen á dar la obediencia y ofrecerse á Cortés los caciques de la serranía: edificase y pónese en defensa la villa de la Vera-Cruz, donde llegan nuevos embajadores de Motezuma.

Divulgóse por aquellos contornos la benignidad y agradable trato de los Españoles, y los dos caciques de Zempoala y Quiabislan avisaron á sus amigos y confederados de la félicidad en que se hallaban libres de tributos, y afianzada su libertad con el amparo de una gente invencible que entendia los pensamientos de los hombres, y parecia de superior naturaleza.

Creció tanto esta opinion de los Españoles, y suena tan bien el nombre de la libertad á los oprimidos, que en pocos dias vinieron á Quiabislan más de treinta caciques, dueños de la montaña que estaba á la vista, donde habia numerosas poblaciones de unos indios que llamaban Totonaques, gente rústica, de diferente lengua y costumbres ;

pero robusta y no sin presuncion de valiente. Dieron todos la obediencia, ofrecieron sus huestes, y en la forma que se les propuso juraron fidelidad y vasallaje al señor de los Españoles, de que se recibió auto solemne ante el escribano del ayuntamiento. Dice Antonio de Herrera que pasaria de cien mil hombres la gente de armas que ofrecieron estos caciques [1].

Hecho este género de confederacion, se retiraron los caciques á sus casas, prontos á obedecer lo que se les ordenase; y Hernan Cortés trató de dar asiento á la Villa Rica de la Vera-Cruz, que hasta entónces se movia con el ejército, aunque observaba sus distinciones de república. Eligióse el sitio en lo llano, entre la mar y Quiabislan, media legua de esta poblacion, tierra que convidaba con su fertilidad; abundante de agua y copiosa de árboles, cuya vecindad facilitaba el corte de madera para los edificios. Abriéronse las zanjas, empezando por el templo: repartiéronse los oficiales carpinteros y albañiles que venian con plaza de soldados, y ayudando los indios de Zempoala y Quiabislan con igual maña y actividad, se fueron levantando las casas de humilde arquitectura que miraban más al cubierto que á la comodidad. Formóse luégo el recinto de la muralla con sus traveses de tapia corpulenta; bastante reparo contra las armas de los indios; y en aquella tierra tuvo alguna propiedad el nombre de fortaleza.

Entretanto llegaron á Méjico los primeros avisos de que estaban los Españoles en Zempoala, admitidos por aquel cacique, hombre á su parecer de fidelidad sospechosa, y de vecinos poco seguros; cuya noticia irritó de suerte à Motezuma que propuso juntar sus fuerzas, y salir personalmente á castigar este delito de los Zempoales, y poner debajo del yugo á las demas naciones de la serranía; prendiendo vivos á los Españoles destinados ya en su imaginacion para un solemne sacrificio de sus dioses.

Pero al mismo tiempo que se empezaban á disponer las grandes prevenciones de esta jornada, llegaron á Méjico los dos indios que despachó Cortés desde Quiabislan, y re-

1. Cortés sólo da á Zempoala y sierras comarcanas, 50,000 combatientes.

firieron el suceso de su prision, y que debian su libertad al caudillo de los extranjeros, y el haberlos puesto en camino para que le representasen cuánto deseaba la paz, y cuán léjos estaba su ánimo de hacerle algun deservicio; encareciendo su benignidad y mansedumbre con tanta ponderacion, que pudiera conocerse de las alabanzas que daban á Cortés el miedo que tuvieron á los caciques.

Mudaron semblante las cosas con esta novedad: mitigóse la ira de Motezuma: cesaron las prevenciones de la guerra, y se volvió á tentar el camino del ruego, procurando desviar el intento de Cortés con nueva embajada y regalo, á cuyo temperamento se inclinó con facilidad.

Llegó esta embajada cuando se hallaba perfeccionando la nueva poblacion y fortaleza de la Vera-Cruz. Vinieron con ella dos mancebos de poca edad sobrinos de Motezuma, asistidos de cuatro caciques ancianos que los encaminaban como consejeros, y los autorizaban con su respeto. Era lucido el acompañamiento, y traian un regalo de oro, pluma y algodon que valdria dos mil pesos. El razonamiento de los embajadores fué: « que el grande empe-
» rador Motezuma, habiendo entendido la inobediencia de
» aquellos caciques, y el atrevimiento de prender y mal-
» tratar á sus ministros, tenía prevenido un ejército pode-
» roso para venir personalmente á castigarlos; y lo habia
» suspendido por no hallarse obligado á romper con los
» Españoles, cuya amistad deseaba, y á cuyo capitan debia
» estimar y agradecer la atencion de enviarle aquellos dos
» criados suyos, sacándolos de prision tan rigurosa. Pero
» que despues de quedar con toda confianza de que obraria
» lo mismo en la libertad de sus compañeros, no podia
» dejar de quejarse amigablemente de que un hombre tan
» valeroso y tan puesto en razon se acomodase á vivir
» entre sus rebeldes, haciéndolos más insolentes con la
» sombra de sus armas, y siendo poco ménos que aprobar
» la traicion el dar atrevimiento á los traidores; por cuya
» consideracion le pedia que se apartase luégo de aquella
» tierra para que pudiese entrar en ella su castigo sin ofensa
» de su amistad: y con el mismo buen corazon le amones-
» taba que no tratase de pasar á su corte, por ser grandes

» los estorbos y peligros de esta jornada. » En cuya ponderacion se alargaron con misteriosa prolijidad, por ser ésta la particular advertencia de su instruccion.

Hernan Cortés recibió la embajada y el regalo con respeto y estimacion; y ántes de dar su respuesta, mandó que entrasen los cuatro ministros presos que hizo traer de la armada prevenidamente : y captando la benevolencia de los embajadores, con la accion de entregárselos bien tratados y agradecidos, les dijo en sustancia : « que el error » de los caciques de Zempoala y Quiabislan quedaba en» mendado con la restitucion de aquellos ministros, y él » muy gustoso de acreditar con ella su atencion, y dar á » Motezuma esta primera señal de su obediencia : que no » dejaba de conocer y confesar el atrevimiento de la pri» sion, aunque pudiera disculparlo con el exceso de los » mismos ministros : pues no contentos con los tributos de» bidos á su corona, pedian con propia autoridad veinte » indios de muerte para sus sacrificios : dura proposicion, » y abuso que no podian tolerar los Españoles por ser hi» jos de otra religion más amiga de la piedad y de la na» turaleza : que él se hallaba obligado de aquellos caci» ques, porque le admitieron y albergaron en sus tierras, » cuando sus gobernadores Teutile y Pilpatoe le abando» naron desàbridamente, faltando á la hospitalidad y al » derecho de las gentes : accion que se obraria sin su ór» den, y le sería desagradable; ó por lo ménos él lo debia » entender así porque, mirando á la paz, deseaba enflaque» cer la razon de su queja : que aquella tierra ni la serra» nía de los Totonaques, no se moverian en deservicio suyo, » ni él se lo permitiria; porque los caciques estaban á su » devocion, y no saldrian de sus órdenes : por cuyo mo» tivo se hallaba en obligacion de interceder por ellos » para que se les perdonase la resistencia que hicieron á » sus ministros por la accion de haber admitido y alojado » su ejército; y que en lo demas sólo podia responder, » que cuando consiguiese la dicha de acercarse á sus piés, » se conoceria la importancia de su embajada : sin que le » hiciesen fuerza los estorbos y peligros que le repre» sentaban, porque los Españoles no conocian al temor;

» ántes se azoraban y encendian con los impedimen-
» tos, como enseñados á grandes peligros, y hechos á bus-
» car la gloria entre las dificultades. »

Con esta breve y resuelta oracion en que se debe notar la constancia de Hernan Cortés, y el arte con que procuraba dar estimacion á sus intentos, respondió á los embajadores que partieron muy agasajados y ricos de bujerías castellanas; llevando para su rey en forma de presente otra manificencia del mismo género.

Reconocióse que iban cuidadosos de no haber conseguido que se retirase aquel ejército, á cuyo punto caminaban todas las líneas de su negociacion. Ganóse mucho crédito con esta embajada entre aquellas naciones, porque se confirmaron en la opinion de que venía en la persona de Hernan Cortés alguna deidad, y no de las ménos poderosas; pues Motezuma, cuya soberbia se desdeñaba de doblar la rodilla en la presencia de sus dioses, le buscaba con aquel rendimiento, y solicitaba su amistad con dádivas que á su parecer serian poco ménos que sacrificios: de cuya notable aprension resultó que perdiesen mucha parte del miedo que tenian á su rey, entregándose con mayor sujecion á la obediencia de los Españoles.

CAPÍTULO XI

Mueven los Zempoales con engaño las armas de Hernan Cortés contra los de Zimpacingo sus enemigos: hácelos amigos, y deja reducida aquella tierra.

Poco despues vino á la Vera-Cruz el cacique de Zempoala en compañía de algunos indios principales que traia como testigos de su proposicion; y dijo á Hernan Cortés, que ya llegaba el caso de amparar y defender su tierra; porque unas tropas de gente mejicana habian hecho pié en Zimpacingo, lugar fuerte que distaria de allí poco ménos de dos soles, y salian á correr la campaña, destruyendo los sembrados, y haciendo en su distrito algunas hostilidades con que al parecer daban principio á su venganza. Hallábase

Hernan Cortés empeñado en favorecer á los Zempoales para mantener el crédito de sus ofertas : pareciόle que no sería bien dejar consentido á sus ojos aquel atrevimiento de los Mejicanos; y que en caso de ser algunas tropas avanzadas del ejército de Motezuma, convendria enviarlas escarmentadas; para que desanimasen á los de su nacion; á cuyo efecto determinó salir personalmente á esta faccion; entrando en el empeño con alguna ligereza, porque no eonocia los engaños y mentiras de aquella gente (vicio capital entre los indios) y se dejó llevar de lo verosímil con poco exámen de la verdad. Ofrecióles que saldria luégo con su ejército á castigar aquellos enemigos que turbaban la quietud de sus aliados, y mandando que le previniesen indios de carga para el bagaje y la artillería, dispuso brevemente su marcha, y partió la vuelta de Zimpacingo con cuatrocientos soldados, dejando á los demas en el presidio de la Vera-Cruz.

Al pasar por Zempoala halló dos mil indios de guerra que le tenia prevenidos el cacique para que sirviesen debajo de su mano en esta jornada, divididos en cuatro escuadrones ó capitanías, con sus cabos, insignias y armas á la usanza de su milicia. Agradecióle mucho Hernan Cortés la providencia de este socorro; y aunque le dió á entender que no necesitaba de aquellos soldados suyos para una empresa de tan poco cuidado, los dejó ir por lo que sucediese, como quien se lo permitia para darles parte en la gloria del suceso.

Aquella noche se alojaron en unas estancias tres leguas de Zimpacingo, y otro dia á poco más de las tres de la tarde se descubrió esta poblacion en lo alto de una colina, ramo de la sierra entre grandes peñas que escondian parte de los edificios, y amenazaban desde léjos con la dificultad del camino. Empezaron los Españoles á vencer la aspereza del monte, no sin trabajo considerable, porque recelosos de dar en alguna emboscada, se iban doblando y desfilando á voluntad del terreno; pero los Zempoales, ó más diestros, ó ménos embarazados en lo estrecho de las sendas, se adelantaron con un género de ímpetu que parecia valor, siendo venganza y latrocinio. Hallóse obligado Her

nan Cortés á mandar que hiciesen alto, á tiempo que estaban ya dentro del pueblo algunas tropas de su vanguardia.

Fué prosiguiendo la marcha sin resistencia; y cuando ya se trataba de asaltar la villa por diferentes partes, salieron de ella ocho sacerdotes ancianos que buscaban al capitan de aquel ejército, á cuya presencia llegaron haciendo grandes sumisiones, y pronunciando algunas palabras humildes y asustadas que sin necesitar de los intérpretes, sonaban á rendimiento. Era su traje ó su ornamento unas mantas negras, cuyos extremos llegaban al suelo, y por la parte superior se recogian y plegaban al cuello, dejando suelto un pedazo en forma de capilla con que abrigaban la cabeza, largo hasta los hombros el cabello, salpicado y endurecido con la sangre humana de los sacrificios, cuyas manchas conservaban supersticiosamente en el rostro y en las manos, porque no les era lícito lavarse: propios ministros de dioses inmundos, cuya torpeza se dejaba conocer en estas y otras deformidades.

Dieron principio á su oracion, preguntando á Cortés: « ¿ por qué resistencia, ó por qué delito merecian los po-
» bres habitadores de aquel pueblo inocente la indigna-
» cion ó el castigo de una gente conocida ya por su cle-
» mencia en aquellos contornos? » Respondióles: « que
» no trataba de ofender á los vecinos del pueblo, sino de
» castigar á los Mejicanos que se albergaban en él y sa-
» lian á infestar las tierras de sus amigos. »

Á que replicaron: « que la gente de guerra mejicana
» que asistia de guarnicion en Zimpacingo, se habia reti-
» rado, huyendo la tierra adentro luégo que se divulgó
» la prision de los ministros de Motezuma, ejecutada en
» Quiabislan; y que si venía contra ellos por influencia ó
» sugestion de aquellos indios que le acompañaban, tu-
» viese entendido que los Zempoales eran sus enemigos,
» y que le traian engañado, fingiendo aquellas correrías
» de los Mejicanos para destruirlos y hacerle instrumento
» de su venganza. »

Averiguóse fácilmente con la turbacion y frívolas disculpas de los mismos cabos zempoales que decian verdad es-

tos sacerdotes; y Hernan Cortés sintió el engaño como desaire de sus armas, enojado á un tiempo con la malicia de los indios, y con su propia sinceridad; pero acudiendo con el discurso á lo que más importaba en aquel caso, mandó prontamente que los capitancs Cristóbal de Olid y Pedro de Alvarado fuesen con sus compañías á recoger los indios que se adelantaron á entrar en el pueblo, los cuales andaban ya cebados en el pillaje, y tenian hecha considerable presa de ropa y alhajas y maniatados algunos prisioneros. Fueron traidos al ejército, cargados afrentosamente de su mismo robo, y venian en su alcance los miserables despojados clamando por su hacienda; para cuya satisfaccion y consuelo mandó Hernan Cortés que se desatasen los prisioneros, y que la ropa se entregase á los sacerdotes para que la restituyesen á sus dueños. Y llamando á los capitanes y cabos de los Zempoalcs, reprendió públicamente su atrevimiento con palabras de grande indignacion, dándoles á entender que habian incurrido en pena de muerte por el delito de obligarle á mover el ejército para conseguir su venganza: y haciéndose rogar de los capitanes españoles que tenía prevenidos para que le templasen y detuviesen, les concedió el perdon por aquella vez, encareciendo la hazaña de su mansedumbre; aunque á la verdad no se atrevió por entónces á castigarlos con el rigor que merecian, pareciéndole que entre aquellos nuevos amigos tenía sus inconvenientes la satisfaccion de la justicia, ó peligraban ménos los excesos de la clemencia.

Hecha esta demostracion que le dió crédito con ambas naciones, ordenó que los Zempoales se acuartelasen fuera del poblado, y él entró con sus Españoles en el lugar, donde tuvo aplausos de libertador, y le visitaron luégo en su alojamiento el cacique de Zimpacingo y otros del contorno, los cuales convidaron con su amistad y su obediencia, reconociendo por su rey al príncipe de los Españoles, amado ya con fervorosa emulacion en aquella tierra, donde le iba ganando súbditos cierto género de razon que les suministraba entónces el aborrecimiento de Motezuma.

Trató despues de ajustar las disensiones que traian entre sí aquellos indios con los de Zempoala, cuyo principio

fué sobre division de términos y celos de jurisdiccion que anduvo primero entre los caciques, y ya se habia hecho rencor de los vecinos, viviendo unos y otros en contínua hostilidad, para cuyo efecto dió forma en la composicion de sus diferencias; y tomando á su cuenta el beneplácito del señor de Zempoala, consiguió el hacerlos amigos, y tomó la vuelta de Vera-Cruz, dejando adelantado su partido con la obediencia de nuevos caciques, y apagada la enemistad de sus parciales.

CAPÍTULO XII

Vuelve el ejército á la Vera-Cruz: despáchanse comisarios al rey con noticia de lo que se habia obrado: sosiégase otra sedicion con el castigo de algunos delincuentes, y Hernan Cortés ejecuta la resolucion de dar al traves con la armada.

Partieron luégo los Españoles de Zempoala, cuya poblacion se llamó unos dias la Nueva Sevilla, y cuando llegaron á la Vera-Cruz, acababa de arribar al paraje donde estaba surta la armada, un bajel de poco porte que venía de la isla de Cuba, á cargo del capitan Francisco de Saucedo, natural de Medina de Rioseco, á quien acompañaba el capitan Luis Marin, que lo fué despues en la conquista de Méjico, y traian diez soldados, un caballo y una yegua, que en aquella ocurrencia se tuvo á socorro considerable. Omitieron nuestros escritores el intento de su viaje; y en esta duda parece lo más verosímil que saliesen de Cuba con ánimo de buscar á Cortés para seguir su fortuna: á que persuade la misma facilidad con que se incorporaron en su ejército. Súpose por este medio que el gobernador Diego Velázquez quedaba nuevamente encendido en sus amenazas contra Hernan Cortés, porque se hallaba con título de adelantado de aquella isla, y con despachos reales para descubrir y poblar, obtenidos por la negociacion de un capellan suyo que habia despachado á la corte para ésta y otras pretensiones, cuya merced le tenía inexorable ó persuadido á que su mayor autoridad era nueva razon de su queja.

Pero Hernan Cortés, empeñado ya en mayores pensamientos, trató ésta como negocio indiferente, aunque le apresuró algo en la resolucion de dar cuenta al rey de su persona : para cuyo efecto dispuso que la Vera-Cruz, en nombre de villa, formase una carta, poniendo á los piés de S. M. aquella nueva república, y refiriendo por menor los sucesos de la jornada; las provincias que estaban ya reducidas á su obediencia; la riqueza, fertilidad y abundancia de aquel nuevo mundo; lo que se habia conseguido en favor de la religion, y lo que se iba disponiendo en órden á reconocer lo interior del imperio de Motezuma. Pidió encarecidamente á los capitulares del ayuntamiento, que sin omitir las violencias intentadas por Diego Velázquez y su poca razon, ponderasen mucho el valor y constancia de aquellos Españoles, y les dejó el campo abierto para que hablasen de su persona como cada uno sintiese.

La carta [1] se escribió en forma conveniente, cuya conclusion fué pedir á su majestad que le enviase el nombramiento de capitan general de aquella empresa, revalidando el que tenía de la villa y ejército, sin dependencia de Diego Velázquez; y él escribió en la misma sustancia, hablando con más fundamento en las esperanzas que tenía de traer aquel imperio á la obediencia de su majestad, y en lo que iba disponiendo para contrastar el poder de Motezuma con su misma tiranía.

Formados los despachos, se cometió á los capitanes Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo esta legacía ; y se dispuso que llevasen al rey todo el oro y alhajas de precio y curiosidad que se habian adquirido, así de los presentes de Motezuma, como de los rescates y dádivas de los otros caciques, cediendo su parte los oficiales y soldados, para que fuese más cuantioso el regalo : llevaron tambien algunos indios que se ofrecieron voluntarios á este viaje ; primicias de aquellos nuevos vasallos que se iban conquistando; y Hernan Cortés envió regalo

1. Ó más bien relacion circunstanciada de todo lo descubierto hasta la fecha; esto es, 10 de Julio de 1519. Robertson equivoca esta data, tomando la del 16 del mismo mes, dia de la partida de los dos comisionados.

aparte para su padre Martin Cortés : digno cuidado entre las demas atenciones suyas. Fletóse luégo el mejor navío de la armada : encargóse el regimiento de la navegacion al piloto mayor Anton de Alamínos; y cuando llegó el dia señalado para la embarcacion, se encomendó al favor divino el acierto del viaje con una misa solemne del Espíritu Santo ; y con este feliz auspicio se hicieron á la vela en diez y seis de Julio de mil quinientos diez y nueve, con órden precisa de seguir su derrota la vuelta de España, procurando tomar el canal de Bahama, sin tocar en la isla de Cuba, donde se debian recelar como peligro evidente las asechanzas de Diego Velázquez.

En el tiempo que se andaban tratando las prevenciones de esta jornada, se inquietaron nuevamente algunos soldados y marineros, gente de pocas obligaciones, tratando de escaparse para dar aviso á Diego Velázquez de los despachos y riquezas que se remitian al rey en nombre de Cortés : y era su ánimo adelantarse con esta noticia, para que pudiese ocupar los pasos y apresar el navío, á cuyo fin tenian ya ganados los marineros de otro, y prevenido en él todo lo necesario para su viaje; pero la misma noche de la fuga se arrepintió uno de los conjurados que se llamaba Bernardino de Coria. Iba con los demas á embarcarse, y conociendo desde más cerca la fealdad de su delito, se apartó cautelosamente de sus compañeros, y vino con el aviso á Cortés. Tratóse luégo del remedio, y se dispuso con tanto secreto y diligencia, que fueron aprehendidos todos los cómplices en el mismo bajel, sin que pudiesen negar la culpa que cometian. Y Hernan Cortés la tuvo por digna de castigo ejemplar, desconfiando ya de su misma benignidad. Sustancióse en breve la causa, y se dió pena de muerte á dos de los soldados que fueron promovedores del trato, y de azotes á otros dos que tuvieron contra sí la reincidencia; los demas se perdonaron como persuadidos ó engañados : pretexto de que se valió Cortés para no deshacerse de todos los culpados; aunque ordénó tambien que al marinero principal del navío destinado para la fuga, se le cortase uno de los piés. Sentencia extraordinaria, y en aquella ocasion conveniente, para que no se olvidase con

el tiempo la culpa que mereció tan severo castigo : materia en que necesita de los ojos la memoria, porque retiene con dificultad las especies que duelen á la imaginacion.

El dia que se ejecutó la sentencia se fué Cortés con algunos de sus amigos á Zempoala, donde le asaltaron varios pensamientos. Púsole en gran cuidado el atrevimiento de estos soldados : mirábalo como resulta de las inquietudes pasadas, y como centella de incendio mal apagado : llegaba ya el caso de pasar adelante con su ejército, y era muy probable la necesidad de medir sus fuerzas con las de Motezuma ; obra desigual para intentada con gente desunida y sospechosa. Discurria en mantenerse alguuos dias entre aquellos caciques amigos, en divertir su ejército á menores empresas, en hacer nuevas poblaciones que se diesen la mano con la Vera-Cruz ; pero en todo hallaba inconveniente : y de esta misma turbacion de su espíritu nació una de las acciones en que más se reconoce la grandeza de su ánimo. Resolvióse á deshacer la armada y romper todos los bajeles, para acabar de asegurarse de su soldados, y quedarse con ellos á morir ó vencer ; en cuyo dictámen hallaba tambien la conveniencia de aumentar el ejército con más de cien hombres que se ocupaban en el ejercicio de pilotos y marineros. Comunicó esta resolucion á sus confidentes ; y por su medio se dispuso, con algunas dádivas y con el secreto conveniente, que los mismos marineros publicasen á una voz que las naves se iban á pique sin remedio con el descalabro que habian padecido en la demora y mala calidad de aquel puerto : sobre cuya deposicion cayó como providencia necesaria la órden que les dió Cortés, para que sacando á tierra el velámen, jarcias y tablazon que podia ser de servicio, diesen al traves con los buques mayores, reservando solamente los esquifes para el uso de la pesca : resolucion dignamente ponderada por una de las mayores de esta conquista ; y no sabemos si de su género se hallará mayor alguna en todo el campo de las historias.

De Agatócles refiere Justino, que desembarcando con su ejército en las costas de África, encendió los bajeles en que

le condujo, para quitar á sus soldados el auxilio de la fuga.

Con igual osadía ilustra Polieno la memoria de Timarco, capitan de los Étolos. Y Quinto Fabio Máximo nos dejó entre sus advertencias militares otro incendio semejante, si creemos á la narracion de Frontino más que al silencio de Plutarco. Pero no se disminuye álguna de estas hazañas con el ejemplo de las otras; y si consideramos á Hernan Cortés con ménos gente que todos, en tierra más distante y ménos conocida, sin esperanza de humano socorro, entre unos bárbaros de costumbres tan feroces, y en la oposicion de un tirano tan soberbio y tan poderoso, hallaremos que fué mayor su empeño y más heroica su resolucion; ó concediendo á estos grandes capitanes la gloria de ser imitados porque fueron primero, dejaremos á Cortés la de haber hallado sobre sus mismas huellas el camino de excederlos.

No es sufrible que Bernal Díaz del Castillo con su acostumbrada, no sabemos si malicia ó sinceridad, se quiera introducir á consejero de obra tan grande, usurpando á Cortés la gloria de haberla discurrido. « Le aconsejámos, » dice, sus amigos, que no dejase navío en el puerto, sino » que diese al traves con ellos. » Pero no supo entenderse con su ambicion, pues anadió poco despues : « y esta plá» tica de dar al traves con los navíos lo tenía ya concer» tado, sino que quiso que saliese de nosotros : » con que sólo se le debe el consejo, que llegó despues de la resolucion. Ménos tolerable nota es la que puso Antonio de Herrera en la misma accion; pues asienta que se rompió la armada á instancia de los soldados, « y que fueron persuadidos y solicitados por la astucia de Cortés, » término es suyo, « por no quedar él sólo obligado á la paga » de los navíos, sino que el ejército los pagase. » No parece que Hernan Cortés se hallaba entónces en estado, ni en paraje de temer pleitos civiles con Diego Velázquez; ni este modo de discurir tiene conexion con los altos designios que se andaban forjando en su entendimiento : si tomó esta noticia del mismo Bernal Díaz, que lo presumió así, temeroso quizá de que le tocase alguna parte en la

paga de los bajeles, pudiera desestimarla como una de sus murmuraciones, que ordinariamente pecan de interesadas; y si fué conjetura suya, como lo da á entender, y tuvo á destreza de historiador el penetrar lo interior de las acciones que refiere, desautorizó la misma accion con la poca nobleza del motivo, y faltó á la proporcion atribuyendo efectos grandes á causas ordinarias [1].

CAPÍTULO XIII

Dispuesta la jornada llega noticia de que andaban navíos en la costa : parte Cortés á la Vera-Cruz, y prende siete soldados de la armada de Francisco de Garay : dase principio á la marcha, y penetrada con mucho trabajo la sierra, entra el ejército en la provincia de Zocothlan.

Sintieron mucho algunos soldados este destrozo de la armada; pero se pusieron fácilmente en razon con la memoria del castigo pasado, y con el ejemplo de los que discurrian mejor. Tratóse luégo de la jornada; y Hernan Cortés juntó su ejército en Zempoala, que constaba de quinientos infantes, quince caballos y seis piezas de artillería, dejando ciento cincuenta hombres y dos caballos de guarnicion en la Vera-Cruz, y por su gobernador al capitan Juan de Escalante, soldado de valor, muy diligente y de toda su confianza. Encargó mucho á los caciques del contorno que en su ausencia le obedeciesen y respetasen como á persona en quien dejaba toda su autoridad; y que cuidasen de asistirle con bastimentos y gente que ayudase en la fábrica de la iglesia y en las fortificaciones de la villa : á que se atendia, no tanto porque se temiese inquietud en-

1. El verdadero motivo que obligó á Cortés á destruir sus naves, fué la poca confianza que tenía en la constancia de sus soldados : las alteraciones que éstos promovieron á fin de regresar á Cuba, de que ya se ha hecho relacion, le dieron á conocer que solamente podia confiar en ellos quitándoles toda esperanza de salvacion, como no la buscasen en sus fuerzas y valor. Así lo da á entender el mismo Cortés en sus relaciones.

tre aquellos indios de la vecindad, como por el recelo de alguna invasion ó contratiempo de Diego Velázquez.

El cacique de Zempoala tenía prevenidos doscientos tamenes ó indios de carga para el bagaje, y algunas tropas armadas para agregar al ejército, de las cuales entresacó Hernan Cortés hasta cuatrocientos hombres, incluyendo en este número cuarenta ó cincuenta indios nobles, de los que más suponian en aquella tierra; y aunque los trató desde luégo como á soldados suyos, en lo interior de su ánimo los llevó como rehenes, librando en ellos la seguridad del templo que dejaba en Zempoala, de los Españoles que quedaban en la Vera-Cruz, y de un paje suyo de poca edad que dejó encargado al cacique para que aprendiese la lengua mejicana, por si le faltasen los intérpretes; adminículo en que se conoce su cuidado, y cuánto se alargaba con el discurso á todo lo posible de los sucesos.

Estando ya en órden las disposiciones de la marcha, llegó un correo de Juan Escalante con aviso de que andaban navíos en la costa de la Vera-Cruz, sin querer dar plática, aunque se habian hecho señas de paz y diferentes diligencias. No era este accidente para dejado á las espaldas; y así partió luégo Hernan Cortés con algunos de los suyos á la Vera-Cruz; encargando el gobierno del ejéreito á Pedro de Alvarado y á Gonzalo de Sandoval. Estaba, cuando llegó, uno de los bajeles sobre el ferro, al parecer en distancia considerable de la tierra, y á breve rato descubrió en la costa cuatro Españoles, que se acercaron sin recelo, dando á entender que le buscaban.

Era el uno de ellos escribano, y los otros venian para testigos de una notificacion que intentaron hacer á Cortés en nombre de su capitan. Traíanla por escrito, y contenia que Francisco Garay, gobernador de la isla de Jamáica, con la órden que tenía del rey, para descubrir y poblar, habia fletado tres navíos con doscientos y setenta Españoles á cargo del capitan Alonso de Pineda, y tomado posesion de aquella tierra por la parte del rio de Panuco; y porque se trataba de hacer una poblacion cerca de Naothlan, doce ó catorce leguas al Poniente, le intimaban y requerian que no se alargase con sus poblaciones por aquel paraje.

Respondió Hernan Cortés al escribano que no entendia de requerimientos, ni aquella era materia de autos judiciales : que el capitan viniese á verse con él, y se ajustaria lo más conveniente, pues todos eran vasallos de un rey, y se debian asistir con igual obligacion á su servicio. Decíales que volviesen con este recado; y porque no salieron á ello, ántes porfiaba el escribano con poca reverencia en que respondiese derechamente á su notificacion, los mandó prender, y se ocultó con su gente entre unas montañuelas de arena, frecuentes en aquella playa, donde estuvo toda la noche y parte del dia siguiente, sin que se moviese la nave, ni se conociese en ella otro designio que esperar á sus mensajeros, cuya suspension le obligó á probar con alguna estratagema si podia sacar la gente á tierra. Y lo primero que le ocurrió fué mandar que se desnudasen los presos, y que con sus vestidos se dejasen ver en la playa cuatro de sus soldados, haciendo llamada con las capas y otras señas. Lo que resultó de esta diligencia, fué venir en el esquife doce ó catorce hombres armados con arcabuces y ballestas; pero como se retiraban los cuatro disfrazados por no ser conocidos, y respondian á sus voces recatando el rostro, no se atrevieron á desembarcar, y sólo se prendieron tres que saltaron en tierra más animosos ó ménos advertidos; los demas se recogieron al navío, que con este desengaño levó sus áncoras y siguió su derrota. Dudó Hernan Cortés al principio si serian estos bajeles de Diego Velázquez, y temió que le obligasen á detenerse; pero le embarazaron poco los intentos de Francisco de Garay, más fáciles de ajustar con el tiempo; y así volvió á Zempoala ménos cuidadoso, y no sin alguna ganancia, pues llevó siete soldados más á su ejército; que donde montaba tanto un Español pareció felicidad, y se celebró como recluta.

Tratóse poco despues de la jornada; y al tiempo de partir se puso en órden el ejército formando un cuerpo de los Españoles á la vanguardia, y otro de los indios en la retaguardia gobernados por Mamegí, Teuche y Tamellí caciques de la serranía. Encargóse á los tamenes más robustos la conduccion de la artillería, quedando los demas para el bagaje : y con esta ordenanza y sus batidores de-

lante se dió principio á la marcha el dia diez y seis de Agosto de este año. Fué bien recibido el ejército en los primeros tránsitos Jalapa, Socochima y Texucla, pueblos de la misma confederacion. Íbase derramando entre aquellos indios pacíficos la semilla de la religion, no tanto para informarlos de la verdad, como para dejarlos sospechosos de su engaño. Y Hernan Cortés, viéndolos tan dóciles y bien dispuestos, era de parecer que se dejase una cruz en cada pueblo por donde pasase el ejército, y quedase por lo ménos introducida su adoracion; pero el padre fray Bartolomé de Olmedo y el licenciado Juan Díaz, se opusieron á este dictámen, persuadiéndole á que sería temeridad fiar la santa cruz de unos bárbaros mal instruidos, que podrian hacer alguna indecencia con ella, ó por lo ménos la tratarian como á sus ídolos, si la venerasen supersticiosamente, sin saber el misterio de su representacion. Fué de su piedad el primer movimiento de la proposicion; pero de su entendimiento el conocer sin repugnancia la fuerza de la razon.

Entróse luégo en lo áspero de la sierra; primera dificultad del camino de Méjico, donde padeció mucho la gente, porque fué necesario marchar tres dias por una montaña inhabitable, cuyas sendas se formaban de precipicios. Pasaron á fuerza de brazos y de ingenio las piezas de artillería, y fatigaban más las inclemencias del tiempo. Era destemplado el frio; recios y frecuentes los aguaceros; y los pobres soldados sin forma de abarracarse para pasar las noches, ni otro abrigo que el de sus armas, caminaban para entrar en calor, obligados á buscar el alivio en el cansancio. Faltaron los bastimentos, última calamidad en estos conflictos, y ya empezaba el aliento á porfiar con las fuerzas cuando llegaron á la cumbre. Hallaron en ella un adoratorio y gran cantidad de leña; pero no se detuvieron porque se descubrian de la otra parte algunas poblaciones cercanas, donde acudieron apresuradamente á guarecerse, y hallaron bastante comodidad para olvidar lo padecido.

Empezaba en este paraje la tierra de Zocothlan, provincia entónces dilatada y populosa, cuyo cacique residia

en una ciudad del mismo nombre, situada en el valle donde terminaba la sierra. Dióle cuenta Hernan Cortés de su venida y designios, haciendo que se adelantasen con esta noticia dos indios zempoales, que volvieron brevemente con grata respuesta, y tardó poco en descubrirse la ciudad, poblacion grande que ocupaba el llano suntuosamente. Blanqueaban desde léjos sus torres [1] y sus edificios; y porque un soldado portugues la comparó á Castilblanco de Portugal, quedó unos dias con este nombre. Salió el cacique á recibir á Cortés con mucho acompañamiento : pero con un género de agasajo violento, que tenía más de artificio que de voluntad. La acogida que se hizo al ejército fué poco agradable, desacomodado el alojamiento, limitada la asistencia de los víveres, y en todo se conocia el poco gusto del hospedaje ; pero Hernan Cortés disimuló su queja, y reprimió el sentimiento de sus soldados, por no desconfiar aquellos indios de la paz que les habia propuesto cuando trataba sólo de pasar adelante, conservando la opinion de sus armas, sin detenerse á quedar mejor en los empeños menores.

CAPÍTULO XIV

Visita segunda vez el cacique de Zocothlan á Cortés : pondera mucho las grandezas de Motezuma : resuélvese el viaje por Tlascala, de cuya provincia y forma de gobierno se halla noticia en Xacazingo.

El dia siguiente repitió el cacique su visita, y vino á ella con mayor séquito de parientes y criados : llamábase Olinteth, y era hombre de capacidad, señor de muchos pueblos, y venerado por el mayor entre sus comarcanos. Adornóse Cortés para recibirle con todas las exterioridades que acos-

1. No sabemos en qué sentido hace uso el autor de la palabra *torres*. Las que nosotros llamamos así, no fueron conocidas de los Americanos hasta que los Españoles las construyeron en sus templos. Los de los indios tenian la forma de una pirámide truncada pero sin remate alguno.

tumbraba, y fué notable esta sesion, porque despues de agasajarle mucho, y satisfacer á la cortesía sin faltar á la gravedad, le preguntó, creyendo hallar en él la misma queja que en los demas, « si era súbdito del rey de Méjico: » á que respondió prontamente : « ¿ pues hay alguno en la » tierra, que no sea vasallo y esclavo de Motezuma ¿ » Pudiera embarazarse Cortés de que le respondiesen con otra pregunta de arrojamiento, pero estuvo tan en sí, que no sin alguna irrision le dijo : « que sabía poco del mundo ; » pues él y aquellos compañeros suyos eran vasallos de » otro rey tan poderoso, que tenía muchos súbditos » mayores príncipes que Motezuma. » No se alteró el cacique de esta proposicion, ántes sin entrar en la disputa ni en la comparacion, pasó á referir las grandezas de su rey, como quien no queria esperar á que se las preguntasen, diciendo con mucha ponderacion : « que Motezuma era el » mayor príncipe que en aquel mundo se conocia : que » no cabian en la memoria, ni en el número las provincias » de su dominio ; que tenía su corte en una ciudad incon» trastable, fundada en el agua sobre grandes lagunas : » que la entrada era por algunos diques ó calzadas, inter» rumpidas con puentes levadizos sobre diferentes aber» turas, por donde se comunicaban las aguas. Encareció » mucho la inmensidad de sus riquezas, la fuerza de sus » ejércitos, y sobre todo la infelicidad de losque no le obe» decian, pues se llenaba con ellos el número de sus sa» crificios, y morian todos los años más de veinte mil » hombres, enemigos ó rebeldes suyos, en las aras de sus » dioses [1]. » Era verdad lo que afirmaba, pero la decia como encarecimiento, y se conocia en su voz la influencia de Motezuma, y que referia sus grandezas más para causar espanto que admiracion.

1. Este cacique exageraba sin duda alguna. Los historiadores, sin embargo, andan discordes acerca del número de víctimas humanas que eran sacrificadas en Méjico anualmente. Bernal Díaz dice que subian á 2,000 ; y ese número nos parece más verosímil, áun cuando excediese en tiempo de guerra; porque sabido es que los prisioneros eran sacrificados irremisiblemente en las aras de los dioses.

Penetró Hernan Cortés lo interior de su razonamiento, y teniendo por necesario el brio para desarmar el aparato de aquellas ponderaciones, le respondió: « que ya traia bas» tante noticia del imperio y grandezas de Motezuma, y » que á ser menor príncipe, no viniera de tierras tan dis» tantes á introducirle en la amistad de otro príncipe » mayor: que su embajada era pacífica, y aquellas armas » que le acompañaban servian más á la autoridad que á » la fuerza; pero que tuviesen entendido él y todos los ca» ciques de su imperio que deseaba la paz sin temer la » guerra, porque el menor de sus soldados bastaria contra » un ejército de su rey: que nunca sacaria la espada sin » justa provocacion; pero que una vez desnuda, llevaré, » dijo, á sangre y fuego cuanto se me pusiere delante, y » me asistirá la naturaleza con sus prodigios, y el cielo con » sus rayos, pues vengo á defender su causa, desterrando » vuestros vicios, los errores de vuestra religion, y esos » mismos sacrificios de sangre humana, que referís como » grandeza de vuestro rey. » Y luégo á sus soldados, disolviendo lo visita: « Esto, amigos, es lo que buscamos, » grandes dificultades y grandes riquezas: de las unas se » hace la fama, y de las otras la fortuna. » Con cuya breve oracion dejó á los indios ménos orgullosos, y con nuevo aliento á los Españoles; diciendo á unos y otros con poco artificio lo mismo que sentia, porque desde el principio de esta empresa puso Dios en su corazon una seguridad tan extraordinaria, que sin despreciar ni dejar de conocer los peligros, entraba en ellos como si tuviera en la mano los sucesos.

Cinco dias se detuvieron los Españoles en Zocothlan, y se conoció luégo en el cacique otro género de atencion, porque mejoraron las asistencias del ejército, y andaba más puntual en el agasajo de sus huéspedes. Dióle gran cuidado la respuesta de Cortés, y se conocia en él una especie de inquietud discursiva, que se formaba de sus mismas observaciones, como lo comunicó despues al padre fray Bartolomé de Olmedo. Juzgaba por una parte que no eran hombres los que se atrevian á Motezuma, y por otra que eran algo más los que hablaban con tanto desprecio de

sus dioses. Notaba con esta aprension la diferencia de los semblantes, la novedad de las armas, la extrañeza de los trajes, y la obediencia de los caballos : pareciéndole tambien que tenian los Españoles superior razon en lo que discurrian contra la inhumanidad de sus sacrificios, contra la injusticia de sus leyes, y contra las permisiones de la sensualidad, tan desenfrenada entre aquellos bárbaros, que les eran lícitas las mayores injurias de la naturaleza ; y de todos estos principios sacaba consecuencias su estimacion, para creer que residia en ellos alguna deidad : que no hay entendimiento tan incapaz, que no conozca la fealdad de los vicios, por màs que los abrace la voluntad y los desfigure la costumbre. Pero le tenía tan poseido el temor de Motezuma, que áun para confesar la fuerza que le hacian estas consideraciones, echaba ménos su licencia. Contentóse con dar lo necesario para el sustento de la gente ; y no atreviéndose á manifestar sus riquezas, anduvo escaso en los presentes; y fueron su mayor liberalidad cuatro esclavas, que dió á Cortés para la fábrica del pan, y veinte indios nobles que ofreció para que guiasen el ejército.

Movióse cuestion sobre el camino que se debia elegir para la marcha, y el cacique proponia el de la provincia de Cholula, por ser tierra pingüe y muy poblada; cuya gente más inclinada á la mercancía que á las armas, daria seguro y acomodado paso al ejército; y aconsejaba con grande aseveracion que no se intentase la marcha por el camino de Tlascala [1], por ser una provincia que estaba siempre de guerra, y sus habitadores de tan sangrienta inclinacion, que ponian su felicidad en hacer y conservar enemigos. Pero los indios principales que gobernaban la gente de Zempoala, dijeron reservadamente á Cortés que no se fiase de este consejo, porque Cholula era una ciudad muy populosa, de gente poco segura, y que en ella y en

1. *Tascalteca* la llama Cortés. Débese leer *Tlaxcala;* teniendo presente que la *x* tenía entre los indios un valor semejante en su sonido al que nosotros le damos actualmente. Por eso Cortés, remedando la pronunciacion de aquellos, escribe *Sitouengal* por *Xicotencal.*

las poblaciones de su distrito se alojaban ordinariamente los ejércitos de Motezuma; siendo muy posible que aquel cacique los encaminase al riesgo con siniestra intencion, porque la provincia de Tlascala, por más que fuese grande y belicosa, tenía confederacion y amistad con los Totonaques y Zempoales que venian en su ejército, y estaba en contínua guerra contra Motezuma: por cuyas dos consideraciones sería más seguro el paso por su tierra, y en compañía de sus aliados perderian los Españoles el horror de extranjeros. Pareció bien este discurso á Cortés, y hallando mayor razon para fiarse de los indios amigos, que de un cacique tan atento á Motezuma, mandó que marchase el ejército á la provincia de Tlascala, cuyos términos tardaron poco en descubrirse, porque confinaban con los de Zocothlan, y en los primeros tránsitos no se ofreció accidente de consideracion; pero despues se fueron hallando algunos rumores de guerra; y se supo que estaba la tierra puesta en armas, y secreto el designio de este movimiento; por cuya causa resolvió Hernan Cortés que se hiciese alto en un lugar de mediana poblacion, que se llamaba Xacazingo, para informarse mejor de esta novedad.

Era entónces Tlascala una provincia de numerosa poblacion, cuyo circuito pasaba de cincuenta leguas, tierra montuosa y desigual, compuesta de frecuentes collados, hijos al parecer de la montaña que se llama hoy la gran cordillera. Los pueblos, de fábrica ménos hermosa que durable, ocupaban las eminencias donde tenian su habitacion, parte por aprovechar en su defensa las ventajas del terreno, y parte por dejar los llanos á la fertilidad de la tierra. Tuvieron reyes al principio, y duró su dominio algunos años, basta que sobreviniendo unas guerras civiles, perdieron la inclinacion de obedecer, y sacudieron el yugo. Pero como el pueblo no se puede mantener por sí, enemigo de la sujecion hasta que conoce los daños de la libertad, se redujeron á república, nombrando muchos príncipes para deshacerse de uno. Dividiéronse sus poblaciones en diferentes partidos ó cabeceras, y cada faccion nombraba uno de sus magnates que residiese en la corte de Tlascala, donde se formaba un senado, cuyas resolu-

ciones obedecian. Con esta forma de gobierno se mantuvieron largo tiempo contra los reyes de Méjico, y entónces se hallaban en su mayor pujanza, porque las tiranías de Motezuma aumentaban sus confederados, y ya estaban en su partido los Otomíes, nacion bárbara entre los mismos bárbaros ; pero muy solicitada para una guerra, donde no sabian diferenciar la valentía de la ferocidad.

Informado Cortés de estas noticias, y no hallando razon para despreciarlas, trató de enviar sus mensajeros á la república, para facilitar el tránsito de su ejército, cuya legacía encargó á cuatro zempoales de los que más suponian, instruyéndolos por medio de doña Marina y Aguilar en la oracion que habian de hacer al senado, hasta que la tomaron casi de memoria ; y los eligió de los mismos que le propusieron en Zocothlan el camino de Tlascala, para que llevasen á la vista su consejo, y fuesen interesados en el buen suceso de la misma negociacion.

CAPÍTULO XV

Parten los cuatro enviados de Cortés á Tlascala : dase noticia del traje y estilo con que se daban las embajadas en aquella tierra, y de lo que discurrió la república sobre el punto de admitir de paz á los Españoles.

Adornáronse luégo los cuatro Zempoales con sus insignias de embajadores, para cuya funcion se ponian sobre los hombros una manta ó beca de algodon torcida y anudada por los extremos; en la mano derecha una saeta larga con las plumas en alto, y en el brazo izquierdo una rodela de concha. Conocíase por las plumas de la saeta el intento de la embajada, porque las rojas anunciaban la guerra, y las blancas denotaban la paz, al modo que los Romanos distinguian con diferentes símbolos á sus feciales y caduceadores. Por estas señas eran conocidos y respetados en los tránsitos; pero no podian salir de los caminos reales de la provincia donde iban, porque si los hallaban fuera de ellos

perdian el fuero y la inmunidad, cuyas exenciones tenian por sacrosantas, observando religiosamente este género de fe pública, que inventó la necesidad, y puso entre sus leyes el derecho de las gentes.

Con estas insignias de su ministerio entraron en Tlascala los cuatro enviados de Cortés, y conocidos por ellas, se les dió su alojamiento en la calpisca; llamábase así la casa que tenian deputada para el recibimiento de los embajadores: y el dia siguiente se convocó el senado para oirlos en una sala grande del consistorio, donde se juntaban á sus conferencias. Estaban los senadores sentados por su antigüedad sobre unos taburetes bajos de maderas extraordinarias, hechos de una pieza, que llamaban yopales; y luégo que se dejaron ver los embajadores, se levantaron un poco de sus asientos, y los agasajaron con moderada cortesía. Entraron ellos con las saetas levantadas en alto, y las becas sobre las cabezas, que entre sus ceremonias era la de mayor sumisíon; y hecho el acatamiento al senado, caminaron poco á poco hasta la mitad de la sala, donde se pusieron de rodillas, y sin levantar los ojos esperaron á que se les diese licencia para hablar. Ordenóles el más antiguo que dijesen á lo que venian; y tomando asiento sobre sus mismas piernas, dijo uno de ellos á quien tocó la oracion por más despejado:

« Noble república, valientes y poderosos Tlascaltecas: » el señor de Zempoala, y los caciques de la serranía, » vuestros amigos y confederados, os envían salud; y » deseando la fertilidad de vuestras cosechas y la muerte » de vuestros enemigos, os hacen saber que de las partes » del Oriente han llegado á su tierra unos hombres invenci- » bles, que parecen deidades, porque navegan sobre gran- » des palacios, y manejan los truenos y los rayos, armas » reservadas al cielo; ministros de otro Dios superior á » los nuestros, á quien ofenden las tiranías y los sacrificios » de sangre humana: que su capitan es embajador de un » príncipe muy poderoso, que con impulso de su religion » desea remediar los abusos de nuestra tierra, y las vio- » lencias de Motezuma; y habiendo redimido ya nuestras » provincias de la opresion en que vivian, se halla obligado

» á seguir por vuestra república el camino de Méjico, y » quiere saber en qué os tiene ofendidos aquel tirano, para » tomar por suya vuestra causa, y ponerla entre las demas » que justifican su demanda. Con esta noticia, pues, de sus » designios, y con esta experiencia de su benignidad, nos » hemos adelantado á pediros y amonestaros de parte de » nuestros caciques y toda su confederacion. que admitáis » á estos extranjeros, como á bienhechores y aliados. Y » de parte de su capitan os hacemos saber que viene de » paz : y sólo pretende que le concedáis el paso de vuestras » tierras, teniendo entendido que desea vuestro bien, y » que sus armas son instrumentos de la justicia y de la ra- » zon que defienden la causa del cielo : benignas por su- » propia naturaleza, y sólo rigurosas con el delito y la » provocacion. » Dicho esto. se levantaron los cuatro sobre las rodillas, y haciendo una profunda humillacion al senado, se volvieron á sentar como estaban, para esperar la respuesta.

Confirieronla entre sí brevemente los senadores, y uno de ellos les dijo en nombre de todos, que se admitia con toda gratitud la proposicion de los Zempoales y Totonaques sus confederados ; pero que pedia mayor deliberacion lo que se debia responder al capitan de aquellos extranjeros : con cuya resolucion se retiraron los embajadores á su alojamiento, y el senado se encerró para discurrir en las dificultades ó conveniencias de aquella demanda. Ponderóse mucho al principio la importancia del negocio, digno á su parecer de grande consideracion, y luégo fueron discordando los votos, hasta que se redujo á porfía la variedad de los dictámenes. Unos esforzaban que se diese á los extranjeros el paso que pedian ; otros que se les hiciese guerra, procnrando acabar con ellos de una vez ; y otros que se les negase el paso ; pero que se les permitiese la marcha por fuera de sus términos: cuya diferencia de pareceres duró con más voces que resolucion, hasta que Magiscatzin uno de los senadores, el más anciano y de mayor autoridad en la república, tomó la mano, y haciéndose escuchar de todos, es tradicion que habló en esta sustancia :

« Bien sabéis, nobles y valerosos Tlascaltecas, que fué

» revelado á nuestros sacerdotes en los primeros siglos de
» nuestra antigüedad, y se tiene hoy entre nosotros como
» punto de religion, que ha de venir á este mundo que
» habitamos una gente invencible de las regiones orien-
» tales, con tanto dominio sobre los elementos, que fun-
» dará ciudades móvibles sobre las aguas, sirviéndose del
» fuego y del aire para sujetar la tierra; y aunque entre la
» gente de juicio no se crea que han de ser dioses vivos,
» como lo entiénde la rudeza del vulgo, nos dice la misma
» tradicion que serán unos hombres celestiales, tan valero-
» sos que valdrá uno por mil, y tan benignos, que tratarán
» sólo de que vivamos segun razon y justicia. No puedo
» negaros que me ha puesto en gran cuidado lo que con-
» forman estas señas con las de esos extranjeros que te-
» néis en vuestra vecindad. Ellos vienen por el rumbo del
» Oriente: sus armas son de fuego: casas marítimas sus
» embarcaciones: de su valentía ya os ha dicho la fama
» lo que obraron en Tabasco: su benignidad ya la veis en
» el agradecimiento de vuestros mismos confederados;
» y si volvemos los ojos á esos cometas y señales del cielo,
» que repetidamente nos asombran, parece que nos hablan
» al cuidado, y vienen como avisos ó mensajeros de esta
» gran novedad. ¿ Pues quién habrá tan atrevido y temera-
» rio, que si es ésta la gente de nuestras profecías, quiera
» probar sus fuerzas con el cielo, y tratar como enemigos
» á los que traen por armas sus mismos decretos? Yo por
» lo ménos temeria la indignacion de los dioses, que cas-
» tigan rigurosamente á sus rebeldes, y con sus mismos
» rayos parece que nos están enseñando á obedecer, pues
» habla con todos la amenaza del trueno, y sólo se ve el
» estrago donde se conoció la resistencia. Pero yo quiero
» que se desestimen como casuales estas evidencias, y que
» los extranjeros sean hombres como nosotros; ¿qué daño
» nos han hécho para que tratemos de la venganza? ¿So-
» bre qué injuria se ha de fundar esta violencia? Tlascala
» que mantiene su libertad con sus victorias, y sus victo-
» rias con la razon de sus armas, ¿ moverá una guerra vo-
» luntaria que desacredite su gobierno y su valor? Esta
» gente viene de paz, su pretension es pasar por nuestra

» república, no lo intenta sin nuestra permision ; ¿ pues » dónde está su delito ? ¿ dónde nuestra provocacion ? « Llegan á nuestros umbrales fiados en la sombra de » nuestros amigos ; ¿ y perderemos los amigos por atrope » llar á los que desean nuestra amistad ? ¿ Qué dirán de « esta accion los demas confederados ? ¿ Y què dirá la » fama de nosotros si quinientos hombres nos obligan » á tomar las armas ? ¿ Ganaráse tanto en vencerlos, » como se perderá en haberlos temido ? Mi sentir es que » los admitamos con benignidad y se les conceda el paso « que pretenden : si son hombres, porque está de su parte » la razon ; y si son algo más, porque les basta para razon » la voluntad de los dioses. »

Tuvo grande aplauso el parecer de Magiscatzin, y todos los votos se inclinaban á seguirlo por aclamacion, cuando pidió licencia para hablar uno de los senadores, que se llamaba Xicotencal, mozo de grande espíritu, que por su talento y bazañas ocupaba el puesto de general de las armas ; y conseguida la licencia, y poco despues el silencio : « No en todos los negocios, dijo, se debe á las canas la » primera seguridad de los aciertos, más inclinadas al re- » celo que á la osadía, y mejores consejeras de la pacien- » cia que del valor. Venero como vosotros la autoridad y » el discurso de Magiscatzin ; pero no extrañaréis en mi » edad y en mi profesion otros dictámenes ménos desen- » gañados, y no sé si mejores ; que cuando se habla de la » guerra, suele ser engañosa virtud la prudencia, porque » tiene de pasion todo aquello que se parece al miedo. » Verdad es que se esperaban entre nosotros esos refor- » madores orientales, cuya venida dura en el vaticinio, y » tarda en el desengaño. No es mi ánimo desvanecer esta » voz, que se ha hecho venerable con el sufrimiento de » los siglos ; pero dejadme que os pregunte, ¿qué seguri- » dad tenemos de que sean nuestros prometidos estos » extranjeros? ¿Es lo mismo caminar por el rumbo del » Oriente, que venir de las regiones celestiales, que con- » sideramos donde nace el sol? Las armas de fuego y las » grandes embarcaciones que llamáis palacios marítimos, » ¿no pueden ser obra de la industria humana, que se ad-

» miran porque no se han visto? Y quizá serán ilusiones
» de algun encantamiento semejantes á los engaños de la
» vista, que llamanos ciencia en nuestros agoreros. Lo
» que obraron en Tabasco ¿fué más que romper un ejér-
» cito superior? ¿Esto se pondera en Tlascala como sobre-
» natural, donde se obran cada dia con la fuerza ordinaria
» mayores hazañas? Y esa benignidad que han usado con
» los Zempoales ¿no puede ser artificio para ganar á mé-
» nos costa los pueblos? Yo por lo ménos la tendria por
» dulzura sospechosa de las que regalan el paladar para
» introducir el veneno; porque no conforma con lo demas
» que sabemos de su codicia, soberbia y ambicion. Estos
» hombres (si ya no son algunos monstruos que arrojó la
» mar en nuestras costas) roban nuestros pueblos, viven
» al arbitrio de su antojo, sedientos del oro y de la plata,
» y dados á las delicias de la tierra: desprecian nuestras
» leyes: intentan novedades peligrosas en la justicia y en
» la religion: destruyen los templos: despedazan las aras;
» blasfeman de los dioses, ¿y se les da estimacion de ce-
» lestiales? ¿y se duda la razon de nuestra resistencia?
» ¿y se escucha sin escándalo el nombre de la paz? Si los
» Zempoales y Totonaques los admitieron en su amistad,
» fué sin consulta de nuestra república; y vienen ampara-
» dos en una falta de atencion que merece castigo en sus
» valedores. Y esas impresiones del aire, y señales espan-
» tosas tan encarecidas por Magiscatzin, ántes nos persua-
» den á que los tratemos como enemigos, porque siempre
» denotan calamidades y miserias. No nos avisa el cielo
» con sus prodigios de lo que esperamos, sino de lo que
» debemos temer: que nunca se acompañan de errores
» sus felicidades, ni enciende sus cometas para que se
» adormezca nuestro cuidado y se deje estar nuestra ne-
» gligencia. Mi sentir es que se junten nuestras fuerzas y
» se acabe de una vez con ellos, pues vienen á nuestro
» poder señalados con el índice de las estrellas, para que
» los miremos como tiranos de la patria y de los dioses;
» y librando en su castigo la reputacion de nuestras ar-
» mas, conozca el mundo que no es lo mismo ser inmor-
» tales en Tabasco, que invencibles en Tlascala. »

Hicieron mayor fuerza en el senado estas razones que las de Magiscatzin, porque conformaban más con la inclinacion de aquella gente, criada entre las armas, y llena de espíritus militares; pero vuelto á conferir el negocio, se resolvió, como temperamento de ambas opiniones, que Xicotencal juntase luégo sus tropas, y saliese á probar la mano con los Españoles, suponiendo que si los vencia se lograba el crédito de la nacion, y que si fuese vencido qûedaria lugar para que la república tratase de la paz, echando la culpa de este acometimiento á los Otomíes, y dando á entender que fué desórden y contratiempo de su ferocidad; para cuyo efecto dispusieron que fuesen detenidos en prision disimulada los embajadores zempoales, mirando tambien á la conservacion de sus confederados; porque no dejaron de conocer el peligro de aquella guerra, aunque la intentaron con poco recelo: tan valientes, que fiaron de su valor el suceso; pero tan avisados, que no perdieron de vista los accidentes de la otra fortuna.

CAPÍTULO XVI

Determinan los Españoles acercarse á Tlascala, teniendo á mala señal la detencion de sus mensajeros: pelean con un grueso de cinco mil indios que los esperaban emboscados, y despues con todo el poder de la república.

Ocho dias se detuvieron los Españoles en Xacazingo esperando á sus mensajeros, cuya tardanza se tenía ya por novedad considerable. Y Hernan Cortés, con acuerdo de sus capitanes y parecer de los cabos zempoales, que tambien solia favorecerlos y confiarlos con oir su dictámen, resolvió continuar su marcha, y ponerse más cerca de Tlascala para descubrir los intentos de aquellos indios, considerando que si estaban de guerra, como lo daban á entender los indicios antecedentes, confirmados ya con la detencion de los embajadores, sería mejor estrechar el tiempo á sus prevenciones y buscarlos en su misma ciudad, ántes que lograsen la ventaja de juntar sus tropas, y

acometer ordenados en la campaña. Movióse luégo el ejército puesto en órden, sin que se perdonase alguna de las cautelas que suelen observarse cuando se pisa tierra de enemigos; y caminando entre dos móntes, de cuyas faldas se formaba un valle de mucha amenidad, á poco más de dos leguas se encontró una gran muralla que corria desde el un monte al otro, cerrando enteramente el camino: fábrica suntuosa y fuerte, que denotaba el poder y la grandeza de su dueño. Era de piedra labrada por lo exterior, y unida con argamasa de rara tenacidad. Tenía veinte piés de grueso, de alto estado y medio, y remataba en un parapeto al modo que se practica en nuestras fortificaciones. La entrada era torcida y angosta, dividiéndose por aquella parte la muralla en dos paredes que se cruzaban circularmente por espacio de diez pasos. Súpose de los indios de Zocothlan que aquella fortaleza señalaba y dividia los términos de la provincia de Tlascala, cuyos antiguos la edificaron para defenderse de las invasiones enemigas; y fué dicha que no la ocupasen contra los Españoles, ó porque no se les dió lugar para que saliesen á recibirlos en este reparo, ó porque se resolvieron á esperar en campo abierto para embestir con todas sus fuerzas, y quitar al ejército inferior la ventaja de pelear en lo estrecho.

Pasó la gente de la otra parte sin desórden ni dificultad, y vueltos á formar los escuadrones, se prosiguió la marcha poco á poco, hasta que saliendo á tierra más espaciosa descubrieron los batidores á larga distancia veinte ó treinta indios, cuyos penachos (ornamento de que sólo usaban los soldados) daban á entender que habia gente de guerra en la campaña. Vinieron con el aviso á Cortés, y les ordenó que volviesen alargando el paso y procurasen llamarlos con señas de paz, sin empeñarse demasiado en seguirlos, porque el paraje donde estaban era desigual y se ofrecian á la vista diferentes quiebras y ribazos, capaces de ocultar alguna emboscada. Partió luégo en su seguimiento con ocho caballos, dejando á los capitanes órden para que avanzasen con la infantería sin apresurarla mucho, que nunca es acierto gastar en la diligencia el aliento del soldado, y entrar en la ocasion con gente fatigada.

Esperaron los indios en el mismo puesto á que se acercasen los caballos de los batidores, y sin atender á las voces y ademanes con que procuraban persuadirlos á la paz, volvieron las espaldas corriendo hasta incorporarse con una tropa que se descubria más adelante, donde hicieron cara y se pusieron en defensa. Uniéronse al mismo tiempo los catorce caballos y cerraron con aquella tropa, más para descubrir la campaña que porque se hiciese caso de su corto número; pero los indios resistieron el choque perdiendo poca tierra, y sirviéndose de sus armas tan valerosamente, que sin atender al daño que recibian hirieron dos soldados y cinco caballos. Salió entónces al socorro de los suyos la emboscada que tenian prevenida, y se dejó ver en lo descubierto un grueso de hasta cinco mil hombres, á tiempo que llegó la infanteria y se puso en batalla el ejército para recibir el ímpetu con que venian cerrando los enemigos. Pero á la primera carga de las bocas de fuego conocieron el estrago de los suyos, y dieron principio á la fuga con retirarse apresuradamente, de cuya primera turbacion se valieron los Españoles para embestir con ellos; y lo ejecutaron con tan buen órden y tanta resolucion, que á brave rato cedieron la campaña, dejando en ella muertos más de sesenta hombres y algunos prisioneros. No quiso Hernan Cortés seguir el alcance porque iba declinando el dia, y porque deseaba más escarmentarlos que destruirlos. Ocupáronse luégo unas caserías que estaban á la vista, donde se hallaron algunos bastimentos, y se pasó la noche con alegría, pero sin descuido, reposando los unos en la vigilancia de los otros.

El dia siguiente se volvió á la marcha con el mismo acierto, y se descubrió segunda vez al enemigo, que con un grueso poco mayor que el pasado venía caminando más presuroso que ordenado. Acercáronse á nuestro ejército sus tropas con grande orgullo y algazara, y sin proporcionarse con el alcance de sus flechas, dieron la carga inútilmente, y al mismo tiempo empezaron á retirarse, sin dejar de pelear á lo largo, particularmente los pedreros, que á mayor distancia se mostraban más animosos. Conoció luégo Hernan Cortés que aquella retirada tenía más de

estratagema que temor, y receloso interiormente de mayor combate, fué siguiendo con su fuerza unida la huella del enemigo, hasta que vencida una eminencia que se interponia en el camino, se descubrió en lo llano de la otra parte un ejército que dicen pasaria de cuarenta mil hombres. Componíase de várias naciones, que se distinguian por los colores de las divisas y plumajes. Venian en él los nobles de Tlascala y toda su confederacion. Gobernábale Xicotencal, que,como dijimos, tenía por su cuenta las armas de la república, y dependientes de su órden mandaban las tropas auxiliares sus mismos caciques ó sus mayores soldados.

Pudieran desanimarse los Españoles de ver á su oposicion tan desiguales fuerzas; pero sirvió en esta ocasion la experiencia de Tabasco, y Hernan Cortés se detuvo poco en persuadirlos á la batalla, porque se conocia en los semblantes y en las demostraciones el deseo de pelear. Empezaron luégo á bajar la cuesta con alegre seguridad; y por ser la tierra quebrada y desigual, donde no se podian manejar los caballos, ni hacian efecto disparadas de alto á bajo las bocas de fuego, se trabajó mucho en apartar al enemigo, que alargó algunas mangas para que disputasen el paso; pero luégo que mejoraron de terreno los caballos y salió á lo llano parte de nuestra infantería, se despejó la campaña, y se hizo lugar para que bajase la artillería y acabase de afirmar el pié la retaguardia. Estaba el grueso del enemigo á poco más que tiro de arcabuz, peleando solamente con los gritos y las amenazas; y apénas se movió nuestro ejército, hecha la señal de embestir, cuando se empezaron á retirar los indios con apariencias de fuga, siendo en la verdad segunda estratagema de que usó Xicotencal para lograr con el avance de los Españolos la intencion que traia de cogerlos en medio y combatirlos por todas partes, como se experimentó brevemente ; por que apénas los reconoció distantes de la eminencia en que pudieran asegurar las espaldas, cuando la mayor parte de su ejército se abrió en dos alas, que,corriendo impetuosamente,ocuparon por ambos lados la campaña, y cerrando el círculo consiguieron el intento de sitiarlos á lo largo : fuéronse luégo doblando con increible

diligencia, y trataron de estrechar el sitio, tan cerrados y resueltos, que fué necesario dar cuatro frentes al escuadron y cuidar ántes de resistir que de ofender, supliendo, con la union y la buena ordenanza la desigualdad del número.

Llenóse el aire de flechas, herido tambien de las voces y del estruendo; llovian dardos y piedras sobre los Españoles, y conociendo los indios el poco efecto que hacian sus armas arrojadizas, llegaron brevemente á los chuzos y las espadas. Era grande el estrago que recibian, y mayor su obstinacion : Hernan Cortés acudia con sus caballos á la mayor necesidad, rompiendo y atropellando á los que más se acercaban. Las bocas de fuego peleaban con el daño que hacian y con el espanto que ocasionaban : la artillería lograba todos sus tiros, derribando el asombro á los que perdonaban las balas. Y como era uno de los primores de su milicia el esconder los heridos y retirar los muertos, se ocupaba en esto mucha gente y se iban disminuyendo sus tropas; con que se redujeron á mayor distancia y empezaron á pelear ménos atrevidos; pero Hernan Cortés, ántes que se reparasen ó rehiciesen para volver á lo estrecho, determinó embestir con la parte más flaca de su ejército, y abrir el paso para ocupar algun puesto donde pudiese dar toda la frente al enemigo. Comunicó su intento á todos los capitanes, y puestos en ala sus caballos, seguidos á paso largo de la infantería, cerró con los indios, apellidando á voces el nombre de San Pedro. Resistieron al principio, jugando valerosamente sus armas; pero la ferocidad de los caballos, sobrenatural ó monstruosa en su imaginacion, los puso en tanto pavor y desórden, que huyendo á todas partes se atropellaban y herian unos á otros, haciéndose el mismo daño que recelaban.

Empeñóse demasiado en la escaramuza Pedro de Moron, que iba en una yegua muy revuelta y de grande velocidad, á tiempo que unos Tlascaltecas principales que se convocaron para esta faccion, viéndole solo cerraron con él, y haciendo presa en la misma lanza y en el brazo de la rienda, dieron tantas heridas á la yegua que cayó muerta,

y en un instante le cortaron la cabeza, dicen que de una cuchillada : poco añaden á la sustancia los encarecimientos. Pedro de Moron recibió algunas heridas ligeras y le hicieron prisionero; pero fué socorrido brevemente de otros caballeros, que con muerte de algunos indios consiguieron su libertad, y le retiraron al ejército, siendo este accidente poco favorable al intento que se llevaba, porque se dió tiempo al enemigo para que se volviese á cerrar y componer por aquella parte; de modo que los Españoles fatigados ya de la batalla, que duró por espacio de una hora, empezaron á dudar del suceso; pero esforzados nuevamente de la última necesidad en que se hallaban, se iban disponiendo para volver á embestir cuando cesaron de una vez los gritos del enemigo, y cayendo sobre aquella muchedumbre un repentino silencio, se oyeron solamente sus atabalillos y bocinas, que segun su costumbre tocaban á recoger como se conoció brevemente, porque al mismo tiempo se empezaron á mover las tropas, y marchando poco á poco por el camino de Tlascala transpusieron por lo alto de una colina, y dejaron á sus enemigos la campaña.

Respiraron los Españoles con esta novedad, que parecia milagrosa, porque no se hallaba causa natural á que atribuirla ;pero supieron despues por medio de algunos prisioneros que Xicotencal ordenó la retirada, porque habiendo muerto en la batalla la mayor parte de sus capitanes, no se atrevió á manejar tanta gente sin cabos que la gobernasen. Murieron tambien muchos nobles, que hicieron costosa la faccion, y fué grande el número de los heridos; pero sobre tanta pérdida, y sobre quedar entero nuestro ejército, y ser ellos los que se retiraban, entraron triunfantes en su alojamiento, teniendo por victoria el no volver vencidos, y siendo la cabeza de la yegua toda la razon y todo el aparato del triunfo. Llevábala delante de sí Xicotencal sobre la punta de una lanza, y la remitió luégo á Tlascala, haciendo presente al senado de aquel formidable despojo de la guerra, que causó á todos grande admiracion, y fué despues sacrificada en uno de sus templos con extraordinaria solemnidad : víctima propia de aquellas aras,

y ménos inmunda que los mismos dioses que se honraban con ella.

De los nuestros quedaron heridos nueve ó diez soldados, y algunos Zempoales, cuya asistencia fué de mucho servicio en esta ocasion, porque los hizo valientes el ejemplo de los Españoles y la irritacion de ver despreciada y rota su alianza. Descubríase á poca distancia un lugar pequeño en sitio eminente que mandaba la campaña; y Hernan Cortés, atendiendo á la fatiga de su gente, y á lo que necesitaba de repararse, trató de ocuparlo para su alojamiento; lo cual se consiguió sin dificultad, porque los vecinos lo desampararon luégo que se retiró su ejército, dejando en él abundancia de bastimentos que ayudaron á conservar la provision y á reparar el cansancio. No se halló bastante comodidad para que estuviese toda la gente debajo de cubierto, pero los Zempoales cuidaron del suyo fabricando brevemente algunas barracas: y el sitio que por naturaleza era fuerte, se aseguró lo mejor que fué posible con algunos reparos de tierra y fagina, en que trabajaron todos lo que restaba del dia, con tanto aliento y tan alegres, que al parecer descansaban en su misma diligencia no porque dejasen de conocer el conflicto en que se hallaban ni diesen por acabada la guerra, sino porque reconocian al cielo todo lo que no esperaron de sus fuerzas, y viéndole ya declarado en su favor, se les hacía posible lo que poco ántes tuvieron por milagroso.

CAPÍTULO XVII

Rehácese el ejército de Tlascala: vuelven á segunda batalla con mayores fuerzas, y quedan rotos y desbaratados por el valor de los Españoles y por otro nuevo accidente que los puso en desconcierto.

En Tlascala fueron varios los discursos que se ocasionaron de este suceso: lloróse con pública demostracion la muerte de sus capitanes y caciques, y de este mismo sentimiento procedian contrárias opiniones: unos clamaban por la paz, calificando á los Españoles con el nom-

bre de inmortales; y otros prorumpian en oprobios y amenazas contra ellos, consolándose con la muerte de la yegua, única ganancia de la guerra: Magiscatzin se jactaba de haber prevenido el suceso, repitiendo á sus amigos lo que representó en el senado, y hablando en la materia como quien halla vanidad en el desaire de su consejo. Xicotencal desde su alojamiento pedia que se reforzase con nuevas reclutas su ejército, disminuyendo la pérdida, y sirviéndose de ella para mover á la venganza. Llegó á Tlascala en esta ocasion uno de los caciques confederados con diez mil guerreros de su nacion, cuyo socorro se tuvo á providencia de los dioses; y creciendo con las fuerzas el ánimo, resolvió el senado que se alistasen nuevas tropas y se prosiguiese con todo empeño la guerra.

Hernan Cortés, el dia siguiente á la batalla, trató solamente de mejorar sus fortificaciones y cerrar su cuartel, añadiendo nuevos reparos que se diesen la mano con las defensas naturales del sitio. Quisiera volver á las pláticas de la paz, y no hallaba camino de introducir negociacion, porque los cuatro mensajeros zempoales que fueron llegando al ejército por diferentes sendas y rodeos, venian escarmentados y atemorizaban á los demas. Rompieron dichosamente una estrecha prision, donde los pusieron el dia que salió á la campaña Xicotencal, destinados ya para mitigar con su sangre los dioses de la guerra; y á vista de esta inhumanidad no parecia conveniente ni sería fácil exponer otros al mismo peligro.

Dábale cuidado tambien la misma quietud del enemigo, porque no se oía rumor de guerra en todo el contorno: y la retirada de Xicotencal tuvo todas las señales de quedar pendiente la disputa. Debia segun buena razon, mantener aquel puesto para su retirada en caso de haberla menester, y hallaba inconvenientes en esta misma resolucion, porque los indios interpretarian á falta de valor el encierro del cuartel: reparo digno de consideracion en una guerra donde se peleaba más con la opinion que con la fuerza.

Pero atendiendo á todo como diligente capitan, resolvió salir otro dia por la mañana con alguna gente á tomar lengua, reconocer la campaña y poner en cuidado al ene-

migo; cuya faccion ejecutó personalmente con sus caballos y doscientos infantes, mitad españoles y mitad zempoales.

Alargáronse á reconocer algunos lugares por el camino de Tlascala, donde hallaron abundante provision de víveres, y se hicieron diferentes prisioneros, por cuyo medio se supo que Xicotencal tenía su alojamiento dos leguas de allí, no léjos de la ciudad, y que andaba previniendo nuevas fuerzas contra los Españoles, con cuya noticia se volvieron al cuartel, dejando hecho algun daño en las poblaciones vecinas; porque los Zempoales, que obraban ya con propia irritacion, dieron al hierro y á la llama cuanto encontraron : exceso que reprendia Cortés no sin alguna flojedad, porque no le pesaba de que entendiesen los Tlascaltecas cuán léjos estaba de temer la guerra quien los provocaba con la hostilidad.

Dióse luégo libertad á los prisioneros de esta salida, haciéndoles todo aquel agasajo que pareció necesario, para que perdiesen el miedo á los Españoles, y llévasen noticia de su benignidad. Mandó luégo buscar entre los otros prisioneros que se hicieron el dia de la ocasion, los que pareciesen más despiertos, y eligió dos ó tres para que llevásen un recado suyo á Xicotencal, cuya sustancia fué : « que » se hallaba con mucho sentimiento del daño que habia » padecido su gente en la batalla ; de cuyo rigor tuvo la » culpa quien dió la ocasion, recibiendo con las armas á » los que venian proponiendo la paz : que de nuevo le » requeria con ella, deponiendo enteramente la razon de » su enojo; pero que si no desarmaban luégo y trataban » de admitirla, le obligarian á que los aniquilase y destru- » yese de una vez, dando al escarmiento de sus vecinos el » nombre de su nacion. » Partieron los indios con este mensaje bien industriados y contentos, ofreciendo volver con la respuesta, y tardaron pocas horas en cumplir su palabra; pero vinieron sangrientos y maltratados, porque Xicotencal mandó castigar en ellos el atrevimiento de llevarle semejante proposicion, y no los hizo matar porque volviesen heridos á los ojos de Cortés; y llevando esta circunstancia más de su resolucion, le dijesen de su parte:

« que al primer nacímiento del sol se verian en campaña:
» que su ánimo era llevarle vivo con todos los suyos á las
» aras de sus dioses, para lisonjearlos con la sangre de
» sus corazones; y que se lo avisaba desde luégo para que
» tuviese tiempo de prevenirse; » dando á entender que no acostumbraba disminuir sus victorias con el descuido de sus enemigos.

Causó mayor irritacion que cuidado en el ánimo de Cortés la insolencia del bárbaro; pero no desestimó su aviso ni despreció su consejo: ántes con la primera luz del dia sacó su gente á la campaña, dejando en el cuartel la que le pareció necesaria para su defensa, y alargándose poco más de média legua, eligió puesto conveniente para recibir al enemigo con alguna ventaja, donde formó sus hileras segun el terreno y conforme á la experiencia que ya se tenía de aquella guerra. Guarneció luégo los costados con la artillería, midiendo y regulando sus ofensas: alargó sus batidores, y quedándose con los caballos para cuidar de los socorros, esperó el suceso, manifiesta en el semblante la seguridad del ánimo, sin necesitar mucho de su elocuencia para instruir y animar á sus soldados, porque venian todos alegres y alentados, hecha ya deseo de pelear la misma costumbre de vencer.

No tardaron mucho los batidores en volver con el aviso de que venía marchando el enemigo con un poderoso ejército, y poco más en descubrirse su vanguardia. Fuése llenando la campaña de indios armados: no se alcanzaba con la vista el fin de sus tropas, escondiéndose ó formándose de nuevo en ellas todo el horizonte. Pasaba el ejército de cincuenta mil hombres (así lo confesaron ellos mismos), último esfuerzo de la república, y de todos sus aliados, para coger vivos á los Españoles y llevarlos maniatados, primero al sacrificio, y luégo al banquete. Traian de novedad una grande águila de oro levantada en alto: insignia de Tlascala, que sólo acompañaba sus huestes en las mayores empresas. Íbanse acercando con increíble ligereza; y cuando estuvieron á tiro de cañon empezó á reprimir su celeridad la artillería, poniéndolos en tanto asombro, que se detuvieron un rato neutrales

entre la ira y el miedo; pero venciendo la ira, se adelantaron de tropel hasta llegar á distancia que pudieron jugar sus hondas y disparar sus flechas, donde los detuvo segunda vez el terror de los arcabuces y el rigor de las ballestas.

Duró largo tiempo el combate, sangriento de parte de los indios, y con poeo daño de los Españoles, porque militaba en su favor la diferencia de las armas, y el órden y concierto con que daban y recibian las cargas. Pero reconociendo los indios la sangre que perdian, y que los iba destruyendo su misma tardanza, se movieron de una vez, impelidos al parecer los primeros de los que venian detras, y cayó toda la multitud sobre los Españoles y Zempoales, con tanto ímpetu y desesperacion, que los rompieron y desbarataron, deshaciendo enteramente la union y buena ordenanza en que se mantenian; y fué necesario todo el valor de los soldados, todo el aliento y diligencia de los capitanes, todo el esfuerzo de los caballos y toda la ignorancia militar de los indios, para que pudiesen volverse á formar, como lo consiguieron á viva fuerza, con muerte de los que tardaron más en retirarse.

Sucedió á este tiempo un accidente como el pasado, en que se conoció segunda vez la especial providencia con que miraba el cielo por su causa. Reconocióse gran turbacion en la batalla del campo enemigo : movíanse las tropas á diferentes partes, dividiéndose unos de otros, y volviendo contra sí las frentes y las armas; de que resultó el retirarse todos tumultuosamente, y el volver las espaldas en fuga deshecha los que peleaban en su vanguardia, cuyo alcance se siguió con moderada ejecucion, porque Hernan Cortés no quiso exponerse á que le volviesen á cargar léjos de su cuartel.

Súpose despues que la causa de esta revolucion, y el motivo de esta segunda retirada, fué que Xicotencal, hombre destemplado y soberbio que fundaba su autoridad en la paciencia de los que le obedecian, reprendió con sobrada libertad á uno de los caciques principales, que servia debajo de su mano con más de diez mil guerreros auxiliares : tratóle de cobarde y pusilánime, porque se detuvo cuando

cerraron los demas; y él volvió por sí con tanta osadía, que llegó el caso á términos de rompimiento y desafío de persona á persona; y brevemente se hizo causa de toda la nacion, que sintió el agravio de su capitan, y se previno á su defensa; con cuyo ejemplo se tumultuaron otros caciques parciales del ofendido: y tomando resolucion de retirar sus tropas de un ejército donde se desestimaba su valor, lo ejecutaron con tanto enojo y celeridad, que pusieron en desórden y turbacion á los demas; y Xicotencal conociendo su flaqueza, trató solamente de ponerse en salvo, dejando á sus enemigos el campo y la victoria.

Fué grande el número de los indios que murieron en esta ocasion, y mayor el de los heridos (así lo referian ellos despues); y de los nuestros murió sólo un soldado, y salieron veinte con algunas heridas de tan poca consideracion, que pudieron asistir á las guardias aquella misma noche. Pero siendo esta victoria tan grande, y más llenamente admirable que la pasada, porque se peleó con mayor ejército y se retiró deshecho el enemigo; pudo tanto en algunos de los soldados españoles la novedad de haberse visto rotos y desordenados en la batalla, que volvieron al cuartel melancólicos y desalentados con ánimo y semblante de vencidos. Eran muchos los que decian con poco recato, que no querian perderse de conocido por el antojo de Cortés, y que tratase de volverse á la Vera-Cruz, pues era imposible pasar adelante, ó lo ejecutarian ellos dejándole solo con su ambicion y su temeridad. Entendiólo Hernan Cortés, y se retiró á su barraca sin tratar de reducirlos, hasta que se cobrasen de aquel reciente pavor, y tuviesen tiempo de conocer el desacierto de su proposicion; que en este género de males irritan más que corrigen los remedios apresurados, siendo el temor en los hombres una pasion violenta que suele tener sus primeros ímpetus contra la razon.

CAPÍTULO XVIII

Sosiega Hernan Cortés la nueva turbacion de su gente : los de Tlascala tienen por encantadores á los Españoles : consultan sus adivinos, y por su consejo los asaltan de noche en su cuartel.

Iba tomando cuerpo la inquietud de los malcontentos; y no bastando á reducirlos la diligencia de los capitanes, ni el contrário sentir de la gente de obligaciones, fué necesario que Hernan Cortés sacase la cara y tratase de ponerlos en razon : para cuyo efecto mandó que se juntasen en la plaza de armas todos los Españoles, con pretexto de tomar acuerdo sobre el estado presente de las cosas : y acomodando cerca de sí á los más inquietos (especie de favor en que iba envuelta la importancia de que le oyesen mejor), « poco tenemos, dijo, que discurrir en lo que debe » obrar nuestro ejército, vencidas en poco tiempo dos ba- » tallas, en que se ha conocido igualmente vuestro valor y » la flaqueza de vuestros enemigos : y aunque no suele ser » el último afan de la guerra el vencer, pues tiene sus difi- » cultades el seguir la victoria, y debemos todavía reca- » tarnos de aquel género de peligros, que andan muchas » veces con los buenos sucesos, como pensiones de la hu- » mana felicidad ; no es éste, amigos, mi cuidado; para » mayor duda necesito de vuestro consejo. Dícenme que » algunos de nuestros soldados vuelven á desear, y se ani- » man á proponer que nos retiremos. Bien creo que fun- » darán este dictámen sobre alguna razon aparente; pero » no es bien que punto de tanta importancia se trate á ma- » nera de murmuracion. Decid todos libremente vuestro » sentir; no desautoricéis vuestro celo tratándole como de- » lito ; y para que discurramos todos sobre lo que con- » viene á todos, considérese primero el estado en que nos » hallamos, y resuélvase de una vez algo que no se pueda » contradecir. Esta jornada se intentó con vuestro pare- » cer, y pudiera decir con vuestro aplauso : nuestra reso- » lucion fué pasar á la corte de Motezuma : todos nos sa-

» crificámos á esta empresa por nuestra religion, por nues-
» tro rey, y despues por nuestra honra y nuestras esperan-
» zas. Estos indios de Tlascala, que intentaron oponerse á
» nuestro designio con todo el poder de su república y
» confederaciones, están ya vencidos y desbaratados. No
» es posible, segun las reglas naturales, que tarden mucho
» en rogarnos con la paz ó cedernos el paso. Si esto se
» consigue, ¿cómo crecerá nuestro crédito? ¿dónde nos pon-
» drá la aprension de estos bárbaros, que hoy nos coloca
» entre sus dioses? Motezuma, que nos esperaba cuida-
» doso, como se ha conocido en la repeticion y artificio de
» sus embajadas, nos ha de mirar con mayor asombro,
» domados los Tlascaltecas, que son los valientes de su
» tierra, y los que se mantienen con las armas fuera de su
» dominio. Muy posible será que nos ofrezca partidos ven-
» tajosos, temiendo que nos coliguemos con sus rebeldes;
» y muy posible que esta misma dificultad que hoy experi-
» mentamos, sea el instrumento de que se vale Dios para
» facilitar nuestra empresa probando nuestra constancia:
» que no ha de hacer milagros con nosotros sin servirse de
» nuestro corazon y nuestras manos. Pero si volvemos las
» espaldas (y seremos los primeros á quien desanimen las
» victorias) perdióse de una vez la obra y el trabajo. ¿Qué
» podemos esperar, ó qué no debemos temer? Esos mis-
» mos vencidos, que hoy están amedrentados y fugitivos,
» se han de animar con nuestro desaliento, y dueños de los
» atajos y asperezas de la tierra, nos han de perseguir y
» deshacer en la marcha. Los indios amigos que sirven á
» nuestro lado contentos y animosos, se han de apartar de
» nuestro ejército y procurar escaparse á sus tierras, pu-
» blicando en ellas nuestro vituperio. Los Zempoales y To-
» tonaques, nuestros confederados, que son el único refu-
» gio de nuestra retirada, han de conspirar contra nos-
» otros, perdido el gran concepto que tenian de nuestras
» fuerzas. Vuelvo á decir que se considere todo con maduro
» consejo, y midiendo las esperanzas que abandonamos
» con los peligros á que nos exponemos, propongáis y de-
» liberéis lo que fuere más conveniente; que yo dejo toda
» su libertad á vuestro discurso; y he tocado estos incon-

» venientes, más para disculpar mi opinion que para de-» fenderla. » Apénas acabó Hernan Cortés su razona-miento, cuando uno de los soldados inquietos, conociendo la razon, levantó la voz diciendo á sus parciales : « Ami-» gos, nuestro capitan pregunta lo que se ha de hacer, pero » enseña preguntando : ya no es posible retirarnos sin per-» dernos. »

Diéronse los demas por convencidos confesando su error; aplaudió su desengaño el resto de la gente, y se resolvió por aclamacion que se prosiguiese la empresa, quedando enteramente remediada por entónces la inquietud de aquellos soldados que apetecian el descanso de la isla de Cuba : cuya sinrazon fué una de las dificultades que más trabajaron el ánimo y ejercitaron la constancia de Cortés en esta jornada.

Causó raro desconsuelo en Tlascala esta segunda rota de su ejército. Todos andaban admirados y confusos. El pueblo clamaba por la paz; los magnates no hallaban camino de proseguir la guerra : unos trataban de retirarse á los móntes con sus familias : otros decian que los Españoles eran deidades, inclinándose á que se les diese la obediencia con circunstancias de adoracion. Juntáronse los senadores para tratar del remedio ; y empezando á discurrir por su mismo asombro, confesaron todos que las fuerzas de aquellos extranjeros no parecian naturales; pero no se acababan de persuadir á que fuesen dioses, teniendo por ligereza el acomodarse á la credulidad del vulgo, ántes vinieron á recaer en el dictámen de que se obraban aquellas hazañas de tanta maravilla por arte de encantamiento, resolviendo que se debia recurrir á la misma ciencia para vencerlos, y desarmar un encanto con otro. Llamaron para este fin á sus magos y agoreros, cuya ilusoria facultad tenía el demonio muy introducida, y no ménos venerada en aquella tierra. Comunicóseles el pensamiento del senado, y ellos asistieron á él con misteriosa ponderacion; y dando á entender que sabian la duda que se les habia de proponer, y que traian estudiado el caso de prevencion, y dijeron : « que mediante la observacion de » sus círculos y adivinaciones, tenian ya descubierto y ave-

» riguado el secreto de aquella novedad, y que todo con-
» sistia en que los Españoles eran hijos del sol, producidos
» de su misma actividad en la madre tierra de las regio-
» nes orientales, siendo su mayor encantamiento la pre-
» sencia de su padre, cuya fervorosa influencia les comu-
» nicaba un género de fuerza superior á la naturaleza hu-
» mana, que los ponia en términos de inmortales. Pero
» que al transponer por el Occidente cesaba la influencia,
» y quedaban desalentados y marchitos como las yerbas
» del campo, reduciéndose á los límites de la mortalidad
» como los otros hombres; por cuya consideracion con-
» vendria embestirlos de noche, y acabar con ellos án-
» tes que el nuevo sol los hiciese invencibles. »

Celebraron mucho aquellos padres conscriptos la gran sabiduría de sus magos, dándose por satisfechos de que habian hallado el punto de la dificultad, y descubierto el camino de conseguir la victoria. Era contra el estilo de aquella tierra el pelear de noche; pero como los casos nuevos tienen poco respeto á la costumbre, se comunicó á Xicotencal esta importante noticia, ordenándole que asaltase despues de puesto el sol el cuartel de los Españoles, procurando destruirlos y acabarlos ántes que volviese al Oriente; y él empezó á disponer su faccion, creyendo con alguna disculpa la impostura de los magos, porque llegó á sus oídos autorizada con el dictámen de los senadores.

Venía Xicotencal muy embebido en la fe de sus agoreros, creyendo hallar desalentados y sin fuerzas á los Españoles, y acabar su guerra sin que lo supiese el sol ; pero traia diez mil guerreros por si no se hubiesen acabado de marchitar. Dejáronle acercar los nuestros sin hacer movimiento, y él dispuso que se atacase por tres partes el cuartel, cuya órden ejecutaron los indios con presteza y resolucion; pero hallaron sobre sí tan poderosa y no esperada resistencia, que murieron muchos en la demanda, y quedaron todos asombrados con otro género de temor, hecho de la misma seguridad con que venian. Conoció Xicotencal, aunque tarde, la ilusion de sus agoreros, y conoció tambien la dificultad de su empresa; pero no se supo entender con su ira y con su corazon : y así ordenó que se

embistiese de nuevo por todas partes, y se volvió al asalto, cargando todo el grueso de su ejército sobre nuestras defensas. No se puede negar á los indios el valor con que intentaron este género de pelear, nuevo en su milicia, por la noche y por la fortificacion. Ayudábanse unos á otros con el hombro y con los brazos para ganar la muralla, y recibian las heridas haciéndolas mayores con su mismo impulso; ó cayendo los primeros, sin escarmiento de los que venian detras. Duró largo rato el combate, peleando contra ellos tanto como nuestras armas su mismo desórden; hasta que desengañado Xicotencal de que no era posible á sus fuerzas lo que intentaba, mandó que se hiciese la seña de recoger ; y trató de retirarse. Pero Hernan Cortés, que velaba sobre todo, luégo que reconoció su flaqueza y vió que se apartaban atropelladamente de la muralla, echó fuera parte de su infantería y todos los caballos que tenía ya prevenidos con pretales de cascabeles, para que abultasen más con el ruido y la novedad, cuyo repentino asalto puso en tanto pavor á los indios, que sólo trataron de escapar sin hacer resistencia. Dejaron considerable número de muertos en la campaña, con algunos heridos que no pudieron retirar, y de los Españoles quedaron sólo heridos dos ó tres soldados, y muerto uno de los Zempoales : suceso que pareció tambien milagroso considerada la multitud innumerable de flechas, dardos y piedras que se hallaron dentro del recinto; y victoria, que por su facilidad y poca costa, se celebró con particular demostracion de alegría entre los soldados : aunque no sabian entónces cuánto les importaba el haber sido valientes de noche, ni la obligacion en que estaban á los magos de Tlascala; cuyo desvarío sirvió tambien en esta obra, porque levantó á lo sumo el crédito de los Españoles, y les facilitó la paz, que es el mejor fruto de la guerra[1].

1. Despues del primer encuentro con los 5 mil Tlascaltecas, tuvo lugar la primera batalla en la que segun Solís tomaron parte 40 mil indios : Herrera señala 30 mil; y Hernan Cortés dice que peleó contra 150 mil : la diferencia es harto notable. En la segunda pone Solís 50 mil : Herrera 150 mil, y Cortés 149 mil, y añade : *que cubrian toda la tierra :* frase hiperbólica que sienta bien en el

CAPÍTULO XIX

Manda el senado á su general que suspenda la guerra, y él no quiere obedecer; ántes trata de dar nuevo asalto al cuartel de los Españoles: conócense, y castíganse sus espías, y dase principio á las pláticas de la paz.

Desvanecidas en la ciudad aquellas grandes esperanzas que se habian concebido, sin otra causa que fiar el suceso de sus armas al favor de la noche, volvió á clamar el pueblo por la paz: inquietáronse los nobles, hechos ya populares con ménos ruido; pero con el mismo sentir: quedaron sin aliento y sin discurso los senadores; y su primera demostracion fué castigar en los agoreros su propia liviandad; no tanto porque fuese novedad en ellos el engaño, como porque se corrieron de haberlos creido. Dos ó tres de los más principales fueron sacrificados en uno de sus templos, y los demas tendrian su reprension, y quedarian obligados á mentir con ménos libertad en aquel auditorio.

Juntóse despues el senado para tratar el negocio principal, y todos se inclinaron á la paz sin controversia concediendo al entendimiento de Magiscatzin la ventaja de haber conocido ántes la verdad; y confesando los más incrédulos que aquellos extranjeros eran sin duda los hombres celestiales de sus profecías. Decretóse por primera resolucion que se despachase luégo expresa órden á Xicotencal para que sus-

soldado, mas no en el historiador. Herrera habla de otras dos batallas que no menciona Cortés; ni tampoco Solís hace mérito de ninguna otra como no sea el asalto nocturno al cuartel de los Españoles. Bernal Díaz del Castillo, á quien copia en esto Solís, da igual número á los ejércitos de Tlascala: pero refiere otra tercer batalla que es la segunda citada por Solís, sin decir el número de los enemigos. Difícil es poner de acuerdo pareceres tan opuestos, áun entre los que tomaron parte en los mismos acontecimientos que refieren.

Solís siguió á Herrera en el episodio del senado de Tlascala sobre la guerra, y discursos de Magiscatzin y Xicotencal. Cortés en sus relaciones no hace mencion de ello.

pendiese la guerra y estuviese á la mira, teniendo entendido que se trataba de la paz, y que por parte del senado quedaba ya resuelta, y se nombrarian luégo embajadores que la propusiesen y ajustasen con los mejores partidos que se pudiesen conseguir á favor de su república.

Pero Xicotencal estaba tan obstinado contra los Españoles, y tan ciego en el empeño de sus armas, que se negó totalmente á la obediencia de esta órden, y respondió con arrogancia y desabrimiento que él y sus soldados eran el verdadero senado, y mirarian por el crédito de su nacion, ya que la desamparaban los padres de la patria. Tenía dispuesto el asaltar segunda vez á los Españoles de noche, y dentro de su cuartel; no porque hiciese caso de las adivinaciones pasadas, sino porque le pareció mejor tenerlos encerrados, para que viniesen vivos á sus manos; pero trataba de ir á esta faccion con más gente y con mejores noticias; y sabiendo que algunos paisanos de los lugares circunvecinos acudian al cuartel con bastimentos por la codicia de los rescates, se sirvió de este medio para facilitar su empresa, y nombró cuarenta soldados de su satisfaccion, que vestidos en traje de villanos, y cargados de frutas, gallinas y pan de maíz, entrasen dentro de la plaza, y procurasen observar la calidad y fuerza de su fortificacion, y por qué parte se podria dar el asalto con ménos dificultad. Algunos dicen que fueron estos indios como embajadores del mismo Xicotencal, con pláticas fingidas de paz; en cuyo caso sería más culpable la inadvertencia de los nuestros; pero bien fuese con éste ó con aquel pretexto, ellos entraron en el cuartel, y estuvieron entre los Españoles mucha parte de la mañana sin que se hiciese reparo en su detencion, hasta que uno de los soldados zempoales advirtió que andaban reconociendo cautelosamente la muralla, y asomándose á ella por diferentes partes con recatada curiosidad, de que avisó luégo á Cortés; y como en este género de sospechas no hay indicio leve, ni sombra que no tenga cuerpo, mandó que los prendiesen al instante, lo cual se ejecutó con facilidad, y examinados separadamente, dijeron con poca resistencia la verdad, unos en el tormento, y otros en el temor de re-

cibirlo: concordando todos en que aquella misma noche se habia de dar segundo asalto al cuartel, á cuya faccion, vendria ya marchando su general con veinte mil hombres, y los habia de esperar á distancia de una legua para disponer sus ataques segun la noticia que le llevasen de las flaquezas que hubiesen observado en la muralla.

Sintió mucho Hernan Cortés este accidente, porque se hallaba con poca salud, y le costaba el disimular su enfermedad mayor trabajo que padecerla; pero nunca se rindió á la cama, y sólo cuidaba de curarse cuando no habia de qué cuidar. Refiérese de él (no lo pasemos en silencio) que una de las ocasiones que se ofrecieron sobre Tlascala le halló recien purgado, y que montó á caballo, y anduvo en la disposicion de la batalla, y en los peligros de ella, sin acordarse del achaque, ni sentir el remedio, que hizo el dia siguiente su operacion cobrando con la quietud del sugeto su eficacia y su actividad. Don fray Prudencio de Sandoval en su *historia del Emperador* lo califica por milagro que Dios obró con él: dictámen que impugnarán los filósofos, á cuya profesion toca el discurrir cómo pudo en este caso arrebatarse la facultad en seguimiento de la imaginacion ocupada en mayor negocio: ó cómo se recogieron los espíritus al corazon y á la cabeza, llevándose tras sí el calor natural con que se habia de actuar el medicamento. Pero el historiador no debe omitir la sencilla narracion de un suceso en que se conoce cuanto se entregaba este capitan al cuidado vigilante de lo que debia mandar y disponer en la batalla: ocupacion verdaderamente que necesita de todo el hombre por grande que sea; y ponderaciones que alguna vez son permitidas en la historia, por lo que sirven al ejemplo y animan á la imitacion.

Averiguados ya los designios de Xicotencal por á la confesion de sus espías, trató Hernan Cortés de prevenir todo lo necesario para la defensa de su cuartel, y pasó luégo á discurrir en el castigo que merecian aquellos delincuentes condenados á muerte segun las leyes de la guerra; pero le pareció que el hacerlos matar sin noticia de los enemigos, sería justicia sin escarmiento; y como necesitaba mé-

nos de su satisfaccion que del terror ajeno, ordenó que á los que estuvieron más negativos, que serian catorce ó quince, se les cortasen las manos á unos, y á otros los dedos pulgares, y los envió de esta suerte á su ejército; mandándoles que dijesen de su parte á Xicotencal que ya le quedaban esperando; y que se los enviaba con la vida, porque no se le malograsen las noticias que llevaban de sus fortificaciones.

Hizo grande horror en el ejército de los indios que venía ya marchando á su faccion este sangriento espectáculo : quedaron todos atónitos, notando la novedad y el rigor del castigo; y Xicotencal más que todos, cuidadoso de que hubiesen descubierto sus designios, siendo éste el primer golpe que le tocó en el ánimo, y empezó á quebrantar su resolucion; porque se persuadió á que no podian sin alguna divinidad aquellos hombres haber conocido sus espías, y penetrado su pensamiento; con cuya imaginacion empezó á congojarse, y á dudar en el partido que debia tomar; pero cuando ya estaba inclinado á resolver su retirada, la halló necesaria por otro accidente, y se hizo sin su voluntad lo mismo que resistia su obstinacion. Llegaron á este tiempo diferentes ministros del senado, que autorizados con su representacion, le intimaron que arrimase el baston de general; porque vista su inobediencia, y el atrevimiento de su respuesta, se habia revocado el nombramiento en cuya virtud gobernaba las armas de la república. Mandaron tambien á los capitanes que no le obedeciesen, pena de ser declarados por traidores á la patria; y como cayó esta novedad sobre la turbacion que causó en todos el destrozo de sus espías, y en Xicotencal la penetracion de su secreto, ninguno se atrevió á replicar; ántes inclinaron las cervices al precepto de la república, deshaciéndose con extraordinaria prontitud todo aquel aparato de guerra. Marcharon los caciques á sus tierras, la gente de Tlascala tomó el camino sin esperar otra órden; y Xicotencal que estaba ya ménos animoso, tuvo á felicidad que le quitasen las armas de las manos, y se recogió á la ciudad, acompañado solamente de sus amigos y parientes, donde se presentó al senado, mal escon-

dido su despecho en esta demostracion de su obediencia.

Los Españoles pasaron aquella noche con cuidado, y sosegaron el dia siguiente sin descuido porque no se acababan de asegurar de la intencion del enemigo; aunque los indios de la contribucion afirmaban que se habia deshecho el ejército, y esforzado la plática de la paz. Duró esta suspension hasta que otro dia por la mañana descubrieron los centinelas una tropa de indios, que venian al parecer con algunas cargas sobre los hombros, por el camino de Tlascala; y Hernan Cortés mandó que se retirasen á la plaza y los dejasen llegar. Guiaban esta tropa cuatro personajes de respeto, bien adornados, cuyo traje y plumas blancas denotaban la paz; detras de ellos venian sus criados, y despues veinte ó treinta indios tamenes cargados de vituallas. Deteníanse de cuando en cuando, como recelosos de acercarse, y hacian grandes humillaciones hácia el cuartel, entreteniendo el miedo con la cortesía: inclinaban el pecho hasta tocar la tierra con las manos, levantándose despues para ponerlas en los labios: reverencia que sólo usaban con sus príncipes; y en estando más cerca, subieron de punto el rendimiento con el humo de sus incensarios. Dejóse ver entónces sobre la muralla doña Marina, y en su lengua les preguntó de parte de quién y á qué venian. Respondieron, que de parte del senado y república de Tlascala, y á tratar de la paz, con que se les concedió la entrada.

Recibiólos Hernan Cortés con aparato y severidad conveniente; y ellos repitiendo sus reverencias y sus perfumes, dieron su embajada, que se redujo á diferentes disculpas de lo pasado; frívolas, pero de bastante sustancia, para colegir de ellas su arrepentimiento. Decian: « que los Oto-
» míes y Chontales, naciones bárbaras de su confederacion,
» habian juntado sus gentes, y hecho la guerra contra el
» parecer del senado, cuya autoridad no habia podido re-
» primir los primeros ímpetus de su ferocidad; pero que
» ya quedaban desarmados, y la república muy deseosa
» de la paz: que no sólo traian la voz del senado sino de
» la nobleza y del pueblo para pedirle que marchase
» luégo con todos sus soldados á la ciudad, donde podrian

» detenerse lo que gustasen, con seguridad de que serian » asistidos y venerados como hijos del sol y hermanos de » sus dioses : » y últimamente concluyeron su razonamiento, dejando mal encubierto el artificio en todo lo que hablaron de la guerra pasada; pero no sin algunos visos de sinceridad en lo que proponian de la paz.

Hernan Cortés, afectando segunda vez la severidad, y negando al semblante la interior complacencia, les respondió solamente ; « que llevasen entendido, y dijesen de su » parte al senado que no era pequeña demostracion de su » benignidad el admitirlos y escucharlos, cuando podian » temer su indignacion como delincuentes, y debian reci» bir la ley como vencidos : que la paz que proponian » era conforme á su inclinacion; pero que la buscaban » despues de una guerra muy injusta y muy porfiada, para » que se dejase hallar fácilmente ó no la encontrasen dete» nida y recatada: que se veria cómo perseveraban en de» searla, y como procedian para merecerla : y entretanto » procuraria reprimir el enojo de sus capitanes, y engañar » la razon de sus armas suspendiendo el castigo con el » brazo levantado, para que pudiesen lograr con la en» mienda el tiempo que hay entre la amenaza y el golpe. »

Así les respondió Cortés, tomando por este medio algun tiempo para convalecer de su enfermedad, y para examinar mejor la verdad de aquella proposicion ; á cuyo fin tuvo por conveniente que volviesen cuidadosos y poco asegurados estos mensajeros, porque no se ensoberbeciesen ó entibiasen los del senado, hallándole muy fácil ó muy deseoso de la paz : que en este género de negocios suelen ser atajos los que parecen rodeos, y servir como diligencias as dificultades.

CAPÍTULO XX

Vienen al cuartel nuevos embajadores de Motezuma para embarazar la paz de Tlascala : persevera el senado en pedirla, y toma el mismo Xicotencal á su cuenta esta negociacion.

Creció con estas victorias la fama de los Españoles; y

Motezuma que tenía frecuentes noticias de lo que pasaba en Tlascala, mediante la observacion de sus ministros y la diligencia de sus correos, entró en mayor aprension de su peligro cuando vió sojuzgada y vencida por tan pocos hombres aquella nacion belicosa que tantas veces habia resistido á sus ejércitos. Hacíanle grande admiracion las hazañas que le referian de los extranjeros, y temian que una vez reducidos á su obediencia los Tlascaltecas se sirviesen de su rebeldía y de sus armas, y pasasen á mayores intentos en daño de su imperio. Pero es muy de reparar que en medio de tantas perplejidades y recelos no se acordase de su poder, ni pasase á formar ejército para su defensa y seguridad; ántes sin tratar (por no sé qué genio superior á su espíritu) de convocar sus gentes, ni atreverse á romper la guerra, se dejaba todo á las artes de la política, y andaba fluctuando entre los medios suaves. Puso entónces la mira en deshacer esta union de Españoles y Tlascaltecas; y no lo pensaba mal, que cuando falta la resolucion, suele andar muy despierta y muy solícita la prudencia. Resolvió para este fin hacer nueva embajada y regalo á Cortés; cuyo pretexto fué complacerse de los buenos sucesos de sus armas, y de que le ayudase á castigar la insolencia de sus enemigos los Tlascaltecas; pero el fin principal de esta diligencia fué pedirle con nuevo encarecimiento que no tratase de pasar á su corte con mayor ponderacion de las dificultades que le obligaban á no conceder este permiso. Llevaron los embajadores instruccion secreta para reconocer el estado en que se hallaba la guerra de Tlascala, y procurar (en caso que se hablase de la paz, y los Españoles se inclinasen á ella) divertir y embarazar su conclusion, sin manifestar el recelo de su príncipe, ni apartarse de la negociacion hasta darle cuenta, y esperar su órden.

Vinieron con esta embajada cinco Mejicanos de la primera suposicion entre sus nobles; y pisando con algun recato las términos de Tlascala, llegaron al cuartel poco despues que partieron los ministros de la república. Recibiólos Hernan Cortés con grande agasajo y cortesía, porque ya le tenía con algun cuidado el silencio de Motezuma.

Oyó su embajada gratamente, recibió tambien y agradeció el presente, cuyo valor sería de hasta mil pesos en piezas diferentes de oro ligero, sin otras curiosidades de pluma y algodon y no les dió por entónces su respuesta, porque deseaba que viesen ántes de partir á los de Tlascala rendidos y pretendientes de la paz : ni ellos solicitaron su despacho, porque tambien deseaban detenerse; pero tardaron poco en descubrir todo el secreto de su instruccion, porque decian lo que habian de callar, preguntando con poca industria lo que venian á inquirir; y á breve tiempo se conoció todo el temor de Motezuma, y lo que importaba la paz de Tlascala para que viniese á la razon.

La república entretanto, deseosa de poner en buena fe á los Españoles, envió sus órdenes á los lugares del contorno para que acudiesen al cuartel con bastimentos, mandando que no llevasen por ellos precio ni rescate, lo cual se ejecutó puntualmente y creció la provision sin que se atreviesen los paisanos á recibir la menor recompensa. Dos dias despues se descubrió por el camino de la ciudad una considerable tropa de indios que se venian acercando con insignias de paz ; y avisado Cortés, mandó que se les franquease la entrada, y para recibirlos mezcló entre su acompañamiento á los embajadores mejicanos, dándoles á entender que les confiaba lo que deseaba poner en su noticia. Venía por cabo de los Tlascaltecas el mismo Xicotencal, que tomó la comision de tratar ó concluir este gran negocio, bien fuese por satisfacer al senado, enmendando con esta accion su pasada rebeldía, ó porque se persuadió á que convenía la paz, y como ambicioso de gloria, no quiso que se debiese á otro el bien de su república. Acompañábanle cincuenta caballeros de su faccion y parentela, bien adornados á su modo. Era de más que mediana estatura, de buen talle, más robusto que corpulento : el traje, un manto blanco airosamente manejado, muchas plumas, y algunas joyas puestas en su lugar : el rostro de poco agradable proporcion; pero que no dejaba de infundir respeto, haciéndose más reparable por el denuedo que por la fealdad. Llegó con desembarazo de soldado á la presencia de Cortés, y hechas sus reverencias

tomó asiento, dijo quién era, y empezó su oracion : « con-
» fesando que tenía toda la culpa de la guerra pasada,
» porque se persuadió á que los Españoles eran parciales
» de Motezuma, cuyo nombre aborrecia; pero que ya como
» primer testigo de sus hazañas, venía con los méritos de
» rendido á ponerse en las manos de su vencedor, deseando
» merecer con esta sumision y reconocimiento el perdon
» de su república, cuyo nombre y autoridad traia, no para
» proponer sino para pedir rendidamente la paz, y admi-
» tirla como se la quisiesen conceder : que la demandaba
» una, y dos, y tres veces en nombre del senado, nobleza y
» pueblo de Tlascala : suplicándole con todo encareci-
» miento que honrase luégo aquella ciudad con su asis-
» tencia, donde hallaria prevenido alojamiento para toda
» su gente, y aquella veneracion y servidumbre que se
» podia fiar de los que siendo valientes se rendian á rogar
» y obedecer ; pero que solamente le pedia, sin que pare-
» ciese condicion de la paz, sino dádiva de su piedad, que
» se hiciese buen pasaje á los vecinos y se reservasen de la
» licencia militar sus dioses y sus mujeres. »

Agradó tanto á Cortés el razonamiento y desahogo de Xicotencal, que no pudo dejar de manifestarlo en el semblante á los que le asistian, dejándose llevar del afecto que le merecian siempre los hombres de valor; pero mandó á doña Marina que se lo dijese así, porque no pensase que se alegraba de su proposicion, y volvió á cobrar su entereza para ponderarle, no sin alguna vehemencia, « la poca razon que habia tenido su república en
» mover una guerra tan injusta, y él en fomentar esta
» injusticia con tanta obstinacion : » en que se alargó sin prolijidad á todo lo que pedia la razon; y despues de acriminar el delito para encarecer el perdon, concluyó
« concediendo la paz que le pedian, y que no se les haria
» violencia ni extorsion alguna en el paso de su ejército ; »
á que añadió : « que cuando llegase el caso de ir á su ciu-
» dad, se les avisaria con tiempo, y se dispondria lo que
» fuese necesario para su entrada y alojamiento. »

Sintió mucho Xicotencal esta dilacion, mirándola como pretexto para examinar mejor la sinceridad del tratado ;

y con los ojos en el auditorio, dijo : « Razon tenéis, ó Teu» les grandes (así llamaban á sus dioses), para castigar » nuestra verdad con vuestra desconfianza; pero si no » basta para que me creáis el hablaros en mí toda la repú» blica de Tlascala, yo que soy el capitan general de sus » ejércitos, y estos caballeros de mi séquito, que son los » primeros nobles y mayores capitanes de mi nacion, nos » quedaremos en rehenes de vuestra seguridad, y estare» mos en vuestro poder prisioneros ó aprisionados todo el » tiempo que os detuviereis en nuestra ciudad. » No dejó de asegurarse mucho Hernan Cortés con este ofrecimiento; pero como deseaba siempre quedar superior, le respondió: « que no era menester aquella demostracion para » que se creyese que deseaban lo que tanto les convenia, » ni su gente necesitaba de rehenes para entrar segura en » su ciudad, y mantenerse en ella sin recelo, como se habia » mantenido en medio de sus ejércitos armados; pero que » la paz quedaba firme y asegurada en su palabra, y su » jornada sería lo más presto que se pudiese disponer. » Con que disolvió la plática y los salió acompañando hasta la puerta de su alojamiento, donde agasajó de nuevo con los brazos á Xicotencal; y dándole despues la mano, le dijo al despedirse : « que sólo tardaria en pagarle aquella » visita el breve tiempo que habia menester para despa» char unos embajadores de Motezuma : » palabras que dieron bastante calor á la negociacion, aunque las dejó caer como cosa en que no reparaba.

Quedóse despues con los Mejicanos, y ellos hicieron grande irrision de la paz y de los que la proponian, pasando á culpar, no sin alguna enfadosa presuncion, la facilidad con que se dejaron persuadir los Españoles; y volviendo el rostro á Cortés le dijeron como que le daban doctrina : « que se admiraban mucho de que un hombre » tan sabio no conociese á los de Tlascala, gente bárbara » que se mantenia de sus ardides más que de sus fuerzas; » y que mirase lo que hacía, porque sólo trataban de ase» gurarle para servirse de su descuido y acabar con él y » con los suyos. » Pero cuando vieron que se afirmaba en mantener su palabra, y en que no podia negar la paz á

quien se la pedia, ni faltar al primer instituto de sus armas, quedaron un rato pensativos; de que resultó el pedirle, convertida en ruego la persuasion, que dilatase por seis dias el marchar á Tlascala : en cuyo tiempo irian los dos más principales á poner en la noticia dc su príncipe todo lo que pasaba, y quedarian los demas á esperar su resolucion. Concedióselo Hernan Cortés, porque no le pareció conveniente romper con el respeto de Motezuma, ni dejar de esperar lo que diese de sí esta diligencia, siendo posible que se allanasen con ella las dificultades que ponia en dejarse ver. Así se aprovechaba de los afectos que reconocia en los Tlascaltecas y en los Mejicanos; y así daba estimacion á la paz, haciéndosela desear á los unos y temer á los otros.

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO PRIMERO

Dase noticia del viaje que hicieron á España los enviados de Cortés, y de las contradicciones y embarazos que retardaron su despacho.

Razon es ya que volvamos á los capitanes Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo, que partieron de la Vera-Cruz con el presente y cartas para el rey : primera noticia y primer tributo de la Nueva España. Hicieron su viaje con felicidad, aunque pudieron aventurarla por no guardar literalmente las órdenes que llevaban; cuyas interpretaciones suelen destruir los negocios, y aciertan pocas veces con el dictámen del superior. Tenía Francisco de Montejo en la isla de Cuba, cerca de la Habana, una de las estancias de su repartimiento ; y cuando llegaron á vista del cabo de San Anton, propuso á su compañero, y al piloto Anton de Alamínos, que sería bien acercarse á ella, y proveerse de algunos bastimentos de regalo para el viaje, pues estando aquella poblacion tan distante de la ciudad de Santiago, donde residia Diego Velázquez, se contravenía poco á la sustancia del precepto que les puso Cortés, para que se apartasen de su distrito. Consiguió su intento, logrando con este color el deseo que tenía de ver su hacienda, y arriesgó no sólo el bajel, sino el presente, y todo el negocio de su cargo ; porque Diego Velázquez, á quien desvelaban continuamente los celos de Cortés, tenía distribuidas por todas las poblaciones vecinas á la costa diferentes espías que le avisasen de cualquiera novedad, temiendo que enviase alguno de

sus navíos á la isla de Santo Domingo para dar cuenta de su descubrimiento, y pedir socorro á los religiosos gobernadores, cuya instancia deseaba prevenir y embarazar. Supo luégo por este medio lo que pasaba en la estancia de Montejo, y despachó en breves horas dos bajeles muy veleros, bien artillados y guarnecidos, para que procurasen aprehender á todo riesgo el navío de Cortés; disponiendo la faccion con tanta celeridad, que fué necesaria toda la ciencia y toda la fortuna del piloto Alamínos para escapar de este peligro que puso en contingencia todos los progresos de Nueva España.

Bernal Díaz del Castillo mancha con poca razon la fama de Francisco de Montejo, digno por su calidad y valor de mejores ausencias: cúlpale de que faltó á la obligacion en que le puso la confianza de Cortés: dice que salió á su estancia con ánimo de suspender la navegacion, para que tuviese tiempo Diego Velázquez de apresa el navío: que le escribió una carta con el aviso, que la llevó un marinero, arrojándose al agua, y otras circunstancias de poco fundamento, en que se contradice despues, haciendo particular memoria de la resolucion y actividad con que se opuso Francisco de Montejo en la corte á los agentes y valedores de Diego Velázquez; pero tambien escribe que no hallaron estos enviados de Cortés al emperador en España, y afirma otras cosas, de que se conoce la facilidad con que daba los oídos, y que se deben leer con recelo sus noticias en todo aquello que no le informaron sus ojos. Continuaron su viaje por el canal de Bahama, siendo Anton de Alamínos el primer piloto que se arrojó al peligro de sus corrientes; y fué menester entónces toda la violencia con que se precipitan por aquella parte las aguas entre las islas Lucáyas y la Florida, para salir á lo ancho con brevedad, y dejar frustradas las asechanzas de Diego Velázquez.

Favoreciólos el tiempo, y arribaron á Sevilla por Octubre de este año, en ménos favorable ocasion, porque se hallaba en aquella ciudad el capellan Benito Martin, que vino á la corte, como dijimos, á solicitar las conveniencias de Diego Velázquez; y habiéndole remitido los títulos de su

adelantamiento, aguardaba embarcacion para volverse á la isla de Cuba. Hízole gran novedad este accidente, y valiéndose de su introduccion y solicitud, se querelló de Hernan Cortés, y de los que venian en su nombre, ante los ministros de la contratacion, que ya se llamaba de las Indias, refiriendo : « que aquel navío era de su amo Diego » Velázquez, y todo lo que venía en él perteneciente á sus » conquistas : que la entrada en las provincias de Tierra » Firme se habia ejecutado furtivamente y sin autoridad, » alzándose Cortés y los que le acompañaban con la ar- » mada que Diego Velázquez tenía prevenida para la » misma empresa : que los capitanes Portocarrero y Mon- » tejo eran dignos de grave castigo, y por lo ménos se » debia embargar el bajel y su carga miéntras no legiti- » masen los títulos, de cuya virtud emanaba su comision. » Tenía Diego Velázquez muchos defensores en Sevilla, porque regalaba con liberalidad; y esto era lo mismo que tener razon, por lo ménos en los casos dudosos, que se interpretan las más veces con la voluntad. Admitióse la instancia, y últimamente se hizo el embargo, permitiendo á los enviados de Cortés, por gran equivalencia, que acudiesen al rey.

Partieron con esta permision á Barcelona los dos capitanes y el piloto Alamínos, creyendo hallar la corte en aquella ciudad; pero llegaron á tiempo que acababa de partir el rey á la Coruña donde tenía convocadas las córtes de Castilla, y prevenida su armada para pasar á Flándes, instado ya prolijamente de los clamores de Alemania, que le llamaban á la corona del imperio. No se resolvieron á seguir la corte, por no hablar de paso en negocio tan grave, que mezclado entre las inquietudes del camino, perderia la novedad sin hallar la consideracion; por cuyo reparo se encaminaron á Medellin con ánimo de visitar á Martin Cortés, y ver si podian conseguir que viniese con ellos á la presencia del rey, para que autorizase con sus canas y con su representacion la instancia y la persona de su hijo. Recibiólos aquel venerable anciano con la ternura que se deja considerar en un padre cuidadoso y desconsolado, que ya le lloraba muerto, y halló con las nue-

vas de su vida tanto que admirar en sus acciones, y tanto que celebrar en su fortuna.

Determinóse luégo á seguirlos y tomando noticia del paraje donde se hallaba el emperador (así le llamaremos ya), supieron que habia de hacer mansion en Tordesíllas para despedirse de la reina doña Juana su madre, y despachar algunas dependencias de su jornada. Aquí le esperaron, y aquí tuvieron la primera audíencia, favorecidos de una casualidad oportuna; porque los ministros de Sevilla no se atrevieron á detener en el embargo lo que venía para el emperador, y llegaron á la misma sazon el presente de Cortés, y los indios de la nueva conquista: con cuyo accidente fueron mejor escuchadas las novedades que referian, facilitándose por los ojos la estrañeza de los oídos, porque aquellas alhajas de oro, preciosas por la materia y por el arte, aquellas curiosidades y primores de pluma y algodon, y aquellos racionales de tan rara fisonomía, que parecian hombres de segunda especie, fueron otros tantos testigos, que hicieron creíble, dejando admirable su narracion.

Oyólos el emperador con mucha gratitud; y el primer movimiento de aquel ánimo real fué volverse á Dios, y darle rendidas gracias de que en su tiempo se hallasen nuevas regiones donde introducir su nombre y dilatar su evangelio. Tuvo con ellos diferentes conferencias; informóse cuidadosamente de las cosas de aquel nuevo mundo; del dominio y fuerza de Motezuma; de la calidad y talento de Cortés; hizo algunas preguntas al piloto Alamínos concernientes á la navegacion: mandó que los indios se llevasen á Sevilla, para que se conservasen mejor en temple más benigno; y segun lo que se pudo colegir entónces del afecto con que deseaba fomentar aquella empresa, fuera breve y favorable su resolucion, si no le embarazaran otras dependencias de gravísimo peso.

Quedó remitida por estos embarazos la instancia de Cortés al cardenal Adriano, y á la junta de prelados y ministros que le habian de aconsejar en el gobierno durante la ausencia del emperador, con órden para que, oyendo al consejo de Indias, se tomase medio en las pretensiones de

Diego Velázquez, y se diese calor al descubrimiento y conquista espiritual de aquella tierra, que ya se iba dejando conocer por el nombre de Nueva España.

Presidia en este consejo, formado pocos dias ántes, Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Búrgos, concurrian en él Hernando de Vega, señor de Grajal, don Francisco Zapata y don Antonio de Padilla, del consejo real, y Pedro Mártir de Angleria, protonotario de Aragon.

Dudas y contradicciones fueron retardando la resolucion de modo que volvió el emperador de su jornada, y llegaron segundos comisarios de Cortés primero que se tomase acuerdo en sus pretensiones. Lo más que pudieron conseguir Martin Cortés y sus compañeros fué, que se les mandasen librar algunas cantidades para su gasto, sobre los mismos efectos que tenian embargados en Sevilla, con cuya moderada subvencion estuvieron dos años en la corte siguiendo los tribunales como pretendientes desvalidos : hecho esta vez negocio particular el interes de la monarquía, de cuantas suelen hacerse causa pública los intereses particulares.

CAPÍTULO II

Procura Motezuma desviar la paz de Tlascala : vienen los de aquella república á continuar su instancia, y Hernan Cortés ejecuta su marcha y hace su entrada en la ciudad.

En el discurso de los seis dias que se detuvo Hernan Cortés en su alojamiento para cumplir con los Mejicanos, se conoció con nuevas experiencias el afecto con que deseaban la paz los de Tlascala, y cuánto se recelaban de los oficios y diligencias de Motezuma : llegaron dentro del plazo señalado los embajadores que se esperaban, y fueron recibidos con la urbanidad acostumbrada. Venian seis caballeros de la familia real con lucido acompañamiento, y otro presente de la misma calidad y poco más valor que el pasado. Habló el uno de ellos, y no sin aparato de palabras y exageraciones pon-

deró « cuánto deseaba el supremo emperador (y al decir
» su nombre hicieron todos una profunda humillacion) ser
» amigo y confederado del príncipe grande á quien obe-
» decian los Españoles, cuya majestad resplandecia tanto
» en el valor de sus vasallos, que se hallaba inclinado á
» pagarle todos los años algun tributo, partiendo con él
» las riquezas de que abundaba; porque le tenía en gran
» veneracion, considerándole hijo del sol, ó por lo ménos
» señor de las regiones felicísimas donde nace la luz; pero
» que habian de preceder á este ajustamiento dos condi-
» ciones. La primera, que se abstuviesen Hernan Cortés
» y los suyos de confederarse con los de Tlascala, pues no
» era bien que hallándose tan obligados de sus dádivas,
» se hiciesen parciales de sus enemigos; y la segunda, que
» acabasen de persuadirse á que no era posible ni puesto
» en razon el intento de pasar á Méjico: porque segun las
» leyes de su imperio, ni él podia dejarse ver de gentes
» extranjeras, ni sus vasallos lo permitirian: que conside-
» rasen bien los peligros de ambas temeridades, porque
» los Tlascaltecas eran tan inclinados á la traicion y al la-
» trocinio, que sólo tratarian de asegurarlos para vengarse
» de ellos, y aprovecharse del oro con que los habia enri-
» quecido; y los Mejicanos tan celosos de sus leyes y tan
» mal acondicionados, que no podria reprimirlos su auto-
» ridad, ni los Españoles quejarse de lo que padeciesen,
» tantas veces amonestados de lo que aventuraban. »

De este género fué la oracion del Mejicano, y todas las embajadas y diligencias de Motezuma paraban en procurar que no se le acercasen los Españoles. Mirábalos con el horror de sus presagios, y fingiéndose la obediencia de sus dioses, hacía religion de su mismo desaliento. Suspendió Cortés por entónces su respuesta, y sólo dijo: « que se-
» ría razon que descansasen de su jornada, y que los des-
» pacharia brevemente. » Deseaba que fuesen testigos de la paz de Tlascala, y miró tambien á lo que importaba detenerlos, porque no se despechase Motezuma con la noticia de su resolucion, y tratase de ponerse en defensa; que ya se sabía su desprevencion, y no se ignoraba la facilidad con que podia convocar sus ejércitos.

Dieron tanto cuidado en Tlascala estas embajadas, á que atribuian la detencion de Cortés, que resolvieron los del gobierno, por última demostracion de su afecto, venir al cuartel en forma de senado, para conducirle á su ciudad, ó no volver á ella sin dejar enteramente acreditada la sinceridad de su trato, y desvanecidas las negociaciones de Motezuma.

Era solemne y numeroso el acompañamiento, y pacífico el color de los adornos y las plumas. Venian los senadores en andas ó sillas portátiles, sobre los hombros de ministros inferiores; y en el mejor lugar Magiscatzin, que favoreció siempre la causa de los Españoles, y el padre de Xicotencal, anciano venerable, á quien habia quitado los ojos la vejez; pero sin ofender la cabeza, pues se conservaba todavía con opinion de sabio entre los consejeros. Apeáronse poco ántes de llegar á la casa donde los esperaba Cortés, y el ciego se adelantó á los demas, pidiendo á los que le conducian que le acercasen al capitan de los orientales. Abrazóle con extraordinario contento, y despues le aplicaba por diferentes partes el tacto, como quien deseaba conocerlo, supliendo con las manos el defecto de los ojos. Sentáronse todos, y á ruego de Magiscatzin habló el ciego en esta sustancia:

« Ya, valeroso capitan, seas ó no del género mortal, tienes » en tu poder al senado de Tlascala, última señal de nuestro » rendimiento. No venimos á disculpar el yerro de nuestra » nacion, sino á tomarle sobre nosotros, fiando á nuestra » verdad tu desenojo. Nuestra fué la resolucion de la » guerra, pero tambien ha sido nuestra la determinacion » de la paz. Apresurada fué la primera, y tarda es la se- » gunda; pero no suelen ser de peor calidad las resolucio- » nes más consideradas, ántes se borra con trabajo lo que » se imprime con dificultad; y puedo asegurar que la » misma detencion nos dió mayor conocimiento de tu va- » lor, y profundizó los cimientos de nuestra constancia. No » ignoramos que Motezuma intenta disuadirte de nuestra » confederacion: escúchale como á nuestro enemigo, si no » le considerares como tirano; que ya lo parece quien te » busca para la sinrazon. Nosotros no queremos que nos

» ayudes contra él, que para todo lo que no eres tú nos » bastan nuestras fuerzas; sólo sentiremos que fies tu segu- » ridad de sus ofertas, porque conocemos sus artificios y ma- » quinaciones; y acá en mi ceguedad se me ofrecen algunas » luces, que me descubren desde léjos tu peligro. Puede ser » que Tlascala se haga famosa en el mundo por la defensa » de tu razon; pero dejemos al tiempo tu desengaño, que no » es vaticinio lo que se colige fácilmente de su tiranía y de » nuestra fidelidad. Ya nos ofreciste la paz: si no te detiene » Motezuma ¿qué te detiene? ¿Por qué te niegas á nuestras » instancias? ¿Por qué dejas de honrar nuestra ciudad con » tu presencia? Resueltos venimos á conquistar de una vez » tu voluntad y tu confianza, ó poner en tus manos nuestra » libertad: elige pues de estos dos partidos el que más te » agradare, que para nosotros nada es tercero entre las » dos fortunas de tus amigos ó tus prisioneros. »

Así concluyó su oracion el ciego venerable, porque no faltase algun Apio Claudio en este consistorio, como el otro que oró en el senado contra los Epirotas; y no se puede negar que los Tlascaltecas eran hombres de más que ordinario discurso, como se ha visto en su gobierno, acciones y razonamientos [1].

No pudo resistir Hernan Cortés á esta demostracion del senado, ni tenía ya que esperar, habiéndose cumplido el término que ofreció á los Mejicanos, y así respondió con toda estimacion á los senadores, y los hizo regalar con algunos presentes, deseando acreditar con ellos su agrado y su confianza. Fué necesario persuadirlos con resolucion para que se volviesen y lo consiguió, dándoles palabra de

1. Herrera hace á la mayor parte de los Tlascaltecas de bajo talento en su ánimo y fuerzas corporales débiles; de bajos pensamientos; pusilánimes; incapaces de cualquiera cosa grave. Mas luégo se contradice, porque añade: tienen grande habilidad y aprenden bien cualquier cosa. De aquí se podrá inferir el crédito que merecen autores faltos de sana crítica. Pero si se atiende á su constancia en mantenerse libres del yugo mejicano, al valor con que peleaban al lado de los Españoles, á su constancia en las fatigas y á la lealtad que guardaron á éstos, se conocerá fácilmente que ni eran pusilánimes ni débiles de fuerzas, ni de tan bajos pensamientos como siente Herrera.

mudar luégo su alojamiento á la ciudad, sin más detencion que la necesaria para juntar alguna gente de los lugares vecinos, que condujese la artillería y el bagaje. Aceptaron ellos la palabra, haciéndosela repetir con más afecto que desconfianza, y partieron contentos y asegurados, tomando á su cuenta la diligencia de juntar y remitir los indios de carga que fuesen menester; y apénas rayó la primera luz del dia siguiente, cuando se hallaron á la puerta del cuartel quinientos tamenes tan bien industriados, que competian sobre la carga, haciendo pretension de su mismo trabajo.

Tratóse luégo de la marcha, púsose la gente en escuadron y dando su lugar á la artillería y al bagaje, se fué siguiendo el camino de Tlascala, con toda la buena ordenanza, prevencion y cuidado que observaba siempre aquel pequeño ejército, á cuya rigurosa disciplina se debió mucha parte de sus operaciones. Estaba la campaña por ambos lados poblada de innumerables indios que salian de sus pueblos á la novedad, y eran tantos sus gritos y ademanes, que pudieran pasar por clamores ó amenazas de las que usaban en la guerra, si no dijera doña Marina que usaban tambien de aquellos alaridos en sus mayores fiestas, y que celebrando á su modo la dicha que habian conseguido, victoreaban y bendecian á los nuevos amigos, con cuya noticia se llevó mejor la molestia de las voces, siendo necesaria entónces la paciencia para el aplauso.

Salieron los senadores largo trecho de la ciudad á recibir el ejército con toda la ostentacion y pompa de sus funciones públicas, asistidos de los nobles, que hacian vanidad en semejantes casos de autorizar á los ministros de su república. Hicieron al llegar sus reverencias, y sin detenerse caminaron delante, dando á entender con este apresurado rendimiento lo que deseaban adelantar la marcha, ó no detener á los que acompañaban.

Al entrar en la ciudad resonaron los víctores y aclamaciones con mayor estruendo, porque se mezclaba con el grito popular la música disonante de sus flautas, atabalillos y bocinas. Era tanto el concurso de la gente, que trabajaron mucho los ministros del senado en concertar la mu-

chedumbre, para desembarazar las calles. Arrojaban las mujeres diferentes flores sobre los Españoles, y las más atrevidas ó ménos recatadas, se acercaban hasta ponerlas en sus manos. Los sacerdotes, arrastrando las ropas talares de sus sacrificios, salieron al paso con sus braserillos de copal; y sin saber que acertaban, significaron el aplauso con el humo. Dejábase conocer en los semblantes de todos la sinceridad del ánimo; pero con varios afectos, porque andaban la admiracion mezclada con el contento: y el alborozo templado con la veneracion. El alojamiento que tenian prevenido, con todo lo necesario para la comodidad y el regalo, era la mejor casa de la ciudad, donde habia tres ó cuatro patios muy espaciosos, con tantos y tan capaces aposentos, que consiguió Cortés sin dificultad la conveniencia de tener unida su gente. Llevó consigo á los embajadores de Motezuma por más que lo resistieron, y los alojó cerca de sí, porque iban asegurados en su respeto, y estaban temerosos de que se les hiciese alguna violencia. Fué la entrada y última reduccion de Tlascala en veinte y tres de Setiembre de 1519 dia en que los Españoles consiguieron una paz con circunstancias de triunfo, tan durable y de tanta consecuencia para la conquista de Nueva España, que se conservan hoy en aquella provincia diferentes prerogativas y exenciones, obtenidas en remuneracion de aquella primera constancia: honrado monumento de su antigua fidelidad.

CAPÍTULO III

Descríbese la ciudad de Tlascala: quéjanse los senadores de que anduviesen armados los Españoles sintiendo su desconfianza; y Cortés los satisface y procura reducir á que dejen la idolatría.

Era entónces Tlascala una ciudad muy populosa, fundada sobre cuatro eminencias poco distantes, que se prolongaban de Oriente á Poniente con desigual magnitud; y fiadas en la natural fortaleza de sus peñascos contenian en

sí los edificios, formando cuatro cabeceras ó barrios distintos, cuya division se unia y comunicaba por diferentes calles de paredes gruesas que servian de muralla. Gobernaban estas poblaciones con señorío de vasallaje cuatro caciques descendientes de sus primeros fundadores, que dependian del senado, y ordinariamente concurrian en él; pero con sujecion á sus órdenes en todo lo político y segundas instancias de sus vasallos. Las casas se levantaban moderadamente de la tierra, porque no usaban segundo techo: su fábrica de piedra y ladrillo, y en vez de tejados azoteas y corredores: las calles angostas y torcidas segun conservaba su dificultad la aspereza de la montaña: extraordinaria situacion y arquitectura, ménos á la comodidad que á la defensa.

Tenía toda la provincia cincuenta leguas de circunferencia, diez su longitud de Oriente á Poniente, y cuatro su latitud de Norte á Sur: país montuoso y quebrado; pero muy fértil y bien cultivado en todos los parajes donde la frecuencia de los riscos daba lugar al beneficio de la tierra. Confinaba por todas partes con provincias de la faccion de Motezuma: sólo por la del Norte cerraba más que dividia sus límites la gran cordillera, por cuyas montañas inaccesibles se comunicaban con los Otomíes, Totonaques y otras naciones bárbaras de su confederacion. Las poblaciones eran muchas y de numerosa vecindad. La gente inclinada desde la niñez á la supersticion y al ejercicio de las armas, en cuyo manejo se imponian y habilitaban con emulacion, hiciéselos montaraces el clima, ó valientes la necesidad. Abundaban de maíz, y esta semilla respondia tan bien al sudor de los villanos, que dió á la provincia el nombre de Tlascala; voz que en su lengua es lo mismo que tierra de pan. Habia frutas de gran variedad y regalo, caza de todo género, y era una de sus fertilidades la cochinilla, cuyo uso no conocian hasta que lo aprendieron de los Españoles. Debióse de llamar así del grano coccineo, que dió entre nosotros nombre á la grana [1] pero en aquellas partes es un género de insecto como gusanillo pequeño, que nace

1. Otros autores dicen que significa *lugar ó terreno lleno de riscos.*

y adquiere la última sazon sobre las hojas de un árbol rústico y espinoso, que llamaban entónces tuna silvestre, y ya le benefician como fructífero: debiendo su mayor comercio y utilidad al precioso tinte de sus gusanos, nada inferior al que hallaron los antiguos en la sangre del múrice y la púrpura, tan celebrado en los mantos de sus reyes.

Tenía tambien sus pensiones la felicidad natural de aquella provincia, sujeta por la vecindad de las montañas á grandes tempestades, horribles huracanes y frecuentes inundaciones del rio Zahual, que no contento algunos años con destruir las mieses y arrancar los árboles, solia buscar los edificios en lo más alto de las eminencias. Dicen que Zahual en su idioma significa rio de sarna, porque se cubrian de ella los que usaban de sus aguas en la bebida ó en el baño: segunda malignidad de su corriente. Y no era la menor entre las calamidades que padecia Tlascala el carecer de sal, cuya falta desazonaba todas sus abundancias; y aunque pudiera traerla fácilmente de las tierras de Motezuma con el precio de sus granos, tenian á menor inconveniente sufrir el sinsabor de sus manjares que abrir el comercio á sus enemigos.

Éstas y otras observaciones de su gobierno, reparables á la verdad en la rudeza de aquella gente, hacian admiracion y ponian en cuidado á los Españoles. Cortés escondia su recelo, pero continuaba las guardias en su alojamiento, y cuando salia con los indios á la ciudad, llevaba consigo parte de su gente, sin olvidar las armas de fuego. Andaban tambien en tropas los soldados y con la misma prevencion, procurando todos acreditar la confianza, de manera que no pareciese descuido. Pero los indios que deseaban sin artificio ni afectacion la amistad de los Españoles, se desconsolaban pundonorosamente de que no se arrimasen las armas, y se acabase de creer su fidelidad; punto que se discurrió en el senado: por cuyo decreto vino Magiscatzin á significar este sentimiento á Cortés, y ponderó mucho « cuánto disonaban aquellas prevenciones » de guerra donde todos estaban sujetos, obedientes y de» seosos de agradar: que la vigilancia con que se vivia en » el cuartel denotaba poca seguridad; y los soldados que

» salian á la ciudad con sus rayos al hombro, puesto que » no hiciesen mal, ofendian más con la desconfianza, que » ofendieran con el agravio : dijo, que las armas se debian » tratar como peso inútil donde no eran necesarias, y pa- » recian mal entre amigos de buena ley y desarmados ; » y concluyó suplicando encarecidamente á Cortés, de parte del senado y toda la ciudad, « que mandase cesar en » aquellas demostraciones y aparatos, que al parecer con- » servaban señales de guerra mal fenecida, ó por lo ménos » eran indicios de amistad escrupulosa. »

Cortés le respondió : « que tenía conocida la buena cor- » respondencia de sus ciudadanos, y estaba sin recelo de » que pudiesen contravenir á la paz que tanto habian » deseado : que las guardias que se hacian y el cuidado » que reparaban en su alojamiento, era conforme á la » usanza de su tierra, donde vivian siempre militarmente » los soldados, y se habilitaban en el tiempo de la paz á » los trabajos de la guerra; por cuyo medio se aprendia » la obediencia y se hacía costumbre la vigilancia : que » las armas tambien eran adorno y circunstancia de su » traje, y las traian como gala de su profesion; por cuya » causa les pedia que se asegurasen de su amistad, y no » extrañasen aquellas demostraciones propias de su milicia » y compatibles con la paz entre los de su nacion. » Halló camino de satisfacer á sus amigos sin faltar á la razon de su cautela; y Magiscatzin, hombre de espíritu guerrero, que habia gobernado en su mocedad las armas de su re- pública, se agradó tanto de aquel estilo militar y loable costumbre, que no sólo volvió sin queja, pero fué deseoso de introducir en sus ejércitos este género de vigilancia y ejercicios, que distinguian y habilitaban los soldados.

Quietáronse con esta noticia los paisanos, y asistian to- dos con diligente servidumbre al obsequio de los Españo- les. Conocíase más cada dia su voluntad : los regalos fue- ron muchos, cazas de todos géneros y frutas extraordina- rias, con algunas ropas y curiosidades de poco precio; pero lo mejor que daba de sí la penuria de aquellos món- tes cerrados al comercio de las regiones que producian el oro y la plata. La mejor sala del alojamiento se reservó

para capilla, donde se levantó sobre gradas el altar, y se colocaron algunas imágenes con la mayor decencia que fué posible. Celebrábase todos los dias el santo sacrificio de la misa con asistencia de los indios principales, que callaban admirados ó respetuosos; y aunque no estuviesen devotos, cuidaban de no estorbar la devocion. Todo lo re paraban, y todo les hacía novedad y mayor estimacion de los Españoles, cuyas virtudes conocian y veneraban, más por lo que se hacen ellas amar, que porque supiesen el nombre, ni las ejercitasen.

Un dia preguntó Magiscatzin á Cortés : « si era mortal; » porque sus obras y las de su gente parecian más que na» turales, y contenian en sí aquel género de bondad y gran» deza que consideraban ellos en sus dioses; pero que no » entendian aquellas ceremonias con que al parecer reco» nocian otra deidad superior, porque los aparatos eran de » sacrificio, y no hallaban en él la víctima ó la ofrenda » con que se aplacaban los dioses, ni sabian que pudiese » haber sacrificio sin que muriese alguno por la salud de » los demas. »

Con esta ocasion tomó la mano Cortés, y satisfaciendo á sus preguntas confesó con ingenuidad : « que su natura» leza y la de todos sus soldados era mortal : » porque no se atrevió á contemporizar con el engaño de aquella gente cuando trataba de volver por la verdad infalible de su religion; pero añadió : « que como hijos de mejor clima, » tenian más espíritu y mayores fuerzas que los otros » hombres; » y sin admitir el atributo de inmortal se quedó con la reputacion de invencible. Díjoles tambien: « que no sólo reconocian superior en el cielo, donde ado» raban al único Señor de todo el universo; pero tambien » eran súbditos y vasallos del mayor príncipe de la tierra, » en cuyo dominio estaban ya los de Tlascala, pues siendo » hermanos de los Españoles, no podian dejar de obedecer » á quien ellos obedecian. » Pasó luégo á discurrir en lo más esencial, y aunque oró fervorosamente contra la idolatría, hallando con su buena razon bastantes fundamentos para impugnar y destruir la multiplicidad de los dioses, y el horror abominable de sus sacrificios, cuando llegó

á tocar en los misterios de la fe le parecieron dignos de mejor explicacion, y dió lugar (discreto hasta en callar á tiempo) para que hablase el padre fray Bartolomé de Olmedo. Procuró este religioso introducirlos poco á poco en el conocimiento de la verdad, explicando, como docto y como prudente, los puntos principales de la religion cristiana, de modo que pudiese abrazarlos la voluntad sin fatiga del entendimiento; porque nunca es bien dar con toda la luz en los ojos á los que habitan en la oscuridad. Pero Magiscatzin y los demas que le asistian dieron por entónces poca esperanza de reducirse. Decian « que aquel Dios » á quien adoraban los Españoles era muy grande, y sería » mayor que los suyos; pero que cada uno tenía poder en » su tierra, y allí necesitaban de un Dios contra los rayos » y tempestades : de otro para las avenidas y las mieses : » de otro para la guerra, y así de las demas necesidades, » porque no era posible que uno solo cuidase de todo. » Mejor admitieron la proposicion del señor temporal, porque se allanaron desde luégo á ser sus vasallos, y preguntaban si los defenderia de Motezuma : poniendo en esto la razon de su obediencia; pero al mismo tiempo pedian con humildad y encogimiento : « que no saliese de allí la » plática de mudar religion, porque si lo llegaban á entender sus dioses llamarian á sus tempestades, y echarian » mano de sus avenidas para que los aniquilasen : » así los tenía poseidos el error y atemorizados el demonio. Lo más que se pudo conseguir entónces fué que dejasen los sacrificios de sangre humana, porque les hizo fuerza lo que se oponia á la ley natural; y con efecto, fueron puestos en libertad los miserables cautivos que habian de morir en sus festividades, y se rompieron diferentes cárceles y jaulas donde los tenian y preparaban con el buen tratamiento, no tanto porque llegasen decentes al sacrificio, como porque no viniesen deslucidos al plato.

No quedó satisfecho Hernan Cortés con esta demostracion, ántes proponia entre los suyos que se derribasen los ídolos, trayendo en consecuencia la faccion y el suceso de Zempoala, como si fuera lo mismo intentar semejante novedad en lugar de tanta mayor poblacion : engañábale su

celo y no le desengañaba su ánimo. Pero el padre fray Bartolomé de Olmedo le puso en razon, diciéndole con entereza religiosa : « que no estaba sin escrúpulo de la fuerza » que se hizo à los de Zempoala, porque se compadecian » mal la violencia y el Évangelio, y aquello en la sustan- » cia era derribar los altares y dejar los ídolos en el cora- » zon. » Á que añadió: « que la empresa de reducir aque- » llos gentiles pedia más tiempo y más suavidad; porque » no era buen camino para darles á conocer su engaño, mal- » quistar con torcedores la verdad; y ántes de introducir » á Dios, se debia desterrar al demonio, : guerra de otra » milicia y de otras armas. » Á cuya persuasion y autorídad rindió Hernan Cortés su dictámen, reprimiendo los ímpetus de su piedad, y de allí adelante se trató solamente de ganar y disponer las voluntades de aquellos indios, haciendo amable con las obras la religion, para que á vista de ellas conociesen la disonancia y abominacion de sus costumbres, y por éstas la deformidad y torpeza de sus dioses.

CAPÍTULO IV

Despacha Hernan Cortés los embajadores de Motezuma : reconoce Diego de Ordaz el volcan de Popocatepec, y se resuelve la jornada por Cholula [1].

Pasados tres ó cuatro dias que se gastaron en estas primeras funciones de Tlascala, volvió el ánimo Cortés al despacho de los embajadores mejicanos. Detúvolos para que viesen totalmente rendidos á los que tenian por indómitos, y la respuesta que les dió fué breve y artificiosa: « que dijesen á Motezuma lo que llevaban entendido y habia » pasado en su presencia : las instancias y demostraciones » con que solicitaron y merecieron la paz los de Tlascala : » el afecto y buena correspondencia con que la mantenian : » que ya estaban á su disposicion, y era tan dueño de sus

1. Cortés llama á esta provincia *Churultecal;* de ambos modos se la nombra en las historias.

» voluntades, que esperaba reducirlos á la obediencia de » su príncipe, siendo ésta una de las conveniencias que re» sultarian de su embajada, entre otras de mayor impor» tancia que le obligaban á continuar el viaje, y á solici» tar entónces su benignidad, para merecer despues su agra» decimiento. » Con cuyo despacho y la escolta que pareció necesaria, partieron luégo los embajadores, más enterados de la verdad que satisfechos de la respuesta. Y Hernan Cortés se halló empeñado en detenerse algunos dias en Tlascala, porque iban llegando á dar la obediencia los pueblos principales de la república, y las naciones de su confederacion : cuyo acto se revalidaba con instrumento público, y se autorizaba con el nombre del rey don Cárlos, conocido ya y venerado entre aquellos indios, con un género de verdad en la sujecion que se dejaba colegir del respeto que tenian á sus vasallos.

Sucedió por este tiempo un accidente que hizo novedad á los Españoles y puso en confusion á los indios. Descúbrese desde lo alto del sitio donde estaba entónces la ciudad de Tlascala el volcan de Popocatepec, en la cumbre de una sierra, que á distancia de ocho leguas se descuella considerablemente sobre los otros móntes. Empezó en aquella sazon á turbar el dia con grandes y espantosas avenidas de humo, tan rápido y violento, que subia derecho largo espacio del aire sin ceder á los ímpetus del viento, hasta que perdiendo la fuerza en lo alto se dejaba esparcir y dilatar á todas partes, y formaba una nube más ó menos oscura, segun la porcion de ceniza que llevaba consigo. Salian, de cuando en cuando, mezcladas con el humo, algunas llamaradas ó globos de fuego que al parecer se dividian en centellas, y serian las piedras encendidas que arrojaba el volcan, ó algunos pedazos de materia combustible que duraban segun su alimento.

No se espantaban los indios de ver el humo por ser frecuente y casi ordinario en este volcan; pero el fuego, que se manifestaba pocas veces, los entristecia y atemorizaba como presagio de venideros males; porque tenian aprendido que las centellas cuando se derramaban por el aire y no vólvian á caer en el volcan, eran las almas de los ti-

ranos que salian á castigar la tierra, y que sus dioses cuando estaban indignados se valian de ellos como instrumentos adecuados á la calamidad de los pueblos.

En este delirio de su imaginacion estaban discurriendo con Hernan Cortés, Magiscatzin y algunos de aquellos magnates que ordinariamente le asistian; y él reparando en aquel rudo conocimiento que mostraban de la inmortalidad, premio y castigo de las almas, procuraba darles á entender los errores con que tenian desfigurada esta verdad, cuando entró Diego de Ordaz á pedirle licencia para reconocer desde más cerca el volcan, ofreciendo subir á lo alto de la sierra y observar todo el secreto de aquella novedad. Espantáronse los indios de oir semejante proposicion, y procurando informarle del peligro y desviarle del intento, decian : « que los más valientes de su tierra sólo se atre» vian á visitar alguna vez unas ermitas de sus dioses que » estaban á la mitad de la eminencia; pero que de allí » adelante no se hallaria huella de humano pié, ni eran » sufribles los temblores y bramidos con que se defendia » la montaña. » Diego de Ordaz se encendió más en su deseo con la misma dificultad que le ponderaban ; y Hernan Cortés aunque lo tuvo por temeridad, le dió licencia para intentarlo, porque viesen aquellos indios que no estaban negados sus imposibles al volor de los Españoles, celoso á todas horas de su reputacion y de la de su gente.

Acompañaron á Diego de Ordaz en esta faccion dos soldados de su compañía, y algunos indios principales que ofrecieron llegar con él hasta las ermitas, lastimándose mucho de que iban á ser testigo de su muerte. Es el monte muy delicioso en su principio; hermoséanle por todas partes frondosas arboledas, que subiendo largo trecho con la cuesta, suavizan el camino con su amenidad, y al parecer con engañoso divertimiento llevan al peligro por el deleite. Váse despues esterilizando la tierra, parte con la nieve, que dura todo el año en los parages que desampara el sol ó perdona el fuego, y parte con la ceniza, que blanquea tambien desde léjos con la oposicion del humo. Quedáronse los indios en la estancia de las ermitas, y partió Diego de Ordaz con sus dos soldados, trepando ani-

mosamente por los riscos y poniendo muchas veces los piés donde estuvieron las manos; pero cuando llegaron á poca distancia de la cumbre, sintieron que se movia la tierra con violentos y repetídos vaivenes, y percibieron los bramidos horribles del volcan, que á breve rato disparó con mayor estruendo gran cantidad de fuego envuelto en humo y ceniza; y aunque subió derecho sin calentar lo transversal del aire, se dilató despues en lo alto, y volvió sobre los tres una lluvia de ceniza tan espesa y tan encendida, que necesitaron buscar su defensa en lo cóncavo de una peña, donde faltó el aliento á los Españoles, y quisieron volverse; pero Diego de Ordaz viendo que cesaba el terremoto, que se mitigaba el estruendo y salia ménos denso el humo, los animó con adelantarse, y llegó intrépidamente á la boca del volcan, en cuyo fondo observó una gran masa de fuego, que al parecer hervia como materia líquida y resplandeciente, y reparó en el tamaño de la boca, que ocupaba casi toda la cumbre y tendría como un cuarto de legua su circunferencia. Volvieron con esta noticia, y recibieron norabuenas de su hazaña, con grande asombro de los indios, que redundó en mayor estimacion de los Españoles, Esta bizarría de Diego de Ordaz no pasó entónces de una curiosidad temeraria; pero el tiempo la hizo de consecuencia, y todo servia en esta obra, pues hallándose despues el ejército con falta de pólvora para la segunda entrada que se hizo por fuerza de armas en Méjico, se acordó Cortés de los hervores de fuego líquido que se vieron en este volcan, y halló en él toda la cantidad que hubo menester de finísimo azufre para fabricar esta municion; con que se hizo recomendable y necesario el arrojo de Diego de Ordaz, y fué su noticia de tanto provecho en la conquista, que se la premió despues el emperador con algunas mercedes, y ennobleció la misma accion, dándole por armas el volcan.

Veinte dias se detuvieron los Españoles en Tlascala, parte por las visitas que ocurrieron de las naciones vecinas, y parte por el consuelo de los mismos naturales, tan bien hallados ya con los Españoles, que procuraban dilatar el plazo de su ausencia con varios festejos y regocijos

públicos, bailes á su modo, y ejercicios de sus agilidades. Señalado el dia para la jornada, se movió disputa sobre la eleccion del camino : inclinábase Cortés á ir por Cholula, ciudad, como dijimos, de gran poblacion, en cuyo distrito solian alojarse las tropas veteranas de Motezuma.

Contradecian esta resolucion los Tlascaltecas, aconsejando que se guiase la marcha por Guajocingo, país abundante y seguro; porque los de Cholula, sobre ser naturalmente sagaces y traidores, obedecian con miedo servil á Motezuma, siendo los vasallos de su mayor confianza y satisfaccion, á que añadian : « que aquella ciudad estaba » reputada en todos sus contornos por tierra sagrada y » religiosa, por tener dentro de sus muros más de cua» trocientos templos, con unos dioses tan mal acondicio» nados, que asombraban el mundo con sus prodigios; » por cuya razon no era seguro penetrar sus términos sin » tener primero algunas señales de su beneplácito. » Los Zempoales ménos supersticiosos ya con el trato de los Españoles, despreciaban estos prodigios; pero seguian la misma opinion, acordando y repitiendo los motivos que dieron en Zocothlan para desviar el ejército de aquella ciudad.

Pero ántes que se tomase acuerdo en este punto, llegagaron nuevos embajadores de Motezuma con otro presente, y noticia de que ya estaba su emperador reducido á dejarse visitar de los Españoles, dignándose de recibir gratamente la embajada que le traían : y entre otras cosas que discurrieron concernientes al viaje, dieron á entender que dejaban prevenido el alojamiento en Cholula : con que se hizo necesario el empeño de ir por aquella ciudad; no porque se fiase mucho de esta inopinada y repentina mudanza de Motezuma, ni dejase de parecer intempestiva y sospechosa tanta facilidad sobre tanta resistencia; pero Hernan Cortés ponia gran cuidado en que no le viesen aquellos Mejicanos receloso, de cuyo temor se componía su mayor seguridad. Los Tlascaltecas del gobierno, cuando supieron la proposicion de Motezuma, dieron por hecho el trato doble de Cholula, y volvieron á su instancia, temiendo con buena voluntad el peligro de sus amigos; y

Magiscatzin, que tenía mayor afecto á los Españoles, y amaba particularmente á Cortés con inclinacion apasionada, le apretó mucho en que no fuese por aquella ciudad: pero él, que deseaba darle satisfaccion de lo que agradecia su cuidado y estimaba su consejo, convocó luégo á sus capitanes, y en su presencia se propuso la duda y se pesaron las razones que por una y otra parte ocurrian, cuya resolucion fué : « que ya no era posible dejar de admitir » el alojamiento que proponian los Mejicanos sin que pa» reciese recelo anticipado : ni cuando fuese cierta la sos» pecha, convenía pasar á mayor empeño, dejando la » traicion á las espaldas; ántes se debia ir á Cholula para » descubrir elánimo de Motezuma, y dar nueva reputacion » al ejército con el castigo de sus asechanzas. » Redújose Magiscatzin al mismo dictámen, venerando con docilidad el superior juicio de los Españoles. Pero sin apartarse del recelo que le obligó á sentir lo contrário, pidió licencia para juntar las tropas de su república, y asistir á la defensa de sus amigos en un peligro tan evidente, que no era razon que por ser ellos invencibles quitasen á los Tlascaltecas la gloria de cumplir con su obligacion. Pero Hernan Cortés, aunque no dejaba de conocer el riesgo, ni le sonó mal este ofrecimiento, se detuvo en admitirlo porque le hacía disonancia el empezar tan presto á disfrutar los socorros de aquella gente recien pacificada, y así le respondió agradeciendo mucho su atencion; y últimamente le dijo : « que no era necesaria por entónces « aquella prevencion; » pero se lo dijo con flojedad, como quien deseaba que se hiciese y no queria darlo á entender : especie de rehusar que suele ser poco ménos que pedir.

CAPÍTULO V

Hállanse nuevos indicios del trato doble de Cholula : marcha el ejército la vuelta de aquella ciudad, reforzado con algunas capitanías de Tlascala.

Era cierto que Motezuma, sin resolverse á tomar las

armas contra los Españoles, trataba de acabar con ellos, sirviéndose del ardid, primero que de la fuerza.

Reparó Hernan Cortés en que no venian los de aquel gobierno á visitarle, y comunicó su reparo á los embajadores mejicanos, extrañando mucho la desatencion de los caciques á cuyo cargo estaba su alojamiento, pues no podian ignorar que le habian visitado, con ménos obligacion, todas las poblaciones del contorno. Procuraron ellos disculpar á los de Cholula, sin dejar de confesar su inadvertencia, y al parecer solicitaron la enmienda con algun aviso en diligencia, porque tardaron poco en venir de parte de la ciudad cuatro indios mal ataviados, gente de poca suposicion para embajadores, segun el uso de aquellas naciones : desacato que acriminaron los de Tlascala como nuevo indicio de su mala intencion; y Hernan Cortés no los quiso admitir, ántes mandó que se volviesen luégo, diciendo en presencia de los Mejicanos : « que sabian poco » de urbanidad los caciques de Cholula, pues querian en- » mendar un descuido con una descortesía. »

Llegó el dia de la marcha, y por más que los Españoles tomaron la mañana para formar su escuadron y el de los Zempoales, hallaron ya en el campo un ejército de Tlascaltecas, prevenido por el senado á instancia de Magiscatzin, cuyos cabos dijeron á Cortés : « que tenian órden de la » república para servir debajo de su mano, y seguir sus » banderas en aquella jornada, no sólo hasta Cholula, » sino hasta Méjico, donde consideraban el mayor peligro » de su empresa. »

Algunos de nuestros escritores se alargan á decir que constaba todo el grueso de cien mil hombres armados : otros andan más detenidos en lo verosímil; pero con el número menor, queda grande la accion de los Tlascaltecas, digna, verdaderamente, de ponderacion por la sustancia y por el modo. Agradeció Cortés con palabras de todo encarecimiento esta demostracion, y necesitó de alguna porfía para reducirlos á que no convenía que le siguiese tanta gente cuando iba de paz; pero lo consiguió finalmente, dejándolos satisfechos con permitir que le siguiesen algunas capitanías con sus cabos, y quedase reservado el

grueso para marchar en su socorro si lo pidiese la necesidad. Nuestro Bernal Diaz escribe que llevó consigo dos mil Tlascaltecas : Antonio de Herrera dice tres mil; pero el mismo Hernan Cortés confiesa en sus relaciones que llevó seis mil; y no cuidaba tan poco de su gloria, que supondría mayor número de gente para dejar ménos admirable su resolucion.

Puesta en órden la marcha...; pero no pasemos en silencio una novedad que merece reflexion, y pertenece á este lugar. Quedó en Tlascala, cuando salieron los Españoles de aquella ciudad, una cruz de madera fija en lugar eminente y descubierto, que se colocó de comun consentimiento el dia de la entrada; y Hernan Cortés no quiso que se deshiciese, por más que se notasen como culpas los excesos de su piedad; ántes encargó á los caciques su veneracion : pero debia de ser necesaria mayor recomendacion, para que durase con seguridad entre aquellos infieles, porque apénas se apartaron de la ciudad los cristianos, cuando á vista de los indios bajó del cielo una prodigiosa nube á cuidar de su defensa. Era de agradable y exquisita blancura; y fué descendiendo por la region del aire, hasta que dilatada en forma de columna, se detuvo perpendicularmente sobre la misma cruz, donde perseveró más ó ménos distinta (¡ maravillosa providencia !) tres ó cuatro años que se dilató por varios accidentes la conversion de aquella provincia. Salía de la nube un género de resplandor mitigado que infundia veneracion, y no se dejaba mezclar entre las tinieblas de la noche. Los indios se atemorizaban al principio conociendo el prodigio, sin discurrir en el misterio; pero despues consideraron mejor aquella novedad, y perdieron el miedo sin menoscabo de la admiracion. Decian públicamente que aquella santa señal encerraba dentro de sí alguna deidad, y que no en vano la veneraban tanto sus amigos los Españoles : procuraban imitarlos doblando la rodilla en su presencia, y acudian á ella en sus necesidades, sin acordarse de los ídolos, ó frecuentando ménos sus adoratorios; cuya devocion (si así se puede llamar aquel género de afecto que sentian como influencia de

causa no conocida) fué creciendo con tanto fervor de nobles y plebeyos, que los sacerdotes y agoreros entraron en celos de su religion, y procuraron diversas veces arrancar y hacer pedazos la cruz; pero siempre volvian escarmentados, sin atreverse á decir lo que les sucedia por no desautorizarse con el pueblo. Así lo refieren autores fidedignos; y así cuidaba el cielo de ir disponiendo aquellos ánimos para que recibiesen despues con ménos resistencia el Evangelio; como el labrador que ántes de repartir la semilla, facilita su produccion con el primer beneficio de la tierra.

No se ofreció novedad en la primera marcha, porque ya no lo era el concurso innumerable de los indios que salian á los caminos, ni aquellos alaridos que pasaban por aclamaciones. Caminaronse cuatro leguas de las cinco que distaba entónces Cholula de la antigua Tlascala, y pareció hacer alto cerca de un rio de apacible ribera, por no entrar con la noche á los ojos en lugar de tanta poblacion. Poco despues que se asentó el cuartel y distribuyeron las órdenes convenientes á su defensa y seguridad, llegaron segundos embajadores de aquella ciudad, gente de más porte y mejor adornada. Traían un regalo de vituallas diferentes, y dieron su embajada con grande aparato de reverencias, que se redujo á disculpar la tardanza de sus caciques, con pretexto de que no podian entrar en Tlascala, siendo sus enemigos los de aquella nacion: ofrecer el alojamiento que tenía prevenida su ciudad; y ponderar el regocijo con que celebraban sus ciudadanos la dicha de merecer unos huéspedes tan aplaudidos por sus hazañas, y tan amables por su benignidad: dicho uno y otro con palabras al parecer sencillas, ó que traían bien desfigurado el artificio. Hernan Cortés admitió gratamente la disculpa y el regalo, cuidando tambien de que no se conociese afectacion en su seguridad; y el dia siguiente, poco despues de amanecer, se continuó la marcha con el mismo órden, y no sin algun cuidado, que obligó á mayor vigilancia, porque tardaba el recibimiento de la ciudad, y no dejaba de hacer ruido este reparo entre los demas indicios. Pero al llegar el ejército cerca de la poblacion, preve-

nidas ya las armas para el combate, se dejaron ver los caciques y sacerdotes con numeroso acompañamiento de gente desarmada. Mandó Cortés que se hiciese alto para recibirlos, y ellos cumplieron con su funcion tan reverentes y regocijados, que no dejaron que recelar por entónces al cuidado con que observaban sus acciones y movimientos; pero al reconocer el grueso de los Tlascaltecas que venían en la retaguardia torcieron el semblante, y se levantó entre los más principales del recibimiento un rumor desagradable, que volvió á despertar el recelo en los Españoles. Dióse órden á doña Marina para que averiguase la causa de aquella novedad, y por su medio respondieron « que los de Tlascala no podian entrar con armas en » su ciudad, siendo enemigos de su nacion, y rebeldes á su rey. » Instaban en que se detuviesen, y retirasen luégo á su tierra, como estorbos de la paz que se venía publicando; y representaban sus inconvenientes, sin alterarse ni descomponerse: firmes en que no era posible, pero contenida la determinacion en los límites del ruego.

Hallóse Cortés algo embarazado con esta demanda, que parecia justificada y podia ser poco segura: procuró sosegarlos con esperanzas de algun temperamento que mediase aquella diferencia; y comunicando brevemente la materia con sus capitanes, pareció que sería bien proponer á los Tlascaltecas que se alojasen fuera de la ciudad hasta que se penetrase la intencion de aquellos caciques, ó se volviese á la marcha. Fueron con esta proposicion, que al parecer tenía su dureza, los capitanes Pedro de Alvarado y Cristóval de Olid; y la hicieron, valiéndose igualmente de la persuasion y de la autoridad, como quien llevaba la órden y obligaba con dar la razon. Pero ellos anduvieron tan atentos, que atajaron la instancia diciendo: « que no » venian á disputar, sino á obedecer; y que tratarían luégo » de abarracarse fuera de la poblacion, en paraje donde » pudiesen acudir prontamente á la defensa de sus amigos, » ya que se queria aventurar contra toda razon, fiándose » de aquellos traidores. » Comunicóse luégo este partido con los de Cholula, y le abrazaron tambien con facilidad, quedando ambas naciones no sólo satisfechas, sino con al-

gun género de vanidad hecha de su misma oposicion: los unos porque se persuadieron á que vencian, dejando poco airosos y desacomodados á sus enemigos; y los otros porque se dieron á entender que el no admitirlos en su ciudad era lo mismo que temerlos: así equivoca la imaginacion de los hombres la esencia y el color de las cosas, que ordinariamente se estiman como se aprenden, y se aprenden como se desean.

CAPÍTULO VI

Entran los Españoles en Cholula, donde procuran engañorlos con hacerles en lo exterior buena acogida: descúbrese la traicion que tenian prevenida, y se dispone su castigo.

La entrada que los Españoles hicieron en Cholula fué semejante á la de Tlascala: innumerable concurso de gente que se dejaba romper con dificultad; aclamaciones de bullicio; mujeres que arrojaban y repartian ramilletes de flores; caciques y sacerdotes que frecuentaban reverencia, y perfumes; variedad de instrumentos, que hacían más estruendo que música, repartidos por las calles; y tan bien imitado en todos el regocijo, que llegaron á tenerlo por verdadero los mismos que venían recelosos. Era la ciudad de tan hermosa vista, que la comparaban á nuestra Valladolid, situada en un llano desahogado por todas partes del horizonte, y de grande amenidad: dicen que tendría veinte mil vecinos dentro de sus muros, y que pasaría de este número la poblacion de sus arrabales.

Frecuentábanla ordinariamente muchos forasteros, parte como santuario de sus dioses, y parte como emporio de su mercancía. Las calles eran anchas y bien distribuidas; los edificios mayores y de mejor arquitectura que los de Tlascala, cuya opulencia se hacía más suntuosa con las torres, que daban á conocer la multitud de sus templos; la gente ménos belicosa que sagaz; hombres de trato y oficiales; poca distincion, y mucho pueblo.

El alojamiento que tenían prevenido se componía de

dos ó tres casas grandes y contiguas, donde cupieron Españoles y Zempoales, y pudieron fortificarse unos y otros como lo aconsejaba la ocasion y no lo extrañaba la costumbre. Los Tlascaltecas eligieron sitio para su cuartel poco distante de la poblacion; y cerrándole con algunos reparos, hacían sus guardias, y ponían sus centinelas, mejorada ya su milicia con la imitacion de sus amigos. Los primeros tres ó cuatro dias fué todo quietud y buen pasaje.

Los caciques acudian con puntualidad al obsequio de Cortés, y procuraban familiarizarse con sus capitanes. La provision de las vituallas corría con abundancia y liberalidad, y todas las demostraciones eran favorables, y convidaban á la seguridad; tanto, que se llegaron á tener por falsos y ligeramente creidos los rumores antecedentes, pero no tardó mucho en manifestarse la verdad, ni aquella gente acertó á dudar en su artificio hasta lograr sus intentos: astuta por naturaleza y profesion, pero no tan despierta y avisada que no se supiesen entender su habilidad y su malicia.

Fueron poco á poco retirando los víveres: cesó de una vez el agasajo y asistencia de los caciques. Los embajadores de Motezuma tenían sus conferencias recatadas con los sacerdotes: conocíase algun género de irrision y falsedad en los semblantes; y todas las señales inducían novedad, y despertaban el recelo mal adormecido. Trató Cortés de aplicar algunos medios para inquirir y averiguar el ánimo de aquella gente, y al mismo tiempo se descubrió de sí misma la verdad; adelantándose á las diligencias humanas la providencia del cielo, tantas veces experimentada en esta conquista.

Estrechó amistad con doña Marina una india anciana, mujer principal y emparentada en Cholula. Visitábala muchas veces con familiaridad, y ella no se lo desmerecía con el atractivo natural de su agrado y discrecion. Vino aquel dia más temprano, y al parecer asu tada ó cuidadosa, retiróla misteriosamente de los Españoles, y encargando el secreto con lo mismo que recataba la voz, empezó á condolerse de su esclavitud, y á persuadirla « que » se apartase de aquello extrangeros aborrecibles, y se

» fuese á su casa, cuyo albergue la ofrecía como refugio » de su libertad. » Doña Marina, que tenía bastante sagacidad, confirió esta prevencion con los demas indicios; y fingiendo que venía oprimida y contra su voluntad entre aquella gente, facilitó la fuga y aceptó el hospedage con tantas ponderaciones de su agradecimiento, que la india se dió por segura, y descubrió todo el corazon. Díjola : « que convenía en todo caso que se fuese luégo, porque » se acercaba el plazo señalado entre los suyos para des» truir á los Españoles, y no era razon que una mujer de » sus prendas pereciese con ellos; que Motezuma tenía » prevenidos á poca distancia veinte mil hombres de guerra » para dar calor á la faccion: que de este grueso habian » entrado ya en la ciudad á la deshilada seis mil soldados » escogidos: que se habia repartido cantidad de armas » entre los paisanos: que tenían de repuesto muchas pie» dras sobre los terrados, y abiertas en las calles profun» das zanjas, en cuyo fondo habian fijado estacas puntia» gudas, fingiendo el plano con una cubierta de la misma » tierra fundada sobre apoyos frágiles para que cayesen y » se mancasen los caballos: que Motezuma trataba de » acabar con todos los Españoles; pero encargaba que le » llevasen algunos vivos para satisfacer á su curiosidad y » al obsequio de sus dioses, y que habia presentado á la » ciudad una caja de guerra hecha de oro cóncavo primo» rosamente vaciado, para excitar los ánimos con este favor » militar. » Y últimamente doña Marina, dando á entender que se alegraba de lo bien que tenía dispuesta su empresa; y dejando caer algunas preguntas, como quien celebraba lo que inquiría, se halló con noticia cabal de toda la conjuracion. Fingió que se queria ir luégo en su compañia; y con pretexto de recoger sus joyas y algunas preseas de su peculio, hizo lugar para desviarse de ella sin desconfiarla: dió cuenta de todo á Cortés, y él mandó prender á la india que á pocas amenazas confesó la verdad, entre turbada y convencida.

Poco despues vinieron unos soldados tlascaltecas recatados en traje de paisanos, y dijeron á Cortés de parte de sus cabos: « que no se descuidase, porque habian visto

» desde su cuartel que los de Cholula retiraban á los lu-
» gares del contorno su ropa y sus mujeres: » señal evidente de que maquinaban alguna traicion. Súpose tambien que aquella mañana se habia celebrado en el templo mayor de la ciudad un sacrificio de diez niños de ambos sexos; ceremonia de que usaban cuando querian emprender algun hecho militar; y al mismo tiempo llegaron dos ó tres Zempoales que saliendo casualmente á la ciudad, habian descubierto el engaño de las zanjas, y visto en las calles de los lados algunos reparos y estacadas que tenían hechos para guiar los caballos al precipicio.

No se necesitaba de mayor comprobacion para verificar el intento de aquella gente; pero Hernan Cortés quiso apurar más la noticia, y poner su razon en estado que no se la pudiesen negar, teniendo algunos testigos principales de la misma nacion que hubiesen confesado el delito, para cuyo efecto mandó llamar al primer sacerdote, de cuya obediencia pendian los demas, y que le trajesen otros dos ó tres de la misma profesion, gente que tenía grande autoridad con los caciques, y mayor con el pueblo. Fuélos examinando separadamente, no como quien dudaba de su intencion, sino como quien se lamentaba de su alevosía; y dándoles todas las señas de lo que sabía, callaba el modo para cebar su admiracion con el misterio, y dejarlos desvariar en el concepto de su ciencia. Ellos se persuadieron á que hablaban con alguna deidad que penetraba lo más oculto de los corazones, y no se atrevieron á proseguir su engaño; ántes confesaron luégo la traicion con todas sus circunstancias, culpando á Motezuma, de cuya órden estaba dispuesta y prevenida. Mandólos aprisionar secretamente por que no moviesen algun ruido en la ciudad. Dispuso tambien que se tuviese cuidado con los embajadores de Motezuma, sin dejarlos salir, ni comunicar con los de la tierra; y convocando á sus capitanes, les refirió todo el caso, y les dió á entender cuanto convenía no dejar sin castigo aquel atentado; facilitando la faccion, y ponderando sus consecuencias con tanta energía y resolucion, que todos se redujeron á obedecerle, dejando á su prudencia la direccion y el acierto.

Hecha esta diligencia, llamó á los caciques gobernadores de la ciudad, y publicó su jornada para otro dia; no porque la tuviese dispuesta, ni fuese posible, sino por estrechar el término á sus prevenciones. Pidióles bastimentos para la marcha, indios de carga para el bagaje, y hasta dos mil hombres de guerra que le acompañasen, como lo habian hecho los Tlascaltecas y Zempoales. Ellos ofrecieron con alguna tibieza y falsedad los bastimentos y tamenes, y con mayor prontitud la gente armada que se les pedía, en que andaban encontrados los designios. Pedíala Cortés para desunir sus fuerzas y tener en su poder parte de los traidores que habia de castigar; y los caciques la ofrecían para introducir en el ejército contrário aquellos enemigos encubiertos, y servirse de ellos cuando llegase la ocasion: ardides ambos que tenían su razon militar, si puede llamarse razon este género de engaños que hizo lícitos la guerra y nobles el ejemplo.

Dióse noticia de todo á los Tlascaltecas, y órden para que estuviesen alerta, y al rayar el dia se fuesen acercando á la poblacion como que se movian para seguir la marcha, y en oyendo el primer golpe de los arcabuces, entrasen á viva fuerza en la ciudad, y viniesen á incorporarse con el ejército, llevándose tras sí toda la gente que hallasen armada. Cuidóse tambien de que los Españoles y Zempoales tuviesen prevenidas sus armas, y entendida la faccion en que las habian de emplear. Y luégo que llegó la noche, cerrado ya el cuartel con las guardias y centinelas á que obligaba la ocurrencia presente, llamó Cortés á los embajadores de Motezuma, y con señas de intimidad, como quien les fiaba lo que no sabian, les dijo: « que habia descubierto y averiguado una gran conjuracion que le tenian armada los caciques y ciudadanos de Cholula: dióles señas de todo lo que ordenaban y disponian contra su persona y ejército: ponderó cuánto faltaban á las leyes de la hospitalidad, al establecimiento de la paz, y al seguro de su príncipe. » Y añadió: « que no solamente lo sabía por su propia especulacion y vigilancia: pero se lo habian confesado ya los principales conjurados; disculpándose del trato doble con otra mayor culpa,

» pues se atrevían á decir que tenían órden y asistencias
» de Motezuma para deshacer alevosamente su ejército :
» lo cual ni era verosímil, ni se podía creer semejante in-
» dignidad de un príncipe tan grande. Porcuya causa es-
» taba resuelto á tomar satisfaccion de su ofensa con todo
» el rigor de sus armas, y se lo comunicaba para que tu-
» viesen comprendida su razon, y entendido que no le
» irritaba tanto el delito principal, como la circunstancia
» de querer aquellos sediciosos autorizar su traicion con el
» nombre de su rey. »

Los embajadores procuraron fingir como pudieron que no sabian la conjuracion, y trataron de salvar el crédito de su príncipe, siguiendo el camino en que los puso Cortés con bajar el punto de su queja. No convenía entónces desconfiar á Motezuma, ni hacer de un poderoso resuelto á disimular, un enemigo poderoso descubierto : por cuya consideracion se determinó á desbaratar sus designios sin darle á entender que los conocía; tratando solamente de castigar la obra en sus instrumentos, y contentándose con reparar el golpe sin atender al brazo. Miraba como empresa de poca dificultad el deshacer aquel trozo de gente armada que tenían prevenida para socorrer la sedicion, hecho á mayores hazañas con menores fuerzas; y estaba tan léjos de poner duda en el suceso, que tuvo á felicidad (ó por lo ménos así lo ponderaba entre los suyos) que se le ofreciese aquella ocasion de adelantar con los Mejicanos la reputacion de sus armas: y á la verdad no le pesó de ver tan embarazado en los ardides el ánimo de Motezuma; pareciéndole que no discurriría en mayores intentos quien le buscaba por las espaldas, y descubría entre sus mismos engaños la flaqueza de su resolucion.

CAPÍTULO VII

Castigase la traicion de Cholula : vuélvese á reducir y pacificar la ciudad, y se hacen amigos los de esta nacion con los Tlascaltecas.

Fueron llegando con el dia los indios de carga que se

habian pedido, y algunos bastimentos, prevenido uno y otro con engañosa puntualidad. Vinieron despues en tropas deshiladas los indios armados que con pretexto de acompañar la marcha traían su contraseña para embestir por la retaguardia cuando llegase la ocasion: en cuyo número no anduvieron escasos los caciques; ántes dieron otro indicio de su intencion, enviando más gente que se les pedia; pero Hernan Cortés los hizo dividir en los patios del alojamiento, donde los aseguró mañosamente, dándoles á entender que necesitaba de aquella separacion para ir formando los escuadrones à su modo. Puso luégo en órden sus soldados bien instruidos en lo que debian ejecutar; y montando á caballo con los que le habian de seguir en la faccion, hizo llamar á los caciques para justificar con ellos su determinacion; de los cuales vinieron algunos, y otros se excusaron. Díjoles en voz alta, y doña Marina se lo interpretó con igual vehemencia: « que ya estaba des» cubierta su traicion, y resuelto su castigo, de cuyo rigor » conocerian cuánto les convenía la paz que trataban de » romper alevosamente. » Y apénas empezó á protestarles el daño que recibiesen, cuando ellos se retiraron á incorporarse con sus tropas, huyendo en más que ordinaria diligencia, y rompiendo la guerra con algunas injurias y amenazas que se dejaron oir desde léjos. Mandó entónces Hernan Cortés que cerrase la infantería con los indios naturales que tenía divididos en los patios; y aunque fueron hallados con las armas prevenidas para ejecutar su traicion, y trataron de unirse para defenderse, quedaron rotos y deshechos con poca dificultad; escapando solamente con la vida los que pudieron esconderse, ó se arrojaron por las paredes, sirviéndose de su ligereza y de sus mismas lanzas para saltar de la otra parte [1].

1. Nada dice Cortés de haber recibido en el cuartel esa fuerza armada de Cholula, y ménos haberlos hecho matar dentro de los patios sin medio de defensa: eso hubiera sido ademas de felonía, barbárie. Solamente dice que mandó, á una señal convenida, dar sobre multitud de indios que andaban al rededor del cuartel y otros que habian entrado dentro: no dice si estaban armados; pero era natural que lo estuvieran y fuesen los primeros destinados á cargar sobre los Españoles. Añade Cortés que luégo soltó á

Aseguradas las espaldas con el estrago de aquellos enemigos encubiertos, se hizo la seña para que se moviésen los Tlascaltecas; avanzó poco á poco el ejército por la calle principal, dejando en el cuartel la guardia que pareció necesaria. Echáronse delante algunos de los Zempoales que fuesen descubriendo las zanjas porque no peligrasen los caballos. No estaban descuidados entónces los de Cholula, que hallándose ya empeñados en la guerra descubierta, convocaron el resto de los Mejicanos, y unidos en una gran plaza donde habia tres ó cuatro adoratorios, pusieron en lo alto de sus átrios y torres parte de su gente, y los demas se dividieron en diferentes escuadrones para cerrar con los Españoles. Pero al mismo tiempo que desembocó en la plaza el ejército de Cortés, y se dió de una parte y otra la primera carga, cerró por la retaguardia con los enemigos el trozo de Tlascala; cuyo inopinado accidente los puso en tanto pavor y desconcierto, que ni pudieron huir, ni supieron defenderse; y sólo se hallaba más embarazo que oposicion en algunas tropas descaminadas que andaban de un peligro en otro con poca ó ninguna eleccion: gente sin consejo que acometía para escapar, y las más veces daban el pecho sin acordarse de las manos. Murieron muchos en este género de combates repetidos, pero el mayor número escapó á los adoratorios, en cuyas gradas y terrados se descubrió una multitud de hombres armados que ocupaban más que guarnecian las eminencias de aquellos grandes edificios. Encargáronse de su defensa los Mejicanos; pero se hallaban ya tan embarazados y oprimidos, que apénas pudieron revolverse para dar algunas flechas al viento.

Acercóse con su ejército Hernan Cortés al mayor de los adoratorios, y mandó á sus intérpretes que levantando la voz ofreciesen buen pasaje á los que voluntariamente bajasen á rendirse; cuya diligencia se repitió con segundo

los personajes de Cholula que tuvo maniatados, en vista de las protestas que le hicieron de sumision y obediencia. Por estos hechos en que no anduvo Solis muy acertado, se puede decidir si el castigo de esa ciudad fué tan atroz como ponderan los extrangeros, y si entraba ó no en el derecho de la guerra.

y tercer requerimiento, y viendo que ninguno se movía, ordenó que se pusiese fuego á los torreones del mismo adoratorio; lo cual asientan que llegó á ejecutarse, y que perecieron muchos al rigor del incendio y la ruina. No parece fácil que se pudiese introducir la llama en aquellos altos edificios sin abrir primero el paso de las gradas, si ya no lo consiguió Hernan Cortés, valiéndose de las flechas encendidas con que arrojaban los indios á larga distancia sus fuegos artificiales. Pero nada bastó para desalojar al enemigo hasta que se abrevió el asalto por el camino que abrió la artillería; y se observó dignamente que sólo uno de tantos como fueron deshechos en este adoratorio se rindió voluntariamente á la merced de los Españoles, ¡ notable seña de su obstinacion!

Hízose la misma diligencia en los demás adoratorios, y despues se corrió la ciudad que á breve rato quedó enteramente despoblada, y cesó la guerra por falta de enemigos. Los Tlascaltecas se desmandaron con algun exceso en el pillaje, y costó su dificultad el recogerlos : hicieron muchos prisioneros : cargaron de ropas y mercaderías de valor, y particularmente se cebaron en los almacenes de la sal, de cuya provision remitieron luégo algunas cargas á su ciudad, atendiendo á la necesidad de su patria en el mismo calor de su codicia. Quedaron muertos en las calles, templos y casas fuertes más de seis mil hombres entre naturales y Mejicanos.

Retiróse luégo Hernan Cortés á su alojamiento con los Españoles y Zempoales; y señalando cuartel dentro de la ciudad á los Tlascaltecas, trató de que fuesen puestos en libertad todos los prisioneros de ambas naciones; cuyo número se componía de la gente más principal que se iba reservando como presa de más estimacion. Llamólos primero á su presencia, y mandando que saliesen tambien de su retiro los sacerdotes, la india que descubrió el trato y los embajanores de Motezuma, hizo á todos un breve razonamiento, doliéndose de que le hubiesen obligado los vecinos de aquella ciudad á tan severa demostracion; y despues de ponderar el delito y de asegurar á todos que ya estaba desenojado y satisfecho, mandó pregonar el per-

don general de lo pasado sin excepcion de personas, y pidió con agradable resolucion á los caciques que tratasen de que se volviese á poblar su ciudad, recojiendo los fugitivos y asegurando á los temerosos.

No acababan ellos de creer su libertad, enseñados al rigor con que solian tratar á sus prisioneros; y besando la tierra en demostracion de su agradecimiento, se ofrecieron con humilde solicitud á la ejecucion de esta órden. Volvióse á poblar brevemente la ciudad, porque la demostracion de poner en libertad á los caciques y sacerdotes con tanta prontitud, y lo que ponderaron ellos esta clemencia de los Españoles sobre tan justa provocacion, bastó para que se asegurase la gente que andaba derramada por los lugares del contorno.

El dia siguiente á la faccion llegó Xicotencal con un ejército de veinte mil hombres, que al primer aviso de los suyos remitió la república de Tlascala para el socorro de los Españoles. Tenían prevenidas sus tropas recelando el suceso, y en todo se iban experimentando las atenciones de aquella nacion. Hicieron alto fuera de la ciudad, y Hernan Cortés los visitó y regaló con toda estimacion de su fineza; pero los redujo á que se volviesen, diciendo á Xicotencal y á sus capitanes: « que ya no era necesaria » su asistencia para la reduccion de Cholula; y que hallán- » dose con resolucion de marchar brevemente la vuelta de » Méjico, no le convenía despertar la resistencia de Mote- » zuma, ó provocarle á que rompiese la guerra, introdu- » ciendo en su dominio un grueso tan numeroso de Tlas- » caltecas, enemigos descubiertos de los Mejicanos. » Á cuya razon no tuvieron que replicar, ántes la conocieron y confesaron con ingenuidad, ofreciendo tener prevenidas sus tropas y acudir al socorro siempre que lo pidiese la necesidad.

Trató Cortés, primero que se retirasen, de hacer amigas aquellas dos naciones de Tlascala y Cholula: introdujo la plática, desvió las dificultades; y como tenía ya tan asentada su autoridad con ambas parcialidades, lo consiguió en breves dias, y se celebró acto de confederacion y alianza entre las dos ciudades y sus distritos, con

asistencia de sus magistrados, y con las solemnidades y ceremonias de su costumbre.

Así pasó el castigo de Cholula tan ponderado en los libros extrangeros, y en alguno de los naturales que consiguió por este medio el aplauso miserable de verse citado contra su nacion. Ponen esta faccion entre las atrocidades que refieren de los Españoles en las Indias, de cuyo encarecimiento se valen para desaprobar ó satirizar la conquista. No necesita el caso de Cholula de más defensa que su misma narracion[1]. « No dejamos de conocer que se vieron en algunas partes de las Indias acciones dignas de reprension, obradas con queja de la piedad y de la razon: ¿ pero en cuál empresa justa ó santa se dejaron de perdonar algunos inconvenientes? ¿ De cuál ejército bien disciplinado se pudieron desterrar enteramente los abusos y desórdenes que llama el mundo licencias militares? ¿ Y qué tienen que ver estos inconvenientes menores con el acierto principal de la conquista? No pueden negar los émulos de la nacion española que resultó de este principio, y se consiguió con estos instrumentos, la conversion de aquella gentilidad, y el verse hoy restituida tanta parte del mundo á su Criador. Querer que no fuese del agrado de Dios y de su altísima ordenacion la conquista de las Indias, por este ó aquel delito de los conquistadores, es equivocar la sustancia con los accidentes : que hasta en la obra inefable de nuestra redencion se presupuso como necesaria para la salud universal, la malicia de aquellos pecadores permitidos, que ayudaron á labrar el mayor remedio con la mayor iniquidad. Puédense conocer los fines de Dios en algunas disposiciones que traen consígo las señales de su providencia; pero la proporcion ó congruencia de los medios por donde se encaminan, es punto reservado á su eterna sabiduría, y tan escondido á la prudencia humana, que se deben oir con desprecio estos juicios apasionados, cuyas sutilezas quieren parecer valentías del entendimiento, siendo en la verdad atrevimientos de la ignorancia.

1. Alude con particularidad á los escritos de Fr. Bartolomé de las Casas : de cuyo texto se valen los extrangeros para encarecer la crueldad de los Españoles, así en ésa como en las demas conquistas de América.

CAPÍTULO VIII

Parten los Españoles de Cholula : ofréceseles nueva dificuldad en la montaña de Chalco, y Motezuma procura detenerlos por medio de sus nigrománticos.

Íbase acercando el plazo de la jornada, y algunos Zempoales de los que militaban en el ejército (temiesen el empeño de pasar á la corte de Motezuma, ó pudiese más que su reputacion el amor de la patria) pidieron licencia para retirarse á sus casas. Concediósela Cortés sin dificultad, agradeciéndoles mucho lo bien que le habian asistido ; y con esta ocasion envió algunas alhajas de presente al cacique de Zempoala, encargándole de nuevo los Españoles que dejó en su distrito sobre la fe de su amistad y confederacion.

Escribió tambien á Juan de Escalante, ordenándole con particular instancia que procurase remitirle alguna canti dad de harina para los hostias y vino para las misas, cuya provision se iba estrechando, y cuya falta sería de gran desconsuelo suyo y de toda su gente. Dióle noticia por menor de los progresos de su jornada, para que estuviese de buen ánimo y asistiese con mayor cuidado á la fortaleza de la Vera-Cruz, tratando de ponerla en defensa, no ménos por su propia seguridad, que por lo que se debia recelar de Diego Velázquez, cuya natural inquietud y desconfianza no dejaba de hacer algun ruido entre los demas cuidados.

Llegaron á esta sazon nuevos embajadores de Motezuma, que con noticia ya de todo el suceso de Cholula trató de sincerarse con los Españoles, dando las gracias á Cortés de que hubiese castigado aquella sedicion. Ponderaron frívolamente la indignacion y el sentimiento de su rey, cuyo artificio se redujo á infamar con el nombre de traidores á los mismos que le habian obedecido en la traicion. Vino dorada esta noticia con otro presente de igual riqueza y ostentacion; y segun lo que sucedió despues, no

dejó de tener mayor designio la embajada, porque miró tambien al intento de poner en nueva seguridad á Cortés para que marchase ménos receloso, y se dejase llevar á otra celada que le tenían prevenida en el camino.

Ejecutóse finalmente la marcha despues de catorce dias que ocuparon los accidentes referidos, y la primera noche se acuarteló el ejército en un villaje de la jurisdiccion de Guajocingo, donde acudieron luégo los princpales de aquel gobierno y de otras poblaciones vecinas con bastante provision de bastimentos, y algunos presentes de poco valor, bastantes para conocer el afecto con que aguardaban á los Españoles. Halló Cortés entre aquella gente las mismas quejas de Motezuma que se oyeron en las provincias más distantes, y no le pesó de que durasen aquellos humores tan cerca del corazon, pareciéndole que no podía ser muy poderoso un príncipe con tantas señas de tirano, á quien faltaba en el amor de sus vasallos el mayor presidio de los reyes.

El dia siguiente se prosiguió la marcha por una sierra muy áspera que se comunicaba, más ó ménos eminente, con la montaña del volcan. Iba cuidadoso Cortés, porque uno de los caciques de Guajocingo le dijo al partir que no se fiase de los Mejicanos; porque tenían emboscada mucha gente de la otra parte de la cumbre, y habian cegado con grandes piedras y árboles cortados, el camino real que baja desde lo alto á la provincia de Chalco, abriendo el paso y facilitando el principio de la cuesta por el paraje ménos penetrable, donde habian aumentado los precipicios naturales con algunas cortaduras hechas á la mano para dejar que se fuese poco á poco empeñando su ejército en la dificultad, y cargarle de improviso cuando no se pudiesen revolver los caballos, ni afirmar el pié los soldados. Fuése venciendo la cumbre no sin alguna fatiga de la gente, porque nevaba con viento destemplado; y en lo más alto se hallaron poco distantes los dos caminos con las mismas señas que se traían, el uno encubierto y embarazado, y el otro fácil á la vista y recien aderezado. Reconociólos Hernan Cortès, y aunque se irritó de hallar verificada la noticia de aquella nueva traicion, estuvo tan

en sí, que sin hacer ruido ni mostrar sentimiento preguntó á los embajadores de Motezuma, que marchaban cerca de su persona : « ¿ por qué razon estaban así aquellos dos ca-» minos? » Respondieron : « que habian hecho allanar el » mejor para que pasase su ejército, cegando el otro por » ser el más áspero y dificultoso ; » y él con la misma igual-» dad en la voz y el semblante : « Mal conocéis, » dijo, « á » los de mi nacion. Ese camino que habéis embarazado se » ha de seguir, sin otra razon que su misma dificultad, » porque los Españoles siempre que tenemos eleccion nos » inclinamos á lo más dificultoso ; » y sin detenerse mandó á los indios amigos que pasasen á desembarazar el camino, desviando á un lado y otro aquellos estorbos mal disimulados que procuraban esconderlo ; lo cual se ejecutó prontamente con grande asombro de los embajadores, que sin discurrir en qué se habia descubierto el ardid de su príncipe, tuvieron á especie de adivinacion aquel acierto casual : hallando que admirar y que temer en la misma bizarría de la resolucion. Sirvióse Cortés primorosamente de la noticia que llevaba, y consiguió el apartarse del peligro sin perder reputacion, cuidando tambien de no desconfiar á Motezuma, diestro ya en el arte de quebrantar insidias con no quererlas entender.

Los indios emboscados luégo que reconocieron desde sus puestos que los Españoles se apartaban de la celada y seguian el camino real, se dieron por descubiertos, y trataron de retirarse tan amedrentados y en tanto desórden como si volvieran vencidos : con que pudo bajar el ejército á lo llano sin oposicion, y aquella noche se alojó en unas caserías de bastante capacidad que se hallaron en la misma falda de la sierra, fundadas allí para hospedaje de los mercaderes mejicanos que frecuentaban las ferias de Cholula, donde se dispuso el cuartel con todos los resguarnos y prevenciones que aconsejaba la poca seguridad con que se iba pisando aquella tierra.

Motezuma entretanto duraba en su irresolucion, desanimado con el malogro de sus ardides, y sin aliento para usar de sus fuerzas. Hízose devocion esta falta de espíritu : estrechóse con sus dioses : frecuentaba los templos y los

sacrificios : manchó de sangre humana todos sus altares : más cruel cuando más afligido : y siempre crecía su confusion y se hallaba en mayor desconsuelo, porque andaban encontradas las respuestas de sus ídolos, y discordes en el dictámen los espíritus inmundos que le hablaban ellos. Unos le decian que franquease las puertas de la ciudad á los Españoles, y así conseguiría el sacrificarlos sin que se pudiesen escapar ni defender : otros que los apar tase de sí y tratase de acabar con ellos, sin dejarse ver; y él se inclinaba más á esta opinion, haciéndole disonancia el atrevimiento de querer entrar en su corte contra su voluntad, y teniendo á desaire de su poder aquella porfía contra sus órdenes, ó sirviéndose de la autoridad para mejorar el nombre á la soberbia. Pero cuando supo que se hallaban ya en la provincia de Chalco, frustrado el último estratagema de la montaña, fué mayor su inquietud y su impaciencia : andaba como fuera de sí : no sabía qué partido tomar : sus consejeros le dejaban en la misma incertidumbre que sus oráculos. Convocó finalmente una junta de sus magos y agoreros; profesion muy estimada en aquella tierra, donde habia muchos que se entendian con el demonio, y la falta de las ciencias daba opinion de sabios á los más engañados. Propúsoles que necesitaba de su habilidad para detener aquellos extrangeros, de cuyos designios estaba receloso. Mandóles que saliesen al camino y los ahuyentasen ó entorpeciesen con sus encantos, á la manera que solian obrar otros efectos extraordinarios en ocasiones de menor importancia. Ofrecióles grandes premios si lo consiguiesen, y los amenazó con pena de la vida si volviesen ó su presencia sin haberlo conseguido.

Esta órden se puso en ejecucion, y con tantas veras, que se juntaron brevemente numerosas cuadrillas de nigrománticos y salieron contra los Españoles, fiados en la eficacia de sus conjuros, y en el imperio que á su parecer tenían sobre la naturaleza. Refieren el padre José de Acosta y otros autores fidedignos, que cuando llegaron al camino de Chalco, por donde venía marchando el ejército, y al empezar sus invocaciones y sus círculos se les apareció el demonio en figura de uno de sus ídolos, á

quien llamaban Tezcatlecupa, dios infausto y formidable; por cuya mano pasaban, á su entender, las pestes las esterilidades y otros castigos del cielo. Venía como despechado y enfurecido, afeando con el ceño de la ira la misma fiereza del ídolo inclemente; y traía sobre sus adornos ceñida una soga de esparto que le apretaba con diferentes vueltas el pecho para mayor significacion de su congoja, ó para dar á entender que le arrastraba mano invisible. Postráronse todos para darle adoracion, y él sin dejarse obligar de su rendimiento, y fingiendo la voz con la misma ilusion que imitó la figura, les habló en esta sustancia : « Ya, Mejicanos infelices, perdieron la fuerza vuestros conjuros : » ya se desató enteramente la trabazon de nuestros pactos. Decid á Motezuma, que por sus crueldades y tiranías tiene decretada el cielo su ruina ; y para que le representéis más vivamente la desolacion de su imperio, volved á mirar esa ciudad miserable, desamparada ya de » vuestros dioses. « Dicho esto desapareció, y ellos vieron arder la ciudad en horribles llamas, que se desvanecieron poco á poco, desocupando el aire y dejando sin alguna lesion los edificios. Volvieron á Motezuma con esta noticia temerosos de su rigor, librando en ella su disculpa; pero le hicieron tanto asombro las amenazas de aquel dios infortunado y calamitoso, que se detuvo un rato sin responder, como quien recogia las fuerzas interiores, ó se acordaba de sí para no descaecer; y depuesta desde aquel instante su natural ferocidad, dijo, volviendo á mirar á los magos y á los demas que le asistian : « ¿Qué podemos hacer si nos desamparan nuestros dioses? Vengan los extrangeros, y caiga sobre nosotros el cielo, que no nos » hemos de esconder, ni es razon que nos halle fugitivos » la calamidad. » Y prosiguió poco despues : « Sólo me » lastiman los viejos, niños y mujeres, á quienes faltan las manos para cuidar de su defensa. » En cuya consideracion se hizo alguna fuerza para detener las lágrimas. No se puede negar que tuvo algo de príncipe la primera proposicion, pues ofreció el pecho descubierto á la calamidad que tenía por inevitable, y no desdijo de la magestad la ternura con que llegó á considerar la opresion de sus va-

sallos: afectos ambos de ánimo real, entre cuyas virtudes ó propiedades no es ménos heróica la piedad que la constancia.

Empezóse luégo á tratar del hospedaje que se habia de hacer á los Españoles, de la solemnidad y aparatos del recibimiento: y con esta ocasion se volvió á discurrir en sus hazañas, en los prodigios con que habia prevenido el cielo su venida, en las señas que traían de aquellos hombres orientales prometidos á sus mayores, y en la turbacion y desaliento de sus dioses, que á su parecer se daban por vencidos y cedian el dominio de aquella tierra, como deidades de inferior gerarquía; y todo fué menester para que se llegase á poner en términos posibles aquella gran dificultad de penetrar sobre tan porfiada resistencia, y con tan poca gente, hasta la misma corte de un príncipe tan poderoso, absoluto en sus determinaciones, obedecido con adoracion, y enseñado al temor de sus vasallos.

CAPÍTULO IX

Viene al cuartel á visitar á Cortés de parte de Motezuma el señor de Tezcuco, su sobrino: continúase la marcha y se hace alto en Quitlavaca, dentro ya de la laguna de Méjico.

De aquellas caserías donde se alojó el ejército de la otra parte de la montaña, pasó el dia siguiente á un pequeño lugar, jurisdiccion de Chalco, situado en el camino real, á poco más de dos leguas, donde acudieron luégo el cacique principal de la misma provincia y otros de la comarca. Traían sus presentes con algunos bastimentos, y Cortés los agasajó con mucha humanidad y con algunas dádivas; pero se reconoció luégo en su conversacion que se recataban de los embajadores mejicanos, porque se detenian y embarazaban fuera de tiempo, y daban á entender lo que callaban en lo mismo que decian. Apartóse con ellos Hernan Cortés, y á poca diligencia de los intérpretes dieron todo el veneno del corazon. Quejáronse destempladamente de las crueldades y tiranías de Motezuma: ponderaron lo

intolerable de sus tributos, que pasaban ya de las haciendas á las personas, pues les hacía trabajar sin estipendio en sus jardines y en otras obras de su vanidad; decian con lágrimas: « que hasta las mujeres se habian hecho contribucion de su torpeza y la de sus ministros, puesto que » las elegían y desechaban á su antojo, sin que pudiesen defender los brazos de la madre á la doncella, ni la presencia del marido á la casada. » Representando uno y otro á Hernan Cortés como á quien lo podia remediar, y mirándole como á deidad que bajaba del cielo con jurisdiccion sobre los tiranos. Él los escuchó compadecido, y procuró mantenerlos en la esperanza del remedio, dejándose llevar por entónces del concepto en que le tenían, ó resistiendo á su engaño con alguna falsedad. No pasaba en estas permisiones de su política los términos de la modestia: pero tampoco gustaba de obscurecer su fama, donde se miraba como parte de razon el desvarío de aquella gente.

Volvióse á la marcha el dia siguiente, y se caminaron cuatro leguas por tierra de mejor temple y mayor amenidad, donde se conocia el favor de la naturaleza en las arboledas, y el beneficio del arte en los jardines. Hízose alto en Amecameca, donde se alojó el ejército, lugar de mediana poblacion, fundado en una ensenada de la gran laguna, la mitad en el agua y la otra mitad en tierra firme, al pié de una montañuela estéril y fragosa. Concurrieron aquí muchos Mejicanos con sus armas y adornos militares; y aunque al principio se creyó que los traía la curiosidad, creció tanto el número, que dieron cuidado y no faltaron indicios que persuadiesen al recelo. Valióse Cortés de algunas exterioridades para detenerlos y atemorizarlos: hízose ruido con las bocas de fuego: disparáronse al aire algunas piezas de artillería: ponderóse y áun se provocó la ferocidad de los caballos, cuidando los intérpretes de dar significacion al estruendo y engrandecer el peligro; por cuyo medio se consiguió el apartarlos del alojamiento ántes que cerrase la noche. No se verificó que viniesen con ánimo de ofender, ni parece verosímil que se intentase nueva traicion cuando estaba Motezuma reducido á de-

jarse ver; aunque despues mataron los centinelas algunos indios, sobre acercarse demasiado con apariencias de reconocer el cuartel; y pudo ser que alguno de los caudillos mejicanos condujese aquella gente con ánimo de asaltar cautelosamente á los Españoles, creyendo no sería desagradable á su rey, por considerarle rendido á la paz con repugnancia de su natural y de su conveniencia; pero esto se quedó en presuncion, porque á la mañana sólo se descubrieron en el camino que se habia de seguir, algunas tropas de gente desarmada que tomaban lugar para ver á los extrangeros.

Tratábase ya de poner en marcha el ejército, cuando llegaron al cuartel cuatro caballeros mejicanos, con aviso de que venía el príncipe Cacumatzin, sobrino de Motezuma, y señor de Tezcuco, á visitar á Cortés de parte de su tio, y tardó poco en llegar. Acompañábanle muchos nobles con insignias de paz, y ricamente adornados. Traíanle sobre sus hombros otros indios de su familia en unas andas cubiertas de varias plumas, cuya diversidad de colores se correspondia con proporcion; era mozo de hasta veinte y cinco años, de recomendable presencia; y luégo que se apeó, pasaron delante algunos de sus criados á barrer el suelo que habia de pisar, y á desviar con grandes ademanes y contenencias la gente de los lados; ceremonias que siendo ridículas daban autoridad. Salió Cortés á recibirle hasta la puerta de su alojamiento con todo aquel aparato de que adornaba su persona en semejantes funciones. Hízole al llegar una complida reverencia, y él correspondió tocando la tierra, y despues los labios con la mano derecha. Tomó su lugar despejadamente, y habló con sosiego de hombre que sabía estar sin admiracion á vista de la novedad. La sustancia de su razonamiento fué: « dar la bien venida, con palabras puestas en su lugar, á » Cortés y á todos los cabos de su ejército : ponderar la » gratitud con que los esperaba el gran Motezuma, y cu» ánto deseaba la correspondencia y amistad de aquel prín» cipe del Oriente que los enviaba, cuya grandeza debia re» conocer por algunas razones que entenderian de su » boca : » y por via de discurso propio volvió á dificultar,

como los demas embajadores, la entrada de Méjico, fingiendo « que se padecia esterilidad en todos los pueblos de » su contribucion; » y proponiendo, como punto que sentia su rey, « lo mal asistidos que se hallarian los Españo» les donde faltaba el sustento para los vecinos. » Cortés respondió, sin apartarse del misterio con que iba cebando las aprensiones de aquella gente, « que su rey, siendo un » monarca, sin igual en otro mundo, cercano al nacimiento » del sol, tenía tambien algunas razones de alta considera» cion para ofrecer su amistad á Motezuma, y comunicarle » diferentes noticias que miraban á su persona y esencial » conveniencia; cuya proposicion no desmereceria su gra» titud, ni él podia dejar de admitir con singular estimacion » la licencia que se le concedia para dar su embajada, » sin que le hiciese algun embarazo la esterilidad que se » padecia en aquella corte; porque sus Españoles necesita» ban de poco alimento para conservar sus fuerzas, y ve» nían enseñados á padecer y despreciar las incomodida» des y trabajos de que se afligian los hombres de inferior » naturaleza. » No tuvo Cacumatzin que replicar á esta resolucion, ántes recibió con estimacion y rendimiento algunas joyuelas de vidrio extraordinario que le dió Cortés, y acompañó el ejército hasta Tezcuco, ciudad capital de su dominio, donde se adelantó con la respuesta de su embajada.

Era entónces Tezcuco una de las mayores ciudades de aquel imperio : refieren algunos que sería como dos veces Sevilla, y otros que podia competir con la corte de Motezuma en la grandeza; y presumía no sin fundamento de mayor antigüedad. Estaba la frente principal de sus edificios sobre la orilla de aquel espacioso lago, en paraje de grande amenidad, donde tomaba principio la calzada oriental de Méjico. Siguióse por ella la marcha sin detencion, porque se llevaba intento de pasar á Iztacpalapa [1]. tres leguas más adelante, sitio proporcionado para entrar en Méjico el dia siguiente á buena hora. Tendría por esta parte la calzada veinte pies de ancho, y era de piedra y

1. *Ixtapalaba.* En su comarca y en la de *Ixtapaluca,* poco distante de aquélla, se recogia abundantemente la sal.

cal, con algunas labores en la superficie. Habia en la mitad del camino sobre la misma calzada otro lugar de hasta dos mil casas, que se llamaba Quitlavaca; y por estar fundado en el agua, le llamaron entonces Venezuela. Salió el cacique muy acompañado y lucido al recibimiento de Cortés, y le pidió que honrase por aquella noche su ciudad, con tanto afecto, y tan repetidas instancias, que fué preciso condescender á sus ruegos por no desconfiarle. Y no dejó de hallarse alguna conveniencia en hacer aquella mansion para tomar noticias; porque viendo desde más cerca la dificultad, entró Cortés en algun recelo de que le rompiesen la calzada, ó levantasen los puentes para embarazar el paso á su gente.

Registrábase desde allí mucha parte de la laguna, en cuyo espacio se descubrian varias poblaciones y calzadas, que la interrumpian y la hermoseaban; torres y capiteles, que al parecer nadaban sobre las aguas, árboles y jardines fuera de su elemento; y una inmensidad de indios, que navegando en sus canoas, procuraban acercarse á ver los Españoles, siendo mayor la muchedumbre que se dejaba reparar en los terrados y azoteas más distantes : hermosa vista y maravillosa novedad, de que se llevaba noticia, y fué mayor en los ojos que en la imaginacion.

Tuvo el ejército bastante comodidad en este alojamiento y los paisanos asistieron con agrado y urbanidad al regalo de sus huéspedes; gente de cuya policía se dejaba conocer la vecindad de la corte. Manifestó el cacique, sin poderse contener, poco afecto á Motuzuma, y el mismo deseo que los demas de sacudir el yugo intolerable de aquel gobierno, porque alentaba los soldados y facilitaba la empresa, diciendo á los intérpretes como quien deseaba que lo entendiesen todos, « que la calzada que se habia de se-
» guir hasta Méjico era más capaz y de mejor calidad que
» la pasada, sin que hubiese que recelar en ella ni en las
» poblaciones de su márgen : que la ciudad de Iztacpalapa,
» donde se habia de hacer tránsito, estaba de paz, y tenía,
» órden para recibir y alojar amigablemente á los Espa-
» ñoles : que el señor de esta ciudad era pariente de Mote-
» zuma; pero que ya no habia que temer en los de su fac-

» cion, porque le tenían rendido y sin espíritu los prodi-
» gios del cielo, las respuestas de sus oráculos y las haza-
» ñas que le referian de aquel ejército ; por cuya razon le
» hallarian deseoso de la paz, y con el ánimo dispuesto án-
» tes á sufrir que á provocar. » Decía la verdad este cacique, pero con alguna mezcla de pasion y de lisonja, y Hernan Cortés, aunque no dejaba de conocer este defecto en sus noticias, procuraba divulgarlas y encarecerlas entre sus soldados. Y no se puede negar que llegaron á buen tiempo, para que no se desanimase la gente de ménos obligaciones con aquella variedad de objetos admirables que se tenían á la vista, de que se pudiera colegir la grandeza de aquella corte y el poder formidable de aquel príncipe; pero los informes del cacique, y las ponderaciones que se hacían de su turbacion y desaliento, pudieron tanto en esta concurrencia de novedades, que alegrándose todos de lo que se habian de asombrar, se aprovecharon de su admiracion para mejorar las esperanzas de su fortuna.

CAPÍTULO X

Pasa el ejército á Iztacpalapa, donde se dispone, la entrada de Méjico : refiérese la grandeza con que salió Motezuma á recibir á los Españoles.

La mañana siguiente, poco despues de amanecer, se puso en órden la gente sobre la misma calzada, segun su capacidad, bastante por aquella parte para que pudiesen ir ocho caballos en hilera. Constaba entónces el ejército de cuatrocientos y cincuenta Españoles no cabales, y hasta seis mil indios tlascaltecas, zempoales y de otras naciones amigas. Siguióse la marcha, sin nuevo accidente que diese cuidado, hasta la misma ciudad de Iztacpalapa, donde se habia de hacer alto : lugar que sobresalía entre los demas por la grandeza de sus torres, y por el bulto de sus edificios : sería de hasta diez mil casas de segundo y tercer alto [1],

1. Este cálculo es sin duda exajerado, asi en el número de casas como en los pisos de ellas. Para ello sería preciso dar á Iztacpa-

que ocupaban mucha parte de la laguna, y se dilataban algo más sobre la ribera, en sitio delicioso y abundante. El señor de esta ciudad salió muy autorizado á recibir el ejército; y le asistieron para esta funcion los príncipes de Magicalcingo y Cuyoacan, dominios de la misma laguna. Traían todos tres su presente separado de varias frutas, cazas y otros bastimentos, con algunas piezas de oro, que valdrian hasta dos mil pesos. Llegaron juntos, y se dieron á conocer, diciendo cada uno su nombre y dignidad; y remitiendo á la discrecion de la ofrenda todo lo que faltaba en el razonamiento.

Hízose la entrada en esta ciudad con aquel aplauso, que consistía en el bullicio y gritería de la gente, cuya inquietud alegre daba seguridad á los más recelosos. Estaba prevenido el alojamiento en el mismo palacio del cacique, donde cupieron todos los Españoles debajo de cubierto, quedando los demas en los patios y zaguanes con bastante comodidad para una noche que habia de pasar sin descuido. Era el palacio grande y bien fabricado, con separacion de cuartos alto y bajo, muchas salas con techumbre de cedro, y no sin adorno; porque algunas de ellas tenían sus colgaduras de algodon, tejido á colores, con dibujo y proporcion. Habia en Iztacpalapa diversas fuentes de agua dulce y saludable, traida por diferentes conductos de las sierras vecinas, y muchos jardines cultivados con prolijidad, entre los cuales se hacía reparar una huerta de admirable grandeza y hermosura, que tenía para su recreacion; donde llevó aquella tarde á Cortés con algunos de sus capitanes y soldados, como quien deseaba cumplir á un tiempo con el agasajo de los huéspedes, y con su propia jactancia y vanidad. Habia en ella diversos géneros de árboles fructíferos, que formaban calles muy dilatadas, dejando su lugar á las plantas menores, y un espacioso jardin, que tenía sus divisiones y paredes hechas de cañas entretejidas y cubiertas de yerbas olorosas, con diferentes

lapa mayor poblacion que á nuestro Madrid, puesto que éste sólo tiene ocho mil casas. Además los indios no acostumbraban á hacer las suyas con más de un piso, fuera de algun palacio al que añadian por adorno un segundo cuerpo.

cuadros de agricultura cuidadosa, donde hacian labor las flores con ordenada variedad. Estaba en medio un estanque de agua dulce, de forma cuadrangular : fábrica de piedra y argamasa, con gradas por todas partes hasta el fondo : tan grande, que tenía cada uno de sus lados cuatrocientos pasos, donde se alimentaba la pesca de mayor regalo, y acudian várias especies de aves palustres, algunas conocidas en Europa, y otras de figura exquisita y pluma extraordinaria : obra digna de príncipe, y que hallada en un súbdito de Motezuma, se miraba como argumento de mayores opulencias.

Pasóse bien la noche, y la gente acudió con agrado y sencillez al agasajo de los Españoles; sólo se reparó en que hablaban ya en este lugar con otro estilo de las cosas de Motezuma : porque alababan todos su gobierno, y encarecian su grandeza; ó contuviese á los de aquella opinion el parentesco del cacique, ó les hiciese ménos atrevidos la cercanía del tirano. Habia dos leguas de calzada que pasar hasta Méjico, y se tomó la mañana, porque deseaba Cortés hacer su entrada, y cumplir con la primera funcion de visitar á Motezuma, quedando con alguna parte del dia para reconocer y fortificar su cuartel. Siguióse la marcha con el mismo órden; y dejando á los lados la ciudad de Magicalcingo en el agua, y la de Cuyoacan en la ribera, sin otras grandes poblaciones que se descubrian en la misma laguna, se dió vista desde más cerca y no sin admiracion, á la gran ciudad de Méjico, que se levantaba con exceso entre las demas, y al parecer se le conocia el predominio hasta en la soberbia de sus edificios. Salieron á poco ménos que la mitad del camino más de cuatro mil nobles y ministros de la ciudad á recibir el ejército, cuyos cumplimientos detuvieron largo rato la marcha aunque sólo hacían reverencias, y pasaban delante para volver acompañando. Estaba poco ántes de la ciudad un baluarte de piedra, con dos castillejos á los lados, que ocupaba todo el plano de la calzada, cuyas puertas desembocaban sobre otro pedazo de calzada, y ésta terminaba en un puente levadizo, que defendia la entrada con segunda fortificacion. Luégo que pasaron de la otra

parte los magnates del acompañamiento, se fueron desviando á los lados, para franquear el paso al ejército, y se descubrió una calle muy larga y espaciosa [1] de grandes casas, edificadas con igualdad y correspondencia, cubiertos de gente los miradores y terrados; pero la calle totalmente desocupada; y dijeron á Cortes, que se habia despejado cuidadosamente, porque Motezuma estaba en ánimo de salir á recibirle, para mayor demostracion de su benevolencia.

Poco despues se fué dejando ver la primera comitiva real, que serían hasta doscientos nobles de su familia, vestidos de librea, con grandes penachos, conformes en la hechura y el color. Venían en dos hileras con notable silencio y compostura, descalzos todos, y sin levantar los ojos de la tierra; acompañamiento con apariencias de procesion. Luégo que llegaron cerca del ejército, se fueron arrimando á las paredes en el mismo órden, y se vió á lo léjos una gran tropa de gente mejor adornada, y de mayor dignidad, en cuyo medio venía Motezuma sobre los hombros de sus favorecidos, en unas andas de oro bruñido, que brillaba con proporcion entre diferentes labores de pluma sobrepuesta, cuya primorosa distribucion procuraba obscurecer la riqueza con el artificio. Seguian el pàso de las andas cuatro personages de gran suposicion, que le llevaban debajo de un pálio, hecho de plumas verdes, entretejidas y dispuestas de manera que formaban tela, con algunos adornos de argentería; y poco delante iban tres magistrados con unas varas de oro en las manos, que levantaban en alto sucesivamente, como avisando que se acercaba el rey, para que se humillasen todos, y no se atreviesen á mirarle: desacato que se castigaba como sacrilegio. Cortés se arrojó del caballo poco ántes que llegase, y al mismo tiempo se apeó Motezuma de sus andas, y se adelantaron algunos indios, que alfombraron el camino, para que no pusiese los piés sobre la tierra, que á su parecer era indigna de sus huellas.

Prevínose á la funcion con espacio y gravedad, y pues-

1. Cortés dice que esta calle tenia de largo dos tercios de legua: Herrera no le dá más de un tercio.

tas las dos manos sobre los brazos del señor de Iztacpalapa y el de Tezcuco, sus sobrinos, dió algunos pasos para recibir á Cortés. Era de buena presencia, su edad hasta cuarenta años, de mediana estatura, más delgado que robusto; el rostro aguileño, de color ménos oscuro que el natural de aquellos indios, el cabello largo hasta el estremo de la oreja, los ojos vivos, y el semblante magestuoso, con algo de intencion; su traje un manto de sutilísimo algodon, anudado sin desaire sobre los hombros, de manera que cubria la mayor parte del cuerpo, dejando arrastrar la falda. Traía sobre sí diferentes joyas de oro, perlas y piedras preciosas, en tanto número, que servian más al peso que al adorno. La corona una mitra de oro ligero, que por delante remataba en punta, y la mitad posterior algo más obtusa se inclinaba sobre la cerviz; y el calzado unas suelas de oro macizo, cuyas correas tachonadas de lo mismo, ceñian el pie, y abrazaban parte de la pierna, semejante a las caligas militares de los Romanos.

Llegó Cortés apresurando el paso sin desautorizarse, y le hizo una profunda sumision; á que respondió poniendo la mano cerca de la tierra, y llevándola despues á los labios: cortesía de inaudita novedad en aquellos príncipes, y más desproporcionada en Motezuma, que apénas doblaba la cerviz á sus dioses, y afectaba la soberbia, ó no la sabía distinguir de la magestad; cuya demostracion, y la de salir personalmente al recibimiento se reparó mucho entre los indios, y cedió en mayor estimacion de los Españoles; porque no se persuadian á que fuese inadvertencia de su rey, cuyas determinaciones veneraban, sujetando el entendimiento. Habíase puesto Cortés sobre las armas una banda ó cadena de vidrio; compuesta vistosamente de varias piedras que imitaban los diamantes y las esmeraldas, reservada para el presente de la primera audiencia; y hallándose cerca en estos cumplimientos, se la echó sobre los hombros á Motezuma. Detuviéronle, no sin alguna destemplanza, los dos braceros, dándole á entender que no era lícito el acercarse tanto á la persona del rey; pero él los reprendió, quedando tan gustoso del presente, que le miraba y celebraba entre los suyos como presea de inesti-

mable valor; y para desempeñar su agradecimiento con alguna liberalidad, hizo traer entretanto que llegaban á darse á conocer los demas capitanes, un collar que tenía la primera estimacion entre sus joyas. Era de unas conchas carmesíes de gran precio en aquella tierra, dispuestas y engarzadas con tal arte, que de cada una de ellas pendian cuatro gambaros ó cangrejos de oro, imitados prolijamente del natural. Y él mismo con sus manos se le puso en el cuello á Cortés : humanidad y agasajo, que hizo segundo ruido entre los Mejicanos. El razonamiento de Cortés fué breve y rendido como lo pedia la ocasion, y su respuesta de pocas palabras, que cumplieron con la discrecion sin faltar á la decencia. Mandó luégo al uno de aquellos dos príncipes sus colaterales, que se quedase para conducir y acompañar á Hernan Cortés hasta su alojamiento; y arrimado al otro, volvió á tomar sus andas, y se retiró á su palacio con la misma pompa y gravedad.

Fué la entrada en esta ciudad á 8 noviembre del mismo año 1519, dia de los santos cuatro coronados mártires; y el alojamiento que tenían prevenido, unas de las casas reales que fabricó Axayaca, padre de Motezuma. Competia en la grandeza con el palacio principal de los reyes, y tenía sus presunciones de fortaleza; paredes gruesas de piedra, con algunos torreones, que servian de travéses y daban facilidad á la defensa. Cupo en ella todo el ejército y la primera diligencia de Cortés fué reconocerla por todas partes para distribuir sus guardias, alojar su artillería y cercar su cuartel. Algunas salas, que tenían destinadas para la gente de más cuenta, estaban adornadas con sus tapicerías de varios colores hechas de aquel algodon, á que se reducian todas sus telas, más ó ménos delicadas : las sillas de madera, labradas de una pieza, las camas entoldadas con sus colgaduras en forma de pabellones; pero el lecho se componía de aquellas sus esteras de palma, donde servia de abecera una de las mismas esteras arrollada; no alcanzaban allí mejor cama los príncipes más regalados, ni cuidaba mucho aquella gente de su comodidad, porque vivian á la naturaleza, contentándose con los remedios de la necesidad; y no sabemos si se debe llamar felicidad en aquellos bárbaros esta ignorancia de las superfluidades.

CAPÍTULO XI

Viene Motezuma el mismo dia por la tarde á visitar á Cortés en su alojamiento : refiérese la oracion que hizo ántes de oir la embajada, y la respuesta de Cortés.

Era poca más de medio dia cuando entraron los Españoles en su alojamiento, y hallaron prevenido un banquete regalado y espléndido para Cortés y los cabos de su ejército, con grande abundancia de bastimentos ménos delicados para el resto de la gente, y muchos indios de servicio, que ministraban los manjares y las bebidas con igual silencio y puntualidad. Por la tarde vino Motezuma con la misma pompa y acompañamiento á visitar á Cortés, que avisado poco ántes, salió á recibirle hasta el patio principal, con todo el obsequio debido á semejante favor. Acompañóle hasta la puerta de su cuarto, donde le hizo una profunda reverencia, y él pasó á tomar su asiento con despejo y gravedad. Mandó luégo que acercasen otro á Cortés : hizo seña para que se apartasen á la pared los caballeros que andaban cerca de su persona, y Cortés advirtió lo mismo á los capitanes que le asistian. Llegaron los intérpretes, y cuando se prevenía Hernan Cortés para dar principio á su oracion, le detuvo Motezuma, dando á entender que tenía que hablar ántes de oir; y se refiere que discurrió en esta sustancia :

« Ántes que me déis la embajada, ilustre capitan y valerosos extrangeros, del príncipe grande que os envia, debéis vosotros, y debo yo desestimar y poner en olvido lo que ha divulgado la fama de nuestras personas y costnmbres, introduciendo en nuestros oidos aquellos vanos rumores que van delante de la verdad, y suelen obscurecerla declinando en lisonja ó vituperio. En algunas partes os habrán dicho de mí que soy uno de los dioses inmortales, levantando hasta los cielos mi poder y mi naturaleza : en otras que se desvela en mis opulencias la fortuna, que son de oro las paredes y los ladrillos de

» mis palacios, y que no caben en la tierra mis tesoros; y
» en otras que soy tirano, cruel y soberbio; que abor-
» rezco la justicia, y que no conozco la piedad. Pero los
» unos y los otros os han engañado con igual encareci-
» miento; y para que no imaginéis que soy alguno de los
» dioses, ó conozcáis el desvarío de los que asi me ima-
» ginan, esta porcion de mi cuerpo (y desnudó parte del
» brazo) desengañará vuestros ojos de que habláis con un
» hombre mortal de la misma especie; pero más noble y
» más poderoso que los otros hombres. Mis riquezas no
» niego que son grandes; pero las hacen mayores la exa-
» geracion de mis vasallos. Esta casa que habitáis es uno
» de mis palacios. Mirad esas paredes hechas de piedra y
» cal, materia vil, que debe al arte su estimacion; y cole-
» gid de uno y otro el mismo engaño, y el mismo encare-
» cimiento en lo que os hubieren dicho de mis tiranías;
» suspendiendo el juicio hasta que os entereis de mi razon,
» y despreciando ese lenguage de mis rebeldes, hasta que
» veais si es castigo lo que llaman infelicidad, y si pueden
» acusarle sin dejar de merecerle. No de otra suerte han
» llegado á nuestros oidos varios informes de vuestra na-
» turaleza y operaciones. Algunos han dicho que sois dei-
» dades, que os obedecen las fieras, que manejais los
» rayos, y que mandais en los elementos; y otros que sois
» facinerosos, iracundos y soberbios, que os dejais domi-
» nar de los vicios, y que venís con una sed insaciable del
» oro que produce nuestra tierra. Pero ya veo que sois
» hombres de la misma composicion y masa que los de-
» mas, aunque os diferencian de nosotros algunos acci-
» dentes de los que suele influir el temperamento de la
» tierra en los mortales. Esos brutos que os obedecen ya
» conozco que son unos venados grandes, que traeis do-
» mesticados é instruidos en aquella doctrina imperfecta,
» que puede comprender el instinto de los animales. Esas
» armas que se asemejan á los rayos, tambien alcanzo que
» son unos cañones de metal no conocido, cuyo efecto es
» como el de nuestras cerbatanas, aire oprimido, que busca
» salida, y arroja el impedimento. Ese fuego que despiden
» con mayor estruendo, será cuando mucho algun se-

» creto más que natural de la misma ciencia que alcanzan
» nuestros magos. Y en lo demas que han dicho de vues-
» tro proceder, hallo tambien, segun la observacion que
» han hecho de vuestras costumbres mis embajadores y
» confidentes, que sois benignos y religiosos, que os eno-
» jais con razon, que sufrís con alegría los trabajos, y que
» no falta entre vuestras virtudes la liberalidad, que se acom-
» paña pocas veces con la codicia. De suerte que unos y
» otros debemos olvidar las noticias pasadas, y agradecer
» á nuestros ojos el desengaño de nuestra imaginacion;
» con cuyo presupuesto quiero que sepais ántes de ha-
» blarme, que no se ignora entre nosotros, ni necesitamos
» de vuestra persuasion, para creer que el príncipe grande
» á quien obedecéis, es descendiente de nuestro antiguo
» Quezalcoal, señor de las siete cuevas de los Navatlacas,
» y rey legítimo de aquellas siete naciones que dieron
» principio al imperio mejicano. Por una profecía suya,
» que veneramos como verdad infalible, y por la tradicion
» de los siglos que se conserva en nuestros anales, sabe-
» mos que salió de estas regiones á conquistar nuevas tier-
» ras hácia la parte del Oriente, y dejó prometido, que an-
» dando el tiempo vendrian sus descendientes á moderar
» nuestras leyes, ó poner en razon nuestro gobierno. Y
» porque las señas que traeis conforman con este vaticinio,
» y el príncipe del Oriente que os envia, manifesta en
» vuestras mismas hazañas la grandeza de tan ilustre pro-
» genitor, tenemos ya determinado que se haga en obse-
» quio suyo todo lo que alcanzaren nuestras fuerzas; de
» que me ha parecido advertiros, para que hableis sin em-
» barazo en sus proposiciones, y atribuyais á tan alto
» principio estos excesos de mi humanidad. »

Acabó Motezuma su oracion, previniendo el oido con entereza y majestad, cuya sustancia dió bastante disposicion á Cortés para que sin apartarse del engaño que hallaba introducido en el concepto de aquellos hombres, pudiese responderle, segun lo que hallamos escrito, estas ó semejantes razones:

« Despues, señor, de rendiros las gracias por la suma
» benignidad con que permitís vuestros oidos á nuestra

» embajada, y por el superior conocimiento con que nos
» habeis favorecido, menospreciando en nuestro abono
» los siniestros informes de la opinion, debo deciros que
» tambien acerca de nosotros se ha tratado la vuestra con
» aquel respeto y veneracion que corresponde á vuestra
» grandeza. Mucho nos han dicho de vos en esas tierras
» de vuestro dominio : unos afeando vuestras obras, y
» otros poniendo entre sus dioses vuestra persona; pero
» los encarecimientos crecen ordinariamente con injuria
» de la verdad, que como es la voz de los hombres el ins-
» trumento de la fama, suele participar de sus pasiones;
» y éstas, ó no entieden las cosas como son, ó no las di-
» cen como las entienden. Los Españoles, señor, tenemos
» otra vista, con que pasamos á discernir el color de las
» palabras, y por ellas el semblante del corazon : ni he-
» mos creido á vuestros rebeldes, ni á vuestros lisonjeros.
» Con certidumbre de que sois príncipe grande, y amigo
» de la razon, venimos á vuestra presencia, sin necesitar
» de los sentidos para conocer que sois príncipe mortal.
» Mortales somos tambien los Españoles, aunque más va-
» lerosos, y de mayor entendimiento que vuestros va-
» sallos, por haber nacido en otro clima de más robustas
» influencias. Los animales que nos obedecen, no son
» como vuestros venados, porque tienen mayor nobleza
» y ferocidad : brutos inclinados á la guerra, que saben
» aspirar con alguna especie de ambicion á la gloria de su
» dueño. El fuego de nuestras armas es obra natural de la
» industria humana, sin que tenga parte alguna en su
» produccion esa facultad que profesan vuestros magos;
» ciencia entre nosotros abominable, y digna de mayor
» desprecio que la misma ignorancia : con cuya suposi-
» cion, que me ha parecido necesaria para satisfacer á
» vuestras advertencias, os hago saber con todo el acata-
» miento debido á vuestra magestad, que vengo á visita-
» ros como embajador del más poderoso monarca que re-
» gistra el sol desde su nacimiento; en cuyo nombre os
» propongo que desea ser vuestro amigo y confederado,
» sin acordarse de los derechos antiguos que habeis refe-
» rido para otro fin que abrir el comercio entre ambas

» monarquías, y conseguir por este medio vuestra comu-
» nicacion y vuestro desengaño. Y aunque pudiera, segun
« la tradician de vuestras mismas historias, aspirar á ma-
» yor reconocimiento en estos dominios, sólo quiere usar
» de su autoridad para que le creais en lo mismo que os
» conviene : y daros á entender que vos, señor, y vosotros
» Mejicanos que me oís (volviendo el rostro á los circuns-
» tantes), vivís engañados en la religion que profesais,
» adorando unos leños insensibles, obra de vuestras ma-
» nos y de vuestra fantasía; porque sólo hay un Dios ver-
» dadero, principio eterno, sin principio ni fin, de todas
» las cosas; cuya omnipotencia infinita crió de nada esa
» fábrica maravillosa de los cielos, el sol que nos alumbra,
» la tierra que nos sustenta, y el primer hombre de quien
» procedemos todos, con igual obligacion de reconocer y
» adorar á nuestra primera causa. Esta misma obligacion
» teneis vosotros impresa en el alma, y conociendo su in-
» mortalidad. la desestimais y destruis, dando adoracion
» à los demonios, que son unos espíritus inmundos, cria-
» turas del mismo Dios, que por su ingratitud y rebeldía
» fueron lanzados en ese fuego subterráneo, de que tenéis
» alguna imperfecta noticia en el horror de vuestros vol-
» canes. Éstos, que por su envidia y malignidad son ene-
» migos mortales del género humano, solicitan vuestra
» perdicion, haciendose adorar en esos ídolos abominables:
» suya es la voz que alguna vez escuchais en las respues-
» tas de vuestros oráculos, y suyas las ilnsiones con que
» suele introducir en vuestro entendimiento los errores de
» la imaginacion. Ya conozco, señor, que no son de este lu-
» gar los misterios de tan alta enseñanza; pero solamente
» os amonesta ese mismo rey á quien reconoceis tan anti-
» gua superioridad, que no nos oigais en este punto con
» ánimo indiferente, para que veais como descansa vues-
» tro espíritu en la verdad que os anunciamos, y cuántas
» veces habeis resistido á la razon natural, que os daba
» luz suficiente para conocer vuestra ceguedad. Esto es
» lo primero que desea de vuestra magestad el rey mi se-
» ñor, y esto lo principal que os propone, como el medio
» más eficaz para que pueda estrecharse con durable amis-

» tad la confederacion de ambas coronas, y no falten á su » firmeza los fundamentos de la religion, que sin dejar al- » guna discordia en los dictámenes, introduzcan en el- » ánimo los vínculos de la voluntad. »

Asi procuró Hernan Cortés mantener entre aquella gente la estimacion de sus fuerzas, sin apartarse de la verdad, y servirse del orígen que buscaban á su rey, ó no contradecir lo que tenian aprendido, para dar mayor autoridad á su embajada. Pero Motezuma oyó con señas de poca docilidad el punto de la religion, obstinado con hipocresía en los errores de su gentilidad; y levantándose de la silla, « yo acepto, dijo, con toda gratitud la confederacion y » amistad que me proponeis del gran descendiente de Que- » zalcoal; pero todos los dioses son buenos, y el vuestro » puede ser todo lo que decis, sin ofensa de los mios Des- » cansad ahora, que en vuestra casa estais, donde seréis » asistido con todo el cuidado que se debe á vuestro valor, » y al príncipe que os envia. » Mandó luégo que entrasen algunos indios de carga que traia prevenidos; y ántes de partir presento á Hernan Cortés diferentes piezas de oro, cantidad de ropas de algodon, y varias curiosidades de pluma, dádiva considerable por el valor y por el modo; y repartió algunas joyas y preseas del mismo género entre los Españoles que estaban presentes, dando uno y otro con alegre generosidad, sin hacer mucho caso del beneficio; pero mirando á Cortés y á los suyos con un género de satisfaccion, en que se conocia el cuidado antecedente, como los que manifiestan su temor en lo mismo que se complacen de haberle perdido.

CAPÍTULO XII

Visita Cortés á Motezuma en su palacio, cuya grandeza y aparato se describe; y se da noticia de lo que pasó en esta conferencia, y en otras que se tuvieron despues sobre la religion.

Pidió Hernan Cortés audiencia el dia siguiente, y la consiguió con tanta prontitud, que vinieron con la respuesta

los mismos que le habian de acompañar en esta visita: cierto género de ministros, que solian asistir á los embajadores, y tenian á su cargo el magisterio de las ceremonias y estilos de su nacion. Vistióse de gala sin dejar las armas, que se habian de introducir á traje militar; y llevó consígo á los capitanes Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de Leon, y Diego de Ordaz, con seis ó siete soldados particulares de su satisfaccion, entre los cuales fué Bernal Diaz del Castillo, que ya trataba de observar para escribir.

Las calles estaban pobladas por todas partes de innumerable concurso, que trabajaba en su misma muchedumbre para ver á los Españoles sin embarazarles el paso, entre cuyas reverencias y sumisiones, se oia muchas veces la palabra Teules, que en su lengua significa dioses : voz que ya se entendia, y que no sonaba mal á los que fundaban parte de su valor en el respeto ageno.

Dejóse ver á larga distancia el palacio de Motezuma, que manifestaba no sin encarecimiento, la magnificencia de aquellos reyes; edificio tan desmesurado, que se mandaba por treinta puertas á diferentes calles. La fachada principal, que ocupaba toda la frente de una plaza muy espaciosa, era de varios jaspes negros, rojos y blancos, de no mal entendida colocacion y pulimento. Sobre la portada se hacian reparar en un escudo grande las armas de los Motezumas : un grifo, medio águila y medio leon, en ademan de volar, con un tigre feroz entre las garras. Algunos quieren que fuese águila, y se ponen de propósito á impugnar el grifo con la razon de que no los hay en aquella tierra, como si no se pudiese dudar si los hay en el mundo, segun los autores que los pusieron entre las aves fabulosas. Diríamos ántes que pudo inventar acá y allá este género de monstruos el desvarío artificioso, que llaman licencia los poetas, y valentía los pintores.

Al llegar cerca de la puerta principal, se encaminaron hácia el uno de sus lados los ministros del acompañamiento, y retirándose atrás con pasos de gran misterio, formaron un semicírculo para llegar á la puerta de dos en dos : ceremonia de su costumbre, porque tenian á falta

de respeto el entrar de tropel en la casa real, y reconocian con este desvío la dificultad de pisar aquellos umbrales. Pasados tres patios de la misma fábrica y materia que la fachada, llegaron al cuarto donde residia Motezuma, en cuyos salones era de igual admiracion la grandeza y el adorno : los pavimentos con esteras de varias labores, las paredes con diferentes colgaduras de algodon, pelo de conejo, y en lo más interior de pluma; unas y otras hermoseadas con la viveza de los colores, y con la diferencia de las figuras : los techos de ciprés, cedro y otras maderas olorosas, con diversos follages y relieves, en cuya contestura se reparó, que sin haber hallado el uso de los clavos, formaban grandes artesones, afirmando el maderámen y las tablas en su misma trabazon.

Habia en cada una de estas salas numerosas y diferentes gerarquías de criados, que tenian la entrada segun su calidad y ministerio; y en la puerta de la antecámara esperaban los próceres y magistrados que recibieron á Cortés con grande urbanidad, pero le hicieron esperar para quitarse las sandalias, y dejar los mantos ricos de que venian adornados, tomando en su lugar otros de ménos gala : era entre aquella gente irreverencia el atreverse á lucir delante del rey. Todo lo reparaban los Españoles, todo hacía novedad, y todo infundia respeto; la grandeza del palacio, las ceremonias, el aparato, y hasta el silencio de la familia.

Estaba Motezuma en pié, con todas sus insignias reales, y dió algunos pasos para recibir á Cortés, poniéndole al llegar los brazos sobre los hombros : agasajó despues con el semblante á los Españoles que le acompañaban, y tomando su asiento, mandó sentar á Cortés y á todos los demás, sin dejarles accion para que replicasen. La visita fué larga y de conversacion familiar; hizo varias preguntas á Cortés sobre lo natural y político de las regiones orientales, aprobando á tiempo lo que le pareció bien ; y mostrando que sabia discurrir en lo que sabia dudar. Volvió á referir la dependencia y obligacion que tenian los Mejicanos al descendiente de su primer rey, y se congratuló muy particularmente de que se hubiese cumplido en

su tiempo la profecía de los extrangeros, que tantos siglos ántes habian sido prometidos á sus mayores : si fué con afectacion, supo esconder lo que sentia; y siendo ésta una credulidad vana y despreciable por su orígen y circunstancias, importó mucho en aquella ocasion, para que los Españoles hallasen hecho el camino á su introduccion : asi bajan muchas veces encadenadas y dependientes de ligeros principios las cosas mayores, Hernan Cortés le puso con destreza en la plática de la religion, tocando entre las demas noticias que le daba de su nacion, los ritos y costumbres de los Cristianos, para que le hiciesen disonancia los vicios y abominaciones de su idolatría; con cuya ocasion esclamó contra los sacrificios de sangre humana, y contra el horror aborrecible á la naturaleza, con que se comian los hombres que sacrificaban : bestialidad muy introducida en aquella corte, por ser mayor el número de los sacrificados, y más culpable por esta razon el exceso de los banquetes.

No fué del todo inútil esta sesion porque Motezuma sintiendo en algo la fuerza de la razon, desterró de su mesa los platos de carne humana; pero no se atrevió á prohibir de una vez este manjar á sus vasallos, ni se dió por vencido en el punto de los sacrificios; ántes decia que no era crueldad ofrecer á sus dioses unos prisioneros de guerra, que venian ya condenados á muerte ; no hallando razon que le hiciese capaz de que fuesen prójimos los enemigos.

Dió pocas esperanzas de reducirse, aunque procuraron varias veces Hernan Cortés y el padre fray Bartolomé de Olmedo traerle al camino de la verdad; tenía entendimiento para conocer algunas ventajas en la religion católica y para no desconocer en todo los abusos de la suya, pero se volvia luégo al tema de que sus dioses eran buenos en aquella tierra, como el de los Cristianos en su distrito; y se hacía fuerza para no enojarse cuando le apretaban los argumentos, padeciendo mucho consígo en estas conferencias, porque deseaba complacer á los Españoles con un género de cuidado que parecia sujecion; y por otra parte le tiraban las afectaciones de religioso, que

le adquirieron, y á su parecer le mantenian la corona, obligándole á temer con mayor abatimiento la desestimacion de sus vasallos, si le viesen ménos atento al culto de sus dioses : política miserable, propia del tirano, dominar con soberbia y contemplar con servidumbre.

Hacía tanta ostentacion de su resistencia, que llevando consígo, uno de aquellos primeros dias, á Hernan Cortés y al padre fray Bartolomé, con algunos de los capitanes y soldados particulares, para que viesen á su lado las grandezas de su corte, deseó, no sin alguna vanidad, enseñarles el mayor de sus templos. Mandóles que se detuviesen poco ántes de la entrada, y se adelantó para conferir con los sacerdotes, si sería lícito que llegase á la presencia de sus dioses una gente que no los adoraba. Resolvióse que podrian entrar, amonestándoles primero que no se descomidiesen ; y salieron dos ó tres de los más ancianos con la permision y el requerimiento. Franqueáronse luégo todas las puertas de aquel espantoso edificio ; y Motezuma tomó á su cargo el esplicar los secretos, oficinas y simulacros del adoratorio, tan reverente y ceremonioso, que los Españoles no pudieron contenerse de hacer alguna irrision, de que no se dió por entendido ; pero volvió á mirarlos, como quien deseaba reprimirlos. Á cuyo tiempo Hernan Cortés, dejándose llevar del celo que ardia en su corazon, le dijo : « Permitidme, señor, fijar una cruz de » Cristo delante de esas imágenes del demonio, y veréis si » merecen adoracion ó menosprecio. » Enfureciéronse los sacerdotes al oir esta proposicion; y Motezuma quedó confuso y mortificado, faltándole á un tiempo la paciencia para sufrirlo, y la resolucion para enojarse; pero tomando partido con su primera turbacion, y procurando que no quedase mal su hipocresía : « Pudiérais, dijo á los » Españoles, conceder á este lugar las atenciones, por lo » ménos, que debeis á mi persona : » y salió del adoratorio para que le siguiesen; pero se detuvo en el átrio, y prosiguió diciendo algo más reportado : « Bien podeis, » amigos, volveros á vuestro alojamiento, que yo me » quedo á pedir perdon á mis dioses de lo mucho que os » he sufrido : » notable salida del empeño en que se ha-

llaba, y pocas palabras dignas de reparo, que dieron á entender su resolucion, y lo que se reprimia para no destemplarse.

Con esta experiencia, y otras que se hicieron del mismo género, resolvió Cortés, siguiendo el parecer del padre fray Bartolomé de Olmedo, y del licenciado Juan Diaz, que no se le hablase más por entónces en la religion, porque sólo servia de irritar y endurecerle. Pero al mismo tiempo se consiguió fácilmente su licencia para que los Cristianos diesen culto público á su Dios; y él mismo envió sus alarifes para que se le fabricase templo á su costa como lo pidiese Cortés: tanto deseaba que le dejasen descansar en su error. Desembarazóse luégo uno de los salones principales de aquel palacio donde habitaban los Españoles, y blanqueándole de nuevo, se levantó el altar, y en su frontispicio se colocó una imágen de nuestra Señora sobre algunas gradas, que se adornaron vistosamente, y fijando una cruz grande cerca de la puerta, quedó formada una capilla muy decente, donde se celebraba misa todos los dias, se rezaba el rosario, y hacian otros actos de piedad y devocion, asistiendo algunas veces Motezuma con los príncipes y ministros que andaban á su lado; entre los cuales se alababa mucho la mansedumbre de aquellos sacrificios, sin conocer la inhumanidad y malicia de los suyos: gente ciega y supersticiosa que palpaba las tinieblas y se defendia de la razon con la costumbre.

Pero ántes de referir los sucesos de aquella corte, nos llama su descripcion la grandeza de sus edificios, su forma de gobierno y policía, con otras noticias que son convenientes para la inteligencia ó concepto de los mismos sucesos: desvíos de la narracion necesarios en la historia, como no sean peregrinos del argumento y carezcan de otros lunares que hacen viciosa la digresion.

CAPÍTULO XIII

Descríbese la ciudad de Méjico, su temperamento y situacion, el mercado de Tlatelulco y el mayor de sus templos, dedicado al dios de la guerra.

La gran ciudad de Méjico, que fué conocida en su antigüedad por el nombre de *Tenuchtitlan* [1] ó por otros de poco diferente sonido, sobre cuya denominacion se cansan voluntariamente los autores, tendria en aquel tiempo sesenta mil familias de vecindad [2], repartida en dos barrios, de los cuales se llamaba el uno *Tlatelulco*, habitacion de gente popular; y el otro *Méjico*, que por residir en él la corte y la nobleza, dió su nombre á toda la poblacion.

Estaba fundaba en un plano muy espacioso, coronado por todas partes de altísimas sierras y montañas, de cuyos rios y vertientes rebalsadas en el valle se formaban dife-

1. Cortés la llama *Timixtitan*, alterando la pronunciacion : vale tanto como *tunal* en piedra. El tunal es un arbusto alto que produce cierta fruta fresca y agradable : en este arbusto se cria la cochinilla.

Aunque Cortés se extiende mucho en describir la riqueza y suntuosidad de Méjico, nada dice del número de su poblacion ; solamente afirma que aquella ciudad era tan grande como Sevilla y Córdoba,lo cual debe entenderse respecto de su extension . Si en efecto contenia 60 mil familias como dice Solis, el número de habitantes subiria á 300 mil ; y siendo muy diversa la distribucion de habitaciones de los indios de las que usamos en España, el perímetro de Méjico tendria que ser tres veces mayor que el de Sevilla y Córdoba, y aún más, si se toma en cuenta la vasta extension que Cortés da á los palacios, casas de recreo, plazas, templos jardines, estanques, casas de fieras y aves que existian en la ciudad. Téngase presente además para formar juicio de los términos de comparacion de que suelen valerse Cortés y los historiadores, que segun éste, la plaza principal de Méjico era tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca. Respecto de la extension del señorio de Motezuma, *era (segun el mismo) tanto casi como España.*

2. La verdadera poblacion de Méjico no excedia de 60 mil almas segun M. Robertson, apoyándose para fijar ese número en un dato que no cita con bastante especificacion, pero que juzgamos muy cercano á la verdad.

rentes lagunas, y en lo más profundo los dos lagos mayores, que ocupaba con más de cincuenta poblaciones la nacion mejicana. Tendria este pequeño mar treinta leguas de circunferencia; y los dos lagos que lo formaban, se unian y comunicaban entre sí por un dique de piedra que los dividia, reservando algunas aberturas con puentes de madera, en cuyos lados tenian sus compuertas levadizas para cebar el lago inferior siempre que necesitaban de socorrer la mengua del uno con la redundancia del otro. Era el más alto de agua dulce y clara, donde se hallaban algunos pescados de agradable mantenimiento; y el otro de agua salobre y oscura, semejante á la marítima; no porque fuesen de otra calidad las vertientes de que se alimentaba, sino por vicio natural de la misma tierra, donde se detenian: gruesa y salitrosa por aquel paraje, pero de grande utilidad para la fábrica de la sal, que beneficiaban cerca de sus orillas, purificando al sol, y adelgazando con el fuego las espumas y superfluidades que despedia la resaca.

En el medio casi de esta laguna salobre tenía su asiento la ciudad, cuya situacion se apartaba de la línea equinoccial hácia el Norte diez y nueve grados y trece minutos dentro aún de la Tórrida Zona, que imaginaron de fuego inhabitable los filósofos antiguos, para que aprendiese nuestra experiencia cuán poco se puede fiar de la humana sabiduría en todas aquellas noticias que no entran por los sentidos á desengañar el entendimiento. Era su clima benigno y saludable, donde se dejaban conocer á su tiempo el frio y el calor ambos con moderada intension; y la humedad, que por la naturaleza del sitio pudiera ofender á la salud, estaba corregida con el favor de los vientos, ó morigerada con el beneficio del sol.

Tenía hermosísimos lejos en medio de las aguas esta gran poblacion, y se daba la mano con la tierra por sus diques ó calzadas principales: fábrica suntuosa que servia tanto al ornamento como á la necesidad: la una de dos leguas hácia la parte del Mediodia, por donde hicieron su entrada los Españoles: la otra de una legua mirando al Septentrion; y la otra poco menor por la parte occidental.

Eran las calles bien niveladas y espaciosas : unas de agua con sus puentes para la comunicacion de los vecinos : otras de tierra sóla hechas á la mano; y otras de agua y tierra, los lados para el paso de la gente, y el medio para el uso de las canoas ó barcas de tamaños diferentes que navegaban por la ciudad ó servian al comercio, cuyo número toca en increible, pues dicen que tendria Méjico entónces mas de cincuenta mil, sin otras embarcaciones pequeñas que allí se llamaban *acales* [1], hechas de un tronco y capaces de un hombre que remaba para sí.

Los edificios públicos y casas de los nobles, de que se componia la mayor parte de la ciudad, eran de piedra y bien fabricadas; las que ocupaba la gente popular humildes y desiguales; pero unas y otras en tal disposicion, que hacian lugar á diferentes plazas de terraplen donde tenian sus mercados.

Era entre todas la de Tlatelulco de admirable capacidad y concurso, á cuyas ferias acudian ciertos dias en el año, todos los mercaderes y comerciantes del reino con lo más precioso de sus frutos y manufacturas; y solian concurrir tantos, que siendo esta plaza, segun dice Antonio de Herrera, una de las mayores del mundo, se llenaba de tiendas puestas en hileras, y tan apretadas que apénas dejaban calle á los compradores. Conocian todos su puesto, y armaban su oficina de bastidores portátiles cubiertos de algodon basto, capaz de resistir al agua y al sol. No acaban de ponderar nuestros escritores el órden, la variedad y la riqueza de estos mercados. Habia hileras de plateros, donde se vendian joyas y cadenas extraordinarias, diversas hechuras de animales, y vasos de oro y plata, labrados con tanto primor, que algunos de ellos dieron que discurrir á nuestros artífices, particularmente unas calderillas de asas movibles que salian asi de la fundicion, y otras piezas del misme género, donde se hallaban molduras y relieves, sin que se conociese impulso de martillo ni golpe de cincel. Habia tambien hileras de pintores, con raras

1. Asi se llamaban tambien en Cuba y Santo Domingo á las que nosotros llamamos canoas.

ideas y países de aquella interposicion de plumas que daba el colorido y animaba la figura; en cuyo género se hallaron raros aciertos de la paciencia y la prolijidad. Venian tambien á este mercado cuantos géneros de telas se fabricaban en todo el reino para diferentes usos, hechas de algodon y pelo de conejo, que hilaban delicadamente las mujeres, enemigas en aquella tierra de la ociosidad, y aplicadas al ingenio de las manos. Eran muy de reparar los búcaros [1]. y hechuras exquisitas de finísimo barro que traian á vender, diverso en el color y en la fragancia de que labraban con primor extraordinario cuantas piezas y vasijas son necesarias para el servicio y el adorno de una casa, porque no usaban de oro ni de plata en sus bajillas: profusion que sólo era permitida en la mesa real, y esto en dias muy señalados. Hallábanse con la misma distribucion y abundancia los mantenimientos, las frutas, los pescados, y finalmente cuantas cosas hizo venales el deleite y la necesidad.

Hacíanse las compras y ventas por via de permutacion, con que daba cada uno lo que le sobraba por lo que habia menester; y el maíz ó el cacao servia de moneda para las cosas menores. No se gobernaban por el peso ni le conocieron; pero tenian diferentes medidas con que distinguir las cantidades, y sus números ó caractéres con que ajustar los precios segun sus tasaciones.

Habia casa diputada para los jueces del comercio, en cuyo tribunal se decidian las diferencias de los comerciantes, y otros ministros inferiores que andaban entre la gente cuidando de la igualdad de los contratos, y llevaban al tribunal las causas de fraude ó exceso que necesitaban de castigo. Admiraron justamente nuestros Españoles la primera vista de este mercado por su abundancia, por su variedad, y por el órden y concierto con que estaba puesta en razon aquella muchedumbre: aparador verdaderamente maravilloso, en que se venian de una vez á los ojos la grandeza y el gobierno de aquella corte.

Los templos (si es lícito darles este nombre) se levanta-

1. Su nombre era *Comales*.

ban suntuosamente sobre los demás edificios; y el mayor donde residia la suma dignidad de aquellos inmundos sacerdotes. estaba dedicado al ídolo *Viztcilipuztli* [1], que en su lengua significaba dios de la guerra, y le tenian por el supremo de sus dioses: primacía de que se infiere cuanto se preciaba de militar aquella nacion. El vulgo de los soldados españoles le llamaba *Huchilobos,* tropezando en la pronunciacion; y así le nombra Bernal Diaz del Castillo, hallando en la pluma la misma dificultad. Notablemente discuerdan los autores en la descripcion de este soberbio edificio. Antonio de Herrera se conforma demasiado con Francisco Lopez de Gomara: los que le vieron entónces tenian otras cosas en el cuidado, y los demás tiraron las líneas á la voluntad de su consideracion: seguimos al padre José de Acosta, y á otros autores de los mejor informados.

Su primera mansion era una gran plaza en cuadro con su muralla de sillería, labrada por la parte de afuera con diferentes lazos de culebras encadenadas que daban horror al pórtico, y estaban allí con alguna propiedad. Poco ántes de llegar á la puerta principal estaba un humilladero no ménos horroroso: era de piedra, con treinta gradas de lo mismo que subian á lo alto, donde habia un género de azotea prolongada, y fijos en ella muchos troncos de crecidos árboles puestos en hilera: tenian éstos sus taladros iguales á poca distancia, y por ellos pasaban de un árbol á otro diferentes varas ensartando cada una por las sienes algunas calaveras de hombres sacrificados, cuyo número (que no se puede referir sin escándalo) tenian siempre cabal los ministros del templo, renovando las que padecian algun destrozo con el tiempo: lastimoso trofeo en que manifestaba su rencor el enemigo del hombre, y aquellos bárbaros le tenian á la vista sin algun remordimiento de la naturaleza, hecha devocion la inhumanidad, y desaprovechada en la costumbre de los ojos la memoria de la muerte.

1. Otros historiadores escriben *Huitzilopozthli.* Segun las tradiciones ése es el nombre del fundador del imperio mejicano ó Culuacan.

Tenía la plaza cuatro puertas correspondientes en sus cuatro lienzos, que miraban á los cuatro vientos principales. En lo alto de las portadas habia cuatro estátuas de piedra que señalaban el camino, como despidiendo á los que se acercaban mal dispuestos ; y tenian su presuncion de dioses liminares, porque recibian algunas reverencias á la entrada. Por la parte interior de la muralla estaban las habitaciones de los sacerdotes y dependientes de su ministerio, con algunas oficinas que corrian todo el ámbito de la plaza sin ofender el cuadro, dejándola tan capaz que solian bailar en ella ocho y diez mil personas cuando se juntaban á celebrar sus festividades.

Ocupaba el centro de esta plaza una gran máquina de piedra, que á cielo descubierto se levantaba sobre las torres de la ciudad, creciendo en disminucion hasta formar una media pirámide los tres lados pendientes, y en el otro labrada la escalera : edificio suntuoso y de buenas medidas, tan alto que tenía ciento y veinte gradas la escalera, y tan corpulento que terminaba en un plano de cuarenta piés en cuadro ; cuyo pavimento, enlosado primorosamente de varios jaspes, guarnecia por todas partes un pretil con sus almenas retorcidas á manera de caracoles, formado por ambas haces de unas piedras negras semejantes al azabache, puestas con órden, y unidas con betunes blancos y rojos que adornaban mucho el edificio.

Sobre la division del pretil, donde terminaba la escalera, estaban dos estátuas de mármol, que sustentaban (imitando bien la fuerza de los brazos) unos grandes candeleros de hechura extraordinaria; más adelante una losa verde que se levantaba cinco palmos del suelo y remataba en esquina, donde afirmaban por las espaldas al miserable que habian de sacrificar, para sacarle por los pechos el corazon; y en la frente una capilla de mejor fábrica y materia, cubierta por lo alto con su techumbre de maderas preciosas, donde tenian el ídolo sobre un altar muy alto y detrás de cortinas. Era de figura humana, y estaba sentado en una silla con apariencias de trono, fundada sobre un globo azul que llamaban cielo, de cuyos lados salian cuatro varas con cabezas de sierpes, á que aplica-

ban los hombros para conducirle cuando le manifestaban al pueblo. Tenía sobre la cabeza un penacho de plumas varias en forma de pájaro, con el pico y la cresta de oro bruñido, el rostro de horrible severidad, y más afeado con dos fajas azules, una sobre la frente y otra sobre la nariz; en la mano derecha una culebra hondeada que le servia de baston, y en la izquierda cuatro saetas que veneraban como traidas del cielo, y una rodela con cinco plumajes blancos puestos en cruz, sobre cuyos adornos, y la significacion de aquellas ínsignias y colores, decian notables desvaríos con lastimosa ponderacion.

Al lado siniestro de esta capilla estaba otra de la misma hechura y tamaño, con un ídolo que llamaban *Tlaloch*, en todo semejante á su compañero. ¡Teníanlos por hermanos, y tan amigos que dividian entre sí los patrocinios de la guerra, iguales en el poder y uniformes en la voluntad; por cuya razon acudian á entrambos con una víctima y un ruego, y les daban las gracias de los sucesos, teniendo en equilibrio la devocion.

El ornato de ambas capillas era de inestimable valor, colgadas las paredes y cubiertos los altares de joyas y piedras preciosas puestas sobre plumas de colores; y habia de este género y opulencia ocho templos en aquella ciudad, siendo los menores más de dos mil, donde se adoraban otros tantos ídolos, diferentes en el nombre, figura y advocacion. Apénas habia calle sin su dios tutelar; ni se conocia calamidad entre las pensiones de la naturaleza, que no tuviese altar donde acudir por el remedio. Ellos se fingian y fabricaban sus dioses de su mismo temor, sin conocer que enflaquecian el poder de los unos con lo que fiaban de los otros; y el demonio ensanchaba su dominio por instantes: violentísimo tirano de aquellos racionales, y en pacífica posesion de tantos siglos. ¡ O permisiones inescrutables del Altísimo!

CAPÍTULO XIV

Describense diferentes casas que tenia Motezuma para su divertimiento, sus armerias, sus jardines y sus quintas, con otros edificios notables que habia dentro y fuera de la ciudad.

Además del palacio principal que dejamos referido, y el que habitaban los Españoles, tenía Motezuma diferentes casas de recreacion que adornaban la ciudad y engrandecian su persona. En una de ellas, edificio real, donde se vieron grandes corredores sobre columnas de jaspe, habia cuantos géneros de aves se crian en la Nueva España, dignas de alguna estimacion por la pluma ó por el canto, entre cuya diversidad se hallaron muchas extraordinarias, y no conocidas hasta entónces en Europa. Las marítimas se conservaban en estanques de agua salobre, y en otros de agua dulce las que se traian de rios ó lagunas. Dicen que habia pájaros de cinco y seis colores, y los pelaban á su tiempo dejándolos vivos, para que repitiesen á su dueño la utilidad de la pluma : género de mucho valor entre los Mejicanos, porque se aprovechaban de ella en sus telas, en sus pinturas y en todos sus adornos. Era tanto el número de las aves, y se ponia tanto cuidodo en su conservacion, que se ocupaban en este ministerio más de trescientos hombres diestros en el conocimiento de sus enfermedades, y obligados á suministrarles el cebo de que se alimentaban en su libertad.

Poco distante de esta casa tenía otra Motezuma de mayor grandeza y variedad, con habitation capaz de su persona y familia, donde residian sus cazadores y se criaban las aves de rapiña, unas en jaulas de igual aliño y limpieza que sólo servian á la observacion de los ojos, y otras en alcándaras obedientes al lazo de pihuela, y domesticadas para el ejercicio de la cetrería; cuyos primores alcanzaron sirviéndose de algunos pájaros de razas excelentes que se hallan en aquella tierra parecidos á los nuestros, y nada inferiores en la docilidad con que reco-

nocen á su dueño, y en la resolucion con que se arrojan á la presa. Habia entre las aves que tenian encerradas muchas de rara fiereza y tamaño, que parecieron entónces monstruosas, y algunas águilas reales de grandeza exquisita y prodigiosa voracidad : no falta quien diga que una de ellas gastaba un carnero en cada comida : débanos el autor que no apoyemos con su nombre lo que á nuestro parecer creyó con facilidad.

En el segundo patio de la misma casa, estaban las fieras que presentaban á Motezuma ó prendian sus cazadores : en fuertes jaulas de madera, puestas con buena distribucion y debajo de cubierto, leones, tigres, osos, y cuantos géneros de brutos silvestres produce la Nueva España ; entre los cuales hizo mayor novedad el toro mejicano, rarísimo compuesto de varios animales, gibada y corva la espalda como el camello, enjuto el ijar, larga la cola, y guedejudo el cuello como el leon, hendido el pie y armada la frente como el toro, cuya ferocidad imita con igual destreza y ejecucion : anfiteatro que pareció á los Españoles digno de príncipe grande, por ser tan antiguo en el mundo esto de significarse por las fieras la grandeza de los hombres.

En otra separacion de este palacio, dicen algunos de nuestros escritores, que se criaba con cebo cuotidiano una multitud horrible de animales ponzoñosos; y que anidaban en diferentes vasijas y cavernas las víboras, las culebras de cascabel, los escorpiones; y crece la ponderacion hasta encontrar con los cocodrilos; pero tambien afirman que no alcanzaron esta venenosa grandeza nuestros Españoles, y que sólo vieron el paraje donde se criaban, cuya limitacion nos basta para tocarlo como inverosímil ; creyendo ántes que lo entenderian asi los índios, de cuya relacion se tomó la noticia; y que sería éste uno de aquellos horrores que suele inventar el vulgo contra la fiereza de los tiranos, particularmente cuando sirve afligido y discurre atemorizado.

Sobre la mansion que ocupaban las fieras, habia un cuarto muy capaz donde habitaban los bufones, y otras sabandijas de palacio que servian al entretenimiento del

rey : en cuyo número se contaban los monstruos, los enanos, los corcobados, y otros errores de la naturaleza : cada género tenía su habitacion separada, y cada separacion sus maestros de habilidades, y sus personas diputadas para cuidar de su regalo; donde los servian con tanta puntualidad, que algunos padres, entre la gente pobre, desfiguraban á sus hijos para que lograsen esta conveniencia y enmendar su fortuna, dándoles el mérito en la deformidad.

No se conocia ménos la grandeza de Motezuma en otras dos casas que ocupaba su armería. Era la una para la fábrica, y la otra para el depósito de las armas. En la primera vivian y trabajaban todos los maestros de esta facultad, distribuidos en diferentes oficinas segun sus ministerios : en una parte se adelgazaban las varas para las flechas : en otrase labraban los pedevnales para las puntas; y cada género de armas ofensivas y defensivas tenía su obrador y sus oficiales distintos, con algunos superintendentes que llevaban á su modo la cuenta y razon de lo que se trabajaba: La otra casa, cuyo edificio tenía mayor representacion, servia de almacen, donde se recogian las armas despues de acabadas, cada género en pieza distinta, y de allí se repartian á los ejércitos y fronteras, segun la ocurrencia de las ocasiones. En lo alto se guardaban las armas de la persona real colgadas por las paredes con buena colocacion : en una pieza los arcos, flechas y aljabas con varios embutidos y labores de oro y pedrería : en otras las espadas y montantes de madera extraordinaria con sus filos de pedernal, y la misma riqueza en las empuñaduras: en otra los dardos, y así los demás géneros, tan adornados y resplandecientes, que daban que reparar hasta las hondas y las piedras. Habia diferentes hechuras de petos y celadas con láminas y follages de oro : muchas casacas de aquellos colchados que resistian á las flechas : hermosas invenciones de rodelas ó escudos, y un género de paveses ó adargas de pieles impenetrables que cubrian todo el cuerpo; y hasta la ocasion de pelear andaban arrolladas al hombro izquierdo : fué de admiracion á los Españoles esta grande armería, que pareció

tambien alhaja de príncipe, y príncipe guerrero, en que se acreditaban igualemente su opulencia y su inclinacion.

En todas estas casas tenian grandes jardines prolijamente cultivados. No gustaba de árboles frutíferos ni plantas comestibles en sus recreaciones; ántes solia decir que las huertas eran posesiones de gente ordinaria ; pareciéndole más propio en los príncipes el deleite sin mezcla de utilidad. Todo era flores de rara diversidad y fragancia, y yerbas medicinales que servian á los cuadros y cenadores, de cuyo beneficio cuidaba mucho, haciendo traer á sus jardines cuantos géneros produce la begnidad de aquella tierra, donde no aprendian los físicos, otra faculdad que la noticia de sus nombres y el conocimiento de sus virtudes. Tenian yerbas para todas las enfermedades y dolores, de cuyos zumos y aplicaciones componian sus remedios y lograban admirables efectos, hijos de la experiencia, que sin distinguir la causa de la enfermedad, acertaban con la salud del enfermo. Repartíances francamente de los jardines del rey todas las yerbas que recetaban los médicos ó pedian los dolientes, y solian preguntar si aprovechaban, hallando vanidad en sus medicinas ó persuadido á que cumplia con la obligacion del gobierno, cuidando así de la salud de sus vasallos.

En todos estos jardines y casas de recreacion habia muchas fuentes de agua dulce y saludable que traian de los montes vecinos, guiada por diferentes canales, hasta encontrar con las calzadas, donde se ocultaban los encañados que la introducian en la ciudad ; para cuya provision se dejaban algunas fuentes públicas, y se permitia, no sin tributo considerable, que los índios vendiesen por las calles la que podian conducir de otros manantiales. Creció mucho en tiempo de Motezuma el beneficio de las fuentes, porque fué suya la obra del gran conducto por donde vienen á Méjico las aguas vivas que se descubrieron en la sierra de Chapultepec, distante una legua de la ciudad. Hízose primero de su órden y traza un estanque de piedra donde recogerlas, midiendo su altura con la declinacion que pedia la corriente; y despues un paredon grueso con dos canales descubiertas, de fuerte argamasa, de las cua-

les servia la una miéntras que se limpiaba la otra: fábrica de grande utilidad, cuya invencion le dejó tan vanaglorioso, que mandó poner su efigie y la de su padre, no sin alguna semejanza, esculpidas en dos medallas de piedra, con ambicion de hacerse memorable, por aquel beneficio, de su ciudad.

Uno de los edificios que hizo mayor novedad entre las obras de Motezuma, fué la casa que llamaban de la tristeza, donde solia retirarse cuando se morian sus parientes, y en otras ocasiones de calamidad ó mal suceso que pidiese pública demostracion. Era de horrible arquitectura, negras las paredes, los techos y los adornos; y tenía un género de claraboyas ó ventanas pequeñas que daban la luz, ó permitian solamente la que bastaba para que se viese la obscuridad: formidable habitacion donde se detenia todo lo que tardaba en despedir sus quebrantos, y donde se le aparecia con más facilidad el demonio; fuese por lo que ama los horrores el príncipe de las tinieblas, ó por la congruencia que tienen entre sí el espíritu maligno y el humor melancólico.

Fuera de la ciudad tenía grandes quintas y casas de recreacion, con muchas y copiosas fuentes que daban agua para los baños y estanques para la pesca; en cuya vecindad habia diferentes bosques para diferentes géneros de caza: ejercicio que frecuentaba y entendia, manejando con primor el arco y la flecha. Era la montería su principal divertimiento, solia muchas veces salir con sus nobles á un parque muy espacioso y ameno, cuyo distrito estaba cercado por todas partes con un foso de agua, donde le traian y encerraban las reses de los montes vecinos, entre las cuales solian venir algunos tigres y leones. Habia gente señalada en Méjico y en otros lugares del contorno, que se adelantaba para estrechar, y conducir las fieras al sitio destinado, siguiendo casi en estas batidas el estilo de nuestros monteros. Tenian aquellos indios mejicanos grande osadía y agilidad en perseguir y sujetar los animales más feroces; y Motezuma gustaba mucho de mirar el combate de sus cazadores, y lograr algunos tiros que se aplaudian como aciertos de mayor importancia.

Nunca se apeaba de sus andas si no es cuando se ponia en algun lugar eminente, y siempre con bastante circunvalacion de chuzos y flechas que asegurasen su persona; no porque le faltase valor ni dejase de aventajar á todos en la destreza, sino porque miraba como indigno de su majestad aquellos riesgos voluntarios; pareciéndole, y no sin conocimiento de su dignidad, que sólo eran decentes para el rey los peligros de la guerra.

CAPÍTULO XV

Dáse noticia de la ostentacion y puntualidad con que se hacia servir Motezuma en su palacio; del gasto de su mesa, de sus audiencias, y otras particularidades de su economía y divertimientos.

Era correspondiente á la suntuosidad y soberbia de sus edificios el fausto de su casa, y los aparatos de que adornaba su persona para mantener la reverencia y el temor de sus vasallos; á cuyo fin inventó nuevas ceremonias y superfluidades, enmendando como defecto la humanidad con que se trataron hasta él los reyes mejicanos. Aumentó, como dijimos, en los principios de su reinado el número, la calidad y el lucimiento de la familia real, componiéndola de gente noble, más ó ménos ilustre, segun los ministerios de su ocupacion.

Tenía dos géneros de guardias : una de gente militar y tan numerosa, que ocupaba los patios y repartia diferentes escuadras á las puertas principales; y otra de caballeros cuya introduccion fué tambien de su tiempo : constaba de hasta doscientos hombres de calidad conocida; y éstos entraban todos los dias en palacio con el mismo fin de guardar á la persona real y asistir á su cortejo. Estaba repartido por turnos con tiempo señalado este servicio de los nobles, y se iban mudando con tal disposicion, que comprendia toda la nobleza, no sólo de la ciudad, sino del reino; y venian á cumplir con esta obligacion cuando les tocaba el turno desde las ciudades más remotas. Era su asistencia en

las antecámaras, donde comian de lo que sobraba en la mesa del rey. Solia permitir que entrasen algunos en su cámara, mandándolos llamar: no tanto por favorecerlos, como para saber si asistian, y tenerlos á todos en cuidado.

Casaban los reyes mejicanos con hijas de otros reyes tributarios suyos, y Motezuma tenía dos mujeres de esta calidad, con título de reinas, en cuartos separados de igual pompa y ostentacion. El número de sus concubinas era exorbitante y escandaloso: pues hallamos escrito, que habitaban dentro de su palacio más de tres mil mujeres entre amas y criadas, y que venian al exámen de su antojo cuantas nacian con alguna hermosura en sus dominios; porque sus ministros y ejecutores las recogian á manera de tributo y vasallaje, tratándose como importancia del reino la torpeza del rey.

Deshacíase de este género de mujeres con facilidad, poniéndolas en estado, para que ocupasen otras su lugar; y hallaban maridos entre la gente de mayor calidad, porque salian ricas, y á su parecer condecoradas: tan léjos estaba de tener estimacion de virtud la honestidad en una religion donde no sólo se permitian, pero se mandaban las violencias de la razon natural [1]. Afectaba mucho el recogimiento de su casa, y tenía mujeres ancianas que atendiesen al decoro de sus concubinas sin permitir el menor desacierto en su proceder, no tanto porque le disonasen las indecencias, como porque le predominaban les celos; y este cuidado con que procuraba mantener el recato de su familia, que tiene por sí tanto de loable y puesto en razon, era en él segunda liviandad, y pundonor poco generoso que se formaba en la flaqueza de otra pasion.

Sus audiencias no eran fáciles ni frecuentes; pero duraban mucho, y se adornaba esta funcion de grande aparato

1. Es falso. Asi en Nueva Espana como en el Perú se castigaban las cohabitaciones ilegítimas y hasta las tenidas entre personas libres. Habia además unos como monasterios ó conventos semejantes á los de nuestras monjas, en donde vivian mujeres que guardaban castidad y eran castigadas con pena de muerte si la quebrantaban. (Torquemada, lib. 4. cap. 19. — Orig. de los indios, lib. 3, pág. 116.)

y solemnidad. Asistian á ella los próceres que tenian entrada en su cuarto : seis ó siete consejeros cerca de la silla, por si ocurriese alguna materia digna de consulta; y diferentes secretarios que iban notando con aquellos símbolos que le servian de letras las resoluciones y decretos, cada uno segun su negociacion. Entraba descalzo el pretendiente y hacía tres reverencias sin levantar los ojos de la tierra, diciendo en la primera *Señor*, en la segunda *mi Señor*, y en la tercera *gran Señor*. Hablaba en acto de mayor humillacion, y se volvia despues á retirar por los mismos pasos, repitiendo sus reverencias sin volver las espaldas, y cuidando mucho de los ojos, porque habia ciertos ministros que castigaban luégo los menores descuidos; y Motezuma era observantísimo en estas ceremonias ; cuidado que no se debe culpar en los príncipes, por consistir en ellas una de las prerogativas que los diferencian de los otros hombres; y tener algo de sustancia en el respeto de los súbditos estas delicadezas de la majestad. Escuchaba con atencion, y respondia con severidad, midiendo al parecer la voz con el semblante. Si alguno se turbaba en el razonamiento, le procuraba cobrar, ó le señalaba uno de los ministros que le asistian para que le hablase con ménos embarazo; y solia despacharle mejor, hallando en aquel miedo respectivo, lisonja y discrecion.

Comia solo, y muchas veces en público; pero siempre con igual aparato. Cubríanse los aparadores ordinariamente con más de doscientos platos de varios manjares á la condicion de su paladar; y algunos de ellos tan bien sazonados, que no sólo agradaron entónces á los Españoles, pero se han procurado imitar en España : que no hay tierra tan bárbara donde no se precie de ingenioso en sus desórdenes el apetito.

Antes de sentarse á comer registraba los platos, saliendo á reconocer las diferencias de regalos que contenian; y satisfecha la gula de los ojos, elegia los que más le agradaban, y se repartian los demás entre los caballeros de su guardia : siendo esta profusion cuotidiana una pequeña parte del gasto que se hacía de ordinario en sus cocinas, porque comian á su costa cuantos habitaban en palacio, y

cuantos acudian á él por obligacion de su oficio. La mesa era grande, pero baja de pies, y el asiento un taburete proporcionado. Los manteles de blanco y sutil algodon, y las servilletas de lo mismo, algo prolongadas. Atajábase la pieza por la mitad con una baranda ó biombo, que sin impedir la vista, señalaba término al concurso y apartaba la familia. Quedaban dentro cerca de la mesa tres ó cuatro ministros ancianos de los más favorecidos, y cerca de la baranda uno de los criados mayores que alcanzaba los platos. Salian luégo hasta veinte mujeres vistosamente ataviadas que servian la vianda, y ministraban la copa con el mismo género de reverencias que usaban en sus templos. Los platos eran de barro muy fino y sólo servian una vez, como los manteles y servilletas que se repartian luégo entre los criados. Los vasos de oro sobre salvillas de lo mismo; y algunas veces solia beber en cocos ó conchas naturales costosamente guarnecidas. Tenian siempre á la mano diferentes géneros de bebidas, y él señalaba las que apetecia; unas con olor, otras de yerbas saludables, y algunas confecciones de ménos honesta calidad. Usaba con moderacion de los vinos, ó mejor diríamos cervezas que hacian aquellos indios, liquidando los granos del maíz por infusion y cocimiento : bebida que turbaba la cabeza como el vino más robusto. Al acabar de comer tomaba ordinariamente un género de chocolate á su modo, en que iba la substancia del cacao, batida con el molinillo, hasta llenar la jícara de más espuma que licor; y despues el humo del tabaco suavizado con liquidámbar; vicio que llamaban medicina, y en ellos tuvo algo de supersticion, por ser el zumo de esta yerba uno de los ingredientes con que se dementaban y enfurecian los sacerdotes siempre que necesitaban perder el entendimiento para entender al demonio.

Asistian ordinariamente á la comida tres ó cuatro juglares de los que más sobresalian en el número de sus sabandijas; y éstos procuraban entretenerle, poniendo como suelen su felicidad en la risa de los otros, y vistiendo las más veces en traje de gracia la falta de respeto. Solia decir Motezuma que los permitia cerca de su persona porque le decian algunas verdanes.

Despues del rato del sosiego solian entrar sus músicos á divertirle; y al son de flautas y caracoles, cuyo desigualdad de sonidos concertaban con algun género de consonancia, le cantaban diferentes composiciones en varios metros que tenian su número y cadencia, variando los tonos con alguna modulacion buscada en la voluntad de su oido. El ordinario asunto de sus canciones eran los acaecimientos de sus mayores, y los hechos memorables de sus reyes; y éstas se cantaban en los templos, y enseñaban á los niños para que no olvidasen las hazañas de su nacion : haciendo el oficio de la historia con todos aquellos que no entendian las pinturas y geroglíficos de sus anales. Tenian tambien sus cantinelas alegres, de que usaban en sus bailes con estribillos y repeticiones de música más bulliciosa; y eran tan inclinados á este género de regocijos, y á otros espectáculos en que mostraban sus habilidades, que casi todas las tardes habia fiestas públicas en alguno de los barrios, unas veces de la nobleza, y otras de la gente popular : y en aquella sazon fueron más frecuentes y de mayor solemnidad por el agasajo de los Españoles; fomentándolas y asistiéndolas Motezuma contra el estilo de su austeridad, como quien deseaba con algun género de ambicion que se contasen los ejercicios de la ociosidad entre las grandezas de su corte.

La más señalada entre sus fiestas era un género de danzas que llaman « mitotes : » componíanse de innumerable muchedumbre; unos vistosamente adornados, y otros en trajes y figuras extraordinarias. Entraban en ellas los nobles, mezclándose con los plebeyos en honor de la festividad, y tenian ejemplar de haber entrado sus reyes. Hacian el son dos atabales de madera cóncava, desiguales en el tamaño y en el sonido; bajo y tiple, unidos y templados no sin alguna conformidad. Entraban de dos en dos haciendo sus mudanzas, y despues formaban corro, hiriendo todos á un tiempo la tierra y el aire con los pies sin perder el compas. Cansado un corro, sucedia otro con diferentes saltos y movimientos, imitando los tripudios y coreas que celebró le antgüedad; y algunas veces se mezclaban todos en alegre inquietud, hasta que mediando los bríndis, y venciendo la embriaguez, de que se hacía gala en estos dias, cesaba

la fiesta, ó se convertia en otra locura ménos ordenada.

Juntábase otras veces el pueblo en las plazas ó en los átrios de sus templos à diferentes espectáculos y juegos. Habia desafíos de tirar al blanco y hacer otras destrezas admirables con el arco y la flecha. Usaban de la carrera y la lucha con sus apuestas particulares y premios públicos para el vencedor. Tenian hombres agilísimos que bailaban sin equilibrio en la maroma; y otros que hacian mudanzas y vueltas, con segundo bailarin sobre los hombros. Jugaban tambien á la pelota igual número de competidores, con un género de goma que levantaba mucho los botes, y la traian largo rato en el aire, hasta que ganaban la raya los que daban con ella en el término contrapuesto: victoria que se disputaba con tanta solemnidad, que venian los sacerdotes con el dios de la pelota (ridícula supersticion!), y colocóndole á la vista, conjuraban el trinquete con ciertas ceremonias, que á su parecer dejaban corregidos los azares de juego, igualando la fortuna de los jugadores.

CAPÍTULO XVI

Dáse noticia de las grandes risquezas de Motezuma, del estilo con que se administraba la hacienda y se cuidaba de la justicia, con otras particularidades del gobierno político y militar de los Mejicanos.

Era príncipe tan rico Motezuma, que no sólo podia sustentar los gastos y delicias de su corte; pero mantenia continuamente dos ó tres ejércitos en campaña para sujetar sus rebeldes ó cubrir sus fronteras; y sobraba caudal opulento de que se formaban sus tesoros. Daban grande utilidad á la corona las minas de oro y plata, las salinas y otros derechos de antigua introduccion; pero el mayor capital de las rentas reales se componia de las contribuciones de los vasallos; cuya imposicion creció con exorbitancia en tiempo de Motezuma. Todos los hombres llanos de aquel vasto y populoso dominio pagaban de tres uno

al rey, de sus labranzas y granjerías : los oficiales debian el tercio de las manufacturas; los pobres conducian sin estipendio los géneros que se remitian á la corte, ó reconocian el vasallage con otro servicio personal.

Andaban por el reino diferentes audiencias que con el auxilio de las justicias ordinarias iban cobrando y remitiendo los tributos. Dependian estos ministros del tribunal de hacienda que residia en la corte; obligados á dar cuenta por menor de lo que producian sus distritos, y se castigaban con pena de la vida sus fraudes ó sus descuidos, de que resultaba mayor violencia en las cobranzas, porque se miraban como igual delito en el ejecutor la piedad y el latrocinio.

Eran grandes los clamores de los pueblos, y no los ignoraba Motezuma; pero solia poner entre los primores de su gobierno la opresion de sus vasallos : diciendo muchas veces que conocia su mala inclinacion, y que necesitaban de aquella carga para su misma quietud, porque no los pudiera sujetar si los dejara enriquecer.

Los nobles contribuian con asistir á las guardias, acudian con sus vasallos á los ejércitos, y hacian contínuos presentes al rey, que se recibian como dádivas, sin perder el nombre de obligacion. Habia diferentes depositarios y tesoreros donde paraban los géneros que procedian de las contribuciones, y el tribunal de hacienda libraba en ellos todo lo necesario para el gasto de las casas reales y provisiones de la guerra; y cuidaba de que se fuese beneficiando lo que sobraba para guardarlo en el tesoro principal, reducido á géneros durables, y particularmente á piezas de oro, cuyo valor conocian y estimaban sin que la copia llegase á envilecerlo, ántes lo apetecian y guardaban los poderosos, ó bien fuese por la nobleza y hermosura del metal, ó porque nació destinado á la codicia, más que á la necesidad de los hombres.

Tenian los Mejicanos dispuesto y organizado su gobierno con notable concierto y armonía [1]. Además del con-

1. Un gobierno, organizado en los términos que dice el autor, supone la existencia de leyes tradicionales ó escritas : si no las

sejo de hacienda que corria, como hemos dicho, con las dependencias del patrimonio real, habia consejo de justicia, donde venian las apelaciones de los tribunales inferiores : consejo de guerra, donde se cuidaba de la informacion y asistencia de los ejércitos; y consejo de estado, que se hacía las más veces en presencia del rey, donde se trataban los negocíos de mayor peso. Habia tambien jueces del comercio y del abasto, y otro género de ministros, como alcaldes de corte, que rondaban la ciudad y perseguian los delincuentes. Traian sus varas ellos y sus alguaciles para ser conocidos por la insignia del oficio, y tenian su tribunal donde se juntaban á oir las partes, y determinar los pleitos en primera instancia. Los juicios eran sumarios y verbales : el actor y el reo comparecian con su razon y sus testigos, y el pleito se acababa de una vez, durando poco más si era materia de recurso á tribunal superior. No tenian leyes escritas, pero se gobernaban por el estilo de sus mayores, supliendo la costumbre por la ley, siempre que la voluntad del príncipe no alteraba la costumbre. Todos estos consejos se componian de personas experimentadas en los cargos de la paz y de la guerra; y el de estado, superior á todos los demás, se formaba de los electores del imperio, à cuya dignidad ascendian los príncipes ancianos de la sangre real, y cuando se ofrecia materia de mucha consideracion, eran llamados al consejo los reyes de Tezcuco y Tacuba, principales electores, á quien tocaba por sucesion esta prerogativa. Los cuatro primeros vivian en palacio, y andaban siempre cerca del rey para darle su parecer en lo que se ofrecia y autorizar con el pueblo sus resoluciones.

Cuidaban del premio y del castigo con igual atencion. Eran delitos capitales el homicidio, el hurto, el adulterio y cualquier leve desacato contra el rey ó contra la religion. Las demás culpas se perdonaban con facilidad, porque la misma religion desarmaba la justicia permitiendo las iniquidades. Castigábase tambien con pena de la vida la

hubo del segundo modo porque carecian de escritura, las habria del primero; y el conocimiento de semejantes códigos es muy importante en la historia; por esa razon no debió omitirlos Solis.

falta de integridad en los ministros, sin que se diese culpa venial en los que servian oficio público; y Motezuma puso en mayor observancia esta costumbre haciendo exquisitas diligencias para saber cómo procedian, hasta examinar su desinterés con algunos regalos ofrecidos por mano de sus confidentes: y el que faltaba en algo á su obligacion, moria por ello irremisiblemente: severidad que merecia príncipe ménos bárbaro, y república mejor acostumbrada; pero no se puede negar á los Mejicanos que tuvieron algunas virtudes morales, y particularmente la de procurar que se administrase con rectitud aquel género de justicia que llegaron á conocer, bastante á deshacer los agravios, y á mantener la sociedad entre los suyos, porque no dejaban de conservar entre sus abusos y bestialidades, algunas luces de aquella primitiva equidad que dió á los hombres la naturaleza cuando faltaban las leyes, porque se ignoraban los delitos.

Una de las atenciones más notables de su gobierno era el cuidado con que se trataba la educacion de los muchachos, y el desvelo con que iban formando y reconociendo sus inclinaciones. Tenian escuelas públicas para la enseñanza de la gente popular, y otros colegios ó seminarios de mayor providencia y aparato, donde se criaban los hijos de los nobles, perseverando en ellos desde la tierna edad hasta que salian capaces de hacer su fortuna ó seguir su inclinacion. Habia maestros de niñez, adolescencia y juventud que tenian autoridad y estimacion de ministros, y no sin fundamento, pues cuidaban de aquellos rudimentos y ejercicios que aprovechaban despues á la república. Allí les enseñaban á descifrar los caractéres y figuras de que se componian sus escritos, y les hacian tomar de memoria las canciones historiales, en que se contenian los hechos de sus mayores y las alabanzas de sus dioses. Pasaban despues á otra clase donde se aprendia la modestia y la cortesía, y dicen que hasta la compostura en el andar. Eran de mayor suposicion estos segundos preceptores, porque tenian á su cargo las costumbres de aquella edad en que se dejan corregir los defectos y quebrantar las pasiones.

Despiertos ya y crecidos en este género de sujecion y enseñanza, pasaban á la tercera clase, donde se habilitaban en ejercicios más robustos, probaban las fuerzas en el peso y la lucha, competian unos con otros en el salto y la carrera, y se enseñaban á manejar las armas, esgrimir el montante, despedir el dardo, y dar impulso y certidumbre á la flecha : hacíanlos sufrir et hambre y la sed ; y tenian sus ratos de resistir á las inclemencias del tiempo hasta que volvian hábiles y endurecidos á la casa de sus padres, para ser aplicados segun la noticia que daban los maestros de sus inclinaciones, al gobierno político, al ejercicio militar ó al sacerdocio : tres caminos en que podia elegir la gente noble, poco diferentes en la estimacion, aunque precedia el de la guerra por ser mayores sus ascensos.

Habia tambien otros colegios de matronas dedicadas al culto de los templos, donde se criaban las doncellas de calidad, guardando clausura, y entregadas á sus maestras desde la niñez hasta que salian á tomar estado con aprobacion de sus padres y licencia del rey, diestras ya en aquellas habilidades y labores que daban opinion á las mujeres.

Los hijos de la gente noble que al salir de los seminarios se inclinaban á la guerra, pasaban por otro exámen digno de consideracion, porque sus padres los enviaban á los ejércitos para que viesen lo que se padecia en la campaña, ó supiesen lo que intentaban ántes de alistarse por soldados; y solian enviarlos entre los tamenes vulgares, con su carga de bastimentos al hombro para que perdiesen la vanidad y fuesen enseñados al trabajo.

No se admitian á la profesion los que mudaban el semblante al horror de las batallas, ó no daban alguna experiencia de su valor; de que resultaba el ser de mucho servicio estos visoños en el tiempo de su aprobacion, porque todos procuraban señalarse con algun hecho particular, arrojándose á los mayores peligros, y conociendo al parecer que para entrar en el número de los valientes era necesario dar algo de temeridad á los principios de la fama.

En nada pusieron tanto su felicidad los Mejicanos como en las cosas de la guerra : profesion que miraban los reyes

como principal instituto de su poder, y los súbditos como propia de su nacion. Subian por ella los plebeyos á nobles y los nobles á las mayores ocupaciones de la monarquía, con que se animaban todos á servir, ó por lo ménos aspiraban á la virtud militar cuantos nacian con ambicion, ó tenian espíritu para salir de su esfera. No habia lugar sin milicia determinada, con preeminencias que diferenciaban al soldado entre los demás vecinos. Formábanse los ejércitos con facilidad, porque los príncipes del reino y los caciques de las provincias tenian obligacion de acudir á la plaza de armas que se les señalaba, con el número de gente que se les repartia; y se pondera entre las grandezas de aquel imperio, que llegó á tener Motezuma treinta vasallos tan poderosos, que podia cada uno poner en campaña cien mil hombres armados [1]. Gobernaban éstos la gente de su cargo en la ocasion, dependientes del capitan general á quien obedecian, reconociendo en él la representacion de su rey cuando faltaba su persona del ejército, lo que sucedia pocas veces; porque aquellos príncipes tenian á desaire de su autoridad el apartarse de sus armas, hallando alguna monstruosidad política en aquella disonancia, que hacen fuerzas propias en ageno brazo.

Su modo de pelear era el mismo que dejamos referido en la batalla de Tabasco: mejor disciplinados los ejércitos, ménos confusa la obediencia de los soldados, más nobleza y mayores esperanzas. Deshacíanse brevemente de las armas arrojadizas para llegar á las espadas, y muchas veces á los brazos, por ser entre aquella gente mayor hazaña el cautiverio que la muerte del enemigo, y más valeroso el que daba mas prisioneros para los sacrificios. Tenian estimacion y conveniencia los cargos militares, y Motezuma premiaba con liberalidad á los que sobresalian en las batallas: tan inclinado á la milicia, y tan atento á la reputacion de sus armas, que inventó premios

1. Esto es tres millones en todos, sin contar los caciques ménos poderosos que eran en crecido número. Admirable es la facilidad con que los historiadores admiten semejantes hipérboles. El ejército de Jérjes, el más numeroso de que hacen mencion las historias, sólo subia á un millon y setecintos mil combatientes.

honoríficos para los nobles que servian en la guerra, instituyendo cierto género de órdenes militares, con sus hábitos ó insignias, que daban honra y distincion. Habia unos caballeros que llamaban de las águilas, otros de los tigres, y otros de los leones, que llevaban pendiente ó pintada en los mantos la empresa de su religion. Fundó tambien otra caballería superior, á que sólo eran admitidos los príncipes ó nobles de alcuynia real; y para darla mayor estimacion tomó el hábito y se hizo alistar en ella. Traian éstos atada parte del cabello con una cinta roja, y entre las plumas de que adornaban la cabeza, unas borlas del mismo color que pendian sobre las espaldas, más ó ménos, segun las hazañas del caballero, las cuales se contaban por el número de las borlas, y se aumentaban con nueva solemnidad como iban creciendo los hechos memorables de la guerra : con que habia dentro de la misma dignidad algo más que merecer.

CAPÍTULO XVII

Dáse noticia del estilo con que se median y computaban en aquella tierra los meses y los años; de sus festividades, matrimonios, y otros ritos y costumbre dignas de consideracion.

Tenian los Mejicanos dispuesto y regulado su calendario con notable observacion [1]. Gobernábanse por el movimiento del sol, y midiendo sus alturas y declinaciones para entenderse con el tiempo, daban al año trescientos sesenta y cinco dias como nosotros; pero lo dividian en diez y ocho meses, señalando á cada mes veinte dias, de cuyo número se componian los trescientos sesenta, y los cinco restantes eran como dias intercalares, que se añadian al fin del año para igualar el curso del sol. Miéntras duraban estos cinco dias, que á su parecer dejaron advertidamente sus mayores

1. El señor Boturini, curioso investigador de las antigüedades mejicanas, ha hallado que los Indios tenian cuatro calendarios : uno natural, otro astronómico, otro cronológico, y otro ritual ó de sus festividades.

como vacíos y fuera de cuenta, se daban á la ociosidad, y trataban sólo de perder como podian aquellas sobras del tiempo. Dejaban el trabajo los oficiales, cerrábanse las tiendas, cesaba el despacho de los tribunales, y hasta los sacrificios en los templos. Visitábanse unos á otros, y procuraban todos divertirse con varios entretenimientos, dando á entender que se prevenian con el descanso para entrar en los afanes y tareas del año siguiente, cuyo ingreso ponian en el principio de la primavera, discrepando del año solar, segun el cómputo de los astrólogos, en sólos tres dias que venian à tomar de nuestro mes de febrero.

Tenian tambien sus semanas de á trece dias con nombres diferentes, que se notaban por imágenes en el calendario, y sus siglos que constaban de cuatro semanas de años, cuyo método y dibujo era de notable artificio, y se guardaba cuidadosamente para memoria de los sucesos. Formaban un círculo grande y le dividian en cincuenta y dos grados, dando un año á cada grado. En el centro pintaban una efigie del sol, y de sus rayos salian cuatro fajas de colores diferentes, que partian igualmente la circunferencia, dejando trece grados à cada semidiámetro, cuyas divisiones eran como signos de su zodiaco, donde tenía el siglo sus revoluciones, y el sol sus aspectos prósperos ó adversos, segun el color de la faja. Por de fuera iban notando en otro círculo mayor, con sus figuras y caractéres, los acaecimientos del siglo, y cuantas novedades se ofrecian dignas de memoria; y estos mapas seculares eran como instrumentos públicos que servian á la comprobacion de sus historias. Puédese notar entre las providencias de aquel gobierno el tener historiadores que mandasen á la posteridad los hechos de su nacion.

Habia su mezcla de supersticion en este cómputo de los siglos, porque tenian aprendido que peligraba la duracion del mundo siempre que terminaba el sol aquella carrera de las cuatro semanas mayores; y cuando llegaba el último dia de los cincuenta y dos años, se prevenian todos para la última calamidad. Despedíanse de la luz con lágrimas: disponíanse para morir sin enfermedad : rompian las vasijas de su menage como trastos inútiles : apagaban los fue-

gos, y andaban toda la noche como frenéticos, sin atreverse á descansar hasta saber si estaban de asiento en la region de las tinieblas. Pero al primer crepúsculo de la mañana empezaban á respirar con la vista en el Oriente, y en saliendo el sol le saludaban con todos sus instrumentos, cantándole diferentes himnos y canciones de alegría desconcertada : congratulábanse después unos con otros, de que ya tenian segura la duracion del mundo par otro siglo; y acudian luégo á los templos á congratularse con sus dioses y á recibir la nueva lumbre de los sacerdotes, que se encendia delante de los altares con vehemente agitacion de leños combustibles. Preveníanse despues de todo lo necessario para empezar á vivir, y este dia se celebraba con públicos regocijos, llenándose la ciudad de bailes y otros ejercicios de agilidad, dedicados á la renovacion del tiempo, no de otra suerte que celébró Roma sus juegos seculares.

La coronacion de sus reyes tenía extraordinarios requisitos. Hecha la eleccion, como se ha dicho, quedaba el nuevo rey obligado á salir en campaña con las armas del imperio, y conseguir alguna victoria de sus enemigos ó sujetar alguna provincia de las confinantes ó rebeldes, ántes de coronarse ni ascender al trono real : costumbre digna de observacion, por cuyo medio creció tanto en pocos años aquella monarquía. Luégo que se hallaba capaz del dominio con la recomendacion de victorioso, volvia triunfante á la ciudad, y se hacía público recibimento de grande ostentacion. Acompañábanle todos los nobles, ministros y sacerdotes hasta el templo del dios de la guerra, donde se apeaba de sus andas, y hechos los sacrificios de aquella funcion, le ponian los príncipes electores la vestidura y manto real, le armaban la mano diestra con un estoque de oro y pedernal, insignia de la justicia; la siniestra con el arco y flechas que significaban la potestad ó el arbitrio de la guerra, y el rey de Tezcuco le ponia la corona, prerogativa de primer elector.

Oraba despues largo rato uno de los magistrados más elocuentes, dándole por todo el imperio la enhorabuena de aquella dignidad, y alganos documentos en que le repre-

sentaba los cuidados y desvelos que traia consigo la corona : lo que debia mirar por el bien público de sus reinos; y le ponia delante la imitacion de sus antecesores. Acabada esta oracion, se acercaba con gran reverencia el mayor de los sacerdotes, y en sus manos hacía un juramento de reparables circunstancias. Juraba primero que mantendria la religion de sus mayores : que observaria las leyes y fueros del imperio : que trataria con benignidad á sus vasallos, y que miéntras él reinase andarian concertadas las lluvias : que no habria inundaciones en los rios, esterilidad en los campos, ni malignas influencias en el sol : notable pacto entre rey y vasallos, de que se rie Justo Lipsio : y pudiéramos decir que le querian obligar con este juramento á que reinase con tal moderacion que no mereciese por su parte las iras del cielo; no sin algun conocimiento de que suelen caer sobre los súbditos estos castigos y calamidades públicas por los pecados y exorbitancias de los reyes.

En los demás ritos y costumbres de aquella nacion tocaremos solamente lo que fuere digno de historia, dejando las supersticiones, indecencias y obscenidades que manchan la narracion por más que se digan sin ofensa de la verdad. Siendo tanta, como se ha referido, la muchedumbre de sus dioses, y tan oscura la ceguedad de su idolatría, no dejaban de conocer una deidad superior, á quien atribuian la creacion del cielo y de la tierra; y este principio de las cosas era entre los Mejicanos un dios sin nombre, porque no tenian en su lengua voz con que significarle; sólo daban á entender que le conocian mirando al cielo con veneracion, y dándole á su modo el atributo de inefable, con aquel género de religiosa incertidumbre que veneraron los Atenienses al dios no conocido.

Creian en la inmortalidad del alma, y daban premio y castigo en la eternidad : mal entendido el mérito y la culpa, y obscurecida esta verdad con otros errores, sobre cuyo presupuesto enterraban con los difuntos cantidad de oro y plata para los gastos del viage que consideraban largo y trabajoso. Mataban algunos de sus criados para que los acompañasen, y era fineza ordinaria en las mujeres pro-

pias celebrar con su muerte las exequias del marido. Los príncipes necesitaban de gran sepultura, porque se llevaban tras sí la mayor parte de sus riquezas y familia; uno y otro correspondiente á su grandeza, llenos los oficios de la casa, y algunos lisonjeros que padecian el engaño de su misma profesion. Los cuerpos se llevaban á los templos con solemnidad y acompañamiento, donde los salian á recibir aquellos que llamaban sacerdotes, con sus braserillos de copal, cantando al son de flautas roncas y destempladas, diferentes himnos y versos fúnebres en tono melancólico. Levantaban repetidas veces en alto el ataúd miéntras duraba el sacrificio voluntario de aquellos miserables, que introducian en el alma la servidumbre; funcion de notable variedad, compuesta de abusiones ridículas y atrocidades lastimosas.

Sus matrimonios tenian su forma de contrato, y sus ceremonias de religion. Hechos los tratados, comparecian ambos contrayentes en el templo, y uno de los sacerdotes examinaba su voluntad con preguntas rituales, y despues tomaba con una mano el velo de la mujer y con otra el manto delmarido, y los añudaba por los extremos, significando el vínculo interior de las dos voluntades. Con este género de yugo nupcial volvian á su casa en compañía del mismo sacerdote, donde (imitando la supersticion de los dioses Lares) entraban á visitar el fuego doméstico, que á su parecer mediaba en la paz de los casados, y daban siete vueltas à su alrededor siguiendo al sacerdote; con cuya diligencia y la de sentarse despues á recibir el calor de conformidad, quedaba perfecto el matrimonio. Hacíase memoria, con instrumento público, de los bienes dotales que llevaba la mujer; y el marido quedaba obligado á restituirlos en caso de apartarse: lo cual sucedia muchas veces, y se tenía por bastante causa para el divorcio que se conformasen los dos: pleito en que no entraban las leyes, porque se juzgaban los que se conocian. Quedábase con las hijas la mujer, llevándose los hijos el marido, y una vez disuelto el matrimonio tenian pena de la vida irremisible si se volvian á juntar; siendo en su natural inconstancia la única dificultad de los repudios el peligro

de la reincidencia. Celaban como punto de honra la honestidad y el recato de las mujeres propias, y entre aquella desordenada licencia con que se daban al vicio de la sensualidad, se aborrecia y castigaba con rigor el adulterio, no tanto por su deformidad como por sus inconvenientes.

Llevábanse á los templos con solemnidad los niños recien nacidos, los sacerdotes los recibian con ciertas amonestaciones, en que les notificaban los trabajos á que nacian. Aplicábanles, si eran nobles, á la mano derecha una espada y al brazo izquierdo un escudo que tenían para este ministerio. Si eran plebeyos hacían la misma diligencia con algunos instrumentos de los oficios mecánicos; y las hembras de una y otra calidad empuñaban la rueca y el uso: manifestando á cada uno el género de fatiga con que le aguardaba su destino. Hecha esta primera ceremonia los llevaban cerca del altar, y con espinas de maguey ó con lancetas de pedernal les sacaban alguna sangre de las partes de la generacion; y despues les echaban agua, ó los bañaban con otras imprecaciones, en que parece quiso el demonio, inventor de aquellos ritos, imitar el bautismo y la circuncision, con la misma soberbia que intentó contrahacer otras ceremonias, y hasta los mismos sacramentos de la religión católica; pues introdujo entre aquellos bárbaros la confesion de los pecados, dándoles a entender que se ponian con ella en gracia de sus dioses, y un género de comunion ridícula que ministraban los sacerdotes ciertos dias del año, repartiendo en pequeños bocados un ídolo de harina amasada con miel, que llamaban dios de la penitencia. Ordenó tambien sus jubileos, instituyó las procesiones, los incensarios y otros remedos del verdadero culto, hasta disponer que se llamasen papas en aquella lengua los sumos sacerdotes, en que se conoce que le costaba particular estudio esta imitacion, fuese por abusar de las ceremonias sacrosantas, mezclándolas con sus abominaciones, ó porque no sabe arrepentirse de aspirar con este género de afectaciones á la semejanza del Altísimo.

Los sacrificios de sangre humana empezaron casi con la idolatría, y siglos ántes los introdujo el demonio entre

aquellas gentes, de quien vino hasta los Israelitas el sacrificar sus hijos á las esculturas de Canaam. El horror de comerse los hombres á los hombres se vió primero en otros bárbaros de nuestro hemisferio, como lo confiesa entre sus antigüedades la Galacia, y en sus antropófagos la Scitia. Los leños adorados como dioses, las supersticiones, los agüeros, los furores de los sacerdotes, la comunicacion con el demonio en sus oráculos, y otros absurdos de igual abominacion, se hallan admitidos y venerados por otros gentiles que supieron discurrir y obrar con acierto en lo moral y político. Grecia y Roma desatinaron en la religion, y en lo demás dieron leyes al mundo y ejemplos á la posteridad.

CAPÍTULO XVIII

Continúa Motezuma sus agasajos y dádivas á los Españoles : llegan cartas de la Vera-Cruz con noticia de la batalla en que murió Juan de Escalante, y con este motivo se resuelve la prision de Motezuma.

Observaban los Españoles todas estas novedades, no sin grande admiracion, aunque procuraban reprimirla y disimularla; costándoles cuidado el apartarla del semblante por mantener la superioridad que afectaban entre aquellos indios. Los primeros dias se ocuparon en varios entretenimientos. Hicieron los Mejicanos vistosa ostentacion de todas sus habilidades, con deseo de festejar á los forasteros, y no sin ambicion de parecer diestros en el manejo de sus armas y ágiles en los demas ejercicios. Motezuma fomentaba los espectáculos y regocijos, depuesta la majestad contra el estilo de su elevacion. Llevaba siempre consigo á Cortés, asistido de sus capitanes : tratábale con un género de humanidad respetiva que parecia monstruosa en su natural, y daba nueva estimacion á los Españoles entre los que le conocian. Frecuentábanse las visitas, unas veces Cortés en el palacio, y otras Motezuma en el alojamiento. No acababa de admirar las cosas de España considerándola

como parte del cielo; y hacía tan alto concepto de su rey, que no pensaba tanto de sus dioses. Procuraba siempre ganar las voluntades repartiendo alhajas y joyas entre los capitanes y soldados, no sin discrecion y conocimiento de los sujetos, porque hacía mayor agasajo á los de mayor suposícion, y sabía proporcionar la dádiva con la importancia del agradecimiento. Los nobles, á imitacion de su príncipe, deseaban obligar á todos con un género de obsequio que tocaba en obediencia. El pueblo doblada las rodillas al menor de los soldados. Gozábase de un sosiego divertido, mucho que ver y nada que recelar. Pero tardó poco en volver á su ejercicio el cuidado, porque llegaron á este tiempo dos soldados tlascaltecas que vinieron á la ciudad por caminos desusados, desmentida su nacion con el traje de los Mejicanos, y buscando recatadamente á Cortés, le dieron una carta de la Vera-Cruz, que mudó el semblante de las cosas y obligó á discursos ménos sosegados.

Juan de Escalante, que como dijimos quedó con el gobierno de aquella nueva poblacion, trataba de continuar sus fortificaciones, conservando los amigos que le dejó Cortés, y duró en esta quietud sin accidente de cuidado, hasta que recibió noticia de que andaba por aquellos parajes un capitan general de Motezuma con ejército considerable, castigando algunos lugares de su confederacion porque habian retirado los tributos con el abrigo de los Españoles. Llamábase Qualpopoca, y gobernaba la gente de guerra que residia en las fronteras de Zempoala; y habiendo convocado las milicias de su cargo hacía grandes extorsiones y violencias en aquellos pueblos, acompañando el rigor de los ejecutores con la licencia de los soldados: gente una y otra de insaciable codicia, que tratan el robo como negocio del rey.

Viniéronse á quejar los Totonaques de la serranía cuyas poblaciones andaba destruyendo entónces aquel ejército. Pidieron á Juan de Escalante que los amparase, tomando las armas en defensa de sus aliados, y ofrecieron asistir á la faccion con todo el resto de su gente. Procuró consolarlos tomando por suyo el agravio que padecian; y ántes

de llegar á los términos de la fuerza resolvió enviar sus mensajeros al capitan general. pidiéndole amigablemente: « ¡que suspendiese aquellas hostilidades hasta re» cibir nueva órden de su rey; pues no era posible que se » la hubiese dado por semejante novedad, cuando, habia » permitido que pasasen á su corte los embajadores del » monarca oriental á introducir pláticas de paz y confede» racion entre las dos coronas. » Ejecutaron este mensaje dos Zempoales de los más ladinos que residian en la Vera-Cruz; y la respuestas fué atrevida y descortés: « que él » sabia entender y ejecutar las órdenes de su rey; y si al» guno intentase poner embarazo en el castigo de aque» llos rebeldes, sabria tambien defender en la campaña su » resolucion. »

No pudo Juan de Escalante disimular su enojo, ni debió negarse á este desafío hallándose á la vista de aquellos Indios interesados en el suceso de los Totonaques, iguales en el riesgo y asegurados en la misma proteccion; y habiéndose informado de que no pasaria de cuatro mil hombres el grueso del enemigo, juntó brevemente un ejército de hasta dos mil Indios, la mayor parte de la serranía, que fugitivos ó irritados vinieron á ponerse á su sombra, con los cuales bien armados á su modo y con cuarenta Españoles, dos arcabuces, tres ballestas y dos tiros de artillería que pudo sacar de la plaza, dejándola con bien moderada guarnicion, caminó la vuelta de aquellas poblaciones que le llamaban á su defensa. Tuvo Qualpopoca noticia de su marcha, y salió á recibirle con toda su gente puesta en órden cerca de un lugar pequeño que se llamó despues Almería [1]. Diéronse vista los dos ejércitos poco despues de amanecer, y se acometieron ambos con igual resolucion; pero á breve rato cedieron los Mejicanos, y empezaron á retirarse puestos en desórden. Sucedió al mismo tiempo que los Totonaques de nuestra faccion, ó por no ser soldados, ó por la costumbre que tenían de temer á los Mejicanos, se cayeron de ánimo y se fueron quedando atrás, hasta que últimamente se pusieron en fuga, sin que

1. Entre los indios *Nautecal.*

la fuerza ni el ejemplo bastase á detenerlos : raro accidente, que se debe notar entre las monstruosidades de la guerra huir los vencedores de los vencidos. Iba el enemigo tan atemorizado y tan cuidadoso de la propia salud, que no reparó en la diminucion de nuestra gente, y sólo trató de retirarse desordenadamente á la poblabion vecina, donde se acercó Juan de Escalante con poco más que sus cuarenta Españoles; y mandando poner fuego al lugar por diferentes partes, acometió al mismo tiempo que tomó cuerpo la llama, con tanta resolucion, que sin dejarles lugar para que pudiesen discurrir en su flaqueza, los rompió y desalojó enteramente, obligándoles á que volviesen las espaldas y se derramasen á los bosques. Dijeron despues aquellos Indios haber visto en el aire una señora como la que adoraban los forasteros por Madre de su Dios, que los deslumbraba y entorpecia para que no pudiesen pelear. No se manifestó á los Españoles este milagro; pero el suceso le hizo creible, y ya estaban todos enseñados á partir con el cielo sus hazañas.

Fué muy señalada esta victoria, pero igualemente costosa; porque Juan de Escalante quedó herido mortalmente con otros siete soldados, de los cuales se llevaron los Indios á Juan de Argüello, natural de Leon, hombre muy corpulento y de grandes fuerzas, que cayó peleando valerosamente á tiempo que no pudo ser socorrido, y los demás murieron de las heridas en la Vera-Cruz dentro de tres dias.

De cuya pérdida, con todas sus circunstancias, daba cuenta el Ayuntamtento en aquella carta para que se nombrase sucesor á Juan de Escalante, y se tuviese noticia del estado en que se hallaban. Leyóla Cortés con el desconsuelo que pedia semejantc novedad. Comunicó el caso á sus capitanes; y sin ponderar entónces sus consecuencias ni manifestarles todo su cuidado, les pidió que discurriesen la materia y se la dejasen discurrir, encomendando á Dios la resolucion que se hubiese de tomar, lo cual encargó muy particularmente al padre fray Bartolomé de Olmedo, y á todos el secreto, porque no corriese la voz entre los soldados, y en negocio de tanta importancia se diese lugar á dictámenes vulgares.

Retiróse despues á su aposento, y dejó correr la consideracion por todos los inconvenientes que podian resultar de aquella desgracia. Entraba y salia con dudosa eleccion en los caminos que le ofrecia su discurso; cuya viveza misma le fatigaba, dándole á un tiempo los remedios y las dificultades. Dicen que se anduvo paseando gran parte de la noche, y que descubrió entónces una pieza recien tabicada, en que tenía Motezuma las riquezas de su padre, y aquí las refieren por menor; y que habiéndolas reconocido mandó cerrar el tabique, sin permitir que se tocase á ellas. No nos detengamos en esta digresion de su cuidado, que no debió de ser larga, pues hizo lugar á otras diligencias para tomar punto fijo en la resolucion que andaba madurando.

Mando llamar reservadamente á los Indios más capaces y confidentes de su ejército: preguntóles « si habian reco- » nocido alguna novedad en los ánimos de los Mejicanos, » y cómo corria entre aquella gente la estimacion de los » Españoles. » Respondieron: « que lo comun del pueblo » estaba divertido con sus fiestas, y los veneraba por ver- » los aplaudidos de su rey; pero que los nobles andaban » ya pensativos y misteriosos, que se hablaban en secreto, » y se dejaba conocer el recato en sus corrillos. » Tenían observadas algunas medias palabras de sospechosa interpretacion, y una de ellas fué: » que sería fácil romper los puertos, » con otras de este género que juntas decian lo bastante para el recelo. Dos ó tres de aquellos Indios habian oido decir que pocos dias ántes trajeron de presente á Motezuma la cabeza de un Español, y que la mandó esconder y retirar despues de haberla mirado con asombro, por ser muy fiera y desmesurada: señas que convenian con la de Juan de Argüello, y novedad que puso á Cortés en mayor cuidado por el indicio de que hubiese cooperado Motezuma en la faccion de su general [1].

1. La muerte de Juan de Escalante sucedió, segun Herrera, antes de la primera entrada de Cortés en Méjico.

No era menester, pues, que para autorizar la prision de Motezuma, hiciese Solís coincidir con ella la traicion de Qualpopoca y muerte

Con estas noticias, y lo que llevaba discurrido en ellas, se encerró al amanecer con sus capitanes y con algunos de los soldados principales que solian concurrir á las juntas por su calidad ó entendimiento. Propúsoles el caso con todas sus circunstancias; refirió lo que le habian advertido aquella noche los Indios confidentes: ponderó sin desaliento las contingencias de que se hallaban amenazados: tocó con espíritu las dificultades que podrian ocurrir; y sin

de Escalante. El mismo Hernan Cortés nos esplica el verdadero secreto de su política, y ciertamente son muy notables sus palabras no tan sólo por descubrir en ellas su reflexiva prudencia, sino tambien el valor ¡y audacia de que le dotó el cielo. Asi dice en su relacion á Cárlos V: « Pasados, invietísimo Príncipe, seis dias » despues, que en la gran ciudad de Temixtitan entré, é habiendo » visto algunas cosas de ella, aunque pocas, segun las que hay » que ver y notar; por aquellas me pareció, y áun por lo que de » la tierra habia visto, que convenia al real servicio, y á nuestra » seguridad, que aquel señor (Motezuma) estuviese en mi poder, » y no en toda su libertad, porque no mudase el propósito, y vo- » luntad que mostraba en servir á Vuestra Alteza, mayormente, » que los Españoles somos algo incomportables é importunos, é » porque enojándose nos podria hacer mucho daño, y tanto que no » oviese memoria de nosotros, segun su gran poder: é tambien, » porque teniéndole conmigo, todas las otras tierras, que á él eran » súbditas, venian más ayna al conocimiento y servicio de Vues- » tra Majestad, como despues sucedió: déterminé de lo prender, » y poner en el aposento donde yo estaba, que era bien fuerte, é » porque en su prision no oviese algun escándalo, ni alboroto, » pensando todas las formas y maneras, que para lo hacer sin » este debia tener, *me accordé*, (nótense estas palabras) de lo que » que el Capitan, que en la Vera-Cruz habia dejado, *me habia es-* » *crito*, acerca de lo que habia acaecido en la ciudad de Almeria » (Nautecal), y como se habia sabido que todo lo allí subcedido » habia sido por mandado de el dicho Motezuma, y dejando buen » recaudo en las encrucijadas de las calles, me fuy á las casas » del dicho Motezuma, etc. » Queda, pues, demostrado que la fechoria de Qualpopoca fué anterior á la entrada de Cortés en Méjico; y que el carecer de causa légitima para reducir á prision á un monarca tan poderoso de quien podia temerlo todo, le sugirió la idea de promoverle cargos por un suceso anterior á su reciente amistad, y muy comun en aquel género de guerra. Hernan Cortés conocia muy bien todo eso; y por lo mismo tan sólo pueden ponerle á cubierto de censura por tan enorme atentado contra la fé de la hospitalidad, la grandeza misma del hecho, y la necesidad de atender á su propia conservacion.

manifestar la inclinacion de su dictámen, calló para que hablasen los demás. Hubo diversos pareceres : unos querian que se pidiese pasaporte á Motezuma, y se acudiese luégo al riesgo de la Vera-Cruz : otros dificultaban la retirada, y se inclinaban á salir ocultamente sin dejarse olvidadas las riquezas que habian adquirido : los más fueron de sentir que convenia perseverar sin darse por entendidos del suceso de la Vera-Cruz hasta sacar algunos partidos para retirarse. Pero Hernan Cortés, recogiendo lo que venía discurrido, y alabando el celo con que deseaban todos el acierto, dijo : « que no se conformaba con el » medio propuesto de pedir pasaporte á Motezuma, por» que habiéndose abierto el camino con las armas para » entrar en su corte á pesar de su repugnancia, caerian » mucho del concepto en que los tenía, si llegase á enten» der que necesitaban de su favor para retirarse : que si » estaba de mal ánimo podia concederles el pasaporte para » deshacerlos en la retirada; y si le negase quedaban o» bligados á salir contra su voluntad, entrando en el peli» gro, descubierta la flaqueza. Que le agradaba ménos la » resolucion de salir ocultamente, porque sería ponerse » de una vez en términos de fugitivos, y Motezuma podria » con gran facilidad cortarles el paso adelantando por sus » correos la noticia de su marcha. Que á su parecer no » era conveniente por entónces la retirada, porque de » cualquiera suerte que la intentasen volverian sin repu» tacion; y perdiendo los amigos y confederados que se » mantenian con ella, se hallarian despues sin un palmo » de tierra donde poner los piés con seguridad. Por cuyas » consideraciones, dijo, soy de sentir que se apartan mé» nos de la razon los que se inclinan á que perseveremos » sin hacer novedad hasta salir con honra, y ver lo que » dan de sí nuestras esperanzas. Ambas resoluciones son » igualmente aventuradas, pero no igualmente pundono» rosas; y sería infelicidad indigna de Españoles morir por » eleccion en el peligro más desairado. Yo no pongo duda » en que nos debemos mantener : el modo con que se ha » de conseguir, es en lo que más se detiene mi cuidado. » Viénense á los ojos estos principios de rumor que se han

» reconocido entre los Mejicanos: el suceso de la Vera-
» Cruz, ejecutado con las armas de su nacion, pide nuevas
» consideraciones al discurso; la cabeza de Argüello pre-
» sentada en lisonja de Motezuma, es indicio de que supo
» ántes la faccion de su general; y su mismo silencio nos
» está diciendo lo que debemos recelar de su intencion.
» Pero á vista de todo me parece que para mantenernos
» en esta ciudad ménos aventurados, es necesario que
» pensemos en algun hecho grande que asombre de nuevo
» á sus moradores, resarciendo lo que se hubiere perdido
» en su estimacion con estos accidentes; para cuyo efecto,
» despues de haber discurrido en otras hazañas de más
» ruido que substancia, tengo por convniente que nos
» apoderemos de Motezuma trayéndole preso á nuestro
» cuartel: resolucion que á mi entender los ha de atemo-
» rizar y reprimir, dándonos disposicion para que poda-
» mos capitular despues con rey y vasallos lo que más con-
» viniere á nuestro príncipe y á nuestra seguridad. El pre-
» texto de la prision, si yo no discurro mal, ha de ser la
» muerte de Argüello que ha llegado á su noticia, y el rom-
» pimiento de la paz cometido por su general; de cuyas dos
» ofensas debemos darnos por entendidos y pedir satisfac-
» cion; porque no conviene suponer una ignorancia de lo
» que saben ellos, cuando están creyendo que lo alcanza-
» mos todo; y éste y los demás engaños de su imaginacion,
» se deben por lo ménos tolerar como parciales de nuestra
» osadía. Bien reconozco las dificultades y contingencias
» de tan árdua resolucion; pero las grandes hazañas son
» hijas de los grandes peligros; y Dios nos ha de favore-
» recer, que son muchas las maravillas, y pudiera decir
» milagros evidentes, con que se ha declarado por noso-
» tros en esta jornada, para que no miremos ahora como
» inspiracion suya nuestra perseverancia. Su causa es la
» primera razon de nuestros intentos, y yo no he de creer
» que nos ha traido en hombros de su providencia extra-
» ordinaria para introducirnos en el empeño y dejarnos
» con nuestra flaqueza en la mayor necesidad.» Dilatóse
con tanta energía en esta piadosa consideracion, que co-
municó á los corazones de todos el vigor de su ánimo, y

se redujeron al mismo dictámen, primero los capitanes Juan Velázquez de Leon, Diego de Ordaz, Gonzalo de Sandoval, y despues alabaron todos el discurso de su capitan; hallando al parecer lo eficaz del remedio en lo heróico de la resolucion : con que se disolvió la junta, quedando entónces determinada la prision de Motezuma, y remitida la disposicion de todo á la prudencia de Cortés.

Bernal Diaz del Castillo, que no pierde ocasion de introducirse á inventor de las resoluciones grandes, dice que le aconsejaron esta prision él y otros soldados algunos dias ántes que llegase la nueva de la Vera-Cruz : no convienen con él las demás relaciones, ni entónces habia causa para discurrir con tanto arrojamiento : pudiera detenerse un poco, y quedára su consejo sin la nota de inverosímil, ó sin la excepcion de intempestivo.

CAPÍTULO XIX

Ejecútase la prision de Motezuma : dáse noticia del modo cómo se dispuso, y cómo se recibió entre sus vasallos.

No se puede negar que fué atrevimiento sin ejemplar esta resolucion que tomaron aquellos pocos Españoles, de prender á un rey tan poderoso dentro de su corte : accion que siendo verdad parece incompatible con la sencillez de la historia; y pareciera sin proporcion cuando se hallára enentre las demasías ó licencias de la fábula. Pudiérase llamar temeridad si se hubiera entrado en ella voluntariamente ó con más eleccion; pero no es temerario propiamente quien se ciega porque no puede más. Vióse Cortés igualmente perdido si se retiraba sin reputacion, que aventurado si se mantenía sin volver por ella con algun hecho memorable; y el ánimo cuando se halla ceñido por todas partes de la dificultad se arroja violentamente á los peligros mayores : pensó en lo más difícil por asegurarse de una vez, ó porque no se acomodaba su discurso á las medianías. Pudiéramos decir que fué magnanimidad suya el poner tan alta la mira, ó que la prudencia militar no es

tan amiga de los extremos como la prudencia política; pero mejor es que se quede sin nombre su resolucion, ó que mirando al suceso la pongamos entre aquellos medios imperceptibles de que se valió Dios en esta conquista, excluyendo al parecer los impulsos naturales.

Eligióse finalmente la hora en que solían hacer su visita los Españoles, porque no se extrañase la novedad. Ordenó Cortés que se tomasen las armas en su cuartel; que se pusiesen las sillas á los caballos, y estuviesen todos alerta sin hacer ruido, ni moverse hasta nueva órden. Ocupó con algunas cuadrillas á la deshilada las bocas de las calles, y partió al palacio con los capitanes Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de Leon, Francisco de Lugo y Alonso Dávila, y mandó que le siguiesen disimuladamente hasta treinta Españoles de su satisfaccion.

No hizo nevedad el verlos con todas sus armas, porque las traían ordinariamente introducidas ya como traje militar. Salió Motezuma, segun su costumbre, á recibir la visita, ocuparon todos sus asientos, retiráronse á otra pieza sus criados, como ya lo estilaban, de su órden, y poniendo á doña Marina y á Gerónimo de Aguilar en el lugar que solía, empezó Hernan Cortés á dar su queja, dejando al enojo todo el semblante. Refirió primero el hecho de su general, y ponderó despues « el atrevimiento de haber formado » ejército y acometido á sus compañeros, rompiendo la » paz y la salvaguardia real en que vivian asegurados: » acriminó como delito de que se debia dar satisfaccion á » Dios y al mundo, el haber muerto los Mejicanos á un » Español que hicieron prisionero, vengando en él á sangre » fria la propia ignominia con que volvieron vencidos; y » últimamente se detuvo en afear, como punto de mayor » consideracion, la disculpa de que se valian Qualpopoca » y sus capitanes dando á entender que se hacía de su ór» den aquella guerra tan fuera de razon : y añadió que le » debia su majestad el no haberlo creido, por ser accion » indigna de su grandeza el estarlos favoreciendo en una » parte para destruirlos en otra. »

Perdió Motezuma el color al oir este cargo suyo y con

señales de ánimo convencido interrumpió á Cortés para negar como pudo, el haber dado semejante órden; pero él socorrió su turbacion volviéndole á decir: « que así lo tenía por indubitable; pero que sus solda- » dos no se darian por satisfechos, ni sus mismos vasa- » llos dejarian de creer lo que afirmaba su general, si no » le viesen hacer alguna demostracion extraordinaria » que borrase totalmente la impresion de semejante ca- » lumnia; y así venía resuelto á suplicarle que sin hacer » ruido, y como que nacia de su propia eleccion, se fuese » luégo al alojamiento de los Españoles, determinándose » no salir de él hasta que constase á todos que no habia » cooperado en aquella malded: á cuyo efecto le ponia » en consideracion que con esta generosa confianza, digna » de ánimo real, no sólo se quietaria el enojo de su prín- » cipe y el recelo de sus compañeros; pero él volveria por » su mismo decoro y pundonor, ofendido entónces de » mayor indecencia; y que le daba su palabra como ca- » ballero y como ministro del mayor rey de la tierra, de » que sería tratado entre los Españoles con todo el acata- » miento debido á su persona: porque sólo deseaban ase- » gurarse de su voluntad para servirle y obedecerle con » mayor reverencia. » Calló Cortés y calló tambien Motezuma como extrañando el atrevimiento de la proposicion; pero él, deseando reducirle con suavitad ántes que se determinase á contrário dictámen, prosiguió diciendo: « que » aquel alojamiento que les habia señalado era otro pa- » lacio suyo donde solia residir algunas veces; y que no se » podria extrañar entre sus vasallos que se mudase á él para » deshacerse de una culpa que puesta en su cabeza sería » pleito de rey á rey; y quedando en la de su general, se » podria enmendar con el castigo sin pasar á los inconve- » nientes y violencias con que suele decidirse la justicia » de los reyes. »

No pudo sufrir Motezuma que se alargasen más los motivos de una persuasion impraticable á su parecer; y dándose por entendido de lo que llevaba dentro de sí aquella demanda, respondió con alguna impaciencia; « que los » príncipes como él no se daban á prision, ni sus vasallos

» lo permitirian, cuando él se olvidase de su dignidad ó se
» dejase humillar á semejante bajeza. » Replicóle Cortés :
» que como él fuese voluntariamente sin dar lugar á que
» le perdiesen el respeto, importaria poco la resistencia de
» sus vasallos, contra los cuales podria usar de su atencion.
» » Duró largo rato la porfía, resistiendo siempre Motezuma el dejar su palacio; y procurando Hernan Cortés reducirle y asegurarle sin llegar á lo estrecho, salió á diferentes partidos, cuidadoso ya del aprieto en que sehallaba : ofreció enviar luégo por Qualpopoca y por los demas cabos de su ejército, y entregárselos á Cortés para que los castigase : daba en rehenes dos hijos suyos para que los tuviese presos en su cuartel hasta que cumpliese su palabra; y repetia con alguna pusilanimidad, que no era hombre que se podia esconder, ni se habia de huir á los montes. Á nada salia Cortés ni él se daba por vencido; pero los capitanes que se hallaban presentes, viendo lo que se aventuraba en la dilacion, empezaron á desabrirse deseando qne se remitiese á las manos aquella disputa; y Juan Velázquez de Leon dijo en voz alta : « Dejémonos de pa-
» labras y tratemos de prenderle ó matarle. » Reparó en ello Motezuma, preguntando á doña Marina qué decía tan descompuesto aquel español. Y ella con este motivo y con aquella discrecion natural que le daba hechas la razones y hallada la oportunidad le dijo, como quien se recataba de ser entendida : « Mucho aventurais, señor, si no cedeis á
» las instancias de esta gente : ya conoceis su resolucion y
» la fuerza superior que los asiste. Yo soy una vasalla
» vuestra qne desea naturalmente vuestra felicidad; y soy
» una confidente suya que sabe todo el secreto de su in-
» tencion. Si váis con ellos seréis tratado con el respeto
» que se debe á vuestra persona; y si haceis mayor resis-
» tencia peligra vuestra vida. »

Esta breve oracion, dicha con buen modo y en buena ocasion, le acabó de reducir; y sin dar lugar á nuevas réplieas, se levantó de la silla diciendo á los Españoles :
« Yo me fio de vosotros, vamos á vuestro alojamiento,
» que así lo quieren los dioses, pues vosotros lo conseguís
» y yo lo determino. » Llamó luégo á sus criados, mandó

prevenir sus andas y su acompañamiento, y dijo á sus ministros : « que por ciertas consideraciones de estado que » tenía comunicadas con sus dioses, habia resuelto mudar » su habitacion por unos dias al cuartel de los Españoles: » que lo tuviesen entendido y lo publicasen así, diciendo » á todos que iba por su voluntad y conveniencia. » Ordenó despues á uno de los capitanes de sus guardias que le trajese preso á Qualpopoca, y á los demás cabos que hubiesen cooperado en la invasion de Zempoala, para cuyo efecto le dió el sello que traía siempre atado al brazo derecho; y le advirtió que llevase gente armada para no aventurar la prision. Todas estas órdenes se daban en público, y doña Marina se las iba interpretando á Cortés y á los demás capitanes, porque no se recelasen de verle hablar con los suyos, y quisiesen pasar á la violencia fuera de tiempo.

Salió sin mas dilacion de su palacio, llevando consígo todo el acompañamiento que solia : los Españoles iban á pié junto á las andas, y le cercaban con pretexto de acompañarle. Corrió luégo la voz de que se llevaban á su rey los extrangeros, y se llenaron de gente las calles, no sin algunos indicios de tumulto, porque daban grandes voces y se arrojaban en tierra, unos despechados y otros enternecidos; pero Motezuma, con exterior alegría y seguridad, los iba sosegando y satisfaciendo. Mandábales primero que callasen, y al movimiento de su mano sucedia repentino el silencio. Decíales despues que aquella no era prision, sino ir por su gusto á vivir unos dias con sus amigos los extrangeros : satisfacciones adelantadas, ó respuestas sin pregunta que niegan lo que afirman. En llegando al cuartel, que como dijimos era la casa real que fabricó su padre, mandó á su guardia que despejase la gente popular, y á sus ministros que impusiesen pena de la vida contra los que se moviesen á la menor inquietud. Agasajó mucho á los soldados españoles que le salieron à recibir con reverente alborozo. Eligió despues el cuarto donde queria residir, y la casa era capaz de separacion decente. Adornóse luégo por sus mismos criados con las mejores alhajas de su guarda-ropa : púsose á la entrada suficiente guardia de soldados españoles; dobláronse las que solían

asistir á la seguridad ordinaria del cuartel : alargáronse á las calles vecinas algunas centinelas, y no se perdonó diligencia de las que correspondian á la novedad del empeño. Dióse órden á todos para que dejasen entrar á los que fuesen de la familia real, que ya eran conocidos, y á los nobles y ministros que viniesen á verle : cuidando de que entrasen unos y saliesen otros con pretexto de que no embarazasen. Cortés entró á visitarle aquella misma tarde, pidiendo licencia y observando las puntualidades y ceremonias que cuando le visitaba en su palacio. Hicieron la misma diligencia los capitanes y soldados de cuenta : diéronle rendidas gracias de que honrase aquella casa como si le hubiera traido á ella su eleccion; y él estuvo tan alegre y agradable con todos, como si no se halláran presentes los que fueron testigos de su resistencia. Repartió por su mano algunas joyas que hizo advertidamente para ostentar su desenojo; y por más que se observaban sus acciones y palabras, no se conocia flaqueza en su seguridad, ni dejaba de parecer rey en la constancia con que procuraba juntar los dos extremos de la dependecia y de la majestad. Á ninguno de sus criados y ministros, cuya comunicacion se le permitió desde luégo, descubrió el secreto de su opresion, ó porque se avergonzase de confesarla, ó porque temió perder la vida si ellos se inquietasen. Todos miraron por entónces como resolucion suya este retiro, con que no pasaron á discurrir en la osadía de los Españoles, que, de muy grande, se les pudo esconder entre los imposibles á que no está obligada la imaginacion.

Así se dispuso y consiguió la prision de Motezuma : y él estuvo dentro de pocos dias tan bien hallado en ella, que apénas tuvo espíritu para desear otra fortuna. Pero sus vasallos vinieron á conocer con el tiempo que le tenian preso los Españoles por más que le dorasen con el respeto la sujecion. No se lo dejaron dudar las guardias que se asistian á su cuarto, y el nuevo cuidado, con que se tomaban las armas en el cuartel. Pero ninguno se movió á tratar de su libertad, ni se sabe qué razon tuviesen él para dejarse estar sin repugnancia en aquella opresion, y ellos para vivir en la misma insensibilidad sin extrañar la inde-

cencia de su rey. Digno fué de grande admiracion el ardimiento de los Españoles; pero no se debe admirar ménos este apocamiento de ánimo en Motezuma, príncipe tan poderoso y de tan soberbio natural, y esta falta de resolucion en los Mejicanos, gente belicosa y de suma vigilancia en la defensa de sus reyes. Podríamos decir que anduvo tambien la mano de Dios en estos corazones, y no pareceria sobrada credulidad, ni sería nuevo en su providencia, que ya le vió el mundo facilitar las empresas de su pueblo quitando el espíritu á sus enemigos.

CAPÍTULO XX

Cómo se portaba en la prision Motezuma con los suyos y con los Españoles: traen preso á Qualpopoca, y Cortés le hace castigar con pena de muerte, mandando echar unos grillos á Motezuma miéntras se ejecutaba la sentencia.

Vieron los Españoles dentro de breves dias convertido en palacio su alojamiento, sin dejar de guardarle como cárcel de tal prisionero. Perdió la novedad entre los Mejicanos aquella gran resolucion. Algunos, sintiendo mal de la guerra que movió Qualpopoca en la Vera-Cruz, alababan la demostracion de Motezuma, y ponderaban como grandeza suya el haber dado su libertad en rehenes de su inocencia. Otros creían que los dioses, con quienes tenía familiar comunicacion, le habrian aconsejado lo más conveniente á su persona; y otros, que iban mejor, veneraban su determinacion sin atreverse á examinarla; que la razon de los reyes no habla con el entendimiento, sino con la obligacion de los vasallos. Él hacía sus funciones de rey con la misma distribucion de horas que solia : daba sus audiencias : escuchaba las consultas ó representaciones de sus ministros, y cuidaba del gobierno político y militar de sus reinos poniendo particular estudio en que no se conociese la falta de su libertad.

La comida se le traía de palacio con numeroso acompañamiento de criados, y con mayor abundancia que otras

veces; repartíanse las sobras entre los soldados españoles; y él enviaba los platos más regalados á Cortés y á sus capitanes; conocíalos á todos por sus nombres, y tenía observados hasta los genios y las condiciones, de cuya noticia usaba en la conversacion, dando al buen gusto y á la la discrecion algunos ratos, sin ofender á la majestad ni á la decencia. Estaba con los Españoles todo el tiempo que le dejaban los negocios; y solia decir no se hallaba sin ellos. Procuraban todos agradarle, y era su mayor lisonja el respeto con que le trataban; desagradábase de la llanezas; y si alguno se descuidaba en ellas, procuraba reprimir el exceso, dando á entender que lo conocia: tan celoso de su dignidad, que sucedió el ofenderse con grande irritacion de una indecencia que le pareció advertida en cierto soldado español, y pidió al cabo de la guardia que le ocupase otra vez léjos de su persona, ó le mandaria castigar si se le pusiese delante.

Algunas tardes jugaba con Hernan Cortés al totoloque, juego que se componia de unas bolas pequeñas de oro, con que tiraban á herir ó derribar ciertos bolillos ó señales del mismo metal à distancia proporcionada. Jugábanse diferentes joyas y otras alhajas que se perdian ó ganaban á cinco rayas. Motezuma repartia sus ganancias con los Españoles, y Cortés hacía lo mismo con sus criados. Solia tantear Pedro de Alvarado; y porque algunas veces se descuidaba en añadir algunas rayas á Cortes, le motejaba con galantería de mal contador; pero no por eso dejaba de pedirle otras veces que tentease, y que tuviese cuenta de que no se le olvidase la verdad. Parecia señor hasta en el juego, sintiendo el perder como desaire de la fortuna y estimando la ganancia como premio de la victoria.

No se dejaba de introducir en estas conversaciones privadas el punto de la religion : Hernan Cortés le habló diferentes veces, procurando reducirle con suavidad á que conociese su engaño : fray Bartolomé de Olmedo repetia sus argumentos con la misma piedad y con mayor fundamento : doña Marina intepretaba estos razonamientos con particular afecto; y añadia sus razones caseras, como persona recien desengañada, que tenía persentes los motivos

que la redujeron : pero el demonio le tenía tan ocupado el ánimo, que se dejaba conquistar su entendimiento, y se quedaba inexpugnable su corazon; no se sabe que le hablase ó se le apareciese como solia desde que los Españoles entraron en Méjico, ántes se tiene por cierto, que al dejarse ver la cruz de Cristo en aquella ciudad, perdieron la fuerza los conjuros, y enmudecieron los oráculos; pero estaba tan ciego y tan dejado á sus errores, que no tuvo actividad para desviarlos, ni supo aprovecharse de la luz que se le puso delante; pudo ser esta dureza de su ánimo, fruto miserable de los otros vicios y atrocidades con que tenía desobligado á Dios, ó castigo de aquella misma negligencia con que daba los oidos y negaba la inclinacion á la verdad.

Á veinte dias, ó poco mas llegó el capitan de la guardia, que partió á la frontera de la Vera-Cruz, y trajo preso á Qualpopoca, con otros cabos de su ejército, que se dieron al sello real sin resistencia. Entró con ellos á la presencia de Motezuma: y él los habló reservadamente, permitiéndolo Cortés, porque deseaba que los redujese á callar la órden que tuvieron suya, y dejarse engañar de aquella exterior confianza en que le mantenia. Pasó despues con ellos el mismo capitan al cuarto de Cortés, y se los entregó, diciéndole de parte de su amo: « que se los enviaba para que » averiguase la verdad y los castigase por su mano con » el rigor que merecian. » Encerróse con ellos, y confesaron luégo los cargos « de haber roto la paz de su autori- » dad, haber provocado con las armas á los Españoles de » la Vera-Cruz, y ocasionado la muerte de Argüello, he- » cha de su órden á sangre fria en un prisionero de guerra, » sin tomar en la boca la órden que tuvieron de su rey; hasta que reconociendo que iba de véras su castigo, tentaron el camino de hacerle cómplice para escapar las vidas : pero Hernan Cortés negó los oidos á este descargo, tratándole como invencion de los delincueutes. Juzgóse militarmente la causa, y se les dió sentencia de muerte, con la circunstancia de que fuesen quemados públicamente sus cuerpos delante del palacio real; como reos que habian incurrido en caso de lesa majestad. Discurrióse luégo en la ejecu-

cion, y pareció no dilatarla; pero temiendo Hernan Cortés que se inquietase Motezuma, ó quisiese defender á los que morian por haber ejecutado sus órdenes, resolvió atemorizarle con alguna bizarría que tuviese aparencias de amenaza, y le acordase la sujecion en que se hallaba. Ocurrióle otro arrojamiento notable, que le debió de inducir la facilidad con que se consiguió el de su prision, ó el ver tan rendida su paciencia. Mandó buscar unos grillos de los que se traian prevenidos para los delincuentes, y con ellos descubiertos en las manos de un soldado, se puso en su presencia, llevando consigo á doña Marina y tres ó cuatro de sus capitanes. No perdonó las reverencias con que solia respetarle; pero dando á la voz y al semblante mayor entereza, le dijo: « que ya quedaban condenados á muerte » Qualpopoca y los demás delincuentes por haber confesado su delito, y ser digno de semejante demostracion; » pero que le habian culpado en él, diciendo afirmativamente que le cometieron de su órden; y así era necesario que purgase aquellos indicios vehementes con alguna mortificacion personal porque los reyes, aunque » no están obligados á las penas ordinarias, eran súbditos » de otra ley superior que mandaba en las coronas; y debian imitar en algo à los reos, cuando se hallaban culpados y trataban de satisfacer á la justicia del cielo. » Dicho esto, mandó con imperio y resolucion que le pusiesen las prisiones, sin dar lugar á que le replicase; y en dejándole con ellas, le volvió las espaldas, y se retiró á su cuarto, dando nueva órden á las guardias para que no se le permitiese por entónces la communicacion de sus ministros.

Fué tanto el asombro de Motezuma cuando se vió tratar con aquella ignominia, que le faltó al principio la accion para resistir, y despues la voz para quejarse. Estuvo mucho rato como fuera de sí; los criados que le asistian acompañaban su dolor con el llanto, sin atreverse á las palabras, arrojándose á sus pies para recibir el peso de los grillos: y él volvió de su confusion con principios de impaciencia; pero se reprimió brevemente, y atribuyendo su infelicidad á la disposicion de sus dioses, esperó el suceso, no sin cuidado al parecer de que peligraba su vida;

pero acordándose de quién era para temer sin falta de valor.

No perdió tiempo Cortés en lo que que llevaba resuelto: salieron los reos al suplicio, hechas las prevenciones necesarias para que no se aventurase la ejecucion. Consiguióse á vista de innumerable pueblo, sin que se oyese una voz descompuesta, ni hubiese que recelar. Cayó sobre aquella gente un terror que tenía parte de admiracion, y parte de respeto. Estrañaban aquellos actos de jurisdiccion en unos extrangeros, que cuando mucho se debian portar como embajadores de otro príncipe; y no se atrevieron á poner duda en su potestad, viéndola establecida con la tolerancia de su rey; de que resultó el concurrir todos al espectáculo con un género de quietud amortiguada, que sin saber en qué consistia, dejó su lugar al escarmiento. Ayudó mucho en esta ocasion el estar mal recibida entre los Mejicanos la invasion de Qualpopoca, y se hizo su delito más aborrecible con la circunstancia de culpar á su rey: descargo que pasó por increible, y áun siendo verdadero se culpára como atrevido y sedicioso. Débese mirar este castigo como tercer atrevimiento de Cortés, que se logró como se habia discurrido, y se discurrió sobre principios irregulares. Él lo resolvió, y lo tuvo por conveniente y posible: conocia la gente con quien trataba, y lo que suponia en cualquier acontecimiento la gran prenda que tenía en su poder. Dejémonos cegar de su razon, ó no la traigamos al juicio de la historia, contentándonos con referir el hecho como pasó, y que una vez ejecutado fué de gran consecuencia para dar seguridad á los Españoles de la Vera-Cruz, y reprimir por entónces los principios de rumor que andaba entre los nobles de la ciudad.

Volvió luégo Cortés al cuarto de Motezuma, y con alegre urbanidad le dijo: « que ya quedaban castigados los » traidores que se atrevieron á manchar su fama, y él ha» bia cumplido ventajosamente con su obligacion, suje» tándose á la justicia de Dios con aquella breve intermi» sion de su libertad. » Y sin más dilacion le mandó quitar los grilos, ó como escriben algunos, se puso de rodillas para quitárselos él mismo por sus manos; y se puede

creer de su advertencia, que procuraria dar con semejante cortesanía mayor recomendacion al desagravio. Recibió Motezuma con grande aldorozo este alivio de su libertad, abrazó dos ó tres veces á Cortés, y no acababa de cumplir con su agradecimiento.' Sentáronse luégo en conversacion amigable, y Cortés usó con él de otro primor, como los que andaba siempre meditando, porque mandó que se retirasen las guardias, diciéndole que se podria volver á su palacio cuando quisiese, por haber cesado ya la causa de su detencion. Y le ofreció este partido sobre seguro de que no lo aceptaria, por haberle oido decir muchas veces con firme resolucion, que ya no le convenia volverse á su palacio, ni apartarse de los Españoles hasta que se retirasen de su corte; porque perderia mucho de su estimacion, si llegasen á entender sus vasallos que recibia de agena mano su libertad: dictámen que se hizo suyo con el tiempo, siendo en la verdad influido: porque doña Marina, y algunos de los capitanes le habian puesto en él á instancia de Cortés, que se valia de su misma razon de estado para tenerle más seguro en la prision: pero entónces, conociendo lo que traía dentro de sí la oferta de Cortés, dejó este motivo, tratándole como ageno de aquella ocasion, y se valió de otro más artificioso, porque le respondió: « que agradecia mucho la voluntad con que deseaba restituirle á su casa; pero que tenía resuelto no hacer novedad, atendiendo á la conveniencia de los Españoles: » porque una vez en su palacio le apretarian sus nobles » y ministros en que tomase las armas contra ellos para » satisfacerse del agravio que habia recibido. » Por cuyo medio quiso dar á entender, que se dejaba estar en la prision para encubrirlos y ampararlos con su autoridad. Alabó Cortés el pensamiento agradeciendo su atencion como si la creyera, y quedaron los dos satisfechos de su destreza: creyeudo entrambos que se entendian, y se dejaban engañar por su conveniencia con aquel género de astucia ó disimulacion que ponen los políticos entre los ministerios de la prudencia, dando el nombre de esta virtud á los artificios de la sagacidad.

LIBRO CUARTO

CAPÍTULO PRIMERO

Permítese á Motezuma que se deje ver en público saliendo á sus templos y recreaciones : trata Cortés de algunas prevenciones que tuvo por necesarias, y se duda que intentasen los Españoles en esta sazon derribar los ídolos de Méjico.

Quedó Motezuma desde aquel dia prisionero voluntario de los Españoles : hízose amable á todos con su agrado y liberalidad. Sus mismos criados desconocian su mansedumbre y moderacion, como virtudes adquiridas en el trato de los extrangeros, ó extrangeras de su natural. Acreditó diversas vecescon palabras y acciones la sinceridad de su ánimo ; y cuando le pareció que tenía segura y merecida la con fianza de Cortés, se resolvió á experimentarla, pidiéndole licencia para salir alguna vez á sus templos : dióle palabra de que se volveria puntualmente á la prision, que asi la solia llamar cuando no estaba presente alguno de los suyos : díjole « que ya deseaba por su conveniencia y la » de los mismos Españoles dejarse ver de su pueblo, por- » que se iba creyendo que le tenian oprimido, como ha- » bia cesado la causa de su detencion con el castigo de » Qualpopoca ; y se podria temer alguna turbacion más » que popular, si no se ocurria brevemente al remedio » con aquella demostracion de su libertad. » Hernan Cortés conociendo su razon, y deseando tambien complacer á los Mejicanos, le respondió liberal y cortesanamente : » « que podria salir cuando gustase, atribuyendo á exceso » de su benignidad el pedir semejante pcrmision cuando él » y todos los suyos estaban á su obediencia. » Pero aceptó

la palabra que le daba de no hacer novedad en su habitacion, como quien deseaba no perder la honra que recibia.

Hízole alguna interior disonancia el motivo de acudir á sus templos, y para cumplir consígo en la forma que podia, capituló con él, que habian de cesar desde aquel dia los sacrificios de sangre humana, contentándose con esta parte de remedio, porque no era tiempo de aspirar á la enmienda total de los demás errores; y siempre que no se puede lo mejor, es prudencia dividir la dificultad para vencer uno á uno los inconvenientes. Ofreciólo asi Motezuma, prohibiendo con efecto en todos sus adoratorios este género de sacrificios; y aunque se duda si lo cumplió, es cierto que cesó la publicidad, y que si los hicieron alguna vez, fué á puerta cerrada, y tratándolos como delito.

Su primera salida fué al templo mayor de la ciudad, con la misma grandeza y acompañamiento que acostumbraba; llevó consígo algunos Españoles, y se previno llamándolos él mismo ántes que se los pusiesen al lado como guardas ó testigos. Celebró con grandes regocijos el pueblo esta primera vista de su rey : procuraron todos manifestar su alegría con aquellas demostraciones de que se componian sus aplausos; no porque le amasen ó tuviesen olvidada la opresion en que vivian, sino porque hacía la natural obligacion el oficio de la voluntad; y tiene sus influencias hasta en la frente del tirano la corona. Él iba recibiendo las aclamaciones con gratitud majestuosa, y anduvo aquel dia muy liberal, porque hizo diferentes mercedes á sus nobles, y repartió algunas dádivas entre la gente popular. Subió despues al templo descansando sobre los brazos de los sacerdotes; y en cumpliendo con los ritos ménos escandalosos de su adoracion, se volvió al cuartel, donde se congratuló nuevamente con los Españoles : dando á entender que le traian con igual fuerza el desempeño de su palabra, y el gusto de vivir entre sus amigos.

Continuáronse despues sus salidas sin hacer novedad, unas veces al palacio donde tenía sus mujeres, y otras á

sus adoratorios ó casas de recreacion; usando siempre con Hernan Cortés la ceremonia de tomar su licencia, ó llevándole consígo cuando era decente la funcion: pero nunca hizo noche fuera del alojamiento, ni discurrió en mudar habitacion; ántes se llegó á mirar entre los Mejicanos aquella perseverancia suya como favor de los Españoles; tanto, que ya visitaban á Cortés los ministros y los nobles de la ciudad, valiéndose de su intercesion para encaminar sus pretensiones, y todos los Españoles que tenian algun lugar en su gracia, se hallaron asistidos y contemporizados: achaque ordinario de las cortes, adorar á los favorecidos, fabricando con el ruego estos ídolos humanos.

Entretanto que duraba este género de tranquilidad no se descuidaba Hernan Cortés en las prevenciones que podrian conducir á su seguridad, y adelantar los altos designios que perseveraban en su corazon sin objeto determinado, ni saber hasta entónces hácia donde le llamaba la oscuridad lisonjera de sus esperanzas. Luégo que vacó el gobierno de la Vera-Cruz por muerte de Juan de Escalante, y se aseguraron los caminos con el castigo de los culpados, nombró en aquella ocupacion al capitan Gonzalo de Sandoval; y porque no faltase de su lado en esta ocurrencia un cabo de tanta satisfaccion, envió con título de teniente suyo á un soldado particular que llamaban Alonso de Grado, sujeto de habilidad y talento, pero de ánimo inquieto, y uno de los que se hicieron conocer en las turbaciones pasadas. Creyóse que le occupaba por satisfacerle y desviarle, pero no fué buena política poner hombre poco seguro en una plaza que se mantenia para la retirada, y contra las avenidas que se podian temer de la isla de Cuba. Pudiera ser de grave inconveniente su asistencia eu aquel puerto, si llegáran poco ántes los bajeles que fletó Diego Velázquez en prosecucion de su antigua demanda; pero el mismo Alonso de Grado enmendó con su proceder el yerro de su eleccion; porque vinieron dentro de pocos dias tantas quejas de los vecinos y lugares del contorno, que fué necesario traerle preso, y enviar al propietario.

Con la ocasion de estos viajes dispuso Hernan Cortés que se condujesen de la Vera-Cruz algunas jarcias, velas, clavazon y otros despojos de los navíos que se barrenaron, con ánimo de fabricar dos bergantines para tener á su disposicion el paso de la laguna; porque no podia echar de sí las medias palabras que oyeron los Tlascaltecas sobre cortar los puentes ó romper las calzadas. Introdujo primero esta novedad, haciéndosela desear á Motezuma, con pretexto de que viese las grandes embarcaciones que se usaban en España, y la facilidad con que se movian, haciendo trabajar al viento en alivio de los remos: primor de que no se hacía capaz sin la demostracion, porque ignoraban los Mejicanos el uso de las velas, y ya miraba como punto de conveniencia suya, que aprendiesen aquel arte de navegar sus marineros. Llegaron brevemente de la Vera-Cruz los géneros que se habian pedido, y se dió principio á la fábrica por mano de algunos maestros de esta profesion, que vinieron en el ejército con plaza de soldados, ásistiendo á cortar y conducir la madera de órden de Motezuma los carpinteros de la ciudad; con que se acabaron los dos bergantines dentro de breves dias, y él mismo determinó estrenarlos, embarcándose con los Españoles para conocer desde más cerca las maestrías de aquella navegacion.

Previno para este fin una de sus monterías más solemnes en paraje de larga travesía porque no faltase tiempo á su observacion; y el dia señalado amanecieron sobre la laguna todas las canoas del séquito real, con su familia y cazadores, reforzada en ellas la boga, no sin presuncion de acreditar su ligereza, con descrédito de las embarcaciones extrangeras, que á su parecer eran pesadas, y serian dificultosas de manejar; pero tardaron poco en desengañarse, porque los bergantines partieron á vela y remo, favorecidos oportunamente del viento, y se dejaron atrás las canoas con largo espacio y no menor admiracion de los Indios. Fué dia muy festivo y de gran divertimiento para los Españoles, tanto por la novedad y circunstancias de la montería, como por la opulencia del banquete: y Motezuma estuvo muy entretenido con sus marineros, bur-

lándose de lo que forcejeaban en el alcance de los bergantines, y celebrando como suya la victoria de los Españoles.

Concurrió despues toda la ciudad á ver aquellas que en su lengua llamaban casas portátiles: hizo sus ordinarios efectos la novedad, y sobre todo admiraron el manejo del timon, y el oficio de las velas que á su entender mandaban al agua y al viento; invencion que celebraron los más avisados como invencion del arte, superior á su ingenio; y el vulgo como sutileza más que natural, ó predominio sobre los elementos. Consiguióse finalmente que fuesen bien recibidos aquellos bergantines que se fabricaron á mayor intento, y tuvo su parte de felicidad esta providencia de Cortés, pues se hizo lo que convenia, y se gano reputacion.

Al mismo tiempo iba caminando en otras diligencias que le dictaban su vigilancia y actividad. Introducia con Motezuma y con los nobles que le visitaban la estimacion de su rey; ponderaba su clemencia y engrandecia su poder, trayendo á su dictámen los ánimos con tanta suavidad y destreza, que llegó á desearse generalmente la confederacion que proponia, y el comercio de los Españoles, como interés de aquella monarquía. Tomaba tambien algunas noticias importantes por via de conversacion y sencilla curiosidad. Informóse muy particularmente de la magnitud y límites del imperio mejicano, de sus provincias y confines, de los montes, rios y minas principales; de las distancias de ambos mares, su calidad y surgideros tan léjos de mostrar cuidado en sus observaciones, que Motezuma para informarle mejor y complacerle, hizo que sus pintores delineasen, con asistencia de hombres noticiosos, un lienzo semejante á nuestros mapas, en que se contenia la demarcacion de sus dominios, á cuya vista le hizo capaz de todas las particularidades que merecian reflexion; y permitió despues que fuesen algunos Españoles á reconocer las minas de mayor nombre, y los puertos ó ensenadas que parecian capaces de bajeles: propúsolo Hernan Cortés, con pretexto de llevar á su príncipe distinta relacion de lo más notable; y él concedió, no solamente su beneplácito, pero

señaló gente militar que los acompañase, y despachó sus órdenes para que les franqueasen el paso y las noticias : bastante seña de que vivia sin recelo, y andaban conformes su intencion y sus palabras.

Pero en esta sazon, y cuando más se debian temer las novedades como peligro de la quietud y de la confianza, refieren nuestros historiadores una resolucion de los Españoles, tan desproporcionada y fuera de tiempo, que nos inclinamos á dudarla ya que no hallamos razon para omitirla. Dice Bernal Diaz del Castillo, y lo escribió primero Francisco Lopez de Gomara, concordando alguna vez en lo ménos tolerable : que se determinaron á derribar los ídolos de Méjico, y convertir en iglesia el adoratorio principal : que salieron á ejecutarlo por más que lo resistió y procuró embarazar Motezuma : que se armaron los sacerdotes, y estuvo conmovida toda la cuidad en defensa de sus dioses; durando la porfía, sin llegar á rompimiento, hasta que por bien de paz se quedaron los ídolos en su lugar, y se limpió una capilla, y levantó un altar dentro del mismo adoratorio, donde se colocó la cruz de Cristo, y la imágen de su Madre Santísima: se celebró misa cantada, y perseveró muchos dias ei altar, cuidando de su limpieza y adorno los mismos sacerdotes de los ídolos. Así lo refiere tambien Antonio de Herrera, y se aparta de los dos, añadiendo algunas circunstancias que pasan los límites de la exornacion, si ésta puede caber en la retórica del historiador porque describe una procesion devota y armada, que se ordenó para conducir las santas imágenes al adoratorio : pone á la letra, ó supone la oracion recta que hizo Cortés delante de un crucifijo ; y pondera un casi milagro de su devocion, animándose á decir, no sabemos de qué orígen, que se inquietaron poco despues los Mejicanos, porque faltó el agua del cielo para el beneficio de sus campos : que acudieron al mismo Cortés con principios de sedicion, clamando sobre que no llovian sus dioses, porque se habian introducido en su templo deidades forasteras : que para conseguir que se quietasen les ofreció de parte de su Dios copiosa lluvia dentro de breves horas, y que respondió el cielo puntualmente á su promesa

con grande admiracion de Motezuma y de toda la ciudad.

No discurrimos del empeño enque se puso, prometiendo milagros delante de unos infieles en prueba de su religion, que pudo ser ímpetu de su piedad; ni extrañamos la maravilla del suceso, que tambien pudo tener entónces aquel átomo de fé viva con que se merecen y consiguen los milagros. Pero el mismo hecho disuena tanto á la razon, que parece dificultoso de creer en las advertencias de Cortés, y en el genio y letras de fray Bartolomé de Olmedo. Pero caso que sucediese asi el hecho de arruinar los ídolos de Méjico en la forma y en el tiempo que viene supuesto, siendo lícito al historiador el hacer juicio alguna vez de las acciones que refiere, hallamos en ésta diferentes reparos, que nos obligan por lo ménos á dudar el acierto de semejante determinacion en una ciudad tan populosa, donde se pudo tener por imposible lo que fué dificultoso en Cozumel. Corríase bien con Motezuma : consistia en su benevolencia toda la seguridad que se gozaba : no habia dado esperanzas de admitir el Evangelio ; ántes duraba inexorable y obstinado en idolatría : los Mejicanos sobre la dureza con que adoraban y defendian sus errores, andaban fáciles de inquietar contra los Españoles. ¿Pues qué prudencia pudo aconsejar que se intentase contra la voluntad de Motezuma semejante contratiempo ? Si miramos al fin que se pretendia, le hallarémos inútil y fuera de toda razon. Empezar por los ídolos el desengaño de los idólatras : tratar una exterioridad infructosa como triunfo de la religion : colocar las santas imágenes en un lugar inmundo y detestable : dejarlas al arbitrio de los sacerdotes gentiles, aventuradas á la irreverencia y al sacrilegio : celebrar entre los simulacros del demonio el inefable sacrificio de la misa. Y Antonio de Herrera califica estos atentados, con título de faccion memorable. Jùzguelo quien lo leyere, que nosotros no hallamos razon de congruencia política ó cristiana para que se perdonasen tantos inconvenientes; y dejando en duda el acierto, querríamos ántes que no hubiera sucedido esta irregularidad como la refieren, ó

que no tuvieran lugar en la historia las verdades increibles [1].

1. Solis refuta con sobrados fundamentos el supuesto derribo de los ídolos del gran templo de Méjico, porque ninguna razon política ó religiosa podia autorizar un hecho tan imprudente como ridículo é intempestivo : es muy de creer, vista la disposicion de ánimo de los Mejicanos, que el haber consumado aquel hecho hubiera sido lo mismo que sonar la hora de muerte para todos los Españoles, tal fuerza tiene el espíritu religioso áun en los pueblos mas idiotas, y esa es la razon porque los conquistadores prudentes han respetado en todo tiempo la religion de los vencidos. Hernan Cortés se jacta en su relacion de haber hecho rodar los ídolos por las gradas del templo; accion increible y que hace dudar de la veracidad del historiador en las demás referidas en sus escritos. Bernal Diaz á pesar de no ser siempre muy verídico, y de tener casí igual interés que su gefe en hacer alarde de aquella valentonada religiosa, pues le acompañó al templo, dice que en efecto tuvo aquel pensamiento Cortés; pero que á persuasion de fray Bartolomé de Olmedo, se redujo á proponer á Motezuma le permitiese hacer una capilla inmediata á los idolos, para que viera en el miedo de éstos su falsedad por ser representacion del diablo, etc.; de lo cual se mostró muy enojado Motezuma como prudentemente lo habia previsto el padre Olmedo : añadiendo que el emperador se puso á orar como por via de expiacion del pecado cometido en haber mostrado sus dioses á los Españoles, y que éstos aceleraron su salida del templo para que Motezuma y los sacerdotes no estuviesen inquietos con su presencia. El mismo Cortés haciendo referencia de este suceso, se contradice lastimosamente; porque en una parte asegura que Motezuma y los grandes *sintieron mucho* el derribo de los ídolos; y en otra dice que los mismos estuvieron á su lado *con alegre semblante* hasta que se quitaron aquéllos y se colocaron imágenes de la Virgen, etc., etc. Herrera en su Década solamente refiere haber dicho Cortés á Motezuma que *era gran lástima que señor de tan gran señorío, y tan gran príncipe, y tanta gente, estuviesen tan engañados adorando y siguiendo al demonio.* Esto es lo más verosímil. Robertson, á pesar de su juicio, dá crédito á semejante patraña, para poner una tacha más á la prudencia de Cortés, harto imprudente en verdad por haberlo escrito en sus relaciones.

CAPITULO II

Descúbrese una conjuracion que se iba disponiendo contra los Españoles, ordenada por el rey de Tezcuco [1]; y Motezuma, parte con su industria, y parte por las advertencias de Cortés, la sosiega castigando al que la fomentaba.

Tuvo desde sus principios esta empresa de los Españoles notable desigualdad de accidentes : alternábanse contínuamente la quietud y los cuidades : unos dias reinaba sobre las dificultades la esperanza, y otros renacian los peligros de la misma seguridad : propia condicion de los sucesos humanos, encadenarse y sucederse con breve intermision los bienes y los males. Y debemos creer que fué conveniente su instabilidad para corregir la destemplanza de nuestras pasiones.

La ciega gentilidad ponia esta série de los acaecimientos en una rueda imaginaria que se formaba en la trabazon de lo próspero y lo adverso, á cuyo movimiento daban cierta inteligencia sin eleccion, que llamaron fortuna, con que dejaban al acaso todo lo que deseaban ó temian; siendo en la verdad alta disposicion de la divina Providencia que duren poco en un estado las felicidades y los infortunios de la tierra, para que se posean ó toleren con moderacion, y suba el entendimiento á buscar la realidad de las cosas en la region de las almas.

Hallábanse ya los Españoles bastantemente asegurados en la voluntad de Motezuma y en la estimacion de los Mejicanos; pero al mismo tiempo que se gozaba de aquel sosiego favorable, se levantó nueva tempestad que puso en contingencia todas las prevenciones de Cortés. Movióla Cacumatzin, sobrino de Motezuma, rey de Tezcuco y primer elector del imperio. Era mozo inconsiderado y bulli-

1. En la época de la conquista eran reputados por monarcas los señores de *Tezcuco*, *Méjico*, *Clacopan*, *y Gulhuacan* : de éste y del reino de *Tlatilulco*, era monarca Motezuma, y los demás súbditos y feudatarios suyos.

cioso, y dejándose aconsejar de su ambicion, determinó hacerse memorable á su nacion, sacando la cara contra los Españoles con pretexto de poner en libertad á su rey : favorecíanle su dignidad y su sangre para esperar en la primera eleccion el imperio; y le pareció que una vez desnuda la espada podria llegar el caso de acercarse á la corona. Su primera diligencia fué desacreditar á Motezuma, murmurando entre los suyos de la indignidad y falta de espíritu con que se dejaba estar en aquella violenta sujecion. Acusó despues á los Españoles, culpando cómo principio de tiranía la opresion en que le tenian, y la mano que se iban tomando en el gobierno, sin perdonar medio alguno de hacerlos odiosos y despreciables. Sembró despues la misma cizaña entre los demás reyezuelos de la laguna : y hallando bastante disposicion en los ánimos, se resolvió á poner en ejecucion sus intentos, á cuyo fin convocó una junta de todos sus amigos y parientes, que se hizo de secreto en su palacio, concurriendo en ella los reyes de Cuyoacan. Iztacpalapa, Tacuba y Matalcingo [1], y otros señores ó caciques del contorno, personas de séquito y suposicion que mandaban gente de guerra y se preciaban de soldados.

Hízoles un razonamiento de grande aparato; y dando colores de celo á sus ocultos designios, ponderó el estado en que se hallaba su rey, olvidado al parecer de su misma libertad, y la obligacion que tenian de concurrir todos como buenos vasallos á sacarle de aquella servidumbre. Sinceróse con la proximidad de la sangre que le interesaba en los aciertos de su tio, y volviendo la mira contra los Españoles: « ¿A qué aguardamos, amigos y parientes, dijo,
» que no abrimos los ojos al oprobio de nuestra nacion, y
» á la vileza de nuestro sufrimiento? ¿Nosotros que nacimos
» á las armas y ponemos nuestra mayor felicidad en el
» terror de nuestros enemigos, concedemos la cerviz al
» yugo afrentoso de una gente avenediza? ¿Qué son sus a-
» trevimientos sino acusaciones de nuestra flojedad y des-

1. Éstos no eran reyes; pero sí tenian el señorio de sus respectivas ciudades y términos anexos.

» precios de nuestra paciencia? Consideremos lo que han
» conseguido en breves dias, y conoceremos primero nues-
» tro desaire, y despues nuestra obligacion. Arrojáronse
» á la corte de Méjico, insolentes de cuatro victorias en
» que los hizo valientes la falta de resistencia. Entraron
» en ella triunfantes á despecho de nuestro rey, y contra
» la voluntad de la nobleza, y gobierno. Introdujeron con-
» sígo á nuestros enemigos ó rebeldes, y los mantienen ar-
» mados á nuestros ojos dando vanidad á los Tlascaltecas,
» y pisando el pundonor de los Mejicanos. Quitaron la
» vida con público y escandaloso castigo á un general del
» imperio, tomando en ageno dominio jurisdiccion de ma-
» gistrados, ó autoridad de legisladores. Y últimamente,
» prendieron al gran Motezuma en su alojamiento sacán-
» dole violentamente de su palacio; y no contentos con
» ponerle guardas á nuestra vista, pasaron á ultrajar su
» persona y dignidad con las prisiones de sus delincuen-
» tes. Asi pasó : todos lo sabemos; ¿pero quién habrá que
» lo crea sin desmentir á sus ojos? ¡O verdad ignominiosa,
» digna del silencio y mejor para el olvido! ¿Pues en qué
» os deteneis, illustres Mejicanos? ¿Preso vuestro, rey, y
» vosotros desarmados? Esa libertad aparente de que le
» veis gozar estos dias no es libertad, sino un tránsito en-
» gañoso, por el cual ha pasado insensiblemente á otro
» cautiverio de mayor indecencia, pues le han tiranizado
» el corazon, y se han hecho dueños de su voluntad, que
» es la prision más indigna de los reyes. Ellos nos gobier-
» nan y nos mandan, pues el que nos habia de mandar
» les obedece. Ya le veis descuidado en la conservacion
» de sus dominios, desatento á la defensa de sus leyes, y
» convertido el ánimo real en espíritu servil. Nosotros que
» suponemos tanto en el imperio mejicano, debemos im-
» pedir con todo el hombro su ruina. Lo que nos toca es
» juntar nuestras fuerzas, acabar con estos avenedizos, y
» poner en libertad á nuestro rey. Si le desagradáremos,
» dejándole de obedecer en lo que conviene, conocerá el
» remedio cuando convalezca de la enfermedad; y si no
» le conociere, hombres tiene Méjico que sabrán llenar
» con sus sienes la corona; y no será el primero de nues-

» tros reyes, que por no saber reinar, ó reinar descuida-
» damente, se dejó caer el cetro de las manos. »

En esta sustancia oró Cacumatzin, y con tanto fervoı, que le siguieron todos, prorrumpiendo en grandes amenazas contra los Españoles, y ofreciendo servir en la faccion personalmente. Sólo el señor de Matalcingo, que se hallaba en el mismo grado pariente de Motezuma, y tenía sus pensamientos de reinar, conoció lo interior de la propuesta, y tiró á desvanecer los designios de su competidor, añadiendo : « que tenía por necesario, y por más
» conveniente á la obligacion de todos, que se previniese
» á Motezuma de lo que intentaban y se tomase primero
» su licencia; pues no era razon que se arrojasen armados
» á la casa donde residia sin poner en salvo su persona,
» tanto por el peligro de su vida, como por la disonancia
» de que pereciesen aquellos hombres debajo de las alas
» de su rey. » Itallaron los demás esta proposicion como impraticable, diciéndole Cacumatzin algunos pesares que sufrió por no descomponer sus esperanzas, y se acabó la junta, quedando señalado el dia, discurrido el modo, y encargado el secreto.

Supieron casi á un mismo tiempo Motezuma y Cortés esta conjuracion: Motezuma por un aviso reservado que se atribuyó al señor de Matalcingo; y Cortés por la inteligencia de sus espías y confidentes. Buscáronse luégo los dos para comunicarse la noticia de semejante novedad, y tuvo Motezuma la dicha de hablar primero, con que dejó sane ada su intencion, Dióle cuenta de lo que pasaba : mostró grande irritacion contra su sobrino el de Tezcuco, y contra los demás conjurados, y propuso castigarlos con el rigor que merecian. Pero Hernan Cortés, dándole á entender que sabia todo el caso con algunas circunstancias que no dejasen en duda su comprension, le respondió : « que sen-
» tia mucho haber ocasionado aquella inquietud en sus
» vasallos, y que por la misma razon se hallaba obligado
» á tomar por su cuenta el remedio y venía con ánimo de
» pedirle licencia para marchar con sus Españoles á Tez-
» cuco, y atajar en su orígen el daño, trayéndole preso
» á Cacumatzin, ántes que se uniese con los demás coliga-

» dos, y fuese necesario pasar á mayores remedios. » No admitió Motezuma esta proposicion, ántes procuró desviarla con total repugnancia, conociendo lo que perderia su autoridad y su poder, si se valiese de armas forasteras para castigar atrevimiento de esta calidad en hombres de aquella suposicion. Pidióle que disimulase por él su desabrimiento; y le dijo por última resolucion : « que no que-
» ria ni era conveniente que se moviesen los Españoles,
» porque no se hiciese obstinacion el odio con que pro-
» curaban apartarlos de su lado, sino que ayudasen á
» sujetar aquellos rebeldes, asistiéndole con el con-
» sejo, y haciendo, si fuese menester, el oficio de media-
» neros. »

Parecióle despues que sería bien intentar primero los medios suaves, y que su sobrino, como persona más dependiente de su respeto, sería fácil de reducir á la quietud acordándole su obligacion, y haciéndole amigo de los Españoles. Para cuyo efecto le envió á llamar con uno de sus criados principales, el cual le intimó la órden que llevaba de su rey, y le dijo de parte de Cortés : « que deseaba
» su amistad, y tenerle más cerca para que la experimen-
» tase. » Pero él que se hallaba ya léjos de la obediencia, ó tenia más cerca su ambicion, respondió á Motezuma con desacato de hombre precipitado, y á Cortés con tanta desestimacion y arrojamiento, que le obligó á pedir con nueva instancia la empresa de sujetarle, cuya propuesta reprimió segunda vez Motezuma; diciéndole : « que aquel
» era de los casos en que se debia usar primero del enten-
» dimiento que de las manos, y que le dejase obrar segun
» la experiencia y conocimiento que tenía de aquellos hu-
» mores y de sus causas. »

Portóse despues con gran reserva entre sus ministros, despreciando el delito para descuidar al delincuente; á cuyo fin les decia : « que aquel atrevimiento de su sobrino
» se debia tomar como ardor juvenil, ó primer movimiento
» de hombre sin capacidad. » Y al mismo tiempo formó una conjuracion secreta contra el mismo conjurado, valiéndose de algunos criados suyos que atendieron á su primera obligacion, ó la conocieron á vista de las dádivas y

las promesas : por cuyo medio consiguió que le asaltasen una noche dentro de su casa, y embarcándose con él en una canoa que tenian prevenida, le trajesen preso á Méjico sin que pudiese resistirlo. Descubrió entónces Motezuma todo el enojo que disimulaba, y sin permitir que le viese, ni dar lugar á sus disculpas, le mandó poner, con acuerdo y parecer de Cortés, en la cárcel más estrecha de sus nobles, tratándole como á reo de culpa irremisible y de pena capital.

Hallábase á esta sazon en Méjico un hermano de Cacumatzin, que pocos dias ántes escapó dichosamente de sus manos, porque intentó quitarle insidiosamente la vida sobre algunas desconfianzas domésticas de poco fundamento. Amparóle Motezuma en su palacio, y le hizo alistar en su familia para darle mayor seguridad. Era mozo de valor y grandes habilidades, bien recibido en la corte y entre los vasallos de su hermano, haciéndole con unos y otros más recomendable la circunstancia de perseguido. Puso Cortés los ojos en él, y deseando ganarle por amigo y traerle á su partido, propuso á Motezuma que le diese la investidura y señorío de Tezcuco, pues ya no era capaz su hermano de volver á reinar, habiendo conspirado contra su príncipe : díjole « que no era seguro castigar por entónces » con pena de la vida á un delincuente de tanto séquito » cuando estaban conmovidos los ánimos de los nobles : » que privándole del reino le daba otro género de muerte » ménos ruidosa y de bastante severidad para el terror de » sus parciales : que aquel mozo tenía mejor natural; y » debiéndole ya la vida le deberia tambien la corona, y » quedaria más obligado á su obediencia por la oposicion » de su hermano; y últimamente que con esta demostra» cion daba el reino á quien debia suceder en él, y de» jaba en su sangre la dignidad de primer elector que » tanto suponia en el imperio. »

Agradó tanto á Motezuma este pensamiento de Cortés que lo comunicó luégo á su consejo, donde se alabó como benigna y justificada la resolucion, y autorizando los ministros el decreto real, fué desposeido Cacumatzin, segun la costumbre de aquella tierra, de todos sus honores, como

rebelde á su príncipe; y nombrado su hermano por sucesor del reino y voz electoral. Llamóle despues Motezuma, y en el acto de la investidura que tenía sus ceremonias y solemnidades, le hizo una oracion majestuosa en que redujo á pocas palabras todos los motivos que podian acrecentar el empeño de su fidelidad, y le dijo públicamente: « que habia tomado aquella determinacion por consejo de « Hernan Cortés; » dándole á conocer que le debia la corona. Puédese creer que ya lo sabria el interesado, porque no era tiempo de obscurecer los beneficios; pero es de reparar lo que cuidaba Motezuma de hacerle bien quisto, y de ganar los ánimos de los suyos á favor de los Españoles.

Partió luégo el nuevo rey á su corte, y fué recibido y coronado en ella con grandes aclamaciones y regocijos, celebrando todos su exaltacion con diferentes motivos: unos porque le amaban y sentian su persecucion : otros por la mala voluntad que tenian á Cacumatzin; y los más por dar á entender que aborrecian su delito. Tuvo notable aplauso en todo el imperio este género de castigo sin sangre que se atribuyó al superior juicio de los Españoles, porque no esperaban de Motezuma semejante moderacion; y fué de tanta consecuencia la misma novedad para el escarmiento, que los demas conjurados derramaron luégo sus tropas, y trataron de recurrir desarmados á la clemencia de su rey. Valiéronse de Cortés, y últimamente consiguieron por su medio el perdon, con que se deshizo aquella tempestad; y habiéndose levantado contra él, salió del peligro mejorado, parte por su industria, y parte porque le favorecieron los mismos accidentes; pues Motezuma le agradeció la quietud de su reino, se declaró por su hechura el mayor príncipe del imperio, y favoreciendo á los demas que intentaban destruirle, se halló con nuevo caudal de amigos y obligados.

CAPÍTULO III

Resuelve Motezuma despachar á Cortés respondiendo á su embajada: junta sus nobles, y dispone que sea reconocido el rey de España por sucesor de aquel imperio, determinando que se le dé la obediencia y pague tributo como á descendiente de su conquistador.

Sosegados aquellos rumores que llegaron á ocupar todo el cuidado, sintió Motezuma el ruido que deja en la imaginacion la memoria del peligro. Empezó á discurrir para consígo el estado en que se hallaba; parecióle que ya se detenian mucho los Españoles, y que habiéndose mirado como falta de libertad en él la benevolencia con que los trataba, debia familiarizarse ménos, y dar otro color á las exterioridades. Avergonzábase del pretexto que tomó Cacumatzin para su conjuracion, atribuyendo á falta de espíritu su benignidad, y alguna vez se acusaba de haber ocasionado aquella murmuracion : sentia la flaqueza de sú autoridad, cuyos celos andan siempre cerca de la corona, y ocupan el primer lugar entre las pasiones que mandan á los reyes. Temía que se volviesen á inquietar sus vasallos, y que saltasen nuevas centellas de aquel incendio recien apagado. Quisiera decir á Cortés que tratase de abreviar su jornada, y no hallaba camino decente de proponérselo; ni los recelos por ser especie de miedo, se confiesan con facilidad. Duró algunos dias en esta resolucion, y últimamente determinó que le convenía en todo caso despachar luégo á los Españoles, y quitar aquel tropiezo á la fidelidad de sus vasallos.

Dispuso la materia con noble sagacidad; porque ántes de comunicar su intento á Cortés, llevó prevenidas sus réplicas, saliendo á todos los motivos en que pudieran fundar su detencion. Aguardó que le viniese á visitar como solía : recibióle sin hacer novedad en el agrado, ni en el cumplimiento : introdujo la plática de su rey al modo que otras veces : ponderó cuanto le veneraba, y dejando traer su propuesta de la misma conversacion, le dijo : « que ha-

» bia discurrido en reconocerle de su propia voluntad el
» vasallage que se le debia, como á sucesor de Quezalcoal
» y dueño propietario de aquel imperio. » Así lo entendia, y en esto sólo habló con afectacion; pero no se trataba entónces de restituirle sus dominios, sino de apartar á Cortés y facilitar su despacho; á cuyo fin añadió : que
» pensaba convocar la nobleza de sus reinos, y hacer en
» su presencia este reconocimiento para que todos, á su
» imitacion, le diesen la obediencia y estableciesen el va-
» sallaje con alguna contribucion en que pensaba tam-
» bien darles ejemplo, pues tenía ya prevenidas diferentes
» joyas y preseas de mucho valor para cumplir por su
» parte con esta obligacion; y no dudaba que sus nobles
» acudirian á ella con lo mejor de sus riquezas, ni descon-
» fiaba de que se juntaria cantidad tan considerable que
» pudiese llegar sin desaire á la presencia de aquel prín-
» cipe, como primera demostracion del imperio meji-
» cano. »

Esta fué su proposicion, y en ella concedia de una vez todo lo que á su parecer podian atreverse á desear los Españoles, satisfaciendo á su ambicion y á su codicia para quitarles enteramente la razon de perseverar en su corte ántes de ordenarles que se retirasen. Y encubrió con tanta destreza el fin á que caminaba, que no lo conoció entónces Hernan Cortés; ántes le rindió las gracias de aquella liberalidad, sin extrañarla ni encarecerla, como quien aceptaba de parte de su rey lo que se le debia, y quedó sumamente gustoso de haber conseguido más de lo que parecia practicable, segun el estado presente de las cosas. Celebró despues con sus capitanes y soldados el servicio que harian al rey don Cárlos si conseguian qne se declarase por súbdito y tributario suyo un monarca tan poderoso : discurrió en las grandes riquezas con que podrian acompañar esta noticia para que no llegase desnuda la relacion y peligrase de increible. Y á la verdad no pensaba entónces apartarse de su empresa, ni le parecia dificultoso el mantenerse hasta que sabiendo en España el estado en que la tenía, se le ordenase lo que debia ejecutar : seguridad á que le pudo inducir lo que le favorecia Motezuma;

los amigos que iba ganando; la facilidad con que se le venian á las manos los sucesos, ó alguna causa de orígen superior que le dilataba el ánimo para que á vista de cuanto pudiera desear, no se acabasede componer con sus esperanzas.

Pero Motezuma que tiraba sus líneas á otro centro, y sabía resolver despacio y ejecutar sin dilacion, despachó luégo sus convocatorias á los caciques de su reino como se acostumbraba cuando se ofrecia negocio público en que hubiese de intervenir la nobleza, sin alargarse á los más distantes por abreviar el intento principal de aquella diligencia. Vinieron todos á Méjico dentro de pocos dias con el séquito que solian asistir en la corte, y tan numerosos, que hiciera ruido en el cuidado si se ignorára la ocasion y la costumbre. Juntólos Motezuma en el cuarto de su habitacion, y en presencia de Cortés que fué llamado á esta conferencia, y concurrió á ella con sus intérpretes y algunos de sus capitanes, les hizo un razonamiento en que dió los motivos y facilitó la dureza de aquella notable resolucion. Bernal Diaz del Castillo dice que hubo dos juntas, y que no asistió Cortés á la primera : pudo ser alguna de sus equivocaciones, porque no lo callaria el mismo Hernan Cortés en la segunda relacion de su jornada; y cuando se trataba de satisfacerle y confiarle, no era tiempo de juntas reservadas.

Fué de grande aparato y autoridad esta funcion, porque asistieron tambien á ella los nobles y ministros que residian en la corte; y Motezuma despues de haberlos mirado una y dos veces con agradable majestad, empezó su oracion haciéndolos benévolos y atentos con ponerles delante : « cuánto los amaba, y cuánto le debian. Acordóles » que tenían de su mano todas las riquezas y dignidades » que poseian; y sacó por ilacion de este principio,la obli- » gacion en que se hallaban de creer que no les propon- » dria materia que no fuese de su mayor conveniencia » despues de haberla premeditado con madura delibera- » cion, consultando á sus dioses el acierto, y tenido seña- » les evidentes de que hacía su voluntad. »

Afectaba muchas veces estas vislumbres de inspiracion

para dar algo de divinidad á sus resoluciones, y entónces le creyeron, porque no era novedad que le favoreciese con sus respuestas el demonio. Asentada esta reconvencion y este misterio, refirió con brevedad « el orígen del imperio » mejicano, la expedicion de los Nabatlacas, las hazañas » prodigiosas de Quezalcoal, su primer emperador, y lo » que dejó profetizado cuando se apartó á las conquistas » del Oriente, previniendo con impulso del cielo que ha- » bian de volver á reinar en aquella tierra sus descendien- » tes. Tocó despues como punto indubitable : que el rey » de los Españoles que dominaba en aquellas regiones » orientales, era legítimo sucesor del mismo Quezalcoal. » Y añadió : que siendó él monarca, de quien habia de » proceder aquel príncipe tan deseado entre los Mejica- » nos, y tan prometido en los oráculos y profecías que » veneraba su nacion, debian todos reconocer en su per- » sona este derecho hereditario, dando á su sangre lo que » á falta de ella se introdujo en eleccion : que si hubiera » venido entónces personalmente, como envió sus emba- » jadores, era tan amigo de la razon, y amaba tanto á sus » vasallos, que por su mayor felicidad sería el primero en » desnudarse de la dignidad que poseía, rindiendo á sus » pies la corona, fuese para dejarla en sus sienes, ó para » recibirla de su mano. Pero que debiendo á los dioses la » buena fortuna de que hubiese llegado en su tiempo no- » ticia tan deseada, queria ser el primero en manifestarla » prontitud de su ánimo; y habia discurrido en ofrecerle » desde luégo su obediencia, y hacerle algun servicio con- » siderable. Á cuyo fin tenía destinadas las joyas más » preciosas de su tesoro, y queria que sus nobles le imita- » sen, no sólo en hacer el mismo reconocimiento, sino en » acompañarle con alguna contribucion de sus riquezas » para que siendo mayor el servicio, llegase más decoroso » á los ojos de aquel príncipe. »

En esta sustancia concluyó Motezuma su razonamiento, aunque no de una vez; porque á despecho de lo que se procuró esforzar en este acto, cuando llegó á pronunciarse vasallo de otro rey, le hizo tal disonancia esta proposicion, que se detuvo un rato sin hallar las palabras con que ha-

bia de formar la razon; y al acabarla se enterneció tan declaradamente, que se vieron algunas lágrimas discurrir por su rostro, como lloradas contra la voluntad de los ojos. Y los Mejicanos, conociendo su turbacion, y la causa de que procedia, empezaron tambien á enternecerse prorrumpiendo eu sollozos ménos recatados, y deseando al parecer con algo de lisonja que hiciese ruido su fidelidad. Fué necessario que Cortés pidiese licencia de hablar y alentase á Motezuma diciendo: « que no era el ánimo de su » rey desposeerle de su dignidad, ni trataba de que se hi» ciese novedad en sus dominios, porque sólo querria que » se aclarase por entónces su derecho á favor de sus des» cendientes, respecto de hallarse tan distante de aquellas » regiones, y tan ocupado en otras conquistas, que no » podria llegar en muchos años el caso en que hablaban » sus tradiciones y profecías » con cuyo desahogo cobró aliento, volvió á serenar el semblante, y acabó su oracion como se ha referido.

Quedaron los Mejicano atónitos ó confusos de oir semejante resolucion, extrañándola como desproporcionada ó ménos decente á la majestad de un príncipe tan grande y tan celoso de su dominacion. Miráronse unos á otros sin atreverse á replicar, ni á conceder, dudando en qué se ajustarian más á su intencion; y duró este silencio reverente hasta que tomó la mano el primero de sus magistrados; y con mejor conocimiento de su dictámen respondió por los demas: « que todos los nobles que con» currian en aquella junta le respetaban como á su rey y » señor natural, y estarian prontos á obedecer lo que pro» ponia por su benignidad y mandaba con su ejemplo, » porque no dudaban que lo tendria bien discurrido y con» sultado con el cielo, ni tenian instrumento más sagrado » que el de su voz para entender la voluntad de los dio» ses: » concurrieron todos en el mismo sentir, y Hernan Cortés cuando llegó el caso de significar su agradecimiento, fué dictando á sus intérpretes otra oracion no ménos artificiosa, en que dió las gracias á Motezuma y á todos los circunstantes de aquella demostracion, aceptando en nombre de su rey el servicio, y midiendo sus ponderaciones

con la máxima de no extrañar mucho que asistiesen á su obligacion; al modo que se recibe la deuda, y se agradece la puntualidad en el deudor.

Pero no bastaron aquellas lágrimas de Motezuma para que recelase Cortés entónces de su liberalidad, ni conociese que se trataba de su despacho final, en que se dejó llevar del primer sonido con alguna disculpa; porque donde halló introducida como verdad infalible aquella notable aprension de los descendientes de Quezalcoal, y temian á su rey indubitablemente por uno de ellos, no le pareceria tan irregular esta demostracion, que se debiese mirar como afectada ó sospechosa. Sobre cuyo presupuesto pudo tambien atribuir el llanto de Motezuma, y aquella congoja con que llegó á pronunciar las cláusulas del vasallaje, á la misma violencia con que se desprende la corona y se mide la suma distancia que hay entre la soberanía y la sujecion: caso verdaderamente de aquellos en que puede faltar el ánimo con algo de magnanimidad. Pero se debe creer que Motezuma, por más que mirase al rey de España como legítimo sucesor de aquel imperio, no tuvo intento de cumplir lo que ofrecia. Su mira fué deshacerse de los Españoles y tomar tiempo para entenderse despues con su ambicion, sin hacer mucho caso de su palabra; y no estaria fuera de su centro entre aquellos reyes bárbaros la simulacion; cuya indignidad, bastante á manchar el pundonor de un hombre particular, pusieron otros bárbaros estadistas entre las artes necesarias del reinar.

Desde aquel dia, como quiera que fuese, quedó reconocido el emperador Cárlos V, por señor del imperio mejicano, legítimo y hereditario en el sentir de aquella gente; y en la verdad destinado por el cielo á mejor posesion de aquella corona, sobre cuya resolucion se formó público instrumento con todas las solemnidades que parecieron necesarias, segun el estilo de los homenajes que solian prestar á sus reyes, dando este allanamiento de príncipe y vasallos, poco más que el nombre de rey, al emperador; y siendo una como insinuacion misteriosa del título que se debió despues al derecho de las armas sobre justa provocacion, como lo veremos en su lugar, circunstancia particu-

lar que concurrió en la conquista de Méjico para mayor justificacion de aquel dominio sobre las demas consideraciones generales, que no sólo hicieran lícita la guerra en otras partes, sino legítima y razonable, siempre que se puso en términos de medio necesario para la introduccion del Evangelio.

CAPÍTULO IV

Entra en poder de Hernan Cortés el oro y joyas que se juntaron de aquellos presentes : dícele Motezuma con resolucion que trate de su jornada, y él procura dilatarla sin replicarle; al mismo tiempo que se tiene aviso de que han llegado navíos españoles á la costa.

No se descuidó Motezuma en acercarse como pudo al fin que deseaba, resuelto á ganar las horas en el despacho de los Españoles, y ya violento en aquel género de sujecion que se hallaba obligado á conservar, porque no dejase de parecer voluntaria. Entregó con este cuidado á Cortés el presente que tenía prevenido, y se componia de varias curiosidades de oro con alguna pedrería; unas de las que usaba en el adorno de su persona, y otras de las que se guardaban por grandeza y servian á la ostentacion : diferentes piezas del mismo género y metal en figura de animales, aves y pescados, en que se miraba como segunda riqueza el artificio : cantidad de aquellas piedras que llamaban chalcuís, parecidas en el color á las esmeraldas, y en la vana estimacion á nuestros diamantes; y algunas pinturas de pluma, cuyos colores naturales, ó imitaban mejor, ó tenian ménos que fingir en la imitacion de la naturaleza : dádiva de ánimo real que se hallaba oprimido y trataba de poner en precio su libertad.

Siguiéronse á esta demostracion los presentes de los nobles que venian con título de contribucion, y se redujeron á piezas de oro y otras preseas de la misma calidad, en que se compitieron unos á otros con deseo, al parecer, de sobresalir en la obediencia de su rey, y mezclando esta su-

bordinacion con algo de propia vanidad. Todo venía dirigido á Motezuma, y pasaba con recado suyo al cuarto de Cortés. Nombráronse contador y tesorero para que se llevase la razon de lo que se iba recibiendo; y se juntó en breves dias tanta cantidad de oro, que reservando las joyas y piezas de primor, y habiéndose fundido lo demas, se hallaron seiscientos mil pesos reducidos á barras de buena ley, de cuya suma se apartó el quinto para el rey, y del resíduo, segundo quinto para Hernan Cortés, con beneplácito de su gente y cargo de acudir á las necesidades públicas del ejército. Separó tambien la cantidad en que estaba empeñado para satisfacer la deuda de Diego Velázquez, y lo que le prestaron sus amigos en la isla de Cuba; y lo demas se repartió entre los capitanes y soldados, comprendiendo á los que se hallaban en la Vera-Cruz.

Diéronse iguales porciones á los que tenian ocupacion; pero entre los de plaza sencilla hubo alguna diferencia, porque fueron mejor remunerados los de mayores servicios; ó ménos inquietos en los rumores antecedentes: peligrosa equidad en que hace agraviados el premio y quejosos la comparacion. Hubo murmuraciones y palabras atrevidas contra Hernan Cortés y contra los capitanes; porque al ver tanta riqueza junta, querian igual recompensa los que merecian ménos, y no era posible llenar su codicia, ni conviniera fundar en razon la desigualdad.

Bernal Diaz del Castillo discurre con indecencia en este punto; y gasta demasiado papel en ponderar y encarecer lo que padecieron los pobres soldados en este repartimiento, hasta referir como donaire y discrecion lo que dijo ésto ó aquél en los corrillos [1].

Habla más como pobre soldado que como historiador; y Antonio de Herrera le sigue con descuidada seguridad, siendo en la historia igual prevaricacion decir de paso lo que se debe ponderar y detenerse mucho en lo que se pudiera omitir. Pero uno y otro asientan que se quietó este

1. No es esa, efectivamente, la ocasion en que Bernal se hace más recomendable á sus lectores.

desabrimiento de los soldados, repartiendo Cortés del oro que le habia tocado lo que fué necesario para satisfacer á los quejosos, y alaban despues su liberalidad y desinterés, deshaciendo en vez de borrar lo que sobra en su narracion.

Motezuma, luégo que por su parte y la de sus nobles se dió cumplimiento al servicio que se ofreció en la junta, hizo llamar á Cortés, y con alguna severidad fuera de su costumbre, le dijo : « que ya era razon que tratase de su » jornada, pues se hallaba enteramente despachado; y » que habiendo cesado todos los motivos ó pretextos de » su detencion, y conseguido en obsequio de su rey tan » favorable respuesta de su embajada, ni sus vasallos » dejarian de presumir intentos mayores si le viesen perse- » verar en su corte voluntariamente, ni él podria estar de » su parte cuando no estaba de su parte la razon. » Esta breve insinuacion de su ánimo, dicha en términos de amenaza y con señas de resolucion premeditada, hizo tanta novedad á Cortés que tardó en socorrerse de su discrecion para la respuesta; y conociendo entónces el artificio de aquellas liberalidades y favores de la junta pasada, tuvo primeros movimientos de replicarle con alguna entereza, valiéndose del genio superior con que le dominaba; y fuese con este fin, ó porque llegó á recelar viéndole tan sobre sí que traeria guardadas las espaldas, ordenó recatadamente á uno de sus capitanes que hiciese tomar las armas á los soldados, y los tuviese prontos para lo que se ofreciese. Pero entrando en mejor consejo, se determinó á condescender por entónces con su voluntad; y para dar motivo á la detencion de la respuesta, disculpó cortesanamente lo que se habia embarazado, viéndole ménos agradable cuando era tan puesto en razon lo que ordenaba. Díjole : « que trataria luégo de abreviar su viage : » que ya traía entre las manos las prevenciones de que » necesitaba; y que deseando ejecutarlo sin dilacion, ha- » bia discurrido en pedirle licencia para que se fabricasen » algunos bajeles capaces de tan larga navegacion, por » haberse perdido, como sabia, los que le condujeron á » sus costas. » Con que dejó introducida y pendiente su

obediencia, satisfaciendo al empeño en que se hallaba, y dando tiempo á la resolucion [1].

Dicen que tuvo Motezuma prevenidos cincuenta mil hombres para este lance; y que vino con determinacion de hacerse obedecer, valiéndose de la fuerza si fuese necesario; y es cierto que temió la réplica de Cortés, y que deseaba excusar el rompimiento, porque le abrazó con particular afecto, estimando su respuesta como quien no la esperaba. Obligóse de que le quitase la ocasion de irritarse contra él. Amábale con un género de voluntad que tenía parte de inclinacion y parte de respeto; y bien hallado con su mismo desenojo le dijo : « que no era su in-
» tento apresurase su jornada sin darle medios para que
» la ejecutase : que se dispondria luégo la fábrica de los
» bajeles, y entretanto no tenía que hacer novedad ni apar-
» tarse de su lado, pues bastaria para la satisfaccion de sus
» dioses y quietud de sus vasallos, aquella prontitud con
» que se trataba de obedecer á los unos y complacer á los
» otros. » Fatigábale aquellos dias el demonio con horribles amenazas, dando voz ó semejanza de voz á los ídolos para irritarle contra los Españoles. Congojábanle tambien los nuevos rumores que se iban encendiendo entre los suyos por haberse recibido mal que se hiciese tributario de otro príncipe, mirando aquella desautoridad suya como nuevo gravámen que bajaria con el tiempo á los hombros de sus vasallos. De suerte que se hallaba combatido por una parte de la política, y por otra de la religion; y fué mucho que se determinase á dar esta permision á Cortés, por ser observantísimo con sus dioses, y no ménos supersticioso con el ídolo de su conservacion.

Diéronse luégo las órdenes para la fábrica de los bajeles. Publicóse la jornada, y Motezuma hizo pregonar que acudiesen á la costa de Ulúa todos los carpinteros del contorno, señalando les parajes donde se podria cortar la madera, y los lugares que habian de contribuir con Indios

1. Esta narracion la copió Solís de las décadas de Herrera; pero Cortés nada dice en sus relaciones al rey ; y ciertamente no hubiera omitido en ellas un hecho tan importante, y digámoslo así, diplomático, si hubiese sido cierto.

de carga para que la condujesen al astillero. Hernan Cortés por su parte afectó las exterioridades de obediente. Despachó luégo á los maestros y oficiales que fabricaron los bergantines, conocidos ya entre los Mejicanos. Discurrió públicamente con ellos porte y calidad de los bajeles, ordenándoles que se aprovechasen del hierro, jarcias y velámen de los que se barrenaron; y todo era tratar del viage como si le tuviera resuelto; con que adormeció las inquietudes que se iban forjando, y se aseguró en la confianza de Motezuma.

Pero al tiempo de partir esta gente á la Vera-Cruz habló reservadamente á Martin Lopez, vizcaino de nacion, que iba por cabo principal; y siendo maestro consumado en este género de fábricas, sabia cumplir mejor con la profesion de soldado. Encargóle « que se fuese poco á poco en » la formacion de los bajeles, y procurase alargar la obra » cuanto pudiese con tal artificio que se consiguiese la tar- » danza sin que pareciese dilacion. » Era su fin conservarse con este color en aquella corte, y hacer lugar para que pudiesen volver de España sus comisarios Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo, con esperanza de que le trajesen algun socorro de gente, ó por lo ménos el despacho y órdenes de que necesitaba para la direccion de su empresa, porque siempre tuvo firme resolucion de proseguirla. Y caso que le arrojase de Méjico la última necesidad, pensaba esperarlos en la Vera-Cruz, y mantenerse al abrigo de aquella fortificacion, valiéndose de las naciones amigas para resistir á los Mejicanos : admirable constancia, que no sólo duraba entre las dificultades presentes, pero se prevenia para no descaecer en las contingencias.

Sobrevino dentro de pocos dias otro accidente que descompuso estas disposiciones, llamando la prudencia y el valor á nuevo cuidado. Tuvo noticia Motezuma de que andaban en la costa de Ulúa diez y ocho navíos extranjeros, y los ministros de aquel paraje se los enviaron pintados en aquellos lienzos que hacian el oficio de las cartas, con las señas de la gente que se habia dejado ver en ellos, y algunos caractéres en que venia significado lo que se podria recelar de sus intentos, siendo Españoles al parecer, y lle-

gando en ocasion que se trataba de aviar á los que residian en su corte. Diésele ó no cuidado esta representacion de sus gobernadores, lo que resultó de ella fué llamar luégo á Cortés, ponerle delante la pintura, y decirle: « que ya no sería necesaria la prevencion que se hacia » para su jornada, pues habian llegado á la costa bajeles » de su nacion en que podria ejecutarla. » Miró Cortés la pintura con más atencion que sobresalto; y aunque no entendió los caractéres que la especificaban, conoció en el traje de la gente, porte y hechura de los navíos, lo bastante para no dudar que fuesen Españoles. Su primer movimiento fué alegrarse, teniendo por cierto que habrian llegado sus procuradores, y fingiéndose grandes socorros en tanto númuero de bajeles. Vase con facilidad la imaginacion á lo que se desea, y no se persuadió entónces á que pudiese venir contra él armada tan poderosa; porque discurria noblemente segun la llaneza de su proceder; y las sinrazones ocurren tarde á los bien intencionados. Su respuesta fué: « que se partiria luégo si aquellos navíos estuvie» sen de vuelta para los dominios de su rey. » Y no extrañando que hubiese llegado primero á su noticia esta novedad, porque sabia la incesable diligencia de sus correos, añadió: « que no podia tardar el aviso de los Españoles » que asistian en Zempoala, por cuyo medio se sabrian con » fundamento la derrota y designios de aquella gente, y » se veria si era necesario proseguir en la fábrica de los » bajeles, ó posible adelantar sin ellos su viage. » Aprobó Motezuma este reparo, agradeciendo la prontitud y conociendo la razon. Pero tardaron poco en llegar las cartas de la Vera-Cruz, en que avisaba Gonzalo de Sandoval: « que » aquellos bajeles eran de Diego Velázquez, y venian en » ellos ochocientos Españoles contra Hernan Cortés y su » conquista; » cuyo golpe no esperado recibió en presencia de Motezuma, y necesitó de todo su aliento para encubrir su turbacion. Hallóse con el peligro donde aguardaba el socorro. La ocasion era terrible: angustias por todas partes: desconfianzas en Méjico y enemigos en la costa. Pero haciendo lo que pudo para componer el semblante con la respiracion, negó su cuidado á Motezuma, endulzó

la noticia entre los suyos, y se retiró despues á desapasionar el discurso para que se diese con libertad á las diligencias del remedio.

CAPÍTULO V.

Refiérense las nuevas prevenciones que hizo Diego Velázquez para destruir á Hernan Cortés: el ejército y armada que envió contra él á cargo de Pánfilo de Narbaez: su arribo á las costas de Nueva España; y su primer intento de reducir á los Españoles de la Vera-Cruz.

Dejamos á Diejo Velázquez envuelto en sus desconfianzas, impaciente de que se hubiesen malogrado los esfuerzos que hizo para detener á Hernan Cortés, y desacreditando con nombre de traicion la fuga que ocasionaron sus violencias para disponer su venganza con título de remedio. Recibió las cartas del licenciado Benito Martin, su capellan, con nombramiento de adelantado por el rey, no sólo de aquella isla, sino de las tierras que se descubriesen y conquistasen por su inteligencia. Dábale noticia de la gratitud, ó fuese agradecimiento, con que le defendia y patrocinaba el presidente de las Indias, obispo de Búrgos, desfavoreciendo por este respeto á los procuradores de Cortés. Pero al mismo tiempo le avisaba de la benignidad con que los oyó el emperador en Tordesillas; del ruido que habian hecho en España las riquezas que llevaron, y del concepto grande con que se hablaba ya en aquella conquista, dándola el primer lugar entre las antecedentes.

Entró con el nuevo dictado en mayores pensamientos. Diéronle osadía y presuncion los favores del presidente, y como crecen con el poder las pasiones humanas, ó es propiedad en ellas el mandar más, en los más poderosos, miró su ofensa con otro género de irritacion más empeñada ó con otra especie de superioridad que le desfiguraba la envidia con el traje de justificacion. Afligian y precipitaban su paciencia los aplausos de Cortés, y aunque no le pesaba

de ver tan adelantada la conquista, porque las obligaciones de su sangre dejaban siempre su lugar al servicio del rey, no podia sufrir que se llevase otro las gracias que á su parecer se le debian, tan vanaglorioso en el aprecio de la parte que tuvo en la primera disposicion de aquella jornada, que se atribuia, sin otro fundamento, el renombre de conquistador; y tan dueño en su estimacion de toda la empresa, que le parecian suyas hasta las hazañas con que se habia conseguido.

Con estos motivos y con esta destemplanza de aprensiones trató luégo de formar armada y ejército con que destruir á Hernan Cortés y á cuantos le seguian : compró bajeles, alistó soldados, y discurrió personalmente por toda la isla, visitando las estancias de los Españoles, y animándolos á la faccion. Poníales delante la obligacion que tenian de asistir á su desagravio : partia con ellos anticipadamente las grandes riquezas de aquella conquista, usurpadas entónces (asi lo decia) por unos rebeldes mal aconsejados que salieron de Cuba fugitivos para no dejar en duda su falta de valor; con cuyas esperanzas y algunos socorros, en que gastó mucha parte de su caudal, juntó en breves dias un ejército. que allí se pudo llamar formidable por el número y calidad de la gente. Constaba de ochocientos infantes españoles, ochenta caballos y diez ó doce piezas de artillería, con abundante provision de bastimentos, armas y municiones. Nombró por cabo principal á Pánfilo de Narbaez, natural de Valladolid, sujeto capaz, y en aquella isla de la primera estimacion, aunque amigo de sus opiniones, y de alguna dureza en los dictámenes. Dióle título de teniente suyo, nombrándose gobernador, cuando ménos, de la Nueva España.

Dióle tambien instruccion secreta en que le ordenaba : « « que procurase prender á Cortés; y se le remitiese con » buena guardia para que recibiese de su mano el castigo » que merecia : que hiciese lo mismo con la gente princi» pal que le seguia si no se redujesen á dejar su partido, » y que tomase posesion en su nombre de todo lo con» quistado, adjudicándolo al distrito de su adelanta» miento ; » sin detenerse mucho á discurrir en los acciden-

tes que se le podian ofrecer, porque á vista de tan ventajosas fuerzas, le parecia fácil de conseguir cuanto le proponia su deseo y la confianza; vicio familiar de ingenios apasionados que ó mira desde léjos los peligros, ó no conoce, hasta que las padece, las dificultades.

Tuvieron aviso de este movimiento y prevenciones los religiosos de San Gérónimo que presidian á la real audiencia de Santo Domingo, con suprema jurisdiccion sobre las otras islas; y previniendo los inconvenientes que podian resultar de tan ruidosa competencia, enviaron al licenciado Lúcas Vázquez de Ayllon, juez de la misma real audiencia, para que procurase poner en razon á Diego Velázquez : y no bastando los medios suaves le intimase las órdenes que llevaba, mandándole con graves penas que desarmase la gente, deshiciese la armada, y no perturbase ó pusiese impedimento á la conquista en que estaba entendiendo Hernan Cortés, so color de pertenecerle por cualquiera razon ó pretexto que fuese; y dado que tuviese alguna querella contra su persona, ó algun derecho sobre la tierra que andaba pacificando, acudiese á los tribunales del rey, donde tendria segura, por los términos regulares, su justicia.

Llegó este ministro á la isla de Cuba cuando ya estaba prevenida la armada, que se componia de once navíos de alto bordo, y siete poco más que bergantines, unos y otros de buena calidad; y Diego Velázquez andaba muy solícito en adelantar la embarcacion de la gente. Procuró reducirle sirviéndose amigablemente de cuantas razones le ocurrieron para detenerle y confiarle. Dióle á conocer « lo que aventuraba si se pusiese Cortés en resistencia, in- » teresados ya en defender sus mismas utilidades los solda- » dos que le seguian : el daño que podria resultar de que » viesen aquellos Indios belicosos y recien conquistados » una guerra civil entre los Españoles; que si por esta de- » sunion se perdiese una conquista, de que ya se hacía » tanta estimacion en España, peligraria su crédito en un » cargo de mala calidad, sin que le pudiesen defender los » que más le favorecian. » Púsose de parte de su justicia » para persuadirle á que la pidiese, donde se miraria con

diferente atencion, si no la desacreditase con aquella violencia. Y ultimamente, viendole incapaz de consejo porque le parecia impracticable todo lo que no fuese destruir á Hernan Cortes, pasó á lo judicial, manifestó las órdenes, y se las hizo notificar por un escribano que llevaba prevenido, acompañándolas con diferentes requerimientos y protestas; pero nada bastó á detener su resolucion, porque sonaba tanto en su concepto el título de adelantado, que dió muestras de no reconocer superior en su distrito, y se quedó en su obstinacion hecha ya porfía la inobediencia. Disimuló el oidor algunos desacatos, sin atreverse á contradecirle derechamente por no hacer mayor su precipicio; y viendo que trataba de abreviar la embarcacion de la gente, fingió deseo de ver aquella tierra tan encarecida, y se ofreció á seguir el viaje con apariencias de curiosidad, á que salió fácilmente Diego Velázquez porque llegase más tarde á la isla de Santo Domingo la noticia de su atrevimiento, y él consiguió el embarcarse con gusto y estimacion de todos: resolucion que, bien fuese de su dictámen ó procediese de su instruccion, pareció bien discurrida y conveniente para estorbar el rompimiento de aquellos Españoles. Persuadióse con bastante probabilidad á que sería más fácil de conseguir léjos de Diego Velázquez la obediencia de las órdenes, ó tendria diferente autoridad su mediacion con Pánfilo de Narbez, y aunque fué su asistencia de nuevo inconveniente, como lo veremos despues, no por eso dejaron de merecer alabanza su celo y su discurso: que los sucesos por el mismo caso que se apartan muchas veces de los medios proporcionados, no pueden quitar el nombre al acierto de las resoluciones. Embarcóse tambien Andres de Duero, aquel secretario de Velázquez que favoreció tanto á Cortés en los principios de su fortuna. Dicen unos qne se ofreció á esta jornada por disfrutar sus riquezas acordando el beneficio; y otros que fué su intencion mediar con Narbaez y embarazar, en cuanto pudiese, la ruina de su amigo; á cuyo sentir nos aplicaremos ántes que al primero, por no estar bien con los historiadores que se precian de tener mal inclinadas las conjeturas.

Hiciéronse á la vela, y favoreciéndolos el viento se ha-

llaron en breves dias á vista de la tierra que buscaban. Surgió la armada en el puerto de Ulúa, y Pánfilo de Narbaez echó algunos soldados en tierra para que tomasen lengua y reconociesen las poblaciones vecinas. Hallaron éstos á poca diligencia dos ó tres Españoles que andaban desmandados por aquel paraje. Lleváronlos á la presencia de su capitan; y ellos, ó temerosos de alguna violencia, ó inclinados á la novedad, le informaron de todo lo que pasaba en Méjico y en la Vera-Cruz, buscando su lisonja en el descrédito de Cortés : sobre cuya noticia fué lo primero que resolvió tratar con Gonzalo de Sandoval que le rindiese aquella fortaleza de su cargo, manteniéndola por él, ó la desmantelase, pasándose á su ejército con la gente de la guarnicion. Encargó esta negociacion á un clérigo que llevaba consígo, llamado Juan Ruiz de Guevara, hombre de condicion ménos reprimida que pedia el sacerdocio. Fueron con él tres soldados que sirviesen de testigos, y un escribano real, por si fuese necesario llegar á términos de notificacion. Tenía Gonzalo de Sandoval sus centinelas á trechos para que observasen los movimientos de la armada, y se fuesen unas á otras, por cuyo medio supo que venian mucho ántes que llegasen; y con certidumbre de que no los seguia mayor número de gente, mandó abrir las puertas de la villa, y se retiró á esperarlos en su posada. Llegaron ellos no sin alguna presuncion de que serian bien admitidos; y el clérigo, despues de las primeras urbanida des, y haber puesto en manos de Sandoval su carta de creencia, le dió noticia de las fuerzas con que venia Pánfilo de Narbaez á tomar satisfaccion por Diego Velázquez de la ofensa que le hizo Hernan Cortés en apartarse de su obediencia, siendo suya enteramente la conquista de aquella tierra, por haberse intentado de su órden y á su costa. Hizo su proposicion como punto sin dificultad en que sobraban los motivos; y esperó gracias de venirle á buscar con un partido ventajoso, donde se habian juntado la fuerza y la razon. Respondióle Gonzalo de Sandoval con alguna destemplanza, mal escondida en el sosiego exterior : « que Pánfilo de Narbaez era su amigo, y tan atento va- » sallo de su rey, que sólo desearia lo que fuese más con-

» veniente á su servicio : que la ocurrencia de las cosas y » el mismo estado en que se hallaba la conquista pedian » que se uniesen sus fuerzas con las de Cortés, y le ayu» dasen á perfeccionar lo que tenía tan adelantado, tra» tándose primero de la primera obligacion, pues no se » hizo el tribunal de las armas para querellas de particu» lares; pero que dado caso que anteponiendo el interes » ó la venganza de su amigo se arrojase á intentar alguna » violencia contra Hernan Cortés, tuviese desde luégo en» tendido que asi él como todos los soldados de aquella » plaza querrian ántes morir á su lado, que concurrir á » semejante desalumbramiento. »

Sintió el clérigo, como golpe improviso, esta repulsa; y más acostumbrado á dejarse llevar que á reprimir su natural, prorrumpió en injurias y amenazas contra Hernan Cortés, llamándole traidor, y alargándose á decir que lo serian Gonzalo de Sandoval, y cuantos le siguiesen. Procuraron unos y otros moderarle y contenerle acordándole su dignidad, para que supiese á lo ménos la razon por qué le sufrian; pero él, levantando la voz sin mudar el estilo, mandó al escribano : « que hiciese notorias las órdenes que » llevaba para que supiesen todos que habian de obedecer » á Narbaez, pena de la vida; » y no pudo lograr esta diligencia porque la embarazó Gonzalo de Sandoval, diciendo al escribano que le haria poner en una horca si se atreviese á notificarle órdenes que no fuesen del rey. Crecieron tanto las voces y los desacatos, que los mandó llevar presos no sin alguna impaciencia. Pero considerando poco despues el daño que podrian hacer si volviesen irritados á la presencia de Narbaez, resolvió enviarlos á Méjico para que se asegurase de ellos Hernan Cortés, ó procurase reducirlos; y lo ejecutó sin delacion, haciendo prevenir Indios de carga que los llevasen aprisionados sobre sus hombros en aquel género de andas que les servian de literas. Fué con ellos por cabo de la guardia un Español de su confianza que se llamaba Pedro de Solís : encargóle que no se les hiciese molestia ni mal tratamiento en el camino : despachó correo adelantando á Cortés esta noticia, y trató de prevenir su gente y convocar los Indios

amigos para la defensa de su plaza, disponiendo cuanto le tocaba, como advertido y cuidadoso capitan.

CAPÍTULO VI

Discursos y prevenciones de Hernan Cortés en órden á excusar el rompimiento; introduce tratados de paz: no los admite Narbaez; ántes publica la guerra, y prende al licenciado Lúcas Vázquez de Ayllon.

De todas estas particularidades iba teniendo Hernan Cortés frecuentes avisos que hicieron evidencia su recelo; y poco despues supo que habia tomado tierra Pánfilo de Narbaez, y marchaba con su ejército en órden la vuelta de Zempoala. Padeció mucho aquellos dias con su mismo discurso, vario en los medios y perspicaz en los inconvenientes. No hallaba partido en que no quedase mal satisfecho su cuidado. Buscar á Narbaez en la campaña con fuerzas tan desiguales era temeridad, particularmente cuando se hallaba obligado à dejar en Méjico parte de su gente para cubrir el cuartel, defender el tesoro adquirido, y conservar aquel género de guardia en que se dejaba estar Motezuma. Esperar á su enemigo en la ciudad era revolver los humores sediciosos de que adolecian ya los Mejicanos, darles ocasion para que se armasen con pretexto de la propia defensa, y tener otro peligro á las espaldas: introducir pláticas de paz con Narbaez y solicitar la union de aquellas fuerzas, siendo lo más conveniente, le pareció lo más dificultoso, por conocer la dureza de su condicion y no hallar camino de reducirle, aunque se rindiese á rogarle con su amistad; á que no se determinaba por ser el ruego poco feliz con los porfiados, y en proposiciones de paz desairado medianero. Poníasele delante la perdicion total de su conquista, el malogro de aquellos grandes principios, la causa de la religion desatendida, el servicio del rey atropellado; y era su mayor congoja el hallarse obligado á fingir seguridad y desahogo, trayendo en el rostro la quietud, y dejando en el pecho la tempestad.

A Motezuma decia que aquellos Españoles eran vasallos de su rey que traerian segunda embajada en prosecucion de la primera : que venian con ejército por costumbre de su nacion : que procuraria disponer que se volviesen, y se volveria con ellos pues se hallaba ya despachado, sin que hubiese dejado su grandeza que desear á los que venian de nuevo con la misma proposicion. A sus soldados animaba con varios presupuestos, cuya falencia conocia. Decíales que Narbaez era su amigo, y hombre de tantas obligaciones y de tan buena capacidad, que no dejaria de inclinarse á la razon, anteponiendo el servicio de Dios y del rey á los intereses de un particular : que Diego Velázquez habia despoblado la isla de Cuba para disponer su venganza, y á su parecer les enviaba un socorro de gente con que proseguir su conquista : porque no desconfiaba de que se hiciesen compañeros los que venian como enemigos. Con sus capitanes andaba ménos recatado ; comunicábales parte de sus recelos, discurria como de prevencion en los accidentes que se podian ofrecer; ponderaba la poca milicia de Narbaez, la mala calidad de su gente, la injusticia de su causa, y otros motivos de consuelo en que trabajaba tambien su disimulacion, dándoles en la verdad más esperanzas que tenía.

Pidióles finalmente su parecer, como lo acostumbraba en casos de semejante consecuencia, y disponiendo que le aconsejasen lo que tenía por mejor, resolvió tentar primero el camino de la paz, y hacer tales partidos á Narbaez, que no se pudiese negar á ellos sin cargar sobre sí los inconvenientes del rompimiento. Pero al mismo tiempo hizo algunas prevenciones para cumplir con su actividad. Avisó á sus amigos los de Tlascala que le tuviesen prontos hasta seis mil hombres de guerra para una faccion en que sería posible haberlos menester. Ordenó al cabo de tres ó cuatro soldados españoles que andaban en la provincia de Chinantla descubriendo las minas de aquel paraje, que procurase disponer con los caciques una leva de otros dos mil hombres, y que los tuviese prevenidos para marchar con ellos al primer aviso. Eran les Chinantecas enemigos de los Mejicanos, y se habian declarádo con grande afecto

por los Españoles, y enviado secretamente á dar la obediencia; gente valerosa y guerrera, que le pareció tambien á propósito para reforzar su ejército; y acordándose de haber oido alabar las picas ó lanzas de que usaban en sus guerras, por ser de vara consistente y de mayor alcance que las nuestras, dispuso que le trajesen luégo trescientas para repartirlas entre sus soldados, y las hizo armar con puntas de cobre templado que suplia bastantemente la falta del hierro : prevencion que adelantó á las demas porque le daba cuidado la caballeria de Narbaez, y porque hubiese tiempo de imponer en el manejo de ellas á los Españoles.

Llegó entretanto Pedro de Solís con los presos que remitia Gonzalo de Sandoval : avisó á Cortès, y esperó su órden ántes de entrar en la laguna. Pero él que ya los aguardaba por la noticia que vino delante, salió á recibirlos con más que ordinario acompañamiento. Mandó que les quitasen las prisiones : abrazólos con grande humanidad, y al licenciado Guevara primera y segunda vez con mayor agasajo. Díjole : « que castigaria á Gonzalo de San- » doval la desatencion de no respetar como debia su per- » sona y dignidad. Llevóle á su cuarto, dióle su mesa, y le significó algunas veces con bien adornada exterioridad « cuánto celebraba la dicha de tener á Pánfilo de Nar- » baez en aquella tierra, por lo que se prometia de su » amistad y antiguas obligaciones. » Cuidó de que anduviesen delante de él alegres y animosos los Españoles. Púsole donde viese los favores que le hacía Motezuma, y la veneracion con que le trataban los príncipes mejicanos. Dióle algunas joyas de valor con que iba quebrantando los ímpetus de su natural. Hizo lo mismo con sus compañeros, y sin darles á entender que necesitaba de sus oficios para suavizar á Narbaez, los despachó dentro de cuatro dias inclinados á su razon y cautivos de su liberalidad.

Hecha esta primorosa diligencia, y dejando al tiempo lo que podria fructificar, resolvió enviar persona de satisfaccion que propusiese á Narbaez los medios que parecian praticables y eran convenientes. Eligió para esta negociacion al padre fray Bartolomé de Olmedo, en quien concur-

rian con ventajas conocidas la elocuencia y la autoridad. Abrevió cuanto fué posible su despacho, y le dió cartas para Narbaez, para el licenciado Lúcas Vázquez de Ayllon, y para el secretario Andrés de Duero con diferentes joyas que repartiese, conforme al dictámen de su prudencia. Era la importancia de la paz el argumento de las cartas, y en la de Narbaez le daba la bien venida con palabras de toda estimacion; y despues de acordarle su amistad y confianza, « le » informaba el estado en que tenía su conquista, descubrién- » dole por mayor las provincias que habia sujetado, la » sagacidad y valentía de sus naturales, y el poder y gran- » dezas de Motezuma. » No tanto para encarecer su hazaña, como para traerle al conocimiento de lo que importaba que se uniesen ambos ejércitos á perfeccionar la empresa. Dábale á entender « cuánto se debia recelar que » los Mejicanos, gente advertida y belicosa, llegasen á » conocer discordia entre los Españoles, porque sabrian » aprovecharse de la ocasion y destruir ambos partidos » para sacudir el yugo forastero. » Y últimamente le » decia : « que para excusar lances y disputas convendria » que sin más dilacion le hiciese notorias las órdenes que » llevaba; porque si eran del rey estaba pronto á obede- » cerlas, dejando en sus manos el baston y el ejército de » su cargo; pero si eran de Diego Velázquez debian ambos » considerar con igual atencion lo que aventuraban; por- » que á vista de una dependencia, en que se interponia la » causa del rey, hacian poco bulto las pretensiones de un » vasallo, que se podrian ajustar á ménos costa, siendo » su ánimo satisfacerle todo el gasto de su primer avío, y » partir con él no solamente las riquezas, sino la misma » gloria de la conquista. » En este sentir concluyó su carta; y pareciéndole que se habia detenido mucho en el deseo de la paz, añadió en el fin algunas cláusulas briosas, dándole á entender « que no se valia de la razon porque le » faltasen las manos; y que de la misma suerte que sabia » ponderarla, sabria defenderla. »

Tenía Pánfilo de Narbaez asentado su cuartel y alojado su ejército en Zempoala; y el cacique gordo anduvo muy solícito en el agasajo de aquellos Españoles, creyendo que

venian de socorro á su amigo Hernan Cortés; pero tardó poco en desengañarse, porque no hallaba en ellos el estilo á que le tenían enseñado los primeros; y aunque no traian lengua para darse á entender, hablaban las demostraciones y los diferenciaba el proceder. Reconoció en Narbaez un género de imperiosa desazon que le puso en cuidado, y no le quedó que dudar cuando vió que le quitaba contra su voluntad todas las alhajas y joyas que habia dejado en su casa Hernan Cortés. Los soldados, á quien servia de licencia el ejemplo de su capitan, trataban à sus huéspedes como enemigos, y ejecutaba la extorsion lo que mandaba la codicia.

Llegó el licenciado Guevara y refirió los sucesos de su jornada, las grandezas de Méjico, cuán bien recibido estaba Hernan Cortés en aquella corte, lo que le amaba Motezuma y respetaban sus vasallos : encareció la humanidad y cortesía con que le habia recibido y hospedado : empezó á discurrir en lo que deseaba, que no se llegase á conocer discordia entre los Españoles, inclinándose al ajustamiento ; y no pudo proseguir porque le atajó Narbaez, diciéndole que se volviese á Méjico si le hacian tanta fuerza los artificios de Cortés, y le arrojó de su presencia con desabrimiento. Pero el clérigo y sus compañeros buscaron nuevo auditorio, pasando con aquellas noticias y con aquellas dádivas á los corrillos de los soldados, y se logró en lo que más importaba la diligencia de Cortés : porque algunos se inclinaron á su razon : otros á su liberalidad, quedando todos aficionados á la paz, y llegando los más á tener por sospechosa la dureza de Narbaez.

Poco despues vino el padre fray Bartolomé de Olmedo, y halló en Pánfilo de Narbaez más entereza que agasajo. Puso en sus manos la carta, leyóla por cumplimiento, y con señas de hombre que se reprimia, se dispuso á escucharle, dando á entender que sufria la embajada por el embajador. Fué la oracion del religioso elocuente y sustancial. Acordó en el exordio « las obligaciones de su pro- » fesion para introducirse á medianero desinteresado en » aquellas diferencias. » Procuró « sincerar el ánimo de » Cortés, como testigo de vista obligado á la verdad. »

Asentó « que por su parte sería fácil de conseguir cuanto » se le propusiese razonable y conveniente : » pondreó « lo » que se aventuraba en la desunion de los Españoles : » cuanto adelantaria Diego Velázquez su derecho si coo» perase con aquellas armas á la perfeccion de la con» quista ; » y añadió : « que teniéndolas él á su disposi» cion debia medir el uso de ellas con el estado presente de » las cosas ; punto que vendria presupuesto en su instruc» cion : pues se dejaba siempre á la prudencia de los ca» pitanes el arbitrío de los médios con que se habia de » asegurar el pretendido ; y ellos estaban obligados á obrar » segun el tiempo y sus accidentes, para no destruir con » la ejecucion el intento de las órdenes. »

La respuesta de Narbaez fué precipitada y descompuesta : « que no era decente á Diego Velázquez el pactar » con un súbdito rebelde cuyo castigo era el primer nego» cio de aquel ejército : que mandaria luégo declarar por » traidores á cuantos le siguiesen ; y que traia bastantes » fuerzas para quitarle de las manos la conquista, sin » necesitar de advertencias presumidas ó consejos de » culpados que se valian para persuadirle de la razon » con que se hallaban para temerle. » Replicóle fray Barlolomé sin dejar su moderacion : « que mirase bien » lo que determinaba, porque ántes de llegar á Méjico » habia provincias enteras de Indios guerreros amigos » de Cortés que tomarian las armas en su defensa ; y que » no era tan fácil como pensaba el atropellarle ; porque » sus Españoles estaban arrestados á perderse con él, y » que tenía de su parte á Motezuma, príncipe de tantas » fuerzas que podria juntar un ejército para cada uno de » sus soldados ; y últimamente, que una materia de » aquella calidad no era para resuelta de la primera vez ; » que la discurriese con segunda reflexion, y él volviera » por la respuesta. » Con lo cual se despidió, dejando en sus oidos este género de animosidad, porque le pareció necesaria para mitigar aquella confianza de sus fuerzas en que consistia la mayor vehemencia de su obstinacion.

Pasó luégo á ejecutar las otras diligencias de su intruccion. Visitó al licenciado Lúcas Vázquez de Ayllon y al

secretario Andrés de Duero que alabaron su celo, aprobando lo que propuso á Narbaez, y ofreciendo asistir á su despacho con todos los medios posibles, para que consiguiese la paz que tanto convenia. Dejóse ver de los capitanes y soldados que conocia : publicó su comision : procuró acreditar la intencion de Cortés : hizo desear el ajustamiento : repartió con buena eleccion sus joyas y sus ofertas ; y pudo esperar que se formase partido á favor de Cortés, ó por lo ménos á favor de la paz, si Pánfilo de Narbaez, que tuvo noticia de estas pláticas, no le hubiera estrechado á que no las prosiguiese. Mandóle venir á su presencia y á grandes voces le atropelló con injurias y amenazas. Llamóle amotinador y sedicioso : calificó por especie de traicion el andar sembrando entre su gente las alabanzas de Cortés ; y estuvo resuelto á prenderle, como se hubiera ejecutado si no se interpusiera el secretario Andrés de Duero ; á cuya instancia corrigió su dictámen ordenando que saliese luégo de Zempoala.

Pero el licenciado Lúcas Vázquez de Ayllon, que llegó advertidamente á la sazon, fué de sentir que se debia convocar ántes una junta en que se hallasen todos los cabos del ejército para que se discurriese con mayor acuerdo la respuesta que se habia de dar á Hernan Cortés, puesto que se mostraba inclinado á la paz, y no parecia dificultoso que se llegase á poner en términos proporcionados y decentes ; á cuya proposicion se inclinaban algunos de los capitanes que se hallaron presentes ; pero Narbaez la oyó con un género de impaciencia que tocaba en desprecio : y para responder de una vez al oidor y al religioso, mandó publicar á sus oidos con voz de pregonero la guerra contra Hernan Cortés á sangre y fuego, declarándole por traidor al rey, señalando talla para quien le prendiese ó matase y dando las órdenes para que se previniese la marcha del ejército.

No pudo ni debió aquel ministro sufrir ó tolerar semejante desacato, ni dejar de ocurrir al remedio con su autoridad. Mandó que cesasen los pregones : hízole notificar « que no se moviese de Zempoala pena de la vida, ni usase » de aquellas armas sin acuerdo y parecer de todo el

» ejército : » ordenó á los capitanes y soldados que no le obedeciësen, y duró en sus protestas y requerimientos con tanta resolucion, que Narbaez, ciego ya de cólera y perdido el respeto á su persona y representacion, le hizo prender ignominiosamente, y dispuso que le llevasen luégo á la isla de Cuba en uno de sus bajeles : de cuya ejecucion volvió escandalizado el padre fray Bartolomé de Olmedo sin otra respuesta ; y lo quedaron tanto sus mismos capitanes y soldados, que los de mayor discurso viendo prender á un ministro de aquella suposicion, se hallaron obligados á mirar con alguna cautela por el servicio del rey ; y los de ménos punto con bastante materia para la murmuracion y el desafecto á su capitan ; mejorándose con este atrevimiento de Narbaez la causa de Cortés en la inclinacion de los soldados, y sirviéndole como diligencias suyas los mismos desaciertos de su enemigo.

CAPÍTULO VII

Persevera Motezuma en su buen ánimo para con los Españoles de Cortés, y se tiene por improbable la mudanza que atribuyen algunos á diligencias de Narbaez : resuelve Cortés su jornada, y la ejecuta dejando en Méjico parte de su gente.

Asientan algunos de nuestros escritores, que Pánfilo de Narbaez introdujo pláticas de grande intimidad y confidencia con Motezuma : que iban y venian correos de Méjico á Zempoala, por cuyo medio le dió á entender que traía comision de su rey para castigar los desafueros y exorbitancias de Cortés : que no sólo él, sino todos los que seguian sus banderas andaban foragidos y fuera de obediencia ; y que habiendo sabido la opresion en que se hallaba su persona, trataria luégo de marchar con su ejército para dejarle restituido en su libertad, y en pacífica posesion de sus dominios ; con otras imposturas de semejante malignidad ; á cuyas esperanzas dicen no sólo que asintió Motezuma, pero que llegó á entenderse con él, y le hizo grandes presentes, recatándose de Cortés, y descande rom-

per su prision con ocultas diligencias. No sabemos cómo pudieron llegar á sus oidos estas sugestiones; porque Narbaez no tuvo intérpretes con que darse á entender á los Indios, ni pudo introducir por su medio con el lenguage de las señas tan concertada negociacion. De sus Españoles sólo vinieron á Méjico el licenciado Guevara con los demas que remitió Sandoval, y éstos no hablaron reservadamente á Motezuma; ni cuando se diera en Cortés semejante descuido, pudieran hacer este razonamiento sin valerse de Aguilar y doña Marina: caso incompatible con lo que se refiere de su fidelidad. Débese creer que los Indios zempoales conocieron de los semblantes y señas exteriores la enemistad y oposicion de aquellos dos ejércitos, cuya noticia dieron á Motezuma sus confidentes ó mínistros: porque no es dudable que la tuvo ántes que se la participase Cortés; pero de lo mismo que obró en esta ocasion se arguye que tenía el ánimo seguro, y sin algua preocupacion de siniestros informes [1].

1. Los argumentos que hace Solis para probar que no mediaron inteligencias entre Motezuma y Pánfilo de Narbaez, no demuestran suficientemente que no existiesen aquéllas. Lisonjeado el príncipe con la oferta que Narbaez le hacía de su próxima libertad y de ver desembarazada de Españoles su tierra, difícilmente podia haber resistido al deseo de concertar los medios de ver realizada su esperanza. Ni se debe suponer tampoco tal escasez de lenguas ó intérpretes que Narbaez careciese absolutamente de ellos; siendo más ajustado á razon el dar por supuesto que habiéndose de entender en negocio tan árduo con los naturales del país para interesarlos en su partido, forzosamente habia de procurarse ese medio único de comunicacion para las negociaciones. Solís no debia ignorar tampoco que á Cortés se le desertaron tres soldados que se fueron con Narbaez, los cuales sirvieron efectivamente de intérpretes, segun lo asegura Bernal Diaz en el capítulo 110 de su historia. Por último, las palabras de Cortés á Cárlos V, dichas con el fin de buscar en ellas pretextos para nuevos procedimientos contra Motezuma, no dejan duda de que éste tuvo alguna secreta comunicacion con Narbaez, aun cuándo por su timidez se suponga no haber sido ni muy declarada, ni haber omitido tampoco el riguroso sigilo.

He aquí como se expresa Cortés: « E tambien me dijo, como » habia hallado con el dicho Narbaez á un señor natural de esta » tierra, vasallo del dicho Motezuma: y que le tenía por gober- » nador suyo en toda su tierra de los puertos hácia la costa de la

No se niega que hizo algunos presentes de consideracion á Narbaez; pero tampoco se colige de ellos que hubiese correspondencia entre los dos; porque aquellos príncipes solian usar este género de agasajo con los extranjeros que arribaban á sus costas, como se hizo con el ejército de Cortés, á quien pudo encubrir sin artificio esta demostracion, por ser materia sin novedad, ó por hacer ménos caso de sus dádivas. Pero es de reparar que hasta en ellas mismas, fuesen ocultas ó ignoradas, hubo requisitos ó circunstancias casuales que aprovecharon al crédito de Cortés; porque al recibirlas descubrió Narbaez más complacen-

» Mar : y que supo que al dicho Narbaez le habia hablado de » parte del dicho Motezuma, y dádole ciertas joyas de oro : y el » dicho Narbaez le habia dado tambien á él ciertas cosillas : y que » supo que habia despachado de alli ciertos mensajeros para el » dicho Motezuma, y enviado á le decir, que él le soltaria, y que » venia á prenderme á mí y á todos los de mi compañia, é irse » luégo, y dejar la tierra : y que él no queria oro, sino preso yo, » y los que conmigo estaban, volverse y dejar la tierra, y sus » naturales de ella en su libertad..... » Y prosigue diciendo luégo : « Y no queriendo yo, ni los de mi compañia tenerle por » capitan, y justicia en nombre de dicho Diego Velázquez, venir » contra nosotros, y tomarnos por guerra : y que para ello estaba » confederado con los naturales de la tierra, en especial con el » dicho Motezuma, por sus mensajeros : y como yo viese tan » manifiesto el daño, y deservicio, que á vuestra Majesdad de lo » susodicho se podia seguir, etc. »

El lector juzgará del valor que debe darse á los hechos indicados en esa narracion de Cortés al lado de las observaciones de Solís. Herrera, á quien éste sigue con más fidelidad que á ningun otro historiador de América, se extiende á dar largos pormenores de la empresa de Narbaez y de su inteligencia con Motezuma : y hablando de la notificacion que el clérigo Guevara hizo á Sandoval para que entregara á Narbaez la fortaleza de Vera-Cruz, dice que fué acompañado de seis Españoles y *algunos* Indios venidos de Cuba, lo mismo que refiere Bernal Diaz del Castillo de quien aquel lo tomó. Este dato indica tambien que entre esos Indios habria alguno de las costas del continente que conociese el dialecto de los Mejicanos, poco diferente del de las demas provincias y bastante conocido ademas por el vasallage que rendian á Motezuma : lo cual corrobora el juicio que ántes hemos formado acerca de la indispensable necesidad que tuvo Narbaez de proveerse de algun intérprete para entablar comunicaciones con los habitantes del pais por donde habia de penetrar.

cia ó más aplicacion que fuera conveniente. Mandábalas guardar con demasiada cuenta y razon, sin dar alguna seña de su liberalidad á los que más favorecia; y los soldados, que no conocen su avarícia cuando culpan la de sus capitanes, empezaron á desanimarse con este desengaño de sus esperanzas; y poniendo el propio interés entre las causas de la guerra, ó daban la razon á Cortés, ó se la quitaban al ménos generoso.

Volvió finalmente de su jornada fray Bartolomé de Olmedo, y Hernan Cortés halló en su relacion lo mismo que recelaba de Narbaez : sintió el desprecio de sus proposiciones, ménos por sí que por su razon, conoció en la prision del oidor cuán léjos estaba de atender al servicio del rey quien traía tan desenfrenada la osadía : oyó sin enojo, á lo ménos exterior, las injurias y denuestos con que maltrataba sus ausencias, y ponderan justamente los autores, que llegando á su noticia por diversas partes el menosprecio con que hablaba de su persona, las indecencias de su estilo, y cuanto le repetia el oprobio de traidor, no se le oyó jamas una palabra descompuesta, ni dejar de llamar á Pánfilo de Narbaez por su nombre : ¡rara constancia ó predominio sobre sus pasiones, y digno siempre de envidia un corazon donde caben los agravios sin estorbar el sufrimiento!

Consolóle mucho con la noticia que le dió fray Bartolomé de Olmedo de la buena disposicion que habia reconocido en la gente de Narbaez, por la mayor parte deseosa de la paz, ó con poco afecto á sus dictámenes; y no desconfió de hacerle la guerra, ó traerle al ajustamiento que deseaba, con la fuerza, ó con la flojedad de sus mismos soldados. Comunicó uno y otro á sus capitanes, y considerados los inconvenientes que por todas partes ocurrian, se tuvo por el menor ó el ménos aventurado salir á la campaña con el mayor número de gente que fuese posible, procurar incorporarse con los Indios que se habian prevenido en Tlascala y Chinantla, y marchar unidos la vuelta de Zempoala ; con presupuesto de hacer alto en algun lugar amigo, para volver á introducir desde más cerca las pláticas de la paz; logrando la ventaja de capitular con las

armas en la mano, y la conveniencia de asistir en paraje donde se pudiese recoger la gente de Narbaez, que se determinase á dejar su partido. Publicóse luégo entre los soldados esta resolucion, y se recibió con notable aplauso y alegría. No ignoraban la desigualdad incomparable del ejército contrário; pero estuvieron á vista del peligro tan léjos del temor, que los de ménos obligaciones hicieron pretension de salir á la empresa, y fué necesario que trabajasen el ruego y la autoridad, cuando llegó el caso de nombrar á los que se dejaron en Méjico : tanto se fiaban los unos en la prudencia, los otros en el valor, y los más en la fortuna de su capitan, que asi llamaban aquella repeticion extraordinaria de sucesos favorables con que soia conseguir cuanto intentaba : propiedad que puede mucho en el ánimo de los soldados; y pudiera más, si supieran retribuir á su autor estos efectos inopinados que se llaman felicidades, porque vienen de causa no entendida.

Pasó luégo Hernan Cortés al cuarto de Motezuma, prevenido ya de varios pretextos, para darle cuenta de su viaje, sin descubrirle su cuidado; pero él le obligó á tomar nueva senda en su discurso; dando principio á la conversacion. Recibiólc diciendo : « que habia reparado » en que andaba cuidadoso; y sentia que le hubiese recatado la ocasion, cuando por diferentes partes le avisaban que venía de mal ánimo contra él y contra los suyos, » aquel capitan de su nacion que residía en Zempoala; y » que no extrañaba tanto que fuesen enemigos por alguna » querella particular, como que siendo vasallos de un mismo » rey, acaudillasen dos ejércitos de contrária faccion, en los » cuales era preciso que por lo ménos el uno anduviese » fuera de su obediencia. » Esta noticia no esperada en Motezuma, y esta reconvencion que tenía fuerza de argumento, pudieran embarazar á Cortés; y no dejaron de turbarle interiormente : pero con aquella prontitud natural que le sacaba de semejantes aprietos, le respondió sin detenerse : « que los que habian observado la mala » voluntad de aquella gente, y las amenazas imprudentes » de su caudillo, le avisaban la verdad; y él venía con

» ánimo de comunicársela, no habiendo podido cumplir » ántes con esta obligacion, porque acababa de llegar el » padre fray Bartolomé de Olmedo con el primer aviso » de semejante novedad. Que aquel capitan de su nacion, » aunque tan arrojado en las demostraciones de su enojo, » no se debia mirar como inobediente, sino como engañado » en el servicio de su rey; porque venía despachado con » voces de substituto y lugar-teniente de un gobernador » poco advertido, que por residir en provincia muy dis- » tante no sabia las últimas resoluciones de la corte, y » estaba persuadido á que le tocaba por su puesto la fun- » cion de aquella embajada. Pero que todo el aparato de » tan frívola pretension se desvaneceria fácilmente, sin » más diligencia que manifestarle sus despachos, en cuya » virtud se hallaba con plena jurisdiccion para que le obe- » deciesen todos los capitanes y soldados que se dejasen » ver en aquellas costas : y ántes que pasase á mayor em- » peño su ceguedad, habia resuelto marchar à Zempoala » con parte de su gente, para disponer que se volviesen á » embarcar aquellos Españoles, y darles á entender que ya » debian respetar los pueblos del imperio mejicano, como » admitidos á la proteccion de su rey; lo cual ejecutaria » luégo : siendo el principal motivo de abreviar su jor- » nada la justa consideracion de no permitir que se acer- » casen á su corte, por componerse aquel ejército de gente » ménos atenta, y ménos corregida que fuera razon, para » fiarse de su vecindad, sin riesgo de que pudiesen oca- » sionar alguna turbacion entre sus vasallos. »

Asi procuró interesarle como pudo en su resolucion ; y Motezuma, que sabia ya las vejaciones de que se quejaban los Zempoales, alabó su atencion, teniendo por conveniente que se procurase apartar de su corte aquellos soldados de tan violento proceder : pero le pareció temeridad que habiéndose ya declarado por sus enemigos, y hallándose con fuerzas tan superiores á las suyas, se aventurase á la contingencia de que no le atendiesen ó le atropellasen. Ofrecióle formar ejército que le guardase las espaldas, cuyos cabos irian á su órden, y la llevarian de obedecerle y respetarle como á su misma persona : punto

que procuró esforzar con diferentes instancias, en que se dejaba conocer el afecto sin alguna mezcla de afectacion: pero Hernan Cortés agradeció la oferta, y se defendió de admitirla; porque á la verdad fiaba poco de los Mejicanos, y no quiso incurrir en el desacierto de admitir armas auxiliares que le pudiesen dominar: como quien sabía cuánto embaraza en las facciones de la guerra tener á un tiempo empeñada la frente, y el lado receloso.

Suavizados en esta forma los motivos de su viaje, dió todo el cuidado á las demás prevenciones, con ánimo de volver á sus inteligencias ántes que se moviese Narbaez. Resolvió dejar en Méjico hasta ochenta Españoles á cargo de Pedro de Alvarado, que pareció á todos más á propósito, porque tenía el afecto de Motezuma; y sobre ser capitan de valor y entendimiento, le ayudaban mucho la cortesanía y el despejo natural, para no ceder á las dificultades y pedir al ingenio lo que faltase á las fuerzas. Encargóle que procurase mantener á Motezuma en aquella especie de libertad que le hacía desconocer su prision; resistiendo cuanto fuese posible que se estrechase á pláticas secretas con los Mejicanos: dejó á su cargo el tesoro del rey y de los particulares, y sobre todo le advirtió « cuánto importaba conservar aquel pié de su ejército en » la corte, y aquel príncipe á su devocion: » presupuestos á que debia encaminar sus operaciones con igual vigilancia, por consistir en ellos la comun seguridad.

Á los soldados ordenó « que obedeciesen á su capitan, » que sirviesen y respetasen con mayor solicitud y rendi- » miento á Motezuma, que corriesen de buena conformidad » con su familia y los de su cortejo, » exhortándoles por su misma seguridad á la union entre sí, y á la modestia con los demas.

Despachó correo á Gonzalo de Sandoval, ordenándole que le saliese á recibir, ó le esperase con los Españoles de su cargo en el paraje donde pensaba detenerse, y que dejase la fortaleza de la Vera-Cruz á la confianza de los confederados, que sería poco ménos que abandonarla; porque ya no era tiempo de mantenerse desunidos, ni aquella fortificacion que se fabricaba contra los Indios, era capaz

de resistir á los Españoles. Previno los víveres que parecieron necesarios, para no ir á la providencia ó á la extorsion de los paisanos: hizo juntar los Indios de carga que habian de conducir el bagaje; y tomando la mañana el dia de la marcha, dispuso que se dijese una misa del Espíritu Santo, y que la oyesen todos sus soldados, y encomendasen á Dios el buen suceso de aquella jornada: protestando en presencia del altar que sólo deseaba su servicio y el de su rey, inseparables en aquella ocurrencia; y que iba sin odio ni ambicion, puesta la mira en ambas obligaciones, y asegurado en lo mismo que abogaba por él la justicicia de su causa.

Entró luégo á despedirse de Motezuma, y le pidió con encarecimiento « que cuidase de aquellos pocos Españoles » que dejaba en su compañía, que no los desamparase, ó » descubriese con apartarse de ellos, porque de cualquiera » mudanza ó ménos gratitud que reconociesen los suyos, » podian resultar graves inconvenientes que pídiesen gra- » ves remedíos; y que sentiria mucho hallarse obligado á » volver quejoso, cuando iba tan reconocido: á que aña- » dió: que Pedro de Alvarado quedaba substituyendo su » persona; y así, como le tocaban en su ausencia las pre- » rogativas de embajador, dejaba en él su misma obliga- » cion de asistir en todo á su mayor servicio; y que no des- » confiaba de volver con mucha brevedad á su presencia, » libre de aquel embarazo, para recibir sus órdenes, » disponer su víaje, y llevar al emperader con sus pre- » sentes la noticia de su amistad y confederacion, que » sería la joya de su mayor aprecio. »

Volvióse á contristar Motezuma de que saliese con fuerzas tan desiguales. Pidióle « que si necesitase de las » armas para dar á entender su razon, procurase dilatar » el rompimiento hasta que llegasen los socorros de su » gente, que tendria prontos en el número que los pidíese. » Dióle palabra de no desamparar á los Españoles que » dejaba con Pedro de Alvarado, ni hacer mudanza en su » habitacion pendiente su ausencia. » Y añade Antonio de Herrera que le salió acompañando largo trecho con todo el séquito de su corte; pero atribuye, con malicía volunta-

ria, esta demostracion á lo que deseaba verse libre de los Españoles, suponiéndole ya desabrido y de mal ánimo contra Hernan Cortés y contra los suyos. Lo que vemos es que cumplió puntualmente su palabra, perseverando en aquel alojamiento, y en su primera benignidad, por más que se le ofrecieron grandes turbaciones, que pudo remediar con volverse á su palacio; y tanto en lo que obró para defender á los Españoles que le asistian, como en lo que dejó de obrar contra los demas en esta desunion de sus fuerzas, se conoce que no hubo doblez ó novedad en su intencion.

CAPÍTULO VIII

Marcha Hernan Cortés la vuelta de Zempoala, y sin conseguir la gente que tenia prevenida en Tlascala continúa su viaje hasta Matalequita, donde vuelve á las pláticas de la paz, y con nueva irritacion rompe la guerra.

Dióse principio á la marcha, y se fué siguiendo el camino de Cholula con todas las cautelas y resguardos que pedia la seguridad, y abrazaba fácilmente la costumbre de aquellos soldados, diestros en las puntualidades que ordena la milicia, y hechos á obedecer sin discurrir. Fueron recibidos en aquella ciudad con agradable prontitud, convertido ya en veneracion afectuosa el miedo servil con que vinieron á la obediencia. De allí pasaron á Tlascala, y media legua de aquella ciudad hallaron un lucido acompañamiento, que se componia de la nobleza y el senado. La entrada se celebró con notables demostraciones de alegría, correspondientes al nuevo mérito con que volvian los Españoles por haber preso á Motezuma, y quebrantado el orgullo de los Mejicanos: circunstancia que multiplicó entónces los aplausos, y mejoró las asistencias. Juntóse luégo el senado para tratar de la respuesta que se debia dar á Hernan Cortés sobre la gente de guerra que habia pedido á la república. Y aquí hallamos otra de aquellas discordancias de autores, que ocurren con frecuente infe-

licidad en estas narraciones de las Indias, obligando algunas veces á que se abrace lo más verosímil, y otras á buscar trabajosamente lo posible. Dice Bernal Diaz que pidió cuatro mil hombres, y que se los negaron con pretexto de que no se atrevian sus soldados á tomar las armas contra Españoles, porque no se hallaban capaces de resistir á los caballos y armas de fuego : y Antonio de Herrera, que dieron seis mil hombres efectivos, y le ofrecian mayor número , los cuales refiere que se agregaron á las compañías de los Españoles, y que á tres leguas de marcha se volvieron, por no estar acostumbrados á pelear léjos de sus confines. Pero como quiera que sucediese (que no todo se debe apurar), es cierto que no se hallaron los Tlascaltecas en esta faccion : pidiólos Hernan Cortés, más por hacer ruido á Narbaez, que porque se fiase de sus armas, ni fuese de codiciar su estilo de pelear contra enemigos españoles : pero tambien es cierto que salió de aquella ciudad sin queja suya ni desconfianza de los Tlascaltecas; porque los buscó despues, y los halló cuando los hubo menester contra otros indios, en cuyos combates eran valientes y resueltos, como lo asegura el haber conservado su libertad á despecho de los Mejicanos, tan cerca de su corte, y en tiempo de un príncipe que tenía su mayor vanidad en el renombre de conquistador.

Detúvose poco el ejército en Tlascala, y alargando los tránsitos, pasó á Matalequita, lugar de Indios amigos, distante doce leguas de Zempoala, donde llegó casi al mismo tiempo Gonzalo de Sandoval con la gente de su cargo, y siete soldados más, que se pasaron á la Vera-Cruz del ejército de Narbaez el dia siguiente á la prision del oidor, teniendo por sospechoso aquel partido. Supo de ellos Hernan Cortés cuanto pasaba en el cuartel de su enemigo, y Gonzalo de Sandoval le dió mas frescas noticias de todo, porque ántes de partir tuvo inteligencia para introducir en Zempoala dos soldados españoles, que imitaban con propiedad los ademanes y movimientos de los Indios, y no les desayudaba el color para la semejanza. Éstos se desnudaron con alegre solicitud, y cubriendo parte de su desnudez con los arreos de la tierra, entraron

al amanecer en Zempoala con dos banastas de fruta sobre la cabeza ; y puestos entre los demas que manejaban este género de grangería, la fueron trocando á cuenta de vidrio, tan díestros en fingir la simplicidad y la codicia de los paisanos, que nadie hizo reparo en ellos; con que pudieron discurrir por la villa, y escapar á su salvo con la noticia que buscaban : pero no contentos con esta diligencia, y deseando tambien llevar averiguado con qué género de guardias pasaba la noche aquel ejército volvieron á entrar con segunda carga de yerba entre algunos indios que salian á forragear; y no sólo reconocieron la poca vigilancia del cuartel, pero la comprobaron, trayendo á la Vera-Cruz un caballo que pudieron sacar de la misma plaza, sin que hubiese quien se lo embarazase; y acertó á ser del capitan Salvatierra, uno de los que mas irritaban á Narbaez contra Hernan Cortés : circunstancia que dió estimacion á la presa. Hicieron estos exploradores por su fama cuanto cupo en la industria y el valor; y se callaron desgraciadamente sus nombres en una faccion tan bien ejecutada, y en una historia donde se hallan á cada paso hazañas menores con dueño encarecido.

Fundaba Cortés parte de sus esperanzas en la corta milicia de aquella gente; y el descuído con que gobernaba su cuartel Pánfilo de Narbaez, le traía varios designios á la imaginacion : podia nacer de lo mismo que desestimaba sus fuerzas, y así lo conocia; pero no le pesaba de verlas tan desacreditadas que produjesen aquella seguridad en el ejército contrário, la cual favorecia su intento, y á su parecer militaba de su parte, en que discurria sobre buenos principios; siendo evidente que la seguridad es enemiga del cuidado, y ha destruido á muchos capitanes.

Hizo reseña de su gente, y se halló con doscientos sesenta y seis Españoles inclusos los oficiales y los soldados que vinieron con Gonzalo de Sandoval, sin los Indios de carga que fueron necesarios para el bagage. Despachó segunda vez al padre fray Bartolomé de Olmedo, para que volviese á porfiar en el ajustamiento, y le avisó brevemente del poco efecto que producian sus diligencias. Pero deseando hacer algo más por la razon, ó ganar algun tiempo

en que pudiesen llegar los dos mil Indios que aguardaba de Chinantla, determinó enviar al capitan Juan Velázquez de Leon, creyendo que por su autoridad y por el parentesco de Diego Velázquez sería mejor admitida su mediacion. Tenía experimentada su fidelidad, y pocos dias ántes le habia repetido las ofertas de morir á su lado, con ocasion de poner en sus manos una carta que le escribió Narbaez, llamándole á su partido con grandes conveniencias: demostracion á cuyo agradecimiento correspondió Hernan Cortés, fiando entónces de su ingenuidad y entereza tan peligrosa negociacion.

Creyeron todos cuando llegó á Zempoala que iba reducido á seguir las banderas de su pariente : y Narbaez salió á recibirle con grande alborozo; pero cuando llegó á entender su comision, y conocíó que se iba empeñando en apadrinar la razon de Cortés, atajó el razonamiento, y se apartó de él con alguna desazon, aunque no sin esperanzas de reducirle; porque ántes de volver á la plática ordenó que se hiciese un alarde á sus ojos de toda su gente, deseando al parecer atemorizarle, ó convencerle con aquella vana ostentacion de sus fuerzas, Aconsejáronle algunos que le prendiese, pero no se atrevió, porque tenía muchos amigos en aquel ejército: ántes le convidó á comer el dia siguiente, y convidó tambien á los capitanes de su confidencia, para que le ayudasen á persuadirle. Diéronse á la urbanidad y cumplimiento los principios de la conversacion; pero á breve rato se introdujo la murmuracion de Cortés entre las licencias del banquete, y aunque procuró disimular Juan Velázquez por no destruir el negocio de su cargo, pasando á términos indecentes la irrision y el desacato, no se pudo contener en el desaire de su paciencia, y dijo en voz alta y descompuesta : « que pasasen á otra » plática, porque delante de un hombre como él no debian » tratar como ausente á su capitan; y que cualquiera de- » ellos que no tuviese á Cortés y á cuantos le seguian por » buenos vasallos del rey, se lo dijese con ménos testigos, » y le desengañaria como quisiese. » Callaron todos, y calló Pánfilo de Narbaez, como embarazado en la dificultad de la respuesta; pero un capitan mozo, sobrino de

Diego Velázquez, y de su mismo nombre, se adelantó á decirle : « que no tenía sangre de Velázquez, ó la tenía indig-
» namente quien apadrinaba con tanto empeño la causa de un traidor : » á que respondió Juan Velázquez desmintiéndole, y sacando la espada con tanta resolucion de castigar su atrevimiento, que trabajaron todos en reprimirle; y últimamente le instaron en que se volviese al real de Cortés, porque temieron los inconvenientes que podria ocasionar su detencion; y él lo ejecutó luégo, llevándose consígo al padre fray Bartolomé de Olmedo, y diciendo, al partir, algunas palabras poco advertidas, que hacian á su venganza, ó la trataban como decision del rompimiento.

Quedaron algunos de los capitanes mal satisfechos de que Narbaez le dejase volver sin ajustar el duelo de su pariente, para oirle y despacharle bien ó mal, segun lo que de nuevo representase; á cuyo propósito decian :
« que una persona de aquella suposicion y autoridad, se
» debia tratar con otro género de atencion : que de su
» juicio y entereza no se podia creer que hubiese venido
» con proposiciones descaminadas, ó ménos razonables :
» que las puntualidades de la guerra nunca llegaban á
» impedir la franqueza de los oidos ; ni era buena polí-
» tica, ó buen camino de poner en cuidado al enemigo,
» darle á entender que se temia su razon : » discursos que pasaron de los capitanes á los soldados, con tanto conocimiento de la poca justificacion con que se procedia en aquella guerra, que Pánfilo de Narbaez necesitó para sosegarlos de nombrar persona que fuese á disculpar en su nombre y el de todos aquella falta de urbanidad, y á saber de Cortés á qué punto se reducia la comision de Juan Velázquez de Leon ; para cuya diligencia eligieron él y los suyos al secretario Andrés de Duero, que por ménos apasionado contra Hernan Cortés, pareció á propósito para la satisfaccion de los mal contentos; y por criado de Diego Velázquez no desmereció la confianza de los que procuraban estorbar el ajustamiento.

Hernan Cortés entretanto, con las noticias que llevaron fray Bartolomé de Olmedo y Juan Velazquez de Leon, entró en conocimiento de que habia cumplido sobrada-

mente con las diligencias de la paz; y teniendo ya por necesario el rompimiento, movió su ejército con ánimo de acercarse más, y ocupar algun puesto ventajoso donde aguardar á los chinantecas, y aconsejarse con el tiempo.

Iba continuando su marcha cuando volvieron los batidores con noticia de que venia de Zempoala el secretario Andrés de Duero; y Hernan Cortés, no sin esperanza de alguna favorable novedad, se adelantó á recibirle. Saludáronse los dos con igual demostracion de su afecto: renováronse con los abrazos, ó se volvieron á formar los antiguos vínculos de su amistad: concurrieron al aplauso de su venida todos les capitanes, y ántes de llegar á lo inmediato de la negociacion, le hizo Cortés algunos presentes mezclados con mayores ofertas. Detúvose hasta otro dia despues de comer, y en este tiempo se apartaron los dos á diferentes conferencias de grande intimidad. Discurriéronse algunos medios, en órden á la union de ambos partidos, con deseo de hallar camino para reducir á Narbaez, cuya obstinacion era el único impedimento de la paz. Llegó Cortés á ofrecer que le dejaria la empresa de Méjico, y se apartaria con los suyos á otras conquistas: y Andrés de Duero, viéndole tan liberal con su enemigo, le propuso que se viese con él, pareciéndole que podria conseguir de Narbaez este abocamiento, y que se vencerian mejor las dificultades con la presencia y viva voz de las partes. Dicen unos que llevaba órden para introducir esta plática; otros que fué pensamiento de Cortés; y concuerdan todos en que se ajustaron las vistas de ambos capitanes luégo que volvió Andrés de Duero á Zempoala; por cuya solicitud se hizo capitulacion auténtica, señalando la hora y el sitio donde habia de ser la conferencia, y asegurando cada uno con su palabra y su firma, que saldrian al puesto señalado con sólos diez compañeros, para que fuesen testigos de lo que se discurriese y ajustase.

Pero al mismo tiempo que se disponia Hernan Cortés para dar cumplimiento por su parte á lo capitulado, le avisó de secreto Andrés de Dueso que se andaba previniendo una emboscada, con ánimo de prenderle ó matarle sobre seguro; cuya noticia (que se confirmó tambien por

otros confidentes) le obligó á darse por entendido con Narbaez de que habia descubierto el doblez de su trato; y con el primer calor de su enojo le escribió una carta rompiendo la capitulacion, y remitiendo á la espada su desagravio.

CAPÍTULO IX

Prosigue su marcha Hernan Cortés hasta una legua de Zempoala: sale con su ejército en campaña Pánfilo de Narbaez: sobreviene una tempestad y se retira: con cuya noticia resuelve Cortés acometerle en su alojamiento.

Quedó Hernan Cortés más animoso que irritado con esta última sinrazon de Narbaez, pareciéndole indigno de su temor un enemigo de tan humildes pensamientos; y que no fiaba mucho de su ejército ni de sí, quien trataba de asegurar la victoria con detrimento de la reputacion. Siguió su marcha en más que ordinaria diligencia, no porque tuviese resuelta la faccion, ni discurridos los medios, sino porque llevaba el corazon lleno de esperanzas, madrugando á confortar su resolucion aquellas premisas que suelen venir delante de los sucesos. Asentó su cuartel una legua de Zempoala en paraje defendido por la frente del rio que llamaban de Canoas, y abrigado por las espaldas con la vecindad de la Vera-Cruz, donde le dieron unas caserías ó habitaciones: bastante comodidad para que se reparase la gente de lo que habia padecido con la fuerza del sol, y proligidad del camino. Hizo pasar algunos batidores y centinelas á la otra parte del rio; y dando el primer lugar al descanso de su ejército, reservó para despues el discurrir con sus capitanes lo que se hubiese de intentar, segun las noticias que llegasen del ejército contrário, donde tenía ganados algunos confidentes, y estaba creyendo que lo habian de ser en la ocasion cuantos aborrecian aquella guerra; cuyo presupuesto y las cortas experiencias de Narbaez, le dieron bastante seguridad para que pudiese acercarse tanto á Zempoala sin falta de precaucion ó nota de temeridad.

Llegó á Narbaez la noticia del paraje donde se hallaba su enemigo; y más apresurado que diligente, ó con un género de celeridad embarazada que tocaba en turbacion, trató de sacar su ejército en campaña. Hizo pregonar la guerra, como si ya no estuviera pública : señaló dos mil pesos de talla por la cabeza de Cortés : puso en precio menor las de Gonzalo de Sandoval y Juan Velázquez de Leon : mandaba muchas cosas á un tiempo sin olvidarse de su enojo : mezclábanse las órdenes con las amenazas: y todo era despreciar al enemigo con apariencias de temerle. Puesto en órden el ejército, ménos por su disposicion que por lo que acertaron sin obedecer sus capitanes, marchó como un cuarto de legua con todo el grueso, y resolvió hacer alto para esperar á Cortés en campo abierto : persuadiéndose á que venía tan desalumbrado que le habia de acometer donde pudiese lograr todas sus ventajas el mayor número de su gente. Duró en este sitio y en esta credulidad todo el dia, gastando el tiempo y engañando la imaginacion con varios discursos de alegre confianza : conceder el pillage á los soldados : enriquecer con el tesoro de Méjico á los capitanes; y hablar más en la victoria que en la batalla. Pero al caer el sol se levantó un nublado que adelantó la noche, y empezó á despedir tanta cantidad de agua, que aquellos soldados maldijeron la salida, y clamaron por volverse al cuartel : en cuya impaciencia entraron poco despues los capitanes, y no se trabajó mucho en reducir á Narbaez, que sentia tambien su incomodidad, faltando en todos la costumbre de resistir á las inclemencias del tiempo, y en muchos la inclinacion á un rompimiento de tantos inconvenientes.

Habia llegado poco ántes aviso de que se mantenia Cortés de la otra parte del rio, de que no sin alguna disculpa conjeturaron que no habia que recelar por aquella noche; y como nunca se halla con dificultad la razon que busca el deseo, dieron todos por conveniente la retirada, y la pusieron en ejecucion desconcertadamente, caminando al cubierto ménos como soldados que como fugitivos.

No permitió Narbaez que su ejército se desuniese aquella noche; más porque discurrió en salir temprano á la cam-

paña, que porque tuviese algun recelo de Cortés; aunque afectó por lo demás el cuidado á que obligaba la cercanía del enemigo. Alojáronse todos en el adoratorio principal de la villa, que constaba de tres torreones ó capillas poco distantes, sitio eminente y capaz; á cuyo plano se subia por unas gradas pendientes y desabridas que daban mayor seguridad á la eminencia.

Guarneció con su artillería el pretil que servia de remate á las gradas. Eligió para su persona el torreon de enmedio, donde se retiró con algunos capitanes, y hasta cien hombres de su confidencia, y repartió en los otros dos el resto de la gente : dispuso que saliesen algunos caballos á correr la campaña : nombró dos centinelas que se alargasen á reconocer las avenidas; y con estos resguardos, que á su parecer no dejaban que desear á la buena disciplina, dió al sosiego lo que restaba de la noche, tan léjos el peligro de su imaginacion, que se dejó rendir al sueño con poca ó ninguna resistencia del cuidado.

Despachó luégo Andrés de Duero á Hernan Cortés un confidente suyo que pudo echar fuera de la plaza con poco riesgo para que á boca le diese cuenta de la retirada y de la forma en que se habia dispuesto el alojamiento; más por asegurarle amigablemente que podia pasar la noche sin recelo, que por advertirle ó provocarle á nuevos designios. Pero él con esta noticia tardó poco en determinarse á lograr la ocasion que á su parecer le convidaba con el suceso. Tenía premeditados todos los lances que se le podian ofrecer en aquella guerra, y alguna vez se deben cerrar los ojos á las dificultades, porque suelen parecer mayores desde léjos, y hay casos en que daña el discurrir al ejecutar. Convocó su gente sin más dilacion, y la puso en órden aunque duraba la tempestad; pero aquellos soldados, endurecidos ya en mayores trabajos, obedecieron sin hacer caso de su incomodidad, ni preguntar la ocasion de aquel movimiento inopinado : tanto se dejaban á la providencia de su capitan. Pasaron el rio con el agua sobre la cintura, y vencida esta dificultad, hizo á todos un breve razonamiento en que les comunicó lo que llevaba discurrido, sin poner duda en su resolucion, ni cerrar las puer-

tas al consejo. Dióles noticia de la turbacion con que se habian retirado los enemigos buscando el abrigo de su cuartel contra el rigor de la noche, y de la separacion y desórden con que habian ocupado los torreones del adoratorio: ponderó el descuido y seguridad en que se hallaban: la facilidad con que podian ser asaltados ántes que llegasen á unirse, ó tuviesen lugar para doblarse; y viendo que no sólo se aprobaba, pero se aplaudia la proposicion, « esta » noche, prosiguió diciendo con nuevo fervor, esta noche, » amigos, ha puesto el cielo en nuestras manos la mayor » ocasion que se pudiera fingir nuestro deseo: veréis ahora » lo que fio de vuestro valor, y yo confesaré que vuestro » mismo valor hace grandes mis intentos. Poco há que » aguardábamos á nuestros enemigos con esperanzas de » vencerlos al reparo de esa ribera: ya los tenemos descui» dados y desunidos, militando por nosotros el mismo des» precio con que nos tratan. De la impaciencia vergonzosa » con que desampararon la campaña, huyendo esos rigores » de la noche, pequeños males de la naturaleza, se colige » como estarán en el sosiego unos hombres que le busca» ron con flojedad y le disfrutan sin recelo. Narbaez en» tiende poco de las puntualidades á que obligan las con» tingencias de la guerra. Sus soldados por la mayor parte » son visoños, gente de la primera ocasion que no ha me» nester la noche para moverse con desacierto y ceguedad: » muchos se hallan desobligados ó quejosos de su capitan: » no faltan algunos á quien debe inclinacion nuestro par» tido: ni son pocos los que aborrecen como voluntario » este rompimiento; y suelen pesar los brazos cuando se » mueven contra el dictámen ó contra la voluntad: unos » y otros se deben tratar como enemigos hasta que se de» claren; porque si ellos nos vencen hemos de ser nosotros » los traidores. Verdad es que nos asiste la razon: pero » en la guerra es la razon enemiga de los negligentes, y » ordinariamente se quedan con ella los que pueden más. » Á usurparos vienen cuanto habeis adquirido: no aspi» piran á ménos que hacerse dueños de vuestra libertad, » de vuestras haciendas y de vuestras esperanzas: suyas » se han de llamar nuestras victorias: suya la tierra que

» habeis conquistado con vuestra sangre : suya la gloria
» de vuestras hazañas : y lo peor es que con el mismo pié
» que intentan pisar nuestra cerviz, quieren atropellar el
» servicio de nuestro rey, y atajar los progresos de nuestra
» religion : porque se han de perder si nos pierden; y
» siendo suyo el delito, han de quedar en duda los culpa-
» dos. Á todo se ocurre con que obreis esta noche como
» acostumbrais: mejor sabréis ejecutarlo que yo discurrirlo:
» alto á las armas y á la costumbre de vencer : Dios y el
» rey en el corazon, el pundanor á la vista, y la razon en
» las manos, que yo seré vuestro compañero en el peligro,
» y entiendo ménos de animar con las palabras que de per-
» suadir con el ejemplo. »

Quedaron tan encendidos los ánimos con esta oracion de Cortés, que hacian instancia los soldados sobre que no se dilatase la marcha. Todos le agradecieron el acierto de la resolucion, y algunos le protestaron, que si trataba de ajustarse con Narbaez le habian de negar la obediencia : palabras de hombres resueltos que no le sonaron mal, porqué hacian al brio más que al desacato. Formó sin perder tiempo tres pequeños escuadrones de su gente, los cuales se habian de ir sucediendo en el asalto. Encargó el primero á Gonzalo de Sandoval con setenta hombres, en cuyo número fueron comprendidos los capitanes Jorge y Gonzalo de Alvarado, Alonso Dávila, Juan Velázquez de Leon, Juan Nuñez de Mercado, y nuestro Bernal Diaz del Castillo. Nombró por cabo del segundo al maestro de campo Cristóbal de Olid, con otros sesenta hombres, y asistencia de Andrés de Tapia, Rodrigo Rangel, Juan Xaramillo, y Bernardino Vázquez de Tapia ; y él se quedó con el resto de la gente, y con los capitanes Diego de Ordaz, Alonso de Grado, Cristóbal y Martin de Gamboa, Diego Pizarro y Domingo, de Alburquerque. La órden fué que Gonzalo de Sandoval con su vanguardia procurase vencer la primera dificultad de las gradas, y embarazar el uso de la artillería ; dividiéndose á estorbar la comunicacion de los dos torreones de los lados, y poniendo gran cuidado en el silencio de su gente : que Cristóbal de Olid subiese inmediatamente con mayor diligencia y embistiese al tor-

reon de Narbaez, apretando el ataque á viva fuerza; y él seguiria con los suyos para dar color y asistir donde llamase la necesidad, rompiendo entónces las cajas y demas estruendos militares para que su misma novedad diese al asombro y á la confusion el primer movimiento del enemigo.

Entró luégo fray Bartolomé de Olmedo con su exhortacion espiritúal, y asentado el presupuesto de que iban á pelear por la causa de Dios, los dispuso á que hiciesen de su parte lo que debian para merecer su favor. Habia una cruz en el camino que fijaron ellos mismos cuando pasaron á Méjico; y puesto de rodillas delante de ella todo el ejército, les dictó un acto de contricion que iban repitiendo con voz afectuosa: mandóles decir la confesion general, y bendiciéndolos despues con la forma de la absolucion, dejó en sus corazones otro espíritu de mejor calidad, aunque parecido al primero; porque la quietud de la conciencia quita el horror á los peligros; ó mejora el desprecio de la muerte.

Concluida esta piadosa diligencia formó Hernan Cortés sus tres escuadrones: puso en su lugar las picas y las bocas de fuego: repitió las órdenes á los cabos: encargó á todos el silencio: dió por seña y por invocacion el nombre del Espíritu Santo, en cuya Pascua sucedió esta interpresa, y empezó á marchar en la misma ordenanza que se habia de acometer, caminando muy poco á poco por que llegase descansada la gente, y por dar tiempo á la noche para que se apoderase más del enemigo; de cuya ciega seguridad y culpable descuido pensaba servirse para vencerle á ménos costa, sin quedarle algun escrúpulo de que obraba ménos valerosamente que solia en este género de insidias generosas, que llamó la antigüedad delitos de emperadores ó capitanes generales: siendo los engaños que no se oponen á la buena fé, lícitas permisiones del arte militar, y disputable la preferencia entre la industria y el valor de los soldados.

CAPITULO X

Llega Hernan Cortés á Zempoala, donde halla resistencia : consigue con las armas la victoria : prende á Narbaez, cuyo ejército se reduce á servir debajo de su mano.

Habria marchado el ejército de Cortés algo más de media legua cuando volvieron los batidores con una centinela de Narbaez que cayó en sus manos, y dieron noticia que se les habia escapado entre la maleza otra que venía poco despues : accidente que destruía el presupuesto de hallar descuidado al enemigo. Hízose una breve consulta entre los capitanes, y vinieron todos en que no era posible que aquel soldado, caso que hubiese descubierto el ejército, se atreviese por entónces á seguir el camino derecho, siendo más verosímil que tomase algun rodeo por no dar en el peligro : de que resultó, con aplauso comun, la resolucion de alargar el paso para llegar ántes que la espía, ó entrar al mismo tiempo en el cuartel de los enemigos : suponiendo que si no se lograse la ventaja de asaltarlos dormidos, se conseguiria por lo ménos la de hallarlos mal despiertos, y en el preciso embarazo de la primera turbacion. Asi lo discurrieron sin detenerse, y empezaron á marchar en mayor diligencia, dejando en un ribazo fuera del camino los caballos, el bagage y los demás impedimentos. Pero la centinela que debió á su miedo parte de su agilidad, consiguió el llegar ántes, y puso en arma el cuartel diciendo á voces que venía el enemigo. Acudieron á las armas los que se hallaron más prontos : lleváronle á la presencia de Narbaez, y él despues de hacerle algunas preguntas, despreció el aviso, y al que le traía, teniendo por impraticable que se atreviese Cortés á buscarle con tan poca gente dentro de su alojamiento, ni pudiese campear en noche tan obscura y tempestuosa.

Serian poco mas de las doce cuando llegó Hernan Cortés á Zempoala, y tuvo dicha en que no le descubriesen los caballos de Narbaez, que al parecer perdieron el ca-

mino con la obscuridad, si no se apartaron de él para buscar algun abrigo en que defenderse del agua. Pudo entrar en la villa, y llegar con su ejército á vista del adoratorio, sin hallar un cuerpo de guardia, ni una centinela en que detenerse. Duraba entónces la disputa de Narbaez con el soldado que se afirmaba de haber reconocido, no solamente los batidores, sino todo el ejército en marcha diligente; pero se buscaban todavía pretextos á la seguridad, y se perdia en el exámen de la noticia el tiempo que, aun siendo incierta, se debia lograr en la prevencion. La gente andaba inquieta y desvelada cruzando por el átrio superior : unos dudosos, y otros en la inteligencia de su capitan; pero todos con las armas en las manos, y poco ménos que prevenidos.

Conoció Hernan Cortés que le habian descubierto; y hallándose ya en el segundo caso que llevaba discurrido, trató de asaltarlos ántes que se ordenasen. Hizo la seña de acometer, y Gonzalo de Sandoval con su vanguardia empezó á subir las gradas segun el órden que llevaba. Sintieron el rumor algunos de los artilleros que estaban de guardia, y dando fuego á dos ó tres piezas, tocaron al arma segunda vez, sin dejar duda en la primera. Siguióse al estruendo de la artillería el de las cajas y las voces, y acudieron luégo á la defensa de las gradas los que se hallaron mas cerca. Creció brevemente la oposicion : estrechóse á las picas y á las espadas el combate ; y Gonzalo de Sandoval hizo mucho en mantenerse forcejeando á un tiempo con el mayor número de la gente, y con la diferencia del sitio inferior; pero le socorrió entónces Christóbal de Olid ; y Hernan Cortés dejando su reten, se arrojó á lo más ardiente del conflicto, y facilitó el avance de unos y otros, obrando con la espada lo que infundia con la voz, á cuyo esfuerzo no pudieron resistir los enemigos, que tardaron poco en dejar libre la última grada, y poco más en retirarse desordenadamente, desamparando el átrio y la artillería. Huyeron muchos á sus alojamientos, y otros acudieron á cubrir la puerta del torreon principal, donde se volvió á pelear breve rato con igual valor de ambas partes.

Dejóse ver á este tiempo Pánfilo de Narbaez, que se detuvo en armarse á persuasion de sus amigos; y despues de animar á los que peleaban, y hacer cuanto pudo para ordenarlos, se adelantó con tanto denuedo á lo más recio del combate, que hallándose cerca Pedro Sanchez Farfan, uno de los soldados que asistian á Sandoval, le dió un picazo en el rostro, de cuyo golpe le sacó un ojo y derribó en tierra sin más aliento que el que hubo menester para decir que le habian muerto. Corrió esta voz entre sus soldados, y cayó sobre todos el espanto y la turbacion con varios efectos, porque unos le desampararon ignominiosamente, otros se detuvieron por falta de movimiento, y los que más se quisieron esforzar á socorrerle peleaban embarazados y confusos del súbito accidente : con que se hallaron obligados á retroceder, dando lugar á los vencedores para que le retirasen. Bajáronle por las gradas poco ménos que arrastrando. Envió Cortés á Gonzalo de Sandoval para que cuidase de asegurar su persona, lo cual se ejecutó entregándole al último escuadron; y el que poco ántes miraba con tanto descuido aquella guerra, se halló al volver en sí, no sólo con el dolor de su herida, sino en poder de sus enemigos, y con dos pares de grillos que le poniam más léjos su libertad.

Llegó el caso de cesar la batalla porque cesó la resistencia. Encerráronse todos los de Narbaez en sus torreones tan amedrentados, que no se atrevian á disparar, y sólo cuidaban de poner estorbos á la entrada. Los de Cortés apellidaron á voces la victoria, unos por Cortés, y otros por el rey, y los más atentos por el Espíritu Santo : gritos de alborozo anticipado que ayudaron entónces al terror de los enemigos, y fué circunstancia que hizo al caso en aquella coyuntura que se persuadiesen los más á que traia Cortés un ejército muy poderoso : el cual á su parecer ocupaba gran parte de la campaña; porque desde las ventanas de su encerramiento descubrian á diferentes distancias algunas luces que interrumpiendo la obscuridad parecian á sus ojos cuerdas encendidas y tropas de arcabuceros, siendo unos gusanos que resplandecen de noche, semejantes á nuestras lucernas ó noctilucas, aunque de mayor

tamaño y resplandor en aquel hemisferio : aprension que hizo particular batería en el vulgo del ejército, y que dejó dudosos á los que se animaban : tanto engaña el temor á los afligidos, y tanto se inclinan los adminículos menores de la casualidad á ser parciales de los afortunados.

Mandó Cortés pue cesasen las aclamaciones de la victoria; cuya credulidad intempestiva suele dañar en los ejércitos, y se debe atajar, porque descuida y desordena los soldados. Hizo volver la artillería contra los torreones : dispuso que á guisa de pregon se publicase indulto general á favor de los que se rindiesen : ofreciendo partidos razonables y comunicacion de intereses á los que se determinasen á seguir sus banderas : libertad y pasaje á los que se quisiesen retirar á la isla de Cuba; y á todos salva la ropa y las personas : diligencia que fué bien discurrida, porque importó mucho que se hiciese notoria esta manifestacion de su ánimo ántes que el dia, cuya primera luz no estaba léjos, desengañase aquella gente de las fuerzas que los tenian oprimidos, y les diese resolucion para cobrarse de la pusilanimidad mal concebida : que algunas veces el miedo suele hacerse temeridad, avergonzando al que le tuvo con poco fundamento.

Apénas se acabó de intimar el bando á las tres separaciones donde se habia retraido la gente, cuando empezaron á venir tropas de oficiales y soldados á rendirse. Iban entregando las armas como llegaban, y Cortés sin faltar á la urbanidad, ni al agasajo, hizo tambien desarmar á sus confidentes, porque no se les conociese la inclinacion, ó porque diesen ejemplo á los demás. Creció tanto en breve tiempo el número de los rendidos, que fué necesario dividirlos y asegurarlos con guardia suficiente, hasta que saliendo el dia descubriesen las caras y los efectos.

Cuidó en este intermedio Gonzalo de Sandoval de que se curase la herida de Narbaez; y Hernan Cortés que acudia incansablemente á todas partes, y tenía en aquella su principal cuidado, se acercó á verle con algun recato por no afligirle con su presencia; pero le descubrió el respeto de sus soldados; y Narbaez volviéndole á mirar con semblante de hombre que no acababa de conocer su fortuna,

le dijo : « Tened en mucho, señor capitan, la dicha que » habeis conseguido en hacerme vuestro prisionero. » A » que le respondió Cortés : De todo, amigo, se deben las » gracias á Dios ; pero sin género de vanidad os puedo ase» gurar que pongo esta victoria y vuestra prision entre las » cosas menores que se han obrado en esta tierra. »

Liegó entónces noticia de que se resistia con obstinacion uno de los torreones donde se habian hecho fuertes el capitan Salvatierra y Diego Velázquez el mozo, deteniendo con su autoridad y persuasiones á los soldados que se hallaban con ellos. Volvió Cortés á subir las gradas : hízoles intimar que se rindiesen, ó serian tratados con todo el rigor de la guerra; y viéndolos resueltos á defenderse ó capitular, dispuso, no sin alguna cólera, que se disparasen al torreon dos piezas de artillería, y poco despues ordenó á los artilleros que levantasen la mira y diesen la carga en lo alto del edificio, más para espantar que para ofender. Así lo ejecutaron, y no fué necesaria mayor diligencia para que saliesen muchos á pedir cuartel, dejando libre la entrada de la torre que acabó de allanar Juan Velázquez de Leon con una escuadra de los suyos : prendieron á los capitanes Salvatierra y Velázquez, enemigos declarados, de quien se podia temer que aspirasen á ocupar el vacío de Narbaez, con que se declaró enteramente la victoria por Cortés. Murieron de su parte sólo dos soldados, y hubo algunos heridos, de los cuales hay quien diga que murieron otros dos. En el ejército contrario quedaron muertos quince soldados, un alférez y un capitan, y fué mucho mayor el número de los heridos. Narbaez y Salvatierra fueron llevados á la Vera-Cruz con la guardia que pareció necesaria. Quedó prisionero de Juan Velázquez de Leon Diego Velázquez el mozo; y aunque le tenía justamente irritado con el lance de Zempoala, cuidó con particular asistencia de su cura y regalo : generosidad en que medió como intercesora la igualdad de la sangre, y como superior la nobleza del ánimo. Y todo esto quedó ejecutado ántes de amanecer. ¡Notable faccion! en que se midieron por instantes los aciertos de Cortés, y los desalumbramientos de Narbaez.

Al romper el alba llegaron los dos mil chinantecas que se habian prevenido; y aunque vinieron despues de la victoria, celebró Cortés el socorro, teniéndole por oportuno para que viesen los de Narbaez que no le faltaban amigos que le asistiesen. Miraban aquellos pobres rendidos con vergüenza y confusion el estado en que se hallaban : dióles el dia con su ignominia en los ojos : vieron llegar este socorro, y conocieron las pocas fuerzas con que se habia conseguido la victoria : maldecian la confianza de Narbaez : acusaban su descuido, y todo cedia en mayor estimacion de Cortés, cuya vigilancia, y ardimiento ponderaban con igual admiracion. Prerogativa es del valor en la guerra particularmente, que no le aborrezcan los mismos que le envidian : pueden sentir su fortuna los perdidosos ; pero nunca desagradan al vencido las hazañas del vencedor : máxima que se verificó en esta ocasion, porque cada uno sin fiarse de los demás, se iba inclinando á mejorar de capitan, y á seguir las banderas de un ejército donde vencian y medraban los soldados. Habia entre los prisioneros algunos amigos de Cortés, muchos aficionados á su valor y muchos á su liberalidad. Rompieron los amigos el velo de la disimulacion : dieron principio á sus aclamaciones, con que se declararon luégo los aficionados, siguiendo á la mayor parte los demás. Permitióse que fuesen llegando á la presencia del nuevo capitan : arrojáranse muchos á sus pies, si él no los detuviera con los brazos : dieron todos el nombre haciendo pretension de ganar antigüedad en las listas : no hubo entre tantos uno que se quisiese volver á la isla de Cuba ; y logró con esto Hernan Cortés el principal fruto de su empresa, porque no deseaba tanto vencer como conquistar aquellos Espanoles. Fué reconociendo los ánimos ; y halló en todos bastante sinceridad, pues ordenó luégo que se les volviesen las armas : accion que resistieron algunos de sus capitanes ; pero no faltarian motivos á esta seguridad, siendo amigos los que más suponian entre aquella gente, y estando allí los chinantecas que aseguraban su partido. Conocieron ellos el favor que recibian : aplaudieron esta confianza con nuevas aclamaciones, y él se halló en breves

horas con un ejército que pasaba ya de mil Españoles; presos los enemigos de quien se podia recelar, con una armada de once navíos y siete bergantines á su disposicion; deshecho el último esfuerzo de Velázquez, y con fuerzas proporcionadas para volver á la conquista principal: debiéndose todo á su gran corazon, suma vigilancia y talento militar; y no ménos al valor de sus soldados que abrazaron primero con el ánimo una resolucion tan peligrosa, y despues con la espada y con el brio le dieron, no solamente la victoria, sino el acierto de la misma resolucion: porque al voto de los hombres que dan ó quitan la fama, el conseguir es crédito del intentar; y las más veces se debe á los sucesos el quedar con opinion de prudentes los consejos aventurados [1].

1. En este acontecimiento importante que puso en imminente riesgo la fortuna de Cortés y todo cuanto hasta entónces habia adelantado en la conquista de Nueva España, se manifiestan en todo su esplendor las relevantes cualidades que, como político y como militar, reunia en su persona aquel hombre extraordinario; cuyo arrojo sólo puede medirse por la grandeza misma de los pensamientos que puso en ejecucion. La venida de Pánfilo de Narbaez con fuerzas muy superiores á las suyas, cuando tan critica era su situacion en medio de un gran pueblo, admirado pero no vencido, rodeado por todas partes de provincias enemigas y belicosas, y mal seguro todavia de la reciente amistad de otros pueblos que fácilmente podian reconocer en la causa comun de todo el pais la salvacion de su independencia; eran por sí mismos suficientes motivos para hacer desmayar otra alma ménos varonil y acendrada que la de Hernan Cortés. Éste negociando un amistoso acontecimiento legal con el imprudente Narbaez, y obligado por último recurso á apelar á la suerte de las armas habiendo de dividir sus escasas fuerzas para conservar su dominacion en Méjico y arriesgar una dudosa batalla en los campos de Zempoala, se muestra tan grande y sublime como mezquinos sus miserables competidores. Miéntras aquél, atento á lo que debia á su rey y á él mismo, procura conservar lo adquirido y combatir valerosamente á sus antagonistas, éstos no escuchando otro acento que el de una ruin venganza, apelan á traidoras asechanzas, al soborno y al engaño, para levantar el país contra el conquistador, aventurando en ello la misma conquista y el honor de las armas españolas: y no satisfechos de la seguridad que su mayor fuerza numérica debia inspirarles, áun conciben la villania de poner á precio las cabezas de Cortés y de sus principales capitanes. Su vergonzosa derrota fué un nuevo baldon para su nombre; y si el

CAPÍTULO XI

Pone Cortés en obediencia la caballeria de Narbaez que andaba en la campaña : recibe noticia de que habian tomado las armas los Mejicanos contra los Españoles que dejó en aquella córte : marcha luégo con su ejército, y entra en ella sin oposicion.

No se dejó ver aquella noche la caballería de Narbaez, que pudiera embarazar mucho á Cortés, si hubiera quedado en la disposicion que pedia una plaza de armas en tan corta distancia del enemigo; pero allí se olvidaron todas las reglas de la milicia; y dado el yerro de la negligencia en un capitan, ó se hace ménos extraño lo que se dejó de advertir, ó pasan por consecuencias los absurdos. Valiéronse de los caballos para escapar los que duraron ménos en la ocasion; y á la mañana se tuvo noticia de que andaban incorporados con los batidores que salieron la noche ántes, formando un cuerpo de hasta cuarenta caballos, que discurrian por la campaña con señas de resistir. Dió poco recelo esta novedad, y Hernan Cortés, ántes de pasar á términos de mayor resolucion, nombró al maestre de campo Cristóbal de Olid y al capitan Diego de Ordaz para que fuesen á procurar reducirlos con suavidad, como lo ejecutaron y consiguieron á la primera insinuacion, de que serian admitidos en el ejército con la misma gratitud que sus compañeros: cuyo partido y ejemplar bastó para que viniesen todos á rendirse, y tomar servicio con sus armas y caballos. Tratóse luégo de curar los heridos y alojar á la gente, á que asistieron alegres y oficiosos el cacique y sus zempoales, celebrando la victoria, y disponiendo el hospedaje de sus amigos con un género de

de Narbaez ha pasado hasta nosotros con el sello de la arrogancia necia, el de Diego Velázquez, fautor de tan odiosa tentativa, lleva consigo el de la insaciable codicia ante quien todo lo sacrificaba. El nombre de Cortés brilla en medio de ellos como el astro vespertino entre la densa niebla que viene esparciendo por todas partes la obscuridad de la noche.

regocijo interesado, en que al parecer respiraban de la fatiga y servidumbre antecedente.

No se descuidó Hernan Cortés en asegurarse de la armada : punto esencial en aquella ocurrencia. Despachó sin dilacion al capitan Francisco de Lugo para que hiciese poner en tierra y conducir á la Vera-Cruz las velas, jarcias y timones de todos los bajeles. Ordenó que viniesen á Zempoala los pilotos y marineros de Narbaez, y envió de los suyos los que parecieron bastantes para la seguridad de los buques, por cuyo cabo fué un maestre que se llamaba Pedro Caballero : bastante ocupacion para que le honrase Bernal Diaz con titulo de almirante de la mar.

Dispuso que se volviesen á su provincia los Chinantecas, agradeciendo el socorro como si hubiera servido ; y despues se dieron algunos dias al descanso de la gente, en los cuales vinieron los pueblos vecinos y caciques del contorno á congratularse con los Españoles buenos, ó teules mansos, que asi llamaban á los de Cortés. Volvieron á revalidar su obediencia y á ofrecer su amistad, acompañando esta demostracion con varios presentes y regalos, de que no poco se admiraban los de Narbaez, empezando á experimentar las mejoras del nuevo partido en el agasajo y seguridad de aquella gente que vieron poco ántes escarmentada y desabrida.

En todo este fervor de sucesos favorables traía Hernan Cortés á Méjico en el corazon : no se apartaba un instante su memoria del riesgo en que dejó á Pedro de Alvarado y sus Españoles, cuya defensa consistia únicamente en aquello poco que se podia fiar de la palabra que le dió Motezuma de no hacer novedad en su ausencia, vínculo desacreditado en la soberana voluntad de los reyes.

Hecho el ánimo á volverse luégo, y no atreviéndose á llevar consigo tanta gente, por no desconfiar á Motezuma, ó remover los humores de su corte, resolvió dividir el ejército, y emplear alguna parte de él en otras conquistas. Nombró á Juan Velázquez de Leon para que fuese con doscientos hombres á pacificar la provincia de Panuco ; y á Diego de Ordaz para que se apartase con otros doscien-

tos á poblar la de Guazacoalco, reservando para sí poco más de seiscientos Españoles : número que le pareció proporcionado para entrar en la corte con apariencias de modesto, sin olvidar las señas de vencedor.

Pero al mismo tiempo que se daba ejecucion á este designio, se ofreció novedad que le obligó á tomar otra senda en sus disposiciones. Llegó carta de Pedro de Alvarado, en que le avisaba « que habian tomado las armas » contra él los Mejicanos; y á pesar de Motezuma, que » perseveraba todavía en su alojamiento, le combatian » con frecuentes asaltos, y tanto número de gente, que se » perderian sin remedio él y todos los suyos, si no fuesen » socorridos con breveded. » Vino con esta noticia un soldado español, y en su escolta un embajador de Motezuma, cuya representacion fué: « darle á entender que no habia » sido en su mano el reprimir á sus vasallos; ponerle de» lante lo que padecia su autoridad con los amotinados; » asegurarle que no se apartaria de Pedro de Alvarado y » sus Españoles; y últimamente, llamarle á su corte para » el remedio, » fuese de la misma sedicion, ó fuese del peligro en que se hallaban aquellos Españoles, que uno y otro arguye confianza y sinceridad.

No fué necesario poner en consulta la resolucion que se debia tomar en este caso, porque se adelantó el voto comun de los capitanes y soldados á mirar como empeño inexcusable la jornada, pasando algunos á tener por oportuno y de buen presagio un accidente que les servia de pretexto para excusar la desunion de sus fuerzas, y volver con todo el grueso á la corte : de cuya reduccion debian tomar su principio las demas conquistas. Nombró luégo Hernan Cortés por gobernador de la Vera-Cruz, como teniente de Gonzalo de Sandoval, á Rodrigo Rangel, persona de cuya inteligencia y cuidado pudo fiar la seguridad de los prisioneros y la conservacion de los aliados. Hizo que pasase muestra su ejército, y dejando en aquella plaza la guarnicion que pareció necesaria, y bastante seguridad en los bajeles, halló que constaba de mil infantes y cien caballos. Dividióse la marcha en diferentes veredas, por no incomodar los pueblos, ó por facilitar la provision de los víve-

res: señalóse por plaza de armas un paraje conocido cerca de Tlascala, donde pareció que debian entrar unidos y ordenados. Y aunque fueron delante algunos comisarios á tener bastecidos los tránsitos, no bastó su diligencia para que dejasen de padecer los que iban fuera del camino principal algunos ratos de hambre y sed intolerable: fatiga que sufrieron los de Narbaez sin descaecer ni murmurar, siendo aquellos mismos que poco ántes rindieron el sufrimiento á menor inclemencia. Púdose atribuir esta novedad ad ejemplo de los veteranos, ó á las esperanzas que llevaban en el corazon, dejando alguna parte á la diferencia del capitan, cuya opinion suele tener sus influencias ocultas en el valor y en la paciencia de los soldados.

Ántes de partir respondió Hernan Cortés por escrito á Pedro de Alvarado, y por su embajador á Motezuma, dándoles cuenta de su victoria, de su vuelta y del aumento de su ejército; al uno para que se alentase con esperanza de mayor socorro, y al otro para que no extrañase verle con tantas fuerzas cuando los tumultos de su corte le obligaban á no dividirlas. Procuró medir el tiempo con la necesidad; alargó las marchas euanto pudo; estrechó las horas al descanso, hallándole su actividad en su mismo trabajo. Hizo alguna mansion en la plaza de armas para recoger la gente que venía extraviada; y últimamente llegó á Tlascala en diez y siete de junio con todo el ejército puesto en órden, cuya entrada fué lucida y festejada. Magiscatzin hospedó á Cortés en su casa; los demas hallaron comodidad, obsequio y regalo en su alojamiento. Andaha en los Tlascaltecas mal encubierto el ódio de los Mejicanos con el amor de los Españoles: referian su conspiracion y el aprieto en que se hallaba Pedro de Alvarado, con circunstancias de más afectacion que certidumbre: ponderaban el atrevimiento y la poca fé de aquella nacion, provocando los ánimos á la venganza, y mezclando con poco artificio el avisar y el influir: culpas encarecidas con celo sospechoso, y verdades en boca del enemigo, que se introducen como informes para declinar en acusaciones.

Resolvió el senado hacer un esfuerzo grande, y convo-

car todas sus milicios para que asistiesen á Cortés en esta ocasion, no sin alguna razon de estado, mejor entendida que recatada; porque deseaban arrimar su interés á la causa del amigo, y servirse de sus fuerzas para destruir de una vez la nacion dominante que tanto aborrecian. Conocióse fácilmente su intencion; y Hernan Cortés, con señas de agradecido y lisonjero, reprimió el orgullo con que se disponian á seguirle, contraponiendo á las instancias del senado algunas razones aparentes, que en la sustancia venian á ser pretextos contra pretextos. Pero admitió hasta dos mil hombres de buena calidad, con sus capitanes ó cabos de cuadrillas, los cuales siguieron su marcha, y fueron de servicio en las ocasiones siguientes. Llevó esta gente por dar mayor seguridad á su empresa, ó mantener la confianza de los Tlascaltecas, acreditados ya de valientes contra los Mejicanos; y no llevó mayor número por no escandalizar á Motezuma, ó poner en desesperacion á los rebeldes. Era su intento entrar en Méjico de paz, y ver si podia reducir aquel pueblo con los remedios moderados, sin acordarse por entónces de su irritacion, ni discurrir en el castigo de los culpados, si ya no queria que fuese primero la quietud; por ser dos cosas que se consiguen mal á un mismo tiempo, el sosiego de la sedicion y el escarmiento de los sediciosos.

Llegó á Méjico dia de San Juan, sin haber hallado en el camino más embarazo que la variedad y discordancia de las noticias. Pasó el ejército la laguna sin oposicion, aunque no faltaron señales que hiciesen novedad en el cuidado. Halláronse deshechos y abrasados los dos bergantines de fábrica española; desiertos los arrabales y el barrio de la entrada; rotos los puentes que servian á la communicacion de las calles, y todo en un silencio que parecia cauteloso: indicios que obligaron á caminar poco á poco, suspendiendo los avances, y ocupando la infantería lo que dejaban reconocido los caballos. Duró este recelo hasta que descubriendo el socorro los Españoles que asistian á Motezuma, levantaron el grito y aseguraron la marcha. Bajó con ellos Pedro de Alvarado á la puerta del alojamiento, y se celebró la comun felicidad con igual regocijo.

Victoreábanse unos á otros en vez de saludarse ; todos hablaban y todos se interrumpian ; dijeron mucho los brazos y las medias razones : elocuencias del contento, en que significan más las voces que las palabras.

Salió Motezuma con algunos de sus criados hasta el primer patio, donde recibió á Cortés, tan copiosa de afectos su alegría, que tocó en exceso, y se llevó tras sí la majestad. Es cierto, y nadie lo niega, que deseaba su venida, porque ya necesitaba de sus fuerzas y consejo para reprimir á los suyos, ó por la misma privacion en que se hallaba de aquel género de libertad que le permitia Cortés, dejándole salir á sus divertimientos : licentia de que no quiso usar en todo el tiempo de su ausencia ; siendo cierto que ya consistia su prision en la fuerza de su palabra, cuyo desempeño le obligó á no desviarse de los Españoles en aquella turbacion de su república.

Bernal Diaz del Castillo dice que correspondió Hernan Cortés con desabrimiento á esta demostracion de Motezuma : que le torció el rostro, y se retiró á su cuarto sin visitarle, ni dejarse visitar : que dijo contra él algunas palabras descompuestas delante de sus mismos criados ; y añade, como de propio dictámen, « que por tener consígo tantos Españoles, hablaba tan airado y descomedido. » Términos son de su historia. Y Antonio de Herrera le desautoriza más en la suya, porque se vale de su misma confesion para comprobar su desacierto con estas palabras : « Muchos han dicho haber oido decir á Hernando Cortés, que si en llegando visitára á Motezuma, sus cosas pasáran bien, y que lo dejó estimándole en poco, por hallarse tan poderoso. » Y trae á este propósito un lugar de Cornelio Tácito, cuya sustancia es, que los sucesos prósperos hacen insolentes á los grandes capitanes. No lo dice así Francisco Lopez de Gomara, ni el mismo Hernan Cortés en la segunda relacion de su jornada, que pudiera tocarlo para dar los motivos que le obligaron á semejante aspereza, tuviese razon, ó fuese disculpa. Quede al arbitrio de la sinceridad el crédito que se debe á los autores ; y séanos lícito dudar en Cortés una sinrazon tan fuera de propósito. Los mismos Herrera y Castillo

asientan, que Motezuma resistió esta sedicion de sus vasallos : que los detuvo y reprimió siempre que intentaron asaltar el cuartel; y que si no fuera por la sombra de su autoridad, hubieran perecido infaliblemente Pedro de Alvarado y los suyos. Nadie niega que Cortés lo llevó entendido así; ni el hallarle cumpliendo su palabra le dejaba razon de dudar : siendo fuera de toda proporcion que aquel príncipe moviese las armas que detenia, y se dejase estar cerca de los que intentaba destruir. Accion parece indigna de Cortés el despreciarle, cuando podia llegar el caso de haberle menester; y no era de su genio la destemplanza que se le atribuye, como efecto de la prosperidad. Puédese creer, ó sospechar á lo ménos, que Antonio de Herrera entró con poco fundamento en esta noticia, reincidiendo en los manuscritos de Bernal Diaz, apasionado intérprete de Cortés, y pudo ser que se inclinase á seguir su opinion por lograr la sentencia de Tácito : ambicion peligrosa en los historiadores, porque suele torcerse ó ladearse la narracion, para que vengan á propósito las márgenes; y no es de todos entenderse á un tiempo con la verdad y con la erudicion.

CAPÍTULO XII

Dáse noticia de los motivos que tuvieron los Mejicanos para tomar las armas : sale Diego de Ordaz con algunas compañías á reconocer la ciudad : dá en una celada que tenian prevenida, y Hernan Cortés resuelve la guerra.

Dos ó tres dias ántes que llegase á Méjico el ejército de Cortés, se retiraron los rebeldes á la otra parte de la ciudad, cesando en sus hostilidades cavilosamente, segun lo que se pudo inferir del suceso. Hallábanse asegurados en el exceso de sus fuerzas, y orgullosos de haber muerto en los combates pasados tres ó cuatro Españoles : caso extraordinario en que adquirieron, á costa de mucha gente, nueva osadía ó mayor insolencia. Supieron que venía Cortés, y no pudieron ignorar lo que habia crecido su ejército; pero

estuvieron tan léjos de temerle, que hicieron aquel ademan de retirarse para dejárle franca la entrada, y acabar con todos los Españoles despues de tenerlos juntos en la ciudad. No se llegó á penetrar entónces este designio aunque se tuvo por ardid la retirada, y pocas veces se engaña quien discurre con malicia en las acciones del enemigo.

Alojóse todo el ejército en el recinto del mismo cuartel, donde cupieron Españoles y Tlascaltecas con bastante comodidad : distribuyéronse las guardias y las centinelas segun el recelo á que obligaba una guerra que habia cesado sin ocasíon; y Hernan Cortés se apartó con Pedro de Alvarado para inquirir el orígen de aquella sedicion, y pasar á los remedios con noticia de la causa. Hallamos en este punto la misma variedad en que otras veces ha tropezado el curso de la pluma. Dicen unos, que las inteligencias de Narbaez consiguieron esta conjuracion del pueblo mejicano; y otros que dispuso el motin, y lo fomentó Motezuma con ansia de su libertad, en que no es necesario detenernos, pues se ha visto ya el poco fundamento con que se atribuyeron á Narbaez estas negociaciones ocultas; y queda bastantemente defendido Motezuma de semejante inconsecuencia. Dieron algunos el principio de la conspiracion á la fidelidad de los Mejicanos, refiriendo que tomaron las armas para sacar de opresion á su rey : dictámen que se acerca más á la razon que á la verdad. Otros atribuyeron este rompimiento al gremio de los sacerdotes, y no sin alguna probabilidad, porque anduvieron mezclados en tumulto, publicando á voces las amenazas de sus dioses, y enfureciendo á los demás con aquel mismo furor que los disponie para recibir sus respuestas. Repetian ellos lo que hablaba el demonio en sus ídolos: y aunque no fué suyo el primer movimiento, tuvieron eficacia y actividad para irritar los ánimos y mantener la sedicion.

Los escritores forasteros se apartan más de lo verosímil, poniendo el orígen y los motivos de aquella turbacion entre las atrocidades con que procuran desacreditar á los Españoles en la conquista de las Indias : y lo peor es, que apoyan su malignidad, citando al padre fray Bartolomé de las Casas ó Casaus, que fué despues obispo de Chiapa,

cuyas palabras copian y traducen, dándonos con el argumento de autor nuestro y testigo calificado. Lo que dejó escrito y anda en sus obras es, que los Mejicanos dispusieron un baile público, de aquellos que llamaban mitotes, para divertir ó festejar á Motezuma; y que Pedro de Alvarado, viendo las joyas de que iban adornados, convocó su gente y embistió con ellos, haciéndolos pedazos para quitárselas, en cuyo miserable despojo dice que fueron pasados á cuchillo más de dos mil hombres de la nobleza mejicana; con que deja la conspiracion en términos de justa venganza. Notable despropósito de accion, en que hace falta lo congruente y lo posible. Solicitaba entónces este prelado el alivio de los indios, y encareciendo lo que padecian, cuidó ménos de la verdad que de la ponderacion. Los más de nuestros escritores le convencen de mal informado en esta y otras enormidades que dejó escritas contra los Españoles. Dicha es hallarle impugnado para entendernos mejor con el respeto que se debe á su dignidad.

Pero lo cierto fué, que Pedro de Alvarado, poco despues quo se apartó de Méjico Hernan Cortés, reconoció en los nobles de aquella corte ménos atencion ó ménos agrado; cuya novedad le obligó á vivir cuidadoso y velar sobre sus acciones. Valióse de algunos confidentes que observasen lo que pasaba en la ciudad. Supo que andaba la gente inquieta y misteriosa, y que se hacian juntas en casas particulares, con un género de recato mal seguro que ocultaba el intento y descubria la intencion. Dió calor á sus inteligencias; y consiguió con ellas la noticia evidente de una conjuracion que se iba forjando contra los Españoles, porque ganó algunos de los mismos conjurados que venian con los avisos afeando la traicion, sin olvidar el interés. Ibase acercando una fiesta muy solemne de ídolos, que celebraban con aquellos bailes públicos, mezcla de nobleza y plebe, y conmocion de toda la ciudad. Eligieron este dia para su faccion, suponiendo que se podrian juntar descubiertamente sin que hiciese novedad. Era su intento dar principio al baile para convocar el pueblo y llevársele tras sí, con la diligencia de apellidar la libértad de su rey y la defensa de sus dioses; reservando para entónces el publi-

car la conjuracion, por no aventurar el secreto, fiándose anticipadamente de la muchedumbre; y á la verdad no lo tenian mal discurrido, que pocas veces falta el ingenio á la maldad.

Vinieron la mañana precedente al dia señalado algunos de los promovedores del motin á verse con Pedro de Alvarado, y le pidieron licencia para celebrar su festividad: rendimiento afectado con que procuraron deslumbrarle; y él, mal asegurado todavía en su recelo, se la concedió, con calidad de que no llevasen armas, ni se hiciesen sacrificios de sangre humana; pero aquella misma noche supo que andaban muy solícitos escondiendo las armas en el barrio más vecino al templo: noticia que no le dejó que dudar, y le dió motivo para discurrir en una temeridad, que tuvo sus apariencias de remedio; y lo pudiera ser, si se aplicára con la debida moderacion. Resolvió asaltarlos en el principio de su fiesta, sin dejarles lugar para que tomasen las armas, ni levantasen el pueblo; y asi lo puso en ejecucion, saliendo á la hora señalada con cincuenta de los suyos, y dando á entender, que le llevaba la curiosidad ó el divertimiento. Hallólos entregados á la embriaguez, y envueltos en el regocijo cauteloso de que se iba formando la traicion. Embistió con ellos, y los atropelló con poca ó ninguna resistencia, hiriendo y matando algunos que no pudieron huir, ó tardaron más en arrojarse por las cercas y ventanas del adoratorio. Su intento fué castigarlos y desunirlos, lo cual se consiguió sin dificultad pero no sin desórden; porque los Españoles despojaron de sus joyas á los heridos y á los muertos: licencia mal reprimida entónces, y siempro dificultosa de reprimir en los soldados cuando se hallan con la espada en la mano y el oro á la vista.

Dispuso esta faccion Pedro de Alvarado con más ardor que providencia. Retiróse con desahogos de vencedor, sin dar á entender al concurso popular los motivos de su enojo. Debiera publicar entónces la traicion que prevenian contra él aquellos nobles, manifestar las armas que tenian escondidas, ó hacer algo de su parte para ganar contra ellos el voto de la plebe, fácil siempre de mover contra la

nobleza; pero volvió satisfecho de que habia sido justo el castigo y conveniente la resolucion, ó no conoció lo que importan al acierto los adornos de la razon. Y aquel pueblo, que ignoraba la provocacion, y vió el estrago de los suyos y el despojo de las joyas, atribuyó á la codicia todo el hecho, y quedó tan irritado, que tomó luégo las armas, y dió cuerpo formidable á la sedicion, hallándose dentro del tumulto con poca ó ninguna diligencia de los primeros conjurados [1].

Reprendió Hernan Cortés á Pedro de Alvarado, por el arrojamiento y falta de consideracion con que aventuró la

1. No tiene otro apoyo la narracion de suceso de tanta gravedad que el dicho de Bernal Diaz del Castillo, quien refiere haber venido cuatro embajadores de Motezuma á quejarse ante Cortés de que Pedro de Alvarado, sin causa alguna, habia caido sobre los que estaban celebrando fiestas en el templo de sus dioses y muerto muchos de ellos. Herrera supone una conspiracion premeditada por los Mejicanos, quienes para poder reunirse en gran número sin llamar la atencion de los Españoles pretextaron la ya citada festividad, teniendo escondidas las armas en las casas immediatas para usarlas en el momento convenido.

Es singular que Cortés guarde silencio en sus relaciones acerca de esa conspiracion, con la cual hubiera explicado suficientemente la causa de la rebelion de Méjico. Asi como no sería extraño ese silencio, si en efecto Alvarado habia cometido el atentado que se le imputa. Pero ¿cómo creer que este capitan, aislado con ciento cincuenta Españoles en pueblo enemigo y de tan considerable poder, hubiese cometido la imprudencia y excesiva necedad de provocar una lucha tan desigual, de lo que sólo podia prometerse una muerte inevitable? No es menester en nuestro juicio apelar á semejantes causas para explicar en esa ocasion la conducta de los Mejicanos. Su odio á los conquistadores era invencible : veian en su poder considerables riquezas, preso su monarca, amenazada su independencia, y próximos á sufrir la ley atroz de la venganza, impuesta por los Tlascaltecas y demás provincias rebeladas contra el imperio; y nada más natural y consiguiente á la irritabilidad que esas ideas debieron producir en aquellos indios, que aprovechándose de la ocasion en que Cortés embarazado con Narbaez y puestas en revolucion las provincias ántes obedientes á los Españoles, intentasen acabar con la pequeña fuerza de éstos en Méjico; devolver á pesar suyo la libertad á un príncipe que tan fácilmente se la habia dejado arrebatar, y coronar despues su obra oprimiendo con sus inmensas fuerzas á los pocos Españoles que podian reunirse en Vera-Cruz. Esta explicacion parece más conforme á la verosimilitud histórica.

mayor parte de sus fuerzas en dia de tanta conmocion, dejando el cuartel, y su primer cuidado al arbitrio de los accidentes que podian sobrevenir. Sintió que recatase á Motezuma los primeros lances de aquella inquietud; porque no se fió de él hasta que le vió á su lado en la occasion; y debiera comunicarle sus recelos, cuando no para valerse de su autoridad, para sondar su ánimo, y saber si le dejaba seguro con tan poca guarnicion; lo cual fué lo mismo que volver las espaldas al enemigo de quien más se debia recelar : culpó la inadvertencia de no justificar á voces con el pueblo, y con los mismos delincuentes una resolucion de tan violenta exterioridad : de que se conoce que no hubo en el hecho, ni en sus motivos ó circunstancias la maldad que le imputaron; porque no se contentaria Hernan Cortés con reprender solamente un delito de semejante atrocidad, ni perdiera la ocasion de castigarle, ó prenderle por lo ménos, para introducir la paz con este género de satisfaccion : ántes hallamos que le propuso el mismo Alvarado su prision, como uno de los medios que podrian facilitar la reduccion de aquella gente; y no vino en ello, porque le pareció camino más real servirse de la razon que tuvo el mismo Alvarado contra los primeros amotinados, para desengañar el pueblo y enflaquecer la faccion de los nobles.

No se dejaron ver aquella tarde los rebeldes, ni despues hubo accidente que turbasse la quietud de la noche. Llegó la mañana, y viendo Hernan Cortés que duraba el silencio del enemigo, con señas de cavilacion, porque no parecia un hombre por las calles, ni en todo lo que se alcanzaba con la vista, dispuso que saliese Diego de Ordaz á reconocer la ciudad y apurar el fondo á este misterio. Llevó cuatrocientos hombres españoles y tlascaltecas : marchó con buen órden por la calle principal, y á poca distancia descubrió una tropa de gente armada, que le arrojaron al parecer los enemigos para cebarle. Y avanzando entónces, con ánimo de hacer algunos prisioneros para tomar lengua, descubrió un ejército de innumerable muchedumbre, que le buscaba por la frente, y otro á las espaldas, que tenian oculto en las calles de los lados, cerrando el paso

á la retirada. Embistiéronle unos y otros con igual ferocidad, al mismo tiempo que se dejó ver en las ventanas y azoteas de las casas tercer ejército de gente popular, que cerraba tambien el camino de la respiracion, llenando el aire de piedras y armas arrojadizas.

Pero Diego de Ordaz, que necessitó de su valor y experiencia para juntar en este conflicto el desahogo con la celeridad, formó y dividió su escuadron segun el terreno, dando segundo frente á la retaguardia, picas y espadas contra las dos avenidas, y bocas de fuego contra las ofensas de arriba. No le fué posible avisar á Cortés del aprieto en que se hallaba; ni él sin esta noticia tuvo por necesario el socorrerle, cuando se suponia con bastantes fuerzas para ejecutar la órden que llevaba. Pero duró poco el calor de la batalla, porque los indios embistieron tumultuariamente, y anegados en su mismo número, se impedian el uso de las armas, perdiendo tantos la vida en el primer acometimiento, que se redujeron los demás á distancia, que ni podian ofender, ni ser ofendidos. Las bocas de fuego despejaron brevemente los terrados; y Diego de Ordaz, que venia sólo á reconocer, y no debia pasar á mayor empeño, viendo que los enemigos le sitiaban á lo largo, reducidos á pelear con las voces y las amenazas, se resolvió á retirarse, abriendo el camino con la espada; y dada la órden, se movió en la misma formacion que se hallaba, cercando á viva fuerza con los que ocupaban el paso del cuartel, y peleando al mismo tiempo con los que se le acercaban por la parte contrapuesta, ó se descubrian en lo alto de las casas. Consiguióse con dificultad la retirada, y no dejó de costar alguna sangre, porque volvieron heridos Diego de Ordaz, y los más de los suyos, quedando muertos ocho soldados que no se pudieron retirar. Serian acaso Tlascaltecas, porque sólo se hace memoria de un Español que obró señaladamente aquel dia, y murió cumpliendo con su obligacion. Bernal Diaz refiere sus hazañas, y dice que se llamaba Lezcano. Los demás no hablan en él. Quedó sin el nombre cabal que merecia; pero no quede sín la recomendacion de que se puede honrar su apellido. Conoció Hernan Cortés en este suceso que ya no

era tiempo de intentar proposiciones de paz, que disminuyendo la reputacion de sus fuerzas aumentasen la insolencia de los sediciosos. Determinó hacérsela desear ántes de proponérsela, y salir á la ciudad con la mayor parte de su ejército para llamarlos con el rigor á la quietud. No se hallaba persona entónces por cuyo medio se pudiese introducir el tratado. Motezuma desconfiaba de su autoridad, ó temia la inobediencia de sus vasallos. Entre los rebeldes no habia quien mandase, ni quien obedeciese, ó mandaban todos, y nadie obedecia : vulgo entónces sin distincion ni gobierno, que se componia de nobles y plebeyos. Deseaba Cortés con todo el ánimo seguir el camino de la moderacion, y no desconfió de volverle á cobrar; pero tuvo por necesario hacerse atender ántes de ponerse á persuadir; en que obró como diestro capitan, porque nunca es seguro fiarse de la razon desarmada para detener los ímpetus de un pueblo sedicioso : ella encogida ó balbuciente, cuando no lleva seguras las espaldas; y él un monstruo inexorable, que áun teniendo cabeza le faltan los oidos.

CAPÍTULO XIII

Intentan los Mejicanos asaltar el cuartel y son rechazados : hace dos salidas contra ellos Hernan Cortés : y aunque ambas veces fueron vencidos y desbaratados, queda con alguna desconfianza de reducirlos.

Persiguieron los Mejicanos á Diego de Ordaz tratando como fuga su retirada, y siguiendo con ímpetu desordenado el alcance hasta que los detuvo á su despecho la artilleria del cuartel : cuyo estrago los obligó á retroceder, lo que tuvieron por necesario para desviarse del peligro; pero hicieron alto á la vista, y se conoció del silencio y diligencia con que se andaban convocando y disponiendo que trataban de pasar á nuevo designio.

Era su intento asaltar á viva fuerza el cuartel por todas partes, y á breve rato se vieron cubiertas de gentes las calles del contorno. Hicieron poco despues la seña de aco-

meter sus atabales y bocinas, avanzaron todos á un tiempo con igual precipitacion. Traian de vanguardia tropas de flecheros para que barriendo la muralla pudiesen acercarse los demás. Fueron tan cerradas y tan repetidas las cargas que despidieron, haciendo lugar á los que iban señalados para el asalto, que se hallaron los defensores en confusion, acudiendo con dificultad á los dos tiempos de reparar y ofender. Vióse casi anegado en flechas el cuartel; y no parezca locucion sobradamente animosa, pues se llegó á señalar gente que las apartase, porque ofendian segunda vez cerrando el paso á la defensa. Las piezas de artilleria y demas bocas de fuego hacian horrible destrozo en los enemigos; pero venian tan resueltos á morir ó vencer, que se adelantaban de tropel á ocupar el vacio de los que iban cayendo, y se volvian á cerrar animosamente pisando los muertos y atropellando los heridos.

Llegaron muchos á ponerse debajo del cañon y á intentar el asalto con increible determinacion : valíanse de sus instrumentos de pedernal para romper las puertas y picar las paredes : unos trepaban sobre sus compañeros para suplir el alcance de sus armas : otros hacian escalas de sus mismas picas para ganar las ventanas ó terrados, y todos se arrojaban al hierro y al fuego como fieras irritadas : notable repeticion de temeridades que pudieran celebrarse como hazañas si obrára en ellos el valor algo de lo que obraba la ferocidad.

Pero últimamente fueron rechazados, y se retiraron para cubrirse á las travesias de las calles, donde se mantuvieron hasta que los dividió la noche más por la costumbre que tenian de no pelear en ausencia del sol, que porque diesen esperanzas de haberse decidido la cuestion; ántes se atrevieron poco despues á turbar el sosiego de los Españoles, poniendo por diferentes partes fuego al cuartel, ó ya lo consiguiesen arrimándose á las puertas y ventanas con el amparo de la obscuridad, ó ya le arrojasen á mayor distancia con las flechas de fuego artificial; que pareció más verosímil, porque la llama creció súbitamente á tomar posesion del edificio con tanto vigor, que fué necesario atajarla derribando algunas paredes, y tra-

bajar despues en cerrar y poner en defensa los portillos que se hicieron para impedir la comunicacion del incendio : fatiga que duró la mayor parte de la noche.

Pero apénas se declaró la primera luz de la mañana cuando se dejaron ver los enemigos, escarmentados al parecer de acercarse á la muralla, porque sólo provocaban á los Españoles para que saliesen de sus reparos : llamábanlos á la batalla con grandes injurias : tratábanlos de cobardes porque se defendian encerrados; y Hernan Cortés, que habia resuelto salir contra ellos aquel dia, tuvo por oportuna esta provocacion para encender los ánimos de los suyos. Dispúsolos con una breve oracion al desagravio de su ofensa; y formó sin más dilacion tres escuadrones del grueso que pareció conveniente, dando á cada uno mas Españoles que Tlascaltecas : los dos para que fuesen desembarazando las calles vecinas ó colaterales; y el tercero donde iba su persona y la fuerza principal de su ejército, para que acometiese por la calle de Tácuba, donde habia cargado el mayor grueso del enemigo. Dispuso las hileras, y distribuyó las armas segun la necesidad que habia de pelear por la frente y por los lados; acomodándose á lo que observó Diego de Ordaz en su retirada; y teniendo por digno de su imitacion lo que poco ántes mereció su alabanza, en que mostró la ingenuidad de su ánimo, y que no ignoraba cuánto aventuran los superiores que se dedignan de caminar por las huellas de los que fueron delante, cuando hay tan poca distancia entre el errar y el diferenciarse de los que acertaron.

Embistieron todos á un tiempo; y los enemigos dieron y recibieron las primeras cargas sin perder tierra ni conocer el peligro, esperando unas veces, y otras acometiendo, hasta llegar á lo estrecho de las armas y los brazos. Esgrimian los chuzos y los montantes con desesperada intrepidez. Entrábanse por las picas y las espadas para lograr el golpe á precio de la vida. Las bocas de fuego que iban señaladas al opósito de las azoteas y ventanas, no podian atajar la lluvia de las piedras, porque las arrojaban sin descubrirse, y fué necesario poner fuego en algunas casas para que cesase aquella prolija hostilidad.

Cedieron finalmente al esfuerzo de los Españoles; pero iban rompiendo los puentes de las calles, y hacian rostro de la otra parte, obligándolos á que cegasen, peleando, las acequias para seguir en alcance. Los que partieron á desembarazar las calles de los lados, cargaron la multitud que las ocupaba con tanta resolucion que se consiguió por su medio el asegurar la retaguardia y el llevar siempre al enemigo por la frente, hasta que saliendo á lo ancho de una plaza se unieron los tres escuadrones y á su primer ataque desmayaron los indios y volvieron las espaldas atropelladamente, dando á la fuga el mismo ímpetu que dieron á la batalla.

No permitió Hernan Cortés que se pasase á destruir enteramente aquellos vasallos de Motezuma fugitivos ya y desordenados; ó no le sufrió su ánimo que se hiciese más sangrienta la victoria, pareciéndole que dejaba castigado con bastante rigor su atrevimiento. Recogióse su gente y se retiró, sin hallar oposicion que le obligase á pelear. Faltaron de su ejército diez ó doce soldados, y hubo muchos heridos, los más de piedra ó flecha, y ninguno de cuidado. En el ejército de los Mejicanos murió innumerable gente : los cuerpos que no pudieron retirar, llenaban de horror las calles despues de haber teñido en su sangre las acequias. Duró toda la mañana el combate, y se llegaron á ver en conflicto algunas veces los Españoles : pero se debió á su valor el suceso, y le hizo posible su experiencia y buena disciplina. No hubo quien sobresaliese, porque obraron todos con igual bizarría señalándose los soldados como los capitanes, y quitando unas hazañas el nombre de las otras. Hizo la imitacion valientes sin principio á los Tlascaltecas; y Hernan Cortés gobernó la faccion como valeroso y prudente capitan, acudiendo á todas partes, y más diligente á los peligros; siempre la espada en el enemigo; la vista en los suyos, y el consejo en su lugar; dejando en duda si se debió más á su ardimiento que á su pericia militar : virtudes ambas que poseyó en grado eminente, y que se desean sin distincion, ó concurren sin preferencia en los grandes capitanes.

Fué necesario dejar algun tiempo al descanso de la gente

y á la cura de los heridos, cuya suspension duró tres dias ó poco más, en que se atendió solamente á la defensa del cuartel, que tuvo siempre á la vista el ejército de los amotinados, y fué algunas veces combatido con ligeras escaramuzas, en que andaba mezclado el huir y el acometer. En este medio tiempo volvió Cortés á las pláticas de la paz, fueron saliendo con diferentes partidos algunos mejicanos de los que asistian al servicio de Motezuma; pero no se descuidó miéntras duraba la negociacion en las demás prevenciones. Hizo fabricar al mismo tiempo cuatro castillos de madera que se movian sobre ruedas con poca dificultad, por si llegase la ocasion de hacer nueva salida. Era capaz cada uno de veinte ó treinta hombres, guarnecido el techo de gruesos tablones contra las piedras que venian de lo alto; frente y lados con sus troneras, para dar la carga sin descubrir el pecho: imitacion de las mantas que usa la milicia para echar gente á picar las murallas; cuyo reparo tuvo entónces por conveniente para que se pudiesen arrimar sus soldados á poner fuego en las casas, y á romper las trincheras con que iban atajando las calles; si ya no fué para que al embestir aquellas máquinas portátiles pelease tambien la novedad asombrando al enemigo.

De los Mejicanos que salieron á proponer la paz volvieron unos mal despachados, y otros se quedaron entre los rebeldes, no sin grande irritacion de Motezuma, que deseaba con empeño la reducion de sus vasallos, y recataba con artificio fácil de penetrar, el recelo de que acabasen de perder el miedo á su autoridad. Hacíanse á este tiempo nuevas prevenciones de guerra en la ciudad. Los señores de vasallos que andaban en la sedicion iban llamando la gente de sus lugares: crecia por instantes la fuerza del enemigo, y no cesaba la provocacion en el cuartel de los Españoles, cansados ya de sufrir la embarazosa repeticion de voces y flechas, que aunque se perdian en el viento, no dejaban de ofender en la paciencia.

Con esta buena disposicion de su gente, con el parecer de sus capitanes y aprobacion de Motezuma, ejecutó Cortés la segunda salida contra los Mejicanos: llevó consigo

la mayor parte de los Españoles y hasta dos mil Tlascaltecas, algunas piezas de artillería, las máquinas de madera con guarnicion proporcionada, y algunos caballos á la mano para usar de ellos cuando lo permitiesen las quiebras del terreno. Estaba entónces el tumulto en un profundo silencio, y apénas se dió principio á la marcha cuando se conoció la primera dificultad de la empresa, en lo que abultaron súbitamente los gritos de la multitud, alternados con el estruendo pavoroso de los atabales y caracoles. No esperaron á ser acometidos, ántes se vinieron á los Españoles con notable resolucion y movimento ménos atropellado que solian. Dieron y recibieron las primeras cargars sin descomponerse ni precipitarse; pero á breve rato conocieron el daño que recibian, y se fueron retirando poco á poco, sin volver las espaldas, al primero de los reparos con que tenian atajadas las calles, en cuya defensa volvieron á pelear con tanta obstinacion, que fué necesario adelantar algunas piezas de artillería para desalojarlos. Tenian cerca las retiradas, y en algunas levantando los puentes de las acequias con que se repetia importunadamente la dificultad, y no se hallaba la sazon de poderlos combatir en descubierto. Viéronse aquel dia en sus operaciones algunas advertencias que parecian de guerra más que popular. Disparaban á tiempo, y baja la puntería para no málograr el tiro en la resistencia de las armas. Los puestos se defendian con desahogo, y se abandonaban sin desórden. Echaron gente á las acequias para que ofendiesen nadando con el bote de las picas. Hicieron subir grandes peñascos á las azoteas para destruir los castillos de madera, y lo consiguieron haciéndolos pedazos. Todas las señas daban á entender que habia quien gobernase, porque se animaban y socorrian tempestivamente, y se dejaba conocer alguna obediencia entre los mismos desconciertos de la multitud.

Duró el combate la mayor parte del dia, reducidos los Españoles y sus aliados á ganar terreno de trinchera en trinchera: hízose gran daño en la ciudad: quemáronse muchas casas; y costó más sangre á los Mejicanos esta ocasion que las dos antecedentes, porque anduvieron más

cerca de las balas; ó porque no pudieron huir como solian con el impedimento de sus mismos reparos.

Ibase acercando la noche, y Hernan Cortés, viéndose obligado, no sin alguna desazon, á la disputa inútil de ganar puestos que no se habian de mantener, se volvió á su alojamiento, dejando en la verdad ménos corregida que hostigada la sedicion. Perdió hasta cuarenta soldados, los más Tlascaltecas : salieron heridos y maltratados más de cincuenta Españoles, y él con un flechazo en la mano izquierda; pero más herido interiormente de haber conocido en esta ocasion que no era posible continuar aquella guerra tan desigual sin riesgo de perder el ejército y la reputacion: primer desaliento suyo, cuya novedad extrañó su corazon y padeció su constancia. Encerróse con pretexto de la herida y con deseo de alargar las riendas al discurso. Tuvo mucho que hacer consígo la mayor parte de la noche. Sentia el retirarse de Méjico, y no hallaba camino de mantenerse. Procuraba esforzarse contra la dificultad, y se ponia la razon de parte del recelo. No se conformaban su entendimiento y su valor, y todo era batallar sin resolver : impaciente y desabrido con los dictámenes de la prudencia, ó mal hallado con lo que duele, ántes de aprovechar el desengaño.

CAPÍTULO XIV

Propone á Cortés Motezuma que se retire, y él le ofrece que se retirará luégo que dejen las armas sus vasallos : vuelven éstos á intentar nuevo asalto: habla con ellos Motezuma desde la muralla, y queda herido perdiendo las esperanzas de reducirlos.

No tuvo mejor noche Motezuma, que vacilaba entre mayores inquietudes, dudoso ya en la fidelidad de sus vasallos, y combatido el ánimo de contrários afectos que unos seguian y otros violentaban su inclinacion : ímpetus de la ira, moderaciones del miedo y repugnancia de la soberbia. Estuvo aquel dia en la torre más alta del cuartel observando la batalla, y reconoció entre los rebeldes al

señor de Iztacpalapa, y otros príncipes de los que podian aspirar al imperio: viólos discurrir á todas partes animando la gente y disponiendo la faccion: no recelaba de sus nobles semejante alevosía: crecieron á un tiempo su enojo y su cuidado; y sobresalió el enojo dando á la sangre y al cuchillo el primer movimiento de su natural; pero conociendo poco despues el cuerpo que habia tomado la dificultad, convertido ya el tumulto en conspiracion, se dejó caer en el desaliento, quedando sin accion para ponerse de parte del remedio, y rindiendo al asombro y á la flaqueza todo el impulso de la ferocidad: horribles siempre al tirano los riesgos de la corona, y fáciles ordinariamente al temor los que se precian de temidos.

Esforzóse á discurrir en diferentes medios para restablecerse, y ninguno le pareció mejor que despachar luégo á los Españoles y salir á la ciudad, sirviéndose de la mansedumbre y de la equidad ántes de levantar el brazo de la justicia. Llamó á Cortès por la mañana y le comunicó lo que habia crecido su cuidado, no sin alguna destreza. Ponderó con afectada seguridad el atrevimiento de sus nobles, dando al empeño de castigarlos algo más que á la razon de temerlos. Prosiguió diciendo: « que ya pedian » pronto remedio aquellas turbaciones de su república, y » convenia quitar el pretexto á los sediciosos y darles á » conocer su engaño ántes de castigar su delito: que to» dos los tumultos se fundaban sobre apariencias de ra» zon; y en las aprensiones de la multitud era prudencia » entrar cediendo para salir dominando: que los clamores » de sus vasallos tenian de su parte la disculpa del buen » sonido, pues se reducian á pedir la libertad de su rey, » persuadidos á que no la tenía, y errando el camino de » pretenderla: que ya llegaba el caso de ser inexcusable » que saliesen de Méjico sin más dilacion Cortés y los » suyos para que pudiese volver por su autoridad, á poner » en sujecion á los rebeldes, y atajar el fuego desviando » la materia. » Repitió lo que habia padecido por no faltar á su palabra, y tocó ligeramente los recelos que más le congojaban; pero fueron rendidas las instancias que hizo á Cortés para que no le replicase, que se descu-

brian las influencias del temor en las eficacias del ruego.

Hallábase ya Hernan Cortés con dictámen de que le convenia retirarse por entónces, aunque no sin esperanzas de volver á la empresa con mayor fundamento; y sirviéndose de lo que llevaba discurrido para extrañar ménos esta proposicion, le respondió sin detenerse: « que su » ánimo y su entendimiento estaban conformes en obede- » cerle con ciega resignacion, porque sólo deseaba eje- » cutar lo que fuese de su mayor agrado, sin discurrir en » los motivos de aquella resolucion, ni detenerse á repre- » sentar inconvenientes que tendria previstos y considera- » dos; en cuyo exámen debe rendir su juicio el inferior, ó » suele bastar por razon la voluntad de los príncipes. Que » sentiria mucho apartarse de su lado sin dejarle restituido » en la obediencia de sus vasallos, particularmente cuando » pedia mayor precaucion la circunstancia de haberse de- » clarado la nobleza por los populares: novedad que ne- » cesitaba de todo su cuidado; porque los nobles, roto » una vez el freno de su obligacion, se hallan más cerca » de los mayores atrevimientos; pero que no le tocaba » formar dictámenes que pudiesen retardar su obediencia, » cuando le proponia, como remedio necesario, su jor- » nada, conociendo la enfermedad y los humores de que » adolecia su república: sobre cuyo presupuesto, y la cer- » tidumbre de que marcharia luégo con su ejército la » vuelta de Zempoala, debia suplicarle que ántes de su » partida hiciese dejar las armas á sus vasallos, porque » no sería de buena consecuencia que atribuyesen á su » rebeldía lo que debian á la benignidad de su rey; cuyo » reparo hacía más por el decoro de su autoridad, que » porque le diese cuidado la obstinacion de aquellos re- » beldes, pues dejaba el empeño de castigarlos por com- » placerle, llevando en su espada y en el valor de los » suyos todo lo que habia menester para retirarse con se- » guridad. »

No esperaba Motezuma tanta prontitud en las respuestas de Cortés : creyó hallar en él mayor resistencia, y temia estrecharle con la porfía ó con la desazon en materia que tenía resuelta y deliberada. Dióle á entender su

agradecimiento con demostraciones de particular gratitud. Salió al semblante y á la voz el desahogo de su respiracion. Ofreció mandar luégo á sus vasallos que dejasen las armas, y aprobó su advertencia, estimándola como disposicion necesaria para que llegasen ménos indignos á capitular con su rey: punto en que no habia discurrido, aunque sentia interiormente la disonancia de tanto contemporizar con los que merecian su desagrado, y no hallaba camino de componer la soberanía con la disimulacion. Al mismo tiempo que duraba esta conferencia se tocó un arma muy viva en el cuartel. Salió Hernan Cortés á reconocer sus defensas, y halló la gente por todas partes empeñada en la resistencia de un asalto general que intentaron los enemigos. Estaba siempre vigilante la guarnicion, y fueron recibidos con todo el rigor de las bocas de fuego: pero no fué posible detenerlos, porque cerraron los ojos al peligro y acometieron de golpe, impelidos unos de otros con tanta precipitacion, que caminando al parecer su vanguardia sin propio movimiento, logró al primer avance la determinacion de arrimarse á la muralla. Fuéronse quedando los arcos y las hondas en la distancia que habian menester, y empezaron á repetir sus cargas para desviar la oposicion del asalto, que al mismo tiempo se intentaba y resistia con igual resolucion. Llegó por algunas partes el enemigo á poner el pie dentro de los reparos; y Hernan Cortés, que tenía formado su retén de Tlascaltecas y Españoles en el patio principal, acudia con nuevos socorros á los puntos más aventurados, siendo necesario toda su actividad y todo el ardimiento de los suyos para que no flaquease la defensa, ó se llegase á conocer la falta que hacen las fuerzas al valor.

Supo Motezuma el conflicto en que se hallaba Cortés; llamó á doña Marina, y por su medio le propuso: « que » segun el estado presente de las cosas y lo que tenía dis» currido, sería conveniente dejarse ver desde la muralla » para mandar que se retirasen los sediciosos populares, » y viniesen desarmados los nobles á representar lo que » unos y otros pretendian. » Admitió Cortés su proposicion, teniendo ya por necesaria esta diligencia para que

respirase por un rato su gente, cuando no bastase para vencer la obstinacion de aquella multitud inexorable. Y Motezuma se dispuso luégo á ejecutar esta diligencia con ansia de reconocer el ánimo de sus vasallos en lo tocante á su persona. Hízose adornar de las vestiduras reales: pidió la diadema y el manto imperial: no perdonó las joyas de los actos públicos, ni otros resplandores afectados que publicaban su desconfianza, dando á entender con este cuidado que necesitaba de accidentes su presencia para ganar el respeto de los ojos, ó que le convenía socorrerse de la púrpura y el oro para cubrir la flaqueza interior de la majestad. Con todo este aparato, y con los Mejicanos principales que duraban en su servicio, subió al terrado contrapuesto á la mayor avenida. Hizo calle la guarnicion y asomándose uno de ellos al pretil, dijo en voces altas: que previniesen todos su atencion y su reverencia, porque se habia dignado el gran Motezuma de salir á escucharlos y favorecerlos. Cesaron los gritos al oir su nombre, y cayendo el terror sobre la ira, quedaron apagadas las voces y amedrentada la respiracion. Dejóse ver entónces de la muchedumbre, llevando en el semblante una severidad apacible compuesta de su enojo y su recelo. Doblaron muchos la rodilla cuando le descubrieron, y los más se humillaron hasta poner el rostro con la tierra, mezclándose la razon de temerle con la costumbre de adorarle. Miró primero á todos, y despues á los nobles, con ademan de reconocer á los que conocia. Mandó que se acercasen algunos, llamándolos por sus nombres. Honrólos con el título de amigos y parientes, forcejeando con su indignacion. Agradeció el afecto con que deseaban su libertad, sin faltar á la decencia de las palabras; y su razonamiento, aunque le hallamos referido con alguna diferencia, fué, segun dicen los más, en esta conformidad.

« Tan léjos estoy, vasallos mios, de mirar como delito » esta conmocion de vuestros corazones, que no puedo » negarme inclinado á vuestra disculpa. Exceso fué tomar » las armas sin mi licencia, pero exceso de vuestra fideli- » dad. Creísteis, no sin alguna razon, que yo estaba en » este palacio de mis predecesores detenido y violentado :

» y el sacar de opresion á vuestro rey es empeño grande
» para intentado sin desórden, que no hay leyes que pue-
» dan sujetar el nimio dolor á los términos de la pru-
» dencia; y aunque tomásteis con poco fundamento la
» ocasion de vuestra inquietud (porque yo estoy sin vio-
» lencia entre los forasteros que tratais como enemigos)
» ya veo que no es descrédito de vuestra voluntad el en-
» gaño de vuestro discurso. Por mi eleccion he perseve-
» rado con ellos; y he debido toda esta benignidad á su
» atencion, y todo este obsequio al príncipe que los envia.
» Ya están despachados: ya he resuelto que se retiren: y
» ellos saldrán luégo de mi corte; pero no es bien que me
» obedezcan primero que vosotros, ni que vaya delante de
» vuestra obligacion su cortesía. Dejad las armas y venid
» como debéis á mi presencia, para que cesando el rumor
» y callando el tumulto, quedéis capaces de conocer lo
» que os favorezco en lo mismo que os perdono. »

Así acabó su oracion y nadie se atrevió á responderle. Unos le miraban asombrados y confusos de hallar el ruego donde temian la indignacion; y otros lloraban de ver tan humilde á su rey, ó lo que disuena más, tan humillado. Pero al mismo tiempo que duraba esta suspension, volvió á remolinar la plebe, y pasó en un instante del miedo á la precipitacion, fácil siempre de llevar á los extremos su inconstancia, y no faltaria quien la fomentase cuando tenian elegido nuevo emperador, ó estaban resueltos á elegirle, que uno y otro se halla en los historiadores.

Creció el desacato á desprecio, dijéronle á grandes voces que ya no era su rey, que dejase la corona y el cetro por la rueca y el huso, llamándole cobarde, afeminado y prisionero vil de sus enemigos. Perdíanse las injurias en los gritos, y él procuraba, con el sobrecejo y con la mano, hacer lugar á sus palabras, cuando empezó á disparar la multitud, y vió sobre sí el último atrevimiento de sus vasallos. Procuraron cubrirle con las rodelas dos soldados que puso Hernan Cortés á su lado previniendo este peligro; pero no bastó su diligencia para que dejasen de alcanzarle algunas flechas, y más rigurosamente una piedra que le hirió en la cabeza, rompiendo parte de la sien,

cuyo golpe le derribó en tierra sin sentido: suceso que sintió Cortés como uno de los mayores contratiempos que se le podian ofrecer. Hízole retirar á su cuarto, y acudió con nueva irritacion á la defensa del cuartel; pero se halló sin enemigos en quien tomar satisfaccion de su enojo; porque al mismo instante que vieron caer á su rey, ó pudieron conocer que iba herido, se asombraron de su misma culpa, y huyendo sin saber de quién, ó creyendo que llevaban á las espaldas la ira de sus dioses, corrieron á esconderse del cielo con apuel género de confusion ó fealdad espantosa que suelen dejar en el ánimo al acabarse de cometer los enormes delitos.

Pasó luégo Hernan Cortés al cuarto de Motezuma, que volvió en sí dentro de breve rato; pero tan impaciente y despechado, que fué necesario detenerle para que no se quitase la vida. No era posible curarle porque desviaba los medicamentos : prorumpia en amenazas que terminaban en gemidos : esforzábase la ira y declinaba en pusilanimidad : la persuasion le ofendia, y los consuelos le irritaban : cobró el sentido para perder el entendimiento ; y pareció conveniente dejarle por un rato y dar algun tiempo á la consideracion para que se desembarazase de las primeras disonancias de la ofensa. Quedó encargado á su familia y en miserable congoja, batallando con las violencias de su natural y el abatimiento de su espíritu; sin aliento para intentar el castigo de los traidores, y mirando como hazaña la resolucion de morir á sus manos : bárbaro recurso de ánimos cobardes que gimen debajo de la calamidad, y sólo tienen valor contra el que puede ménos.

CAPÍTULO XV

Muere Motezuma sin querer reducirse á recibir el bautismo : envia Cortés el cuerpo á la ciudad : celebran sus exequias los Mejicanos; y se describen las calidades que concurrieron en su persona.

Perseveró en su impaciencia Motezuma, y se agravaron al mismo paso las heridas, conociéndose por instantes lo

que influyen las pasiones del ánimo en la corrupcion de los humores. El golpe de la cabeza pareció siempre de cuidado, y bastaron sus despechos para que se hiciese mortal, porque no fué posible curarle como era necesario hasta que le faltaron las fuerzas para resistir á los remedios. Padecíase lo mismo para reducirle á que tomase algun alimento, cuya necesidad le iba extenuando : sólo duraba en él alentada y vigorosa la determinacion de acabar con su vida, creciendo su desesperacion con la falta de sus fuerzas. Conocióse á tiempo el peligro ; y Hernan Cortés, que faltaba pocas veces de su lado porque se moderaba y componia en su presencia, trató con todas véras de persuadirle á lo que más le importaba. Volvióle á tocar el punto de la religion, llamándole con suavidad á la detestacion de sus errores y al conocimiento de la verdad. Habia mostrado en diferentes ocasiones alguna inclinacion á los ritos y preceptos de la fé católica; desagradando á su entendimiento los absurdos de la idolatría, y llegó á dar esperanzas de convertirse; pero siempre lo dilataba por su diabólica razon de estado, atendiendo á la supersticion agena cuando le dejaba la suya : y dando al temor de sus vasallos más que á la reverencia de sus dioses.

Hizo Cortés de su parte cuanto pedia la obligacion de cristiano. Rogábale unas veces fervoroso y otras enternecido que se volviese á Dios y asegurase la eternidad recibiendo el bautismo. El padre fray Bartolomé de Olmedo le apretaba con razones de mayor eficacia : los capitanes que se preciaban de sus favorecidos querian entenderse con su voluntad : doña Marina pasaba de la interpretacion á los motivos y á los ruegos; y diga lo que quisiere la emulacion ó la malicia, que hasta en este cuidado culpa de omisos á los Españoles, no se omitió diligencia humana para reducirle al camino de la verdad. Pero sus respuestas eran despropósitos de hombre precito : discurrir en su ofensa; prorumpir en amenazas : dejarse caer en la desesperacion, y encargar á Cortés el castigo de los traidores; en cuya batalla, que duró tres dias, rindió al demonio la eterna posesion de su espíritu, dando á la venganza y á la ferocidad las últimas cláusulas de su aliento; y dejando al

mundo un ejemplo formidable de lo que se deben temer en aquella hora las pasiones, enemigas siempre de la conformidad, y más absolutas en los poderosos; porque falta el vigor para sujetarlas, al mismo tiempo que prevalece la costumbre de obedecerlas.

Fué general entre los Españoles el sentimiento de su muerte, porque todos le amaban con igual afecto; unos por sus dádivas, y otros por su gratitud y benevolencia. Pero Hernan Cortés, que le debia más que todos y hacía mayor pérdida, sintió esta desgracia tan vivamente, que llegó á tocar su dolor en congoja y desconsuelo; y aunque procuraba componer el semblante por no desalentar á los suyos, no bastaron sus esfuerzos para que dejase de manifestar el secreto de su corazon con algunas lágrimas que se vinieron á sus ojos tarde, ó mal detenidas. Tenía fundada en la voluntaria sujecion de aquel príncipe la mayor fábrica de sus designios. Habíasele cerrado con su muerte la puerta principal de sus esperanzas. Necesitaba ya de tirar nuevas líneas para caminar al fin que pretendia, y sobre todo, le congojaba que hubiese muerto en su obstinacion: último encarecimiento de aquella infelicidad, y punto esencial que le dividia el corazon entre la tristeza y el miedo, tropezando en el horror todos los movimientos de la piedad.

Su primera diligencia fué llamar á los criados del difunto, y elegir seis de los más principales para que sacasen el cuerpo á la ciudad, en cuyo número fueron comprendidos algunos prisioneros sacerdotes de los ídolos, unos y otros oculares testigos de sus heridas y de su muerte. Ordenóles que dijesen de su parte á los príncipes que gobernaban el tumulto popular: « que allí les enviaba el » cadáver de su rey muerto á sus manos, cuyo enorme » delito daba nueva razon á sus armas. Que ántes de mo- » rir le pidió repetidas veces, como sabian, que tomase » por su cuenta la venganza de su agravio y el castigo de » tan horrible conspiracion. Pero que mirando aquella » culpa como brutalidad impetuosa de la ínfima plebe, y » como atrevimiento cuya enormidad habrian conocido » y castigo los de mayor entendimiento y obligaciones,

» volvia de nuevo á proponer la paz, y estaba pronto á » concedérsela viniendo los diputados que nombrasen á » conferir y ajustar los medios que pareciesen convenien- » tes. Pero que al mismo tiempo tuviesen entendido que » si no se ponian luégo en la razon y en el arrepentimiento, » serian tratados como enemigos, con la circunstancia de » traidores á su rey, esperimentando los últimos rigores de » sus armas; porque muerto Motezuma, cuyo respeto le » detenia y moderaba, trataria de asolar y destruir ente- » ramente la ciudad, y conocerian con tardo escarmiento » lo que iba de una hostilidad poco más que defensiva, en » que sólo se cuidaba de reducirlos, á una guerra decla- » rada en que se llevaria delante de los ojos la obligacion » de castigarlos. »

Partieron luégo con este mensage los seis Mejicanos, llevando en los hombros el cadáver; y á pocos pasos llegaron á reconocerle, no sin alguna reverencia, los sediciosos, como se observó desde la muralla. Siguiéronle todos arrojando las armas y desamparando sus puestos, y en un instante se llenó la ciudad de llantos y gemidos : bastante demostracion de que pudo más el espectáculo miserable ó la presencia de su culpa, que la dureza de sus corazones. Ya tenian elegido emperador segun la noticia que se tuvo despues, y sería dolor sin arrepentimiento; pero no disonarian al sucesor aquellas reliquias de fidelidad, mirándolas en el nombre y no en la persona del rey. Duraron toda la noche los alaridos y clamores de la gente, que andaba en tropas repitiendo por las calles el nombre de Motezuma con un género de inquietud lastimosa, que publicaba el desconsuelo, sin perder las señas de motin.

Algunos dicen que le arrastraron y le hicieron pedazos, sin perdonar á sus hijos y mujeres. Otros que le tuvieron expuesto á la irrision y desacato de la plebe; hasta que un criado suyo formando una humilde pira de mal colocados leños, abrasó el cuerpo en lugar retirado y poco decente. Púdose creer uno y otro de un pueblo desbocado, en cuya inhumanidad se acerca más á lo verosímil lo que se aparta más de la razon. Pero lo cierto fué que respetaron el cadáver, afectando en su adorno y en la pompa

funeral, que sentian su muerte como desgracia en que no tuvo culpa su intencion; si ya no aspiraron á conseguir con aquella exterioridad reverente la satisfaccion ó el engaño de sus dioses. Lleváronle con grande aparato la mañana siguiente á la montaña de Chapultepeque, donde se hacian las exequias y guardaban las cenizas de sus reyes : y al mismo tiempo resonaron con mayor fuerza los clamores y lamentos de la multitud que solia concurrir á semejantes funciones : cuya noticia confirmaron despues ellos mismos, refiriendo las honras de su rey como hazaña de atencion, ó como enmienda sustancial de su delito.

No faltaron plumas que atribuyesen á Cortés la muerte de Motezuma, ó lo intentasen por lo ménos, afirmando que le hizo matar para desembarazarse de su persona. Y alguno de los nuestros dice que se dijo; y no le defiende ni lo niega : descuido que sin culpa de la intencion, se hizo semejante á la calumnia. Pudo ser que lo afirmasen años despues los Mejicanos, por concitar el odio contra los Españoles, ó borrar la infamia de su nacion; pero no lo dijeron entónces, ni lo imaginaron. Notablemente se fatigan los extrangeros para desacreditar los aciertos de Cortés en esta empresa. Defiéndale su entendimiento de semejante absurdo, si no le defendiere la nobleza de su ánimo de tan horrible maldad, y quédese la envidia en su confusion.

Fué Motezuma, como dijimos, príncipe de raros dotes naturales; de agradable y majestuosa presencia; de claro y perspicaz entendimiento ; falto de cultura, pero inclinado á la sustancia de las cosas. Su valor le hizo el mejor entre los suyos ántes de llegar á la corona, y despues le dió entre los extraños la opinion más venerable de los reyes. Tenía el genio y la inclinacion militar : entendia las artes de la guerra ; y cuando llegaba el caso de tomar las armas, era el ejército su corte. Ganó por su persona y direccion nueve batallas campales : conquistó diferentes provincias, y dilató los límites de su imperio, dejando los resplandores del solio por los aplausos de la campaña, y teniendo por mejor cetro el que se forma del baston. Fué

naturalmente dadivoso y liberal : hacía grandes mercedes sin género de ostentacion, tratando las dádivas como deudas, y poniendo la magnificencia entre los oficios de la majestad. Amaba la justicia y celaba su administracion en los ministros, con rígida severidad. Era contenido en los desórdenes de la gula, y moderado en los incentivos de la sensualidad. Pero estas virtudes tanto de hombre como de rey, se deslucian ó apagaban con mayores vicios de hombre y de rey. Su continencia le hacía más vicioso que templado, pues se introdujo en su tiempo el tributo de las concubinas. Su justicia tocaba en el extremo contrario, y llegó á equivocarse con su crueldad, porque trataba como venganzas los castigos, haciendo muchas veces el enojo lo que pudiera la razon. Sujetóse á Cortés voluntariamente, rindiéndose á una prision de tantos dias contra todas las reglas naturales de su ambicion y su altivez. Púdose dudar entónces la causa de semejante sujecion; pero de sus mismos efectos se conoce ya que tomó Dios las riendas en la mano para domar este mónstruo, sirviéndose de su mansedumbre para la primera introduccion de los Españoles : principio de que resultó despues la conversion de aquella gentilidad. Dejó algunos hijos : dos de los que le asistian en su prision fueron muertos por los Mejicanos cuando se retiró Cortés: y otros dos ó tres hijas que se convirtieron despues y casaron con Españoles. Pero el principal de todos fué don Pedro de Motezuma, que se redujo tambien á la religion católica dentro de pocos dias, y tomó este nombre en el bautismo. Concurrió en él la representacion de su padre por ser habido en la señora de la provincia de Tula, una de las reinas que residian en el palacio real con igual dignidad; la cual se redujo tambien á imitacion de su hijo, y se llamó en el bautismo doña María de Niagua Suchil, acordando en estos renombres la nobleza de sus antepasados. Favoreció el rey á don Pedro, dándole estado y rentas en Nueva España, con título de conde de Motezuma, cuya sucesion legítima se conserva hoy en los condes de este apellido, vinculada en él dignamente la heróica recordacion de tan alto principio.

Reinó este príncipe diez y siete años : undécimo en el

número de aquellos emperadores : segundo en el nombre de Motezuma ; y últimamente murió en su ceguedad á vista de tantos auxilios que parecian eficaces. ¡O siempre inexcrutables permisiones de la eterna justicia! Mejores para el corazon que para el entendimiento.

CAPÍTULO XVI

Vuelven los Mejicanos á sitiar el alojamiento de los Españoles : hace Cortés nueva salida : gana un adoratorio que habian ocupado y los rompe, haciendo mayor daño en la ciudad, y deseando escarmentarlos para retirarse.

No intentaron los indios faccion particular que diese cuidado en los tres dias que duró Motezuma con sus heridas, aunque siempre hubo tropas á la vista, y algunas ligeras invasiones que se desviaban con facilidad. Púdose dudar si duraba en ellos la turbacion de su delito, y el temor de su rey nuevamente irritado. Pero despues se conoció que aquella tibia continuacion de la guerra nacia de la gente popular que andaba desordenada y sin caudillos, por hallarse ocupados los magnates de la ciudad en la coronacion del nuevo emperador que, segun lo que se averiguó despues, se llamaba Quetlabaca [1], rey de Iztacpalapa, y segundo elector del imperio : vivió pocos dias, pero bastantes para que su tibieza y falta de aplicacion dejase poco ménos que borrada entre los suyos la memoria de su nombre. Los Mejicanos que salieron con el cuerpo de Motezuma, y con la proposicion de la paz, no volvieron con respuesta : y esta rebeldía en los principios del nuevo gobierno, traía malas consecuencias á la imaginacion. Deseaba Hernan Cortés retirarse con reputacion, empeñado ya con sus capitanes y soldados en que se dispondria brevemente la salida, y hecho el ánimo á

1. Su verdadero nombre era segun unos *Cuihahuatzin*, y segun otros *Cuitlahuotzin*, que tiene sonido semejante. Herrera y Cortés dicen que era hermano de Motezuma ; pero nada de eso se dice en la cronología de los emperadores mejicanos.

que le convenia rehacerse de nuevas fuerzas para volver á Méjico ménos aventurado, cuya conquista miró siempre como cosa que habia de ser, y miraba entónces como empeño necesario, muerto Motezuma, cuyas atenciones contenian su resolucion dentro de otros límites ménos animosos.

Tardó poco el desengaño de lo que se andaba maquinando en aquella suspension de los indios; porque la mañana siguiente al dia en que se celebraron las exequias de Motezuma, volvieron á la guerra con más fundamento, y mayor número de gente. Amanecieron ocupadas todas las calles del contorno, y guarnecidas las torres de un adoratorio grande que distaba poco del cuartel, dominando parte del edificio con el alcance de hondas y flechas : puesto en que se hubiera fortificado Hernan Cortés si se hallára con fuerzas bastantes para divididas; pero no quiso incurrir en el desacierto de los que faltan á la necesidad por acudir á la prevencion.

Subíase por cien gradas al atrio superior de este adoratorio, sobre cuyo pavimento se levantaban algunas torres de bastante capacidad. Habíanse alojado en él hasta quinientos soldados escogidos en la nobleza mejicana, tomando tan de asiento el mantenerle, que se previnieron de armas y bastimentos para muchos dias.

Hallóse Cortés empeñado en desalojar al enemigo de aquel padrastro, cuyas ventajas, una vez conocidas y puestas en uso, pedian breve remedio; y para conseguirlo sin aventurar la faccion, sacó la mayor parte de su gente fuera de la muralla, dividiéndola en escuadrones del grueso que pareció necesario para detener las avenidas y embarazar los socorros. Cometió el ataque del adoratorio al capitan Escobar con su compañía, y hasta cien Españoles de buena calidad. Dióse principio al combate, ocupando los Españoles todas las bocas de las calles; y al mismo tiempo acometió Escobar penetrando el átrio inferior y parte de las gradas sin hallar oposicion, porque los indios le dejaron empeñar en ellas advertidamente por ofenderle mejor desde más cerca; y en viendo la ocasion se coronaron de gente los pretiles, y dieron la carga dis-

parando sus flechas y sus dardos con tanto rigor y concierto, que le obligaron á detenerse y á ordenar que peleasen los arcabuces y ballestas contra los que se descubrian; pero no le fué posible resistir á la segunda carga que fué ménos tolerable. Tenian de mampuesto grandes piedras y gruesas vigas, que dejadas caer de lo alto, y cobrando fuerza en el pendiente de las gradas, le obligaron á retroceder primera, segunda y tercera vez : algunas de las vigas bajaban medio encendidas para que hiciesen mayor daño : ruda imitacion de las armas de fuego, que sería grande arbitrio entre sus ingenieros, pero se descomponia la gente para evitar el golpe ; y turbada la union, se hacía la retirada inevitable.

Reconociólo Hernan Cortés, que discurria con una tropa de caballos por todas las partes donde se peleaba, y desmontando con el primer consejo de su valor, reforzó la compañía de Escobar con algunos tlascaltecas del reten y la gente de su tropa. Hízose atar al brazo herido una rodela, y se arrojó á las gradas con la espada en la mano, y tan segura resolucion, que dejó sin conocimiento del peligro á los que le seguian. Venciéronse con presteza y felicidad los impedimentos del asalto : ganóse del primer abordo la última grada, y poco despues el pretil del atrio superior, donde se llegó á lo estrecho de las espadas y los chuzos. Eran nobles aquellos mejicanos, y se conoció en su resistencia lo que diferencia los hombres el incentivo de la reputacion. Dejábanse hacer pedazos por no rendir las armas : algunos se precipitaban de los pretiles, persuadidos á que mejoraban de muerte si la tomaban por sus manos. Los sacerdotes y ministros del adoratorio, despues de apellidar la defensa de sus dioses, murieron peleando con presuncion de valientes, y á breve rato quedó por Cortés el puesto con total estrago de aquella nobleza mejicana sin perder un hombre, ni ser muchos los heridos.

Fué notable y digno de memoria el discurso que hicieron dos indios valerosos en la misma turbacion de la batalla, y el denuedo con que llegaron á intentar la ejecucion de su designio. Resolviéronse á dar la vida por su

patria, creyendo acabar la guerra con su muerte : y era el concierto de los dos precipitarse á un tiempo del pretil por la parte donde faltaban las gradas, llevándose consígo á Cortés. Anduvieron juntos buscando la ocasion, y apénas le vieron cerca del precipicio, cuando arrojaron las armas para poderse acercar como fugitivos que iban á rendirse. Llegaron á el con la rodilla en tierra, en ademan de pedir misericordia ; y sin perder tiempo se dejaron caer del pretil con la presa en las manos, haciendo mayor violencia del impulso con la fuerza natural de su mismo peso. Arrojólos de sí Hernan Cortés, no sin alguna dificultad, y quedó con ménos enojo que admiracion, reconociendo su peligro en la muerte de los agresores, y sin desagradarse del atrevimiento por la parte que tuvo de hazaña.

Hubo algunas circunstancias en esta faccion del adoratorio que la hicíeron posible á ménos costa. Turbáronse los indios al verse acometer de mayor número, y del mismo capitan á quien tenian por invencible. Anduvieron más acelerados que diligentes en la defensa de las gradas ; y las vigas que arrojaban de lo alto atravesadas, en cuyo golpe consistia su mayor defensa, se observó que bajaron de punta, con que pasaban sin ofender : accidente que pareció muy repetido para casual ; y algunos le refieren como una de las maravillas que obró en aquella conquista la divina Providencia. Pudo ser culpa de su turbacion el arrojarlas ménos advertidamente ; pero es cierto que facilitó el último asalto esta novedad, y á vista de tanto como hubo que atribuir á Dios en esta guerra, no sería mucho exceso equivocar alguna vez lo admirable con lo milagroso.

Hizo Hernan Cortés que se transportasen luégo á su cuartel los víveres que tenian almacenados en las oficinas del adoratorio, cantidad considerable, y socorro necesario en aquella ocasion. Mandó que se pusiese fuego al mismo adoratorio, y que se diesen á la ruina y al incendio las torres, y algunas casas interpuestas que podian embarazar para que su artillería mandase la eminencia. Cometió este cuidado á los Tlascaltecas, que lo pusieron luégo en ejecu-

cion; y volviendo los ojos al empeño en que se hallaba su gente, reconoció que habia cargado la mayor fuerza del enemigo á la calle de Tácuba, poniendo en conflicto á los que cuidaban de aquella principal avenida. Cobró luégo su caballo, y afianzó la rienda en el brazo herido. Tomó una lanza y partió al socorro haciendo que le siguiesen los demas caballos, y Escobar con la gente de su cargo. Pasaron los caballos delante, cuyo choque rompió la multitud enemiga, hiriendo y atropellando á todas partes sin perder golpe, ni olvidar la defensa. Fué sangriento el combate, porque los indios que se iban quedando atrás, por apartarse de los caballos, daban medio vencidos en la infantería, que trabajaba poco en acabarlos de vencer. Pero Hernan Cortés, no sin alguna inconsideracion, se adelantó á todos los de su tropa, dejándose lisonjear más que debiera de sus mismas hazañas, y cuandó volvió sobre sí, no se pudo retirar, porque le venía cargando todo el tropel de los fugitivos, hecha ya peligro de su vida la victoria de los suyos.

Resolvióse á tomar otra calle, creyendo hallar en ella ménos oposicion, y á pocos pasos encontró una partida numerosa de indios mal ordenados que llevaban preso á su grande amigo Andrés de Duero, porque dió en sus manos cayendo su caballo; y le valió para que no le hiriesen el ir destinado al sacrificio. Embistió con ellos animosamente, y atropellando la escolta, puso en confusion á los demas, con que pudo el preso desembarazarse de los que le oprimian para servirse de un puñal que le dejaron por descuido cuando le desarmaron. Hízose lugar con muerte de algunos, hasta cobrar su lanza y su caballo; y unidos los dos amigos, pasaron la calle á galope largo, rompiendo por las tropas enemigas hasta llegar á incorporarse con los suyos. Celebró este socorro Hernan Cortés como una de sus mayores felicidades: vínosele á las manos la ocasion cuando se hallaba dudoso de la propia salud; pero le ayudaba tanto la fortuna tomada en su real y católica significacion, que hasta sus mismas inadvertencias le producian sucesos oportunos.

Ibase ya retirando por todas partes el enemigo, y no

pareció conveniente pasar á mayor empeño, porque no era posible seguir el alcance sin desabrigar el cuartel. Hízose la seña de recoger; y aunque volvió fatigada la gente del largo combate, fué sin otra pérdida que la de algunos heridos : cuya felicidad dió nueva sazon al descanso, enjugando brevemente la victoria el sudor de la batalla. Quemáronse muchas casas este dia, y murieron tantos mejicanos, que á vista de su castigo se pudo esperar su escarmiento. Algunos refieren esta salida entre las que se hicieron ántes que muriese Motezuma; pero fué despues segun la relacion del mismo Hernan Cortés, á quien seguimos sin mayor exámen, por no ser éste de los casos en que importa mucho la graducion de los sucesos. Debióse principalmente á su valor el asalto del adoratorio, porque hizo superable con su resolucion y con su ejemplo la dificultad en que vacilaban los suyos. Olvidóse dos veces este dia de lo que importaba su persona, entrando en los peligros ménos considerado que valiente : excesos del corazon, que áun sucediendo bien, merecen admiracion sin alabanza.

Hicieron tanto aprecio los Mejicanos de este asalto del adoratorio, que le pintaron como acaecimiento memorable, y se hallaron despues algunos lienzos que contenian toda la faccion, el acometimiento de las gradas, el combate del atrio; y daban últimamente ganado el puesto á sus enemigos, sin perdonar el incendio y la ruina de los torreones, ni atreverse á torcer lo sustancial del suceso por ser estas pinturas sus historias, cuya fé veneraban, teniendo por delito el engaño de la posteridad. Pero se hizo justo reparo en que no les faltase malicia para fingir algunos adminículos que miraban al crédito de su nacion. Pintaron muchos Españoles muertos, despeñados y heridos; cargando la mano en el destrozo que no hicieron sus armas, y dejando al parecer colorida la pérdida con la circunstancia de costosa : falta de puntualidad en que no pudieron negar la profesion de historiadores, entre los cuales viene á ser vicio como familiar este género de cuidado con que se refieren los sucesos, torciendo sus circunstancias hácia la inclinacion que gobierna la pluma; tanto,

que son raras las historias en que no se conozca por lo escrito la patria ó el afecto del escritor.

CAPÍTULO XVII

Proponen los Mejicanos la paz con ánimo de sitiar por hambre á los Españoles : conócese la intencion del tratado : junta Hernan Cortés sus capitanes, y se resuelve salir de Méjico aquella misma noche.

El dia siguiente hicieron llamada los Mejicanos, y fueron admitidos no sin esperanza de algun acuerdo conveniente. Salió Hernan Cortés á escucharlos desde la muralla; y acercándose algunos de los nobles con poco séquito, le propusieron de parte del nuevo emperador : « que tratase » de marchar luégo con su ejército á la marina, donde le » aguardaban sus grandes canoas, y cesaria la guerra por » el tiempo de que necesitase para disponer su jornada. » Pero que no determinándose á tomar luégo esta resolu- » cion, tuviese por cierto que se perderian él y todos los » suyos irremediablemente, porque ya tenian experiencia » de que no eran inmortales; y cuando les costase veinte » mil hombres cada Español que muriese, les sobraria mu- » cha gente para cantar la última victoria. » Respondióles Hernan Cortés : « que sus Españoles nunca presumieron » de inmortales, sino de valerosos y esforzados sobre todos » los mortales; y tan superiores á los de su nacion, que » sin más fuerzas ni mayor número de gente le bastaba el » ánimo á destruir no solamente la ciudad, sino todo el » imperio mejicano. Pero que doliéndose de lo que habia » padecido por su obstinacion, y hallándose ya sin el mo- » tivo de su embajada, muerto el gran Motezuma, cuya » benignidad y atenciones le detenian, estaba resuelto á » retirarse, y lo ejecutaria sin dilacion, asentándose de » una parte y otra los pactos que fuesen convenientes para » la disposicion de su viaje. » Dieron á entender los Mejicanos que volvian satisfechos y bien despachados; y á la

verdad llevaron la respuesta que deseaban, aunque tenía su malignidad oculta la proposicion.

Habíanse juntado los ministros del nuevo gobierno para discurrir en presencia de su rey sobre los puntos de la guerra. Y despues de varias conferencias resolvieron que para evitar el daño grande que recibian de las armas españolas, la mortandad lastimosa de su gente y la ruina de la ciudad, sería conveniente sitiarlos por hambre, no porque diesen el caso de aguardar á que se rindiesen, sino por enflaquecerlos y embestirlos cuando les faltasen las fuerzas, inventando este género de asedio : novedad hasta entónces en su milicia. Fué la resolucion que se moviesen pláticas de paz para conseguir la suspension de armas que deseaban, suponiendo que se podria entretener el tratado con varias proposiciones hasta que se acabasen los pocos bastimentos que hubiese de reserva en el cuartel, á cuyo fin ordenaron que se cuidase mucho de impedir los socorros, de cerrar con tropas á lo largo y otros reparos, las surtidas por donde se podian escapar los sitiados, y de romper el paso de las calzadas que salian al camino de la Vera-Cruz, porque ya no era conveniente dejarlos salir de la ciudad para que alborotasen las provincias mal contentas, ó se rehiciesen al abrigo de Tlascala.

Repararon algunos en lo que padecerian diferentes Mejicanos de gran suposicion que se hallaban prisioneros en el mismo cuartel : los cuales era necesario que pereciesen de hambre primero que la llegasen á sentir sus enemigos. Pero anduvieron muy celosos de la causa pública, votando que serian felices, y cumplirian con su obligacion, si muriesen por el bien de la patria : y pudo ser que les hiciese daño el hallarse con ellos tres hijos de Motezuma, cuya muerte no sería mal recibida en aquel congreso por ser el mayor mozo capaz de la corona, bien quisto con el pueblo, y el único sujeto de quien se debia recelar el nuevo emperador, flaqueza lastimosa de semejantes ministros, dejarse llevar hácia la contemplacion por los rodeos del beneficio comun.

Solamente les daba cuidado el sumo de aquellos inmundos sacerdotes que se hallaba en la misma prision, porque

le veneraban como á la segunda persona del rey, y tenian por ofensa de sus dioses el dejarle perecer; pero usaron de un ardid notable para conseguir su libertal. Volvieron aquella misma tarde á nueva conferencia los mismos enviados, y propusieron de parte de su príncipe que para excusar demandas y respuestas que retardasen el tratado, sería bien que saliese á la ciudad alguno de los Mejicanos que tenian prisioneros con noticia de lo que se hubiese de capitular: medio que no hizo disonancia, ni pareció dificultoso; y luégo que le vieron admitido, se dejaron caer, como por via de consejo amigable, que ninguno sería tan á propositó como un sacerdote anciano que paraba en su poder, porque sabria dar á entender la razon y vencer las dificultades que se ofreciesen: cuyo especioso y bien ordenado pretexto bastó para que viniesen á conseguir lo que deseaban, no porque se dejase de conocer el descuido artifieioco de la proposicion, sino porque á vista de lo que importaba sondar el ánimo de aquella gente, suponia poco el deshacerse de un prisionero abominable y embarazoso. Salió poco despues el mismo sacerdote bien instruido en algunas demandas fáciles de conceder que miraban á la comodidad y buen pasaje de los tránsitos para llegar, caso que volviese á lo que se debia capitular en órden á la deposicion de las armas, rehenes y otros puntos de más consideracion. Pero no fué necesario esperarle, porque llegó primero el desengaño de que no volveria. Reconocieron las centinelas que los enemigos tenian sitiado el cuartel á mayor distancia que solian : que andaban recatados y solícitos, levantando algunas trincheras y reparos para defender el paso de las acequias, y que habian echado gente á la laguna que iba rompiendo los puentes de la calzada principal, y embarazando el camino de Tlascala : diligencia que dió á conocer enteramente el artificio de su intencion.

Recibió Hernan Cortés con alguna turbacion esta noticia; pero enseñado á vencer mayores dificultades cobró el sosiego natural; y con el primer calor de su discurso, que se iba derechamente á los remedios, mandó fabricar un puente de vigas y tablones para ocupar las divisiones de

la calzada que fuese capaz de resistir al peso de la artillería, quedando en tal disposicion que le pudiesen mover y conducir hasta cuarenta hombres. Y sin detenerse más de lo que fué necesario para dejar esta obra en el astillero, pasó á tomar el parecer de sus capitanes en órden al tiempo en que se debia ejecutar la retirada : punto en cuya proposicion se portó con total indiferencia, ó porque no llevaba hecho dictámen, ó porque lo llevaba de no cargar sobre sí la incertidumbre del suceso. Dividiéronse los votos, y paró en disputa la conferencia : unos que se hiciese de noche la retirada : otros que fuese de dia ; y por ambas partes habia razones que proponer y que impugnar.

Tuvo mas votos la opinion de que se hiciese de noche la retirada ; y Hernan Cortés cedió al mayor número dejándose llevar, al parecer, de algun motivo reservado. Convinieron todos en que se apresurase la salida ; y últimamente se resolvió que fuese aquella misma noche, porque no se dejase tiempo al enemigo para discurrir en nuevas prevenciones, ó para embarazar el camino de la calzada con algunos reparos ó trincheras, de las que solian usar en el paso de las acequias. Dióse calor á la fábrica del puente ; y aunque se puede creer que tuvo intento Hernan Cortés de que se hiciesen otros dos, por ser tres los canales que se habian roto, no cupo en el tiempo esta prevencion, ni pareció necesaria, creyendo que se podria mudar el puente de un canal á otro, como fuese pasando el ejército : suposiciones en que ordinariamente se conoce tarde la distancia que hay entre el discurso y la operacion.

No se puede negar que se portó Hernan Cortés en esta controversia de sus capitanes con más neutralidad ó ménos accion que solia Túvose por cierto que llegó á la junta inclinado á lo mismo que se resolvió, por haber atendido á la vana prediccion de un astrólogo, que al entrar en ella, le aconsejó misteriosamente que marchase aquella misma noche, porque se perderia la mayor parte de su ejército, si dejaba pasar cierta constelacion favorable, que andaba cerca de terminar en otro aspecto infortunado. Llamábase Botello este adivino, soldado español, de plaza sencilla,

y más conocido en el ejército por el renombre del Nigromántico, á que respondia sin embarazarse, teniendo este vocablo por atributo de su habilidad : hombre sin letras ni principios, que se preciaba de penetrar los futuros contingentes; pero no tan ignorante como los que saben con fundamento las artes diabólicas, ni tan sencillo, que dejase de gobernarse por algunos caractéres, números ó palabras de las que tienen dentro de sí la estipulacion abominable del primer engañado. Reíase ordinariamente Cortés de sus pronósticos, despreciando el sujeto por la profesion, y entónces le oyó con el mismo desprecio; pero incurrió en la culpa de oirle, poco menor que la de consultarle; y cuando necesitaba de su prudencia para elegir lo mejor, se le llevó tras sí el vaticinio despreciado :

CAPÍTULO XVIII

Marcha el ejército recatadamente, y al entrar en la calzada le descubren y acometen los indios con todo el grueso por agua y tierra : peléase largo rato, y últimamente se consigue con dificultad y considerable pérdida, hasta salir al paraje de Tácuba.

Envióse aquella misma tarde nuevo embajador mejicano á la ciudad, con pretexto de continuar la proposicion que llevó á su cargo el sacerdote : diligencia que pareció conveniente para deslumbrar al enemigo, dándole á entender que se corria de buena inteligencia en el tratado; y que á lo más largo se dispondria la marcha dentro de ocho dias. Trató luégo Hernan Cortés de apresurar las disposiciones de su jornada, cuyo breve plazo daba estimacion á los instantes.

Distribuyó las órdenes : instruyó á los capitanes, previniendo con atenta precaucion los accidentes que se podian ofrecer en la marcha. Formó la vanguardia, poniendo en ella doscientos soldados españoles, con los Tlascaltecas de mayor satisfaccion, y hasta veinte caballos, á cargo de los capitanes Gonzalo de Sandoval, Francisco de Acevedo, Diego de Ordaz, Francisco de Lugo y Andrés de Tapia.

Encargó la retaguardia, con algo mayor número de gente y caballos, á Pedro de Alvarado, Juan Velázquez de Leon, y otros cabos de los que vinieron con Narbaez. En la batalla ordenó que fuesen los prisioneros, artillería y bagaje, con el resto del ejército : reservando para que asistiesen á su persona, y á las ocurrencias, donde llamase la necesidad, hasta cien soldados escogidos, con los capitanes Alonso Dávila, Cristóbal de Olid y Bernardino Vázquez de Tapia. Hizo despues una breve oracion á los soldados, ponderando aquella vez las dificultades y y peligros del intento, porque andaba muy válida en los corrillos la opinion de que no peleaban de noche los Mejicanos, y era necesario introducir el recelo para desviar la seguridad, enemiga lisonjera en las facciones militares, porque inclina los ánimos al descuido para entregarlos á la turbacion; asi como suele prevenirlos el temor prudente contra el miedo vergonzoso.

Mandó luégo sacar á una pieza de su cuarto el oro y plata, joyas y preseas dél tesoro que tenía en depósito Cristóbal de Guzman, su camarero: y de él se apartó el quinto del rey en los géneros más preciosos y de ménos volúmen, de que se hizo entrega formal á los oficiales que llevaban la cuenta y razon del ejército, dando para su conducion una yegua suya, y algunos caballos heridos, por no embarazar los indios que podian servir en la ocasion. Pasaria el residuo, segun el cómputo que se pudo hacer, de setecientos mil pesos, cuya riqueza desamparó con poca ó ninguna repugnancia, protestando públicamente: « que no era tiempo de retirarla, ni tolerable que » se detuviese á ocupar indignamente las manos que de- » bian ir libres para la defensa de la vida y de la reputa- » cion. » Pero reconociendo en los soldados ménos aplaudido el acierto de aquella pérdida inexcusable, añadió al apartarse: « que no se debia mirar entónces la retirada » como desamparo del caudal adquirido, ni del intento » principal, sino como una disposicion necesaria para vol- » ver á la empresa con mayor esfuerzo, al modo que suele » servir al impulso del golpe la diligencia de retirar el » brazo. » Y les dió á entender, que no sería gran delito

aprovecharse de lo que buenamente pudiesen; que fué lo mismo en la sustancia, que dejar la moderacion al arbitrio de la codicia; y aunque los más, viendo en su poder aquel tesoro abandonado, cuidaron de quedar aligerados y prontos para lo que se ofreciese, hubo algunos, y particularmente los de Narbaez, que se dieron al pillaje con sobrada inconsideracion, acusando la estrechez de las mochilas, y sirviéndose de los hombros contra la voluntad de las fuerzas: dispensacion en que al parecer dormitaron las advertencias militares de Cortés: porque no pudo ignorar que la riqueza en el soldado, no sólo es embarazo exterior cuando llega el caso de pelear, sino impedimento que suele hacer estorbo en el ánimo, siendo más fácil en los de pocas obligaciones desprenderse del pundonor que desasirse de la presa.

No le hallamos otra disculpa, que haberse persuadido á que podria ejecutar su marcha sin oposicion; y si esta seguridad, que no parece de su genio, tuvo alguna relacion al vaticinio del astrólogo, dado el error de haberle atendido, no se debe mirar como nuevo descuido, sino como segundo inconveniente de la primera culpa.

Sería poco ménos de media noche cuando salieron del cuartel, sin que las centinelas ni los batidores hallasen que reparar ó que advertir; y aunque la lluvia y la obscuridad favorecian el intento de caminar cautamente, y aseguraban el recelo de que pudiese durar el enemigo en sus reparos, se observó con tanta puntualidad el silencio y el recato, que no pudiera obrar el temor lo que pudo en aquellos soldados la obediencia. Pasó el puente levadizo á la vanguardia, y los que le llevaban á su cargo, le acomodaron á la primera canal; pero aferró tanto en las piedras que le sustentaban, con el peso de los caballos y artillería, que no quedó capaz de poderse nudar á los demas canales, como se habia presupuesto, ni llegó el caso de intentarlo, porque ántes que acabase de pasar el ejército el primer tramo de la calzada, fué necesario acudir á las armas, y se hallaron acometidos por todas partes cuando ménos lo recelaban.

Fué digna de admiracion en aquellos bárbaros la maes-

tría con que dispusieron su faccion, y observaron con vigilante disimulacion el movimiento de sus enemigos. Juntaron y distribuyeron sin rumor la multitud inmanejable de sus tropas: sirviéronse de la obscuridad y del silencio para lograr el intento de acercarse sin ser descubiertos. Cubrióse de canoas armadas el ámbito de la laguna, que venian por los dos costados sobre la calzada; entrando al combate con tanto sosiego y desembarazo, que se oyeron sus gritos y el estruendo belicoso de sus caracoles, casi al mismo tiempo que se dejaron sentir los golpes de sus flechas.

Pereciera sin duda todo el ejército de Cortés, si hubieran guardado los indios en el pelear la buena ordenanza que observaron al acometer; pero estaba en ellos violenta la moderacion; y al empezar la cólera cesó la obediencia, y prevaleció la costumbre, cargando de tropel sobre la parte donde reconocieron el bulto del ejército, tan oprimidos unos de otros, que se hacian pedazos las canoas, chocando en la calzada; y era segundo peligro de las que se acercaban, el impulso de las que procuraban adelantarse. Hicieron sangriento destrozo los Españoles en aquella gente desnuda y desordenada, pero no bastaban las fuerzas al contínuo ejercicio de las espadas y los chuzos; y á breve rato se hallaron tambien acometidos por la frente, y llegó el caso de volver las caras á lo más ejecutivo del combate, porque los indios que se hallaban distantes, ó los que no pudieron sufrir la pereza de los remos, se arrojaron al agua, y sirviéndose de su agilidad y de sus armas, treparon sobre la calzada en tanto número, que no quedaron capaces de mover las armas; cuyo nuevo sobresalto tuvo en aquella ocasion circunstancias de socorro, porque fueron fáciles de romper; y muriendo casi todos, bastaron sus cuerpos á cegar el canal, sin que fuese necesario otra dilígencia que irlos arrojando en él para que sirviesen de puente al ejército. Asi lo refieren algunos escritores, aunque otros dicen que se halló dichosamente una viga de bastante latitud que dejaron sin romper en la segunda puente, por la cual pasó desfilada la gente, llevando por el agua los caballos al arbitrio de la rienda. Como quiera

que sucediese, que no son fáciles de concordar estas noticias, ni todas merecen reflexion, la dificultad de aquel paso inexcusable se venció mediando la industria ó la felicidad: la vanguardia prosiguió su marcha, sin detenerse mucho en el último canal, porque se debió á la vecindad de la tierra la disminucion de las aguas, y se pudo esguazar fácilmente lo que restaba del lago: teniéndose á dicha particular, que los enémigos, de tanta gente como les sobraba, no hubiesen echado alguna de la otra parte; porque fuera entrar en nueva y más peligrosa disputa los que iban saliendo á la ribera, fatigados y heridos, con el agua sobre la cintura; pero no cupo en su advertencia esta prevencion, ni al parecer descubrieron la marcha; ó sería lo más cierto, que no se hizo lugar entre su confusion y desórden el intento de impedirla.

Pasó Hernan Cortés con el primer trozo de su gente; y ordenándo sin detenerse á Juan de Xaramillo que cuidase de ponerla en escuadron como fuese llegando, volvió á la calzada con los capitanes Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid, Alonso Dávila, Francisco de Morla y Gonzalo Dominguez. Entró en el combate animando á los que peleaban, no ménos con su presencia que con su ejemplo: reforzó su tropa con los soldados que parecieron bastantes para detener al enemigo por las dos avenidas, y entretanto mandó que se retirase lo interior de las hileras, haciendo echar al agua la artillería para desembarazar el paso, y dar corriente á la marcha. Fué mucho lo que obró su valor en este conflicto; pero mucho más lo que padeció su espíritu, porque le traia el aire á los oidos envueltas en el horror de la obscuridad, las voces de los Españoles, que llamaban á Dios en el último trance de la vida: cuyos lamentos, confusamente mezclados con los gritos y amenazas de los indios, le traian al corazon otra batalla entre los incentivos de la ira y los afectos de la piedad.

Sonaban estas voces lastimosas á la parte de la ciudad, donde no era posible acudir, porque los enemigos que andaban en la laguna, cuidaron de romper el puente levadizo ántes que acabase de pasar la retaguardia, donde fué mayor el fracaso de los Españoles, porque cerró con

ellos el principal grueso de los Mejicanos, obligándoles á que se retirasen á la calzada, y haciendo pedazos á los ménos diligentes, que por la mayor parte fueron de los que faltaron á su obligacion, y rehusaron entrar en la batalla por guardar el oro que sacaron del cuartel. Murieron estos ignominiosamente, abrazados con el peso miserable que los hizo cobardes en la ocasion, y tardos en la fuga. Destruyeron su opinion, y dañaron injustamente al crédito de la faccion, porque se pusieron en el cómputo de los muertos, como si hubieran vendido á mejor precio la vida; y de buena razon, no se habian de contar los cobardes en el número de los vencidos.

Retiróse finalmente Cortés con los últimos que pudo recoger de la retaguardia, y al tiempo que iba penetrando, con poca ó ninguna oposicion, el segundo espacio de la calzada, llegó á incorporarse con él Pedro de Alvarado, que debió la vida poco ménos que á un milagro de su espíritu y su actividad: porque hallándose combatido por todas partes, muerto el caballo, y con uno de los canales por la frente, fijó su lanza en el fondo de la laguna, y saltó con ella de la otra parte, ganando elevacion con el impulso de los pies, y librando el cuerpo sobre la fuerza de los brazos: maravilloso atrevimiento, que se miraba despues como novedad monstruosa, ó fuera del curso natural; y el mismo Alvarado, considerando la distancia y el suceso, hallaba diferencia entre lo hecho y lo factible. No quiso acomodarse Bernal Diaz del Castillo á que dejase de ser fingido este salto; ántes le impugnó en su historia, no sin alguna demasía, porque lo deja y vuelve á repetir con desconfianza de hombre que temió ser engañado entónces, ó que alguna vez se arrepintió de haber creido con facilidad. Y en nuestro sentir es ménos tolerable que Pedro de Alvarado se pusiese á fingir en aquella coyuntura una hazaña, sin proporcion ni probabilidad, que cuando se creyese, dejaba más encarecida su ligereza que acreditado su valor. Referimos lo que afirmaron y creyeron los demás escritores, y lo que autorizó la fama, dando á conocer aquel sitio por el nombre del Salto de Alvarado, sin hallar gran disonancia en confesar que pudieron con-

currir en este caso, como en otros, lo verdadero y lo inverosímil; y á vista del aprieto en que se halló Pedro de Alvarado, se nos figura ménos digno de admiracion el suceso, teniéndole no tanto por raro contingente, negado á la humana diligencia, como por un esfuerzo extraordinario de la última necesidad.

CAPÍTULO XIX

Marcha Hernan Cortés la vuelta de Tlascala: síguenle algunas tropas de los lugares vecinos, hasta que uniéndose con los Mejicanos acometen al ejército, y le obligan á tomar el abrigo de un adoratorio.

Acabó de salir el ejército á tierra con la primera luz del dia, y se hizo alto cerca de Tácuba; no sin recelos de aquella poblacion numerosa y parcial de los Mejicanos; pero se tuvo atencion á no desamparar luégo la cercanía de la laguna, por dar algun tiempo á los que pudiesen escapar de la batalla; y fué bien discurrida esta detencion, porque se logró el recoger algunos Españoles y Tlascaltecas que mediante su valor ó su diligencia, salieron nadando á la ribera, ó tuvieron suerte de poderse ocultar en los maizales del contorno.

Dieron éstos noticia de que se habia perdido totalmente la última porcion de la retaguardia, y puesta en escuadron la gente, se halló que faltaban del ejército casi doscientos Españoles, más de mil Tlascaltecas; cuarenta y seis caballos, y todos los prisioneros mejicanos, que sin poderse dar á conocer en la turbacion de la noche, fueron tratados como enemigos por los mismos de su nacion [1]. Estaba la gente quebrantada y recelosa, disminuido el

1. Dice Cortés en sus relaciones, que en el paso de la calzada murieron 500 Españoles, 45 yeguas y caballos, y más de 2000 Tlascaltecas. No hace mencion de la total pérdida que sufrió en ese y los demas combates hasta llegar á la provincia de Tlascala; pero Bernal Diaz la hace subir en todos esos encuentros á 800 Españoles.

ejército, y sin artillería, pendiente la ocasion, y apartado el término de la retirada; y sobre tantos motivos de sentimiento, se miraba como infelicidad de mayor peso la falta de algunos cabos principales, en cuyon número fueron los mas señalados Amador de Lariz, Francisco de Morla y Francisco de Saucedo, que perdieron la vida cumpliendo á toda costa con sus obligaciones. Murió tambien Juan Velázquez de Leon, que se retiraba en lo último de la retaguardia, y cedió á la muchedumbre, durante en el valor hasta el último aliento : pérdida que fué de general sentimiento, porque le respetaban todos como á la segunda persona del ejército. Era capitan de grande utilidad, no ménos para el consejo, que para las ejecuciones; de austera condicion y contínuas véras, pero sín desagrado ni prolijidad; apasionado siempre de lo mejor, y de ánimo tan ingénuo, que se apartó de su pariente DiegoVálazquez, porque le vió descaminado en sus dictámenes, y siguió á Cortés, porque iba en su bando la razon. Murió con opinion de hombre necesario en aquella conquista y dejó su muerte igual ejercicio á la memoria que al deseo.

Descansaba Hernan Cortés sobre una piedra, entretanto que sus capitanes atendian á la formacion de la marcha, tan rendido á la fatiga interior, que necesitó más que nunca de si, para medir con la ocasion el sentimiento: procuraba socorrerse de su constancia, y pedia treguas á la consideracion; pero al mismo tiempo que daba las órdenes y animaba la gente con mayor espíritu y resolucion, prorumpieron sus ojos en lágrimas, que no pudo encubrir á los que le asistian: flaqueza varonil, que por ser en causa comun, dejaba sin ofensa la parte irascible del corazon. Sería digno espectáculo de grande admiracion, verle afligido sin faltar á la entereza del aliento y bañado el rostro en lágrimas sin perder el semblante de vencedor.

Preguntó por el astrólogo, bien fuese para indignarse con él, por la parte que tuvo en apresurar la marcha, ó para seguir la disimulacion, burlándose de su ciencia; y se averiguó que habia muerto en el primer asalto de la

calzada, sucediendo á este miserable lo que ordinariamente se verifica en los de su profesion. No hablamos de los que saben con fundamento la facultad, proporcionando el uso de ella con los términos de la razon, sino de los que se introducen á judiciarios ó adivinos: hombres que por la mayor parte viven y mueren desastradamente, siempre solícitos de agenas felicidades, y siempre infelices ó ménos cuidadosos de su fortuna: tanto que alguno de los autores clásicos llegó á presumir, que sólo el inclinarse à la vana observacion de las estrellas, se podia tener por argumento de nacer con mala estrella.

Fué de gran consuelo para Hernan Cortés y para todo el ejército que pudiesen escapar de la batalla y de la confusion de la noche doña Marina y Gerónimo de Aguilar, instrumentos principales de aquella conquista, y tan necesarios entónces como en lo pasado; porque sin ellos fuera imposible incitar ó atraer los ánimos de las naciones que se iban á buscar. Y no se tuvo á menor felicidad que se detuviesen los Mejicanos en seguir el alcance, porque dieron tiempo á los Españoles para que respirasen de su fatiga y pudiesen marchar, llevando en grupa los heridos, y en ménos apresurada formacion el ejército. Nació esta detencion de un accidente inopinado que se pudo atribuir á providencia del cielo: murieron al rigor de las armas enemigas los hijos de Motezuma, que asistian á su padre, y los demas prisioneros que venian asegurados en el convoy del bagaje; porque cebados al amanecer los indios en el despojo de los muertos, reconocieron atravesados en sus mismas flechas á estos príncipes miserables que veneraban con aquella especie de adoracion que dieron á su padre. Quedaron al verlos como absortos y espantados, sin atreverse á pronunciar la causa de su turbacion: unos se apartaban para que llegasen otros; y unos y otros enmudecian, dando voces á la curiosidad con el silencio. Corrió finalmente la noticia por sus tropas, cayó sobre todos el miedo y el asombro, suspendiéndose por un rato el uso de sentidos y potencias, con aquel género de súbita enagenacion que llamaban terror pánico los antiguos. Resolvieron los cabos que se diese cuenta de aquella no-

vedad al emperador; y él, que necesitaba de afectar el sentimiento para cumplir con los que no le fingian, ordenó que hiciese alto el ejército, dando principio á la ceremonia de los llantos y clamores funerales, que debian preceder á las exequias, hasta que llegasen los sacerdotes con el resto de la ciudad á entregarse de aquellos cuerpos reales, para conducirlos al entierro de sus mayores. Debieron los Españoles á la muerte de estos príncipes, el primer desahogo de su turbacion y el primer alivio de su cansancio; pero la sintieron como una de sus mayores pérdidas, y particularmente Cortés, que amaba en ellos la memoria de su padre, y llevaba en el derecho del mayor, parte de sus esperanzas [1].

Marchaba entretanto Cortés la vuelta de Tlascala con guias de aquella nacion, puesto el ejército en batalla, y sin dejar de tener por sospechosa la tardanza del enemigo, en cuyas operaciones acierta más veces el temor que la seguridad.

Tardaron poco en dejarse ver algunas tropas de guerreros que seguian la huella sin acercarse, gente de Tácuba, Escapuzalco y Tenecuya, convocada por los Mejicanos para que saliesen á entretener la marcha en tanto que se desembarazaban ellos de su funcion: ¡ notable advertencia en aquellos bárbaros! Fueron de poco impedimento en el camino, porque anduvieron siempre á distancia que sólo podian ofender con las voces; pero duraron en este género de hostilidad hasta que llegando la multitud mejicana su unieron todos apresuradamente; y sirviéndose de su ligereza para el avance, acometieron con tanta resolucion, que fué necesario hacer alto para detenerlos.

Dióse más frente al escuadron; pasaron á ella los arcabuces y ballestas; y se volvió á la batalla en paraje abierto, sin retirada ni seguridad en las espaldas. Morian cuantos indios se acercaban, sin escarmentar á los demás. Salian los caballos á escaramuzar, y hacian grande operacion; pero crecia por instantes el número de los enemi-

1. La batalla nocturna en la calzada fué la más horrorosa y funesta para los Españoles; é hizo en ellos impresion tan dolorosa, que desde entónces le dieron el sobrenombre de *noche triste*.

gos, y ofendian desde léjos los arcos y las hondas. Cansábanse los Españoles de tanto resistir, sin esperanza de vencer; y ya empezaba en ellos el valor á quejarse de las fuerzas, cuando Hernan Cortés, que andaba en la batalla como soldado, sin traer embarazadas las atenciones de capitan, descubrió una elevacion del terreno, poco distante del camino, que mandaba por todas partes la campaña, sobre cuya eminencia se levantaba un edificio torreado, que parecia fortaleza, ó lo fingieron asi los ojos de la necesidad. Resolvióse á lograr en aquel paraje las ventajas del sitio; y señalando algunos soldados que se adelantasen á reconocerlo, movió el ejército y trató de ocuparlo, no sin mayor dificultad, porque fué necesario ganar la cumbre con el rostro en el enemigo, y echar algunas mangas de arcabuceros contra sus avenidas; pero se consiguió el intento con felicidad, porque se halló el edificio sin resistencia, y en él cuanto pudiera entónces fabricar la imaginacion.

Era un adoratorio de ídolos silvestres, á cuya invocacion encomendaban aquellos bárbaros la fertilidad de sus cosechas. Déjáronle desierto los sacerdotes y ministros que asistían al culto abominable de aquel sitio, huyendo la vecindad de la guerra, como gente de otra profesion. Tenía el átrio bastante capacidad y su género de muralla, que unida con las torres daba conveniente disposicion para quedar en defensa. Empezaron á respirar los Españoles al abrigo de aquellos reparos, que allí se miraban como fortaleza inexpugnable. Volvieron los ojos y los corazones al cielo, recibiendo todos aquel alivio de su congoja, como socorro de superior providencia, y permaneció fuera del peligro esta devota consideracion; pues en memoria de lo que importó la mansion de aquel adoratorio, para salir de un conflicto, en que se tuvo á la vista el último riesgo, fabricaron despues en el mismo paraje una ermita de nuestra Señora, con título de los Remedios, que se conserva hoy, durando en la devocion de los fieles comarcanos el reconocimiento de aquel beneficio.

No se atrevieron los enemigos á subir la cuesta, ni dieron indicio de intentar el asalto; pero se acercaron á tiro

de piedra, ciñendo por todas partes la eminencia, y hacian algunos avances para disparar sus flechas, hiriendo las más veces al aire, y algunas con rabiosa puntería las paredes, como en castigo de que se oponian á su venganza. Todo era gritos y amenazas que descubrian la flaqueza de su atrevimiento, procurando llenar los vacíos del valor. Costó poca diligencia el detenerlos, hasta que declinando el dia sė retiraron todos hácia el camino de la ciudad, fuese por cumplir con el sol, volviéndose á la observancia de su costumbre, ó porque se hallaban rendidos de haber estado casi en contínua batalla desde la media noche antecedente. Reconocióse desde las torres que hacian alto en la campaña, y procuraban encubrirse, divididos en diferentes ranchos, como si no hubieran dado bastantes evidencias de su intento, y publicando al retirarse que dejaban pendiente la cuestion.

Dispuso Hernan Cortés su alojamiento, con el cuidado á que obligaba una noche mal segura en puesto amenazado. Mandó que se mudasen con breve interpolacion las guardias y las centinelas, para que tocase á todos el descanso. Hiciéronse algunos fuegos, tanto porque pedia este socorro la destemplanza del tiempo como por consumir las flechas mejicanas, y quitar al enemigo el uso de aquella municion.

Dióse un refresco limitado á la gente, del bastimento que se halló en el adoratorio, y pudieron escapar algunos indios del bagaje. Atendióse con particular aplicacion á la cura de los heridos, que tuvo su dificultad en aquella falta de todo; pero se inventaron medicinas manuales que aliviaban acaso los dolores, y sirvieron á la provision de hilas y vendas las mantas de los caballos [1].

Cuidaba de todo Hernan Cortés, sin apartar la imaginacion del empeño en que se hallaba; y ántes de retirarse á reparar las fuerzas con algun rato de sosiego, llamó á sus capitanes para conferir brevemente con ellos lo que se de-

1. Segun Bernal Diaz, suplian los Españoles la falta de ungüentos para curarse las heridas con unto de hombre que tomaban de los indios muertos en la pelea; y añade que era muy eficaz su efecto.

bia ejecutar en aquella ocurrencia. Ya lo llevaba premeditado; pero siempre se recataba de obrar por sí en las resoluciones aventuradas; y era grande artífice de atraer los votos á lo mejor, sin descubrir su dictámen, ni socorrerse de su autoridad. Propuso las operaciones con sus inconvenientes, dejándoles arbitrio entre lo posible y lo dificultoso. Entró suponiendo: « que no era para dos veces la » congoja en que se vieron aquella tarde; ni se podia repetir » sin temeridad el empeño de marchar peleando con un ejér- » cito de número tan desigual, obligados á traer en contrário » movimiento las manos y los pies. » Á « que añadió : que » para evitar esta resolucion tan peligrosa y de tantos incon- » venientes, habia discurrido en asaltar al enemígo en » su alojamiento con el favor de la noche; pero que le pa- » recia diligencia infructuosa, porque sólo se habia de » conseguir que huyese la multitud para volverse á juntar : » costumbre á que se reducia lo más prolijo de aquella » guerra : que despues habia pensado en mantener aquel » puesto; esperando en él á que se cansasen los Mejicanos » de asistir en la campaña; pero que la falta de bastimen- » tos, que ya se padecia, dejaba este recurso en términos » de impracticable. » Y últimamente dijo : « que tambien » se le habia ofrecido, si conviendria, » y esto era lo que » llevaba resuelto, « marchar aquella misma noche, y » amanecer dos ó tres leguas de aquel paraje : que no mo- » viéndose los enemigos, segun su estilo hasta la mañana, » tendria la conveniencia de adelantar el camino sin otro » cuidado ; y cuando se resolviesen á seguir el alcance, » llegarian cansados, y sería mas fácil continuar la retirada » con ménos briosa oposicion. Pero que viniendo tan que- » brantado el ejército y tan fatigada la gente, sería inhu- » manidad, fuera de toda razon, ponerla sin nueva causa » en el trabajo de una marcha intempestiva, obscura la » noche y el camino incierto; aunque la ocasion, ó el » aprieto en que se hallaban, pedia remedios extraordina- » rios, breve determinacion ; y donde nada era seguro, » pesar las dificultades, y fiar el acierto de menor incon- » veniente. »

Apénas acabó su razonamiento, cuando se conformaron

todos los capitanes en que sólo era posible, ó ménos aventurada la resolucion de adelantar la marcha, sin más detencion que la que fuese necesaria para dejar algunas horas al descanso de la gente, y quedó resuelta para la media noche, conformándose Cortés con su mismo dictámen, y tratándole como ageno : primor de que solia valerse para excusar disputas, cuando instaba la resolucion, y de que sólo pueden usar los que saben el arte de preguntar decidiendo, que se consigue con no dejar que discurrir preguntando.

CAPÍTULO XX

Continúan su retirada los Españoles, padeciendo en ella grandes trabajos y dificultades, hasta que llegando al valle de Otumba, queda vencido y deshecho en batalla campal todo el poder mejicano.

Poco ántes de la hora señalada se convocó la gente que dormia cuidadosa, y despertó sin dificultad. Dióse á un tiempo la órden y la razon de la órden, con que se dispusieron todos á la marcha, conociendo el acierto y alabando la resolucion. Mandó Hernan Cortés que se dejasen cebados los fuegos para deslumbrar al enemigo de aquel movimiento; y encargando á Diego de Ordaz la vanguardia con guias de satisfaccion, puso la fuerza principal en la retaguardia, y se quedó en ella por hallarse más cerca del peligro, y afianzar, con su cuidado la seguridad los que iban delante. Partieron con el recato conveniente, y orl denando á las guias que se apartasen del camino reapara volverle á cobrar con el dia, marcharon poco más de media legua, sin que dejase de perseverar en la vigilancia de los oidos el silencío de la noche.

Pero al entrar en tierra más quebrada y montuosa, dieron los batidores en una celada que no supieron encubrir los mismos que procuraban ocultarse, porque avisaron del riesgo anticipadamente las voces y las piedras. Bajaban de los montes y salian de la maleza diversas tropas de in-

dios que acometian desunídamente por los costados; y aunque no eran de tanto grueso que obligasen á detener la marcha fué necesario caminar desviando los enemigos que se acercaban, romper diferentes emboscadas, y disputar algunos pasos estrechos. Temióse al principio segunda invasion del ejército que se dejaba de la otra parte del adoratorio; y algunos de nuestros escritores refieren esta faccion como alcance de aquellos mejicanos; pero no fueron conforme á su estilo de pelear estos acometimientos interpolados y desunidos, ni caben con lo que obraron despues: y en nuestro sentir eran las milicias de aquellos lugares cercanos que de órden anterior salian á cortar la marcha ocupando las quiebras del camino; porque si los Mejicanos hubieran descubierto la retirada, vinieran de tropel, como solian, entráran al ataque por la retaguardia, y no se hubieran dividido en tropas menores para convertir la guerra en hostilidad.

Con este género de contradiccion, de ménos peligro que molestia, caminó dos leguas el ejército, y poco ántes de amanecer se hizo alto en otro adoratorio ménos capaz y ménos eminente que el pasado; pero bastante para reconocer la campaña y medir con el número de los enemigos la resolucion que pareciese de mayor seguridad. Descubrióse con el dia la calidad y desunion de aquellos indios; y hallándose reducido á correrías de paisanos, lo que se llegó á recelar como nueva carga del ejército enemigo, se volvió á la marcha sin más detencion, con ánimo de adelantarla cuanto fuese posible para evitar ó hacer más dificultoso el alcance de los Mejicanos.

Duraron los indios en la importunacion de sus gritos, siguiendo desde léjos como perros amedrentados que ponian la cólera en el latido, hasta que dos leguas más adelante se descubrió un lugar en paraje oportuno, y al parecer de considerable poblacion. Eligiólo Cortés para su alojamiento, y dió las órdenes para que se ocupase por fuerza si no bastase la suavidad; pero se halló desamparado totalmente de sus habitantes, y con algunos bastimentos que no pudieron retirar, tan necesarios entónces como el descanso para la restauracion de las fuerzas.

Aquí se detuvo el ejército un dia, y algunos dicen que fueron dos, porque no permitió mayor diligencia el estado en que se hallaban los heridos. Hiciéronse despues otras dos marchas, entrando en terreno de mayor aspereza y esterilidad, todavía fuera del camino, y con alguna incertidumbre del acierto en los que guiaban. No se halló cubierto donde pasar la noche; ni cesaba la persecucion de aquellos indios, que anduvieron siempre á la vista, si ya no fueron otros que iban saliendo con la primera órden á correr su distrito. Pero sobre todo se dejó sentir en aquellos tránsitos el hambre y la sed, que llegó á términos de congoja y desaliento. Animábanse unos á otros los soldados y los capitanes, y hacía sus esfuerzos la paciencia, como ambiciosa de parecer valor. Llegáronse á comer las yerbas y raíces del campo, sin atender al recelo de que fuesen venenosas; aunque los más advertidos gobernaban su eleccion por el conocimiento de los Tlascaltecas. Murió uno de los caballos heridos, y se olvidó, con alegre facilidad, la falta que hacía en el ejército, porque se repartió como regalo particular entre los más necesitados, y éstos celebraron la fiesta convidando á sus amigos: banquete sazonado entónces, en que cedieron á la necesidad los escrúpulos del apetito.

Terminaron estas dos marchas en un lugar pequeño, cuyos vecinos franquearon la entrada sin retirarse como los demás, ni dejar de asistir con agrado y solicitud á cuanto se les ordenaba: puntualidad y agasajo que fué nuevo ardid de los Mejicanos para que sus enemigos se acercasen ménos cuidadosos al lazo que tenian prevenido. Manifestaron sin violencia los víveres de su provision y trajeron de otros lugares cercanos lo que bastó para que se olvidase lo padecido. Por la mañana se dispuso el ejército para subir la cuesta que por la otra parte declina en el valle de Otumba, donde se habia de caer necesariamente para tomar el camino de Tlascala. Reconocióse novedad en los indios que venian siguiendo la marcha, porque sus gritos y sus irrisiones tenian más de contento que de indignacion. Reparó doña Marina en que decian muchas veces: « andad, tiranos, que presto llegaréis donde perezcáis. »

Y dieron que discurrir estas voces, porque se repetian mucho para no tener algun motivo particular. Hubo quien llegase á dudar si aquellos indios, confinantes ya con los términos de Tlascala, festejarian el peligro á que iban encaminados los Españoles, con noticia de que hubiese alguna mudanza en la fidelidad ó en el afecto de aquélla nacion; pero Hernan Cortés y los de mejor conocimiento, miraron esta novedad como indicio de alguna celada vecina, porque no faltaban experiencias de la sencillez ó facilidad con que solian publicar lo mismo que procuraban encubrir.

Ibase continuando la marcha, prevenidos ya y dispuestos los ánimos para entrar en nueva ocasion, cuando volvieron los batidores con noticia de que tenian ocupado los enemigos todo el valle que se descubria desde la cumbre, cerrando el camino que se buscaba con formidable número de guerreros. Era el ejército mismo de los Mejicanos, que se dejó en el paraje del primer adoratorio, reforzado con nuevas tropas y nuevos capitanes. Reconocieron por la mañana segun la presuncion que se ajusta más con las circunstancias del suceso, la retirada intempestiva de los Españoles, y aunque no desconfiaron de conseguir el alcance, temieron advertidamente, con la experiencia de aquella noche, que no sería posible acabar con ellos ántes de salir á tierra de Tlascala, si se iban asegurando en los puestos ventajosos de la montaña: y despacharon á Méjico para que se tomase con mayores véras lo que tanto importaba, cuya proposicion fué tan bien admitida en la ciudad, que partió luégo toda la nobleza con el resto de las milicias que tenian convocadas á incorporarse con su ejército; y en el breve plazo de tres ó cuatro dias se dividieron por caminos diferentes, marchando al abrigo de los montes con tanta celeridad, que se adelantaron á los Españoles y ocuparon el llano de Otumba: campaña espaciosa donde podian pelear sin embarazarse y esperar encubiertos: notables advertencias en lo discurrido, y rara ejecucion de lo resuelto, que uno y otro se pudiera envidiar en cabos de mayor experiencia, y en gente de ménos bárbara disciplina.

No se llegó á recelar entónces que fuesen los Mejicanos, ántes se iba creyendo al subir la cuesta que se habrian juntado aquellas tropas que andaban esparcidas para defender algun paso con la inconstancia y flojedad que solian, pero al vencer la cumbre se descubrió un ejército poderoso de ménos confusa ordenanza que los pasados, cuya frente llenaba todo el espacio del valle, pasando el fondo los términos de la vista : último esfuerzo del poder mejicano, que se componia de varias naciones, como lo denotaban la diversidad y separacion de insignias y colores. Dejábase conocer en el centro de la multitud el capitan general del imperio en unas andas vistosamente adornadas, que sobre los hombros de los suyos le mantenian superior á todos, para que se temiese al obeceder sus órdenes la presencia de los ojos. Traía levantado sobre la cuja el estandarte real, que no se fiaba de otra mano, y solamente se podia sacar en las ocasiones de mayor empeño : su forma una red de oro macizo pendiente de una pica, y en el remate muchas plumas de varios tintes, que uno y otro contendria su misterio de superioridad sobre los otros geroglíficos de las insignias menores : vistosa confusion de armas y penachos en que tenian su hermosura los horrores.

Reconocída por todo el ejército la nueva dificultad á que debian preparar el ánimo y las fuerzas, volvió Hernan Cortés á examinar los semblantes de los suyos, con aquel brio natural que hablaba sin voz á los corazones ; y hallándolos más cerca de la ira que de la turbacion, « llegó » el caso, dijo, de morir ó vencer : la causa de nuestro » Dios milita por nosotros. » Y no pudo proseguir, porque los mismos soldados le interrumpieron clamando por la órden de acometer, con que sólo se detuvo en prevenirlos de algunas advertencias que pedia la ocasion ; y apellidando, como solia, unas veces á Santiago y otras á san Pedro, avanzó prolongada la frente del escuadron para que fuese unido el cuerpo del ejército con las alas de la caballería, que iba señalada para defender los costados y asegurar las espaldas. Dióse tan á tiempo la primera carga de arcabuces y ballestas, que apénas tuvo lugar el

enemigo para servirse de las armas arrojadizas. Hicieron mayor daño las espadas y las picas, cuidando al mismo tiempo los caballos de romper y desbaratar las tropas que se inclinaban á pasar de la otra banda para sitiar por todas partes el ejército. Ganóse alguna tierra de este primer avance. Los Españoles no daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe. Los Tlascaltecas se arrojaban al conflicto con sed rabiosa de la sangre mejicana; y todos tan dueños de su cólera, que mataban con eleccion, buscando primero á los que parecian capitanes; pero los indios peleaban con obstinacion, acudiendo ménos indios que apretados á llenar el puesto de los que morian; y el mismo estrago de los suyos era nueva dificultad para los Españoles, porque se iba cebando la batalla con gente de refresco. Retirábase al parecer todo el ejército cuando cerraban los caballos, ó salian á la vanguardia las bocas de fuego, y volvia con nuevo impulso á cobrar el terreno perdido moviéndose á una parte y otra la muchedumbre con tanta velocidad, que parecia un mar proceloso de gente la campaña, y no lo dementian los flujos y reflujos.

Peleaba Hernan Cortés á caballo socorriendo con su tropa los mayores aprietos, y llevando en su lanza el terror y el estrago del enemigo; pero le traía sumamente cuidadoso la porfiada resistencia de los indios, porque no era posible que se dejasen de apurar las fuerzas de los suyos en aquel género de contínua operacion; y discurriendo en los partidos que podria tomar para mejorarse ó salir al camino, le socorrió en esta congoja una observacion de las que solia depositar en su cuidado para servirse de ellas en la ocasion. Acordóse de haber oido referir á los Mejicanos que toda la suma de sus batallas consistia en el estandarte real, cuya pérdida ó ganancia decidia sus victorias ó las de sus enemigos; y fiado en lo que se turbaba y descomponia el enemigo al acometer de los caballos, tomó resolucion de hacer un esfuerzo extraordinario para ganar aquella insignia sobresaliente, que ya conocia. Llamó á los capitanes Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóval de Olid y Alonso Dávila para que le si-

guiesen y guardasen las espaldas, con los demas que asistian á su persona; y haciéndoles una breve advertencia de lo que debian obrar para conseguir el intento, embistieron á poco más de media rienda por la parte que parecia más flaca ó ménos distante del centro. Retiráronse los indios, temiendo como solian, el choque de los caballos; y ántes que se cobrasen al segundo movimiento, se arrojaron á la multitud confusa y desordenada con tanto ardimiento y desembarazo, que rompiendo y atropellando escuadrones enteros, pudieron llegar sin detenerse al paraje donde asistia el estandarte del imperio con todos los nobles de su guardia; y entretanto que los capitanes se desembarazaban de aquella numerosa comitiva, dió de los pies á su caballo Hernan Cortés, y cerró con el capitan general de los Mejicanos, que al primer bote de su lanza cayó mal herido por la otra parte de las andas. Habíanle ya desamparado los suyos; y hallándose cerca un soldado particular que se llamaba Juan de Salamanca, saltó de su caballo y le acabó de quitar la poca vida que le quedaba con el estandarte que puso luégo en manos de Cortés. Era este soldado persona de calidad, y por haber perfeccionado entónces la hazaña de su capitan, le hizo algunas mercedes el emperador, y quedó por timbre de sus armas el penacho de que se coronaba el estandarte [1].

1. Casi todos los historiadores de la conquista de Nueva España, incluso Mr. Robertson, escriben que el mismo Hernan Cortés derribó de un bote de lanza al general de los Mejicanos, y que un soldado de aquél se apoderó del estandarte del imperio. En esta parte se desvian demasiado de lo que el mismo Cortés escribió á Cárlos V; sin que podamos adivinar porqué Robertson no le siguió esta vez, como lo hace constantemente en lo respectivo á la exactitud de los hechos; puesto que lo hallaba escrito por el que más interés podia tener en atribuir el buen éxito de una batalla tan importante como la de Otumba, á una hazaña personal que de tal manera podia realzar su fama. Pero Cortés nada dice respecto de sí propio; y las palabras con que señala el motivo de haberse alcanzado la victoria, son tan claras y precisas que no dejan lugar á gratuitas interpretaciones. *Duró la batalla* (dice) *mucha parte del dia, hasta que quiso Dios que murió una persona de ellos, que debia ser tan principal, que con su muerte cesó toda aquella guerra.*
Al referir esta batalla Hernan Cortés, nó dice cuál era el nú-

Apénas le vieron aquellos bárbaros en poder de los Españoles, cuando abatieron las demás insignias, y arrojando las armas, se declaró por todas partes la fuga del ejército. Corrieron despavoridos á guarecerse de los bosques y maizales : cubriéronse de tropas amedrentadas los montes vecinos, y en breve rato quedó por los Españoles la campaña. Siguióse la victoria con todo el rigor de la guerra, y se hizo sangriento destrozo en los fugitivos. Importaba deshacerlos para que no se volviesen á juntar ; y mandaba la irritacion lo que aconsejaba la conveniencia. Hubo algunos heridos entre los de Cortés, de los cuales murieron en Tlascala dos ó tres Españoles ; y el mismo Cortés salió con un golpe de piedra en la cabeza tan violento, que abollando las armas le rompió la primera túnica del cerebro, y fué mayor el daño de la contusion. Dejóse á los soldados el despojo, y fué considerable ; porque los Mejicanos venian prevenidos de galas y joyas para el triunfo. Dice la historia que murieran veinte mil en esta batalla : siempre se habla por mayor en semejantes casos ; y quien se persuadiere á que pasaba de doscientos mil hombres el ejército vencido, hallará ménos disonancia en la desproporcion del primer número [1].

Todos los escritores nuestros y extraños, refieren esta victoria como una de las mayores que se consiguieron en

mero de combatientes mejicanos, pero supone ser crecidísimo, valiéndose de esta frase hiperbólica : *ninguna cosa de los campos, que se podian ver, habia de ellos vacía.* Faltan palabras para encarecer el valor y sufrimiento de aquel puñado de héroes que fugitivos y acosados por todas partes y experimentando continuas pérdidas, tuvieron el denuedo y coraje suficientes para escarmentar en el valle de Otumba la osadía de los Mejicanos, sin embargo de que, segun escribe el mismo Cortés, los Españoles *iban muy cansados, y casi todos heridos, y desmayados de hambre.* Los extrangeros tan dispuestos á encarecer los actos de barbarie de que acusan á los vencedores de cien y cien combates, no han encarecido en la misma proporcion el indomable valor y constancia á toda prueba de que se hallaban animados en medio de las más espantosas privaciones.

1. Solis copia aquí lo que halló escrito en Herrera sobre el número y mortandad del ejército mejicano. Bernal Diaz nada dice de lo primero ni de lo segundo ; solamente afirma que en ninguna batalla se vió tal multitud de indios reunidos.

las dos Américas. Y si fuese cierto que peleó Santiago en el aire por sus Españoles, como lo afirman algunos prisioneros, quedará más creible ó ménos encarecido el estrago de aquella gente; aunque no era necesario recurrir al milagro visible donde se conoció con tantas evidencias la mano de Dios; á cuyo poder se deben siempre atribuir, con especial consideracion, los sucesos de las armas: pues se hizo aclamar señor de los ejércitos para que supiesen los hombres que sólo deben esperar y reconocer de su altísima disposicion las victorias, sin hacer caso de las mayores fuerzas: porque algunas veces castiga la sinrazon asistiendo á los ménos poderosos; ni fiarse de la mejor causa, porque otras veces corrige á los que favorece, fiando el azote de la mano aborrecida.

de su madre. Los Españoles dieron al cielo con voces de piadoso reconocimiento la primera respiracion de su fatiga. Y todos se inclinaron á tomar posesion de la seguridad cerca de una fuente, cuyo manantial se acreditó entónces de saludable y delicado, porque se refiere con particularidad, lo que celebraron el agua los Españoles, fuese porque dió estimacion al refrigerio la necesidad, ó porque satisfizo á segunda sed bebida sin tribulacion.

Hizo Hernan Cortés en este sitio un breve razonamiento á los suyos dándoles á entender : « cuanto importaba con» servar con el agrado y la modestia el afecto de los » Tlascaltecas, y que mirase cada uno en la ciudad, como » peligro de todos, la queja de un paisano. » Resolvió despues hacer alguna mansion en el camino para tomar lengua y disponer la entrada con noticia y permision del senado, y á poco más de medio dia se hizo alto en Gualipar, villa entónces de considerable poblacion; cuyos vecinos salieron largo trecho á dar señas de su voluntad, ofreciendo sus casas y cuanto fuese menester, con tales demostraciones de obsequio y veneracion, que hasta los que venian recelosos llegaron á conocer que no era capaz de artificio aquel género de sinceridad. Admitió Hernan Cortés el hospedage, y ordenó su cuartel con todas las puntualidades que parecieron convenientes para quitar los escrúpulos de la seguridad.

Trató luégo de participar al senado la noticia de su retirada y sucesos con dos Tlascaltecas; y por más que procuró adelantar este aviso, llegó primero la fama con el rumor de la victoria; y casi al mismo tiempo vinieron á visitarle por la república su grande amigo Magiscatzin, el ciego Xicotencal, su hijo, y otros ministros del gobierno. Adelantóse á todos Magiscatzin, arrojándose á sus brazos y apartándose de ellos para mirarle y cumplir con su admiracion, como quien no se acababa de persuadir á la felicidad de hallarle vivo. Xicotencal se hacia lugar con las manos hácia donde le guiaban los oidos; y manifestó su voluntad aún más afectuosamente, porque se queria informar con el tacto, y prorumpió en lágrimas el contento, que al parecer, tomaban á su cargo el ejercicio de los

ojos Iban llegando los demás, entretanto que se apartaban los primeros, á congratularse con los capitanes y soldados conocidos. Pero no dejó de hacerse algun reparo en Xicotencal el mozo, que anduvo más desagradable ó más templado en los cumplimientos; y aunque se atribuyó entónces á entereza de hombre militar, se conoció brevemente que duraban todavía en su intencion las desconfianzas de amigo reconciliado, y en su altivez los remordimientos de vencido. Apartóse Cortés con los recien venidos, y halló en su conversacion cuantas puntualidades y atenciones pudiera desear en gente de mayor policía. Dijéronle que andaban ya juntando sus tropas con ánimo de socorrerle contra el comun enemigo, y que tenian dispuesto salir con treinta mil hombres á romper los impedimentos de su marcha. Doliéronse de sus heridas mirándolas como desman sacrílego de aquella guerra sediciosa. Sintieron la muerte de los Españoles, y particularmente la de Juan Velázquez de Leon, á quien amaban, no sin algun conocimiento de sus prendas. Acusaron la bárbara correspondencia de los Mejicanos; y últimamente le ofrecieron asistir á su desagravio con todo el grueso de sus milicias y con las tropas auxiliares de sus aliados: añadiendo para mayor seguridad, que ya no sólo eran amigos de los Españoles, sino vasallos de su rey, y debian por ambos motivas estar á sus órdenes y morir á su lado. Asi concluyeron su conversacion distinguiendo, no sin discrecion pundonorosa, las dos obligaciones de amistad y vasallaje, como que mandaba en ellos la fidelidad lo mismo que persuadia la inclinacion.

Respondió Hernan Cortés á todas sus ofertas y proposiciones con reconocida urbanidad; y de lo que discurrieron unos y otros pudo colegir, que no sólo duraba en su primero vigor la voluntad de aquella gente, pero que habia crecido en ellos la parte de la estimacion: porque la pérdida que se hizo al salir de Méjico se miró como accidente de la guerra, y quedó totalmente borrada con la victoria de Otumba, que se admiró en Tlascala como prodigio del valor y último crédito de la retirada. Propusiéronle que pasase luégo á la ciudad, donde tenian prevenido el aló-

jamiento; pero se ajustaron fácilmente á conceder alguna detencion al reparo de la gente, porque deseaban prevenirse para la entrada, y que se hiciese con pública solemnidad al modo que solian festejar los triunfos de sus generales.

Tres dias se detuvo el ejército en Gualipar, asistido liberalmente de cuanto hubo menester por cuenta de la república; y luégo que se hallaron los heridos en mejor disposicion, se dió aviso á la ciudad y se trató de la marcha. Adornáronse los Españoles lo mejor que pudieron para la entrada, sirviéndose de las joyas y plumas de los Mejicanos vencidos: exterioridad en que iba significada la ponderacion de la victoria, que hay casos en que importa la ostentacion al crédito de las cosas, ó suele pecar de intempestiva la modestia. Salieron á recibir el ejército los caciques y ministros en forma de senado con todo el resto de sus galas y numerosa comitiva de sus parentelas. Cubriéronse de gente los caminos: hervia en aplausos y aclamaciones la turba popular: andaban mezclados los víctores de los Españoles con los oprobios de los Mejicanos: y al entrar en la ciudad hicieron ruidosa y agradable salva los atabalillos, flautas y caracoles distribuidos en diferentes coros que se alternaban y sucedian, resonando en toques pacíficos los instrumentos militares. Alojado el ejército en forma conveniente, admitió Cortés, despues de larga resistencia, el hospedaje de Magiscatzin, cediendo á su porfía por no desconfiarle. Llevóse consigo por esta misma razon el ciego Xicotencal á Pedro de Alvarado; y aunque los demas caciques se querian encargar de otros capitanes, se desvió cortesanamente la instancia, porque no era razon que faltasen los cabos del cuerpo de guardia principal. Fué la entrada que hicieron los Españoles en esta ciudad por el mes de julio de 1520, aunque tambien hay en esto alguna variedad entre los escritores; pero reservamos este género de reparos para cuando se discuerda en la substancia de los sucesos, donde no cabe la extension del poco más ó ménos

Dióse principio aquella misma tarde á las fiestas del triunfo, que se continuaron por algunos dias, dedicando

todos sus habilidades al divertimiento de los huéspedes y al aplauso de la victoria, sin exception de los nobles, ni de los mismos que perdieron amigos ó parientes en la batalla; fuese por no dejar de concurrir á la comun alegría, ó por no ser permitido en aquella nacion belicosa tener por adversa la fortuna de los que morian en la guerra. Ya se ordenaban desafíos con premios destinados al mayor acierto de las flechas: ya se competia sobre las ventajas del salto y la carrera: ya ocupaban la tarde aquellos funámbulos ó volatines que se procuraban exceder en los peligros de la maroma, ejercicio á que tenian particular aplicacion, y en que se llevaba el susto parte del entretenimiento; pero se alegraban siempre los fines y las véras del espectáculo con los bailes y danzas de invenciones y disfraces: fiesta de la multitud en que se daba libertad al regocijo, y quedaban por cuenta del ruido bullicioso las últimas demostraciones del aplauso.

Halló Hernan Cortés en aquellos ánimos toda la sinceridad y buena corrrepondencia que le habian prometido sus esperanzas. Era en los nobles amistad y veneracion, lo que amor apasionado y obediencia rendida en el pueblo. Agradecia su voluntad y celebraba sus ejercicios agasajando á los unos y honrando á los otros, con igual confianza y satisfaccion. Los capitanes le ayudaban á ganar amigos con el agrado y con las dádivas; y hasta los soldados cuidaban de hacerse bien quistos, repartiendo generosamente las joyas y preseas que pudieron adquirir en el despojo de la batalla. Pero al mismo tiempo que durabá en su primera sazon esta felicidad, sobrevino un cuidado que puso los semblantes de otro color. Agravóse con accidentes de mala calidad la herida que recibió Hernan Cortés en la càbeza: venía mal curada, y el sobrado ejercicio de aquellos dias trajo al cerebro una inflamacion vehemente con recias calenturas, que postraron el sujeto y las fuerzas, reduciéndole á términos que llegó á temer el peligro de su vida.

Sintieron los Españoles este contratiempo como amenaza de que pendia su conservacion y su fortuna; pero fué más reparable por ménos debida, la turbacion de los

indios, que apénas supieron la enfermedad cuando cesaron sus fiestas, y pasaron todos al extremo contrário de la tristeza y desconsuelo. Los nobles andaban asombrados y cuidadosos, preguntando á todas horas por el Teule, nombre, como dijimos, que daban á sus semi-dioses, ó poco ménos que deidades. Los plebeyos solian venir en tropas á lamentarse de su pérdida, y era menester engañarlos con esperanzas de la mejoría para reprimirlos, y apartarlos donde no hiciesen daño sus lástimas á la imaginacion del enfermo. Convocó el senado los médicos más insignes de su distrito, cuya ciencia consistia en el conocimiento y eleccion de las yerbas medicinales que aplicaban con admirable observacion de sus virtudes y facultades, variando el medicamento segun el estado y accidentes de la enfermedad, y se les debió enteramente la cura; porque sirviéndose primero de unas yerbas saludables y benignas para corregir la inflamacion y mitigar los dolores de que procedia la calentura, pasaron por sus grados á las que disponian y cerraban las heridas con tanto acierto y felicidad, que le restituyeron brevemente á su perfecta salud. Ríase de los empíricos la medicina racional, que á los principios todo fué de la experiencia; y donde faltaba la natural filosofía, que buscó la causa por los efectos, no fué poco hallar tan adelantado el magisterio primitivo de la misma naturaleza. Celebróse con nuevos regocijos esta noticia; conoció Hernan Cortés con otra experiencia más el afecto de los Tlascaltecas; y libre ya la cabeza para discurrir, volvió á la fábrica de sus altos designios, á tirar nuevas líneas, dirigir inconvenientes y apartar dificultades: batalla interior de argumentos y soluciones, en que trabajaba la prudencia para componerse con la magnanimidad.

CAPÍTULO II

Llegan noticias de que se habia levantado la provincia de Tepeaca: vienen embajadores de Méjico á Tlascala: y se descubre una conspiration que intentaba Xicotencal el mozo contra los Españoles.

Venía Hernan Cortés deseoso de saber el estado en que se hallaban las cosas de la Vera-Cruz, por ser la conservacion de aquella retirada una de las bases principales sobre que se habia de fundar el nuevo edificio de que se trataba. Escribió luégo á Rodrigo Rangel que, como dijimos, quedó nombrado por teniente de Gonzalo de Sandoval en aquel gobierno, y llegó brevemente su respuesta, mediante la extraordinaria diligencia de los correos naturales, cuya substancia fué : « que no se habia ofrecido no-» vedad que pudiese dar cuidado en la plaza, ni en la » costa : que Narbaez y Salvatierra quedaban asegurados » en su prision, y que los soldados estaban gustosos y bien » asistidos, porque duraba en su primera puntualidad el » afecto y buena correspondencia de los Zempoales, Toto-» naques y demás naciones confederadas. »

Pero al mismo tiempo avisó que no habian vuelta á la plaza ocho soldados con un cabo que fueron á Tlascala por el oro que se dejó repartido á los Españoles de aquella guarnicion; y que si era cierta la voz que corria entre los indios de que los habian muerto en la provincia de Tepeaca, se podia temer que hubiese caido en el mismo lazo la gente de Narbaez que se quedó herida en Zempoala; porque habian marchado en tropas como fueron mejorando, con ansía de llegar á Méjico, donde se consideraban al arbitrio de la codicia las riquezas y las prosperidades.

Puso en gran cuidado á Cortés esta desgracia por la falta que hacian al presupuesto de sus fuerzas aquellos soldados, que segun Antonio de Herrera, pasaban de cincuenta; y aunque fuese menor el número, como lo dice Bernal Diaz del Castillo, no por eso dejaria de quedar

grande la pérdida en aquella ocasion y en una tierra donde se contaba por millares de indios lo que suponia cada español. Informóse de los Tlascaltecas amigos, y halló en ellos la misma noticia que daba Rangel, y la notable atencion de habérsela recatado por no desazonar con nuevos cuidados su convalecencia.

Era cierto que los ocho soldados que vinieron de la Vera-Cruz llegaron á Tlascala y volvieron à partir con el oro de su repartimiento, en ocasion que andaba sospechosa la fidelidad de la provincia de Tepeaca, que fué una de las que dieron la obediencia en el primer viaje de Méjico. Y despues se averiguó con evidencia que habian perecido en ella los unos y los otros; en que no dejaba que dudar la circunstancia de haber llamado tropas mejicanas con ánimo de mantener la traicion : novedad que hizo necesario el empeño de sujetar aquellos rebeldes, y apartar de sus términos al enemigo, cuya diligencia no sufria dilacion, por estar situada esta provincia en paraje que dificultaba la comunicacion de Méjico á la Vera-Cruz: paso que debia quedar libre y asegurado ántes de aplicar el ánimo á mayores empresas. Pero suspendió Hernan Cortés la negociacion que se habia de hacer con la república para que asistiese con sus fuerzas á esta faccion; porque supo al mismo tiempo que los Tepeaqueses habian penetrado pocos dias ántes los confines de Tlascala, destruyendo y robando algunas poblaciones de la frontera; y tuvo por cierto que le habrian menester para su misma causa, como sucedió con brevedad; porque resolvió el senado que se castigase con las armas el atrevimiento de aquella nacion, y se procurase interesar á los Españoles en esta guerra, pues estaban igualmente irritados y ofendidos por la muerte de sus compañeros: con que llegó el caso de que le rogasen lo mismo que deseaba, y se puso en términos de conceder lo que habia de rogar.

Ofrecióse poco despues otra novedad que puso en nuevo cuidado á los Españoles. Avisaron de Gualipar que habian llegado á la frontera tres ó cuatro embajadores del nuevo emperador mejicano, dirigidos á la república de Tlascala, y quedaban esperando licencia del senado para pasar á la

ciudad. Discurrióse la materia en él con grande admiracion, y no sin conocimiento de que se debian escuchar como amenzas encubiertas las negociaciones del enemigo: pero aunque se tuvo por cierto que sería la embajada contra los Españoles, y estuvieron firmes en que no se les podria ofrecer conveniencia que preponderase á la defensa de sus amigos, se decretó que fuesen admitidos los embajadores, para que se lograse por lo ménos aquel acto de igualdad tan desusado en la soberbia de los príncipes mejicanos; y se infiere del mismo suceso que intervino en este decreto el beneplácito de Cortés, porque fueron conducidos públicamente al senado los embajadores, y no hubo recato, disculpa ó pretexto de que se pudiese argüir ménos sinceridad en la intencion de los Tlascaltecas.

Hicieron su entrada con grande aparato y gravedad. Iban delante los tamenes bien ordenados con el presente sobre los hombros, que se componia de algunas piezas de oro y de plata, ropas finas de la tierra, curiosidades y penachos con muchas cargas de sal, que allí era el contrabando más apetecido. Traían ellos mismos las insignias de la paz en las manos, gran cantitad de joyas, y numeroso acompañamiento de camaradas [1] y criados: superfluidades en que á su parecer venía figurada la grandeza de su príncipe, y que algunas veces suelen servir á la desproporcion de la misma embajada, siendo como unas ostentaciones del poder que asombran ó divierten los ojos para introducir la sinrazon en los oidos. Esperóles el senado en su tribunal sin faltar á la cortesía, ni exceder en el agasajo; pero celoso cuidadosamente de su representacion, y mal encubierto el desagrado en la urbanidad.

Su proposicion fué, despues de nombrar al emperador mejicano con grandes sumisiones y atributos, «ofrecer de » su parte la paz y alianza perpétua entre las dos naciones, » libertad de comercio y comunicacion de intereses; con » calidad y condicion que tomasen luégo las armas contra » los Españoles, ó se aprovechasen de su descuido y segu-

1. Asi se halla escrito en varias ediciones: pero debe decir, *camareros*.

» ridad para deshacerse de ellos. » Y no pudieron acabar su razonamiento porque se hallaron atajados, primero de un rumor indistinto que ocasionó la disonancia, y despues de una irritacion mal reprimida que prorumpió en voces descompuestas; y se llevó tras sí la circunspeccion.

Pero uno de los senadores ancianos acordó á sus compañeros el desacierto en que se iban empeñando contra el estilo y contra la razon; y dispuso que los embajadores se retirasen á su alojamiento para esperar la resolucion de la república. Lo cual ejecutado, se quedaron solos á discurrir sobre la materia; y sin detenerse á votar concurrieron todos en el mismo sentir de los que habian propalado inadvertidamente su voto, aunque se aliñaron los términos de la repulsa y se hizo lugar la cortesía en la segunda instancia de la cólera, resolviendo que se nombrasen tres ó cuatro diputados que llevasen la respuesta del senado á los embajadores, cuya sustancia fué : « que se admitiria » con toda estimacion la paz, como viniese propuesta con » partidos razonables, y proporcionados á la conveniencia » y pundonor de ambos dominios; pero que los Tlascalte- » cas observaban religiosamente las leyes del hospedaje, » y no acostumbraban ofender á nadie sobre seguro; pre- » ciándose de tener por imposible lo ilícito, y de irse de- » rechos á la verdad de las cosas, porque no entendian de » pretextos ni sabian otro nombre á la traicion. » Pero no llegó el caso de lograrse la respuesta, porque los embajadores viendo tan mal recibida su proposicion, se pusieron luégo en camino, llevando tanto miedo como trajeron gravedad; y no pareció conveniente detenerlos porque habia corrido la voz en Tlascala de que venian contra los Españoles, y se temió algun movimiento popular que atropellase las prerogativas de su ministerio y destruyese las atenciones del senado.

Esta diligencia de los Mejicanos, aunque frustrada con tanta satisfaccion de los Españoles, no dejó de traer algun inconveniente, de que se empezó á formar otro cuidado. Calló Xicotencal el mozo en la junta de los senadores su dictámen, dejándose llevar del voto comun, porque temió la indignacion de sus compañeros, ó porque le detuvo el

respeto de su padre; pero se valió despues de la misma embajada para verter entre sus amigos y parciales el veneno de que tenía preocupado el corazon, sirviéndose de la paz que proponian los Mejicanos, no porque fuese de su genio ni de su conveniencia, sino por esconder en este motivo especioso la fealdad ignominiosa de su envidia y dañada intencion. « El emperador mejicano, decia, » cuya potencia formidable nos trae siempre con las ar- » mas en las manos, y envueltos en la continua infelicidad » de una guerra defensiva, nos ruega con su amistad, sin » pedirnos otra recompensa que la muerte de los [Espa- » ñoles, en que sólo nos propone lo que debiamos eje- » cutar por nuestra propia conveniencia y conservacion : » pues cuando perdonemos á estos advenedizos el intento » de aniquilar y destruir nuestra religion, no se puede » negar que tratan de alterar nuestras leyes y forma de » gobierno, convirtiendo en monarquía la república vene- » rable de los Tlascaltecas, y reduciéndonos al dominio » aborrecible de los emperadores : yugo tan pesado y tan » violento, que áun visto en la cerviz de nuestros enemi- » gos lastima la consideracion. » No le faltaba elocuencia para vestir de razones aparentes su dictámen, ni osadía para facilitar la ejecucion; y aunque le contradecian y procuraban disuadir algunos de sus confidentes, como estaba en reputacion de gran soldado, se pudo temer que tomase cuerpo su parcialidad en una tierra donde bastaba el ser valiente para tener razon. Pero estaba tan arraigado en los ánimos el amor de los Españoles, que se hicieron poco lugar las diligencias, y llegaron luégo á la noticia de los magistrados. Tratóse la materia en el senado con toda la reserva que pedia un negocio de semejante consideracion, y fué llamado á esta conferencia Xicotencal el viejo, sin que bastase la razon de ser hijo suyo el delincuente para que se desconfiase de su entereza y justificacion.

Acriminaron todos este atentado como indigna cavilacion de hombre sedicioso que intentaba perturbar la quietud pública, desacreditar las resoluciones del senado, y destruir el crédito de su nacion. Inclináronse algunos

votos á que se debia castigar semejante delito con pena de muerte, y fué su padre uno de los que más esforzaron este dictámen, condenando en su hijo la traicion, como juez sin afectos, ó mejor padre de la patria [1].

Pudo tanto en los ánimos de aquellos senadores la constancia pundonorosa del anciano, que se mitigó por su contemplacion el rigor de la sentencia, reduciéndose los votos á ménos sangrienta demostracion. Hiciéronle traer preso al senado, y despues de reprender su atrevimiento con destemplada severidad, le quitaron el baston de general, deponiéndole del ejercicio y prerogativas del cargo, con la ceremonia de arrojarle violentamente por las gradas del tribunal; cuya ignominia le obligó dentro de pocos dias á valerse de Cortés con demostraciones de verdadera reconciliacion; y á instancia suya fué restituido en sus honores y en la gracia de su padre; aunque despues de algunos dias volvió á reverdecer la raiz infecta de su mala intencion, y reincidió en nueva inquietud que le costó la vida como veremos en su lugar. Pudieron ambos lances producir inconvenientes de grande amenaza y dificultoso remedio; pero el de Xicotencal llegó á noticia de Cortés cuando estaba prevenido el daño y castigado el delito, y el de los embajadores mejicanos dejó satisfechos á los ménos confiados, quedando en uno y otro nuevamente acreditada la rara fidelidad de los Tlascaltecas; que vista en una gente de tan limitada policía, y en aquel desabrigo de los medios humanos, llegó á parecer milagrosa, ó por lo ménos se miraba entónces como uno de los efectos en que no se halla razon natural si se busca entre las causas inferiores.

1. Éste es meramente un episodio, de cuya certeza nos es lícito dudar. Pero dado que fuese cierto, nunca debió condenar Solis en el jóven Xicotencal ese noble sentimiento de amor pátrio, que hace su mayor elogio.

CAPÍTULO III

Ejecútase la entrada en la provincia de Tepeaca; y vencidos los rebeldes que aguardaron en campaña con la asistencia de los Mejicanos, se ocupa la ciudad, donde se levanta una fortaleza con el nombre de Segura de la Frontera.

Entretanto que andaba Xicotencal el mozo convocando las milicias de su república, cebado ya en la guerra de Tepeaca, y deseoso entónces de borrar con los excesos de su diligencia las especies de su infidelidad, procuraba Cortés encaminar los ánimos de los suyos al conocimiento de que no se podia excusar el castigo de aquella nacion, poniéndoles delante su rebeldía, la muerte de los Españoles, y cuantos motivos podian hacer á la compasion y llamar á la venganza; pero no todos se ajustaban á que fuese conveniente aquella faccion, en cuyo dictámen sobresalieron los de Narbaez, que á vista de los trabajos padecidos se acordaban con mayor afecto del ocio y de la comodidad, clamando por asistir á las granjerias que dejaron en la isla de Cuba. Tenian por impertinente la guerra de Tepeaca, insistiendo en que se debia retirar el ejército á la Vera-Cruz para solicitar asistencias de Santo Domingo y Jamáica, y volver ménos aventurados á la empresa de Méjico, no porque tuviesen ánimo de perseverar en ella, sino por acercarse con algun color á la lengua del agua para clamar ó resistir con mayor fuerza. Y llegó á tanto su osadía, que hicieron notificar á Hernan Cortés una protesta en forma legal, adornada con algunos motivos de mayor atrevimiento que sustancia, en que andaba el bien público y el servicio del rey, procurando apretar los argumentos del temor y de la flojedad.

Sintió vivamente Cortés que se hubiesen desmesurado á semejante diligencia en tiempo que tenian los enemigos, que asistian en Tepeaca, ocupado el camino de la Vera-Cruz, y no era posible penetrarlo sin hacer la guerra que rehusaban. Hízolos llamar á su presencia, y necesitó de

toda su reportacion para no destemplarse con ellos; porque la tolerancia ó el disimulo de una injuria propia es dificultad que suele caber en ánimos como el suyo; pero sufrir en un despropósito la injuria de la razou, es en los hombres de juicio la mayor hazaña de la paciencia.

Agradeció como pudo los buenos deseos con que solicitaban la conservacion del ejército; y sin detenerse á ponderar las razones que ocurrian para no faltar al empeño que estaba hecho con los Tlascaltecas, aventurando su amistad, y dejando consentida la traicion de los Tepeaqueses, se valió de motivos proporcionados al discurso de unos hombres á quien hacía poca fuerza lo mejor: para cuyo efecto les dijo solamente: « que teniendo el enemigo » los pasos estrechos de la montaña, precisamente se » habia de pelear para salir á lo llano: que ir sólos á » esta faccion sería perder voluntariamente, ó por lo » ménos aventurar sin disculpa el ejército: que ni era » practicable pedir socorro á los Tlascaltecas, ni ellos lo » darian para una retirada que se hacía contra su voluntad; » y que unavez sujeta la provincie rebelde, y asegurado » el camino, en lo cual asistiria con todas sus fuerzas la » república, les ofrecia sobre la fe de su palabra que po» drian retirarse con licencia suya cuantos no se determi» nasen á seguir sus banderas. » Con que los dejó reducidos á servir en aquella guerra, quedando en conocimiento de que no eran á propósito para entrar en mayores empeños; y trató de poner luégo en ejecucion su jornada con que se quietaron por entónces.

Eligió hasta ocho mil Tlascaltecas de buena calidad, divididos en tropas segun su costumbre, con algunos capitanes de los que ya tenía experimentados en el viaje de Méjico. Dejó á cargo de su nuevo amigo Xicotencal que siguiese con el resto de sus milicias; y puesta en órden su gente, se halló con cuatrocientos y veinte soldados españoles, inclusos los capitanes, y diez y siete caballos, armada la mayor parte de picas, espadas y rodelas, algunas ballestas y pocos arcabuces, porque no sobraba la pólvora, cuya falta obligó á que se dejasen los demas en casa de Magiscatzin.

Marchó el ejército con grandes aclamaciones del concurso popular y grande alegría de los mismos soldados tlascaltecas: pronósticos de la victoria en que tenian su parte los espíritus de la venganza. Hízose alto aquel dia en el primer lugar de la tierra enemiga, situado tres leguas de Tlascala y cinco de Tepeaca, ciudad capital que dió su nombre á la provincia. Retiróse la poblacion á la primera vista del ejército y sólo dieron alcance los batidores á seis ó siete paisanos que aquella noche hallaron agasajo y seguridad entre los Españoles, no sin alguna repugnancia de los Tlascaltecas, en cuya irritacion tuvieron diferente acogida. Llamólos á la mañana Hernan Cortés, y alentándolos con algunas dádivas los puso á todos en libertad, encargándoles que por el bien de su nacion dijesen de su parte á los caciques y ministros principales de la ciudad: « que venia con aquel ejército á castigar la muerte de » tantos Españoles como habian perdido alevosamente la » vida en su distrito, y la traicion calificada con que se » habian negado á la obediencia de su rey; pero que de- » terminándose á tomar las armas contra los Mejicanos, » para cuyo efecto los asistiria con sus fuerzas y las de » Tlascala, quedaria borrada con un perdon general la » memoria de ambas culpas, y serian restituidos á su » amistad, excusando los daños de una guerra, cuya » razon los amenazaba como delincuentes, y los trataria » como enemigos. »

Partieron con este mensaje, y al parecer bastantemente asegurados, porque doña Marina y Aguilar añadieron á lo que dictaba Cortés, algunos amigables consejos y seguridades en órden á que podian volver sin recelo, aunque fuese mal admitida la proposicion de la paz. Y asi lo ejecutaron el dia siguiente, acompañándolos en esta funcion dos Mejicanos, que al parecer venian como celadores de la embajada para que no se alterasen los términos de la repulsa, cuya sustancia fué insolente y descomedida: « que no querian la paz; ni tardarian mucho en buscar á » sus enemigos en campaña para volver con ellos mania- » tados á las aras de sus dioses. » Á que añadieron otros desprecios y amenazas de hombres que hacian la cuenta

con el número de su ejército. No se dió por satisfecho Hernan Cortés con esta primera diligencia, y los volvió á despachar con nuevo requerimiento que ordenó para su mayor justificacion, en que les protestaba : « que no ad» mitiendo la paz con las condiciones propuestas, serian » destruidos á fuego y á sangre como traidores á su rey, » y quedarian esclavos de los vencedores, perdiendo ente» ramente la libertad cuantos no perdiesen la vida. » Hízose la notificacion á los enviados con asistencia de los intérpretes, y dispuso que llevasen por escrito una copia del mismo requerimiento, no porque le hubiesen de leer, sino porque al oir de sus mensajeros aquella intimacion de tanta severidad, temiesen algo más de las palabras sin voz que llevaba el papel : que como extrañaban tanto en los Españoles el oficio de la pluma, teniendo por sobrenatural que pudiesen hablarse y entenderse desde léjos, quiso darles en los ojos con lo que les hacía ruido en el cuidado ; que fué como llamarlos al miedo por el camino de la admiracion.

Pero sirvió de poco este primor, porque fué aún más briosa y más descortés la segunda respuesta ; con la cual llegó el aviso de que venía marchando en diligencia más que ordinaria el ejército enemigo, y Hernan Cortés, resuelto á buscarle, ordenó luégo su gente, y la puso en marcha sin detenerse á instruirla ni animarla, porque los Españoles estaban diestros en aquel género de batallas, y los Tlascaltecas iban tan deseosos de pelear, que trabajó más la razon en detenerlos.

Aguardaban los enemigos mal emboscados entre unos maizales, aunque los produce tan densos y crecidos la fertilidad de aquella tierra, que pudieran lograr el lazo si fuera mayor su advertencia ; pero se reconoció desde léjos el bullicio de su natural inquietud : y la noticia de los batidores llegó á tiempo que dadas las órdenes y prevenidas las armas, se consiguió el acercarse á la celada con un género de sosiego que procuraba imitar el descuido.

Dióse principio al combate prolongando los escuadrones, lo que fué necesario para guardar las espaldas ; y los Mejicanos que traian la vanguardia, se hallaron acometidos

por todas partes cuando se andaban disponiendo para ocupar la retirada. Facilitó su turbacion el primer avance, y fueron pasados á cuchillo cuantos no se retiraron anticipadamente. Fuese ganando tierra sin perder la formacion del ejército, y porque las flechas y demas armas arrojadizas perdian la fuerza y la puntería en las cañas del maiz, lo hicieron todo las espadas y las picas. Rehiciéronse despues los enemigos, y esperaron segundo choque, alargando la disputa con el último esfuerzo de la desesperacion; pero se detuvo poco en declararse la victoria, porque los Mejicanos cedieron, no solamente la campaña, sino todo el país buscando su refugio en otros aliados; y á su ejemplo se retiraron los Tepeaqueses con el mismo desórden tan atemorizados, que vinieron aquella misma tarde sus comisarios á rendir la ciudad, pidiendo cuartel, y dejándose á la discrecion ó á la clemencia de los vencedores.

Perdió el enemigo en esta faccion la mayor parte de sus tropas, hiciéronse muchos prisioneros, y el despojo fué considerable. Los Tlascaltecas pelearon valerosamente; y lo que más se pudo extrañar, tan atentos á las órdenes, que á fuerza de su mejor disciplina murieron solamente dos ó tres de su nacion. Murió tambien un caballo, y de los Españoles hubo algunos heridos, aunque tan ligeramente que no fué necesario que se retirasen. El dia siguiente se hizo la entrada en la ciudad; y así los magistrados como los militares que salieron al recibimiento, y el concurso popular que los seguia, vinieron desarmados á manera de reos, llevando en el silencio de los semblantes confesada ó reconocida la confusion de su delito.

Humilláronse todos al acercarse, hasta poner la frente sobre la tierra; y fué necesario que los alentase Cortés para que se atreviesen á levantar los ojos. Mandó luégo que los intérpretes aclamasen, levantando la voz, al rey don Cárlos, y publicasen el perdon general en su nombre, cuya noticia rompió las ataduras del miedo, y empezaron las voces y los saltos á celebrar el contento. Señalóse á los Tlascaltecas su cuartel fuera de poblado porque se temió que pudiese más en ellos la costumbre de maltratar á sus

enemigos que la sujecion á las órdenes en que se iban habituando; y Hernan Cortés se alojó en la ciudad con sus Españoles, con la union y cautela que pedia la ocasion, durando en este género de recelo hasta que se conoció la sencillez de aquellos ánimos, que á la verdad fueron solicitados y asistidos por los Mejicanos, asi para la primera traicion, como para los demás atrevimientos.

Hallábanse ya escarmentados y pesarosos de haber dado segunda vez la cerviz al yugo intolerable de aquella nacion; y tan desengañados en el conocimiento de que, áun viniendo como amigos, no sabian abstenerse de mandar en las haciendas, en las honras y en las vidas, que hicieron ellos mismos diferentes instancias á Hernan Cortés para que no desamparase la ciudad; de que se tomó pretexto para levantar allí una fortaleza que se les dió á entender era para defenderlos, siendo para sujetarlos; y sobre todo, para dar seguridad al paso de la Vera-Cruz, á cuyo fin convenia mantener aquel puesto, que siendo fuerte por naturaleza, podia recibir con facilidad los reparos del arte. Cerráronse las avenidas con algunas trincheras de fagina y tierra que diesen recinto á la ciudad, atando las quiebras de la montaña; y en lo más eminente se levantó una fortificacion de materia más sólida en forma de castillo, que se tuvo por bastante retirada para cualquier accidente de los que se podian ofrecer en aquel género de guerra. Dióse tanto calor á la fábrica, y asistieron á ella los naturales y circunvecinos con tanta solicitud y en tanto número, que se puso en defensa dentro de breves dias; y Hernan Cortés señaló algunos Españoles que se quedasen á defender aquella plaza que hizo llamar Segura de la Frontera, y fué la segunda poblacion española del imperio mejicano.

Desembarazóse primero para dar cobro á estas disposiciones, de los prisioneros mejicanos y tepeaqueses de la victoria pasada; y ordenó que fuesen llevados á Tlascala con particular cuidado, porque ya se apreciaban como alhajas de valor, habiéndose introducido entónces en aquella tierra el herrarlos y venderlos como esclavos: abuso y falta de humanidad que tuvo su principio en las islas

donde se practicaba ya este género de terror contra los indios rebeldes; aunque no se refiere como disculpa el ejemplar, que siempre yerra segunda vez quien sigue lo culpable, y por más que fuese ageno el primer desacierto, quedaria con circunstancias de reincidencia la imitacion.

No se detuvo muchos dias el remedio y la reprension de semejante desórden, aunque llegó á noticia del emperador, fundado en algunos de los motivos que hacen lícita la esclavitud entre los cristianos, y fué punto que se ventiló en largas disputas y papeles. Pero aquel ánimo real, verdaderamente religioso y compasivo, se dejó pendientes las controversias de los teólogos, y ordenó de propio dictámen que fuesen restituidos en su libertad cuando lo permitiese la razon de la guerra, y en el ínterin tratados como prisioneros y no como esclavos: heróica resolucion en que obró tanto la prudencia como la piedad porque ni en lo político fuera conveniente introducir la servidumbre para mejorar el vasallaje, ni en lo católico desautorizar con la cadena y el azote la fuerza de la razon.

CAPÍTULO IV

Envia Hernan Cortés diferentes capitanes á reducir ó castigar los pueblos inobedientes, y va personalmente á la ciudad de Guacachula contra un ejército mejicano que vino á defender su frontera.

Poco despues que se alojó el ejército en Tepeaca, llegó con el resto de sus tropas Xicotencal, y creció, segun dicen algunos, á cincuenta mil hombres el ejército auxiliar de los Tlascaltecas. Convenía para sosegar á los Tepeaqueses, que andaban recelosos de su vecindad, ponerlos en alguna operacion; y sabiendo Hernan Cortés que al fomento de los Mejicanos se mantenian fuera de la obediencia tres ó cuatro lugares de aquel distrito, envió diferentes capitanes, dando á cada uno veinte ó treinta Españoles, y número considerable de Tlascaltecas, para que los procurasen reducir á la paz con términos suaves, ó pasasen á

castigar con las armas su obstinacion. En todos se halló resistencia, y en todos hizo la fuerza lo que no pudo la mansedumbre; pero se consiguió el intento sin perder un hombre, y los capitanes volvieron victoriosos, dejando sujetas aquellas poblaciones rebeldes, y no sin escarmiento á los Mejicanos que huyeron rotos y deshechos de la otra parte de los montes. El despojo que se adquirió en el alcance de los enemigos, y en los mismos lugares sediciosos, fué rico y abundante de todos géneros. Los prisioneros excedian el número de los vencedores. Dicen que llegarian á dos mil los que se hicieron sólo en Tecamachalco, donde se apretó la mano en el castigo, porque sucedió en este lugar la muerte de los Españoles. Y ya no se llamaban prisioneros sino cautivos, hasta que puestos en venta perdian el nombre, y pasaban á la servidumbre personal; dando el rostro á la nota miserable de la esclavitud.

Habia muerto en esta sazon, segun la noticia que se tuvo poco despues, el emperador que sucedió á Motezuma en la corona, que como dijimos se llamaba Quetlabaca, señor de Iztacpalaba; y juntándose los electores, dieron su voto y la investidura del imperio á Guatimozin [1], sobrino y yerno de Motezuma. Era mozo de hasta veinte y cinco años, y de tanto espíritu y vigilancia, que á diferencia de su antecesor, se dió todo á los cuidados públicos, deseando que se conociese luégo lo que valen, puestas en mejor mano, las riendas del gobierno. Supo lo que iban obrando los Españoles en la provincia de Tepeaca; y previniendo los designios á que podrian aspirar con la reunion de los Tlascaltecas y demas provincias confinantes, entró en aquel temor razonable de que suele formar sus avisos la prudencia.

Hizo notables prevenciones que dieron grande recomendacion á los principios de su reinado. Alentó la milicia con

1. Su nombre era *Quautemoctzin*, que suena casi lo mismo. Herrera dice que era sobrino de Motezuma : pero no aparece semejante parentesco en la cronologia de los emperadores mejicanos. Algunos autores sólo le dan de 18 á 19 años de edad cuando tomó el mando.

premios y exenciones: ganó el aplauso de los pueblos con levantar enteramente los tributos por el tiempo que durase la guerra: hízose más señor de los nobles con dejarse comunicar, templando aquella especie de adoracion á que procuraban elevar el respeto sus antecesores: repartió dádivas y ofertas entre los caciques de la frontera, exhortándolos á la fidelidad y á la propia defensa; y porque no se quejasen de que les dejaba todo el peso de la guerra, envió un ejército de treinta mil hombres que diese calor á las milicias naturales. Y á vista de estas prevenciones, tienen despejo los émulos de nuestra nacion para decir que se lidiaba con brutos incapaces, que sólo se juntaban para ceder á la industria y al engaño, más que al valor y á la constancia de sus enemigos.

Tuvo noticia Hernan Cortés de que se prevenía ejército en la frontera, y no le dejaron que dudar tres ó cuatro mensajeros nobles que le despachó el cacique de Guacachula, ciudad populosa y guerrera, situada en el paso de Méjico, y una de las que miraba el nuevo emperador como antemural de sus estados. Venian á pedir socorro contra los Mejicanos: quejábanse de sus violencias y desprecios: ofrecian tomar las armas contra ellos luégo que se dejase ver de sus murallas el ejército de los Españoles. Facilitaban la empresa y la querian justificar, diciendo que su cacique debia ser asistido como vasallo de nuestro rey, por ser uno de los que dieron la obediencia en la junta de nobles que se hizo á convocacion de Motezuma. Preguntóles Hernan Cortés qué grueso tendria el enemigo en aquel paraje; y respondieron que hasta veinte mil hombres en el distrito de la ciudad, y en otra que se llamaba Izucan, distante cuatro leguas, otros diez mil; pero que de Guacachula y algunos lugares de su contribucion se juntaria número muy considerable de gente irritada y valerosa que sabria gozar de la ocasion, y servirse de las manos. Examinólos cuidadosamente haciéndoles diferentes instancias, á fin de penetrar el ánimo de su cacique; y dieron tan buena razon de sí, que le dejaron persuadido á que venía sin doblez la proposicion: y cuando le quedase algun recelo procuraria disimularlo, porque áun en caso

de salir incierto el tratado, era ya necesario echar de allí al enemigo, y sujetar aquellas cuidades fronterizas ántes que se pusiese mayor cuidado en defenderlas.

Tomó tan de véras el empeño, que formó aquel mismo dia un ejército de hasta trescientos Españoles, con doce ó trece caballos, y más de treinta mil Tlascaltecas, encargando la faccion al maestre de campo Cristóbal de Olid; y andaba tan cerca entónces el disponer del ejecutar, que marchó la mañana siguiente, llevando consígo á los mensajeros, y órden para que se procurase adelantar con recato hasta ponerse cerca de la ciudad; y caso que hubiese algun recelo de trato doble, se abstuviese de atacar la poblacion, y procurase romper ántes á los Mejicanos, llamándolos á la batalla en algun puesto ventajoso.

Iban todos alegres y de buen ánimo; pero á seis leguas de Tepeaca, y casi á la misma distancia de Guacachula, donde hizo alto el ejército, corrió voz de que venía en persona el emperador mejicano á socorer aquellas ciudades con todo el resto de sus fuerzas. Decíanlo así los paisanos sin dar fundamento en el orígen de esta noticia; pero los Españoles de Narbaez la creyeron y la multiplicaron sin oir razon, ni atender á las órdenes. Contradecian á rostro descubierto la jornada, protestando que se quedarian, con tanta irreverencia que llegó á enojarse con ellos Cristóbal de Olid, y á despedirlos con desabrimiento, amenazándoles con el enojo de Cortés, porque no les hacía fuerza el deshonor de la retirada. Y al mismo tiempo que trataba de proseguir sin ellos su marcha, se ofreció nuevo accidente, que si no llegó á turbar su constancia, puso en compromiso la resolucion y el acierto de la misma jornada.

Viéronse descender tropas de gente armada por lo alto de las montañas vecinas, que se iban acercando en más que ordinaria diligencia; y le obligaron á poner en órden su gente, creyendo que le buscaban ya los Mejicanos; en que obró lo que debia, que nunca daña á la salud de los ejércitos los excesos del cuidado. Pero algunos caballos que adelantó á tomar lengua, volvieron con aviso de que venía por capitan de aquellas tropas el cacique de Guajocingo, á quien acompañaban otros caciques sus confede-

rados con ánimo de asistir á los Españoles en aquella guerra contra los Mejicanos, que tenian ocupada la frontera y amenazados sus domínios. Mandó con esta noticia que hiciesen alto las trópas, y viniesen los caciques á verse con él, eomo lo ejecutaron luégo. Pero de lo mismo que al parecer debian alegrarse todos, se levantó segunda voz en el ejército que tomó su principio en las Tlascaltecas, y comprendió brevemente á los Españoles. Decian unos y otros que nó era seguro fiarse de aquella gente: que su amistad era fingida, y que la enviaban los Mejicanos para que se declarase por enemiga cuando llegase la ocasion de la batalla. Oyólos Cristóbal de Olid, y dejándose llevar con poco exámen á la misma sospecha, prendió luégo á los caciques, y los envió á Tepeaca para que determinase Cortés lo que se debia ejecutar: accion atropellada en que aventuró que sucediese alguna turbacion entre los suyos, y los que verdaderamente venian como amigos, pero éstos perseveraron á vista de aquella desconfianza sin moverse del paraje donde se hallaban, dándose por satisfechos de que se remitiese á Cortés el conocimiento de su verdad; y los demás no se atrevieron á inquietarlos, porque dieron cuenta y quedaron obligados á esperar la órden.

Llegaron los presos en breve á la presencia de Cortés, y se quejaron de Cristóbal de Olid en términos razonables, dando á entender que no sentian la mortificacion de sus personas, sino el desaire de su fidelidad. Oyólos benignamente, y haciéndoles quitar las prisiones, procuró satisfacerlos y confiarlos, porque halló en ellos todas las señas que suele traer consígo la verdad para diferenciarse del engaño. Pero entró en dictámen de que ya necesitaba de su asistencia la faccion, porque la desconfianza de aquellas naciones amigas, y las voces que habian corrido en el ejército, eran amenazas del intento principal. Dispuso luégo su jornada, y encargando á los ministros de justicia el gobierno y dependencias de la nueva poblacion, partió con los caciques y una pequeña escolta de los suyos, tan diligente y deseoso de facilitar la empresa que llegó en breves horas al ejército. Alentáronse todos con su presencia:

pusiéronse las cosas de otro color: serenóse la tempestad que iba oscureciendo los ánimos: reprendió á Cristóbal de Olid, no el haberle dado noticia de aquella novedad, hallándose tan cerca, sino el haber manifestado sus recelos con la prision de los caciques. Y unidas las fuerzas, marchó sin más detencion la vuelta de Guacachula, ordenando que se adelantasen los mensajeros de aquella ciudad, y diesen aviso á su cacique del paraje donde se hallaba, y de las fuerzas con que venía; no porque necesitase ya de sus ofertas, sino por excusar el empeño de tratar como enemigos á los que deseaba reducir y conservar

Tenian su alojamiento los Mejicanos de la otra parte de la ciudad; pero al primer aviso de sus centinelas se movieron con tanta celeridad, que al tiempo que llegaron los Españoles á tiro de arcabuz, habian formado su ejército y ocupado el camino con ánimo de medir las fuerzas al abrigo de la plaza. Trabóse con rigurosa determinacion la batalla, y los enemigos empezaron á resistir y ofender con señas de alargar la disputa, cuando el cacique logró la ocasion y desempeñó su fidelidad cerrando con ellos por las espaldas, y ofendiéndolos al mismo tiempo desde la muralla con tan buen órden y tanta resolucion, que facilitó mucho la victoria, y en poco más de media hora fueron totalmente deshechos los Mejicanos, siendo pocos los que pudieron escapar de muertos ó heridos.

Alojóse dentro de la ciudad Hernan Cortés con los Españoles señalando su cuartel fuera de los muros á los Tlascaltecas y demas aliados, cuyo número fué creciendo por instantes, porque á la fama de que se movia su persona, salieron otros caciques de la tierra obediente con sus milicias á servir debajo de su mano; y creció tanto su ejército, que segun su misma relacion, llegó á Guacachula con más de ciento y veinte mil hombres. Dió las gracias al cacique y á los soldados naturales, atribuyéndoles enteramente la gloria del suceso; y ellos se ofrecieron para la empresa de Izucan, no sin presuncion de necesarios por la noticia con que se hallaban de la tierra, y porque ya se podia fiar de su valor. Tenía el enemigo en aquella ciu-

dad, como lo avisó el cacique, más de diez mil hombres de guarnicion, sin los que se le arrimarian de la rota pasada. Los paisanos de su poblacion y distrito se hallaban empeñados á todo riesgo en la enemistad de los Españoles. La plaza era fuerte por naturaleza, y por algunas murallas con sus rebellines que cerraban el paso entre las montañas: bañábala un rio, que necesariamente se habia de penetrar, y llegó noticia de que habian roto el puente para disputar la ribera: circunstancias bastantes para que no se despreciase la faccion, ni se dejase de mover todo el ejército.

Iba Cristóbal de Olid en la vanguardia con la gente señalada para el esguazo, en cuya oposicion halló la mayor parte del ejército enemigo; pero se arrojó al agua peleando, y ganó la otra ribera con tanta determinacion y tan arrestado en los avances, que le mataron el caballo y le hirieron en un muslo. Huyeron los enemigos á la ciudad donde pensaron mantenerse, porque habian echado fuera la gente inútil, niños y mujeres, quedándose con más de tres mil paisanos hábiles, y bastimentos de reserva para muchos dias. El aparato de las murallas y el número de los defensores daban con la dificultad en los ojos, y premisas de que sería costoso el asalto; pero apénas acabó de pasar el ejército y se dieron las órdenes de acometer, cuando cesaron los gritos y desapareció por todas partes la guarnicion. Púdose temer alguna estratagema de los que alcanzaba su milicia, si al mismo tiempo no se descubriera la fuga de los Mejicanos, que puestos en desórden iban escapando á la montaña. Envió Cortés en su alcance algunas compañías de Españoles con la mayor parte de los Tlascaltecas; y aunque militaba por los enemigos lo ágrio de la cuesta, se consiguió el romperlos tan ejecutivamente, que apénas se les dió lugar para que volviesen el rostro.

La ciudad estaba tan desamparada, que sólo se pudieron hallar entre los prisioneros tres ó cuarto de los naturales; por cuyo medio trató Hernan Cortés de recoger á los demás, enviándolos á los bosques donde tenian retiradas sus familias, para que de su parte, y en nombre del rey, ofreciesen perdon y buen pasaje á cuantos se volvie-

sen luégo á sus casas; cuya diligencia bastó para que se poblase aquel mismo dia la ciudad, volviéndose casi todos á gozar del indulto. Detúvose Cortés en ella dos ó tres dias para que perdiesen el miedo y abrazasen la obediencia con el ejemplo de Guacachula. Despidió al mismo tiempo las tropas de los caciques amigos, partiendo con ellos el despojo de ambas facciones; y se volvió á Tepeaca con sus Españoles y Tlascaltecas, dejando libre de Mejicanos la frontera, obedientes aquellas ciudades que tanto suponian, asegurado con la experiencia el afecto de las naciones amigas, y frustradas las primeras disposiciones del nuevo emperador mejicano.

No quiere Bernal Diaz del Castillo que se hallase Cortés en esta expedicion. Puédese dudar si fué por autorizar la disculpa de haberse quedado en Segura de la Frontera, como lo confiesa pocos renglones ántes, ó si le llevó inadvertidamente la pasion de contradecir en esto, como en todo, á Francisco Lopez de Gomara; porque los demás escritores afirman lo que dejamos referido, y el mismo Hernan Cortés en la carta para el emperador, escrita en treinta de octubre de mil quinientos y veinte, dá los motivos que le obligaron á seguir entónces el ejército.

CAPÍTULO V.

Procura Hernan Cortés adelantar algunas prevenciones de que necesitaba para la empresa de Méjico: hállase casualmente con un socorro de Españoles: vuelve á Tlascala y halla muerto á Magiscatzin.

Apénas llegó Hernan Cortés á Tepeaca y á Segura de la Frontera, cuando le avisaron de Tlascala que su grande amigo Magiscatzin quedaba en los últimos plazos de la vida: noticia de gran sentimiento suyo; porque le debia una voluntad apasionada, que se habia hecho recíproca y de igual correspondencia con el trato y la obligacion. Pero deseando socorrerle con la mejor prueba de su amistad, despachó luégo al padre fray Bartolomé de Olmedo

para que atendiese al socorro de su alma, procurando reducirle al gremio de la iglesia. Estaba cuando llegó este religioso poco ménos que rendido á la fuerza de la enfermedad: pero con el juicio libre y el ánimo dispuesto á recibir nueva impresion, porque le desagradaban los ritos y la multiplicidad de sus dioses; y hallaba ménos disonancia en la religion de los Españoles, inclinado á las congruencias que le dictaba la razon natural, y ciego, al parecer, más por falta de luz, que por defecto de los ojos. Trabajó poco en persuadirle fray Bartolomé porque halló conocido el error y deseado el acierto: con que sólo necesitó de instruirle y amonestarle para excitar la voluntad y quitar el entendimiento. Pidió á breve rato con grandes ansias el bautismo, y lo recibió con entera deliberacion, gastando el poco tiempo que le duró la vida en fervorosas ponderaciones de su felicidad, y en exhortar á sus hijos que dejasen la idolatría y obedeciesen á su amigo Hernan Cortés, procurando con todas véras, y como punto de convenienca propia, la conservacion de los Españoles; porque segun lo que le decia en aquella hora el corazon, estaba creyendo que habia de caer en sus manos el dominio de aquella tierra. Pudo inspirárselo Dios; pero tambien pudo colegirlo de los antecedentes, y ser dictámen suyo éste que se refiere como profecía. Lo que no se debe dudar es que le premió Dios con aquella última docilidad y extraordinaria vocacion lo que obró en favor de los cristianos, asi como le tomó por instrumento principal del abrigo que tantas veces debieron á la repúblicade Tlascala. Fué hombre de virtudes morales, y de tan ventajosa capacidad, que llegó á ser el primero en el senado, y casi á mandar en sus resoluciones, porque cedian todos á su autoridad y á su talento; y él sabia disponer como absoluto, sin exceder los límites de aconsejar como repúblico. Sintió Hernan Cortés su muerte como pérdida incapaz de consuelo, aunque le hacía mas falta como amigo, que como director de sus intentos, por hallarse ya introducido en la voluntad y en el respeto de toda la república. Pero el cielo que al parecer cuidaba de animarle para que no desistiese, le socorrió entónces con un suceso favorable que mitigó

su tristeza, y puso de mejor condicion sus esperanzas.

Llegó al surgidero de San Juan de Ulúa un bajel de mediano porte, en que venian trece soldados españoles y dos caballos, con algunos bastimentos y municiones que remitia Diego Velázquez de socorro á Pánfilo de Narbáez, creyendo que tendria ya por suyas las conquistas de aquella tierra, y á su devocion el ejército de Cortés. Venía por cabo de esta gente Pedro de Carba, el que se hallaba gobernador de la Habana cuando salió Hernan Cortés de la isla de Cuba, debiendo á su amistad el último escape de las asechanzas con que se procuró embarazar su viaje. Apénas descubrió el bajel Pedro Caballero, á cuyo cargo estaba el gobierno de la costa, cuando salió en un esquife á reconocerlo. Saludó con grande afecto á los recien venidos; y en la cortesía ó sumision con que le preguntó Pedro de Barba por la salud de Pánfilo de Narbáez, conoció á lo que venía. Respondióle sin detenerse: « que no sólo » se hallaba con salud, sino en grandes prosperidades, » porque todas aquellas regiones le habian dado la obe- » diencia; y Hernan Cortés andaba fugitivo por los montes con pocos de los suyos: » cautela ó falta de verdad en que se pudo alabar la prontitud y el desembarazo, pues fué bastante para sacarlos á tierra sin recelo, y para dar con ellos en la Vera-Cruz donde se descubrió el engaño y se hallaron presos por Hernan Cortés, aplaudiendo Pedro de Barba el ardid y la disimulacion de Pedro Caballero: porque á la verdad no le pesó de hallar á su amigo en mejor fortuna.

Fueron llevados á Segura de la Frontera, y Hernan Cortés celebró con particular gusto la dicha de hallarse con más Españoles, y la notable circunstancia de recibir por mano de su enemigo este socorro. Agasajó mucho á Pedro de Barba, y le dió luégo una compañía de ballesteros, en fé de que tenía presente su amistad. Repartió algunas dádivas entre los soldados, con que se ajustaron á servir debajo de su mano. Leyóse despues reservadamente la carta que traía Pedro de Barba para Narbáez en que le ordenaba Diego Velázquez, suponiéndole vencedor y dueño de aquellas conquistas: que se mantuviese á toda

» costa en ellas, para cuyo efecto le ofrecia grandes so-» corros. » Y últimamente le decia : « que si no hubiese » muerto á Cortés se le remitiese luégo con bastante se-» guridad, porque tenía órden expresa del obispo de Búr-» gos para enviarle preso á la córte : » y sería justificada la órden, si se atendió á no dejar su causa en manos de su enemigo; aunque del empeño con que favorecia este ministro á Diego Velázquez, se puede temer que sólo se trataba de que fuese más ruidoso y más ejemplar el castigo, dando á la venganza particular algo de la vindicta pública.

Dentro de ocho dias llegó á la costa segundo bajel con nuevo socorro, dirigido á Pánfilo de Narbáez, y le aprendió con la misma industria Pedro Caballero. Traía ocho soldados, una yegua y cantidad considerable de armas y municiones á cargo del capitan Rodrigo Marejon de Lobera, y todos pasaron luégo á Segura, donde se incorporaron voluntariamente con el ejército, siguiendo el ejemplar de los que vinieron delante. Llegaban estos socorros por camino tan fuera de la esperanza, que los miraba Hernan Cortés como sucesos de buen auspicio, pareciéndole que traian dentro de sí algunas especies, como intencionales de la felicidad venidera.

Pero al mismo tiempo le desvelaban las prevenciones de su empresa. Tenía en su imaginacion resuelta la conquista de Méjico; y la grande asistencia de gente con que se halló en aquella jornada, le confirmó en este dictámen; pero siempre le daba cuidado el paso de la laguna, cuya dificultad era inevitable; porque una vez hallada por los enemigos la defensa de romper los puentes de la calzadas, no se debia fiar de los pontones levadizos : invencion que sólo pudieron disculpar las angustias del tiempo; á cuyo fin discurrió en fabricar doce ó trece bergantines que pudiesen resistir á las canoas de los indios y transportar su ejército á la ciudad. Los cuales pensaba llevar desarmados sobre hombros de indios tamenes á la ribera más cercana del lago, desde los montes de Tlascala, catorce ó quince leguas por lo ménos de áspero camino. Tenía raras ideas su imaginativa, y naturalmente aborrecia los

ingenios apagados, á quien parece imposible lo muy dificultoso.

Comunicó su discurso á Martin Lopez, de cuyo ingenio y grande habilidad fiaba el desempeño de aquel notable designio; y hallando en él, no solamente aprobado el intento, sino facilitada la ejecucion que tomó luégo por su cuenta, le mandó que se adelantase á Tlascala, llevando consigo los soldados españoles que sabian algo de este ministerio, y diese principio á la obra, sirviéndose tambien de los indios que hubiese menester para el corte de la madera, y lo demás que se pudiese fiar de su industria. Ordenó al mismo tiempo que se trujese de la Vera-Cruz la clavazon, jarcias y demás adherentes que se reservaron de aquellos bajeles que hizo echar á pique. Y porque tenía observado que producian aquellos montes un género de árboles que daban resina, los hizo beneficiar, y sacó de ellos toda la brea que hubo menester para la carena de los buques.

Hallábase tambien falto de pólvora, y consiguió poco despues el fabricarla de ventajosa calidad, haciendo buscar el azufre, cuyo uso ignoraban los indios, en el volcan que reconoció Diego de Ordaz, donde le pareció que no podia faltar este ingrediente; y hubo algunos soldados españoles, entre los cuales nombra Juan de Laet á Montano y á Mesa el artillero, que se ofrecieron á vencer segunda vez aquella horrible dificultad, y volvieron finalmente con el azufre que fué necesario para la fábrica. En todo estaba y á todo atendia Hernan Cortés, tan léjos de fatigarse, que al parecer descansaba en su misma diligencia.

Hechas todas estas prevenciones que se fueron perfeccionando en breves dias, trató de volverse á Tlascala para estrechar cuanto pudiese los términos de su conquista; y ántes de partir dejó sus instrucciones al nuevo ayuntamiento de Segura, y por cabo militar al capitan Francisco de Orozco, dándole hasta veinte soldados españoles y quedando á su obediencia la milicia del pais.

Resolvió entrar de luto en la ciudad por la muerte de Magiscatzin : prevínose de ropas negras que vistieron sobre las armas él y sus capitanes, á cuyo efecto mandó te-

ñir algunas mantas de la tierra. Hízose la entrada sin más aparato que la buena ordenanza, y un silencio artificioso en los soldados que iba publicando el duelo de su general. Tuvo esta demostracion grande aplauso entre los nobles y plebeyos de la ciudad, porque amaban todos al difunto como padre de la patria; y aunque no se pone duda en el sentimiento de Cortés, que se lamentaba muchas veces de su pérdida, y tenía razon para sentirla, se puede creer que vistió el luto con ánimo de ganar voluntades; y que fué una exterioridad á dos luces, en que hizo cuanto pudo por su dolor, sin olvidarse de hacer algo por el aura popular.

Tenian los senadores sin proveer el cargo de Magiscatzin, que gobernaba como cacique por la república el barrio principal de la ciudad, para que hiciese Cortés la eleccion, ó seguir en ella su dictámen; y él, ponderando las atenciones que se debian á la buena memoria del difunto, nombró y dispuso que nombrasen los demas á su hijo mayor, mozo bien acreditado en el juicio y el valor, y de tanto espíritu, que subió al tribunal sin extrañar la silla ni hallar novedad en las materias del gobierno; y últimamente dió tan buena cuenta de su capacidad en lo más importante, que poco despues pidió con grandes veras el bautimo, y le recibió con pública solemnidad, llamándose don Lorenzo de Magiscatzin : efecto maravilloso de las razones que oyó á fray Bartolomé de Olmedo en la conversion de su padre, cuya fuerza meditada y digerida en la consideracion, le fué llamando poco á poco al conocimiento de su ceguedad. Bautizóse tambien por este tiempo el cacique de Izucan, mancebo de poca edad, que vino á Tlascala con la investidura y representacion del nuevo señorío, para dar las gracias á Cortés de que hubiese determinado en su favor un pleito que le ponian sus parientes sobre la herencia de su padre : que todo se lo consultaban, comprometiendo en él sus diferencias los caciques y particulares de los pueblos comarcanos, y recibiendo sus decisiones como leyes inviolables : tanto le veneraban, y tan seguros del acierto le obedecian.

El ruido que hiceiron en la ciudad estas conversiones,

despertó al anciano Xicotencal, que andaba mal hallado con las disonancias de la gentilidad, y se dejaba estar en el error envejecido con una disposicion negligente, que se divertia con facilidad ó con falta de resolucion: vicio casi natural en la vejez. Pero el ejemplar de Magiscatzin, hombre de igual autoridad á la suya, y el verle reducido á la religion católica en el artículo de la muerte le hizo, tanta fuerza, que dió los oidos á la enseñanza, y poco despues el corazon al desengaño, recibiéndo el bautismo con pública detestacion de sus errores. No parece á la verdad que pudieron llegar á mejor estado los principios del Evangelio en aquella tierra, convertidos los magnates y los sábios de la república, por cuyo dictámen se gobernaban los demás; pero no dieron lugar á este cuidado las ocurrencias de aquel tiempo: Hernan Cortés embebido en las disposiciones de aquella conquista: fray Bartolomé de Olmedo con falta de obreros que le ayudasen: y uno y otro en inteligencia de que no se podia tratar con fundamento de la religion, hasta que impuesto el yugo á los Mejicanos se consiguiese la paz, que miraban como disposicion necesaria para traer aquellos ánimos belicosos de los Tlascaltecas al sosiego de que necesitaba la enseñanza y nueva introduccion de la doctrina evangélica. Dejóse para despues lo más esencial: enfriáronse los ejemplares y duró la idolatría. Púdose lograr en los dias que se detuvo el ejército el primer fruto, por lo ménos, de aquella oportunidad favorable; pero no sabemos que se intentase ó consiguiese otra conversion: tiempo erizado, bullicios de armas y rumores de guerra, enseñados á llevarse tras sí las demás atenciones, y algunas veces á que se oigan mejor las máximas de la violencia con el silencio de la razon.

CAPÍTULO VI

Llegan al ejército nuevos socorros de soldados españoles: retiranse á Cuba los de Narbáez que instaron por su licencia: forma Hernan Cortés segunda relacion de su jornada, y despacha nuevos comisarios al emperador.

Quejábase con alguna destemplanza Hernan Cortés de Francisco de Garay, porque no ignorando su entrada y progresos en aquella tierra, porfiaba en el intento de introducir conquista y poblacion por la parte de Panuco; pero tenía tan rara fortuna sobre sus émulos, que así como le iba socorriendo Diego Velázquez con los medios que juntaba para destruirle y mantener á Pánfilo de Narbáez, le sirvió Garay con todas las prevenciones que hacía para usurparle su jurisdiccion. Volvieron, como dijimos en su lugar, rechazadas sus embarcaciones de aquella provincia cuando estaba nuestro ejército en Zempoala; y durando en la resolucion de sujetarla, previno armada, juntó mayor número de gente, y envió sus mejores capitanes á la empresa. Pero esta segunda invasion tuvo el mismo suceso que la primera, porque apénas saltaron en tierra los Españoles, cuando hallaron tan valerosa resistencia en los indios naturales, que volvieron rotos y desordenados á buscar sus naves como pudieron; y atendiendo sólo á desviarse del peligro, se hicieron á la mar por diferentes rumbos. Anduvieron perdidos algunos dias, y sin saber unos de otros, fueron llegando con poca intermision de tiempo á la costa de la Vera-Cruz, donde se ajustaron á tomar servicio en el ejército de Cortés, sin otra persuasion que la de su fama.

Túvose por cuidado y disposicion del cielo este socorro: y aunque es verdad que pudo esparcir aquellas naves la turbacion de los soldados ó la impericia de los marineros, y arrojarlas el viento á la parte dondo más eran menester, el haber llegado tan á propósito de la necesidad, y por tantos accidentes y rodeos, fué un suceso digno de re-

flexion particular; porque no suele caber, ó cabe pocas veces tanta repeticion de oportunidades, en los términos imaginarios de la casualidad.

Llegó primero un navío que gobernaba el capitan Camargo con sesenta soldados españoles: poco despues otro con mas de cincuenta de mejor calidad, y siete caballos, á cargo del capitan Miguel Diaz de Auz, caballero aragonés, y tan señalado en aquellas conquistas, que fué su persona socorro particular; y últimamente, la nave del capitan Ramirez que tardó algo más y llegó con mas de cuarenta soldados y diez caballos con abundante provision de víveres y pertrechos. Desembarcaron unos y otros, y sin detenerse los primeros á recoger el resto de su armada, marcharon la vuelta de Tlascala, dejando ejemplo á los demás para que siguiesen el mismo viaje, como lo ejecutaron todos voluntariamente; porque hacía ya tanto ruido en las islas cercanas los progresos de la Nueva España, que tenian ganada la inclinacion de los soldados, fáciles siempre de llevar adonde llama la prosperidad ó la conveniencia.

Creció considerablemente con este socorro el número de Españoles: llenáronse los ánimos de nuevas esperanzas: redujéronse á gritos de alegría los cumplimientos de los soldados: abrazábanse como amigos los que sólo se conocian como Españoles; y el mismo Hernan Cortés, no cabiendo en los límites de su autoridad, se dejó llevar á los excesos del contento, sin olvidarse de levantar al cielo el corazon, atribuyendo á Dios y á la justificacion de la causa que defendia, todo lo maravilloso, y todo lo favorable del suceso.

Pero no bastó esta felicidad para que se quietasen los de Narbáez, que volvieron á instar á Cortés sobre que les diese licencia para retirarse á la isla de Cuba, en que le reconvenian con su misma palabra; y no podia negar que los llevó con este presupuesto á la expedicion de Tepeaca, ni quiso entrar con ellos en nueva negociacion porque se hallaba con Españoles de mejor calidad, y no era tiempo ya de sufrir involuntarios y quejosos que hablasen con desconsuelo en los trabajos que allí se padecian, culpando

á todas horas la empresa de que se trataba: gente perjudicial en el cuartel, inútil en la ocasion y engañosa en el número; porque se cuentan como soldados, faltando en el ejército algo más que los ausentes.

Mandó publicar en el cuerpo de guardia y en los alojamientos: « que todos los que se quisiesen retirar desde » luégo á sus casas lo podrian ejecutar libremente, y se » les daria embarcacion con todo lo necesario para el » viaje; » de cuya permission usaron los más, quedándose algunos á instancia de su reputacion. Deja de nombrar Bernal Diaz á los que se quedaron, y nombra prolijamente á casi todos los que se fueron, defraudando á los primeros, y gastando el papel en deslucir á los segundos; cuando fuera más conforme á razon que perdiesen el nombre los que hicieron tan poco por su fama. Pero no se debe pasar en silencio que fué uno de los que se retiraron entónces Andrés de Duero, á quien hemos visto en varios lances amigo y confidente de Cortés, y aunque no se dice la causa de esta separacion, se puede creer que hubo poca sinceridad en los pretextos de que se valió para honestar su retirada, porque le hallamos poco despues en la corte del emperador haciendo ruido entre los ministros con la voz y con la causa de Diego Velázquez. Si hubo alguna queja entre los dos que diese motivo al rompimiento, sería la razon de Cortés; porque no parece creible que la tuviese quien hizo tan poco por ella y por sí, que halló salida para dejar á su amigo en el empeño, y para tomar contra él una comision en que se hallaba indignamente obligado á informar contra lo que sentia, ó cautivar su entendimiento en obsequio de la sinrazon.

Desembarazado Hernan Cortés de aquella gente mal segura y descontenta, cuya embarcacion y despacho se cometió al capitan Pedro de Alvarado, tomó sus medidas con el tiempo que podria durar la fábrica de los bergantines: despachó nuevas órdenes á los confederados, previniéndoles para el primer aviso: encargó á cada uno la provision de víveres y armas que debian hacer, segun el número de sus tropas; y en los ratos que le dejaba libre esta ocupacion, trató de acabar una relacion en que iba

recapitulando por menor todos los sucesos de aquella conquista para dar cuenta de sí al emperador, con ánimo de fletar bajel para España, y enviar nuevos comisarios que adelantasen el despacho de los primeros, ó le avisasen del estado que tenian sus cosas en aquella corte, cuya dilacion era ya reparable, y se hacía lugar entre sus mayores cuidados.

Puso esta relacion en forma de carta, y resumiendo en ella lo más substancial de los despachos que remitió el año antecedente con Alonso Fernandez Portocarrero y Francisco de Montejo, refirió con puntualidad todo lo que despues le habia sucedido, próspero y adverso, desde que salió de Zempoala; y consiguió á fuerza de hazañas y trabajos el entrar victorioso en la corte de aquel imperio, hasta que se retiró quebrantado y con pérdida considerable á Tlascala. Daba noticia de la seguridad con que se podia mantener en aquella provincia, de los soldados españoles con que se iba reforzando su ejército, y de las grandes confederaciones de indios que tenía movidas para volver sobre los mejicanos. Hablaba con alientos generosos en las esperanzas de reducir á la obediencia de su majestad todo aquel nuevo mundo; cuyos términos por la parte septentrional ignoraban los mismos naturales. Ponderaba la fertilidad y abundancia de la tierra, la riqueza de sus minas y las opulencias de aquellos príncipes. Encareció el valor y la constancia de sus Españoles, la fidelidad y el afecto de los Tlascaltecas; y en lo concerniente á su persona dejaba que hablasen por él sus operaciones, aunque algunas veces se componia con la modestia, dando estimacion á la conquista, sin obscurecer al conquistador. Pedia breve remedio contra las sinrazones de Diego Velázquez y Francisco de Garay, y con mayor encarecimiento, que se le remitiesen luégo soldados españoles, con el mayor número que fuese posible de caballos, armas y municiones, haciendo particular instancia en lo que importaba enviar religiosos y sacerdotes de aprobada virtud, que ayudasen al padre fray Bartolomé de Olmedo en la conversion de aquellos indios: punto en que hacía mayor fuerza; refiriendo que se

habian reducido y bautizado algunos de los que más suponian, y dejado en los demás un género de inclinacion á la verdad, que daba esperanzas de mayor fruto. En esta substancia escribió entónces al emperador, poniendo en su real noticia los sucesos como pasaron, sin perdonar las menores circunstancias dignas de memoria. Dijo en todo sencillamente la verdad, dándose á entender con palabras de igual decoro y propiedad, como las permitia ó las dictaba la elocuencia de aquel tiempo : no sabemos si bastante ó mejor para la claridad significativa del estilo familiar, aunque no podemos negar que padeció alguna equivocacion en los nombres de provincias y lugares, que como eran nuevos en el oido, llegaban mal pronunciados ó mal entendidos á la pluma.

Cometió esta legacía, segun Bernal Diaz del Castillo, á los capitanes Alonso de Mendoza y Diego de Ordaz ; y aunque Antonio de Herrera nombra solo al primero, no parece verosímil que dejase de llevar compañero para una diligencia de esta calidad, en que se debian prevenir las contingencias de tan largo viage ; y en la instruccion que recibieron de su mano, les ordenaba que ántes de manifestar su comision en España ni darse á conocer por enviados suyos, se viesen con Martin Cortés su padre, y con los comisarios del año antecedente para seguir ó adelantar la negociacion de su cargo, segun el estado en que se hallase la primera instancia. Remitió con ellos nuevo presente al rey, que se compuso del oro y otras curiosidades que habia de reserva en Tlascala, y de lo que dieron para el mismo efecto los soldados, liberales entónces de sus pobres riquezas, á que se agregó tambien lo que se pudo adquirir en las expediciones de Tepeaca, y Guacachula, ménos cuantioso que el pasado, pero más recomendable por haberse juntado en el tiempo de la calamidad, y deberse considerar como resulta de las pérdidas qui iban confesadas en la relacion.

Parecióle tambien que debian escribir al rey en esta ocasion los dos ayuntamientos de la Vera-Cruz y Segura de la Frontera, que tenian voz de república en aquella tierra ; y ellos formaron sus cartas, solicitando las mismas

asistencias, y representando á su majestad, como punto de su obligacion, lo que importaba mantener á Hernan Cortés en aquel gobierno; porque asi como se debian á su valor y prudencia los principios de aquella grande obra, no sería fácil hallar otra cabeza, ni otras manos que bastasen á ponerla en perfeccion. En que dijeron con ingenuidad lo que sentian, y lo que verdaderamente convenía en aquella sazon. Dice Bernal Diaz que vió las cartas Hernan Cortés; dando á entender que fué solicitada esta diligencia, y es muy creible que las viese; pero tambien es cierto que hallaría en ellas una verdad, en que pudo añadir poco la lisonja ó la contemplacion; y despues se queja de que no se permitiese á los soldados su representacion á parte, no porque dejase de sentir lo mismo que los dos ayuntamientos, que asi lo confiesa y lo repite, sino porque tratándose de la conservacion de su capitan, quisiera decir su parecer con los demas, y suponer en esto lo que verdaderamente suponia en las ocasiones de la guerra. Pase por ambicion de gloria: vicio que se debe perdonar á los que saben merecer, y está cerca de parecer virtud en los soldados.

Partieron luégo Diego de Ordaz y Alonso de Mendoza en uno de los bajeles que arribaron á la Vera-Cruz, con toda la prevencion que pareció necesaria para el viage. Y poco despues resolvió Hernan Cortés que se fletase otro, para que pasasen los capitanes Alonso Dávila y Francisco Alvarez Chico con despachos de la misma sustancia para los religiosos de San Gerónimo, que presidian á la real audiencia de Santo Domingo única entónces en aquellos parajes, y suprema como dijimos para las dependencias de otras islas, y de la tierra firme que se iba descubriendo. Participóles todas las noticias que habia dado al emperador, solicitando más breves asistencias para el empeño en que se hallaba, y màs pronto remedio contra los desórdenes de Velázquez y Garay. Y aunque reconocieron aquellos ministros su razon, y admiraron su valor y constancia, no se hallaba entónces la isla de Santo Domingo en estado que pudiese partir con él sus cortas prevenciones. Aprobaron y ofrecieron apoyar con el emperador todo lo que se habia

obrado, y solicitar por su parte los socorros de que necesitaba empresa tan grande y tan adelantada, encargándose de reprimir á sus dos émulos con órdenes apretadas y repetidas, en cuya conformidad respondieron á sus cartas, y volvieron brevemente aquellos comisarios más aplaudidos que bien despachados en el punto de los socorros que se pedian. Pero ántes que pasemos á la narracion de nuestra conquista, y entretanto que se dá calor á la fábrica de los bergantines y á las demas prevenciones de la nueva entrada, será bien que volvamos al viaje de los otros dos comisarios, y al estado en que se hallaban las cosas de la Nueva España en la corte del Emperador: noticia que ya se hace desear, y de aquellas que sirven al intento principal y se permiten al historiador como digresiones necesarias; qne importan á la integridad, y no disuenan á la proporcion de la historia.

CAPÍTULO VII

Llegan á España los procuradores de Hernan Cortés y pasan á Medellin, donde estuvieron retirados, hasta que mejorando las cosas de Castilla volvieron á la corte, y consiguieron la recusacion del obispo de Búrgos.

Dejamos á Martin Cortés con los dos primeros comisarios de su hijo Alonso Hernandez Portocorrero y Francisco de Montejo en la miserable tarea de seguir la corte, donde residian los gobernadores del reino, y frecuentar los zaguanes de los ministros, tan léjos de ser admitidos, que sin atreverse á molestar con sus instancias, se ponian al paso para dejarse ver, reducidos á contentarse con el amparo casual de los ojos: desconsolado memorial de los que tienen razon y temen destruirla con adelantarla. Oyó el emperador benignamente, como se dijo en su lugar, aunque le tenian desabrido las porfías y descomedimientos de algunas ciudades que intentaban oponerse al viaje de Alemania con protestas irreverentes, ó poco más que amenazas, hizo lugar para informarse con parti-

cular atencion de lo sucedido en aquellas empresas de la Nueva España, y tomar punto fijo en lo que se podia prometer de su continuacion. Hízose capaz de todo sin desdeñarse de preguntar algunas cosas; que no desdice á la majestad el informarse del vasallo hasta entender el negocio, ni siempre debian ir á los consejos las dudas de los reyes. Conoció luégo las grandes consecuencias que se podian colegir de tan admirables principios, y ayudó mucho entónces á ganar su favor el concepto que hizo de Cortés, inclinado naturalmente á los hombres de valor.

No permitieron las dependencias del reino, junto en córtes, ni lo que instaba el viaje del César, que se pudiese concluir en la Coruña la resolucion de una materia que tenía sus contradicciones; tanto por las diligencias que interponian los agentes de Diego Velázquez, como por la siniestra inteligencia con que los apoyaban algunos ministros: pero cuando llegó el caso de la embarcacion, que fué á los veinte de mayo de este año de mil quinientos y veinte, dejó su majestad cometidas con particular recomendacion las proposiciones de Cortés al cardenal Adriano, gobernador del reino en su ausencia. Y él deseó con todas véras favorecer esta causa; pero como los informes por donde se habia de gobernar en ellas salian del consejo de Indias, cuyos votos tenía cautivos de su autoridad y de su pasion el presidente obispo de Búrgos, se halló embarazado en la resolucion; y no era fácil asegurar el acierto en su dictámen, cuando llegaban á su oido cubiertas con el manto de la justicia las representaciones de Velázquez y desacreditadas con el título de rebeldías las hazañas de Cortés.

Faltó despues el tiempo cuando era más necesario para que se descubriese ó examinase la verdad, dejándose ocupar de otros cuidados y congojas de primera magnitud. Inquietáronse algunas ciudades, con pretexto de corregir los que llamaban desórdenes del gobierno, y hallaron otras que las siguiesen al precipicio, sin averiguar los achaques del ejemplo. Sintieron todas como última calamidad la ausencia del rey, y algunas creyendo que le servian ó que no le negaban la obediencia, padecian como atenciones de la obligacion los engaños de la fidelidad.

Armóse la plebe para defender los primeros delitos, y no faltaron algunos nobles, á quien hizo plebeyos la corta capacidad : efecto que suele destruir todos los consejos de la buena sangre. Los señores y los ministros defendian la razon á costa de peligros y desacatos. Púsose todo en turbacion : y últimamente llegaron casi á reinar las turbulencias del reino, que llamó la historia *comunidades*, aunque no sabemos con qué propiedad; porque no fué comun la dolencia, donde tuvieron la parte del rey muchas ciudades y casi toda la nobleza. Dieron este nombre á su atrevimiento los delincuentes, y quedó vinculado á la posteridad el vocablo de que se valian para desconocer la sedicion.

No es de nuestro argumento la descripcion de estas inquietudes; pero hemos debido tocarlas de paso; y decir algo del estado en que se hallaba Castilla, como una de las causas porque se detuvo la resolucion del cardenal, y se atrasaron las dependenciasde Cortés: poco favorable sazon para tratar de nuevas empresas, cuando andaban los ministros y el gobernador tan embebidos en los daños internos, que sonabaná despropósitos los cuidados de afuera ; por cuya razon, viendo Martin Cortés y sus dos compañeros el poco fruto de sus instancias, y el total desconcierto de las cosas, se retiraron á Medellin con ánimo de aguardar á que pasase la borrasca, ó volviese de su jornada el emperador que tenía comprendida su razon, y los dejó con esperanzas de favorecerla, suponiendo ya que sería necesaria su autoridad para vencer la oposicion del obispo, y los demás embarazos del tiempo.

Llegaron poco despues á Sevilla Diego de Ordaz y Alonso de Mendoza, habiendo acabado prósperamente su viaje; y sin descubrirse ni dar cuenta de su comision, procuraron tomar noticia del estado en que se hallaban las dependencias de Cortés : diligencia que les importó la libertad, porque supieron con grande admiracion suya que los jueces de la contratacion tenian órden expresa del obispo de Búrgos para que cuidasen de cerrar el paso y poner en segura prision á cualesquiera procuradores que viniesen de Nueva España, embargando el oro y demás

géneros que trujesen de propio caudal ó por via de encomienda, con que trataron solamente de poner en salvo sus personas, y no hicieron poco en escapar los despachos y cartas que traian, dejando el presente del rey con todo lo demás en manos de aquellos ministros, y al arbitrio de aquellas órdenes.

Salieron de Sevilla, no sin recelo de ser conocidos, con determinacion de buscar en la corte á Martin Cortés ó á los dos comisarios que tenian la voz de su hijo, para tomar, segun su instruccion, luz de lo que debian obrar; pero sabiendo en el camino que se habian retirado á Medellin, pasaron á verse con ellos en aquella villa, donde fué celebrada su venida con la demostracion que merecian nuevas tan deseadas y tan admirables. Confirióse despues entre los cinco si convendria llevar los despachos de Cortés al cardenal gobernador, porque no se retardasen noticias de tanta consideracion: pero respecto del estado en que se hallaban las turbaciones del reino, pareció diligencia infructuosa tratar de que se atendiese por entónces á conveniencias distantes que miraban al aumento y no al remedio de la monarquía; y así resolvieron conservar aquel retiro hasta que tomasen algun desahogo las inquietudes presentes, y cupiese otro cuidado en la obligacion de los ministros.

Iban cada dia pasando á mayor rompimiento las turbulencias de Castilla, porque no se contentaban los sediciosos con mantener la rebelion, y salian á infestar la tierra y á sitiar las villas leales; corriéndose ya de parecer tolerados, y entrando ambicion de ser agresores. Tratóse primero de traerlos al conocimiento de su error con la blandura y la paciencia; pero no estaba la enfermedad para la tarda operacion de los remedios suaves, particularmente cuando á su parecer tenian la fuerza y la razon de su parte. Y no faltaban algunos eclesiásticos desatentos que abusaban del púlpito para mantenerlos en esta opinion, dándoles á entender que hacian el servicio de Dios y del rey en corregir los desórdenes de la república. Llegó el caso finalmente de armarse los señores y toda la nobleza para restituir en su autoridad á la justicia, y dar calor á las ciu-

dades que se mantenian por el emperador; y aunque los rebeldes tuvieron osadía para formar ejércitos y medir las armas con los que llamaban enemigos, á dos malos sucesos en que perdieron gente y reputacion, y á cuatro castigos que se hicieron en los caudillos de la sedicion, quedó su orgullo quebrantado, y se fueron disminuyendo en todas partes sus fuerzas, porque se retiraron al bando más seguro los advertidos y los temerosos : redujéronse las ciudades, calló el tumulto, y volvió á su oficio la consideracion : movimiento en fin poco más que popular, que se detiene con la misma facilidad que se desboca.

Importó mucho para que la quietud se acabase de restablecer el aviso que llegó entónces de que se acercaba la vuelta del emperador, resuelto ya, como lo aseguraban sus cartas, á dejarlo todo por asistir á lo que necesitaban de su presencia estos reinos : á cuya noticia se debió que se acabasen de poner las cosas en su lugar. Y hallándose Martin Cortés en el tiempo que deseaba para volver á la continuacion de sus instancias, partió luégo á la corte con los cuatro procuradores de su hijo, donde solicitaron y consiguieron, no sin alguna dilacion, audiencia particular del cardenal gobernador. Informáronle por mayor del estado en que se hallaba la conquista de Méjico remitiéndose á las cartas de Cortés, que pusieron en sus manos Diego de Ordaz y Alonso de Mendoza. Diéronle cuenta de las órdenes que hallaron en Sevilla para su prision, y la de cualesquiera procuradores que viniesen de aquella tierra. Hicieron memoria del embargo en que se habian puesto las joyas y preseas que traian de presente para el rey. Representaron con esta ocasion los motivos que tenian para desconfiar del obispo de Búrgos, y últimamente le pidieron licencia para recusarle por términos jurídicos, ofreciendo probar las causas, ó quedar expuestos al castigo de su irreverencia. Oyólos el cardenal con señas de atento y compadecido, alentándolos y ofreciendo cuidar de su despacho. Hiciéronle particular disonancia las órdenes de Sevilla y el embargo del presente, porque uno y otro se habia resuelto sin su noticia; y así les respondió en lo tocante al obispo, que podrian seguir su justicia

como les conviniese, y quedaria por su cuenta el defenderlos de cualquiera extorsion que por esta causa pudiesen recelar; en que les dijo lo bastante para que se animasen á entrar en el peligro casi evidente de litigar contra un poderoso: empresa en que se habla desde abajo, y suele perderse de tímida la razon.

Con estas premisas de mejor fortuna, intentaron luégo en el consejo de Indias la recusacion de su mismo presidente, dando las causas por escrito, con toda la templanza y moderacion que pareció necesaria, para que no quedase ofendido el respeto: pero ellas eran de calidad, y tan conocidas entre los mismos jueces, que no se atrevieron á repeler la instancia, negando el recurso de la justicia en negocio de tánta consideracion; particularmente cuando se acercaba la vuelta del emperador, cuya voz se divulgaba con aplauso de todos los que no le temian: y así como importó para la quietud del reino, tendria tambien sus influencias en la circunspeccion de los ministros. Bernal Diaz del Castillo y otros que lo tomaron de su historia, refieren destempladamente las causas de esta recusacion. Él dice lo que oyó, y ellos lo que trasladaron; porque no todas parecen creibles de un varon tan venerable y tan graduado: pero es cierto que se probaron algunas: como es el estar actualmente tratando de casar una sobrina suya con Diego Velázquez: el haber hablado con aspereza en diferentes ocasiones á los procuradores de Hernan Cortés, llamándoles rebeldes y traidores alguna vez que se olvidaba de su prudencia: y éste con las órdenes que tenía dadas en Sevilla para cerrar el paso á sus instancias, cargos innegables que constaban de su misma publicidad, bastó para que, vista la causa conforme á los términos del derecho, y precediendo consulta del consejo y resolucion del cardenal, se diese por legítima la recusacion; quedando resuelto que se abstuviese de todos los negocios que tocasen á Hernan Cortés y á Diego Velázquez. Revocáronse las órdenes y los embargos de Sevilla: convalecieron las importancias de aquella empresa: volviéronse á celebrar las hazañas de Cortés, que ya estaban poco ménos que oscurecidas con el descrédito de su fide-

lidad; y el cardenal empezó á recomendar con varios decretos el despacho de sus procuradores, y á manifestar con tantas véras el deseo de adelantarlo, que habiendo recibido en este tiempo la noticia de su exaltacion á la silla de San Pedro, y partido poco despues á embarcarse, despachó en el camino algunas órdenes favorables á este negocio; fuese por la fuerza que le hacía la razon de Cortés, ó porque llevando ya el ánimo embebido en los cuidados de la suprema dignidad, tuvo por de su obligacion desviar los impedimentos de aquella conquista, que habia de allanar el paso al Evangelio,y facilitar la reduccion de aquella gentilidad: intereses de la Iglesia que ocuparian dignamente las primeras intenciones del sumo Pontificado.

CAPÍTULO VIII

Prosíguese hasta su conclusion la materia del capítulo precedente.

Hallábase á la sazon el ya nuevo Pontífice Adriano VI en la ciudad de Vitoria, donde le llevaron las asistencias de Navarra y Guipúzcoa, cuyas fronteras invadieron los franceses para dar calor á las turbulencias de Castilla; pero las cosas de Italia y las instancias de Roma le obligaron á ponerse luégo en camino: dejando el mejor cobro que pudo en las materias de su cargo. Llegó poco despues el emperador á las costas de Cantabria; y tomando tierra en el puerto de Santander, halló sus reinos todavía convalecientes de los males internos que habian padecido. Cesó la borrasca, pero duraba la mareta sorda que suele dejarse conocer entre la tempestad y la bonanza; siendo necesario el castigo de los sediciosos exceptuados en el perdon general, para que acabasen de volver á su centro la quietud y la justicia. Halló tambien no del todo aplacadas las resultas de otra calamidad que padeció España en el tiempo de su ausencia; porque los franceses que ocuparon con ejército improviso el reino de Navarra, aunque fueron rechazados, perdiendo en una batalla la reputacion

y la prenda mal adquirida, conservaban Fuenterrabía, y era preciso tratar luégo de recuperar esta plaza, porque se disponia para socorrerla el enemigo; pero á vista de estos cuidados y de lo que instaban al mismo tiempo dependencias de Italia, Flándes y Alemania, hizo lugar para los negocios de Nueva España; que siempre le debieron particular atencion. Oyó de nuevo á los procuradores de Cortés; y aunque le hablaron tambien los de Diego Velázquez, como se hallaba con noticia especial de ambas instancias por los informes del Pontífice, confirmó con nuevo despacho la recusacion del obispo de Búrgos, y mandó formar una junta de ministros para la determinacion de este negocio, en la cual concurrieron el gran canciller de Aragon Mercurio de Cantinara: Hernando de Vega, señor de Grajal y comendador mayor de Castilla: el doctor Lorenzo Galindez de Caravajal: y el licenciado Francisco de Várgas, del consejo y cámara del rey; y monsieur de la Rosa, ministro flamenco: y no entró en esta junta monsieur de Laxao, que añadieron á los referidos Bernal Diaz y Antonio de Herrera, porque habia muerto años ántes en Zaragoza, y ocupado Mercurio de Cantinara el puesto de gran canciller que vacó por su muerte; pero se conoció en la eleccion de personas tan calificadas, lo que deseaba el acierto de la sentencia: porque no tenía entónces el reino ministros de mayor satisfaccion, ni pudo formarse concurrencia en que se hallasen mejor aseguradas las letras, la rectitud y la prudencia.

Viéronse primero en esta junta los memoriales ajustados, segun cartas y relaciones que se habian presentado en el proceso; y se halló tanta discordancia en el hecho, y tanta mezcla de noticias encontradas, que se tuvo por necesario mandar á los procuradores de ambas partes que compareciesen á dar razon de sí en la primera junta, porque deseaban todos abreviar el negocio y examinar á cara descubierta, como disculpaban ó como entendian sus proposiciones, para sacar en limpio la verdad sin atarse á los términos del camino judicial, cuyas disputas ó cavilaciones legales son por la mayor parte difugios de la sustancia, y se debieron llamar estorvos de la justicia.

Vinieron el dia siguiente á la junta unos y otros procuradores con sus abogados, y entre los de Diego Velázquez se dejó ver Andrés de Duero que llegó en esta ocasion : y con haber faltado primero á su amo, hizo ménos extraño el faltar entónces á su amigo. Fuéronse leyendo los memoriales y preguntando al mismo tiempo á las partes lo que parecia conveniente para ver como satisfacian á los cargos que resultaban de la relacion, y como se verificaban las quejas ó las disculpas, de cuyas respuestas iban observando los jueces lo que bastaba para formar díctámen. Y á pocos dias que se repitió este juicio, poco más que verbal, convinieron todos en que no habia razon para qne Diego Valázquez pretendiese apropiarse y tratar como suya la conquista de Nueva España; sin más título que haber gastado alguna cantidad en la prevencion de esta jornada, y nombrado á Cortés por capitan de la empresa; porque sólo podria tener accion á cobrar lo que hubiese gastado, haciendo constar que fué de caudal propio, y no de lo que producian los efectos del rey en su distrito; sin qué le pudiese adquirir derecho alguno para llamarse dueño de la empresa el nombramiento que hizo en la persona de Cortés; porque demás de haberse dado este instrumento con falta de autoridad y sin noticia de los gobernadores á cuya órden estaba, perdió esta prerogativa el dia que le revocó; y en cuanto fué de su parte quedó sin accion para decir que se hacía de su órden la conquista, dejando libre á Cortés para que pudiese obrar lo que juzgó más conveniente al servicio del rey con aquella gente, cuya mayor parte fué conducida por él y con aquellos bajeles, en cuyo apresto habia gastado su caudal y el de sus amigos.

Y aunque se consideró tambien que hubo alguna destemplanza ó ménos obediencia de parte de Cortès en los primeros pasos de esta jornada, fueron de parecer que se podia condenar algo á su justa irritacion, y mucho más á los grandes efectos que resultaron de este principio cuando se le debia una conquista de tanta importancia y admiracion, en cuyas dificultades se habia conocido su valor incomparable; y sobre todo su fidelidad y honrados pensamientos; por cuya razon le tuvieron por digno de que

fuese mantenido por entónces en el gobierno de lo que habia conquistado, alentándole y asistiéndole para que no desistiese de una empresa que tenía tan adelantada ; y últimamente culparon como ambicion desordenada en Diego Velázquez el aspirar con tan débiles fundamentos al fruto y á la gloria de los trabajos y hazañas ajenas; y como atrevimiento digno de severa reprension, el haber pasado á formar y enviar ejército contra Hernan Cortés, atropellando los inconvenientes que podian resultar de semejante violencia y menospreciando las órdenes que tuvo en contrário de los gobernadores y real audiencia de Santo Domingo.

Este parecer de la junta se consultó al emperador, y con su noticia se pronunció la sentencia, cuya substancia fué declarar por buen ministro y fiel vasallo de su majestad á Hernan Cortés : honrar con la misma estimacion á sus capitanes y soldados : imponer perpétuo silencio á Diego Velázquez en la pretension de la conquista : mandarle con graves penas que no la embarazase por sí ni por sus dependientes; y dejarle su derecho á salvo en cuanto á los maravedís, para que pudiese verificar su relacion, y pedirlos donde conviniese á su derecho : con que se concluyó este negocio, reservando las gracias de Cortés, la reprension de Diego Velázquez, y las demas órdenes que resultaban de la consulta para los despachos que se habian de autorizar con el nombre del rey.

Dicen algunos que se gobernó este juicio más por razon de estado que por el rigor de la justicia : no es de nuestro instituto examinar el derecho de las partes. Hemos tocado los motivos y consideraciones de los jueces, y no dejamos de conocer que hubo que perdonar en la primera determinacion de Cortés; pero tampoco se puede negar que fué suya la conquista, y del rey lo conquistado ; sobre cuya verdad y conocimiento pudieron aquellos ministros usar de alguna equidad, sacando este negocio de las reglas comunes y moderando con la gracia los extremos de la justicia : temperamento á que ayudaria mucho la flaca razon de Diego Velázquez, y lo que se debia reparar en sus violencias y desatenciones. Dicen que vivió pocos dias despues

que recibió la reprension del emperador : antiguo privilegio de los reyes tener el premio y el castigo en sus palabras. Confesámosle su calidad, su talento y su valor, que de uno y otro dió bastantes experiencias en la conquista de Cuba; pero en este caso erró miserablemente los principios, y se dejó precipitar en los medios : con que perdió los fines y vino á morir de su misma impaciencia. Su primera ceguedad consistió en la desconfianza; vicio que tiene sus temeridades como el miedo : la segunda fué de la ira que hace los hombres algo más que irracionales, pues los deja enemigos de la razon, y la tercera de la envidia, que viene á ser la ira de los pusilánimes.

Tratóse luégo de las asistencias de Hernan Cortés, corriendo su disposicion por los ministros de la junta : oyó el emperador á sus comisarios con alegre semblante, pagado al parecer de que tuviesen la justicia de su parte; favoreció mucho á Martin Cortés, honrando en él los méritos de su hijo y ofreciendo remunerarlos con liberalidad correspondiente á sus grandes servicios. Nombráronse algunos religiosos que pasasen á entender en la conversion de los indios : primer desvelo del emperador, porque siempre hicieron más fuerza en su piedad los aumentos de la religion, que ruido en su cuidado los intereses de la monarquía. Mandóse hacer prevencion de gente, armas y caballos que se pudiesen remitir con la primera flota; y considerando cuánto importaba que no se detuviesen los despachos cuando estaba Hernan Cortés con las armas en las manos y tan receloso de sus émulos, se formaron luégo las órdenes reducidas á diferentes cartas del emperador.

Una para los gobernadores y real audiencia de Santo Domingo dándoles noticia de su resolucion, y órden para que asistiesen á Cortés con todos los medios posibles, y cuidasen de apartar los impedimentos de su conquista : otra para Diego Velázquez, mandándole con toda resolucion que alzase la mano de ella, y reprendiendo sus excesos con alguna severidad : otra para Francisco de Garay, culpando y prohibiendo sus entradas en el distrito de la Nueva España ; y otra para Hernan Cortés, llena de honras y favores de los que saben hacer los reyes cuando se

hallan bien servidos, y no se dedignan de quedar obligados. Aprobaba en ella no solamente sus operaciones pasadas, sino sus intentos actuales, y lo que disponia para la recuperacion de Méjico. Dábale á entender que conocía los quilates de su valor y constancia, sin olvidar lo bien que se habia portado con su gente y con sus aliados. Hacía breve mencion de las órdenes que se despachaban concernientes á su conservacion y seguridad, y del título que se le remitia de gobernador y capitan general de aquella tierra. Ofrecíale mayores demostraciones de su gratitud, haciendo particular memoria de los capitanes y soldados que le asistian. Encargábale con todo aprieto el buen pasaje de los indios, y que fuesen instruidos en la religion y mirados como semilla posible del Evangelio. Y finalmente le daba esperanzas de breves socorros y asistencias, fiando á su capacidad y obligaciones la última perfeccion de obra tan grande: carta de singular estimacion para su ilustre posteridad, y de aquellas que, así como hacen linaje donde falta la nobleza, dejan esclarecidos á los que hallaron nobles.

Firmó el emperador estos despachos en Valladolid á veinte y dos de octubre de mil quinientos veinte y dos años; y mandó que partiesen luégo con ellos los dos procuradores de Hernan Cortés, quedando los otros dos á la solicitud de las asistencias, y á esperar una instruccion que se quedaba formando sobre las advertencias y disposiciones que se debian observar en el gobierno militar y político de aquella tierra. Y aunque dejamos algo atrasada la empresa de Cortés, ha parecido conveniente seguir hasta su conclusion esta noticia por no dejarla pendiente y destroncada con peligro de otra digresion: licencia de que no sólo son capaces las historias, sino alguna vez los anales, que se ciñen al tiempo con leyes más estrechas, como lo praticó en los suyos Cornelio Tácito, cuando en el imperio de Claudio introdujo y siguió hasta el fin las guerras británicas de los dos vice-prétores Ostorio y Didio: teniendo por menor inconveniente faltar á la serie de los años, que incurrir en la desunion de los sucesos.

CAPÍTULO IX

Recibe Cortés nuevo socorro de gente y municiones : pasa muestra el ejército de los Españoles, y á su imitacion el de los confederados : publícanse algunas ordenanzas militares, y se da principio á la marcha con ánimo de ocupar á Tezcuco.

Corrian ya los fines del año mil y quinientos y veinte, cuando Hernan Cortés trató de introducir sus armas en el país enemigo, y esperar en alguna operacion las últimas disposiciones de su empresa. Recibió pocos dias ántes un socorro de aquellos que se le venian á las manos ; porque le avisó el gobernador de la Vera-Cruz que habia dado fondo en aquel paraje un navío mercantil de las Canarias que traía cantidad considerable de arcabuces, pólvora y municiones de guerra, con tres caballos y algunos pasajeros ; cuya intencion era vender estos géneros á los Españoles que andaban en aquellas conquistas,

Pagábanse ya las mercaderías en los puertos de las Indias á precio excesivo ; y el interés habia quitado el horror á este género de comercio distante y peligroso : cuya noticia puso á Hernan Corrés en deseo de mejorar sus prevenciones, y envió luégo un comisario á la Vera-Cruz con barras de oro y plata y la escolta que pareció suficiente, ordenando al gobernador que comprase las armas y las municiones en la mejor forma que pudiese ; y él lo ejecutó con tanta destreza y con tanto crédito de la empresa en que se hallaba su general, que no solamente le dieron á precio acomodado lo que traian, pero se fueron con el mismo comisario á militar en el ejército de Cortés el capitan maestre del navío con trece soldados españoles, que venian á buscar su fortuna en las Indias: asunto que andaba entónces muy válido, y que dura todavía en algunos que anhelan á enriquecer por este camino, sin que baste la perdicion de los engañados para documento de los codiciosos.

Con este socorro, y los demas que habia recibido Hernan Cortés fuera de toda esperanza, entró en deseo de adelan-

tar la marcha de su ejército; y ya no era posible dilatarla ni esperar á que se acabasen los bergantines, porque iban llegando las tropas de la república y de los aliados vecinos, en cuya detencion se debian temer los inconvenientes de la ociosidad.

Juntó sus capitanes para discurrir sobre lo que se podria intentar con aquellas fuerzas, que mirase al intento principal, entretanto que se juntaban las que se habian movido para emprender la recuperacion de Méjico; y aunque hubo diversos pareceres, prevaleció la resolucion de marchar derechamente á Tezcuco, y ocupar en todo caso aquella ciudad, que por estar situada en el camino de Tlascala, y casi en la ribera del lago, pareció á propósito para la plaza de armas, y puesto que se podria fortificar y mantener, asi para recibir ménos dificultosamente los socorros que se aguardaban, como para infestar con algunas correrías la tierra del enemigo, y tener retirada poco distante de Méjico, donde repararse contra los accidentes de la guerra. Consideróse que la gente que habia llegado hasta entónces sería bastante para este género de facciones; y aunque los canales por donde se communicaban con aquella ciudad las aguas de la laguna, parecian estrechos para la introduccion de los bergantines. se reservó para despues la solucion de esta dificultad, y quedó resuelto que se abreviase por instantes el plazo de la marcha.

El dia siguiente á esta determinacion pasó muestra el ejército de los Españoles, y se hallaron quinientos y cuarenta infantes, cuarenta caballos y nueve piezas de artillería que se hicieron traer de los bajeles. Ejecutóse á vista de innumerable concurso esta funcion, y tuvo circunstancias de alarde, porque se atendió ménos á registrar el número de la gente que á la ostentacion del espectáculo, sirviendo al intento de hacerle más recomendable y lucido la gala de los soldados, el tremolar de las banderas, el manejo de los caballos y el uso de las armas con que se prevenia la reverencia del general; ejecutado uno y otro con tanto brio y puntualidad, que se conoció repetidas veces el aplauso de la muchedumbre, y llevó que aprender la milicia forastera. Quiso despues Xicotencal el mozo, que iba por gene-

ral de la república, pasar la muestra de su gente, no porque usasen los de su nacion este género de aparato para contra sus ejércitos, sino por lisonjear á Hernan Cortés con la imitacion de sus Españoles. Pasaron delante los timbales y bocinas con los demas instrumentos de su milicia : despues los capitanes en hileras vistosamente ataviados con grandes penachos de varios colores, y algunas joyas pendientes de las orejas y los labios : las macanas ó montantes con la guarnicion sobre el brazo izquierdo y con las puntas en alto : llevaban todos sus pajes de gineta, con los escudos ó rodelas, en que iban reducidos á varias figuras los desprecios de sus enemigos á las jactancias de su valor. Cumplieron á su modo con la reverencia de los dos generales, y pasaron despues las compañías en tropas diferentes, que se distinguian por el color de las plumas, y por las insignias tambien de varias figuras de animales, que sobresaliendo á las picas hacian oficio de banderas. Constaria todo el ejército de hasta diez mil hombres de buena calidad; aunque la prevencion de la república era mucho mayor; pero quedó aplicado el resto de sus levas para que asistiese á la conduccion de los bergantines; cuya seguridad era de tanta consecuencia, que recibió el senado como favor lo que pudiera sentir como desvío.

Quiere Antonio de Herrera que fuese de ochenta mil hombres la muestra de los Tlascaltecas, en que se aparta de Bernal Diaz y de otros autores : si ya no le pareció que importaba poco incluir en ella la gente de Cholula y Guajocingo, cuyos dos ejércitos estaban acampados fuera de la ciudad; porque no se duda que salió de Tlascala Hernan Cortés con más de sesenta mil hombres, y esto sin los que remitieron despues al camino y á la plaza de armas las demas naciones confederadas; cuyo movimiento fué tan numeroso, que durante la expugnacion de Méjico llegó á tener debajo de su mano más de doscientos mil hombres. ¡Notable concurrencia de circunstancias admirables! porque no se dice que hubiese falta de provision, ni discordia entre naciones tan diferentes, ni embarazo en la distribucion de las órdenes, ni ménos puntualidad en la obediencia. Mucho se debió á la gran capacidad y singular providencia

de Cortés; pero esta obra no pudo ser toda suya; quiso Dios que se redujese aquel imperio; y sirviéndose de su talento le facilitó los medios que conducian al fin determinado, mandando en los ánimos lo que pudiera mandar en los sucesos.

Publicáronse luégo, á fuer de bando militar, unas ordenanzas que habia formado en los ratos de su ociosidad para ocurrir á los inconvenientes en que suele peligrar la guerra, ó perder el atributo de justa. Mandó, pena de la vida, « que ninguno fuese osado á sacar la espada contra » otro en los cuarteles, ni en la marcha: que ninguno de » los Españoles tratase mal con las obras ó con las palabras » á los indios confederados: que no se hiciese fuerza ó de» sacato á las mujeres aunque fuesen del bando enemigo: » que ninguno se apartase del ejército, ni saliese á saquear » los lugares del contorno sin llevar licencia y gente con » que asegarar la faccion: que no se jugasen los caballos » ni las armas en que se habia tolerado alguna relajacion; » y prohibió, con penas particulares de afrenta ó privacion de honores, « los juraramentos y blasfemias, » con los demás abusos que suelen introducirse á permitidos con título de licencias militares.

Intimáronse despues estas mismas ordenanzas á los cabos de las tropas extranjeras, asistiendo Cortés á la interpretacion de Aguilar y doña Marína, para darles á entender que las penas hablaban con todos, y que los menores excesos de su gente serian culpas graves militando entre los Españoles; con que pasó la voz á los Tlascaltecas y á las demás naciones; y fué tan útil esta diligencia, que se conoció desde luégo algun cuidado en el proceder ménos licencioso de aquellos indios; aunque durante la jornada se desentendieron ó se toleraron algunas demasías en que fué necesario dar algo á la rusticidad ó á su costumbre; pero bastaron dos ó tres castigos que vieron ejecutar, pará reducirlos á mejor disciplina, siendo en ellos como enmienda ó parte de satisfaccion, el temor de la pena ó el recato en el delito.

Llegó el dia en que se celebraba la fiesta de los Inocentes, señalado para la marcha; y despues que dijo misa

fray Bartolomé de Olmedo, con asistencia de todos los Españoles, y se hizo particular rogativa por el suceso de la jornada, mandó Hernan Cortés, que se formasen los escuadrones de los indios en la campaña; y puestos en órden segun el estilo, salió con su ejército en hileras, para que viesen cómo se doblaba, y tomasen algo del sosiego que habian menester; siendo uno de sus defectos militares el ímpetu de sus ejecuciones siempre aceleradas y sujetas al desórden.

Llamó luégo al general y cabos principales de aquellas naciones, y con sus intérpretes les hizo una breve exhortacion pidiéndoles : « que animasen á su gente con la espe-
» ranza del comun interés, pues iban á pelear por su li-
» bertad y la de su patria : que se deshiciesen de todos los
» que no fuesen voluntarios : que castigasen con particu-
» lar cuidado los excesos que se cometiesen contra las or-
» denanzas; » y sobre todo, « que les pusiesen delante la
» obligacion en que se hallaban de imitar á sus amigos los
» Españoles, no sólo en las hazañas del valor, sino en la
» moderacion de las costumbres. »

Partieron ellos á obedecerle; y vuelto á los suyos que ya callaban, dando á entender que atendian : « No trato,
» amigos y compañeros, » dijo, « de acordaros ni engran-
» deceros el empeño en que os hallais de obrar como Es-
» pañoles en esta empresa, porque tengo conocido el
» esfuerzo de vuestros corazones, y no sólo debo confesar
» la experiencia, sino la envidia de vuestras hazañas. Lo
» que os propongo, ménos como superior que como uno
» de vosotros, es que pongamos todos con igual diligencia
» la vista y la consideracion en esa multitud de indios que
» nos sigue, tomando por suya nuestra causa: demostracion
» que nos ha puesto en dos obligaciones, dignas ambas de
» nuestro cuidado : la primera de tratarlos como amigos,
» sufriéndolos, si fuere necesario, como á ménos capaces de
» razon; y la otra de advertirles con nuestro proceder lo
» que deben observar en el suyo. Ya llevais entendidas las
» ordenanzas que se han intimado á todos; cualquiera de-
» lito contra ellas tendrá en vosotros su propia malicia y
» la malicia del ejemplo. Cada uno debe reparar en lo

» que podrán influir sus transgresiones, ó será fuerza que » reparemos los demas en la que importan las influencias » del castigo. Sentiré mucho hallarme obligado á proce- » der contra el menor de mis soldados; pero será este sen- » timiento como dolor inexcusable, y andarán juntas en » mi resolucion la justicia y la paciencia. Ya sabeis la fac- » cion grande á que nos disponemos: obra será digna de » historia conquistar un imperio á nuestro rey: las fuerzas » que veis y las que se irán juntando, serán proporciona- » das al heróico intento. Y Dios, cuya causa defendemos, » va con nosotros, que nos ha mantenido á fuerza de mila- » gros, y no es posible que desampare una empresa en que » se ha declarado tantas veces por nuestro capitan. Sigá- » mosle pues, y no le desobliguemos. » Y volviendo á decir: sigámosle y no le desobliguemos » acabó su oracion, ó porque no halló más que decir, ó porque lo dijo todo; y dió principio á la marcha, llevando en el oido las aclamaciones de su gente, y teniendo á buen pronóstico aquel contento con que le seguian, aquella casualidad extraordinaria con que se habian multiplicado sus Españoles, y aquel fervor oficioso con que asistian aquellas naciones. Todo lo consideraba como señal oportuna ó como feliz auspicio del suceso; no porque hiciese mucho caso de semejantes observaciones; pero algunas veces se descuida el entendimiento para que se divierta la esperanza con lo que sueña la imaginacion.

CAPÍTULO X

Marcha el ejército no sin vencer algunas dificultades: previénese de una embajada cautelosa el rey de Tezcuco, de cuya respuesta, por los mismos términos, resulta el conseguirse la entrada en aquella ciudad sin resistencia.

Caminó quel dia el ejército seis leguas, y se alojó al caer del sol en el lugar de Tezmeluca; nombre que significa en su lengua el Encinar. Era poblacion considerable, situada en los confines mejicanos y en la jurisdic-

cion de Guajocingo, cuyo cacique tuvo suficiente provision para toda la gente, y algunos regalos particulares para los Españoles. El dia siguiente se continuó la marcha por tierra enemiga, con todas las advertencias que parecieron necesarias. Tuviéronse algunos avisos de que habia junta de mejicanos en la parte contrapuesta de una montaña, cuyos peñascos y malezas dificultaban por aquella parte la entrada en el camino de Tezcuco; y porque se llegó á este paraje algunas horas despues de medio dia, y era de temer la vecindad de la noche para entrar en disputas de tierra quebrada y montuosa, hizo alto el ejército, y se alojó lo mejor que pudo al pie de la misma sierra; donde se previnieron los ranchos de grandes fuegos, que apénas bastaron para que se pudiese resistir sin alguna incomodidad la destemplanza del frio.

Pero al amanecer empezó la gente á subir la cuesta y á penetrar la maleza del monte al paso de la artillería; pero á poco más de una legua vinieron los batidores con noticia de que tenian los enemigos cerrado el camino con árboles cortados y estacas puntiagudas embebidas en tierra movediza para mancar los caballos, y Hernan Cortés, que no sabia perder las ocasiones de animar á los suyos, dijo en alta voz hácia los Españoles : « No parece que desean » mucho estos valientes verse con nosotros, puesto que » nos embarazan el uso de los pies para que tardemos » algo mas en venir á las manos. » Y sin detenerse mandó que pasasen á la vanguardia dos mil Tlascaltecas á desviar los impedimentos del camino. Lo cual ejecutaron con tanta celeridad, que apénas se pudo conocer la detencion en la retaguardia. Pasaron delante algunas compañías á reconocer los parajes donde se podian temer emboscadas, y con el resguardo que pedian aquellos indicios de vecina oposicion, se caminaron dos leguas que faltaban hasta la cumbre.

Descubríase desde lo más alto la gran laguna de Méjico, y Hernan Cortés acordó á los suyos con esta ocasion lo que allí se habia padecido sin olvidar las felicidades y riquezas que se poseyeron en aquella ciudad, mezclando entónces los bienes y los males para dar calor á la venganza con

los incentivos del interés. Descubríanse tambien algunos humos en las poblaciones distantes que se iban sucediendo con poca intermision; y aunque no se dudó que serian avisos de haberse descubierto el ejército, se continuó la marcha con poco ménos dificultad y con el mismo recelo, porque duraban las asperezas del camino y franqueaba poca tierra la espesura del bosque.

Pero vencido este impedimento, se descubrió à largo trecho el ejército enemigo que ocupaba el llano, sin moverse, con señas de aguardar en algun puesto de fácil retirada. Alegráronse los Españoles, celebrando como felicidad la prontitud de la ocasion, y sucedió lo mismo á los Tlascaltecas, aunque á breve rato se hizo en ellos furor el contento, y fueron necesarias voces de Cortés y diligencias de sus capitanes para que no se desordenasen con el ansia de pelear. Estaban los Mejicanos á la otra parte de un barranco grande ó quiebra tel terreno que necesariamente se habia de pasar, por donde iba profundando su camino un arroyo que recogia las corrientes de la sierra, y llevaba entónces agua considerable. Tenía por aquella parte una puentecilla de madera para el uso de los pasajeros, la cual pudieran haber cortado con facilidad; pero segun lo que se presumió despues, la dejaron de intento para ir deshaciendo á sus enemigos en el paso estrecho; teniendo por imposible que se pudiesen doblar de la otra parte con tanta oposicion. Así lo discurrieron cuando hacian la cuenta léjos del peligro; pero al reconocer el ejército de Cortés, que no habian considerado tan numeroso, cayeron otras especies ménos fantásticas sobre su imaginacion. Faltóles el ánimo para mantener aquel puesto, y deseando afectar el valor ó no descubrir el miedo, tomaron resolucion de irse retirando poco á poco sin volver las espaldas, reconociendo al parecer la diferencia que hay entre fuga y retirada.

Dió Hernan Cortés calor á la marcha, y al reconocer el barranco tuvo á gran fortuna que se hubiese desviado el enemigo; porque aún hallado sin resistencia se pasó con dificultad. Dispuso que se adelantasen veinte caballos con algunas compañías de Tlascaltecas á entretener la marcha

sin entrar en mayor empeño, hasta que pasando el resto de la gente se asegurase la faccion. Pero apénas reconocieron los Mejicanos que se iba doblando el ejército á la otra parte de la zanja, cuando perdieron toda su política y se declararon por fugitivos, desuniéndose á buscar atropelladamente las sendas ménos holladas ó el refugio de los montes.

No quiso Hernan Cortés detenerse á seguir el alcance, porque le importaba ocupar brevemente á Tezcuco, y cualquiera dilacion se debia mirar como desvío del intento principal; pero se hizo de paso algun daño en los Méjicanos que se hallaban escondidos entre la maleza del bosque. Y aquella noche se alojó el ejército en un lugar recien despoblado, tres leguas de Tezcuco, donde se tomó por cuarteles el descanso, dobladas las centinelas y con las armas casi en las manos. Pero el dia siguiente, á poca distancia de este lugar, se reconoció en el camino una tropa de hasta diez indios, al parecer desarmados, que venian á paso largo con señas de mensajeros ó fugitivos, y traían levantada en alto una lámina de oro en forma de bandera que se tuvo por insigna de paz. Era el principal de ellos un embajador, por cuyo medio rogaba el rey de Tezcuco á Cortés que no hiciese daño en los pueblos de su dominio, dando á entender que deseaba entrar en su confederacion, á cuyo fin tenía prevenido en su ciudad alojamiento decente para todos los Españoles de su ejército, y serian asistidas fuera de los muros con lo que hubiesen menester las naciones que le acompañaban. Examinóle con algunas preguntas Hernan Cortés, y él que no venía mal instruido, respondió á todas sin embarazarse, eñadiendo: que su amo estaba ofendido y quejoso del emperador que reinaba entónces en Méjico, porque no habiéndose ajustado á votar por él en su eleccion, trataba de vengarse con algunas extorsiones indignas de su paciencia, para cuya satisfaccion estaba en ánimo de unirse con los Españoles, como uno de los interesados en la ruina de aquel tirano.

No dicen nuestros historiadores, ó lo dicen con variedad, si reinaba entónces en Tezcuco el hermano de Cacumatzin,

á quien dejamos preso en Méjico por haber conspirado contra Motezuma y contra los Españoles. Queda referido como se le dió la corona á su hermano, y el voto electoral á instancia de Cortés; y segun el suceso parece que ya reinaba el desposeido, siendo muy creible que lo dispusiese así el nuevo emperador, mediando en su restitucion la circunstancia de ser enemigo capital de los Españoles, á cuya opinion hace algun viso la desconfianza de Cortés, porque apénas recibió la embajada cuando se apartó del embajador para conferir con sus capitanes la respuesta. Pareció á todos poco segura la proposicion, y que no se debia esperar tanto de un príncipe ofendido; pero que supuesta la resolucion que llevaba de ocupar aquella ciudad por fuerza de armas, se podia tener á buena fortuna que les franqueasen la entrada, cuya primera dificultad excusarian, admitiendo la oferta; y una vez dentro de los muros, en lo cual se debia llevar la misma cautela que si se acabára de ganar por asalto, se obraria lo que pidiese la ocasion. Así lo determinaron; y Hernan Cortés despachó al enviado, respondiendo á su príncipe que admitia la paz y aceptaba el alojamiento que le ofrecia, deseando corresponder enteramente á la buena inteligencia con que solicitaba su amistad.

Volvió á marchar el ejército, y aquella tarde se alojó en uno de los arrabales de la ciudad, ó village muy cercano á ella, dilatando la entrada para la mañana siguiente, por lograr el dia entero en una faccion que, segun los indicios, no podia caber en pocas horas, siendo uno de ellos el hallarse desamparado aquel pueblo; y otro de no menor consideracion, el no haberse dejado ver el cacique, ni enviado persona que visitase á Cortés; pero no se oyó rumor de armas, ni se ofreció novedad hasta que al salir del sol se dieron las órdenes y se dispuso el ejército para el asalto, que ya se tenía por inexcusable, aunque se conoció poco despues que no era necesario, porque se halló abierta y desarmada la ciudad. Avanzaron algunas tropas á ocupar las puertas, y se hizo la entrada sin resistencia. Pero Hernan Cortés dispuesto á pelear, fué penetrando las calles sin perder de vista las apariencias de la paz entre los re-

celos de la guerra, y caminó en la mejor ordenanza que pudo, hasta que saliendo á una gran plaza se dobló con la mayor parte de su gente; y ocupó con el resto las calles del contorno. Los paisanos,cuya muchedumbre se dejó ver algunas veces en el paso, andaban como asombrados, trayendo en el rostro mal encubiertos los achaques del ánimo, y se reparó en que faltaban las mujeres: circunstancias que se daban la mano con los primeros indicios.

Pareció conveniente ocupar el oratorio principal, cuya eminencia dominaba la ciudad, descubriendo la mayor parte de la laguna; y nombró Hernan Cortés para esta faccion á Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Bernal Diaz del Castillo, con algunas bocas de fuego y bastante número de Tlascaltecas. Pero hallando aquel puesto sin guarnicion, avisaron desde lo alto que se iba escapando mucha gente de la ciudad; unos por tierra en busca de los montes, y otros en canoas la vuelta de Méjico, cuya noticia no dejó que dudar en el engaño del cacique. Mandó Hernan Cortés que le buscasen para traerle á su presencia, y por este medio averiguó que se habia retirado poco ántes al ejército de los Mejicanos, llevando consigo la poca gente que se quiso ajustar á seguirle, que, segun lo que decian aquellos paisanos, era de cortas obligaciones, porque la nobleza y el resto de sus vasallos aborrecian su dominio, y se quedaron con pretexto de buscarle despues. Averiguóse tambien que tenía resuelto agasajar á los Españoles hasta merecer su confianza, y conseguir su descuido para introducir despues las tropas mejicanas que acabasen con todos ellos en una noche: pero cuando supo de su embajador las grandes fuerzas con que le buscaba Hernan Cortés, le faltó el ánimo para mantener su estratagema: y tuvo por mejor consejo el de la fuga, dejando su ciudad y sus vasallos á la discrecion de sus enemigos.

Dió la felicitad en este suceso cuanto pudieran la industria y el valor. Deseaba Hernan Cortés ocupar á Tezcuco, puesto ventajoso para su plaza de armas y necesario para su empresa; y el ardid intentado por el cacique le franqueó sin disputa las puertas de aquella ciudad: su fuga le desvió un embarazo en que habia de tropezar cada ins-

tante la desconfianza ó el recelo : y el descontento de sus vasallos le facilitó el camino de traerlos á su devocion, que cuando se ha de acertar, todo es oportuno; y quizá por esta consideracion se puso lo afortunado entre los atributos de los capitanes.

CAPÍTULO XI

Alojado el ejército en Tezcuco, vienen los nobles á tomar servicio en él : restituye Cortés aquel reino al legitimo sucesor, dejando al tirano sin esperanza de restablecerse.

Puso Hernan Cortés su principal cuidado en que perdiesen el miedo los paisanos. Mandó á los suyos que les hiciesen todo buen pasjae, tratando sólo de ganar aquellos ánimos que ya se debian mirar como rendidos ; y pasó esta órden con mayor aprieto á las naciones confederadas por medio de sus cabos, cuya obediencia fué más reparable, porque se hallaban en tierra enemiga, enseñados á las violencias de su milicia, y no sin alguna presuncion de vencedores. Pero respetaban tanto á Cortés, que no contentos con reprimir su ferocidad y su costumbre, trataban de familiarizarse con todos, publicando la paz con la voz y con las demostraciones. Quedó aquella noche el ejército en los palacios del rey fugitivo; y eran tan capaces que hallaron bastante alojamiento en ellos los Españoles con alguna parte de los Tlascaltecas ; y los demás se acomodaron en las calles cercanas, fuera de cubierto, por evitar la extorsion de los vecinos.

Por la mañana vinieron algunos ministros de los ídolos á solicitar el buen pasaje de sus feligreses, agradeciendo el que hasta entónces habian experimentado: y propusieron á Cortés, que la nobleza de aquella ciudad esperaba su permision para venir á ofrecerle su obediencia y su amistad : á cuya demanda satisfizo, concediendo en uno y otro cuanto le pedian, sin necesitar mucho de afectar el agrado, porque deseaba lo que concedia. Y poco despues

llegaron aquellos nobles, en el traje de que solian usar para sus actos públicos, y acaudillados al parecer por un mozo de poca edad y gentil disposicion que habló por todos, presentando á Cortés aquella tropa de soldados que venian á servir en su ejército, deseando merecer con sus hazañas la sombra de sus banderas. Á que añadió pocas palabras, dichas con cierta energía y gravedad, que solicitaban la atencion sin desazonar el rendimiento. Escuchóle no sin admiracion Hernan Cortés, y se pagó tanto de su elocuencia y despejo, sobre lo bien que le sonaba la misma oferta, que se arrojó á sus brazos sin poderse reprimir; pero atribuyendo á su discrecion los excesos del gusto, volvió á componer el semblante para responder ménos alborozado á su proposicion.

Fueron llegando los demás, y despues de cumplir con las ceremonias del primer obsequio, se quedó Hernan Cortés con el que vino por su adalid, y con algunos de los que parecian más principales; y llamando á sus intérpretes averiguó á pocas instancias de su cuidado, todo lo que tenía dispuesto el cacique, por complacer á los Mejicanos; el artificio con que ofreció el alojamento de aquella ciudad á los Españoles; la falta de valor con que volvió las espaldas al primer rumor de su peligro; y últimamente, dieron á entender qu haria poca falta donde se aborrecia su persona, y se celebraba su ausencia como felicidad de sus vasallos : punto en que los apuró Hernan Cortés, porque le importaba servirse de aquella mala voluntad para establecer su plaza de armas; y halló en la respuesta cuanto pudiera fingir su deseo, porque no sin algun conocimiento del fin á que se iban encaminando sus preguntas, le refirió el más anciano de aquellos nobles « que Cacumatzin, » señor de Tezcuco, no era dueño propietario de aquella » tierra, sino un tirano el más horrible que llegó á produ- » cir entre sus monstruos la naturaleza; porque habia » muerto violentamente y por sus manos, á Nezabal, su » hermano mayor, para echarle de la silla, y arrancar de » sus sienes la corona: que aquel príncipe, á quien habia » tocado el hablar por todos, como el primero de los nobles, » era hijo legítimo del rey difunto; pero que su corta

» edad negoció el perdon, ó mereció el desprecio del ti-
» rano : y él, conociendo el peligro que le amenazaba,
» supo esconder su queja con tanta sagacidad, que ya pa-
» saba por falta de espíritu su disimulacion : que toda esta
» maldad se habia fraguado y dispuesto con noticia y
» asistencias del emperador mejicano que antecedió á
» Motezuma, y de nuevo le favorecia el emperador que
» reinaba entónces, procurando servirse de su alevosía
» para destruír á los Españoles. Pero que la nobleza de
» Tezcuco aborrecia mortalmente las violencias de Cacu-
» matzin, y todos sus pueblos tenian por insufrible su do-
» minio, porque sólo trataba de oprimirlos, errando el
» camino de sujetarlos. »

En este sentir se hizo entender aquel anciano, y apénas lo acabó de percibir Hernan Cortés cuando le ocurrió en un instante lo que debia ejecutar. Acercóse al principe desposeido con algo de mayor reverencia, y poniéndole á su lado convocó los demás nobles que aguardaban su resolucion, y les dijo mandando levantar la voz á sus intérpretes : « Aqui teneis, amigos, al hijo legítimo de vuestro
» legítimo rey. Ese injusto dueño que tiene mal usurpada
» vuestra obediencia, empuño el cetro de Tezcuco, recien
» teñido en la sangre de su hermano mayor; y como no
» es dada la ciencia de conservar á los tiranos, reinó como
» se hizo rey, despreciando el aborrecimiento por conse-
» guir el temor de sus vasallos, y tratando como esclavos
» á los que habian de tolerar su delito; y últimamente
» con la vileza de abandonaros en el riesgo, desestimando
» vuestra defensa, os ha descubierto su falta de valor, y
» puesto en las manos el remedio de vuestra infelicidad.
» Pudiera yo, si no fueran otras mis obligaciones, ser-
» virme de vuestro desamparo, y recurrir al derecho de
» la guerra, sujetando esta ciudad que tengo, como veis,
» al arbitrio de mis armas; pero los Españoles nos inclina-
» mos dificultosamente á la sinrazon; y no siendo en la
» sustancia vuestro rey el que nos hizo la ofensa, ni voso-
» tros debeis padecer como vasallos suyos, ni este príncipe
» quedar sin el reino que le dió la naturaleza; recibidle
» de mi mano, como le recibísteis del cielo : dadle por mí

» la obediencia que le debeis por la sucesion de su padre: » suba en vuestros hombros á la silla de sus mayores: » que yo, ménos atento á mi conveniencia que á la equi- » dad y á la justicia, quiero más su amistad que su reino, » y más vuestro agradecimiento que vuestra sujecion. »

Tuvo grande aplauso esta proposicion de Cortés entre aquellos nobles. Oyeron lo que deseaban, ó se hallaron sin lo que teniam; porque unos se arrojaron á sus pies, agradeciendo su benignidad, y otros acudiendo primero á la obligacion natural, se adelentaron á besar la mano á su príncipe. Divulgóse luégo esta noticia en la ciudad; y empezaron las voces à manifestar el alborozo del pueblo, que tardó poco en significar su aceptacion con los gritos, bailes y juegos de que usaban en sus fiestas, sin perdonar demostracion alguna de aquellas con que suele adornar sus locuras el contento popular.

Reservóse para el dia siguiente la coronacion del nuevo rey, que se celebró con toda la solemnidad y ceremonia que ordenaban sus leyes municipales, asistiendo al acto Hernan Cortés, como dispensador ó donatario de la corona; con que tuvo su participacion del aura popular, y quedó más dueño de aquella gente, que si la hubiera conquistado: siendo éste uno de los primeros que le dieron nombre de advertido capitan; porque le importaba en todo caso tener por suya esta ciudad para la empresa de Méjico, y halló camino de obligar al nuevo rey con el mayor de los beneficios temporales: de interesar á la nobleza en su restitucion, dejándola irreconciliable con el tirano, de ganar al pueblo con su desinterés y justificacion; y últimamente de conseguir la seguridad de su cuartel, que por otro medio fuera dudosa ó más aventurada: quedando sobre todo con mayor satisfaccion de haber hecho en el desagravio de aquel príncipe lo que pedia la razon; porque á vista de lo que importaban las demás conveniencias, daba el primer lugar á esta resolucion por ser más de su genio, y porque siempre suponian algo ménos en su estimacion las operaciones de la prudencia, que los aciertos de la generosidad.

CAPÍTULO XII

Bautízase con pública solemnidad el nuevo rey de Tezcuco; y sale con parte de su ejército Hernan Cortés á ocupar la ciudad de Iztacpalapa, donde necesitó de toda su advertencia para no caer en una celada que le tenian pervenida los Mejicanos.

Quedó Hernan Cortés aplaudido y venerado entre aquella gente : la nobleza se declaró su parcial, y enemiga de los Mejicanos : volvióse á poblar la ciudad, restituyéndose á sus casas las familias que se habian retirado á los montes; y aquel príncipe vivia tan dependiente y tan rendido á Cortés, que no solamente le ofreció sus milicias, y servir á su lado en la empresa de Méjico, pero le consultaba cuanto disponia; y aunque mandaba entre los suyos como rey, en llegando á su presencia, tomaba la persona de súbdito, y le respetaba como á superior. Sería de hasta diez y nueve ó veinte años, y tenía capacidad de hombre nacido en tierra ménos bárbara, de cuya buena disposicion se sirvió Hernan Cortés para introducirle algunas veces en la plática de la religion, y halló en su modo de atender y discurrir un género de propension á lo más seguro, que le puso en esperanzas de reducirle; porque se desagradaba de los sacrificios violentos de su nacion, tenía por vicio la crueldad, y confesaba que no podian ser amigos del género humano los dioses que se aplacaban con la sangre del hombre. Entró en estas conversaciones fray Bartolomé de Olmedo, y hallándole tan dudoso en el error como inclinado á la verdad, le tuvo en pocos dias capaz de recibir el bautismo, cuya funcion se hizo públicamente, y con gran solemnidad, tomando por su eleccion el nombre de don Hernando Cortés en obsequio de su padrino.

Trabajábase ya en la obra de los canales, por donde se comunicaba la laguna con las acequias de la ciudad, y este príncipe dió seis ó siete mil indios, vasallos suyos, para que los hiciesen de mayor latitud y profundidad, se-

gun las medidas que se habian dado á los bergantines. Y porque deseaba Hernan Cortés caminar al mismo tiempo en algunas operaciones que parecian necesarias para facilitar la empresa de Méjico, determinó pasar con parte de sus fuerzas á la ciudad de Iztacpalapa, puesto avanzado seis leguas adelante, para quitar aquel abrigo á las canoas mejicanas que se acercaban algunas veces á impedir el trabajo de los gastadores; á cuya resolucion le obligó tambien la conveniencia de traer en algun ejércicio á los indios confederados, que se mantenian quietos en la ociosidad á fuerza del respeto, y no sin alguna fatiga del cuidado.

Estaba situada, como dijimos, la ciudad de Iztacpalapa en la misma calzada por donde hicieron su primera entrada los Españoles, y en tal disposicion que ocupando alguna parte de la tierra quedaba el mayor número de sus edificios, que pasarian de diez mil casas, dentro de la misma laguna, cuyas vertientes se introducian por acequias en la poblacion terrestre al arbitrio de unas compuertas que dispensaban el agua segun la necesidad. Tomó Hernan Cortés á su cargo esta faccion, y llevó consigo á los capitanes Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid con trescientos Españoles, y hasta diez mil Tlascaltecas; y aunque intentó seguirle con sus milicias el nuevo rey de Tezcuco, no se lo permitió, dándole á entender que sería más útil su persona en la ciudad: cuyo gobierno militar déjó encargado á Gonzalo de Sandoval, y á los dos, con todas las instrucciones que parecieron necesarias para la seguridad del cuartel, y los demás accidentes que se podian ofrecer en su ausencia.

Ejecutóse la marcha por el camino de la tierra, con intento de ocupar la ciudad por aquella parte, y desalojar despues á los vecinos de la otra banda con la artillería y bocas de fuego, segun lo dictase la ocasion. Pero no faltaron noticias de este movimiento al enemigo; porque apénas dió vista el ejército á la plaza cuando se reconoció á poca distancia de sus muros un grueso de hasta ocho mil hombres que habia salido á intentar su defensa en la campaña con tanta resolucion, que hallándose inferiores en número,

aguardaron hasta medir las armas, y pelearon valerosamente; lo que bastó al parecer para retirarse con alguna reputacion, porque á breve rato se fueron recogiendo á la ciudad, y sin guarnecer la entrada, ni cerrar las puertas desaparecieron arrojándose al lago desordenadamente; pero conservando en la misma fuga los brios y las amenazas del combate.

Conoció Hernan Cortés que aquel género de retirada tenía señas de llamarle á mayor riesgo, y trató de introducir su ejército en la ciudad con todo el cuidado que pedian aquellos indicios; pero se hallaron totalmente abandonados los edficios de la tierra; y aunque duraba el rumor de los enemigos en la parte del agua, resolvió, con el parecer de sus cabos, mantener aquel puesto y alojarse dentro de los muros sin pasar á mayor empeño, porque iba faltando el dia para entrar en nueva operacion. Pero apénas tomaron cuerpo las primeras sombras de la noche, cuando se reparó en que rebosaban por todas partes las acequias, corriendo el agua impetuosamente á lo más bajo; y Hernan Cortés conoció á la primera vista que los enemigos trataban de inundar aquella parte de la ciudad, y que levantando las compuertas del lago mayor lo podrian conseguir sin dificultad: riesgo inevitable que le obligó á dar apresuradamente las órdenes para la retirada, en cuya ejecucion se ganaron los instantes, y todavía escapó la gente con el agua sobre las rodillas.

Salió Hernan Cortés asaz mortificado, y mal satisfecho de no haber prevenido aquel engaño de los indios, como si cupiera todo en su vigilancia, ó no tuviera sus límites la humana providencia. Sacó su ejército á la campaña por el camino de Tezcuco, donde pensaba retirarse, dejando para mejor ocasion la empresa de Iztacpalapa que ya no era posible sin aplicar mayores fuerzas por la parte de la laguna, y traer embarcaciones con que desviar de aquel paraje á los Mejicanos. Alojóse como pudo en una montañuela segura de la inundacion, donde se padeció grande incomodidad, mojada la gente y sin defensa contra el frio de la noche; pero tan animosa que no se oyó una desazon entre los soldados; y Hernan Cortés que andaba

por los ranchos infundiendo paciencia con su ejemplo, hacía sus esfuerzos para esconder en las amenazas del enemigo el desaire de su engaño, ó el escrúpulo de su inadvertencia.

Prosiguióse la retirada como estaba resuelta con los primeros indicios de la mañana, y se alargó el paso, más porque necesitaba la gente del ejercicio para entrar en calor, que porque se recelase nueva invasion; pero declarado el dia, se descubrió un grueso de innumerables enemigos que venian siguiendo la huella del ejército. No se dejó la marcha por este accidente; pero se caminó á paso lento para cansar al enemigo con la dilacion del alcance, aunque los soldados se movian con dificultad, clamando por detenerse á tomar satisfaccion unos de la ofensa, y otros de la incomodidad padecida, cada cual segun el dolor que mandaba en el ánimo, y todos con la venganza en el corazon.

Hizo alto el ejército y se volvieron las caras cuando pareció conveniente, y los enemigos acometieron con la misma precipitacion que seguian; pero las ballestas de los Españoles, que por venir mojada la pólvora no sirvieron las bocas de fuego, y los arcos de los Tlascaltecas detuvieron el primer ímpetu de su ferocidad y al mismo tiempo cerraron los caballos haciendo lugar á las demas tropas amigas que rompieron á todas partes por aquella muchedumbre desordenada, y la obligaron brevemente á ceder la campaña con pérdida considerable.

Volvió Hernan Cortés á su marcha sin detenerse á deshacer enteramente á los fugitivos, porque necesitaba de todo el dia para llegar á su cuartel ántes de la noche. Pero los enemigos, tan diligentes en retirarse como en rehacerse, le volvieron á embestir segunda y tercera vez, sin escarmentar con el estrago que padecian, hasta que temiendo el peligro de acercarse á Tezcuco, donde tenian su fuerza principal los Españoles, se volvieron á Iztacpalapa, quedando con bastante castigo de su atrevimiento, pues murieron en esta repeticion de combates más de seis mil indios; y aunque hubo en el ejército de Cortés algunos heridos, faltaron sólos dos Tlascaltecas y un caballo, que

cubierto de flechas y cuchilladas conservó la respiracion hasta retirar á su dueño.

Celebró Hernan Cortés y todo su ejército este principio de venganza, como enmienda ó satisfaccion de lo que se habia padecido; y poco ántes de anochecer se hizo la entrada en la ciudad, con tres ó cuatro victorias de paso que dieron garbo á la faccion, ó quitaron el horror á la retirada.

Pero no se puede negar que los Mejicanos tenian bien dispuesto su estratagema : hicieron salida para llamar al enemigo : dejáronse cargar para empeñarle : fingieron que se retiraban para introducirle dentro del riesgo : dejaron abandonadas las habitaciones que intentaban inundar; y tenian mayor ejército prevenido para no aventurar el suceso. Vean los que desacreditan esta guerra de los indios, si eran, como dicen, rebaños de bestias sus ejércitos; y si tenian cabeza para disponer, puesto que les dejan la ferocidad para las ejecuciones. Necesitó Hernan Cortés de toda su diligencia para escapar de sus asechanzas, y quedó con admiracion, ó poco ménos que envidia, de lo bien que habian dispuesto su estratagema, por ser estos ardides ó engaños que se hacen al enemigo uno de los primores militares de que se precian mucho los soldados, teniéndolos no sólo por razonables, sino por justos, particularmente cuando es justa la guerra en que se practican; pero en nuestro sentir les basta el atributo de lícitos, aunque algunas vez pueden llamarse justos, por la parte que tienen de castigar inadvertencias y descuidos, que son las mayores culpas de la guerra.

CAPÍTULO XIII

Piden socorro á Cortés las provincias de Chalco y Otumba contra los Mejicanos : encarga esta faccion á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Lugo, los cuales rompen al enemigo, trayendo algunos prisioneros de cuenta, por cuyo medio requiere con la paz al emperador mejicano.

Tenía Hernan Cortés en Tezcuco frecuentes visitas de

los caciques y pueblos comarcanos que venian á dar la obediencia y ofrecer sus milicias : súbditos mal tratados y quejosos del emperador mejicano, cuya gente de guerra los oprimia y disfrutaba con igual desprecio que inhumanidad. Entre los cuales llegaron á esta sazon unos mensageros en diligencia de las provincias de Chalco y Otumba, con noticia de que se hallaba cerca de sus términos un ejército poderoso del enemigo que traía comision de castigarlos y destruirlos, porque se habian ajustado con los Españoles. Mostraban determinacion de oponerse á sus intentos, y pedian socorro de gente con que asegurar su defensa : instancia que pareció, no sólo puesta en razon, sino de propia conveniencia, porque importaba mucho que no hiciesen pié los Mejicanos en aquel paraje, cortando la comunicacion de Tlascala, que se debia mantener en todo caso. Partieron luégo á este socorro los capitanes Gonzalo de Sandoval y Francisco de Lugo con doscientos Españoles, quince caballos y bastante número de Tlascaltecas, entre los cuales fueron con tolerancia de Cortés, algunos de esta nacion que porfiaron sobre retirar á su tierra los despojos que habian adquirido : permision en que se consideró, que aguardándose nuevas tropas de la república, importaria llamar aquella gente con el cebo del interes, y con esta especie de libertad.

Iban estos miserables, trocado el nombre de soldados en el de indios de carga, con el bagage del ejército; y como reguló el peso la codicia, sin atender á la paciencia de los hombros, no podian seguir continuamente la marcha, y se detenian algunas veces para tomar aliento, de lo cual advertidos los Mejicanos, que tenian emboscado en los maizales el ejército de la laguna, les acometieron en una de estas mansiones, no sólo, al parecer, para despojarlos, porque hicieron el salto con grandes voces, y trataron al mismo tiempo de formar sus escuadrones, con señas de provocar á la batalla. Volvieron al socorro Sandoval y Lugo, y acelerando el paso, dieron con todo el grueso de su gente sobre las tropas enemigas, tan oportuna y esforzadamente que apénas hubo tiempo entre recibir el choque y volver las espaldas.

Dejaron muertos seis ó siete Tlascaltecas de los que hallaron impedidos y desarmados, pero se cobró la presa, mejorada con algunos despojos del enemigo; y se volvió á la marcha, poniendo mayor cuidado en que no se quedasen atrás aquellos inútiles, cuyo desabrimiento duró hasta que penetrando el ejército los términos de Chalco, reconocieron poco distantes los de Tlascala, y se apartaron á poner en salvo lo que llevaban, dejando á Sandoval sin el embarazo de asistir á su defensa.

Habian convocado los enemigos todas las milicias de aquellos contornos para castigar la rebeldía de Chalco y Otumba; y sabiendo que venian los Españoles al socorro de ambas naciones, se reforzaron con parte de las tropas que andaban cerca de la laguna; y formando un ejército de bulto formidable, tenian ocupado el camino con ánimo de medir las fuerzas en campaña. Avisados á tiempo Lugo y Sandoval, y dadas las órdenes que parecieron necesarias, se fueron acercando, puesta en batalla la gente, sin alterar el paso de la marcha. Pero se detuvieron á vista del enemigo los Españoles con sosegada resolucion, y los Tlascaltecas con mal reprimida inquietud para examinar desde más cerca el intento de aquella gente. Hallábanse los Mejicanos superiores en el número; y con ambicion de ser los primeros en acometer, se adelantaron atropelladamente como solian, dando sin alcance la primera carga de sus armas arrojadizas. Pero mejorándose al mismo tiempo los dos capitanes despues de lograr con mayor efecto el golpe de los arcabuces y ballestas, echaron delante los caballos, cuyo choque horrible siempre á los indios, abrió camino para que los Españoles y los Tlascaltecas entrasen rompiendo aquella multitud desordenada, primero con la turbacion, y despues con el estrago. Tardó poco en declararse por todas partes la fuga del enemigo; y llegando á este tiempo las tropas de Chalco y Otumba que salieron de la vecina ciudad al rumor de la batalla, fué tan sangriento el alcance, que á breve rato quedó totalmente deshecho el ejército de los Mejicanos, y socorridas aquellas dos provincias aliadas con poca ó ninguna pérdida.

Reserváronse para tomar noticias ocho prisioneros que parecian hombres de cuenta; y aquella noche pasó el ejército á la ciudad, cuyo cacique despues de haber cumplido con su obligacion en el obsequio de los Españoles, se adelantó á prevenir el alojamiento, y tuvo abundante provision de víveres y regalos para toda la gente, sin olvidar el aplauso de la victoria, reducido segun su costumbre al ordinario desconcierto de los regocijos populares. Eran los chalqueses enemigos de los Tlascaltecas, como súbditos del emperador mejicano, y con particular oposicion sobre dependencias de confines; pero aquella noche quedaron reconciliadas estas dos naciones, á instancia y solicitud de los chalqueses, que se hallaron obligados á los Tlascaltecas, por lo que habian cooperado en su defensa; conociendo al mismo tiempo que para durar en la confederacion de Cortés, necesitaban de ser amigos de sus aliados. Mediaron los Españoles en el tratado, y juntos los cabos y personas principales de ambas naciones, se ajustó la paz con aquellas solemnidades y requisitos de que usaban en este género de contratos: obligándose Gonzalo de Sandoval y Francisco de Lugo á recabar el beneplácito de Cortés, y los Tlascaltecas á traer la ratificacion de su república

Hecho este socorro con tanta reputacion y brevedad, se volvieron Sandoval y Lugo con su ejército á Tezcuco, llevando consigo al cacique de Chalco, y algunos de los indios principales que quisieron rendir personalmente á Cortés las gracias de aquel beneficio, poniendo á su disposicion las tropas militares de ambas provincias. Tuvo grande aplauso en Tezcuco esta faccion; y Hernan Cortés honró á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Lugo con particulares demostraciones, sin olvidar á los cabos de Tlascala; y recibió con el mismo agasajo á los chalqueses, admitiendo sus ofertas, y reservando el cumplimiento de ellas para su primer aviso. Mandó luégo traer á su presencia los ocho prisioneros mejicanos, y los esperó en medio de sus capitanes, previniéndose para recibirlos de alguna severidad. Llegaron ellos confusos y temerosos, con señas de ánimo abatido, y mal dispuestos á recibir el castigo, que segun su costumbre tenian por irremisible. Mandólos

desatar; y deseando lograr aquella ocasion de justificar entre los suyos la guerra que intentaba con otra diligencia de la paz, y hacerse más considerable al enemigo con su generosidad, los habló por medio de sus intérpretes en esta substancia.

« Pudiera segun el estilo de vuestra nacion, y segun » aquella especie de justicia en que hallan su razon las » leyes de la guera, tomar satisfaccion de vuestra iniqui- » dad, sirviéndome del cuchillo y el fuego para usar con » vosotros de la misma inhumanidad que usais con vues- » tros prisioneros; pero los Españoles no hallamos culpa » digna de castigo en los que se pierden sirviendo á su rey, » porque sabemos diferenciar á los infelices de los delin- » cuentes : y para que veais lo que va de vuestra crueldad » á nuestra clemencia, os hago donacion á un tiempo de » la vida y de la libertad. Partid luégo á buscar las ban- » deras de vuestro príncipe, y decidle de mi parte, pues » sois nobles y debeis observar la ley con que recibís el » beneficio, que vengo á tomar satisfaccion de la mala » guerra que se me hizo en mi retirada, rompiendo alevo- » samente los pactos con que me dispuse á ejecutarla ; y » sobre todo, á vengar la muerte del gran Motezuma, » principal motivo de mi enojo. Que me hallo con un ejér- » cito en que no sólo viene multiplicado el número de los » Espanoles invencibles, sino alistadas cuantas naciones » aborrecen el nombre mejicano; y que brevemente le » pienso buscar en su corte con todos los rigores de una » guerra que tiene al cielo de su parte, resuelto á no de- » sistir de tan justa indignacion, hasta dejar reducidos á » polvo y ceniza todos sus dominios, y anegada en la san- » gre de sus vasallos la memoria de su nombre. Pero si » todavía por excusar la propia ruina y la desolacion de » sus pueblos, se inclinare á la paz, estoy pronto á conce- » dérsela con aquellos partidos que fueren razonables; » porque las armas de mi rey, imitando hasta en esto los » rayos celestiales, hieren sólo donde hallan resistencia, » más obligadas siempre á los dictámenes de la piedad, » que á los impulsos de la venganza. »

Dió fin á su razonamiento, y señalando escolta de sol-

dados españoles á los ocho prisioneros, ordenó que se les diese luégo embarcacion para que se retirasen por la laguna; y ellos arrojándose á sus piés mal persuadidos á la diferencia de su fortuna, ofrecieron poner esta proposicion en la noticia de su príncipe, facilitando la paz con oficiosa prontitud; pero no volvieron con la respuesta, ni Hernan Cortés hizo esta diligencia, porque le pareciese posible reducir entónces á los Mejicanos, sino por dar otro paso en la justificacion de sus armas, y acreditar con aquellos bárbaros su clemencia.

CAPÍTULO XIV

Conduce los bergantines á Tezcuco Gonzalo de Sandoval; y entretanto que se dispone su apresto y última formacion, sale Cortés á reconocer con parte del ejército las riberas de la laguna.

Llegó en esta sazon la noticia de que se habian acabado los bergantines, y Martin Lopez avisó á Cortés que trataria luégo de su conduccion; porque la república de Tlascala tenía prontos diez mil tamenes ó indios de carga, los ocho mil que parecian necesarios para llevar la tablazon, jarcias, herraje y demas adherentes, y los dos mil que irian de respeto para que se fuesen alternando y sucediendo en el trabajo, sin comprender en este número á los que se habian de ocupar en el transporte de los víveres para el sustento de esta gente, y de quince ó veinte mil hombres de guerra, con sus cabos que aguardaban esta ocasion para marchar al ejército, con los cuales partiria de aquella ciudad el dia siguiente, resuelto á esperar en la última poblacion de Tlascala el convoy de los Españoles que habia de salir al camino; porque no se atreveria sin mayores fuerzas á intentar el tránsito peligroso de la tierra mejicana. Eran aquellos bergantines la única prevencion que faltaba para estrechar el sitio de Méjico, y Hernan Cortés celebró esta noticia con tal demostracion, que la hizo plausible á todo el ejército. Encargó luégo el convoy á Gonzalo de Sandoval con doscientos Españoles,

quince caballos y algunas compañías de Tlascaltecas, para que unidos con el socorro de la república, pudiesen resistir á cualquiera invasion de los Mejicanos.

Antonio de Herrera dice que salieron de Tlascala con el maderámen de los bergantines ciento y ochenta mil hombres de guerra: número que de muy inverosímil se pudiera buscar entre las erratas de la impresion. Quince mil dice Bernal Diaz del Castillo: mas fácil es de creer, sobre los que asistian al ejército. Encargó la república el gobierno de esta gente á uno de los señores ó caciques de los barrios, que se llamaba Chechimecal, mozo de veinte y tres años; pero de tan elevado espíritu, que se tenía por uno de los primeros capitanes de su nacion. Salió Martin Lopez, de Tlascala, con ánimo de aguardar el socorro de los Españoles en Gualipar, poblacion poco distante de los confines mejicanos. Disonó mucho á Chechimecal esta detencion, persuadido á que bastaba su valor y el de su gente para defender aquella conducta de todo el poder mejicano; pero últimamente se redujo á observar las órdenes de Cortés, ponderando como hazaña la obediencia. Dispuso Martin Lopez la marcha, empezando á llevar cuidadosa y ordenada la gente desde que salió de la ciudad. Iban delante los arcos y las hondas, con algunas lanzas de guarnicion, en cuyo seguimiento marchaban los tamenes y el bagage, y despues el resto de la gente cubriendo la retaguardia: con que llegó el caso de verse puesta en ejecucion la rara novedad de conducir bajeles por tierra; los cuales, si nos fuera lícito incurrir en alguna de las metáforas que tal vez se hallan en la historia, se pudiera decir que iban como empezando á navegar sobre hombros humanos, entre aquellas ondas que al parecer se formaban de los peñascos y eminencias del camino: admirable invencion de Cortés, que se vió entónces practicada, y al referirse como sucedió, parece soñada la verdad, ó que toman los ojos el oficio de la fantasía.

Caminaba entretanto Gonzalo de Sandoval la vuelta de Tlascala, y se detuvo un dia en Zulepeque, lugar poco distante del camino, que andaba fuera de la obediencia, sobre ser el mismo donde sucedió la muerte insidiosa de

aquellos pobres españoles de la Vera-Cruz que pasaban á Méjico. Llevaba órden para castigar ó reducir de paso esta poblacion; pero apénas volvió el ejército la frente para torcer la marcha, cuando los vecimos desampararon el lugar huyendo á los montes. Envió Gonzalo de Sandoval tres ó cuatro compañías de Tlascaltecas, con algunos españoles en alcance de los fugitivos, y entrando en el pueblo, creció su irritacion y su impaciencia con algunas señas lastimosas de la pasada iniquidad. Hallóse un rótulo escrito en la pared con letras de carbon que decia : « en » esta casa estuvo preso el sin ventura Juan Yuste con otros muchos de su compañía. » Y se vieron poco despues en el adoratorio mayor las cabezas de los mismos españoles maceradas al fuego para defenderlas de la corrupcion : pavoroso espectáculo que conservando los horrores de la muerte, daba nueva fealdad á los horribles simulacros del demonio. Excitó entónces la piedad los espíritus de la ira; y Gonzalo de Sandoval resolvió salir con toda su gente á castigar aquella execrable atrocidad con el último rigor; pero apénas se dispuso á ejecutarlo, cuando volvieron las compañías que avanzaron de su órden, con grande número de prisioneros, hombres, mujeres y niños, dejando muertos en el monte á cuantos quisieron escapar ó tardaron en rendirse. Venian maniatados y temerosos, significando con lágrimas y alaridos su arrepentimiento. Arrojáronse todos á los piés de los Españoles, y tardaron poco en merecer su compasion. Hízose rogar de los suyos Gonzalo de Sandoval para encarecer el perdon; y últimamente los mandó desatar, y los dejó en la obediencia del rey, á que se obligaron con el cacique los más principales por toda la poblacion, como lo cumplieron despues, hiciéselo el temor ó el agradecimiento.

Mandó luégo recoger aquellos despojos miserables de los Españoles muertos para darles sepultura, y pasó adelante con su ejército, llegando á los términos de Tlascala, sin accidente de consideracion. Salieron á recibirle Martin Lopez, y Chechimecal con sus Tlascaltecas puestos en escuadron. Saludáronse los dos ejércitos, primero con el regocijo de la salva y de las voces, y despues con los bra-

zos y cortesías particulares. Diéronse al descanso de los recien venidos las horas que parecieron necesarias, y cuando llegó el tiempo de caminar, dispuso la marcha Gonzalo de Sandoval, dando á los Españoles y Tlascaltecas de su cargo la vanguardia, y el cuerpo del ejército á los tamenes con alguna guarnicion por los costados, dejando á Chechimecal con la gente de su cargo en la retaguardia. Pero él se agravió de no ir en el puesto más avanzado, con tanta destemplanza que se temió su retirada, y fué necesario que pasase Gonzalo de Sandoval á sosegarle. Quiso darle á entender que aquel lugar que le habia señalado era el mejor del ejército, por ser el más aventurado, respecto de lo que se debia recelar, que los Mejicanos acometiesen por las espaldas; pero él no se dió por convencido, ántes le respondió, que así como en el asalto de Méjico habia de ser el primero que pusiese los piés dentro de sus muros, queria ir siempre delante para dar ejemplo á los demas; y se halló Sandoval obligado á quedarse con él para dar estimacion á la retaguardia : notable punto de vanidad, y uno de aquéllos que suelen producir graves inconvenientes en los ejércitos; porque la primera obligacion del soldado es la obediencia : y bien entendido, el valor tiene sus límites razonables, que inducen siempre á dejarse hallar de la ocasion, pero nunca obligan á pretender el peligro.

Marchó el ejército en su primera ordenanza por la tierra enemiga ; y aunque los Mejicanos se dejaron ver algunas veces en las eminencias distantes, no se atrevieron á intentar faccion, ó tuvieron por bastante hazaña el ofender con las voces.

Hízose alto poco ántes de llegar á Tezcuco por complacer á Chechimecal, que pidió algun tiempo á Gonzalo de Sandoval para componerse y adornarse de plumas y joyas; y ordénó lo mismo á sus cabos, diciendo que aquel acto de acercarse á la ocasion, se debia tratar como fiesta entre los soldados : exterioridad ó hazañería propia de aquel orgullo y de aquellos años. Esperó Hernan Cortés fuera de la ciudad con el rey de Tezcuco y todos sus capitanes, este socorro tan deseado; y despues de cumplir con los

primeros agasajos, y dar algun tiempo á las aclamaciones de los soldados, se hizo la entrada con toda solemnidad, marchando en hileras los tamenes como los soldados. Ibanse acomodando la tablazon, el herraje y demás géneros, con distincion, en un grande astillero que se habia prevenido cerca de los canales.

Alegróse todo el ejército de ver puesta en salvamento aquella prevencion, tan necesaria para tomar de véras la empresa de Méjico, que igualmente se deseaba: y Hernan Cortés volvió su corazon al cielo, que premiaba su piedad y su intencion con esperanzas ó poco ménos que certidumbre de la victoria.

Trató luégo Martin Lopez de la segunda formacion de los bergantines, y se le dieron nuevos oficiales para las fraguas, ligazon de las maderas y demas oficios de la marinería. Pero reconociendo Hernan Cortés, que segun el informe de los maestros, serian menester más de veinte dias para que pudiesen estar de servicio estas embarcaciones, tomó resolucion de gastar aquel tiempo en reconocer personalmente las poblaciones de la ribera, observando los puestos que debia ocupar para impedir los socorros de Méjico, y hacer de paso el daño que pudiese á los enemigos. Comunicólo á sus capitanes; y pareciendo á todos digna de su cuidado esta diligencia, se dispuso á ejecutarla, encargando á Gonzalo de Sandoval el gobierno de Tezcuco, y particularmente la obra de los bergantines. Hallábale siempre su eleccion á propósito para todo, y en lo mucho que le ocupaba se conoce la estimacion que hacía de su valor y capacidad.

Pero al tiempo que discurria en nombrar los capitanes y en señalar la gente que le habia de seguir en esta jornada, le pidió audiencia Chechimecal, y sin haber sabido que se trataba de salir en campaña, le propuso: « que los » hombres como él, nacidos para la guerra, se hallaban » mal en el ocio de los cuarteles, particularmente cuando » se habian pasado cinco dias sin ocasion de sacar la es» pada; y que su gente venía de refresco, y deseaba de» jarse ver de los enemigos; á cuya instancia y la de su » propio ardimiento, le suplicaba encarecidamente, que

» le señalase luégo alguna faccion en que pudiese mani-
» festar sus brios y entretenerse con los Mejicanos, mién-
» tras llegaba el caso de acabar con ellos en el asalto de
» su ciudad. » Pensaba Hernan Cortés llevarle consigo, pero no le agradó aquella jactancia intempestiva; y poco satisfecho de los reparos que hizo en el camino, cuya noticia le dió Sandoval, le respondió con algun género de
» ironía : « que no solamente le tenía prevenida faccion
» de importancia, en que pudiese dar algun alivio á su
» bizarría, pero estaba en ánimo de acompañarle para ser
» testigo de sus hazañas. »

CAPÍTULO XV

Marcha Hernan Cortés á Yaltocan [1], donde halla resistencia; y vencida esta dificultad, pasa con su ejército á Tácuba; y despues de romper á los Mejicanos en diferentes combates, resuelve y ejecuta su retirada.

Pareció conveniente dar principio á esta jornada por Yaltocan, lugar situado á cinco leguas de Tezcuco, en una de las lagunas menores que desaguaban en el lago mayor. Era importante castigar á sus moradores, porque habiéndoles ofrecido la paz, llamándolos á la obediencia pocos dias ántes, respondieron con grande desacato hiriendo y maltratando á los mensajeros : escarmiento en que iba considerada la consecuencia para las demás poblaciones de la ribera. Partió Hernan Cortes á esta espedicion, despues de oir misa con todos los Españoles, dando su particular instruccion á Gonzalo de Sandoval, y sus amigables advertencias al rey de Tezcuco, á Xicotencal y á los demas cabos de las naciones que dejaba en la ciudad. Llevó consigo á los capitanes Pedro de Alvarado y Cristóval de Olid con doscíentos y cincuenta Fspañoles y veinte caballos : una compañía que se formó lucida y numerosa de los nobles de Tezcuco: y á Chechimecal con

1. Xaltocam.

sus quince mil Tlascaltecas, á que se agregaron otros cinco mil de los que gobernaba Xicotencal; y habiendo caminado poco más de cuatro leguas, se descubrió un ejército de Mejicanos, puesto en batalla, y dividido en grandes escuadrones, con resolucion al parecer de intentar en campaña la defensa del lugar amenazado. Pero á la primera carga de las bocas de fuego y ballestas, á que sucedió el choque de los caballos, se consiguió su desórden, y se dió lugar para que cerrando el ejército, fuesen rotos y deshechos los enemigos con tanta brevedad, que apénas se pudo conocer su resistencia. Escaparon los más á la montaña, otros á la laguna, y algunos al mismo pueblo de Yaltocan, dejando considerable número de muertos y heridos en la campaña, con algunos prisioneros que se remitieron luégo á Tezcuco.

Reservóse para otro dia el asalto de aquel pueblo, y marchó el ejército á ocupar unas caserías cercanas, donde se pasó la noche sin novedad; y á la mañana se halló mayor que se creia la dificultad de la empresa. Estaba este lugar dentro de la misma laguna, y se comunicaba con la tierra por una calzada ó puente de piedra, quedando el agua por aquella parte fácil para el esguazo; pero los Mejicanos que asistian á la defensa de aquel puesto, rompieron la calzada, y profundando la tierra para dar corriente á las aguas, formaron un foso tan caudaloso, que vino á quedar el paso poco ménos que imposible, ó posible sólo á los nadadores. Avanzaba Hernan Cortés con ánimo de llevarse aquella poblacion del primer abordo; y cuando tropezó con este nuevo embarazo, quedó por un rato entre confuso y pesaroso; pero las írrisiones con que celebraban los enemigos su seguridad, le redujeron á que no era posible dejar el empeño sin desaire conocido.

Trataba ya de facilitar el paso con tierra y fagina, cuando uno de los indios que vinieron de Tezcuco le dijo, que poco más adelante habia una eminencia, donde apénas alcanzaria el agua del foso á cubrir la superficie de la tierra. Mandóle que guiase, y movió su gente hasta el paraje señalado. Hízose luégo la experiencia, y se halló más agua que suponia el aviso; pero no tanta que pudiese

impedir el esguazo. Cometió esta faccion á dos compañías de hasta cincuenta ó sesenta Españoles, con el número de indios amigos que pareció necesario segun la oposicion que se habia descubierto, y se quedó á la lengua del agua con el ejército puesto en batalla, para ir enviando los socorros que le pidiesen, y asegurar la campaña contra las invasiones de los Mejicanos.

Reconocieron los enemigos que se iba penetrando el camino que habian procurado encubrir; y se acercaron á defender el paso con el repetido manejo de los arcos y las hondas, hiriendo algunos y dando que hacer y que resistir á los que peleaban dentro del agua, que por algunas partes pasaba de la cintura. Habia cerca del pueblo un llano de bastante capacidad que dejó descubierto la inundacion; y apénas salieron á tierra los bocas de fuego que iban delante, cuando se retiraron los enemigos al lugar; y en el breve tiempo que tardó en afirmar los piés el resto de la gente, le desampararon, arrojándose al lago en sus canoas tan apresuradamente, que se consiguió la entrada sin género de resistencia. Fué corto el pillage, aunque se permitió como parte del castigo, porque sólo se halló en las casas lo que no pudieron retirar; pero todavía se transportaron al ejército algunas cargas de maiz y de sal, cantidad de mantas y algunas joyuelas de oro, que no merecieron la memoria, ó merecerian el desprecio de sus dueños. No llevaban los capitanes órden para ocupar el pueblo, sino para castigar á sus moradores; y así esperando lo que pareció bastante para mantener la faccion, repasaron el foso por el mismo paraje, dejando entregados al fuego los adoratorios, con algunos edificios de los más principales: resolucion que aprobó Hernan Cortés, suponiendo que las llamas de aquel pueblo servirian al temor de los fugitivos, y alumbrarian de su peligro á los demás lugares.

Prosiguióse la marcha, y aquella noche se alojó el ejército cerca de Colbatitlan, villa considerable que se halló el dia siguiente despoblada, en cuyo término se dejaron ver los Mejicanos; pero en parte que no trataban de ofender, ni podian ser ofendidos. Sucedió lo mismo en

Tenayuca, y despues en Escapuzalco, lugares de la ribera y de gran poblacion, que se hallaron tambien desamparados. En ambos se hizo noche, y Hernan Cortés iba tanteando las distancias, y tomando las medidas para su empresa, sin permitir que se hiciese daño en los edificios, para dar á entender, que sólo era riguroso donde hallaba oposicion. Distaba de allí poco más de media legua la ciudad de Tácuba, émula de Tezcuco en la grandeza y en la vecindad, situada en los extremos de la calzada principal, donde padecieron tanto los Españoles; y puesto de mucha consideracion, por ser el más vecino á Méjico entre los lugares de la laguna, y llave del camino que necesariamente se habia de penetrar para el sitio de aquella corte. Pero no se iba entónces con ánimo de ocuparla, por quedar algo distanta para recibir los socorros de Tezcuco, sino á reconocerla y considerar desde más cerca lo que se debia prevenir ó recelar, castigando en el cacique la ofensa pasada, cuyo escarmiento sería tambien de consecuencia para quebrantar su osadía, y facilitar despues la sujecion de aquella ciudad.

Fuese acercando el ejército prevenido con las órdenes para empresa de mayor dificultad; y poco ántes de llegar se descubrió en la campaña un grueso de innumerables tropas, compuesto de los Mejicanos que andaban observando la marcha, y de los que asistian á la guarnicion de la misma ciudad: los cuales no cabiendo en ella, querian reducir á una batalla la defensa de sus muros. Adelantáronse los enemigos, moviéndose á un tiempo sus escuadrones, y acometieron con tanta ferocidad y tantos alaridos, que pudieran ocasionar algun cuidado, si no estuviera ya tan conocida la falencia de sus primeros ímpetus; pero tropezando en la carga de los arcabuces, que siempre los espantaban más que los ofendian, y despues en el segundo terror de los caballos, se descompusieron con facilidad, dando lugar al resto del ejército para que rota la vanguardia penetrase á lo interior de la multitud, obligándolos á resistir como podian, desunidos y turbados, cuya obstinacion dilató considerable tiempo la victoria; pero últimamente volvieron por todas partes las

espaldas, retirándose los más á la misma ciudad; y otros por diferentes sendas á buscar sin eleccion la distancia del peligro.

Quedó libre la campaña, y se gastó lo que restaba del dia en elegir puesto con algunas ventajas donde pasar la noche; pero al declararse la mañana se dejó ver el ejército enemigo en el mismo paraje, con ánimo de volver á las armas para enmendar el desaire padecido; y Hernan Cortés, dando las mismas órdenes, y siguiendo la misma direccion de la tarde antecedente, los volvió á romper con mayor facilidad, porque los halló con la fuga en la imaginacion, y con el escarmiento en la memoria.

Encerrólos á cuchílladas en la ciudad, y entrando en su alcance con los Españoles, y alguna parte de los indios amigos, se mantuvo peleando en lo interior de la ciudad, hasta que acercándose la noche retiró su gente al mismo paraje donde tuvo ántes su alojamiento; concediendo á los soldados que llevó consigo, el saco de las casas que se habian ocupado, y dejándolas entregadas al fuego, parte por mostrar en algo su indignacion, y parte por ocupar al enemigo, y ejecutar su retirada sin oposicion.

Cinco dias se detuvo Hernan Cortés á vista de Tácuba, manteniendo aquel puesto donde le buscaba el enemigo todos los dias, volviendo siempre rechazado á la ciudad. Era el intento de Cortés ir gastando en estas salidas la guarnicion de la plaza; y conociendo ya en su flojedad la falta de gente, llegó el caso de mover el ejército para el asalto. Pero al tomar los puestos y repartir las órdenes para los ataques, se reconoció que venía marchando por la calzada un grueso considerable de Mejicanos: y siendo necesario romper este socorro para volver á la empressa de Tácuba, resolvió Hernan Cortés aguardarle algo distante de la misma calzada, para cerrar con ellos cuando acabasen de salir á tierra y hacerles mayor daño en el camino estrecho de la fuga. Pero aquellos Mejicanos traian órden, y dicen que fué arbitrio de su mismo emperador Guatimozin, para echar delante alguna gente, que dejándose cargar cebase á los Españoles en el alcance, y les procurase introducir en la calzada; lo cual ejecutaron

con notable destreza, saliendo algunos perezosamente á la tierra, y doblándose con tanta negligencia, que se persuadió Hernan Cortés á que nacia del temor lo que afectaba la industria. Dejó parte de su ejército para que le guardase las espaldas contra la gente de Tácuba, y marchó á la calzada suponiendo que podria fácilmente desembarazarse de aquellos enemigos para volver sobre la ciudad. Pero los que habian salido á tierra sin aguardar la carga, huyeron á incorporarse con los demás, y todos se fueron retirando, al parecer temerosos, y cediendo poco á poco la calzada para que la ocupasen los Españoles. Siguiólos Hernan Cortés, dejándose llevar de las apariencias favorables, no sin alguna falta de consideracion, porque no estaba léjos el suceso de Iztacpalapa, ni podia ignorar que aquellos indios tenian sus fugas artificiosas, con que solian llamar á sus celadas; pero la repeticion de sus victorias, peligro algunas veces de los vencedores, no le dejó distinguir entónces aquellas circunstancias, en que suelen diferenciarse los medios fingidos y los verdaderos.

Reparáronse los enemigos, y empezaron á pelear cuando tuvieron á Cortés y á los que le seguian dentro de la calzada; y entretanto que los procuraban divertir con su resistencia, salieron de Méjico innumerables canoas que ciñeron por ambas partes la calzada, con que se hallaron brevemente los Españoles combatidos por la vanguardia y por los dos costados; y conociendo aunque tarde su inadvertencia, fué necesario que se retirasen, deteniendo á los que peleaban en lo estrecho, y haciendo frente á las canoas de una y otra banda. Traian los enemigos unas picas de grande alcance, y en algunas de ellas formada la punta de las espadas españolas, que adquirieron la noche de la primera retirada. Hubo muchos heridos entre los nuestros, y estuvo cerca de perderse una bandera, porque al tiempo que duraba más encendido el combate, cayó en el lago de un bote de pica el alférez Juan Volante, y abatiéndose á la presa los indios que se hallaron más cerca, le recogieron en una de las canoas, para llevarle de presente á su rey. Dejóse conducir fingiéndose rendido; y al verse algo distante de las otras embarcíones, cobró sus ar-

mas, y desembarazándose de los que le guardaban, con muerte de algunos, se arrojó al agua, y escapó á nado con su bandera con igual dicha que valor.

Hernan Cortés anduvo en los mayores peligros con la espada en la mano, y sacó á tierra su gente con poca pérdida, dejando bastantemente vengado el ardid con que le llamaron á la calzada, porque murieron en ella y en el lago tantos enemigos, que se pudo tener á faccion deliberada el engaño padecido. Pero hallándose ya en conocimiento de que sería temeridad volver al empeño de Tácuba con aquella nueva oposicion de los Mejicanos, que todavía se conservaban á la vista, trató de retirarse á Tezcuco, y con parecer de sus capitanes lo puso luégo en ejecucion, sin que los enemigos se atreviesen á salir de la calzada, ni á desamparar sus canoas, hasta que la distancia del ejército los animó á seguir desde léjos, contentándose con dar al viento grandes alaridos; á cuya inútil fatiga se redujo toda su venganza. Importó mucho esta salida, tanto por el daño que se hizo á los Mejicanos, como por las noticias que se adquirieron de aquel paraje que despues se habia de ocupar. Y por más que la procure deslucir nuestro historiador, fué de tanta conseecuncia para el intento principal, que apénas llegó Hernan Cortés á Tezcuco vinieron rendidos á dar la obediencia y ofrecer sus tropas militares, los caciques de Tucapan, Mascalzingo, Autlan[1]. y otros pueblos de la ribera septentrional: bastante seña de que se volvió con reputacion: ganancia de grande utilidad en la guerra, que suele conseguir sin las manos lo que se concediera dificultosamente á las fuerzas.

1. Pueden ser *Tizapant, Mexicalzingo y Naucalpan.*

CAPÍTULO XVI

Viene á Tezcuco nuevo socorro de Españoles : sale Gonzalo de Sandoval al socorro de Chalco; rompe dos veces á los Mejicanos en campaña, y gana por fuerza de armas á Guastepeque [1] y á Capistlan [2].

La prosperidad de tantos sucesos repetidos era una señal casi evidente de que corria por cuenta del cielo esta conquista; pero algunos que se lograron sin humana diligencia, no parece posible que viniesen de otra mano, tan medidos con la necesidad y tan fuera de la esperanza. Llegó por este tiempo á la Vera-Cruz un navío de más que mediano porte que venía dirigido á Hernan Cortés, y en él Julian de Alderete, natural de Tordesillas, con el cargo de tesorero por el rey : fray Pedro Melgarejo de Urrea, religioso de la órden de San Francisco, natural de Sevilla : Antonio de Carvajal : Géronimo Ruiz de la Mota : Alonso Diaz de la Reguera y otros soldados, gente de cuenta, con un socorro muy considerable de armas y pertrechos. Pasaron luégo á Tlascala con las municiones sobre hombros de indios zempoales, y allí se les dió convoy que los encaminase á Tezcuco, donde se recibió á un tiempo el socorro y la noticia de su arribada.

Bernal Diaz del Castillo dice, que vino de Castilla este bajel; y Antonio de Herrera, que hace mencion de él, no dice quién lo remitió, quizá por huir la incertidumbre con la omision. Parece impracticable que viniese de Castilla, encaminado á Cortés, sin traer cartas de su padre y de sus procuradores, particularmente cuando podian avisarle de los buenos efectos que iban produciendo sus diligencias; cuya noticia, segun estos autores, recibió mucho despues. Con ménos repugnancia nos inclinamos á creer que vino de la isla de Santo Domingo; á cuyos gobernadores, como se dijo en su lugar, se dió noticia del empeño en que se

1. *Huastepec.*
2. Tal vez *Guautithlan.*

hallaba Cortés; y no es argumento de que se induce lo contrário, el venir tesorero del rey : pues era de su jurisdiccion el nombrar personas que recogiesen los quintos de su majestad, y tenian á su cargo todas las dependencias de aquellas conquistas. Como quiera que sucediese no pudo el socorro llegar á mejor tiempo, ni Hernan Cortés dejó de acertar con el orígen de aquellas asistencias, atribuyendo á Dios, no solamente la felicidad con que se aumentaban sus fuerzas, sino el mismo vigor de su ánimo, y aquella maravillosa constancia, que no siendo impropia en su valor natural, la estrañaba como efecto de influencia superior.

Llegaron á esta sazon unos mensajeros en diligencia, despachados á Cortés por los caciques de Chalco y Tamanalco, pidiéndole socorro contra un ejército del enemigo, que se quedaba previniendo en Méjico para sujetar los lugares de su distrito, que se conservaban en la devocion de los Españoles. Tenía Guatimozin ingenio militar, y como se ha visto en otras acciones suyas, notable aplicacion á las artes de la guerra. Desvelábase continuamente su cuidado en los medios por donde podria conseguir la victoria de sus enemigos; y habia discurrido en ocupar aquella frontera, para cerrar la comunicacion de Tlascala, y cortar los socorros de la Vera-Cruz : punto de tanta consecuencia, que puso á Hernan Cortés en obligacion precisa de socorrer aquellos aliados, sobre cuya fé se mantenia libre de Mejicanos el paso de que más necesitaba. Despachó luégo con este socorro á Gonzalo de Sandoval con trescientos Españoles, veinte caballos, y algunas compañías de Tlascala y Tezcuco, en el número que pareció suficiente, respecto de hallarse aquellas provincias con las armas en las manos.

Ejecutóse la salida sin dilacion, y la marcha con particular diligencia, con que llegó á tiempo el socorro ; y los caciques amenazados tenian prevenida su gente, que incorporada con la que llevó Sandoval, formaba un grueso muy considerable. Hallábase cerca el enemigo que se alojó la noche ántes en Guastepeque, y se tomó resolucion de salir á buscarle primero que llegase á penetrar los términos de Chalco. Pero los Mejicanos con bastante satisfac-

cion de sus fuerzas, y con noticia de que habian llegado Españoles en defensa de los Chalqueses, ocuparon anticipadamente unas barrancas ó quiebras del camino para esperar en paraje donde no los pudiesen ofender los caballos. Reconocióse la dificultad al tiempo casi de acometer, y fué necesaria toda la resolucion de Gonzalo de Sandoval y todo el valor de su gente para desalojarlos de aquellos pasos dificultosos : faccion que se consiguió á fuerza de brazos, y no sin alguna pérdida, porque murió peleando valerosamente un soldado español que se llamaba Juan Dominguez, sujeto que merecia la estimacion del ejército por su particular aplicacion al manejo y enseñanza de los caballos. Perdieron gente los Mejicanos en esta disputa; pero quedaron con bastante pujanza para volverse á formar en lo llano; y Gonzalo de Sandoval, vencido con poca detencion el impedimiento del camino, volvió á cerrar con ellos tan ejecutivamente, que los tuvo rotos y deshechos ántes que acabasen de rehacerse. Peleó un rato la vanguardia del enemigo con desesperacion; y pudiera llamarse batalla este combate si durare un poco más su resistencia; pero se desvaneció brevemente aquella multitud desconcertada, perdiendo en el alcanze, que se mandó seguir con toda ejecucion, la mayor parte de sus tropas. Quedó Gonzalo de Sandoval señor de la campaña, y eligió puesto donde hacer alto para dar algun tiempo al descanso del ejército, con ánimo de pasar ántes de la noche á Guastepeque, donde se habia retirado la mayor parte de los fugitivos.

Pero apénas se pudieron lograr la quietud y el refresco de la gente de que ya necesitaba para restaurar las fuerzas, cuando los batidores que se habian adelantado á reconocer las avenidas, volvieron tocando arma tan vivamente, que fué necesario apresurar la formacion del ejército. Venía marchando en batalla un grueso de hasta catorce ó quince mil Mejicanos, y tan cerca que tardaron poco en dejarse percibir sus timbales y bocinas. Tuviéronse por tropas que venian de socorro á los que salieron delante, porque no era posible que se hubiesen ordenado con tanta brevedad los que se acabaron de romper; ni

cabia el venir tan orgullosos con el escarmiento á las espaldas. Pero los Españoles se adelantaron á recibirlos, y dieron su carga tan á tiempo, que desconcertadas las primeras tropas pudieron cerrar sin riesgo los caballos y acometer los demás como solian, ejecutando à los enemigos con tanto rigor, que se hallaron brevemente reducidos á volver las espaldas recogiéndose de tropel á Guastepeque, donde se daban por seguros. Pero avanzando al mismo tiempo los Españoles, siguieron y ensangrentaron el alcance con tanta resolucion, que cebados en él se hallaron dentro de la poblacion, cuya entrada mantuvieron, hasta que llegando el ejército se repartió la gente por las calles, y se ganó á cuchilladas el lugar echando á los enemigos por la parte contrapuesta. Murieron muchos porque fué porfiada su resistencia, y salieron tan atemorizados que se halló á brevé rato despejada toda la tierra del contorno.

Era tan capaz este pueblo, que resolviendo Gonzalo de Sandoval pasar en él la noche, tuvieron cubierto los Españoles y mucha parte de los aliados: hízose más festiva la victoria con la permision del pillaje, concedida solamente para las cosas de precio que no fuesen carga ni embarazasen el manejo de las armas. Llegó poco despues el cacique y algunos de los vecinos más principales que dieron la obediencia, disculpándose con la opresion de los Mejicanos, y trayendo en abono de su intencion la misma sinceridad con que venian á entregarse desarmados y rendidos. Hallaron agasajo y seguridad en los Españoles; y poco despues de amanecer, reconocida la campaña, que se halló sin rumor de guerra por todas partes, estuvo resuelta por Sandoval, con acuerdo de sus capitanes, la retirada. Pero los Chalqueses, que tenian más adelantada la diligencia de sus espías, recibieron aviso de que se iban juntando en Capistlan todos los Mejicanos de las rotas antecedentes, y le protestaron que sería el retirarse lo mismo que dejar pendiente su peligro. Sobre cuya noticia pareció conveniente deshacer esta junta de fugitivos ántes que se rehiciesen con nuevas tropas.

Distaba Capistlan dos leguas de Guastepeque hácia la

parte de Méjico, y era lugar fuerte por naturaleza, fundado en lo más eminente de una sierra difícil de penetrar, con un rio de la otra banda que, bajando rápidamente de los montes vecinos, bañaba los mayores precipicios de la misma eminencia. Hallóse, cuando llegó el ejército, puesto en defensa; porque los Mejicanos que lo habian ocupado tenian coronada la cumbre ;y celebrando con los gritos la seguridad en que se consideraban, dispararon algunas flechas, ménos para herir que para irritar. Iba resuelto Gonzalo de Sandoval á echarlos de aquel puesto, para dejar sin recelo de nueva invasion á las provincias de la vecindad; y viendo que sólo se descubrian otros caminos igualmente dificultosos para el ataque, ordenó á los de Chalco y Tlascala que pasasen á la vanguardia y empezasen á subir la cuesta como gente mas habituada en semejantes asperezas. Pero no le obedecieron con la prontitud que solian, confesando, con lo mal que se disponian, que recelaban la dificultad como superior á sus fuerzas, tanto que Gonzalo de Sandoval, no sin alguna impaciencia de su detencion, se arrojó al peligro con sus Españoles, cuya resolucion dió tanto aliento á los Tlascaltecas y Chalqueses que, conociendo á vista del ejemplo la disonancia de su temor, cerraron por lo más agrio de la cuesta, subiendo mejor que los Españoles y peleando como ellos. Era tan pendiente por algunas partes el camino, que no se podian servir de las manos sin peligro de los pies; y las piedras que dejaban caer de lo alto herian más que los dardos y las flechas, pero las bocas de fuego y las ballestas iban haciendo lugar á las picas y á las espadas; y durando en los agresores el valor á despecho de la oposicion y del cansancio, llegaron á la cumbre casi al mismo tiempo que los enemigos se acabaron de retraer á la poblacion, tan descaecidos que apénas se dispusieron á defenderla, ó la defendieron con tanta flojedad, que fueron cargados hasta los precipicios de la sierra, donde murieron pasados á cuchillo todos los que no se despeñaron; y fué tanto el estrago de los enemigos en esta ocasion, que segun lo hallamos referido afirmativamente, corrieron al rio por un rato arroyos de sangre mejicana tan abuudantes, que bajando sedientos los Es-

pañoles á buscar su corriente, fué necesario que aguardase la sed, ó se compusiesen con el horror del refrigerio.

Salió Gonzalo de Sandoval con dos golpes de piedra que llegaron á falsear la resistencia de las armas, y heridos considerablemente algunos Españoles: entre los cuales fueron de más nombre, ó merecieron ser nombrados Andrés de Tapia y Hernando de Osma. Las naciones amigas padecieron más, porque tuvo gran dificultad el asalto de la sierra, y entraron con mayor precipitacion en el peligro.

Pero hallándose ya Gonzalo de Sandoval con tres ó cuatro victorias conseguidas en tan breve tiempo, deshechos los Mejicanos que infestaban aquella tierra, y aseguradas las provincias que necesitaban de sus armas, se puso en marcha el dia siguiente la vuelta de Tezcuco, donde llegó por los mismos tránsitos sin contradiccion que le obligase á desnudar la espada.

Apénas se tuvo en Méjico noticia de su retirada, cuando aquel emperador envió nuevo ejército contra la provincia de Chalco; bastante seña de la resolucion con que deseaba ocupar el paso de Tlascala. Supieron los Chalqueses la nueva invasion de los Mejicanos en tiempo que no podian esperar otro socorro que el de sus armas; y juntando apresuradamente las tropas con que se hallaban y las que pudieron adquirir de su confederacion, salieron á campaña, mejorados en el sosiego del ánimo y en la disposicion de la gente. Buscáronse los dos ejércitos, y acometiéndose con igual resolucion, fué reñida y sangrienta la batalla; pero la ganaron con grandes ventajas los de Chalco, y aunque perdieron mucha gente hicieron mayor daño al enemigo, y quedó por ellos la campaña, cuya noticia tuvo grande aplauso en Tezcuco, y Hernan Cortés particular complacencia de que sus aliados supiesen obrar por sí entrando en presuncion de que bastaban para su defensa. Debióse principalmente á su valor el suceso, y obró mucho en él la mejor disciplina con que pelearon, siendo en aquellos ánimos de gran consecuencia el haberse hallado en otras victorias, perdido el miedo á la nacion dominante, y descubierto por los Españoles el secreto de que sabian huir los Mejicanos.

CAPÍTULO XVII

Hace nueva salida Hernan Cortés para reconocer la laguna por la parte de Suchimilco; y en el camino tiene dos combates peligrosos con los enemigos que halló fortificados en las sierras de Guastepeque.

Quisiera Hernan Cortés que Gonzalo de Sandoval no se hubiera retirado sin penetrar por la parte de Suchimilco á la laguna, que distaba pocas leguas de Guastepeque; porque importaba mucho reconocer aquella ciudad, respecto de haber en ella una calzada bastantemente capaz que se daba la mano con las principales de Méjico. Y como el estado en que se hallaban los bergantines daba lugar para que se hiciese una nueva salida, se tuvo por conveniente aprovechar aquel tiempo en adquirir esta noticia: resolucion en que se consideró tambien la conveniencia de cubrir el paso de Tlascala dando calor á los Chalqueses, que al parecer no estaban seguros de nuevas invasiones. Ejecutóse luégo esta jornada, y la tomó Hernan Cortés á su cargo, teniéndola por digna de su cuidado. Llevó consigo á Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado, Andrés de Tapia y Julian de Alderete con trescientos Españoles, á cuyo número se agregaron las tropas de Tezcuco y Tlascala que parecieron bastantes, con el presupuesto de que hallaban con las armas en las manos al cacique de Chalco y á las demás naciones amigas de aquel paraje.

Dejó el gobierno militar de la plaza de armas á Gonzalo de Sandoval, y el político al cacique don Hernando, en quien duraban sin menoscabo el afecto y la dependencia; y aunque le llamaban siempre su edad y su espíritu á más briosa ocupacion, tenía entendimiento para conocer que merecia más obedeciendo.

Eran los cinco de abril de mil quinientos veinte y uno cuando salió Hernan Cortés de Tezcuco, y hallando el camino sin rumor de Mejicanos, marchó en tanta diligencia que se alojó en Chalco la noche siguiente. Halló juntos y sobresaltados en aquella ciudad á los caciques amigos,

porque no esperaban el socorro de los Españoles, y se habia descubierto á la parte de Suchimilco nuevo ejército de los Mejicanos que venian con mayores fuerzas á destruir y ocupar aquella tierra. Fueron las demostraciones de su contento iguales al conflicto en que se hallaban: arrojarse á los pies de los Españoles y volver los ojos al cielo, atribuyendo á su disposicion, como la entendian, aquella súbita mudanza de su fortuna. Pensaba Hernan Cortés servirse de sus armas, y dejándolos en la inteligencia de que venía solo á socorrerlos, hizo lo que pudo para que se cobrasen del temor que habian concebido; y pasó despues á empeñarlos en la presuncion de valientes con los aplausos de su victoria.

Tenian estos caciques adelantadas sus centinelas, y dentro del país enemigo algunas espías, que pasando la palabra de unas á otras, daban por instantes las noticias del ejército enemigo; y por este medio se averiguó que los Mejicanos, con noticia ya de que iban Españoles al socorro de Chalco, habian hecho alto en las montañas del camino, dividiendo sus tropas en las guarniciones de unos lugares fuertes que ocupaban las cumbres de mayor aspereza. Podia mirar á dos fines esta detencion: ó tener su gente oculta y desunida en aquellas eminencias hasta que se retirase Cortés para lograr el golpe contra sus aliados, ó lo que parecia más probable, aguardar el ejercito donde militaban de su parte las ventajas del sitio; y en uno y otro caso pareció conveniente buscarlos en sus fortificaciones por no perder tiempo en el viaje de Suchimilco.

Marchó con esta resolucion el ejército aquella misma tarde á un lugar despoblado cerca de la montaña, donde se acabaron de juntar las milicias de Chalco y su contorno: gente numerosa y de buena calidad que dió cuerpo al ejército y aliento á las demas naciones, que se acercaban al paso estrecho algo imaginativas. Empezóse á penetrar la sierra con la primera luz de la mañana, entrando en una senda que se dejaba seguir con alguna dificultad entre dos cordilleras de montes que comunicaban al camino parte de su aspereza. Dejáronse ver en una y otra cumbre algunos Mejicanos que venian á provocar desde

léjos; y se prosiguió á paso lento la marcha, desfilada la gente segun el terreno, hasta desembocar en un llano de bastante capacidad, que se formaba en el desvío de las sierras para volverse á estrechar poco despues, donde se dobló el ejército lo mejor que pudo, por haberse descubierto en lo más eminente una gran fortaleza, cuyo paraje tenian ocupado los enemigos con tanto número de gente, que pudiera dar cuidado en puesto ménos ventajoso. Era su intento irritar á los Españoles para traerlos al asalto de aquellos precipicios, donde necesariamente habian de peligrar en su resistencia y en la resistencia del camino.

Hirieron dentro del ánimo á Cortés las voces con que se burlaban de su detencion; ó no pudo componerse con la paciencia de sus oidos para sufrir las injurias con que acusaban de cobardes á los Españoles, y dejándose llevar de la cólera que pocas veces aconseja lo mejor, acercó el ejército al pie de la sierra, y sin detenerse á elegir la senda ménos dificultosa, mandó que avanzasen al ataque dos compañías de arcabuces y ballestas á cargo del capitan Pedro de Barba, en cuya compañía subieron algunos soldados particulares que se ofrecieron á la faccion; y nuestro Bernal Diaz del Castillo que teniendo asentado el crédito de su valor, era contínuo pretendiente de las dificultades.

Retiráronse los Mejicanos cuando empezaron á subir los Españoles, fingiendo alguna turbacion para dejarlos empeñar en lo más agrio de la cuesta; y cuando llegó el caso volvieron á salir con mayores gritos, dejando caer de lo alto una lluvia espantosa de grandes piedras y peñascos enteros que barrian el camino, llevándose tras sí cuanto encontraban. Hizo gran daño esta primera carga; y fuera mayor si el alférez Cristóbal del Corral y Bernal Diaz del Castillo, que se habian adelantado á todos, recogiéndose al cóncavo de una peña, no avisaran á los demás que hiciesen alto y se apartasen de la senda, porque ya no era posible pasar adelante sin tropezar en mayores asperezas. Conoció al mismo tiempo Hernan Cortés que no era posible caminar por aquella parte al asalto; y no

sin temor de que hubiesen perecido todos, envió la órden para que se retirasen, como lo ejecutaron con el mismo riesgo. Quedaron muertos en esta faccion cuatro Españoles: bajó maltratado el capitan Pedro de Barba, y fueron muchos los heridos, cuya desgracia sintió Hernan Cortés en lo interior como inadvertencia suya: y para los otros como accidente de la guerra, escondiendo en las amenazas contra el enemigo la tibieza de sus disculpas.

Trató luégo de adelantarse con algunos de sus capitanes á buscar senda ménos dificultosa para subir á la cumbre: resolucion en que le tiraban con igual fuerza el deseo de vengar su pérdida y la conveniencia de no proseguir su viaje dejando aquellos enemigos á las espaldas. Pero no se puso en ejecucion esta diligencia porque se descubrió al mismo tiempo una emboscada que le puso más cerca la ocasion de venir á las manos. Bajaron los enemigos que andaban por la sierra de la otra banda, y ocupando un bosque poco distante del camino, esperaban la ocasion de acometer por la retaguardia cuando viesen el ejército más empeñado en lo pendiente de la cuesta, y tenian avisados á los de arriba para que saliesen al mismo tiempo á pelear con la vanguardia: notable advertencia en aquellos bárbaros, de que se conoce cuánto enseña la malicia y el odio con estos magisterios de la guerra.

Movió su ejército Hernan Cortés con apariencias de seguir su marcha, y dando el costado á la emboscada, volvió sobre los enemigos cuando á su parecer los tuvo asegurados; pero escaparon con tanta celeridad al favor de la maleza, que fué poco el daño que recibieron; y reconociéndose al mismo tiempo que algo más adelante salian huyendo al camino de Guastepeque, avanzó la caballería en su alcance y caminó algunos pasos la infantería: de cuyo movimiento resultó el conocerse que los Mejicanos de la cumbre habian abandonado su fortaleza y venian siguiendo la marcha por lo alto de la sierra; con que cesó el inconveniente que se habia considerado en dejarlos á las espaldas, y se prosiguió el camino sin más ofensa que la importunacion de las voces, hasta que se halló, cosa de legua y media más adelante, otra forta-

leza como la pasada, que tenian ya guarnecida los enemigos, habiéndose adelantado para ocuparla; y aunque sus gritos y amenazas irritaron bastantemente á Cortés, estaba cerca la noche y cerca el escarmiento para entrar en nuevas disputas sin mayor exámen.

Alojó su ejército cerca de un lugarcillo algo eminente que se halló despoblado y descubria las sierras del contorno, donde se padeció grande incomodidad porque faltó el agua, y era otro enemigo la sed bastante á sobresaltar las horas del sosiego. Remedióse por la mañana esta necesidad en unos manantiales que se hallaron á poca distancia; y Hernan Cortés ordenando que le siguiese puesto en órden el ejército, se adelantó á reconocer aquella fortaleza que ocupaban los Mejicanos, y la halló má inaccesible que la pasada, porque la subida era en forma de caracol descubierto á las ofensas de la cumbre; pero reparando en que á tiro de arcabuz se levantaba otra eminencia que tenian sin guarnicion, mandó á los capitanes Francisco Verdugo y Pedro de Barba y al tesorero Julian de Alderete, que subiesen á ocuparla con las bocas de fuego para embarazar las defensas de la otra cumbre: lo cual se puso luégo en ejecucion por camino encubierto á los enemigos, que á las primeras cargas se atemorizaron de ver la gente que perdian, y trataron sólo de retirarse apresuradamente á un lugar de considerable poblacion que se daba la mano con la misma fortaleza; cuya novedad se conoció abajo en la intermision de las voces: y al mismo tiempo que se daban las órdenes para el ataque, avisaron de la montaña vecina que los Mejicanos abandonaban su fortaleza y se iban desviando á lo interior de la tierra; con que se tuvo por ocioso reconocer aquel puesto que no se habia de conservar, ni era de consecuencia faltando el enemigo que le defendia.

Pero ántes de volver á la marcha se descubrieron en lo alto algunas mujeres que clamaron por la paz, tremolando y abatiendo unos paños blancos, y acompañando esta demostracion con otras señales de rendimiento que obligaron á que se hiciese llamada: en cuya respuesta bajó luégo el cacique de aquella poblacion, y dió la obediencia

no solamente por la fortaleza en que residia, sino por la otra que se dejaba en el camino, la cual era tambien de su jurisdiccion. Hizo su razonamiento con despejo de hombre que tenía de su parte la verdad, atribuyendo la resistencia de aquellos montes al predominio de los Mejicanos, y Hernan Cortés admitió sus disculpas, porque no era tiempo de apurar los escrúpulos de la razon. Sentía el cacique como disfavor que pasase por su distrito el ejército sin admitir el obsequio de sus vasallos; y por complacerle fué necesario que subiesen con él dos compañías de Españoles á tomar por el rey aquel género de posesion que se practicaba entónces.

Hecha con poca detencion esta diligencia, pasó el ejército á Guastepeque; lugar populoso que dejó pacificado Gonzalo de Sandoval; y se halló tan poblado y bastecido, como si estuviera en tiempo de paz, ó no hubiera padecido la opresion de los Mejicanos.

Salió el cacique al camino con los principales de su pueblo á convidar con su obediencia y con el alojamiento que tenía prevenido en su palacio para los Españoles, y dentro de la poblacion para los cabos de la gente confederada, ofreciendo asistir á los demás con los víveres que hubiesen menester, y de todo se desempeñó con igual providencia y liberalidad.

Era el palacio un edificio tan suntuoso que pudiera competir con los de Motezuma; y de tanta capacidad, que se alojaron dentro de él todos los Españoles con bastante desahogo. Por la mañana les llevó á ver una huerta que tenía para su divertimiento, nada inferior á la que se halló en Iztacpalapa, cuya grandeza y fertilidad mereció admiracion entónces, porque no esperaban tanto los ojos; y despues se halla referida entre las maravillas de aquel nuevo mundo. Corria su longitud más de media legua: y poco ménos su latitud, cuyo plano, igual por todas partes, llenaba con regular distribucion cuantos géneros de frutales y plantas produce aquella tierra, con varios estanques donde se recogian las aguas de los montes vecinos; y algunos espacios á manera de jardines que ocupaban las flores y yerbas medicinales puestas en diferentes cuadros

CAPÍTULO XVII

Hace nueva salida Hernan Cortés para reconocer la laguna por la parte de Suchimilco; y en el camino tiene dos combates peligrosos con los enemigos que halló fortificados en las sierras de Guastepeque.

Quisiera Hernan Cortés que Gonzalo de Sandoval no se hubiera retirado sin penetrar por la parte de Suchimilco á la laguna, que distaba pocas leguas de Guastepeque; porque importaba mucho reconocer aquella ciudad, respecto de haber en ella una calzada bastantemente capaz que se daba la mano con las principales de Méjico. Y como el estado en que se hallaban los bergantines daba lugar para que se hiciese una nueva salida, se tuvo por conveniente aprovechar aquel tiempo en adquirir esta noticia: resolucion en que se consideró tambien la conveniencia de cubrir el paso de Tlascala dando calor á los Chalqueses, que al parecer no estaban seguros de nuevas invasiones. Ejecutóse luégo esta jornada, y la tomó Hernan Cortés á su cargo, teniéndola por digna de su cuidado. Llevó consigo á Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado, Andrés de Tapia y Julian de Alderete con trescientos Españoles, á cuyo número se agregaron las tropas de Tezcuco y Tlascala que parecieron bastantes, con el presupuesto de que hallaban con las armas en las manos al cacique de Chalco y á las demás naciones amigas de aquel paraje.

Dejó el gobierno militar de la plaza de armas á Gonzalo de Sandoval, y el político al cacique don Hernando, en quien duraban sin menoscabo el afecto y la dependencia; y aunque le llamaban siempre su edad y su espíritu á más briosa ocupacion, tenía entendimiento para conocer que merecia más obedeciendo.

Eran los cinco de abril de mil quinientos veinte y uno cuando salió Hernan Cortés de Tezcuco, y hallando el camino sin rumor de Mejicanos, marchó en tanta diligencia que se alojó en Chalco la noche siguiente. Halló juntos y sobresaltados en aquella ciudad á los caciques amigos,

porque no esperaban el socorro de los Españoles, y se habia descubierto á la parte de Suchimilco nuevo ejército de los Mejicanos que venian con mayores fuerzas á destruir y ocupar aquella tierra. Fueron las demostraciones de su contento iguales al conflicto en que se hallaban: arrojarse á los pies de los Españoles y volver los ojos al cielo, atribuyendo á su disposicion, como la entendian, aquella súbita mudanza de su fortuna. Pensaba Hernan Cortés servirse de sus armas, y dejándolos en la inteligencia de que venía solo á socorrerlos, hizo lo que pudo para que se cobrasen del temor que habian concebido; y pasó despues á empeñarlos en la presuncion de valientes con los aplausos de su victoria.

Tenian estos caciques adelantadas sus centinelas, y dentro del país enemigo algunas espías, que pasando la palabra de unas á otras, daban por instantes las noticias del ejército enemigo; y por este medio se averiguó que los Mejicanos, con noticia ya de que iban Españoles al socorro de Chalco, habian hecho alto en las montañas del camino, dividiendo sus tropas en las guarniciones de unos lugares fuertes que ocupaban las cumbres de mayor aspereza. Podia mirar á dos fines esta detencion: ó tener su gente oculta y desunida en aquellas eminencias hasta que se retirase Cortés para lograr el golpe contra sus aliados, ó lo que parecia más probable, aguardar el ejercito donde militaban de su parte las ventajas del sitio; y en uno y otro caso pareció conveniente buscarlos en sus fortificaciones por no perder tiempo en el viaje de Suchimilco.

Marchó con esta resolucion el ejército aquella misma tarde á un lugar despoblado cerca de la montaña, donde se acabaron de juntar las milicias de Chalco y su contorno: gente numerosa y de buena calidad que dió cuerpo al ejército y aliento á las demas naciones, que se acercaban al paso estrecho algo imaginativas. Empezóse á penetrar la sierra con la primera luz de la mañana, entrando en una senda que se dejaba seguir con alguna dificultad entre dos cordilleras de montes que comunicaban al camino parte de su aspereza. Dejáronse ver en una y otra cumbre algunos Mejicanos que venian á provocar desde

dió por medio de los intérpretes : y fueron de servicio, más para tomar noticia del enemigo y de la tierra, que porque se necesitase ya de sus ofertas, ni se hiciese mucho caso de sus disculpas ; porque la cercanía de Méjico los tenía en necesaria sujecion,

El dia siguiente por la mañana marchó el ejército la vuelta de Suchimilco ; poblacion de aquellas que merecian nombre de ciudad, sobre la ribera de una laguna dulce que se comunicaba con el lago mayor, cuyos edificios ocupaban parte de la tierra, dilatándose algo más dentro del agua donde servian las canoas á la continuacion de las calles. Importaba mucho reconocer aquel puesto por estar cuatro leguas de Méjico ; pero fué trabajosa la marcha, porque deespues de pasar un puerto de tres leguas, se caminó por tierra estéril y seca, donde llegó á fatigar la sed, fomentada con el ejercicio y con el calor del sol, cuya fuerza creció al entrar en unos pinares que duraron largo trecho ; y al sentir de aquella gente desalentada, echaban á perder la sombra que hacian.

Halláronse cerca del camino algunas estancias ó caserios ya en la jurisdiccion de Suchimilco, edificadas á la grangería ó á la recreacion de sus vecinos, donde se alojó el ejército, logrando en ellas por aquella noche la quietud y el refrigerio de que tanto necesitaba, Dejólas el enemigo abandonadas para esperar á los Españoles en puesto de mayor seguridad ; y Hernan Cortés marchó al amanecer puesta en órden su gente, llevando entendido que no sería fácil la empresa de aquel dia, ni creible que los Mejícanos dejasen de tener cuidadosa guarnicion en Suchimilco, lugar de tanta consecuencia y tan avanzado ; particularmente cuando iban cargados hácia el mismo paraje todos los fugitivos de los reencuentros pasados : lo cual se verificó brevemente ; porque los enemigos, cuyo número pudo ser verdadero, pero se omite por inverosímil, tenian formados sus escuadrones en un llano algo distante de la ciudad, y á la frente un rio caudaloso que bajaba rápidamente á descansar en la laguna ; cuya ribera estaba guarnecida con duplicadas tropas, y el grueso principal aplicado á la defensa de una puente de madera que dejaron

de cortar, porque la tenian atajada con reparos sucesivos de tabla y fagina, suponiendo que si la perdiesen quedarian con el paso estrecho de su parte, para ir deshaciendo poco á poco á sus enemigos.

Reconoció Hernan Cortés la dificultad, y esforzándose á desentender su cuidado, tendió las naciones por la ribera, y entretanto que se peleaba, con poco efecto de una parte y otra, mandó que avanzasen los Españoles á ganar el puente, donde hallaron tan porfiada resistencia, que fueron rechazados primera y segunda vez; pero acometiendo la tercera con mayor esfuerzo, y usando contra ellos de sus mismas trincheras como se iban ganando, se detuvieron poco en tener el paso á su disposicion, cuya pérdida desalentó los enemigos, y se declaró por todas partes la fuga solicitada ya por los capitanes con los toques de la retirada, ó porque no pareciese desórden, ó porque iban con ánimo de volverse á formar.

Pasó nuestra gente con toda la diligencia posible á ocupar la tierra que desamparaban, y al mismo tiempo, eseando lograr el desabrigo de la otra ribera, se arrojaron al agua diferentes compañías de Tlascala y Tezcuco, y rompiendo á nado la corriente, se anticiparon á unirse con el ejército. Esperaban ya los enemigos, puestos en órden, cerca de la muralla; pero al primer avance de los Españoles empezaron á retroaeder, provocando siempre con las voces y con algunas flechas sin alcance, para dar á entender que se retiraban con eleccion. Pero Hernan Cortés los acometió tan ejecutivamente, que al primer choque se reconoció cuán cerca estaban del miedo las afectaciones de valor. Fuéronse retirando á la ciudad, en cuya entrada perdieron mucha gente; y amparándose de los reparos con que tenian atajadas las calles, volvieron á las armas y á las provocaciones.

Dejó Hernan Cortés parte de su ejército en la campaña para cubrir la retirada y embarazar las invasiones de afuera, y entró con el resto á proseguir el alcance, para cuyo efecto, señalando algunas compañías que apartasen la oposicion de las calles immediatas, acometió por la principal, donde tenian los enemigos su mayor fuerza.

Rompió con alguna dificultad la trinchera que defendian, y reincidió en la culpa de olvidar su persona en sacando la espada, porque se arrojó entre la muchedumbre con más ardimiento que advertencia, y se halló sólo con el enemigo por todas partes cuando quiso volver al socorro de los suyos. Mantúvose peleando valerosamente hasta que se le rindió el caballo, y dejándose caer en tierra le puso en evidente peligro de perderse, porque se abalanzaron á él los que se hallaron más cerca : y ántes que se pudiese desembarazar para servirse de sus armas, le tuvieron poco ménos que rendido, siendo entónces su mayor defensa lo que interesaban aquellos Mejicanos en llevarle vivo á su príncipe. Hallábase á la sazon poco distante un soldado conocido por su valor que se llamaba Cristóbal de Olea, natural de Medina del Campo, y haciendo reparo en el conflicto de su general, convocó algunos Tlascaltecas de los que peleaban á su lado, y embistió por aquella parte con tanto denuedo y tan bien asistido de los que le seguian, que dando la muerte por sus mismas manos á los que más inmediatamente oprimian á Cortés, tuvo la fortuna de restituirle á su libertad: con que se volvió á seguir el alcance; y escapando los enemigos á la parte del agua quedaron por los Españoles todas las calles de la tierra.

Salió Hernan Cortés de este combate con dos heridas leves, y Cristóbal de Olea con tres cuchilladas considerables, cuyas cicatrices decoraron despues la memoria de su hazaña. Dice Antonio de Herrera que se debió el socorro de Cortés á un Tlascalteca, de quien ni ántes se tenía conocimiento, ni despues se tuvo noticia, y deja el suceso en reputacion de milagro; pero Bernal Diaz del Castillo, que llegó de los primeros al mismo socorro, lo atribuye á Cristóbal de Olea; y los de su linaje, dejando á Dios lo que le toca, tendrán alguna disculpa si dieren más crédito á lo que fué que á lo que se presumió.

No estuvo, entre tanto que se peleaba en la ciudad, sin ejercicio el trozo que se dejó en la campaña, cuyo gobierno quedó encargado á Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado y Andrés de Tapia; porque los nobles de Méjico hicieron un esfuerzo extraordinario para reforzar la guar-

nicion de Suchimilco, cuya defensa tenía cuidadoso á su príncipe Guatimozin; y embarcándose con hasta diez mil hombres de buena calidad, salieron á tierra por diferente paraje con noticia de que los Españoles andaban ocupados en la disputa de las calles, y con intento de acometer por las espaldas: pero fueron descubiertos y cargados con toda resolucion, hasta que últimamente volvieron á buscar sus embarcaciones, dejando en la campaña parte de sus fuerzas, aunque se conoció en su resistencia que traian capitanes de reputacion; y fué tan estrecho el combate, que salieron heridos los tres cabos, y número considerable de soldados españoles y tlascaltecas.

Quedó con este suceso Hernan Cortés dueño de la campaña, y de todas las calles y edificios que salian á la tierra, y poniendo suficiente guardia en los surgideros por donde se comunicaban los barrios, trató de alojar su ejército en unos grandes patios, cercanos al adoratorio principal, que por tener algun género de muralla bastante á resistir las armas de los Mejicanos, pareció sitio á propósito para ocurrir con mayor seguridad al descanso de la gente y á la cura de los heridos. Ordenó al mismo tiempo que subiesen algunas compañías á reconocer lo alto del adoratorio, y hallándole totalmente desamparado, mandó que se alojasen veinte ó treinta Españoles en el atrio superior para registrar las avenidas, asi del agua como de la tierra, con un cabo que atendiese á mudar las centinelas y cuidase de su vigilancia: prevencion necesaria, cuya utilidad se conoció brevemente; porque al caer de la tarde bajó noticia de que se habian descubierto á la parte de Méjico más de dos mil canoas reforzadas que se venian acercando á todo remo, con que hubo lugar de prevenir los riesgos de la noche, doblando las guarniciones de los surgideros, y á la mañana se reconoció tambien el desembarco de los enemigos, que fué á largo trecho de la ciudad, cuyo grueso pareció de hasta catorce ó quince mil hombres.

Salió Hernan Cortés á recibirlos fuera de los muros, elijiendo sitio donde pudiesen obrar los caballos, y dejando buena parte de su ejército á la defensa del alojamiento. Diéronse vista los dos ejércitos, y fué de los Mejicanos el

primer acometimiento; pero recibidos con las bocas de fuego, retrocedieron lo bastante para que cerrasen los demás con la espada en la mano, y se fuesen abreviando los términos de su resistencia con tanto rigor, que tardaron poco en descubrir las espaldas, y toda la faccion tuvo más de alcance que de victoria.

Cuatro dias se detuvo Hernan Cortés en Suchimilco para dar algun tiempo á la mejoría de los heridos, siempre con las armas en las manos, porque la vecindad facilitaba los socorros de Méjico; y el rato que faltaban las invasiones, bastaba el recelo para fatigar la gente.

Llegó el caso de la retirada, que se puso en ejecucion como estaba resuelta, sin que cesase la persecucion de los enemigos, porque se adelantaron algunas veces á ocupar los pasos dificultosos para inquietar la marcha; cuya molestia se venció con poca dificultad, y no sin considerable ganancia, volviendo Hernan Cortés á su plaza de armas con bastante satisfaccion de haber conseguido los dos intentos que le obligaron á esta salida, reconocer á Suchimilco, puesto de consecuencia para su entrada, y quebrantar al enemigo para enflaquecer las defensas de Méjico. Pero en lo interior, venía desazonado y melancólico de haber perdido en esta jornada nueve ó diez Españoles; porque sobre los que murieron en el primer asalto de la montaña, le llevaron tres ó cuatro en Suchimilco que se alargaron á saquear una casa de las que tenía esta poblacion dentro del agua, y dos criados suyos que dieron en una emboscada por haberse apartado inadvertidamente del ejército: creciendo su dolor en la circunstancia de haberlos llevado vivos para sacrificarlos á sus ídolos; cuya infelicidad le acordaba la contingencia en que se vió, cuando le tuvieron los enemigos en su poder, de morir en semejante abominacion, pero siempre conocia tarde lo que importaba su vida, y en llegando la ocasion trataba sólo de prevenir las quejas del valor, dejando para despues los remordimientos de la prudencia.

CAPÍTULO XIX

Remédiase con el castigo de un soldado español la conjuracion de algunos Españoles qui intentaron matar á Hernan Cortés; y con la muerte de Xicotencal un movimiento sedicioso de algunos Tlascaltecas.

Estaban ya los bergantines en total disposicion para que se pudiese tratar de botarlos al agua, y el canal con el fondo y capacidad que habia menester para recibirlos. Ibanse adelantando las demás prévenciones que parecian necesarias. Hízose abundante provision de armas para los indios : registráronse los almacenes de las municiones : requirióse la artillería : dióse aviso á los caciques amigos, señalándoles el dia en que se debian presentar con sus tropas ; y se puso particular cuidado en los víveres que se conducian continuamente á la plaza de armas, parte por el interés de los rescates, y parte por obligacion de los mismos confederados. Asistia Hernan Cortés personalmente á los menores ápices de que se compone aquel todo que debe ir á la mano en las facciones militares, cuyo peligro procede muchas veces de faltas ligeras, y pide prolijidades á la providencia.

Pero al mismo tiempo que traía la imaginacian ocupada en estas dependencias, se le ofreció nuevo accidente de mayor cuidado, que puso en ejercicio su valor, y dejó desagraviada su cordura. Díjole un Español de los antiguos en el ejército, con turbada ponderacion de lo que importaba el secreto, que necesitaba de hablarle reservadamente ; y conseguida su audiencia como lo pedia, le descubrió una conjuracion que se habia dispuesto, en el tiempo de su ausencia, contra su vida y la de todos sus amigos. Movió esta plática, segun su relacion, un soldado particular que debia de suponer poco en esta profesion, pues su nombre se oye la primera vez en el delito. Llamábase Antonio de Villafaña, y fué su primer intento retirarse de aquella empresa, cuya dificultad le parecia insuperable. Empezó la inquietud en murmuracion, y pasó

brevemente á resoluciones de grande amenaza. Culpaban él y los de su opinion á Hernan Cortés de obstinado en aquella conquista, repitiendo que no querian perderse por su temeridad ; y hablando en escapar á la isla de Cuba, como en negocio de fácil ejecucion segun el dictámen de sus cortas obligaciones. Juntáronse á discurrir en este punto con mayor recato ; y aunque no hallaban mucha dificultad en el desamparo de la plaza de armas, ni en facilitar el paso de Tlascala con alguna órden supuesta de su general, tropezaban luégo en el inconveniente de tocar en la Vera-Cruz, como era preciso para fletar alguna embarcacion, donde no podian fingir comision ó licencia de Cortés, sin llevar pasaporte suyo ; ni excusar el riesgo de caer en una prision digna de severo castigo. Hallábanse atajados, y volvian al tema de su retirada sin elegir el camino de conseguirla, firmes en la resolucion y poco atentos el desabrigo de los medios.

Pero Antonio de Villafaña, en cuyo alojamiento eran las juntas, propuso finalmente que se podria ocurrir á todo, matando á Cortés y á sus principales consejeros para elegir otro general á su modo ménos empeñado en la empresa de Méjico, y más fácil de reducir : á cuya sombra se podrian retirar sin la nota de fugitivos, y alegar este servicio á Diego Velázquez, de cuyos informes se podia esperar que se recibiese tambien el delito en España como servicio del rey. Aprobaron todos el arbitrio, y abrazando á Villafaña, empezó el tumulto en el aplauso de la sedicion. Formóse luégo un papel en que firmaron los que se hallaban presentes, obligándose á seguir su partido en este horrible atentado ; y se manejó el negocio con tanta destreza, que fueron creciendo las firmas á número considerable ; y se pudo temer que llegase á tomar cuerpo de mal irremediable aquella oculta y maliciosa contagion de los ánimos.

Tenian dispuesto fingir un pliego de la Vera-Cruz, con cartas de Castilla, y dárselo á Cortés cuando estuviese á la mesa con sus camaradas, entrando todos con pretexto de la novedad, y cuando se pusiese á leer la primera carta, servirse del natural divertimiento de su atencion

para matarle á puñaladas, y ejecutar lo mismo en los que se hallasen con él, juntándose despues para salir á correr las calles apellidando libertad : movimento á su parecer bastante para que se declarase por ellos todo el ejército, y para que se pudiese hacer el mismo estrago en los demás que tenian por sospechosos. Habian de morir, segun la cuenta que hacian con su misma ceguedad, Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado y sus hermanos, y Andrés de Tapia, los dos alcaldes ordinarios, Luis Marin y Pedro de Ircio, Bernal Diaz del Castillo y otros soldados confidentes de Cortés. Pensaban elegir por capitan general del, ejército á Francisco Verdugo, que por estar casado con hermana de Diego Velázquez les parecia el más fácil de reducir, y el mejor para mantener y autorizar su partido; pero temiendo su condicion pundonorosa y enemiga de la sinrazon, no se atrevieron á comunicarle sus intentos, hasta que una vez ejecutado el delito, se hallase necesitado á mirar como remedio la nueva ocupacion.

De esta substancia fueron las noticias que dió el soldado, pidiendo la vida en recompensa de su fidelidad por hallarse comprendido en la sedicion ; y Hernan Cortés resolvió asistir personalmente á la prision de Villafaña, y á las primeras diligencias que se debian hacer para convencerle de su culpa, en cuya direccion suele consistir el aclararse ó el obscurecerse la verdad. No pedia ménos cuidado la importancia del negocio, ni era tiempo de aguardar la madura inquisicion de los términos judiciales. Partió luégo á ejecutar la prision de Villafaña, llevando consigo á los alcaldes ordinarios con algunos de sus capitanes, y le halló en su posada con tres ó cuatro de sus parciales. Adelantóse á deponer contra él su misma turbacion, y despues de mandarle aprisionar, hizo seña para que se retirasen todos con pretexto de hacer algun exámen secreto, y sirviéndose de las noticias que llevaba, le sacó del pecho el papel del tratado con las firmas de los conjurados. Leyóle, y halló en él algunas personas, cuya infidelidad le puso en mayor cuidado; pero recatándolo de los suyos, mandó poner en otra prision á los que se hallaron con el reo, y se retiró dejando su instruccion á los ministros de

justicia para que se fulminase la causa con toda la brevedad que fuese posible sin hacer diligencia que tocase á los cómplices, en que hubo pocos lances, porque Villafaña, convencido con la aprehension del papel, y creyendo que le habian entregado sus amigos, confesó luégo el delito; con que se fueron estrechando los términos segun el estilo militar, y se pronunció contra él sentencia de muerte, la cual se ejecutó aquella misma noche, dándole lugar para que cumpliese con las obligaciones de cristiano; y el dia siguiente amaneció colgado en una ventana de su mismo alojamiento, con que se vió el castigo al mismo tiempo que se publicó la causa; y se logró en los culpados el temor, y en los demás el aborrecimiento de la culpa.

Quedó Hernan Cortés igualmente irritado y cuidadoso de lo que habia crecido el número de las firmas; pero no se hallaba en tiempo de satisfacer á la justicia, perdiendo tantos soldados españoles en el principio de su empresa, y para excusar el castigo de los culpados sin desaire del sufrimiento, echó voz de que se habia tragado Antonio de Villafaña un papel hecho pedazos, en que á su parecer, tendria los nombres ó las firmas de los conjurados. Y poco despues llamó á sus capitanes y soldados, y les dió noticia por mayor de las horribles novedades que traía en el pensamiento Antonio de Villafaña, y de la conjuracion que iba forjando contra su vida, y contra otros muchos de los que se hallaban presentes, y añadió: « que tenía por felicidad suya el ignorar si habia tomado cuerpo el delito » con la inclusion de algunos cómplices; aunque la diligencia que logró Villafaña para ocultar un papel que » traía en el pecho, no le dejaba dudar que los habia: pero » que no queria conocerlos; y sólo pedia encarecidamente » á sus amigos que procurasen inquirir si corria entre los » Españoles alguna queja de su proceder que necesitase de » su enmienda, porque deseaba en todo la mayor satisfaccion de los soldados, y estaba pronto á corregir sus defectos, asi como sabria volver al rigor y á la justicia, si la » moderacion del castigo se hiciese tibieza del escarmiento. »

Mandó luégo que fuesen puestos en libertad los solda-

dos que asistian á Villafaña; y con esta declaracion de su ánimo, revalidada con no torcer el semblante á los que le habian ofendido, se dieron por seguros de que se ignoraba su delito; y sirvieron despues con mayor cuidado, porque necesitaban de la puntualidad para desmentir los indicios de la culpa.

Fué importante advertencia la de ocultar el papel de las firmas para no perder aquellos Españoles de que tanto necesitaba; y mayor hazaña la de ocultar su irritacion para no desconfiarlos: ¡ primoroso desempeño de su razon, y notable predominio sobre sus pasiones! Pero teniendo á ménos cordura el exceder en la confianza que suele adormecer el cuidado á fin de provocar el peligro, nombró entónces compañía de su guardia para que asistiesen doce soldados con un cabo cerca de su persona; si ya no se valió de esta ocasion como de pretexto para introducir sin extrañeza lo que ya echaba ménos su autoridad.

Ofreciósele poco despues embarazo nuevo, que aunque de otro género, tuvo sus circunstancias de motin; porque Xicotencal, á cuyo cargo estaban las primeras tropas que vinieron de Tlascala, ó por alguna desazon, fácil de presumir eu su altivez natural, ó porque duraban todavía en su corazon algunas reliquias de la pasada enemistad, se determinó á desamparar el ejército, convocando algunas compañías que á fuerza de sus instancias ofrecieron asistirle. Valióse de la noche para ejecutar su retirada; y Hernan Cortés que la supo luégo, de los mismos Tlascaltecas, sintió vivamente una demostracion de tan dañosas consecuencias en cabo tan principal de aquellas naciones, cuando se estaba ya con las armas casi en las manos para dar principio á la empresa. Despachó en su alcance algunos indios nobles de Tezcuco para que le procurasen reducir á que por lo ménos se detuviese hasta proponer su razon; pero la respuesta de este mensaje, que fué no solámente resuelta, sino descortés con algo de menosprecio, le puso en mayor irritacion, y envió luégo en su alcance dos ó tres compañías de Españoles con suficiente número de indios tezcucanos y chalqueses para que le prendiesen; y

en caso de no reducirse le matasen. Ejecutóse lo segundo, porque se halló en él porfiada resistencia, y alguna flojedad en los que le seguian contra su dictámen ; los cuales se volvieron luégo al ejército quedando el cadáver pendiente de un árbol.

Asi lo refiere Bernal Diaz del Castillo, aunque Antonio de Herrera dice que le llevaron á Tezcuco, y que usando Hernan Cortés de una permision que le habia dado la república, le hizo ahorcar públicamente dentro de la misma ciudad : lectura que parece ménos semejante á la verdad, porque aventuraba mucho en resolverse á tan violenta ejecucion con tanto número de Tlascaltecas á la vista, que precisamente habian de sentir aquel afrentoso castigo en uno de los primeros hombres de su nacion.

Algunos dicen que le mataron con órden secreta de Cortés los mismos Españoles que salieron al camino, en que hallamos algo ménos aventurada la resolucion. Y como quiera que fuese, no se puede negar que andaba su providencia tan adelantada y tan sobre lo posible de los sucesos que tenía prevenido este lance de suerte, que ni los Tlascaltecas del ejército, ni la república de Tlascala, ni su mismo padre hicieron queja de su muerte; porque sabiendo algunos dias ántes que se desmandaba este mozo en hablar mal de sus acciones, y en desacreditar la empresa de Méjico entre los de su nacion, participó á Tlascala esta noticia para que le llamasen á su tierra con pretexto de otra faccion, ó se valiesen de su autoridad para corregir semejante desórden; y el senado, en que asistió su padre, le respondió : que aquel delito de amotinar los ejércitos era dígno de muerte segun los estatutos de la república ; y que asi podria, siendo necesario, proceder contra él hasta el último castigo, como ellos lo ejecutarian si volviese á Tlascala, no sólo con él, sino con todos los que le acompañasen : cuya permision facilitaria mucho entónces la resolucion de su muerte, aunque sufrió algunos dias sus atrevimientos, sirviéndose de los medios suaves para reducirle. Pero siempre nos inclinamos á que se hizo la ejecucion fuera de Tezcuco, segun lo refiere Bernal Diaz, porque no dejaria Hernan Cortés de tener pre-

sente la diferencia que se debia considerar entre ponerlos delante un espectáculo de tanta severidad ; ó referirles el hecho despues de sucedido : siendo máxima evidente que abultan más en el ánimo las noticias que se reciben por los ojos, asi como pueden ménos con el corazon las que se mandan por los oidos.

CAPÍTULO XX

Echanse al agua los bergantines ; y dividido el ejército de tierra en tres partes, para que al mismo tiempo se acometiese por Tacuba, Iztacpalapa y Cuyoacan, avanza Hernan Cortés por la laguna, y rompe una gran flota de canoas mejicanas.

No se dejaban de tener á la vista las prevenciones de la jornada, por mas que se llevasen parte del cuidado estos accidentes. Ibanse al mismo tiempo echando al agua los bergantines : obra que se consiguió con felicidad, debiéndose tambien á la industria de Martin Lopez, como última perfeccion de su fábrica. Díjose ántes una misa de Espíritu Santo, y en ella comulgó Hernan Cortés con todos sus Españoles. Bendijo el sacerdote los buques : dióse á cada uno su nombre segun el estilo náutico, y entre tanto que se introducian los adherentes que dan espíritu al leño, y se afinaba el uso de las jarcias y velas, pasaron muestra en escuadron los Españoles, cuyo ejército constaba entónces de novecientos hombres ; los ciento y noventa y cuatro entre arcabuces y ballestas, los demas de espada, rodela y lanza, ochenta y seis caballos, y diez y ocho piezas de artillería, las tres de hierro gruesas, y las quince falconetes de bronce con suficiente provision de pólvora y balas.

Aplicó Hernan Cortés á cada bergantin veinte y cinco Españoles con un capitan, doce remeroz, á seis por banda, y una pieza de artillería. Los capitanes fueron Pedro de Barba, natural de Sevilla : García de Holguin, de Cáceres : Juan Portillo, de Portillo : Juan Rodriguez de Villa-fuerte, de Medellin : Juan Jaramillo, de Salva-tierra, en Estremadura : Miguel Diaz de Auz, aragonés : Francisco Rodri-

guez Magarino, de Mérida : Cristóbal Flores, de Valencia de don Juan : Antonio de Carabajal, de Zamora : Gérónimo Ruiz de la Mota, de Burgos : Pedro Briones, de Salamanca : Rodrigo Morejon de Lobera, de Medina del Campo : y Antonio Sotelo, de Zamora : los cuales se embarcaron luégo cada uno á la defensa de su bajel y al socorro de los otros.

Dispuesta en esta forma la entrada que se habia de hacer por el lago, determinó con parecer de sus capitanes, ocupar al mismo tiempo las tres calzadas principales de Tácuba, Iztacpalapa y Cuyoacan, sin alargarse á la de Suchimilco, por excusar la desunion de su gente, y tenerla en paraje que pudiese recibir ménos dificultosamente sus órdenes: para cuyo efecto dividió el ejército en tres partes y encargó á Pedro de Alvarado la expedicion de Tácuba, con nombramiento de gobernador y cabo principal de aquella entrada, llevando á su órden ciento y cincuenta Españoles, y treinta caballos en tres compañías á cargo de los capitanes Jorge de Alvarado, Gutierre de Badajoz y Andrés de Monjaraz, dos piezas de artillería y treinta mil Tlascaltecas. El ataque de Cuyoacan encargó al maestre de campo Cristóbal de Olid, con ciento y sesenta Españoles en las tres compañías de Francisco Verdugo, Andrés de Tapia y Francisco de Lugo, treinta caballos, dos piezas de artillería y cerca de treinta mil indios confederados; y últimamente cometió á Gonzalo de Sandoval la entrada que se habia de hacer por Iztacpalapa con otros ciento y cincuenta Españoles á cargo de los capitanes Luis Marin y Pedro de Ircio, dos piezas de artillería, veinte y cuatro eaballos, y toda la gente de Chalco, Guajocingo y Cholula, que serian mas de cuarenta mil hombres. Seguimos en el número de los aliados que sirvieron en éstas entradas la opinion de Antonio de Herrera, porque Bernal Diaz del Castillo da solamente ocho mil Tlascaltecas á cada uno de los tres capitanes, y repite algunas veces que fueron de más embarazo que servicio, sin decir donde quedaron tantos millares de hombres como vinieron al sitio de aquella ciudad : ambicion descubierta de que lo hiciesen todo los Españoles, y poco advertida en nuestro sentir;

porque deja increible lo que procura encarecer, cuando bastaba para encarecimiento la verdad.

Partieron juntos Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval que se habian de apartar en Tácuba, y se alojaron en aquella ciudad sin contradiccion, despoblada ya, como lo estaban los demas lugares contiguos á la laguna; porque los vecinos que se hallaban capaces de tomar las armas, acudieron á la defensa de Méjico, y los demas se ampararon de los montes con todo lo que pudieron retirar de sus haciendas. Aquí se tuvo aviso de que habia una junta considerable de tropas mejicanas, á poco más de media legua que venian á cubrir los conductos del agua que bajaban de las sierras de Chapultepeque [1]: prevencion cuidadosa de Guatimozin, que sabiendo el movimiento de los Españoles, trató de poner en defensa los manantiales de que se proveian todas las fuentes de agua dulce quo se gastaba en la ciudad.

Descubríanse por aquella parte dos ó tres canales de madera cóncava sobre paredones de argamasa, y los enemigos tenian hechos algunos reparos contra las avenidas que miraban al camino. Pero los dos capitanes salieron de Tácuba con la mayor parte de su gente; y aunque hallaron porfiada resistencia, se consiguió finalmente que desamparasen el puesto, y se rompieron por dos ó tres partes los conductos y los paredones con que bajó la corriente dividida en varios arroyos, á buscar su centro en la laguna; debiéndose á Cristóbal de Olid y á Pedro de Alvarado esta primera hostilidad de agotar las fuentes de Méjico, y dejar á los sitiados en la penosa tarea de buscar el agua en los rios que bajaban de los montes, y en precisa necesidad de ocupar su gente y sus canoas en la conduccion y en los convoyes.

Conseguida esta faccion partió Cristóbal de Olid con su trozo á tomar el puesto de Cuyoacan, y Hernan Cortés, dejando á Gonzalo de Sandoval el tiempo que pareció necesario para que llegase á Iztacpalapa, tomó á su cargo la entrada que se habia de hacer por la laguna para estar

1. O Chapultepec, que significa *monte de conejos*.

sobre todo y acudir con los socorros donde llamase la necesidad. Llevó consigo á don Fernando, señor de Tezcuco, y á un hermano suyo, mozo de espíritu, llamado Suchel, que se bautizó poco despues, tomando el nombre de Cárlos, como súbdito del emperador. Dejó en aquella ciudad bastante número de gente para cubrir la plaza de armas, y hacer algunas correrías que asegurasen la comunication de los cuarteles, y dió principio á su navegacion, puestos en ala sus trece bergantines, disponiendo lo mejor que pudo el adorno de las banderas, flámulas y gallardetes: exterioridad de que se valió para dar bulto á sus fuerzas, y asustar la consideracion del enemigo con la novedad.

Iba con propósito de acercarse á Méjico para dejarse ver como señor de la laguna, y volver luégo sobre Iztacpalapa, donde le daba cuidado Gonzalo de Sandoval, por no haber llevado embarcaciones para desembarazar las calles de aquella poblacion, que por estar dentro del agua, eran contínuo receptáculo de las canoas mejicanas. Pero al tomar la vuelta descubrió á poca distancia de la ciudad una isleta ó montecillo de peñascos que se levantaba considerablemente sobre las aguas, cuya eminencia coronaba un castillo de bastante capacidad que tenian ocupado los enemigos, sin otro fin que desafiar á los Españoles, provocándolos con injurias y amenanzas desde aquel puesto, donde á su parecer estaban seguros de los bergantines. No tuvo por conveniente dejar consentido este atrevimiento á vista de la ciudad, cuyos miradores y terrados estaban cubiertos de gente, observando las primeras operaciones de la armada; y hallando en el mismo sentir á sus capitanes, se acercó á los surgideros de la isla, y saltó en tierra con ciento y cincuenta Españoles, repartidos por dos ó tres sendas que guiaban á la cumbre, y subieron peleando, no sin alguna dificultad, porque los enemigos eran muchos y se defendian valerosamente, hasta que perdida la esperanza de mantener la eminencia se retiraron al castillo, donde no podian mover las armas de apretados, y perecieron muchos, aunque fueron más los que se perdonaron por no ensangrentar la espada en los rendidos cuando se despreciaba como embarazosa la carga de los prisioneros.

Logrado en esta breve interpresa el castigo de aquellos Mejicanos, volvieron los Españoles á cobrar sus bergantines, y cuando se disponian para tomar el rumbo de Iztacpalapa, fué preciso discurrir en nuevo accidente, porque se dejaron ver á la parte de Méjico algunas canoas que iban saliendo á la laguna, cuyo número crecia por instantes. Serian hasta quinientas las que se adelantaron á boga lenta para que saliesen las demás ; y á breve rato fueron tantas las que arrojó de sí la ciudad, y las que se juntaron de las poblaciones vecinas, que haciendo la cuenta por el espacio que ocupaban, se juzgó que pasarian de cuatro mil ; cuya multitud con lo que abultaban los penachos y las armas, formaba un cuerpo hermosamente formidable, que al juicio de los ojos venía como anegando la laguna.

Dispuso Hernan Cortés sus bergantines, formando una espaciosa media luna para dilatar la frente y pelear con desahogo. Iba fiado en el valor de los suyos, y en la superioridad de las mismas embarcaciones, bastando cada una de ellas á entenderse con mucha parte de la flota enemiga. Movióse con esta seguridad la vuelta de los Mejicanos para darles á entender que admitia la batalla ; y despues hizo alto para entrar en ella con toda la respiracion de sus remeros, porque la calma de aquel dia dejaba todo el movimiento en la fuerza de sus brazos. Detúvose tambien el enemigo, y pudo ser que con el mismo cuidado. Pero aquella inefable providencia, que no se descuidaba en declararse por los Españoles, dispuso entónces que se levantase de la tierra un viento favorable, que hiriendo por la popa en los bergantines, les dió todo el impulso de que necesitaban para dejarse caer sobre las embarcaciones mejicanas. Dieron principio al ataque las piezas de artillería, disparadas á conveniente distancia, y cerraron despues los bergantines á vela y remo, llevándose tras sí cuanto se les puso delante. Peleaban los arcabuces y ballestas sin perder tiro : peleaba tambien el viento, dándoles con el humo en los ojos, y obligándolos á proejar para defenderse ; y peleaban hasta los mismos bergantines, cuyas proas hacian pedazos á los buques menores, sirviéndose de su flaqueza para echarlos á pique sin recelar el choque. Hicieron alguna

resistencia los nobles que ocupaban las quinientas embarcaciones de la vanguardia: lo demás fué todo confusion y zozobrar las unas al impulso de las otras. Perdieron los enemigos la mayor parte de su gente: quedó rota y deshecha su armada, cuyas reliquias miserables siguieron los bergantines hasta encerrarlas á balazos en las acequias de la ciudad.

Fué de grande consecuencia esta victoría, por lo que influyó en las ocasiones siguientes el crédito de incontrastables que adquirieron este dia los bergantines, y por lo que desanimó á los Mejicanos el hallarse ya sin aquella parte de sus fuerzas, que consistia en la destreza y agilidad de sus canoas, no por las que perdieron entónces, número limitado, respecto de las que tenian de reserva, sino porque se desengañaron de que no eran de servicio, ni podian resistir á tan poderosa oposicion. Quedó por los Españoles el dominio de la laguna, y Hernan Cortés tomó la vuelta cerca de la ciudad, despidiendo algunas balas, más á la pompa del suceso que al daño de los enemigos. Y no le pesó de ver la multitud de Mejicanos que coronaban sus torres y azoteas á la esperacion de la batalla, tan gustoso de haberles dado en los ojos con su pérdida, que aunque á la verdad eran muchos para enemigos, le parecieron pocos para testigos de su hazaña: complacencias de vencedores que suelen comprender á los más advertidos, como adornos de la victoria, ó como accidentes de la felicidad.

CAPÍTULO XXI

Pasa Hernan Cortés á reconocer los trozos de su ejército en las tres calzadas de Cuyoaean, Iztacpalapa y Tácuba, y en todas fué necesario el socorro de los bergantines; deja cuatro á Gonzalo de Sandoval, cuatro á Pedro de Alvarado, y él se recoge á Cuyoacan con los cinco restantes.

Eligió paraje cerca de Tezcuco donde pasar la noche y atender al descanso de la gente con alguna seguridad; pero al amanecer, cuando se disponian los bergantines

para tomar el rumbo de Iztacpalapa, se descubrió un grueso considerable de canoas que navegaban aceleradamente la vuelta de Cuyoacan, con que pareció conveniente ir primero con el socorro á la parte amenazada. No fué posible dar alcance á la flota enemiga, pero se llegó poco despues, y á tiempo que se hallaba Cristóbal de Olid empeñado en la calzada, y reducido á pelear por la frente con los enemigos que la defendian, y por los costados con las canoas que llegaron de refresco, en términos de retirarse, perdiendo la tierra que se habia ganado.

Enseñó la necesidad á los Mejicanos cuanto pudiera el arte de la guerra para defender el paso de las calzadas. Tenian levantados hácia la parte de la ciudad los puentes de aquellos ojos ó cortaduras donde perdian su fuerza las avenidas ó crecientes de la laguna, y aplicando algunas vigas y tablones por la espalda para subir en hileras sucesivas á dar la carga por lo alto, dejaban á trechos formadas unas trincheras con foso de agua, que impedian y dificultaban los avances. Este género de fortificacion habian hecho en las tres calzadas por donde amenazó la invasion de los Españoles, y en todas se discurrió casi lo mismo para vencer esta dificultad. Peleaban los arcabuces y ballestas contra los que se descubrian por lo alto de la trinchera, entretanto que pasaban de mano en mano las fagínas para cegar el foso : y despues se acercaba una pieza de artillería, que á pocos golpes desembarazaba el paso, barriendo el trozo siguiente de la calzada con los mismos fragmentos de su fortificacion.

Tenía ganado Cristóbal de Olid el primer foso cuando llegaron las canoas enemigas; pero al descubrir los bergantines, huyeron á toda fuerza de remos las de aquella banda, peligrando solamente las que pudo encontrar el alcance de la artillería ; y porque no dejaban de pelear las que á su parecer estaban seguras de la otra parte, mandó Hernan Cortés ensanchar el foso de la retaguardia para dar paso á tres ó cuatro bergantines, de cuya primera vista resultó la fuga total de las canoas; y los enemigos que defendian la puente inmediata, viéndose descubiertos á las

baterías de agua y tierra, se recogieron desordenadamente al último reparo vecino á la ciudad.

Descansó la gente aquella noche, sin desamparar el avance de la calzada; y al amanecer se prosiguió la marcha con poca ó ninguna oposicion, hasta que llegando á la última puente que desembocaba en la ciudad, se halló fortificada con mayores reparos, y atrincheradas las calles que se descubrian, con tanto número de gente á su defensa, que llegó á parecer aventurada la faccion; pero se conoció la dificultad despues del empeño, y no era conveniente retroceder sin algun escarmiento de los enemigos. Jugaron su artillería los bergantines, haciendo miserable destrozo en las bocas de las calles, entretanto que trabajaba Cristóbal de Olid en cegar el foso y romper las fortificaciones de la calzada. Lo cual ejecutado, se arrojó á los enemigos que las defendian, haciendo lugar con su vanguardia para que saliesen á tierra las naciones de su cargo. Acercáronse al mismo tiempo las tropas de la ciudad al socorro de los suyos, y fué valerosa por todas partes su resistencia: pero á breve rato perdieron alguna tierra, y Hernan Cortés, que no pudo sufrir aquella lentitud con que se retiraban, saltó en la ribera con treinta Españoles, y dió tanto calor al avance, que tardaron poco los enemigos en volver las espaldas, y se ganó la calle principal de Méjico, huyendo por aquella parte hasta la gente que ocupaba los terrados.

Tropezóse luégo con otra dificultad, porque los Mejicanos que iban huyendo habian ocupado un adoratorio, poco distante de la entrada, en cuyas torres, gradas y cerca exterior se descubria tanto número de gente, que parecia un monte de armas y plumas todo el edificio. Desafiaban á los Españoles con la voz tan entera como si acabáran de vencer: y Hernan Cortés, no sin alguna indignacion de ver en ellos el orgullo tan cerca de la cobardía, mandó traer de los bergantines tres ó cuatro piezas de artillería, cuyo primer estrago les dió á conocer su peligro, y brevemente fué necesario bajar la puntería contra los que iban huyendo á lo interior de la ciudad. Quedó sin enemigos todo aquel paraje, porque los que peleaban desde las

azoteas y ventanas, se movieron al paso que los demás; con que avanzó el ejército, y se ganó el adoratorio sin contradiccion.

Fué grande la pérdida de gente que hicieron este dia los Mejicanos. Entregáronse al fuego los ídolos, cuyos horribles simulacros sirvieron de luminarias al suceso. Y Hernan Cortés quedó satisfecho de haber puesto los piés dentro de la ciudad. Y hallando el adoratorio capaz de más que ordinaria defensa, no sólo determinó alojar su ejército en él aquella noche, pero tuvo sus impulsos de mantener aquel puesto para estrechar el sitio, y tener adelantado el cuartel de Cuyoacan: pensamiento que participó á sus capitanes, con los motivos que le dictaba entónces la primera inclinacion de su discurso; pero todos á una voz le representaron: « que no sabiendo el estado en que te- » nian sus entradas Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alva- » rado, sería temeridad exponerse á perder el paso de la » calzada, y con él la esperanza de los víveres y municio- » nes, de que necesitaban para conservarse. Que su con- » duccion no se debia fiar de los bergantines, porque no » cabiendo en las acequias de aquel paraje, necesitaban » de hacer su desembarco con bastante distancia para que » no fuese posible recibirlos ni transportarlos, sin dispo- » nerse á una batalla para cada socorro. Que los trozos » del ejército debian caminar á un mismo paso en sus ata- » ques para dividir las fuerzas del enemigo, y darse la » mano hasta en el tiempo de acuartelarse dentro de la » ciudad. Y finalmente, que las disposiciones resueltas, » con parecer de todos los cabos, sobre la forma de go- » bernar el sitio de Méjico, no se debian alterar, sin ma- » dura consideracion, ni entrar en aquel empeño volun- » tario, sin más causa que dar sobrado crédito á la victo- » ria de aquel dia; no siendo totalmente seguras las con- » secuencias de los buenos sucesos, que á manera de » lisonjas solian muchas veces engañar la cordura, delei- » tando la imaginacion. » Conoció Hernan Cortés que le aconsejaban lo más conveniente, por ser una de sus mejores prendas la facilidad con que solia desenamorarse de sus dictámenes para enamorarse de la razon, y se retiró

la mañana siguiente á Cuyoacan, llevando á sus dos lados la escolta de los bergantines; con que no se atrevieron los enemigos á inquietar la marcha.

Pasó el mismo dia á Iztacpalapa, donde halló á Gonzalo de Sandoval en términos de perderse. Había ocupado los edificios de la tierra y alojado su ejército, poniéndose lo mejor que pudo en defensa; pero los enemigos, que se recogieron á la parte del agua, procuraban ofenderle desde sus canoas. Hizo considerable daño en las que se acercaban: arruinó algunas casas: rompió dos ó tres socorros de Méjico, que intentaron atacarle por tierra; y aquel dia, porque los enemigos habian desamparado una casa grande, que distaba poco de la tierra, se resolvió á ocuparla para mejorarse, y desviar las ofensas de su cuartel. Facilitó el paso con algunas faginas arrojadas al agua, y entró á ejecutarlo con parte de su gente; pero apénas lo consiguió, cuando avanzaron las canoas que tenián puestas en celada, llevando consigo tropas de nadadores que deshiciesen el camino de la retirada; por cuyo medio consiguieron el sitiarle por todas partes, ofendiéndole al mismo tiempo desde los terrados y ventanas de las casas vecinas.

En este conflicto se hallaba cuando llegó Hernan Cortés, y descubriendo aquella multitud de canoas en las calles de agua que miraban á la parte de Méjico, dió calor á la boga, y empezó á jugar su artillería con tanto efecto, que asi por el daño que hicieron las balas, como por el miedo que tenian á los bergantines, huyeron todas á un tiempo, con ansia de salir á la laguna por las calles más retiradas, y con tanto desórden, que cargando en ellas la gente de los terrados, se fueron muchas á pique, y las demás vinieron á caer en el lazo de los bergantines, buscando con la fuga el peligro que procuraban evitar. Hicieron este dia los Mejicanos una pérdida que pudo suponer algo en el menoscabo de sus fuerzas; y reconociéndose despues aquella parte de la cuidad que tenian ocupada, se hallaron algunos prisioneros y bastante despojo, no tanto para la riqueza, como para la recreacion de los soldados. Conoció Hernan Cortés, á vista de las dificultades que habia expe-

rimentado Gonzalo de Sandoval en Iztacpalapa, que no era posible poner en operacion el trozo de su cargo, ni usar de la calzada, sin deshacer enteramente aquel abrigo de las canoas mejicanas, arruinando la media ciudad: detencion que sería dañosa para el estado que tenian las demas entradas, y determinó que se desamparase por entónces aquel puesto, y pasase Gonzalo de Sandoval con su gente á ocupar el de Tepeaquilla, donde habia otra calzada más estrecha para los ataques; pero de mayor utilidad para impedir los socorros del enemigo, que segun los avisos antecedentes, introducia por aquel paraje los víveres de que ya necesitaba. Ejecutóse luégo esta resolucion, y marchó la gente por tierra, siguiendo la misma costa los bergantines, hasta que se ocupó el nuevo cuartel; y hecho el alojamiento con poco embarazo, porque se halló despoblado el lugar, navegó Hernan Cortés la vuelta de Tácuba.

Halló desamparada esta ciudad Pedro de Alvarado, con que tuvo ménos que vencer para dar principio á sus entradas. Ejecutó algunas con varios sucesos, batiendo reparos y cegando fosos, de la misma forma que se gobernaba en las suyas Cristobal de Olid; y aunque hizo muy considerable daño á los enemigos, y alguna vez se adelantó hasta poner fuego en las primeras casas de Méjico, le habian muerto, cuando llegó Hernan Cortés, ocho Españoles: pérdia en que se mezcló el sentimiento con los aplausos de su valor.

Consideró Hernan Cortés que no le salia bien la cuenta de sus disposiciones, porque se iba reduciendo el sitio de Méjico á este género de acometimientos y retiradas: guerra en que se gastaban los dias, y se aventuraba la gente sin ganancia que pasase de hostilidad, ni mereciese nombre de progreso: el camino de las calzadas tenía suma dificultad con aquellos fosos y reparos que volvian los Mejicanos á fortificar todos los dias, y con aquella persecucion de las canoas, cuyo número excesivo cargaba siempre á la parte que desabrigaban los bergantines; y uno y otro perdia nuevos medios que facilitasen la empresa.

Mandó entónces que cesasen las entradas hasta otra órden y puso la mira en prevenirse de canoas que le asegurasen el dominio de la laguna; para cuyo efecto envió personas de satisfaccion á conducir las que hubiese de reserva en las poblaciones amigas, con las cuales, y con las que vinieron de Tezcuco y Chalco, se juntó un grueso que puso en nuevo cuidado al enemigo. Dividiólas en tres cuerpos; y formando su guarnicion de aquellos indios que sabian manejarlas, nombró capitanes de su nacion que las gobernasen por escuadras; y con este refuerzo, repartido entre los bergantines, envió cuatro á Gonzalo de Sandovol, cuatro á Pedro de Alvarado, y él pasó con los cinco restantes á incorporarse con el maestre de campo Cristóbal de Olid.

Repitiéronse desde aquel dia las entradas con mayor facilidad, porque faltaron totalmente las ofensas que más embarazaban; y Hernan Cortés ordenó al mismo tiempo, que los bergantines y canoas rondasen la laguna y corriesen el distrito de las tres calzadas para impedir los socorros de la ciudad; por cuyo medio se hicieron repetidas presas de las embarcaciones que intentaban pasar con bastimentos y barriles de agua, y se tuvo noticia del aprieto en que se hallaban los sitiados. Cristóbal de Olid llegó algunas veces á poner en ruina los burgos ó primeras casas de la ciudad: Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval hacian el mismo daño en sus ataques; con lo cual, y con los buenos sucesos de aquellos dias, mudaron de semblante las cosas. Concibió el ejército nuevas esperanzas, y hasta los soldados menores facilitaban la empresa, entrando en las ocasiones con aquel género de alegre solicitud semejante al valor, que suele hacer atrevidos á los que llevan la victoria en la imaginacion, porque tuvieron la suerte de hallarse alguna vez entre los vencedores.

CAPÍTULO XXII.

Sirvense de varios ardides los Mejicanos para su defensa; embos-can sus canoas contra los bergantines; y Hernan Cortés padece una rota de consideracion, volviendo cargado á Cuyoacan.

Fué notable y en algunas circunstancias digna de admiracion, la diligencia con que defendieron su ciudad los Mejicanos. Obraba como natural en ellos el valor, criados en la milicia, y sin otro camino de ascender á las mayores dignidades; pero en esta ocasion pasaron de valientes á discursivos, porque necesitaron de inventar novedades contra un género de invasion, cuya gente, cuyas armas y cuyas disposiciones eran fuera del uso en aquella tierra, y lograron algunos golpes, en que se acreditó su ingenio de más que ordinariamente advertido. Queda referida la industria con que hallaron camino de fortificar sus calzadas, y no fué menor la que practicaron despues, enviando por diferentes rodeos canoas de gastadores á limpiar los fosos que iban cegando los Españoles, para cargarlos al tiempo de la retirada con todas sus fuerzas: ardid que ocasionó algunas pérdidas en las primeras entradas. Dieron con el tiempo en otro arbitrio más reparable, porque supieron obrar contra su costumbre cuando lo pedia la ocasion; y hacian de noche algunas salidas, sólo á fin de inquietar los cuarteles, fatigando á sus enemigos con la falta del sueño, para esperarlos despues con tropas de refresco.

Pero en nada se conoció tanto su vigilancia y habilidad como en lo que discurrieron contra los bergantines, cuya fuerza desigual intentaron deshacer buscándolos desunidos; á cuyo efecto fabricaron treinta grandes embarcaciones de aquellas que llamaban piraguas; pero de mayores medidas, y empavesadas con gruesos tablones para recibir la carga, y pelear ménos descubiertos. Con este género de armada salieron de noche á ocupar unos carrizales ó bosques de cañas palustres, que producia por

la mañana siguiente á Cuyoacan, llevando á sus dos lados la escolta de los bergantines; con que no se atrevieron los enemigos á inquietar la marcha.

Pasó el mismo dia á Iztacpalapa, donde halló á Gonzalo de Sandoval en términos de perderse. Había ocupado los edificios de la tierra y alojado su ejército, poniéndose lo mejor que pudo en defensa; pero los enemigos, que se recogieron á la parte del agua, procuraban ofenderle desde sus canoas. Hizo considerable daño en las que se acercaban : arruinó algunas casas: rompió dos ó tres socorros de Méjico, que intentaron atacarle por tierra; y aquel dia, porque los enemigos habian desamparado una casa grande, que distaba poco de la tierra, se resolvió á ocuparla para mejorarse, y desviar las ofensas de su cuartel. Facilitó el paso con algunas faginas arrojadas al agua, y entró á ejecutarlo con parte de su gente; pero apénas lo consiguió, cuando avanzaron las canoas que tenián puestas en celada, llevando consigo tropas de nadadores que deshiciesen el camino de la retirada; por cuyo medio consiguieron el sitiarle por todas partes, ofendiéndole al mismo tiempo desde los terrados y ventanas de las casas vecinas.

En este conflicto se hallaba cuando llegó Hernan Cortés, y descubriendo aquella multitud de canoas en las calles de agua que miraban á la parte de Méjico, dió calor á la boga, y empezó á jugar su artillería con tanto efecto, que asi por el daño que hicieron las balas, como por el miedo que tenian á los bergantines, huyeron todas á un tiempo, con ansia de salir á la laguna por las calles más retiradas, y con tanto desórden, que cargando en ellas la gente de los terrados, se fueron muchas á pique, y las demás vinieron á caer en el lazo de los bergantines, buscando con la fuga el peligro que procuraban evitar. Hicieron este dia los Mejicanos una pérdida que pudo suponer algo en el menoscabo de sus fuerzas; y reconociéndose despues aquella parte de la cuidad que tenian ocupada, se hallaron algunos prisioneros y bastante despojo, no tanto para la riqueza, como para la recreacion de los soldados. Conoció Hernan Cortés, á vista de las dificultades que habia expe-

rimentado Gonzalo de Sandoval en Iztacpalapa, que no era posible poner en operacion el trozo de su cargo, ni usar de la calzada, sin deshacer enteramente aquel abrigo de las canoas mejicanas, arruinando la media ciudad : detencion que sería dañosa para el estado que tenian las demas entradas, y determinó que se desamparase por entónces aquel puesto, y pasase Gonzalo de Sandoval con su gente á ocupar el de Tepeaquilla, donde habia otra calzada más estrecha para los ataques; pero de mayor utilidad para impedir los socorros del enemigo, que segun los avisos antecedentes, introducia por aquel paraje los víveres de que ya necesitaba. Ejecutóse luégo esta resolucion, y marchó la gente por tierra, siguiendo la misma costa los bergantines, hasta que se ocupó el nuevo cuartel; y hecho el alojamiento con poco embarazo, porque se halló despoblado el lugar, navegó Hernan Cortés la vuelta de Tácuba.

Halló desamparada esta ciudad Pedro de Alvarado, con que tuvo ménos que vencer para dar principio á sus entradas. Ejecutó algunas con varios sucesos, batiendo reparos y cegando fosos, de la misma forma que se gobernaba en las suyas Cristobal de Olid; y aunque hizo muy considerable daño á los enemigos, y alguna vez se adelantó hasta poner fuego en las primeras casas de Méjico, le habian muerto, cuando llegó Hernan Cortés, ocho Españoles : pérdia en que se mezcló el sentimiento con los aplausos de su valor.

Consideró Hernan Cortés que no le salia bien la cuenta de sus disposiciones, porque se iba reduciendo el sitio de Méjico á este género de acometimientos y retiradas : guerra en que se gastaban los dias, y se aventuraba la gente sin ganancia que pasase de hostilidad, ni mereciese nombre de progreso : el camino de las calzadas tenía suma dificultad con aquellos fosos y reparos que volvian los Mejicanos á fortificar todos los dias, y con aquella persecucion de las canoas, cuyo número excesivo cargaba siempre á la parte que desabrigaban los bergantines; y uno y otro perdia nuevos medios que facilitasen la empresa.

que las defendia; con que no soló se vengó la muerte de Pedro de Barba y Juan Portillo, pero se rompió enteramente su armada, quedando Hernan Cortés no sin conocimiento de que aprendió de los Mejicanos el ardid ó la invencion de hacer emboscadas en el agua; pero con particular satisfaccion de haber sabido imitarlos para deshacerlos.

Llegaban por entónces frecuentes avisos de lo que pasaba en la ciudad, por ser muchos los prisioneros que venian de las entradas, y sabiendo Hernan Cortés que se hacian ya sentir entre los sitiados el hambre y la sed, ocasionando rumores en el pueblo, y varias opiniones entre los soldados, puso mayor diligencia en cerrar el paso á las vituallas; y para dar nueva razon á sus armas, envió dos ó tres nobles de los mismos prisioneros á Guatimozin: « convidándole con la paz, y ofreciéndole partidos venta» josos, en órden á dejarle con el reino, y en toda su » grandeza, quedando solamente obligado á reconocer el » supremo dominio en el rey de los Españoles; cuyo de» recho apoyaba entre los Mejicanos la tradicion de sus » mayores, y el consentimiento de los siglos. » En esta sustancia fué su proposicion, y repitió algunas veces la misma diligencia, porque á la verdad sentia destruir una ciudad tan opulenta y deliciosa que ya miraba como alhaja de su rey.

Oyó entónces Guatimozín, con ménos altivez que solia, el mensaje de Cortés; y segun lo que refirieron poco despues otros prisioneros, llamó á su presencia el consejo de sus militares y ministros, convocando á los sacerdotes de los ídolos que tenian voto de primera calidad en las materias públicas. Ponderó en la propuesta: « el estado mi» serable á que se hallaba reducida la ciudad; la gente de » guerra que se perdia; lo que se congojaba el pueblo con » los principios de la necesidad; la ruina de los edificios; » y últimamente pidió consejo, inclinándose á la paz lo » bastante para que le siguiese la lisonja ó el respeto, » como sucedió entónces, porque todos los cabos y ministros votaron que se admitiese la proposicion de la paz, y se oyesen los partidos con que se ofrecia, reservando

para despues el discurrir sobre su proporcion ó su disonancia.

Pero los sacerdotes se opusieron con el rostro firme á las pláticas de la paz, fingiendo algunas respuestas de sus idolos, que aseguraban de nuevo la victoria, ó sería verdad en estos ministros la mentira de sus dioses, porque andaba muy solícito aquellos dias el demonio, esforzando en los oidos lo que no podia en los corazones. Y tuvo tanta fuerza este dictámen, armado con el celo de la religion, ó libre con el pretexto de piadoso, que se redujeron á él todos los votos, y Guatimozin, no sin particular desabrimiento, porque ya sentia en su corazon algunos presagios de su ruina, resolvió que se continuase la guerra; intimando á sus ministros, que perderia la cabeza cualquiera que se atreviese á proponerle otra vez la paz, por aprietos en que se llegase á ver la ciudad, sin exceptuar de este castigo á los mismos sacerdotes, que debian mantener con mayor constancia la opinion de sus oráculos.

Determinó Hernan Cortés con esta noticia que se hiciese una entrada general por las tres calzadas, para introducir á un mismo tiempo el incendio y la ruina en lo más interior de la ciudad, y enviando las órdenes á los capitanes de Tácuba y Tepeaquilla, entró á la hora señalada con el trozo de Cristóbal de Olid por Cuyoacan. Tenian los enemigos abiertos los fosos y fabricados sus reparos en la forma que solian; pero los cinco bergantines de aquel distrito rompieron con facilidad las fortificaciones, al mismo tiempo que se iban cegando los fosos, y pasó el ejército sin detencion considerable, hasta que llegando á la última puente que desembocaba en la ribera, se halló de otro género la dificultad. Habian derribado parte de la calzada para ensanchar aquel foso, dejándole con setenta pasos de longitud, y cargando el agua de las acequias para darle mayor profundidad. Tenian á la márgen contrapuesta una gran fortificacion de maderos unidos y entablados, con dos ó tres órdenes de troneras, y no sin algun género de traveses, y era innumerable muchedumbre de gente la que habian prevenido para la defensa de aquel paso. Pero á los primeros golpes de la batería cayó

en tierra esta máquina; y los enemigos despues de padecer el daño que hicieron sus ruinas, viéndose descubiertos al rigor de las balas, se recogieron á la ciudad, sin volver el rostro, ni cesar en sus amenazas. Dejaron con esto libre la ribera, y Hernan Cortés, por ganar el tiempo, dispuso que la ocupasen luégo los Españoles, sirviéndose para salir á tierra de los bergantines y de las canoas amigas que los acompañaban, por cuyo medio pasaron despues las naciones, los caballos y tres piezas de artillería, que parecieron bastantes para la faccion de aquel dia.

Pero ántes de cerrar con el enemigo, que todavía perseveraba en las trincheras, con que tenian atajadas las calles, encargó al tesorero Julian de Alderete, que se quedase á cegar y mantener aquel foso, y á los bergantines que procurasen hacer la hostilidad que pudiesen, acercándose á la batalla por los acequias mayores. Trabóse luégo la primera escaramuza, y Julian de Alderete, con el oido en el rumor de las armas, y con la vista en el avance de los Españoles, aprendió que no era decente á su persona la ocupacion, á su parecer mecánica, de cegar un foso, cuando estaban peleando sus compañeros; y se dejó llevar inconsideradamente á la ocasion, cometiendo este cuidado á otro de su compañía, el cual, ó no supo ejecutarlo, ó no quiso encargarse de operacion desacreditada por el mismo que la subdelegaba, con que le siguió toda la gente de su cargo, y quedó abandonado aquel foso, que se tuvo por impenetrable al tiempo de la entrada.

Fué valerosa en los primeros ataques la resistencia de los Mejicanos. Ganáronse con dificultad y á costa de algunas heridas sus fortificaciones, y fué mayor el conflicto cuando se dejaron atrás los edificios arruinados, y llegó el caso de pelear con los terrados y ventanas; pero en lo más ardiente del furor con que peleaban, se conoció en ellos una flojedad repentina que pareció ejecucion de nueva órden; porque iban perdiendo apresuradamente la tierra que ocupaban : y segun lo que se presumió entónces y se averiguó despues, nació esta novedad de que llegó á noticia de Guatimozin el desamparo del foso grande, y ordenó á sus cabos que tratasen de guardarse y

conservar la gente para la retirada. Tuvo Hernan Cortés por sospechoso este movimiento del enemigo, y porque se iba limitando el tiempo, de que necesitaba para llegar ántes de la noche á su cuartel, trató de retirarse, mandando primero que se derribasen y diesen al fuego algunos edificios para quitar los padrastos de la entrada siguiente.

Pero apénas se dió principio á la marcha, cuando asustó los oidos un instrumento formidable y melancólico, que llamaban ellos *la Bocina Sagrada*, porque solamente la podian tocar los sacerdotes cuando intimaban la guerra y concitaban los ánimos de parte de sus dioses. Era el sonido vehemente, y el toque una cancion compuesta de bramidos que infundia en aquellos bárbaros nueva ferocidad, dando impulsos de religion al desprecio de la vida. Empezó despues el rumor insufrible de sus gritos; y al salir el ejército de la cíudad cayó sobre la retaguardia que llevaban á su cargo los Españoles, una multitud innumerable de gente resuelta y escogida para la faccion que traian premeditada.

Hicieron frente los arcabuces y ballestas; y Hernan Cortés con los caballos que le seguian, procuró detener al enemigo; pero sabiendo entónces el embarazo del foso que impedia la retirada, quiso doblarse y no lo pudo conseguir, porque las naciones amigas, como traian órden para retirarse, y tropezaron primero con la dificultad, cerraron con ella precipitadamente, y no se oyeron las órdenes, ó no se obedecieron.

Pasaban muchos á la calzada en los bergantines y canoas, siendo más los que se arrojaron el agua, donde hallaron tropas de indios nadadores que los herian ó anegaban. Quedó sólo Hernan Cortés con algunos de los suyos á sustentar el combate. Mataron á flechazos el caballo en que peleaba; y apeándose á socorrerle con el suyo el capitan Francisco de Guzman, le hicieron prisionero, sin que fuese posible conseguir su libertad. Retiróse finalmente á los bergantines, y volvió á su cuartel herido, y poco ménos que derrotado, sin hallar recompensa en el destrozo que recibieron los Mejicanos. Pasaron de cuarenta los Es-

pañoles que llevaron vivos para sacrificarlos á sus ídolos: perdióse una pieza de artillería: murieron más de mil Tlascaltecas; y apénas hubo Español que no saliese maltratado: pérdida verdaderamente grande, cuyas consecuencias meditaba y conocia Hernan Cortés, negando al semblante lo que sentia el corazon por no descubrir entónces la malicia del suceso. ¡Dura, pero inexcusable pension de los que gobiernan ejércitos! obligados siempre á traer en las adversidades el dolor en el fondo, y el desahogo en la superficie del ánimo.

CAPÍTULO XXIII

Celebran los Mejicanos su victoria con el sacrificio de los Españoles: atemoriza Guatimozin á los confederados, y consigue que desemparen muchos á Cortés: pero vuelven al ejército en mayor número, y se resuelve á tomar puestos dentro de la ciudad.

Hicieron sus entradas al mismo tiempo Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado, hallando en ellas igual oposicion, y con poca diferencia en los progresos de ambos ataques: ganar los puentes, cegar los fosos, penetrar las calles, destruir los edificios y sufrir en la retirada los últimos esfuerzos del enemigo. Pero faltó el contratiempo del foso grande, y fué la pérdida menor, aunque llegarian á veinte los Españoles que faltaron de ambas entradas, sobre los cuales hacen la cuenta los que dicen que perdió Hernan Cortés mas de sesenta en la de Cuyoacan.

El tesorero Julian de Alderete, á vista de los daños que habia ocasionado su inobediencia, conoció su culpa, y vino desalentado y pesaroso á la presencia de Cortés, ofreciendo su cabeza en satisfaccion de su delito; y él le reprendió con severidad, dejándole sin otro castigo, porque no se hallaba en tiempo de contristar la gente con la demostracion que merecia. Fué preciso alzar por entónces la mano de la guerra ofensiva, y se trató sólo de ceñir el asedio y estrechar el paso á las vituallas, entretanto que

se atendia con particular cuidado á la cura de los heridos, que fueron muchos y más fáciles de numerar los que no lo estaban.

Pero se descubrió entónces la gracia de un soldado particular, llamado Juan Cathalan, que sin otra medicina que un poco de aceite y algunas bendiciones, curaba en tan breve tiempo las heridas que no parecia obra natural. Llama el vulgo á este género de cirugía curar por ensalmo, sin otro fundamento que haber oido entre las bendiciones algunos versos de los salmos, habilidad ó profesion no todas veces segura en lo moral, y algunas permitida con riguroso exámen. Pero en este caso no sería temeridad que se tuviese por obra del cielo semejante maravilla, siendo la gracia de sanidad uno de los dones gratuitos que suele Dios communicar á los hombres; y no parece creible que se diese concurso del demonio en los medios con que se conseguia la salud de los Españoles, al mismo tiempo que procuraba destruirlos con la sugestion de sus oráculos. Antonio de Herrera dice, que fué una mujer española, que se llamaba Isabel Rodriguez, la que obró estas curas admirables; pero seguimos á Bernal Diaz del Castillo que se halló más cerca; y aunque tenemos por infelicidad de la pluma tropezar con estas discordancias de los autores, no todas se deben apurar; porque siendo cierta la obra, importa poco á la verdad la diferencia del instrumento.

Volvamos empero á los Mejicanos, que aplaudieron su victoria con grandes regocijos. Viéronse aquella noche desde los cuarteles coronados los adoratorios de hogueras y perfumes; y en el mayor, dedicado al dios de la guerra, se percibian sus instrumentos militares en diferentes coros de ménos importuna disonancia. Solemnizaban con este aparato el miserable sacrificio de los Españoles que prendieron vivos, cuyos corazones palpitantes, llamando al Dios de la verdad miéntras les duraba el espíritu, dieron el último calor de la sangre á la infeliz aspersion de aquel horrible simulacro. Presumióse la causa de semejante celebridad, y las hogueras daban tanta luz, que se distinguia el bullicio de la gente; pero se alargaban algunos de los

soldados á decir, que percibian las voces y conocian los sujetos. Lastimoso espectáculo! y á la verdad no tanto de los ojos, como de la consideracion; pero en ella tan funesto y tan sensible, que ni Hernan Cortés pudo reprimir sus lágrimas, ni dejar de acompañarlo con la misma demostracion todos los que le asistian [1].

Quedaron los enemigos nuevamente orgullosos de este suceso, y con tanta satisfaccion de haber aplacado al ídolo de la guerra con el sacrificio de los Españoles, que aquella misma noche, pocas horas ántes de amanecer, se acercaron por las tres calzadas á inquietar los cuarteles, con ánimo de poner fuego á los bergantines, y proseguir la rota de aquella gente, que no sin particular advertencia,

1. Bernal Diaz asegura que los indios cogieron vivos á sesenta y dos Españoles. Ademas, segun el mismo Cortés, murieron en la pelea de 35 à 40 de los mismos; resultando de pérdida unos cien Españoles, sin contar los heridos : pérdida irreparable cuyas consecuencias pudieron ser áun mas funestas, si los Mejicanos hubieran sabido aprovecharse de la falsa posicion de sus contrários, y de la consternacion y espanto que en ellos produjo el horrible espectáculo del sacrificio de sus desgraciados compañeros de armas. Bernal Diaz y Cortés hacen la descripcion más aterradora de la bárbara inhumanidad con que los Mejicanos inmolaron aquellas victimas en las aras de sus dioses. Puede formarse idea de la horrorosa sensacion que produjo en el alma de los Españoles la vista de aquel sangriento espectáculo, que sin poderlo evitar contemplaban asombrados desde sus reales, por las siguientes palabras de Bernal Diaz. « Despues que vide abrir por los pechos y sacar » los corazones, y sacrificar aquellos sesenta y dos soldados, que » dicho tengo que llevaron vivos de los de Cortés, y ofrecelles los » corazones á los ídolos.... y habia visto que les aserraban por » los pechos, y sacalles los corazones bullendo, y cortalles pies y » brazos, y se los comieron á los sesenta y dos, que dicho tengo; » temia yo que un dia que otro habian de hacer de mí lo mismo, » porque ya me habian llevado asido dos veces, y quiso Dios que » me escapé; y acordóseme de aquellas muertes; y por esta causa » desde entónces temí desta cruel muerte : y esto he dicho, porque » ántes de entrar en las batallas, se me ponia por delante una como » grima y tristeza grandísima en el corazon, y encomendándome á » Dios, y á su bendita Madre Nuestra Señora, y entrar en las ba» tallas todo era uno, y luégo se me quitaba aquel temor. » ¡Qué confesion tan ingénua y franca! y ¡qué bien sienta y cuan verdadera parece en un hombre que en ciento diez y ocho batallas jamás habia dado la menor muestra de cobardía!

consideraban herida y fatigada; pero no supieron recatar su movimiento, porque avisó de él aquella trompeta infernal que los irritaba tratando á manera de culto la desesperacion; y se previno la defensa con tanta oportunidad, que volvieron rechazados, con la diligencia sola de asestar á las calzadas la artillería de los bergantines y de los mismos alojamientos, que disparando al bulto de la gente, dejó bastantemente castigado su atrevimiento.

El dia siguiente dió Guatimozin, por su propio discurso, en diferentes arbitrios de aquellos que suelen agradecerse á la pericia militar. Echó voz de que habia muerto Hernan Cortés en el paso de la calzada, para entretener al pueblo con esperanzas de breve desahogo. Hizo llevar las cabezas de los Españoles sacrificados á las poblaciones comarcanas, para que, acabándose de creer su victoria, tratasen de reducirse los que andaban fuera de su obediencia; y últimamente divulgó, que aquella deidad suprema entre sus ídolos, cuyo instituto era presidir á los ejércitos, mitigada ya con la sangre de los corazones enemigos, le habia dicho en voz inteligible : que dentro de ocho dias se acabaria la guerra, muriendo en ella cuantos despreciasen este aviso. Fingiólo así, porque se persuadió á que tardaria poco en acabar con los Españoles, y tuvo inteligencia para introducir en los cuarteles enemigos personas desconocidas que derramasen estas amenazas de su dios, entre las naciones de indios que militaban contra él : notable ardid para melancolizar aquella gente, desanimada ya con la muerte de los Españoles, con el estrago de los suyos, con la multitud de los heridos, y con la tristeza de los cabos.

Tenian tan asentado el crédito las respuestas de aquel ídolo, y era tan conocido por sus oráculos en las regiones más distantes, que se persuadieron fácilmente á que no podian faltar sus amenazas, haciendo tanta batería en su imaginacion el plazo de los ocho dias, señalado por el término fatal de su vida, que se determinaron á desamparar el ejército, y en las dos ó tres primeras noches faltó de los cuarteles la mayor parte de los confederados, siendo tan poderosa en aquellas naciones esta despreciable aprension,

que hasta los mismos Tlascaltecas y Tezcucanos se deshicieron con igual desórden, ó porque temieron el oráculo como los demás, ó porque se los llevó tras sí el ejemplo de los que le temian. Quedaron solamente los capitanes y la gente de cuenta, puede ser que con el mismo temor; pero si le tuvieron, fué ménos poderosa en ellos la defensa de la vida que la ofensa de la reputacion.

Entró Hernan Cortés en nueva congoja con este inopinado accidente, que le obligaba poco ménos que á desconfiar de su empresa; pero luégo que llegó á su noticia el orígen de aquella novedad, envió en seguimiento de las tropas fugitivas á sus mismos cabos para que las detuviesen, contemporizando con el miedo que llevaban, hasta que pasados los ocho dias señalados por el oráculo, llegasen á conocer la incertidumbre de aquellos vaticinios, y fuesen más fáciles de reducir al ejército : diligencia de notable acierto en el discurso de Hernan Cortés; porque pasados los ocho dias, llegó á tiempo la persuasion, y volvieron á sus cuarteles con aquel género de nueva osadía que suele formarse del temor desengañado.

Don Hernando, el príncipe de Tezcuco, envió á su hermano por los de aquella nacion, y volvió con ellos y con nuevas tropas que halló formadas para socorrer el ejército. Los Tlascaltecas desertores, que fueron de la gente más ordinaria, no se atrevieron á proseguir su viaje, temiendo el castigo á que iban expuestos; y estuvieron á la mira del suceso, creyendo que podrian unirse con los fugitivos de la rota imaginada; pero al mismo tiempo que se desengañaron de su vana credulidad, tuvieron la dicha de incorporarse con un socorro que venía de Tlascala, y fueron mejor recibidos en el ejército.

De este aumento de fuerzas con que se hallaba Cortés, y del ruido que hacía en la comarca el aprieto de la ciudad, resultó el declararse por los Españoles algunos pueblos que se conservaban neutrales ó enemigos : entre los cuales víno á rendirse y á tomar servicio en el ejército la nacion de los Otomíes, gente, como dijimos, indómita y feroz, que á guisa de fieras se conservaba en aquellos montes, que daban sus vertientes á la laguna : rebeldes

hasta entónces al imperio mejicano, sin otra defensa que vivir en paraje poco apetecible por estéril, y despreciado por inhabitable; con que llegó segunda vez el caso de hallarse Cortés con más de doscientos mil aliados á su disposicion; pasando en breves dias de la tempestad á la bonanza, y atribuyendo, como solia, este poco ménos que súbito remedio al brazo de Dios, cuya inefable providencia suele muchas veces permitir las adversidades para despertar el conocimiento de los beneficios.

No estuvieron ociosos los Mejicanos el tiempo que duró esta suspension de armas á que se hallaron reducidos los Españoles. Hacian frecuentes salidas, dejándose ver de dia y de noche sobre los cuarteles; pero siempre volvieron rechazados, perdiendo mucha gente, sin ofender, ni escarmentar. Súpose de los últimos prisioneros que se hallaba en grande aprieto la ciudad; porque el hambre y la sed tenía congojada la plebe y mal satisfecha la milicia. Enfermaba y moria mucha gente de beber las aguas salitrosas de los pozos. Los pocos bastimentos que podian escapar de los bergantines, ó entraban por los montes, se repartian por tasa entre los magnates, dando nueva razon á la impaciencia del pueblo, cuyos clamores tocaban ya en riesgos de la fidelidad [1]. Llamó Hernan Cortés á sus capitanes para discurrir con esta noticia lo que se debia obrar, segun el estado presente de la ciudad y del ejército.

Hizo su proposicion, con poca esperanza de que se rindiesen los sitiados á instancia de la necesidad, por el odio implacable que tenian á los Españoles, y por aquellas respuestas de sus ídolos con que lo fomentaba el demonio; y se inclinó á que sería conveniente volver luégo á las armas por esta probable conjetura, y porque no se deshiciesen otra vez aquellos aliados : gente de fáciles movimientos, y que asi como era de servicio en los combates, peligraba en el ocio de los alojamientos, porque siempre deseaban

1. Segun Bernal Diaz, Cortés tomó el consejo que le dió Suchel, cacique auxiliar, de estrechar por hambre á los Mejicanos. Á esa arma poderosa se debió la rendicion de Méjico, y á ella debió acudir Cortés desde el principio para acelerar el éxito, y economizar la sangre de sus soldados.

la ocasion de llegar á las manos; y no se hacian capaces de que fuese guerra el asedio que se practicaba entónces, ni ofensas del enemigo aquellas suspensiones de la cólera militar.

Vinieron todos en que se continuara la guerra sin desamparar el asedio; y Hernan Cortés, que acabó de conocer en el suceso antecedente lo que padecia en aquellas retiradas, expuestas siempre á los últimos esfuerzos de los Mejicanos, resolvió que reforzando la guarnicion de los cuarteles y de la plaza de armas, se acometiese de una vez por las tres calzadas para tomar puestos dentro de la ciudad : los cuales se habian de mantener á todo riesgo, procurando avanzar cada trozo por su parte hasta llegar á la gran plaza de los mercados que llamaban el Tlateluco, donde se unirian las fuerzas para obrar lo que dictase la ocasion. Estuviera más adelantada la empresa, ó conseguida enteramente, si se hubiera tomado en el principio esta resolucion; pero es tan limitada la humana providencia, que no hace poco el mayor entendimiento en lograr la enseñanza de los malos sucesos, y muchas veces necesita de fabricar los aciertos sobre la correccion de los errores.

CAPÍTULO XXIV

Hácense las tres entradas á un tiempo, y en pocos dias se incorpora todo el ejército en el Tlateluco; retírase Guatimozin al barrio más distante de la ciudad; y los Mejicanos se valen de algunos esfuerzos y cautelas para divertir á los Españoles.

Prevenidos los víveres, el agua y lo demas que pareció necesario para mantener la gente dentro de una ciudad donde faltaba todo, salieron los tres capitanes de sus cuarteles el dia señalado al amanecer; Pedro de Alvarado por el camino de Tácuba; Gonzalo de Sandoval por el de Tepeaquilla, y Hernan Cortés con el trozo de Cristóbal de Olid por el de Cuyoacan; llevando cada uno sus bergantines y canoas por los costados. Halláronse las tres calzadas en defensa, levantadas las puentes, abiertos los fosos, y

con tanta sobra de gente como si fuera este dia el primero de la guerra; pero se venció aquella dificultad con la misma industria que otras veces, y á costa de alguna detencion llegaron los trozos á la ciudad con poca diferencia de tiempo. Ganáronse brevemente las calles arruinadas, porque los enemigos las defendian con flojedad, para retirarse á las que tenian guarnecidos los terrados. Pero los Españoles trataron el primer dia de formar sus alojamientos, fortificándose cada trozo en su cuartel lo mejor que fué posible, con las ruinas de los edificios, y fundando su mayor seguridad en la vigilancia de sus centinelas.

Causó esta novedad grande turbacion y desconsuelo entre los Mejicanos, desarmóse la prevencion que tenian hecha para cargar la retirada : corrió la voz engrandeciendo el peligro y apresurando los remedios : acudieron los nobles y ministros al palacio de Guatimozin, y á instancia de todos se retiró aquella misma noche á lo más distante de la ciudad. Continuáronse las juntas, y hubo diversos pareceres desalentados ó animosos, segun obedecia el entendimiento á los dictámenes del corazon. Unos querian que se tratase desde luégo de poner en salvo la persona del rey sacándole á paraje más seguro; otros que se fortificase aquella parte de la ciudad que ocupaba la corte, y otros que se intentase primero desalojar á los Españoles, obligándoles á ceder la tierra que habian ocupado. Inclinóse Guatimozin al consejo de los más valerosos; y excluyendo el desamparar la ciudad, con resolucion de morir entre los suyos, ordenó que al amanecer se acometiese con todo el resto á los cuarteles enemigos. Para cuyo efecto juntaron y distribuyeron sus tropas con ánimo de aplicar todas sus fuerzas al esterminio de los Españoles. Y poco despues que se declaró la mañana se dejaron ver de los tres alojamientos, donde llegó primero el aviso de sus prevenciones; y la artillería que mandaba las calles hizo tan riguroso estrago en su vanguardia, que no se atrevieron á ejecutar la órden que traian, ántes se desengañaron brevemente de que no era posible su empresa; y sin llegar á lo estrecho del ataque dieron principio á la fuga con apariencias de retirada; cuyo movimiento, espa-

cioso y remiso por la frente, dió lugar á los Españoles para que avanzasen hasta medir las armas; y sin más diligencia que la que hubieron menester para seguir el alcance, quedó roto el enemigo, y mejorado el alojamiento de la noche siguiente.

Entróse despues en mayor dificultad, porque fué necesario caminar arruinando los edificios, batiendo los reparos, y cegando las aberturas de las calles; pero en uno y otro se procuró ganar el tiempo, y en ménos de cuatro dias se hallaron los tres capitanes á vista del Tlateluco, á cuyo centro caminaban por líneas diferentes.

Fué Pedro de Alvarado el primero que llegó á poner los piés dentro de aquella gran plaza, donde intentaron doblarse los enemigos que llevaba cargados; pero no se les dió lugar para que lo consiguiesen, ni era fácil pasar á la operacion desde la fuga; y al primer combate desampararon el puesto, retirándose confusamente á las calles de la otra bonda. Reconoció entónces Pedro de Alvarado que tenía cerca de sí un grande oratorio, cuyas gradas y torres ocupaba el enemigo; y con deseo de asegurar las espaldas, envió algunas compañías para que lo asaltasen y mantuviesen; lo cual se consiguió sin dificultad, porque los defensores trataban ya de retirarse con el ejemplo de los suyos. Redujo luégo á un escuadron toda su gente para disponer su alojamiento, y mandó hacer en lo alto del adoratorio algunas ahumadas para dar aviso á los demas capitanes del paraje donde se hallaba, ó para solicitar con aquella demostracion el aplauso de su diligencia.

Llegó poco despues el trozo que gobernaba Cristóbal de Olid y mandaba Hernan Cortés; y la multitud que desembocó en la plaza huyendo el avance de su gente, dió en el escuadron que formó con otro intento Pedro de Alvarado, donde perecieron casi todos combatidos por ambas partes; y sucedió lo mismo á los que rechazaba en su distrito Gonzalo de Sandoval, que tardó poco en arribar al mismo paraje.

Los que se habian retraido á las calles que miraban al resto de la ciudad, viendo unidas las fuerzas de los Españoles, huyeron desalentados, á guardar la persona de su

rey, creyendo que se hallaban ya en el último conflicto, con que se pudo tratar del alojamiento sin oposicion; y Hernan Cortés aplicó alguna gente á la defensa de las calles que se dejaban atras para tener seguras las espaldas; y dispuso que los bergantines con sus canoas cuidasen de correr el distrito de las tres calzadas, avisando en diligencia de cualquiera novedad que mereciese reparo.

Fué menester al mismo tiempo desembarazar la plaza de los cadáveres mejicanos, para cuyo efecto señaló algunas tropas de indios confederados que los fuesen echando en las calles de agua más profundas, con cabos Españoles que no los dejasen escapar con la carga miserable para celebrar aquellos banquetes de carne humana que daban la última solemnidad á sus victorias; y con todo este cuidado no fué posible atajar por la raiz el inconveniente, pero se redimió el exceso y se pudo componer la tolerancia con la disimulacion.

Vinieron aquella noche diferentes cuadrillas de paisanos, poco ménos que difuntos, á dar su libertad por el sustento; y aunque se llegó á sospechar que venian arrojados como gente inútil que no podian sustentar, hicieron compasion á todos: y Hernan Cortés, que ya no esperaba del asedio lo que se prometia de sus manos, ordenó que se les diese algun refresco para que saliesen á buscar su vida fuera de la ciudad.

Por la mañana se vieron llenas de Mejicanos las calles de su distrito; pero vinieron solamente á cubrir el trabajo de otras fortificaciones en que habian discurrido para defender la última retirada; y Hernan Cortés, viendo que no acometian ni provocaban, suspendió la entrada que tenia resuelta; porque deseaba repetir la instancia de la paz, teniendo entónces por verosímil que se rindiesen á capitular, ó conociesen por lo ménos que no era su intento destruirlos, pues ofrecia partidos unida su gente, y teniendo á su disposicion la mayor parte de la ciudad. Llevaron esta embajada tres ó cuatro prisioneros de los más principales, y se aguardó la respuesta, no sin otra esperanza de que hacía fuerza la proposicion, porque se retiró enteramente

la multitud que solia concurrir á la defensa de los calles.

Era el distrito que ocupaba Guatimozin con sus nobles, ministros y militares, un ángulo muy espacioso de la ciudad, cuya mayor parte aseguraba la vecindad de la laguna; y por la otra, que distaba poco de Tlateluco, tenian cerradas todas las avenidas, con una circunvalacion de paredes ó murallas de tablazon y fagina que se daban la mano con los edificios, y tenian delante un foso de agua profunda que abrieron casi á la mano, haciendo cortaduras en las calles de tierra para dar corriente á las acequias. Entró Hernan Cortés el dia siguiente con la mayor parte de los Españoles á reconocer el paraje que desamparó el enemigo, y llegó á vista de sus fortificaciones, cuya línea se halló coronada por todas partes de innumerable gente, pero con señas de paz, que se reducian á callar el toque de sus instrumentos y la irritacion de sus voces. Repitióse otras veces esta diligencia de acercarse los Españoles sin ofender ni provocar; y se conoció que tenian ellos la misma órden; porque bajaban siempre las armas, dando á entender con el silencio y la quietud, que no les eran desagradables los tratados que ocasionaban aquel género de tregua.

Pero al mismo tiempo se hizo reparo en los esfuerzos con que procuraban osconder la necesidad que padecian, y ostentar que no deseaban la paz con falta de valor. Poníanse á comer en público sobre los terrados, y arrojaban tortillas de maíz al pueblo para que se creyese que les sobraba el bastimento; y salian de cuando en cuando algunos capitanes á pedir batalla singular con el más valiente de los Españoles; pero duraban poco en la instancia, y se volvian á recoger, tan ufanos del atrevimiento como pudieran de la victoria.

Uno de estos se acercó al paraje donde se hallaba Hernan Cortés, que parecia hombre de cuenta en los adornos de su desnudez, y eran sus armas espada y rodela, de las que perdieron los Españoles sacrificados. Insistia con grande arrogancia en su desafío; y cansado Hernan Cortés de sufrir sus voces y sus ademanes, le hizo decir por su intérprete : « que trujese otros diez como él, y permi-

» tiria que pasase á batallar con todos juntos aquel español, » señalando á su paje de rodela. Conoció el indio su desprecio ; pero sin darse por entendido, volvió á la porfía con mayor insolencia; y el paje, que se llamaba Juan Nuñez de Mercado, y sería de hasta diez y seis ó diez y siete años, persuadido á que le tocaba el duelo como señalado para él, se apartó del concurso disimuladamente, lo que hubo menester para lograr su hazaña sin que le detuviesen; y pasando como pudo el foso, cerró con el mejicano, que ya le aguardaba prevenido ; pero recibiendo en la rodela su primer golpe, le dió al mismo tiempo una estocada con tan briosa resolucion, que sin necesitar de segunda herida, cayó muerto á sus piés : accion que tuvo grande aplauso entre los Españoles, y mereció á los enemigos igual admiracion. Volvió luégo á los piés de su amo con la espada y la rodela del vencido ; y él, que se pagó enteramente de su temprano valor, le abrazó repetidas veces, y ciñéndole de su mano la espada que gañó por sus puños, le dejó confirmado en la opinion de valiente, y admitido á las véras de otra edad en las conversaciones del ejército.

En los tres ó cuatro dias que duró esta suspension de armas, hubo frecuentes conferencias entre los Mejicanos sobre la proposion de la paz. La mayor parte de los votos queria que se admitiesen los tratados, conociendo el estado miserable á que se hallaban reducidos; y algunos clamaban por la continuacion de la guerra, fundado interiormente su parecer en el semblante de su rey; pero aquellos sacerdotes inmundos que votaban, mandando como intérpretes de sus dioses, fortalecieron el bando menor, mezclando las ofertas de la victoria con misteriosas amenazas, dichas á manera de oráculos ; por cuyo medio encendieron los ánimos haciéndolos partícipes de su furor: con que votaron todos á una voz que se volviese á las armas; y Guatimozin lo resolvió en la misma conformidad, calificando su obstinacion con la obediencia de los dioses. Pero mandó al mismo tiempo, que ántes de romper la tregua saliesen todas las piraguas y canoas á una ensenada que hacía la laguna por aquella parte de la ciudad,

para tener prevenida la retirada caso que se llegasen á ver en el último aprieto.

Ejecutóse luégo esta órden, y fueron saliendo á la ensenada innumerables embarcaciones, sin otra gente que la necesaria para los remos : de cuya novedad avisaron á Hernan Cortés los Españoles de la laguna, y él conoció luégo que hacian aquella prevencion los Mejicanos para escapar con la persona de su rey, dejando pendiente la guerra, y litigiosa la posesion de la ciudad. Nombró con este cuidado por general de todos los bergantines á Gonzalo de Sandoval, para que sitiase á lo largo la ensenada, tomando por su cuenta los accidentes de aquella surtida; y poco despues movió su ejército con ánimo de acercarse á las fortificaciones, y adelantar la resolucion de la paz con las amenazas de la guerra. Pero los enemigos tenian ya la órden para defenderse ; y ántes que llegase la vanguardia, publicaron sus gritos el rompimiento del tratado. Dispusiéronse al combate con grande osadía, y á breve rato se conoció que iba desmayando su orgullo, porque al experimentar el destrozo que hicieron las primeras baterías en aquella frágil muralla que tenian por impenetrable, se desengañaron de su peligro ; y segun parece avisaron de él á Guatimozin, porque tardaron poco en hacer llamada con lienzos blancos, repitiendo á voces el nombre de la paz.

Dióseles á entender por los intérpretes que podrian acercarse los que tuviesen que proponer de parte de su príncipe ; y con esta permision se presentaron á la otra parte del foso cuatro Mejicanos en traje de ministros, los cuales, hechas con afectada gravedad las humillaciones de su costumbre, dijeron á Cortés : « que la majestad suprema » del poderoso Guatimozin, su señor, los habia nombrado » por tratadores de la paz, y los enviaba para que, oyendo » al capitan de los Españoles, volviesen á informarle de » lo que se debia capitular en ella. » Respondió Hernan Cortés : « que la paz era el único fin de sus armas ; y aun» que pudieran ellas dar entónces la ley á los que tarda» ban tanto en conocer la razon, venía desde luégo en » abrir la plática para que se volviese al tratado ; pero

» que materias de semejante calidad se ajustaban dificul-
» tosamente por terceras personas; y así era necesario
» que su príncipe se dejase ver, ó por lo ménos se acer-
» case con sus ministros y consejeros, por si hubiese
» alguna dificultad que necesitase de consulta; puesto
» que se hallaba con ánimo de venir en cuantos partidos
» no fuesen repugnantes á la superior autoridad de su rey:
» á cuyo fin le ofrecia con empeño de su palabra, » y añadió la fuerza del juramento: « que por su parte no sólo
» cesaria la guerra, pero se procurarian lograr en su obse-
» quio todas las atenciones que mirasen á la seguridad y
» al respeto de su persona. »

Retiráronse con este mensaje los enviados, satisfechos al parecer de su despacho, y volvieron aquella misma tarde á decir: « que su príncipe vendria el dia siguiente » con sus criados y ministros á escuchar desde más cerca » los capítulos de la paz. » Era su intento entretener la conferencia con varios pretextos hasta que se acabasen de juntar sus embarcaciones para ejecutar la retirada que ya tenian resuelta: y así volvieron á la hora señalada los mismos enviados, suponiendo que no podia venir Guatimozin hasta otro dia por un accidente que le habia sobrevenido: alargóse despues el plazo con pretexto de ajustar algunas condiciones en órden al sitio y á la formalidad de las vistas; y últimamente se pasaron cuatro dias en estas interlocuciones, y se conoció más tarde que debiera el engaño. Pero Hernan Cortés creyó que deseaban la paz, gobernándose por el estado en que se hallaban, tanto que tuvo hechas algunas prevenciones de aparato y ostentacion para el recibimiento de Guatimozin; y cuando supo lo que pasaba en la laguna, quedó avergonzado interiormente de haber mantenido su buena fé sobre tantas dilaciones, y prorumpió en amenazas contra el enemigo, sirviéndose de la cólera para ocultar su desaire; y hallando, al parecer, alguna diferencia entre las dos confesiones de ofendido y engañado.

CAPÍTULO XXV

Intentan los Mejicanos retirarse por la laguna: pelean sus canoas con los bergantines para facilitar el escape de Guatimozin; y finalmente se consigue su prision y se rinde la ciudad.

Llegó el dia que señaló Hernan Cortés por último plazo á los ministros de Guatimozin, y al amanecer reconoció Gonzalo de Sandoval que se iban embarcando con grande aceleracion los Mejicanos en las canoas de la ensenada. Puso luégo esta novedad en la noticia de Cortés; y juntando los bergantines que tenía distribuidos en diferentes puestos, se fué acercando poco á poco para dar alcance á su artillería. Moviéronse al mismo tiempo las canoas enemigas en que venian los nobles y casi todos los cabos principales de la plaza; porque traian discurrido hacer un esfuerzo grande contra los bergantines, y mantener á todo riesgo el combate, hasta que retirada la persona de su rey, entretanto que duraba esta diversion de sus enemigos, pudiesen apartarse despues á seguirle por diferentes rumbos. Así lo ejecutaron acometiendo á los bergantines con tanto ardimiento, que sin detenerse al estrago que hicieron las balas en lo distante, se acercaron muchos á recibir los golpes de las picas y las espadas. Pero al mismo tiempo que duraba el fervor de la batalla, reparó Gonzalo de Sandoval en que iban escapando á toda fuerza de remo seis ó siete piraguas por lo más distante de la ensenada; y ordenó al capitan García de Holguin que partiese á darlas caza con el bergantin de su cargo, y procurase rendirlas con la menor ofensa que fuese posible.

Nombró entre los demas capitanes á García de Holguin, tanto por lo que fiaba de su valor y actividad, como por la gran ligereza de su bergantin: diferencia que consistiria en el vigor de los remeros, ó en haber salido el buque más obediente á los remos: circunstancias que suele dar el caso en este género de fábricas. Y él, sin detenerse más que á tomar la vuelta y alentar la boga, puso tanto calor

en su diligencia, que á breve rato ganó alguna ventaja para volver la proa, y dejarse caer sobre la piragua que iba delante, y parecia superior á las demas. Pararon todas á un tiempo, soltando los remos al verse acometidas: y los Mejicanos de la primera dijeron á grandes voces que no se disparase, porque venía en aquella embarcacion la persona de su rey; segun lo interpretaron algunos soldados españoles que ya sabian algo de su lengua, y para darse á entender mejor, bajaron las armas, adornando el ruego con varias demostraciones de rendidos. Abordó con esto el bergantin, y saltando en la piragua se arrojaron á la presa García de Holguin y algunos de sus Españoles. Adelantóse á los suyos Guatimozin; y conociendo al capitan en el semblante de los otros, le dijo: « Yo soy tu pri» sionero, y quiero ir donde me puedes llevar: sólo te pido » que atiendas al decoro de la emperatriz y de sus cria» das. » Pasó luégo al bergantin, y dió la mano á su muger para que subiese á él, tan léjos de la turbacion, que reconociendo á García de Holguin cuidadoso de las otras piraguas, añadió: « No tienes que discurrir en esa gente » de mi séquito, porque todos se vendrán á morir donde » muriere su príncipe: » y á su primer seña dejaron caer las armas, y siguieron al bergantin como prisioneros de su obligacion.

Peleaba entretanto Gonzalo de Sandoval con las canoas enemigas; y se conoció en su resistencia la calidad de la gente que las ocupaba, y el grande asunto de aquella nobleza que tomó á su cargo la resolucion de facilitar á costa de su sangre la libertad de su rey. Pero duraron poco en la batalla, porque tuvieron brevemente la noticia de su prision; y pasando en un instante de la turbacion al desaliento, se convirtieron los alaridos militares en clamores y lamentos de más apagado rumor. No sólo se rendian con poca ó ninguna resistencia; pero hubo muchos de los nobles que hicieron pretension de pasar á los bergantines para seguir la fortuna de su príncipe.

Llegó entónces García de Holguin, despachando primero una canoa en diligencia con el aviso á Cortés, y sin acercarse demasiado al bergantin de Sandoval, le dió como de

paso cuenta del suceso; y viéndole inclinado á encargarse del gran prisionero, continuó su viaje, temiendo que pasase á ser órden la primera insinuacion, y se hiciese delito de su obediencia la razon de su repugnancia.

Continuábanse al mismo tiempo los ataques de la muralla dentro de la ciudad; y los Mejicanos, que se ofrecieron á defenderla para divertir por aquella parte á los Españoles, pelearon con admirable constancia y arrojamiento, hasta que sabiendo por sus centinelas el fracaso de las piraguas en que iba Guatimozin, se retiraron atropelladamente, volviendo las espaldas con más señas de asombrados que temerosos.

Conocióse luégo la causa de aquella novedad, porque llegó entónces el aviso que adelantó García de Holguin, y Hernan Cortés levantando los ojos al cielo, como quien reconocia el orígen de su felicidad, mandó luégo á los cabos de su ejército que se mantuviesen á vista de las fortificaciones sin pasar á mayor empeño hasta otra órden; y enviando al mismo tiempo dos compañías de Españoles al surgidero para que asegurasen la persona de Guatimozin, salió á recibirle cerca de su alojamiento, cuya funcion ejecutó con grande urbanidad y reverencia, en que obraron más que las palabras las señas exteriores; y Guatimozin correspondió en la misma lengua, procurando esforzar el agrado para encubrir el despecho.

Cuando llegaron á la puerta se detuvo el acompañamiento, y Guatimozin entró delante con la emperatriz, afectando que no rehusaba la prision. Sentáronse luégo los dos, y él se volvió á levantar para que tomase Cortés su asiento, tan dueño de sí en estos principios de su adversidad, que reconociendo á los intérpretes por el puesto que ocupaban, rompió la plática diciendo: « ¿ Qué aguar» das, valeroso capitan, que no me quitas la vida con ese » puñal que traes al lado? Prisioneros como yo siempre » son embarazosos al vencedor. Acaba conmigo de una » vez, y tenga yo la dicha de morir á tus manos, ya que » me ha faltado la de morir por mi patria. »

Quisiera proseguir, pero se dió por vencida su constancia, y dijo lo demás el llanto, llevándose tras sí las cláu-

sulas de la voz y la resistencia de los ojos : siguióle con ménos reserva la emperatriz, y Hernan Cortés necesitó de negarse á las instancias de su piedad para no enternecerse. Pero dejando algun tiempo al desahogo de ambos príncipes, respondió á Guatimozin : « que no era su prisionero, » ni habia caido en semejante indignidad su grandeza; » sino prisionero de un príncipe tan poderoso que no » tenía superior en todo el orbe de la tierra, y tan be- » nigno que de su real clemencia podia esperar no sola- » mente la libertad que habia perdido, sino el imperio de » sus mayores, mejorando con el título de su amistad : » que por el tiempo que tardase la noticia de sus órdenes, » sería respetado y servido entre los Españoles, de manera » que no le hiciese falta la obediencia de sus Mejicanos. » Y quiso pasar á consolarle con algunos ejemplos de coronas infelices; pero estaba muy tierno el dolor para sufrir los remedios, y temió la empresa de reducirle, sin mortificarle, porque no se hicieron los consuelos para reyes desposeidos, ni era fácil buscar la conformidad en el ánimo cuando faltaba Dios en el entendimiento.

Era Guatimozin mozo de veinte y tres á veinte y cuatro años, tan valeroso entre los suyos, que de esta edad se halló graduado con las hazañas y victorias campales, que habilitaban á los nobles para subir al imperio. El talle de bien ordenada proporcion : alto sin descaecimiento, y robusto sin deformidad. El color tan inclinado á la blancura, ó tan léjos de la oscuridad, que parecia extrangero entre los de su nacion. El rostro, sin faccion que hiciese disonancia entre las demas, daba señas de fiereza interior, tan enseñado á la estimacion ajena, que áun estando afligido no acababa de perder la majestad. La emperatriz, que sería de la misma edad, se hacía reparar por el garbo y el espíritu con que mandaba el movimiento y las acciones; pero su hermosura, más varonil que delicada, pareciendo bien á la primera vista, duraba ménos en el agrado que en el respeto de los ojos. Era sobrina del gran Motezuma, ó segun otros, su hija; y cuando lo supo Hernan Cortés repitió sus ofrecimientos, dándose por nuevamente obligado á reconocer en su persona lo que veneraba la me-

moria de aquel príncipe. Pero le tenía cuidadoso la necesidad de volver á su ejército para que se acabase de rendir aquella parte de la ciudad que ocupaban los enemigos, y cortando la conversacion se despidió cortesanamente de sus dos prisioneros. Dejólos á cargo de Gonzalo de Sandoval con la guardia que pareció suficiente; y ántes de partir le avisaron que le llamaba Guatimozin, cuyo intento fué interceder por sus vasallos. Pidióle con todo encarecimiento: « que no los maltratase ni ofendiese, pues bas» taria para reducirlos la noticia de su prision. » Y estaba tan en sí, que conoció á lo que se apartaba Hernan Cortés, cabiendo entre sus congojas este noble cuidado verdaderamente digno de ánimo real. Y aunque le ofreció cuidar de que se les hiciese todo buen pasaje, dispuso tambien que le acompañase uno de sus ministros, mandando por este medio á la gente de guerra y al resto de sus vasallos, que obedeciesen al capitan de los Españoles; pues no era justo provocar á quien le tenía en su poder, ni dejar de conformarse con el decreto de sus dioses.

Estaba el ejército en la misma disposicion que le dejó Cortés, sin que se hubiese ofrecido novedad; porque los enemigos, que se retiraron al primer asombro en que les puso la prision de su rey, se hallaban sin aliento para defenderse, y sin espíritu para capitular en la forma de rendirse. Entró delante á verse con ellos el ministro de Guatimozin; y apénas les intimó la órden que llevaba, cuando se acomodaron á lo que deseaban, haciendo que obedecian.

Ajustóse, por la misma interposicion de aquel ministro, que saliesen desarmados y sin llevar indios de carga: lo cual ejecutaron tan apresuradamente, que ocuparon poco tiempo en la salida. Hizo admiracion el número de la gente militar que tenian despues de tantas pérdidas. Cuidóse mucho de que no se les hiciese molestia ni mal pasaje; y eran tan respetadas las órdenes de Cortés, que no se oyó una voz descompuesta entre aquellos confederados que tanto los aborrecian.

Entró despues el ejército á reconocer por aquella parte lo último de la ciudad, y sólo se hallaron lástimas y mise-

rias que hacian horror á la vista y miedo á la consideracion, impedidos y enfermos que no pudieron seguir á los demas, y algunos heridos que pretendian la muerte, acusando la piedad de sus enemigos. Pero nada fué de mayor espanto á los Españoles que unos patios y casas yermas, donde iban amontonando los cuerpos de la gente principal que moria peleando, para celebrar despues sus exequias, de que resultaba un olor intolerable que atemorizaba la respiracion; y á la verdad tenía poco ménos que inficionado el aire, cuyo recelo apresuró la retirada. Y Hernan Cortés, señalando sus cuarteles á Gonzalo de Sandoval y á Pedro de Alvarado fuera de aquel paraje sospechoso, y dadas las órdenes que parecieron convenientes, se retiró con sus prisioneros á Cuyoacan, llevando consígo el trozo de Cristóbal de Olid, entretanto que se limpiaba de aquellos horrores la ciudad, donde volvió dentro de pocos dias, para tratar de lo que parecia necesario en órden á mantener lo conquistado, y atender á las demas prevenciones y cuidados, que ya se venian al discurso, como consecuencias de aquella felicidad [1].

Sucedió la prision de Guatimozin, y la total ocupacion de Méjico, á trece de agosto en el año de mil y quinientos y veinte y uno, dia de san Hipólito, en cuya memoria celebra hoy aquella ciudad la fiesta de este insigne mártir con título de patron. Duró el sitio noventa y tres dias, en cuyos varios accidentes prósperos y adversos, se deben igualmente admirar el juicio, la constancia y el valor de Cortés: el esfuerzo infatigable de los Españoles: la conformidad y la obediencia de las naciones amigas: concediendo á los Mejicanos la gloria de haber asistido á su defensa y á la de su rey, hasta la última obligacion del espíritu y la paciencia.

Preso Guatimozin y rendida la ciudad, cabeza de aquel vasto dominio, vinieron á la obediencia, primero los príncipes tributarios, y despues los confinantes: unos á la opi-

1. Segun Cortés, los muertos y prisioneros mejicanos pasaron de 50 mil; y otros tantos ó más murieron de hambre y enfermedades durante el sitio. La guarnicion, por lo que dice el mismo, se calcula próximamente en 200 mil hombres.

nion y otros á la diligencia de las armas; y se formó en breve tiempo aquella gran monarquía, que mereció el nombre de Nueva España, debiendo el Máximo Emperador Cárlos V á Fernando Cortés no ménos que otra corona digna de sus reales sienes. ¡Admirable conquista! ¡y muchas veces ilustre capitan! de aquellos que producen tarde los siglos, y tienen raros ejemplos en la historia [1].

1. Aun cuando la conquista de Méjico, con que Solís termina su obra, sea en efecto la joya más brillante de la corona militar de Hernan Cortés, menester será sin embargo, que el lector recorra toda la historia de Nueva España hasta el final regreso de aquel guerrero á su patria, para poderle juzgar como militar y político, segun lo han hecho á su manera los extranjeros.

Los hechos sobre que más se apoyan los historiadores para probar las crueldades autorizadas por Cortés, son el castigo de la traicion de Cholula, el de la sublevacion de la provincia de Panuco, y la muerte de Quautemoctzin, último emperador mejicano; el mismo que sostuvo el sitio de la capital. Del primero ya hemos hablado suficientemente en la nota de la pág. 181, y no es menester repetirlo de nuevo. Respecto del segundo advertiremos ante todo, que ni somos partidarios de la violencia ni de los castigos extremados; y que en ese acontecimiento condenamos con la misma severidad los excesos de los Españoles, que las atrocidades cometidas por los indios de Panuco.

Respecto á la ejecucion jurídica de los 400 caciques y capitanes, queda destruida tan numerosa mortandad, ya se atienda por una parte al aserto de Bernal Diaz que sólo señala *veinte*, ya por otra á que en una proviñcia reducida como la de Panuco, cuyas fuerzas no eran comparables á las de Tlascala, no podia haber 400 caciques y capitanes : á ménos que no queramos prescindir de la organizacion civil y militar de aquellos pueblos.

Si partimos del principio de que ninguna potencia tiene derecho para invadir y sojuzgar á otra, miéntras ésta no quebrante las leyes del derecho comun, indudablemente habremos de condenar como injusta la invasion de los Españoles en América ; de los Portugueses en la del mediodia ; de los Ingléses en la septentrional y en la India ; de los Franceses en la Jamáica, etc.; así como tambien habríamos de condenar por la misma regla ese principio de legitimidad con que rigen sus Estados los príncipes europeos, cuyo derecho no fué otro en su principio que el derecho de la espada. Por esa razon hay que prescindir de lo justo ó injusto de semejante derecho ; porque ademas de que la posesion y el tiempo llegan á legitimarlo, es, por otra parte, el único y más generalmente temido y acatado. De ese derecho por todos condenado en teoría, y por todos aplicado en la práctica hasta en los sucesos más comunes de la vida, nace otro como consecuencia inevitable, cual

es el de imponer á los vencidos las leyes que al vencedor le dicta el instinto de su propia conservacion: de suerte que la necesidad de vigilar por ella, le autoriza para reprimir con mano fuerte todos los actos atentatorios contra el derecho que tiene á su conservacion. Toda esta doctrina de hecho, que produce sin embargo, resultados legítimos por el transcurso del tiempo, si bien no es la más ajustada á los rectos principios de la sana moral, es sin embargo, y á despecho de la razon y de la justicia, la más comun y admitida desde que el hombre existe; y como no es fácil, ó mejor, es imposible que éste sea otra cosa de lo que ha sido y es actualmente, será muy probable que aquella doctrina siga rigiendo el destino de las sociedades.

En el suceso, pues, á que nos referimos, Cortés y Sandoval no hicieron otra cosa que aplicar un derecho admitido en la práctica, sopena de renunciar al dominio de una provincia, que si tuvo el derecho de defender su independencia sin otra responsabilidad que los azares de la guerra, no podia resistirse despues de sometida, sin quebrantar las leyes que le impuso el vencedor, y sin incurrir en las penas que la infraccion de la misma supone. Quisiéramos, pues, preguntar á los extranjeros que tanto se lamentan de la invasion y crueldades de nuestros conquistadores de América, ¿si tuvieron otro derecho ó hicieron de él diversa aplicacion en la práctica, cuando fueron á hacerse dueños de varios puntos de aquel vastísimo continente? ¿si son los Ingléses más fieles observadores del derecho de gentes cuando oprimen con yugo de hierro á los infelices moradores de la India, haciéndolos gemir bajo la rapaz avaricia de sus compañías mercantiles? ¿ó si es una prueba del respeto que guardan á ese derecho cuando á una nacion pacífica como la China, la obligan á cañonazos á recibir en sus mercados un producto nocivo á la salud, y que en uso de su derecho podian excluir del tráfico ordinario? Pasemos á examinar el último cargo.

La muerte de Quautemoctzin es un acontecimiento que no se halla suficientemente esclarecido en la historia. Háblase por los historiadores de no haberse probado suficientemente la conjuracion que aquel príncipe y sus amigos tenian premeditada para asesinar á Cortés en su expedicion á Honduras; y concluyen que le sentenció á muerte por leves sospechas y con sobrada ligereza, Repetimos que no podemos conocer por la narracion de los historiadores, la parte de razon ó de arbitrariedad con que pudo proceder Cortés en tan grave negocio. Pero es bien extraño en un hombre como éste, que sabia disimular y prevenirse contra las asechanzas para sorprender los hechos; que toleró la compañía de Xicotencal, cuya tibia adhesion le fué siempre sospechosa; en suma, que habia distinguido siempre al vencido y último rey de los Mejicanos, llevándole por último á su lado en la expedicion á Honduras; es singular, volvemos á decir, que *por una leve sospecha apoyada en disposiciones sin fuerza,* como dice Mr. Robertson, hiciese Cortés ahorcar á Quautemoctzin y á sus dos principales ca-

ciques. No obstante la obscuridad de la historia en este asunto, aparece en ella, sin embargo, que estos caciques confesaron francamente la conspiracion y que sólo su príncipe estuvo más dudoso y equívoco en las declaraciones. Si en efecto no tuvo suficiente causa legal Hernan Cortés para proceder tan violentamente contra aquellos personajes, no seremos nosotros los que tratemos de constituirnos defensores de la injusticia y de la tiranía para presentarle exento de defectos como lo procura Solís. Pero la oscuridad misma de ese asunto excluye juicios absolutos y dichos con aire de seguridad, cuando tan fácilmente pudiera aparecer algun documento olvidado entre el polvo de los archivos, que derramase nueva luz sobre la justicia ó la barbarie con que se procedió á la ejecucion de aquellos desgraciados. Sin embargo de todo, si lo que escribe Herrera es cierto, Cortés pudo y debió imponer la última pena á los conspiradores, ó suscribir á un levantamiento general en que pereciesen todos los Españoles.

Los extranjeros ponen el grito en el cielo contra los suplicios que allí se empleaban, que no fueron otros sino la horca y la hoguera, olvidándose de que en aquellos siglos eran éstos, el tormento y la decapitacion, los más usados entre los cultos europeos. Consúltense las guerras civiles de Inglaterra en los siglos XVI y XVII; las de Alemania, Italia y Francia; véase qué género de suplicio se aplicaba en todas partes á los disidentes en materias de religion: cuál fué el que sufrió la doncella de Orleans; y en suma otros infinitos sucesos que por lo muy sabidos dejamos de enumerar; y dígase despues si debemos admirarnos de que se trasladasen á América las mismas atrocidades que se ejecutaban en Europa. Por otra parte, los indios estaban acostumbrados á suplicios tan horribles ó más que éstos; como puede verse en los bárbaros sacrificios que hacian de sus prisioneros: era preciso pues, si la necesidad obligaba á atemorizarlos con el castigo, que éste estuviera á la altura de sus toscas sensaciones; de otro modo no hubieran producido efecto alguno.

El segundo cargo que se hace á Cortés, valiéndose del testimonio de Herrera y Bernal Diaz, es el de avaricioso: punto sobre el cual guarda Solís el más profundo silencio, acaso ¡porque careciendo de pruebas en contrário, y llevando el designio de presentar á su héroe como un caballero sin tacha, juzgó más acertado tomar aquel prudente partido. Nosotros sin el mismo empeño que Solís, pero llevados del deseo de aclarar los hechos cuanto nos sea posible, alegaremos los que aparecen en oposicion con los asertos de aquellos historiadores, remitiendo al buen juicio de nuestros lectores la resolucion de tan delicado problema.

Hablando Mr. Robertson del regreso de Cortés á España para sincerarse de las acusaciones que sus émulos esparcieron contra él en la córte de Cárlos V, pone una nota que dice lo siguiente: « Segun Herrera, el tesoro que Cortés llevó consigo, consistia en » mil y quinientos marcos de plata labrada, doscientos mil pesos » en oro fino; y diez mil de baja ley, muchos adornos y joyas, y

» diamantes de gran valor, entre estos uno que valia cuarenta mil » pesos. (Cita en apoyo la Década 4, lib. III, p. 8; lib. IV, c. I.) » Despues se obligó á dotar á su hija en cien mil pesos (Gomara, » Crón., c. 237) y dejó á sus hijos muy considerable fortuna. Ya » en otra parte hemos fijado la atencion sobre la pequeñez de la » suma que habia repartido entre los conquistadores en la pri- » mera reduccion de Méjico. Motivo hay, pues, para creer que las » acusaciones de los enemigos de Cortés, no estaban enteramente » destituidas de fundamento. Éstos le acusan de haberse apropiado » injustamente una porcion exorbitante de los despojos de los » Mejicanos; de haber ocultado los tesoros de Motezuma y Guati- » mozin, de haber malversado el quinto del rey: y de haber pri- » vado á sus compañeros de lo que les era debido (Herrera, déc. 3, » lib. VIII, cr. 15; déc. 4, lib. III, cap. 8): algunos, áun de los » mismos conquistadores, concibieron iguales sospechas (B. Diaz, » cr. 157.) » Veamos pues, el fundamento de esta acusacion.

Las murmuraciones de la muchedumbre contra el que se halla en elevado puesto, adquieren tal carácter de permanencia que lle- gan á hacerse tradicionales y pasan por consiguiente á las más remotas generaciones. Las que los mismos soldados suscitaban contra Cortés adquirieron más valor, por lo mismo que los ému- los de aquél se valieron de ellas para hacerle perder el favor del monarca. Herrera pudo conocer algunos de los conquistadores y tomar de ellos esa noticia, que apoyada en la residencia decre- tada contra Cortés, adquirió el carácter de evidente á sus ojos. Bernal Diaz no es extraño se expresase del modo que lo hace con- tra su jefe; porque aunque capitan, por su escasez de conocimien- tos y rudeza pertenecia en realidad á la plebe de la milicia: y tan no es extraño en él cualquier errado juicio, cuanto que en la teoría de su profesion descubre la simplicidad de su entendi- miento. Véase una prueba de ello: entre sus interminables que- jas, nacidas de la envidia que tenia á Cortés, se lamenta de que éste se llevase toda la gloria de la conquista, sin acordarse nadie de los que vencieron con él, y le salvaron la vida en los comba- tes puesto que sin ellos no la hubiera llevado á cabo. Semejante queja, como se ve, es muy justa; pero está fundada en una ob- servacion sólo digna de Bernal Diaz, porque segun él lo entiende, nada hay más natural que elogiar la ejecucion material de las manos cuando se trata de las operaciones del entendimiento Mas como militar debió presumir fundadamente, que si bien Cortés no podia por sí solo verificar la conquista sin el apoyo de las lanzas de sus compañeros, éstos no la hubieran verificado por si mismo de modo alguno, áun cuando hubieran sido en triplicado número, sin el conocimiento, tino y prudencia militar de aquel gefe, con la diferencia muy notable que el éxito, mandando Cortés, hubiera sido el mismo, fuese ó no ayudado en ella por el esfuerzo de Ber- nal Diaz; y acaso no se pudiera asegurar lo mismo colocando á la cabeza otro gefe de ménos cordura, áun cuando Bernal Diaz hubiese reduplicado su bien conocido valor, como lo acreditaron

las malogradas expediciones de Córdova, Garay, Ordaz y otros capitanes ménos entendidos. He aquí la diferencia entre la importancia de la cabeza y las manos : diferencia harto delicada para la penetracion de ese estimable guerrero. Asi pues no debemos admirarnos de que haya dado crédito á las habillas de sus soldados, quien tan erróneos juicios formaba en la única materia en que debia ser más entendido.

Ántes de aducir pruebas en contra de esa opinion de los historiadores, debemos advertir que los Españoles iban animados de una idea muy exajerada de la riqueza en oro y plata que esperaban adquirir en Nueva España. El primer desengaño lo recibió de Velázquez bien á pesar suyo, viendo la poca importancia de los rescates hechos por Grijalva. No era posible sucediese otra cosa en país donde se desconocia la ciencia metalúrgica así como el laboreo de miuas ; y donde la explotacion estaba reducida á recoger en los rios y en las vertientes de los montes, los granos de oro que, por la accion de las aguas, naturalmente se desprendian de los criaderos. Por lo mismo es preciso leer con recelo las abultadas ponderaciones de los coronistas de América en este particular. Pasemos ahora á la vindicacion de Cortés.

Al hacer éste su relacion de la conquista de Méjico, dice al rey lo siguiente : « Nuestros amigos (los indios auxiliares) hubieron » este dia muy gran despojo; el cual en ninguna manera los po» diamos resistir; porque nosotros éramos obra de nuevecientos » Españoles; y ellos más de ciento y cincuenta mil hombres : y » ningun recaudo ni diligencia bastaba para los estorbar que no » robasen; aunque de nuestra parte se hacía todo lo posible. Y » una de las cosas porque los dias ántes yo rehusaba de no venir » en tanta rotura con los de la cuidad, era porque tomándolos por » fuerza, habrian de echar lo que tuviesen eu el agua : » y ya que no lo hicieran, nuestros amigos habrian de » robar todo lo más que hallasen. » Y más adelante continúa » diciendo : « Recojido el oro, y otras cosas, con parecer de los » oficiales de Vuestra Majestad, se hizo fundicion de ellos : y » montó, lo que se fundió más de ciento y treinta mil castellanos » (ducados), de que se dió el quinto al tesorero de Vuestra Majes» tad..... Y el oro que restó, se repartió en mí y en los Espa» ñoles, segun la manera, y servicio y calidad de cada uno.... En» tre el despojo que se hubo en la ciudad, hubimos muchas rode» las de oro [1], y penachos y plumajes..... y parecióme que no se » debian quintar ni dividir, sino que de todas ellas se hiciese ser» vicio á Vuestra Real Majestad; y que de la parte que á ellos » venía y á mí, sirviésemos á Vuestra Magestad, y ellos holgaron » de lo hacer de muy buena voluntad; etc. » Veamos si podemos verificar estos hechos por lo que los mismos historiadores deponen.

1. Esas rodelas no eran de oro macizo, como puede entenderse por la frase, sino de madera, guarnecidas y chapeadas á trechos, con láminas de oro de diferentes dibujos.

Todos ellos convienen y están de acuerdo en estos puntos esenciales y que no deben perderse de vista en esa grave cuestion. 1° : Que cuando Motezuma dió á Cortés el regalo ó presente para Cárlos V, le aseguró que en aquellas joyas consistia su principal riqueza : las de oro reducidas á barras subieron segun unos á 600,000 pesos, segun otros á 700,000 ducados : la diferencia por cierto sese harto notable. 2° : Que todas estas riquezas se perdieron en la *noche triste* durante la batalla de la calzada. 3° : Que los indios auxiliares de Cortés entraron á saco la ciudad de Méjico. Y 4° : Que todos sabian la promesa hecha por Quautemoctzin, de arrojar á las lagunas sus tesoros para que no se utilizasen de ellos los Españoles. Nadie ha desmentido tampoco, no la codicia de Cortés, sino la insaciable de sus mismos detractores, y el tormento dado por su causa al vencido emperador y á un primo suyo, para obligarlos á declarar el punto en donde suponian tener escondidos sus tesoros; y todos concuerdan en que se hizo contra la voluntad de Cortés y sin producir más resultados que el mantenerse firmes aquellos en asegurar habian arrojado todo á las lagunas. Si esto sucedió asi, ó lo que es más probable, no eran tan cuantiosos los tesoros como los Españoles se figuraban, es punto de dificil investigacion. Lo que no tiene duda es, que recordando el saqueo terrible hecho por los indios auxiliares, lo que en efecto pudo arrojarse á la laguna, lo cual no era fácil registrar de pronto, atendida su extension de veinte leguas de circuito, y las ocultaciones que se hacen en todo asedio de plaza fuerte, no es de admirar que el valor de lo recogido excediese poco de 130,000 ducados como dice Cortés, ó 380,000 pesos de oro segun dice Bernal Diaz; diferencia de sumas muy notables y que atendidas las quejas del tesorero real Alderete, por la escasez del botin, y su empeño en dar tormento al emperador, nos hace inclinar mucho á tener por más cercana á la verdad la suma señalada por Cortés, que no la de Bernal Diaz, quien sólo escribe lo que los soldados decian en sus corrillos. Éste, á veces harto malicioso con aspecto de sencillez, deja correr la pluma refiriendo todo lo que contra Cortés se murmuraba relativamente á su integridad; y suelta, como al paso, la especie de haber distraido el quinto del rey. En efecto le distrajo y por consiguiente no pudo llegar á su destino. Pero hubiera sido conveniente que Bernal Diaz nos hubiese dicho en que lo invirtió; cosa bien fácil de hacer si cuando escribió su historia hubiera tenido á la vista las relaciones de Cortés; entónces habria hallado que en una de ellas, despues de rendido Méjico, y hablando de la pacificacion de varias provincias, reclama del rey 50,000 pesos de oro que de su propio peculio habia gastado con ese objeto, ademas de otros 60,000 de la Real Hacienda; y añadiendo por último, para más obligar á S. M., que habia contraido empeños con varias personas hasta en cantidad de 30,000 pesos de oro.

Cuando los coronistas, y Bernal Diaz en particular, hicieron mencion de esos hechos verdaderos ó supuestos, juzgaron de ellos

con escaso criterio; porque perdieron de vista todas las especiales circunstancias de aquella colosal empresa. Olvidáronse de que Cortés puso las dos terceras partes en buques y pertrechos para armar la expedicion : que á sus expensas se proveyeron en la Habana sus soldados de armas, municiones y vestidos, los que juntamente con las vituallas, se le vendieron á muy alto precio : que envió á comprar de su cuenta en la isla Española, ántes de conquistar á Méjico, caballos, armas, ballestas y pólvora, y grangear gente para su empresa : auxilios que fueron llegando lentamente, la mayor parte despues de sojuzgada aquella capital : que los regalos á los caciques, ya cuando venian á prestar obediencia, ya cuando los despidió, concluida aquella conquista, de su parte de botin se hacian, no de la de sus tropas : que cuando ántes de la retirada se hizo el reparto en Méjico de los presentes de los caciques súbditos de Motezuma, quejosos los soldados de la poca parte que les cupo, Cortés distribuyó de la suya lo suficiente para contentarlos. Por último, perdieron de vista aquellos historiadores, que á Cortés, como gefe, se le originaban infinitos gastos de que no lleva cuenta la muchedumbre; y que ademas debia cubrir los que consumieron su fortuna, y el reintegro que de una parte de la armada debia hacer á Velázquez.

El mismo Cárlos V no dió desde luégo crédito á semejantes vulgaridades; y así es que al disponer se le tomase residencia, le dirijió una carta fecha en Toledo á 4 de noviembre de 1525 (Documentos inéditos ya citados), en que le aseguraba estar satisfecho de sus servicios; pero que por cumplir con las leyes, poner más á cubierto su honra, y dar satisfaccion á muchas personas que sin duda por envidia le acusaban, habia mandado tomar la residencia. Á esto se agrega que por el ruidoso y largo expediente instruido con este motivo en el consejo de Indias, nada resultó contra el buen nombre de Cortés, á pesar de lo mucho que para deshonrarle trabajaron los poderosos amigos de Diego Velázquez. Más sin embargo, si no lograron mancillar su nombre, con el tiempo consiguieron sus émulos entibiar el favor del rey, hacer que se le despojase violentamente por el consejo de los cargos y haciendas que tenia en Nueva España, complicar el malhadado expediente hasta el punto de que Cortés entablase demanda contra el fiscal del rey; y por último lograron llenar de desengaños y amargura los últimos dias del conquistador de Méjico. Su carta al rey desde Valladolid á 3 de febrero de 1544, está escrita con aquel sentimiento noble y profundo de quien ve mal recompensados sus relevantes servicios. « Pensé (dice en ella) que haber » trabajado en mi juventud, me aprovechára para que en la vejez » tuviera descanso, y así ha cuarenta años que me he ocupado » en no dormir, mal comer, y á las veces ni bien ni mal, traer las » armas á cuestas, poner la persona en peligros, gastar mi ha- » cienda, y edad, todo en servicio de Dios...., y acrecentando y » dilatando el nombre y patrimonio de mi rey, ganándole y » trayéndole á su yugo y real cetro muchos y muy grandes reinos

» y señoríos de muchas bárbaras naciones y gentes, ganados por mi » propia persona y expensas, sin ser ayudado de cosa alguna, ántes » muy estorbado por muchos émulos y envidiósos que como san- » guijuelas han rebentado de hartos de mi sangre..... Véome viejo » y pobre, y empeñado en este reino en más de veinte mil duca- » dos, sin más de ciento otros que he gastado de los que traje é me » han enviado, que algunos dellos debo tambien, que los han to- » mado prestados para enviarme, y todos corren cambios, y en » cinco años poco ménos que ha que salí de mi casa, no es mucho » lo que he gastado, pues nunca he salido de la córte con tres hi- » jos que tengo en ella, con letrados, procuradores y solicitadores: » que todo fuera mejor empleado que V. M. se sirviera dello, y de » lo que yo más hubiera adquirido en este tiempo, etc. »

He aquí los sentimentos y la expresion dolorosa del hombre grande que reconoce y estima su propio valor. Sirvan estas sentidas frases y justísimas quejas de respuesta á sus detractores, de oprobio á sus émulos, de satisfaccion á las injustas censuras de los extrangeros, hijas de la envidia, y de orgullo á su patria; pero sean, al mismo tiempo, un cargo vergonzoso contra aquellos miserables cortesanos que, sin haber hecho por su parte el más pequeño sacrificio, no supieron apreciar el mérito de un hombre que habia conquistad tan dilatado imperio, y que empezaban á recoger el fruto de su heroismo.

Esto y lo sucedido con el immortal Colon será tiempre un borron, en la historia de aquellos tiempos.

RESÚMEN HISTÓRICO

DE LA

CONQUISTA DE NUEVA ESPAÑA

Desde la rendicion de Méjico hasta el fallecimiento de Hernan Cortés.

Sometida la capital del vasto imperio mejicano, acontecimiento celebrado por los conquistadores con todo el entusiasmo que inspira la victoria, y desembarazados los ánimos de la lisonja del vencimiento, fijaron su atencion en otro punto no ménos interesante á su objeto cual era el repartimiento del botin, principal estímulo de la soldadesca para arrojarse ciegamente á los peligros y la muerte. Mas las esperanzas de apoderarse de las inmensas riquezas que creyeron hallar en Méjico, salieron frustradas, ya por ocultaciones de que los soldados acusaban á sus jefes, ya porque Guatimozin hubiese extraido ú ocultado gran suma de ellas, ó arrojádolas á las lagunas como lo habia prometido en caso de sucumbir la ciudad. Lo cierto es, que la suma total en oro y plata, que cupo al ejército vencedor, no escedió de 120 mil pesos, si hémos de dar crédito á las relaciones del mismo Hernan Cortés : suma en verdad nada excesiva en comparacion de la que, sin emplear los violentos medios de la guerra, adquirieron los Españoles durante su anterior permanencia en Méjico.

Rendida Méjico, no tardaron mucho tiempo en someterse igualmente las provincias tributarias, por faltarles aquel centro de unidad, de apoyo y de concierto, que pudiera alentar su resistencia. Para consumar la obra, y particularmente con el designio de descubrir un camino más corto para las Indias Orientales, siguiendo exacta-

mente las indicaciones hechas de antemano por Cristóbal Colon, atrevida empresa que iba realizando el célebre Magallanes en el tiempo mismo en que Cortés sitiaba la capital de Nueva España, destinó éste los más distinguidos capitanes de su ejército con las fuerzas de que proporcionalmente podia disponer, para que llevasen á efecto ambos pensamientos, de los cuales se prometia por resultado extender indefinidamente el poderío español.

Miéntras que el talento, la actividad y el denuedo de tan ilustre caudillo, afianzaban para su patria aquellos vastos dominios, la fama de sus hechos volaba de boca en boca, despertando en algunos de sus compatriotas ese género de venenosa envidia engendrada en las córtes, y que tan fácil senda suele hallar hasta el corazon de los reyes. El motivo principal de cuantos cargos dirigia la envidia contra Cortés, traía su orígen del resentimiento y quejas de Diego Velázquez, quien jamas, miéntras vivió, pudo perdonar á aquél el haberle arrebatado la gloria de ser el conquistador de Méjico. Fonseca, obispo de Búrgos, y presidente del consejo de Indias, protegia abiertamente á Velázquez, y se declaró por consiguiente acérrimo enemigo de Cortés, á quien por medio de reiteradas intrigas logró hacer sospechoso, bajo pretexto de que la autoridad que ejercia en Méjico era una verdadera usurpacion del poder real. Conociendo Cortés que semejante tentativa contra su reputacion debia ser preludio de otras más eficaces, procuró precaverse con tiempo dirigiendo al rey una manifestacion clara y sincera de su conducta, é implorando al mismo tiempo la investidura de gobernador de aquella provincia, necesaria para ejercer legítimamente la autoridad que representaba. Esta exposicion fué acompañada de ricos presentes para Cárlos V con los cuales se proponia darle á conocer la importancia de su conquista.

La presencia en la corte de los dos comisionados que traian la exposicion y presente de Cortés, los términos respetuosos en que hacía patentes sus servicios y su firme adhesion y lealtad al monarca, la grandeza de sus hazañas, y la vista de aquel rico presente, mudo pero elocuente testimonio de los tesoros que encerraba el nuevo

mundo, todo hablaba en favor de Cortés, y excitaba el entusiasmo de sus muchos admiradores. Y de tal manera logró reunir en su apoyo el sufragio comun de sus compatriotas y áun del mismo príncipe, que á pesar de la incesante oposicion y continuas demandas del obispo de Búrgos y de los demas amigos de Velázquez, el rey nombró en 1522 á Cortés gobernador y capitan general de Nueva España, acompañando el nombramiento con una carta autógrafa en que S. M. aprobaba su conducta y se daba por satisfecho de sus relevantes servicios.

Libre por entónces del temor de que sus émulos le inquietasen con nuevas intrigas, volvió Cortés toda su atencion á los objetos de buen gobierno y de utilidad comun, á cuyo fin dió principio á la reedificacion de Méjico, arruinada en gran parte por los estragos de la guerra, al mismo tiempo que distribuyó por diversas provincias personas inteligentes para hacer nuevos descubrimientos de minas y dirigir las operaciones, que á la sazon se conocian, en las más ricas de las descubiertas hasta entónces por los Españoles.

Pero estas diligencias de su celo para acrecentar el poder y riqueza material de su patria, exijian una condicion precisa, sin la cual todo lo demás debia mirarse como efímero y transitorio: esa condition consistia en someter á toda costa las provincias distantes de la capital. Con ese objeto envió Cortés varios de sus capitanes á sojuzgarlas y poblar en ellas, como se ha dicho anteriormente, los cuales necesitaron de todo su valor y del conocimiento práctico que tenian del modo de guerrear de los indios para no perecer en la demanda, atendida la escasez de sus fuerzas comparadas con las muy superiores de sus contrários.

Entre las expediciones más notables de aquellos capitanes, ocupa el primer lugar la reconquista de la provincia de Panuco; no ya por las dificultades que hubieron de vencer los Españoles para conservarla, sino por las escenas que tanto motivo han dado á los escritores extranjeros para declamar contra la crueldad y barbarie de los conquistadores.

La otra expedicion que igualmente merece ser referida es la que éste encomendó á Cristóbal de Olid, el Ayax de su ejército, con el fin de pacificar la provincia de Honduras, la cual da su nombre al golfo que la baña. Motivaron esta expedicion, por una parte, las noticias más ó ménos ciertas de las muchas minas de oro de que esa provincia abundaba; y por otra, el deseo de indagar si por aquel punto del continente americano sería fácil hallar paso para el mar del Sur por algun estrecho de cuya existencia tenian cierta idea vaga, ignorando, como ya hemos dicho, que por entónces acababa de descubrirlo el célebre Magallanes, dándole su nombre que ha conservado hasta el dia; asi como tambien ignoraban que el apetecido estrecho está situado á una distancia extraordinaria del golfo de Honduras.

Para abreviar y facilitar tan largo viaje, y poder al mismo tiempo hacer reconocimientos con el fin de hallar el estrecho, dispuso Cortés una armada de cinco navíos y un bergantin bien artillados, con ciento setenta infantes y veinte y dos caballos, encargando á Cristóbal de Olid tocase en la Habana, y tomase varios caballos y bastimentos que de su cuenta habia mandado comprar. Con este motivo hubo de tener Olid relaciones con Diego Velázquez, el cual le persuadió á que se alzase con la armada; que á nombre de ambos tuviesen la provincia da Honduras por el rey; y que él por su parte procuraria abastecerle de lo necesario como igualmente del nombramiento de gobernador que impetraria de S. M.

Tan lisonjeras ofertas, las excitaciones de varios enemigos de Cortés, y la natural ambicion de mandar como independiente en vez de obedecer como subalterno, dieron lugar á que Olid, olvidando la gratitud que debia á su jefe, diese acojida á pérfidas sugestiones que al fin labraron su ruina.

Ocho meses transcurrieron sin haber llegado á noticia de Cortés el alzamiento de Cristóbal de Olid, merced á la extraordinaria distancia que los separaba. Profundo fué su sentimiento al saberlo, no sólo por hallar desleal uno de los capitanes en quien tenía depositada su confianza,

sino porque semejante ejemplo alentaria forzosamente la ambicion de los demas jefes expedicionarios, y la desunion y contrariedad de intereses acarrearia infaliblemente la pérdida de aquellas riquísimas posesiones debidas al valor y al heroismo, marchitándose la gloria adquirida á fuerza de extraordinários sacrificios.

No obstante las sumas dificultades que ofrecia el sujetar á tan crecido número de rebeldes, capitaneados por un hombre muy señalado por su valor y audacia, debiendo hacer para ello largas y penosísimas marchas, ya fuese por tierra ya por agua, no vaciló Cortés, sin embargo, en acudir al remedio; y prefiriendo el viaje por mar, dispuso cinco navíos bien artillados y unos cien soldados al mando del capitan Francisco de las Casas, deudo de Cortés, recien venido de Castilla, hombre animoso y decidido por su pariente. Dióle instrucciones, y poderes bastantes para obrar contra la persona de Cristóbal de Olid; y hecho á la vela, llegó las Casas á dar vista al pueblo del Triunfo de la Cruz, sin contratiempo alguno en su viaje.

Á vista de aquella escuadra puso en defensa la suya Cristóbal de Olid; y sin embargo de que las Casas arboló bandera de paz, hizo aquel arrancar dos carabelas bien pertrechadas para impedirle la entrada en el puerto. Salieron á su encuentro las fuerzas sútiles de las Casas; y despues de muy reñido combate, consiguió éste echar á fondo una de las carabelas, matando é hiriendo á varios de sus defensores. Hallábase Olid á la sazon con la mayor parte de sus fuerzas diseminadas, por haberlas dirigido á otras expediciones, y viendo la derrota de sus carabelas, y temeroso de que si las Casas echaba su gente en tierra sería muy dudoso el triunfo, movió tratos de paz con esperanza de reunir miéntras tanto sus fuerzas para contrarrestar con plena seguridad á su contrário. Dió éste oidos á aquellas pláticas, si bien no tan confiado que juzgase oportuno saltar en tierra á merced de un enemigo que tan fácilmente accedia á lo mismo que pocos momentos ántes acababa de rechazar con todo su denuedo: y asi resolvió las Casas permanecer en sus buques con designio de tomar tierra al dia siguiente en distinto paraje, y

obrar de concierto con los que, sin embargo de servir á Cristóbal de Olid, eran fieles á la causa de Cortés. Mas un accidente inesperado pero bastante comun en aquellas costas, frustró cuantas esperanzas habia concebido Francisco de las Casas, y cambió totalmente la suerte de su contrário. En la noche de aquel mismo dia un viento muy recio del norte arrojó contra la costa los buques de las Casas, perdiéndolos completamente y con ellos treinta ó más soldados ahogados: los restantes, incluso el mismo Casas, quedaron prisioneros en poder de Cristobal de Olid.

La seguridad y confianza que dió á éste un triunfo conseguido sin esfuerzo alguno de su parte, le deslumbró hasta el extremo de admitir en su servicio, bajo juramento, á los soldados de Francisco de las Casas; y permitir anduviesen libres, aunque sin armas, éste y otro capitan llamado Gil Gonzalez de Ávila, á quien igualmente habia hecho prisionero en las inmediaciones del Golfo Dulce, adonde habia venido á poblar con título de gobernador de aquella tierra. De esta libertad y confianza tomaron ocasion los dos prisioneros para preparar una conspiracion, concertándose con los muchos apasionados de Cortés para llevarla á cabo, como en efecto lo verificaron. Una noche sentados á la mesa con Cristóbal de Olid, le acometieron de repente con unos cortaplumas, únicas armas de que podian disponer, y apellidando al rey y á Hernan Cortés vinieron al auxilio sus parciales, sin que nadie osára hacer resistencia apénas oyeron los soldados invocar el nombre del monarca. Aunque Cristóbal de Olid, si bien herido, logró evadirse, merced á sus hercúleas fuerzas, y ocultarse por unos dias á las pesquisas de sus contrários, al fin cayó en su poder; y juzgado y sentenciado como traidor, fué degollado públicamente en Naco, pueblo del interior de Honduras, donde habia situado su cuartel general para hacer entradas con su gente y sojuzgar la provincia. Francisco de las Casas y Gil Gonzalez de Ávila reunieron en seguida todas las tropas, poblaron á Trujillo y dejando los presidios convenientes, se pusieron en camino para Méjico con objeto de hacer sabedor á Cortés del resultado de aquella célebre expedicion.

Ignorábase en Méjico todo cuanto habia acontecido en Honduras; y á medida que transcurria tiempo sin recibir noticia alguna, se aumentaba el justo recelo de Cortés, quien presagiando algun accidente funesto, determinó acudir él mismo en persona; único medio de poner á cubierto su fama, el interés de la conquista, y los respetos de su autoridad.

Bien guarnecida y artillada la plaza, nombró por gobernadores ó tenientes suyos durante su ausencia al tesorero del rey Alonso de Estrada, y al contador Albornoz; y habiendo dado sus instrucciones asi á éstos como á las demás autoridades subalternas, para el mejor órden y gobierno de aquella tierra, emprendió su marcha no sin oposicion de los que temian se suscitasen peligrosas desavenencias en su ausencia, seguido de los principales capitanes que le habian ayudado en la conquista, igualmente que de Guatimozin, del señor de Tácuba y de otros varios caciques principales súbditos ya del rey de Castilla.

No salieron vanos los temores de los que presagiaban que la ausencia del único capaz de tener á raya la ambicion y la rivalidad de las personas á quienes habia encomendado el gobierno de Méjico, produciria necesariamente consecuencias desagradables. En efecto, á poco tiempo de haber salido Cortés de aquella capital, comenzó á recibir avisos exajerados acerca del mal gobierno de sus tenientes y del disgusto que se iba manifestando entre los habitantes. Inmediatamente, y creyendo prevenir los males á que tan fatales principios pudieran dar orígen, resolvió hacer regresar á Méjico al factor y al veedor de su ejército, con poderes reservados para que en el caso de ser ciertos los avisos recibidos, tomasen el mando en su nombre, y gobernasen por sí sólos con exclusion de los anteriormente nombrados. Esta disposicion, hija de la necesidad, produjo un efecto contrário al que se habia prometido, y fué causa de los males y revueltas que hubo en Méjico, segun luégo indicaremos.

Tomada, pues, la única determinacion posible en la crítica situacion en que se hallaba, y encomendando á la providencia y á su buena suerte el feliz éxito de tan com-

plicados acontecimientos, continuó Cortés su marcha desde Guazacoalco, villa poblada por los veteranos de la conquista de Méjico, en donde á la sazon era encomendero Bernal Diaz del Castillo ; esto es, gozaba del repartimiento que se hacía á los pobladores de una parte del territorio y de los indios que lo habitaban. En esa villa reforzó su pequeño ejército, haciendo ingresar en él buena parte de los Españoles allí avecindados, con harta repugnancia de los mismos, segun lo refiere con su natural sencillez el mismo Bernal Diaz : pero ninguno osaba negarse á las poderosas insinuaciones de Cortés.

Fué esa marcha militar acaso la más peligrosa de cuantas tuvieron lugar durante la conquista de Nueva España ; no tanto por las continuas acciones de guerra que diariamente sostenian los Españoles con los naturales del pais, cuanto por los obstáculos que la misma naturaleza oponia al esfuerzo y perseverancia de los conquistadores, cuyo número no excedia de trescientos infantes y ciento treinta caballos ; porque los tres mil indios mejicanos que iban de auxiliaires, no acostumbrados á tan penosas fatigas, ni dotados del necesario vigor para resistirlas, á veces servian más bien de embarazo que de utilidad.

Nunca mostró Hernan Cortés más grandeza de alma : ni mayor fecundidad de recursos en su talento, que durante ese largo tránsito en que á un mismo tiempo se veia precisado á luchar con los fenómenos de la naturaleza, con la ferocidad de los habitantes, con todo género de privaciones, y sobre todo con el descontento de sus tropas ; á quienes el hambre, la crudeza de los temporales, el cansancio y las enfermedades que las diezmaban, habian hecho indóciles á las leyes de la subordinacion, aunque no tanto que llegasen á romper enteramente la disciplina militar : tal y tan grande era el ascendiente que tenía sobre los ánimos de aquellos soldados el esclarecido nombre de Cortés.

Llegó por fin con su ejército, vencieudo obstáculos sin número, á un pueblo llamado por los indios Acala, no muy distante del Golfo Dulce. Allí recibió noticia de haber otros Españoles, cuya procedencia no le era conocida :

sin embargo, la risueña esperanza de verse muy pronto reunidos á otros compatriotas suyos, alentó el ánimo de sus soldados, y les infundió el valor necesario para concluir la obra comenzada. Más un incidente inesperado vino á turbar por un momento las agradables sensaciones que comenzaban á experimentar. Dos caciques principales de la comitiva de Guatimozin dieron conocimiento á Cortés de una conspiracion fraguada por aquel príncipe y algunos de sus allegados. Era su designio aprovechar la ocasion de algun mal paso para cargar de improviso con sus tres mil Mejicanos sobre aquella tropa fatigada y hambrienta, asesinarla, regresar á Méjico, reunir sus fuerzas, hacer un levantamiento general, y exterminar á sus opresores. El proyecto era grande y temible en verdad; y sin duda que de haber correspondido el éxito á su arrojado pensamiento, infaliblemente hubiera Guatimozin arrancado á los Españoles toda la gloria y el fruto de sus conquistas. Pero Cortés concibiendo desde luégo lo crítico de su situacion acudió con presteza al remedio; y cerciorado de la verdad del intento por las declaraciones de los mismos culpables, á excepcion de Guatimozin que negó constantemente haber tomado parte en el proyecto, hizo ahorcar á éste y á su primo el cacique de Tácuba en un pueblo inmediato á Acala, no sin grave riesgo de despertar el enojo de los soldados Mejicanos viendo expirar á su señor en un suplicio: mas era tan excesivo su desaliento causado por la fatiga, el hambre y el cansancio, que solamente el espanto halló cabida en su ánimo abatido.

El rigor de Cortés en esta ocasion, altamente censurado por Robertson, tomando por pauta la reprobacion que de semejante acto de severidad hizo Bernal Diaz en su historia, es uno de aquellos acontecimientos sobre los cuales no se puede formar juicio acertado. Tan sólo añadiremos que el proyecto apareció comprobado por confesion de los mismos delincuentes; que la situacion de Cortés era demasiado crítica para que pudiese dar oidos á sentimientos generosos, que en aquellos momentos y expuesto á más peligrosos azares, pudieran ser funestos á su pequeño ejército; y por último que el voto de Bernal

Diaz poco certero en materias de jurisprudencia militar, se descubre dirigido por el interés de afecciones personales, como se deduce de las siguientes palabras : « É yo tuve » gran lástima del Guatemez y de su primo, por avelles » conocido tan grandes señores ; y áun ellos me hazian » honra en el camino en cosas que se me ofrecian, espe- » cial en darme algunos Indios para traer yerva para mi » caballo. »

Despues de muchas penalidades, y siguiendo la vaga noticia que habian recibido de los habitantes, de haber Españoles á muy corta distancia, y creyendo que éstos no serian otros que los soldados de Cristóbal de Olid, tomó Cortés la direccion del Golfo Dulce, formado en la desembocadura del rio que lleva su nombre. Allí, con no poca sorpresa suya y de todo el ejército, halló una poblacion de Españoles de quienes no tenía la menor noticia por ser los expedicionarios que desde Cuba arribaron á ese punto al mando de Gil Gonzalez de Ávila, el mismo que fué prisionero de Cristóbal de Olid, juntamente con Francisco de las Casas. Entónces supo Cortés muy por menor todos los acontecimientos de Honduras, la muerte de Olid, y la marcha á Méjico de los dos capitanes nombrados para darle noticia de todo lo ocurrido.

Estas noticias le dispensaban al parecer de continuar tan desastrosa marcha ; pero considerando cuán expuesta quedaba sin gefe la fuerza que encomendó á Cristobal de Olid, y lo mucho que aventuraba el crédito de las armas españolas, si no llevaba á caho la pacificacion de Honduras, resolvió continuar adelante hasta situar su cuartel en Naco, pueblo del que anteriormente hemos hecho mencion. Favoreció su designio el arribo casual de un navío procedente de Cuba, cargado de carne salada y de cerdo, y de una clase de pan, hecho del maiz en forma de tortas, que los indios llamaba *cazabe*, el cual se usa actualmente con ventajas entre los aldeanos de nuestras provincias litorales de occidente y norte. Este socorro oportuno debido á la generosidad de Cortés que compró todo el cargamento satisfizo la extrema necesidad de sus soldados y los de Gil González de Ávila, de los cuales algunos pere-

cieron por haber satisfecho inmoderadamente, con aquellas carnes saladas, la excesiva hambre que padecian. Con ese navío [1] un bergantin que en muy mal estado conservaban los de González de Ávila, un pequeño batel, y algunas canoas atadas ó trabadas unas con otras, emprendió Cortés el reconocimiento del rio Dulce, haciendo incursiones tierra adentro, sin otro fruto que la adquisicion de nuevos bastimentos para su gente. Regresó con ellos á la poblacion española que Bernal Diaz llama San Gil de Buenavista; y bien persuadido de la inutilidad de conservarla á causa de la esterilidad del terreno, escaso ademas de poblaciones indígenas, ó situadas á distancias muy considerables, resolvió embarcarse con toda su gente y la de González de Ávila, para lo cual hizo habilitar otro de los buques que éste trajo en su expedicion; y tomando el rumbo hácia una excelente bahía que hoy se llama de Puerto Caballos, fundó una villa á que dió el nombre de Natividad, en donde dejó por su lugarteniente á un tal Diego Godoy, el cual hubo de abandonarla muy pronto por su insalubridad y falta de bastimentos, despues de haber perecido la mitad de su gente á manos de la miseria. Al mismo tiempo habia dispuesto Cortés que Sandoval, á quien ántes de su partida envió al interior del país en busca de víveres, siguiese adelante su marcha por tierra, señalándole á Naco por punto de reunion de ambas columnas. De este modo conseguia abarcar con sus armas el interior y las costas dela provincia que se proponia reducir á su obediencia.

Del Puerto de Caballos, y miéntras Sandoval á fuerza de fatigas y combates sometia el territorio de Naco, emprendió Cortés su navegacion al puerto de Trujillo, poblacion ocupada por los soldados de Cristóbal de Olid y los que llevó en su expedicion Francisco de las Casas, fundador de esa poblacion. Aquella gente sin gefe que alentase el espíritu de disidencia que dió motivo á su alzamiento

1. Ya hemos indicado en otra parte la idea que podia formarse de los barcos á que daban el nombre de navíos. Respecto del que se trata, baste saber que su tripulacion consistia en 8 ó 10 marineros.

como lo habia hecho Olid, apénas entendieron que era Cortés quien se presentaba en el puerto, acudieron presurosos á tributar todo género de obsequios y rendimientos á su antiguo y nunca olvidado general. Era éste sobrado prudente para emplear el rigor contra una multitud que siempre habia sido adicta á su persona, yque tan sólo pudo hacerla desviar de su obligacion por un momento el engaño y la astucia de unos pocos ambiciosos, que alentaron y sostuvieron igualmente la ciega presuncion de Cristóbal de Olid. Así es que no contento con perdonarlos conservó en sus puestos á los capitanes, bien persuadido de que por ese medio le servirian con fidelidad, contentándose con nombrar gefe de toda la provincia á un primo suyo llamado Saavedra.

Dejemos á Cortés en la Nueva Trujillo dando disposiciones para pacificar completamente la provincia de Honduras, y volvamos la vista á los disturbios que durante ese tiempo tuvieron lugar en Méjico.

Desde el momento en que Cortés salió de Méjico en direccion á la provincia de Honduras, Estrada y Albornoz se concertaron para alzarse con el gobierno de aquella capital y por consiguiente de Nueva España. Veian lisonjeadas sus miras ambiciosas por la misma magnitud de la empresa que aquél iba á acometer; consideraban las inmensas dificultades que iba á encontrar en su dilatado tránsito por tierra, ya por haber de lidiar cada dia con los naturales del país, ya por el poderoso enemigo que habia de disputarle á todo trance el usurpado mando, ya en fin porque las fatigas y privaciones mermarian necesariamente las cortas fuerzas que llevaba; en términos de juzgarse como imposible saliese ni áun con vida de aquel empeño, al parecer loco y temerario. Todo, pues, contribuyó á impulsar la ambicion del tesorero y el contador.

La circunstancia de carecer de opinion militar entre los conquistadores, por ser recien venidos de Castilla con los empleos de oficiales de la hacienda real, les obligó á discurrir sobre los únicos medios de poder llevar á cabo sus designios: medios reprobados é innobles, pero eficaces para el resnltado que apetecian. Consistia, pues, el uno,

en fomentar todas cuentas hablillas habia divulgada la codicia de la muchedumbre contra la buena opinion de Cortés : y consistia el segundo, en extender y dar por cierta la muerte de éste y de cuantos le acompañaron á la expedicion.

Rreparados los ánimos de esta manera, y dado por indubitable el exterminio de Cortés y de los suyos, para lo cual no se perdonaron los medios más violentos contra cualquiera que intentase propalar lo contrário, procedieron los gobernadores al proyectado despojo, á hacer repartimientos arbitrarios de los indios que pertenecian á los ausentes, favoreciendo en ellos, como era consiguiente, á sus amigos y parciales, y por último á vender en pública almoneda las haciendas restantes, para enriquecerse con sus despojos.

En tan críticos momentos llegaron á Méjico el factor y veedor del ejército de Cortés, autorizados por éste para tomar á su cargo el gobierno si en efecto el contador y el tesorero no le desempeñaban con arreglo á las instrucciones que les habia dado. Aquellos fueron sobradamente astutos, vista la preponderancia de los gobernadores, para no manifestar desde luégo sus poderes, que indudablemente hubieran sido desairados : ántes por el contrário procuraron granjearse la amistad del licenciado Zuazo, alcalde mayor, de Rodrigo de Paz, alguacil mayor, y de muchos capitanes y soldados, antiguos conquistadores que respetaban la memoria de Cortés, y se hallaban mal avenidos con la arbitrariedad y desafueros del contador y tesorero. Seguros entónces de hallarse con suficiente número de parciales y amigos para contrarrestar el efímero poder de los gobernadores, manifestaron los poderes de Cortés para gobernar aquellas provincias en su nombre durante su ausencia de la capital. Á pesar de las anticipadas precauciones que los nuevos tenientes de Cortés habian tomado para asegurar el golpe, no pudo sin embargo verificarse sin remitir á las armas la razon de sus derechos ; y aunque el factor y el veedor salieron airosos de su empeño, logrando reducir á prision al contador y tesorero, las parcialidades continuaban, y los disturbios se repetian,

dando cabida al desórden y la licencia, tan propensos á desencadenarse apénas se relajan por cualquier motivo las leyes protectoras de la sociedad.

Hecho el factor, por sí y á su manera, gefe supremo de aquellos nuevos estados, soltó la rienda al villano despotismo que tan fácil cabida encuentra en almas ruines nacidas para la obediencia y no para el mando, tanto más irascibles y bárbaras, cuanto eran más endebles los cimientos de su efímero poder, ántes debido á la ciega fortuna, que á sus escasos merecimientos. Redobláronse las persecuciones, los despojos : el suplicio y el destierro eran los extremos entre que habian de optar cuantos intentaban refrenar sus demasías, ó tan sólo murmurar de sus actos ; de suerte que el malhadado gobierno del factor hizo bueno el de sus antecesores : era para él un delito de muerte poner en duda el fallecimiento de Cortés; tanto afligia su ánimo hasta un simple recuerdo de su célebre nombre.

Hallábase Hernan Cortés ocupado en la pacificacion de Honduras y en el descubrimiento de algunas minas de oro de que habia adquirido noticias, cuando llegó á sus manos una carta del licenciado Zuazo escrita desde la Habana, á donde habia ido desterrado por el factor, en la que le referia extensamente todo lo ocurrido desde su salida de Méjico. Indignóse con la noticia de semejantes acontecimientos, y todos los de su ejército ardian en deseos de venganza viéndose despojados por la rapacidad de los gobernadores, del fruto de sus largos padecimientos, cuando precisamente acababan de arrostrar innumerables peligros y fatigas por asegurar á su patria la posesion de una provincia importante. El grito unánime de todo el ejército fué pedir á Cortés el pronto regreso á Méjico ; pero no considerando aquél suficientemente asegurado el dominio español en la provincia de Honduras, se contentó por entónces con enviar por mar á un criado suyo llamado Martin de Orántes, hombre astuto y diligente, el cual llevó poderes de su amo para que gobernasen hasta su regreso Pedro de Alvarado y Francisco de las Casas ; ó si éstos no se hallasen en Méjico, se volviesen á encargar del mando el tesorero Estrada y el contador Albornoz. Llegó feliz-

mente Orántes á una bahía immediata á Panuco; saltó en tierra, y disfrazado de labrador llegó de noche á Méjico, sin que nadie le hubiese conocido. Dirigióse inmediatamente siguiendo las instrucciones de Cortés, á una casa que servia de convento á unos frailes de la órden de San Francisco, muy adictos á la persona de Cortés, en donde halló ademas varios conquistadores, retirados allí para evitar las persecuciones del factor; y despues de haberse entregado todos á la más cordial alegría por hallar desmentida la noticia del fallecimiento de su general, concertaron los medios de llevar á efecto la prision del factor y veedor. Entraron en la conspiracion el tesorero y el contador, porque ademas de ser enemigos del primero de aquellos, habian de volverse á encargar del mando á causa de no residir á la sazon en Méjico ni Alvarado, ni Francisco de las Casas, quien habia marchado en direccion á Castilla en compañía de Gil González de Ávila, por mandado de Salazar, temeroso de la amistad que le estrechaba con Hernan Cortés, y bajo pretexto de juzgarlos por la muerte de Cristóbal de Olid. Todos los tratos y conciertos, asi como las diligencias para reunir los amigos de Cortés y las armas necesarias para combatir los amigos del factor y asegurarse de su persona, se hicieron durante la noche de la llegada de Orántes : de manera que al amanecer del dia siguiente salió el tesorero á la cabeza de los conjurados, dirigiéndose á la morada del factor, victoreando al rey y á Hernan Cortés, á cuya voz de alarma se les agregó crecido número de vecinos. Ayudados de estas fuerzas, y apoyados en el descrédito en que habian caido el factor y veedor, acometieron la casa del primero, entrándola por las puertas y las azoteas, sin hallar resistencia en el aparato militar que la rodeaba; porque los artilleros y soldados de Salazar abandonaron su causa fácilmente, no hallando interés en defender á un usurpador tirano en competencia de la legítima autoridad de su antiguo general, cuya muerte veian en aquel momento desmentida. Cayó el factor en manos de los del tesorero, quien para hacer más afrentosa su prision le hizo meter dentro de una jaula formada de gruesos maderos. Acudieron en seguida

á verificar la prision del veedor Chirinos, el cual se hallaba á la sazon al frente de un grueso de tropas que llevó consígo para someter los indios de Guaxąca : pero como recibiese con anticipacion la noticia de la malhadada suerte del factor, y no tenia confianza en la fidelidad de sus soldados, dejó el mando á uno de sus capitanes, y corrió apresuradamente á ocultarse en un monasterio de franciscos de la ciudad de Tezcuco; en donde sin embargo fué descubierto y preso, llevado á Méjico, y destinado á otra jaula igual á la del factor.

Confirmados plenamente los desórdenes de Méjico, no vaciló un momento Cortés en tomar la vuelta de aquella capital.

Ántes de salir Cortés de Méjico á sofocar la rebelion de Cristobal de Olid en Honduras, habia remitido á Cárlos V un presente cuyo valor hacen subir los historiadores á ochenta mil pesos de oro : entre los objetos remitidos hacen mencion de una culebrina llamada el Fénix, que dicen llevaba el siguiente mote :

Esta ave nació sin par;
Yo en serviros sin segundo;
Vos sin igual en el mundo.

Ese cuantioso presente, así como el destinado á su padre don Martin, lo remitió Cortés con Diego de Soto, y Juan de Ribera conocido por el tuerto, á causa de tener una nube en un ojo, el cual habia sido secretario del mismo Cortés. Llegados á Castilla los comisionados, manifestó desde luégo Ribera la maligna condicion de que tenía dadas pruebas entre los conquistadores de Méjico, segun lo expresa Bernal Diaz. Su primer atentado consistió en apropiarse el regalo que Cortés remitia á su padre, negando á éste abiertamente haber recibido cosa alguna con semejante destino : y en seguida coligarse con los enemigos de Cortés, empleando todo su conato en desacreditarle y acriminar su conducta como militar y como político.

Miéntras tanto habia concluido Hernan Cortés la grande obra de pacificar la provincia de Honduras ; y haciéndose ála vela como queda dicho con ánimo de llegar cuan to

ántes á Méjico, aportó felizmente á la Habana, en donde sólo descansó cinco dias, haciéndose nuevamente á la vela con direccion á Vera-Cruz, adonde llegó con toda felicidad. Desde allí emprendió su marcha á Méjico por tierra, siendo tan grande el regocijo de los Españoles y de los pueblos al ver salvo al héroe que lloraron muerto, que su tránsito hasta la capital fué una marcha de triunfo en donde competia el amor con la fidelidad que le conservaban, asi los vencedores como los vencidos. Su entrada en Méjico se solemnizó con todo género de regocijos públicos, subiendo á muy considerable suma las ofrendas que así en el camino como en la capital, recibió de las provincias sometidas, Entró en ella en el mes de junio del año 1526, y no del 25 como dice Bernal Diaz.

Á este tiempo desembarcó tambien en San Juan de Ulúa el licenciado Luis Ponce de Leon, cuyo ánimo trataron de prevenir en contra de Cortés sus ocultos enemigos, persuadiéndole á que sin fiarse de las palabras de éste, se preparase á obrar con la cautela y prevision que la seguridad de su propia persona exigia.

Pregonada la residencia general contra Cortés y contra los que habian servido oficios de justicia, ó eran capitanes de las tropas, comenzaron á desencadenarse sobre el primero todo linage de acusaciones, ya por desigualdad en el repartimiento de indios, ya por no haber hecho las indemnizaciones á que cada cual se juzgaba acreedor por los dispendios personales que les habia ocasionado la guerra. Desde luégo conoció Luis Ponce de Leon que el principal fundamento de las querellas contra Cortés nacian de un principio poco noble, cual era la avaricia de unos soldados, que despues de haber tenido parte muy considerable en el botin de aquella conquista, no hallaban sobradamente satisfecha la sed de oro que los devoraba : y sin duda hubiera triunfado la causa de Cortes, á cuyo favor se hallaba muy dispuesto el ánimo del licenciado, si una muerte prematura no hubiera detenido el curso de las diligencia por éste practicadas, dejando nuevamente expuestos al conquistador de Méjico á los enconados tiros de sus adversarios.

Á su fallecimiento nombró Ponce por teniente de gobernador al licenciado Márcos de Águilar, su compañero de viaje desde la isla Española. Era Aguilar muy poco á propósito para dirigir con acierto los negocios de aquella numerosa colonia, dividida en bandos y parcialidades; porque ademas de hallarse en edad muy avanzada y lleno de dolencias y enfermedades que le tenian postrado, carecia del juício y prudencia necesarios para tan espinoso cargo. Pero era ambicioso y de intencion dañada, y sobre todo estaba dispuesto á perseguir á Cortés en cuanto le fuese posible, para lo cual hallaba sobrado apoyo entre sus émulos. Mas no pudo llevar á cabo sus deseos, porque agobiado de sus perpétuas enfermedades, falleció tambien, dejando en su testamento encomendado el gobierno al tesorero Alonso de Estrada.

Entró nuevamente Estrada en el gobierno aunque no con absoluto beneplácito del cabildo de Méjico y de los procuradores de otras ciudades, que quisieran se le asociara Cortés, como única persona de opinion y respeto capaz de contener los desmanes de ánimos turbulentos y ambiciosos, que á cada paso comprometian el éxito de la conquista. Pero no se pudo conseguir de Estrada un acomodamiento en que su autoridad habia de verse necesariamente menoscabada por el explendor inseparable de la persona del héroe de Nueva España, y sólo se convino en admitir por cólega á Gonzalo de Sandoval como ménos temible, ó más dócil á las indicaciones de su voluntad. No podia, sin embargo, acomodarse la presuntuosa arrogancia del tesorero Estrada á consentir un compartícipe de su poder; y así resolvió escribir al Emperador para que le confiriese exclusivamente el gobierno de aquella colonia, segun lo habian tenido los licenciados Ponce y Aguilar. Acompañaron á su carta otras muchas en que se hacian fortísimas acusaciones contra Cortés, único estorbo de la ambicion de aquellos miserables tiranuelos, vindicándole de asesino de su mujer doña Catalina Suárez, de Francisco Garay, Luis Ponce de Leon y Márcos de Águilar, que, como asegura Bernal Diaz del Castillo, *eran maldades y traiciones que le levantaron*. Llegó á la corte para dar

más fuerza á la acusacion el contador Albornoz ; y no fué menester más para que Cárlos V nombrase desde luégo un nuevo juez que residenciase á Cortés dándole facultades para que si le hallaba culpado le hiciese cortar la cabeza. Afortunadamente el nombramiento que para ello se hizo de don Pedro de la Cueva, comendador mayor de Alcántara, se paralizó con el proyecto de establecer una real audiencia en Méjico, en cuya dilacion, resfriados ya los ánimos, pudo la intercesion del duque de Bejar alejar por segunda vez de la cabeza del conquistador de Méjico la desecha borrasca que le amenazaba : porque tan crédula é imprudente se manifestaba la corte en asuntos de tamaña gravedad, que no veia cuan fácilmente entregaba sin defensa á Cortés á las manos de sus mas encarnizados enemigos. Pero á pesar de los buenos oficios del duque, jamás volvió á gobernar Cortés aquellas provincias ; ántes bien fué confirmado por el rey el nombramiento de Estrada para que gobernase por sí sólo, miéntras no se tomase otra resolucion.

Ensoberbecido con tamaña distincion, no halló Estrada límite capaz de contener su audacia; pero como le faltaba el tino y cordura que áun para obrar el mal son necesarios, dió ocasion á disturbios peligrosos nacidos de su violenta arbitrariedad, y de los cuales podia provenir fácilmente una guerra civil entre los mismos conquistadores. Súpolo Cortés, ausente á la sazon de Méjico; y con deseo de evitar mayores males, volvió á la ciudad, en donde reprendió agriamente al mismo Estrada su insensata conducta : más como éste no se hallase ya en el caso de tolerar reconvenciones de ninguna especie, llevó su petulancia hasta el extremo de desterrar de Méjico á Cortés: suceso que causó notable excándalo, y que sin duda habria acarreado su perdicion al tesorero, si Cortés hubiera querido valerse de la fuerza de su opinion y de los inmensos medios reaccionarios de que áun podia disponer segun se los ofrecian con reiteradas instancias sus amigos, hasta el punto de brindarle con la corona de aquel vasto imperio. Sin embargo, celoso de su propia reputacion, y no queriendo que en tiempo alguno pudiera decirse que por

vengar sus ofensas habia sumido en los horrores de la guerra civil á sus mismos compatriotas, prefirió ausentarse de aquellos remotos paises sujetos por su espada al dominio de Castilla, y venir á ella para demandar del monarca la satisfaccion de sus agravios. He aquí una de las muchas ocasiones en que Cortés desplegó toda la generosidad y nobleza de su alma, desmintiendo con su conducta leal cuantas calumnias lanzaba la envidia contra su bien merecida reputacion.

Conoció Estrada aunque tarde, que habia procedido con sobrada lijereza en desterrar á Cortés; y temeroso de las funestas consecuencias que podia acarrearle su imprudencia, hizo las más vivas diligencias por desarmar su enojo despues de haberle alzado el destierro. Pero Cortés habia tomado ya su partido; y acelerando los preparativos de viaje, se hizo á la vela desde Vera-Cruz, y en cuarenta y un dias, sin tocar en la Habana, llegó á Castilla por el mes de diciembre de 1527.

Apénas se tuvo noticia de su desembarco, mandó Cárlos V se le recibiese en todas partes con los honores y distinciones debidas al conquistador de un vasto imperio. Llegado á la corte fué muy bien recibido del monarca y de la nobleza, de cuyo favor comenzó á disfrutar y con particularidad del que le dispensaron el duque de Bejar, el conde de Nasao y el almirante de Castilla.

Más el favor de que Cortés gozaba en la corte, se fué entibiando lentamente por una casual incidencia que no estaba en su mano evitar. Sus relevantes prendas como galan y caballero; sus riquezas, no obstante la dilapidacion que sufrieron en Méjico cuando se divulgó su muerte en Honduras, de las cuales jamas logró reintegrarse; y en especial la fama que rodeaba su nombre, todo hacía que su persona fuese buscada con anhelo y que se le ofreciesen enlaces ilustres y ventajosos. Entre las personas que más deseos mostraron de entroncarle con su familia, se cuenta doña María de Mendoza, esposa del comendador mayor de Leon, que le ofreció una hermana suya en casamiento; pero como Cortés se hallase muy obligado á los favores del duque de Béjar, y habia tratado matrimonio con su

sobrina doña Juana de Zúñiga, hubo de recusar forzosamente la honrosa invitacion de la esposa del comendador: incidente siniestro para el porvenir de Cortés, puesto que el extraordinario valimiento del comendador con Carlos V y la emperatriz Isabel, hizo resfriar el aprecio que estos príncipes y la parte más principal de la nobleza habian dispensado hasta entónces al conquistador de Nueva España. Verificáronse, por fin, las bodas de Cortés con la sobrina del duque; y desde aquel momento variaron completamente de semblante sus negocios. En vano reclamó diferentes veces se le devolviese el gobierno de Nueva España de que habia sido despojado sin causa legal : en vano hizo presente que revestido del doble carácter de gobernador y capitan general, podia llevar más fácilmente á cabo nuevos é importantísimos descubrimientos para dar mayor explendor á la corona de Castilla : sus ruegos fueron desoidos y sus esperanzas desvanecidas con la ausencia del monarca á Barcelona para pasar á Flándes. Sin embargo, como Cárlos V no podia olvidar enteramente el relevante servicio que Cortés habia hecho á su patria, si bien no se atrevió á devolverle el gobierno de Nueva España, se allanó, por no pasar la plaza de ingrato con sus buenos servidores, á nombrarle en 1529 capitan general de aquel vasto territorio, revistiéndole además del título y rentas de marqués del Valle : justísimas distinciones concedidas al verdadero mérito, y que honran en gran manera áun más á quien las dispensa que á quien las recibe.

Viendo Cortés cuán decaidos andaban sus negocios en la corte, resolvió regresar á Nueva España, si bien contratando ántes con el consejo de Indias el proceder á nuevos descubrimientos en la mar del Sur. Desembarcó en Vera-Cruz; tomó posesion de los pueblos comprendidos en su Marquesado; y despues de arreglar en Méjico algunos asuntos de interés con la nueva audiencia, que era ya la tercera, y con el virey, se estableció de asiento con su esposa en la villa de Cuernavaca propia de su señorío, y desde allí comenzó á tomar disposiciones para llevar á cabo las nuevas empresas que meditaba.

Cuantiosos fueron los gastos que hizo á sus expensas para armar y abastecer los dos buques expedicionarios que en 1532 envió á descubrir tierras por la parte del Sur, y los que nuevamente le ocasionó el armamento de otros dos buques, por haberse perdido desgraciadamente los primeros.

Reunidos por fin con indecible trabajo tres buques, continuó Cortés sus tentativas logrando entónces descubrir la costa de las Californias: pero no pudo adelantar sus descubrimientos; porque sabedores del mal estado de la armada, su esposa y el virey enviaron dos buques en busca de Cortés con cartas en que le rogaban encarecidamente regresase á Méjico; lo cual verificó desde luégo, dejando la armada á cargo de Francisco de Ulloa, cuya gente descontenta y temerosa de empresa tan arriesgada, desampararon á su gefe y volvieron á tierra firme. Á esta malograda expedicion siguió otra de los buques al mando del mismo Ulloa, para hacer nuevos descubrimientos en el golfo y costas de las Californias, que igualmente se malogró, muriendo en ella el capitan á manos de uno de sus mismos soldados. Bernal Diaz del Castillo, refiriéndose á dicho verbal de Hernan Cortés, asegura que éste gastó de su peculio en esas expediciones sobre trescientos mil pesos de oro : suma considerable que despues de tantas pérdidas como habia sufrido su fortuna, hace formar idea de las inmensas riquezas atesoradas por los conquistadores de Nueva España.

Estos cuantiosos gastos, de que debia indemnizarle en parte el Real tesoro; las diferencias habidas con la audiencia sobre el modo de entender la cobranza de tributos de su marquesado, y la necesidad de demandar en justicia á Nuño Guzman, antiguo presidente de la primera Audiencia, por el despojo y venta de sus bienes á que injustamente le sentenció; todas estas causas juntas le obligaron á regresar á Castilla.

Desembarcó en España á tiempo que el emperador Cárlos V disponia su grande armada contra Argel, y acompañóle á la expedicion con todo el séquito y aparato con que acostumbraba á emprender sus hechos militares.

Pero un recio temporal deshizo aquella armada poderosa, y Cortés, que hubo de perecer en ella, se salvó milagrosamente. Aun entónces experimentó uno de los muchos desaires á que se veia expuesta la decadencia de su privanza en el ánimo del monarca : porque habiendo reunido los gefes de la armada para deliberar sobre lo que debian de hacer en vista del destrozo de los buques, no fué llamado á Consejo Hernan Cortés, lo cual sintió en gran manera, mucho más juzgándose capaz, como él mismo decia, de tomar á Argel con las tropas que les quedaban si le permitian valerse para segundar su esfuerzo, de los antiguos soldados que con él fueron á Nueva España, acostumbrados á la fatiga y á despreciar los peligros de la guerra. Pero hubo de contentar su amor propio con la lisonja de su noble pensamiento ; puesto que la expedicion regresó á España sin sacar el menor fruto de los gastos hechos para tan poderoso armamento.

Éste fué el último destello de la gloria de Hernan Cortés. Aquel astro militar que tan majestuosamente resplandeciera en uno y otro hemisferio, estaba próximo á desaparecer en el ocaso. Su mayor deseo era tornar nuevamente á Méjico si el rey le diera licencia para ello, pero no lo consiguió ; y ya cargado de heridas y de años ; lleno de achaques ; sosteniendo enojosas demandas jurídicas, de que sentidamente se quejaba al emperador ; y fatigado el ánimo por las persecuciones, los disgustos y desengaños que hubo de sufrir en la corte, comenzó á enfermar gravemente, y retirándose á Sevilla de donde se trasladó á un pueblo llamado Castilleja de la Cuesta, ordenó su testamento, preparóse á recibir la muerte con todos los auxilios espirituales, y falleció en dicho pueblo el dia dos de diciembre de mil quinientos cuarenta y siete, á los sesenta y tres años de edad. Fué enterrado con toda la pompa que á su persona correspondia, en la capilla de los duques de Medina-Sidonia, de donde se trasladaron sus huesos á un convento de religiosos, creado de órden suya en Cuyoacan, segun habia dispuesto en su testamento. En todas partes fué llorada su muerte por cuantos sabian apreciar á los hombres eminentes ; pero se señalaron con particula-

ridad los Mejicanos; porque así los indios como los conquistadores, veian en Cortés el padre universal de aquella inmensa colonia.

Así terminó sus dias uno de los hombres grandes que en aquellos siglos honraron é hicieron temible nuestra patria; cuya fama recibida y acatada en todas partes, no han podido debilitarla las amargas censuras y diatribas con que algunos extrangeros han querido empañar la gloria del vencedor de Méjico. Segun Bernal Diaz del Castillo, fué Hernan Cortés de buena estatura, bien proporcionado y membrudo; el color de su cara tiraba algo á ceniciento, y no muy alegre: el rostro pareciera mejor si fuera más largo: su mirada era por una parte amorosa, por otra grave: tenía la barba recia, poca y rala, y lo mismo el cabello: su pecho alto y la espalda de buena forma; era cenceño y de poco vientre: sus piernas un poco estevadas pero de buenas formas. Fué gran ginete, diestro en todas armas, así á pié como á caballo, sabía muy bien menearlas; y sobre todo tenía un ánimo muy valeroso. En la presencia, ademanes, mesa, traje, conversacion, y demas actos, así públicos como privados, manifestaba constantemente la grandeza y señorío de su alma, prendas que le hicieron dueño absoluto de cuantos sirvieron á sus órdenes, y que reconocian y confesaban públicamente hasta sus más encarnizados enemigos. Ni esas grandes cualidades se oponian á las rudas tareas de soldado: Cortés era el primero en los combates, el primero que asía del azadon para abrir un foso; el primero en sufrir las privaciones y fatigas de la guerra; el primero tambien en acudir á sus soldadas, cuidar de sus personas, y áun curar sus heridas por sus propias manos. Sólo asi pudo sojuzgar en repetidas ocasiones la indómita fiereza de aquel puñado de gente, con que se atrevió á emprender y realizar uno de los acontecimientos más gloriosos que embellecen las páginas de la historia antigua y moderna.

TABLA DE LAS MATERIAS

LIBRO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

LIBRO CUARTO

LIBRO QUINTO

FIN DE LA TABLA.

Châtillon-sur-Seine. — En la imprenta de A. Pichat.

